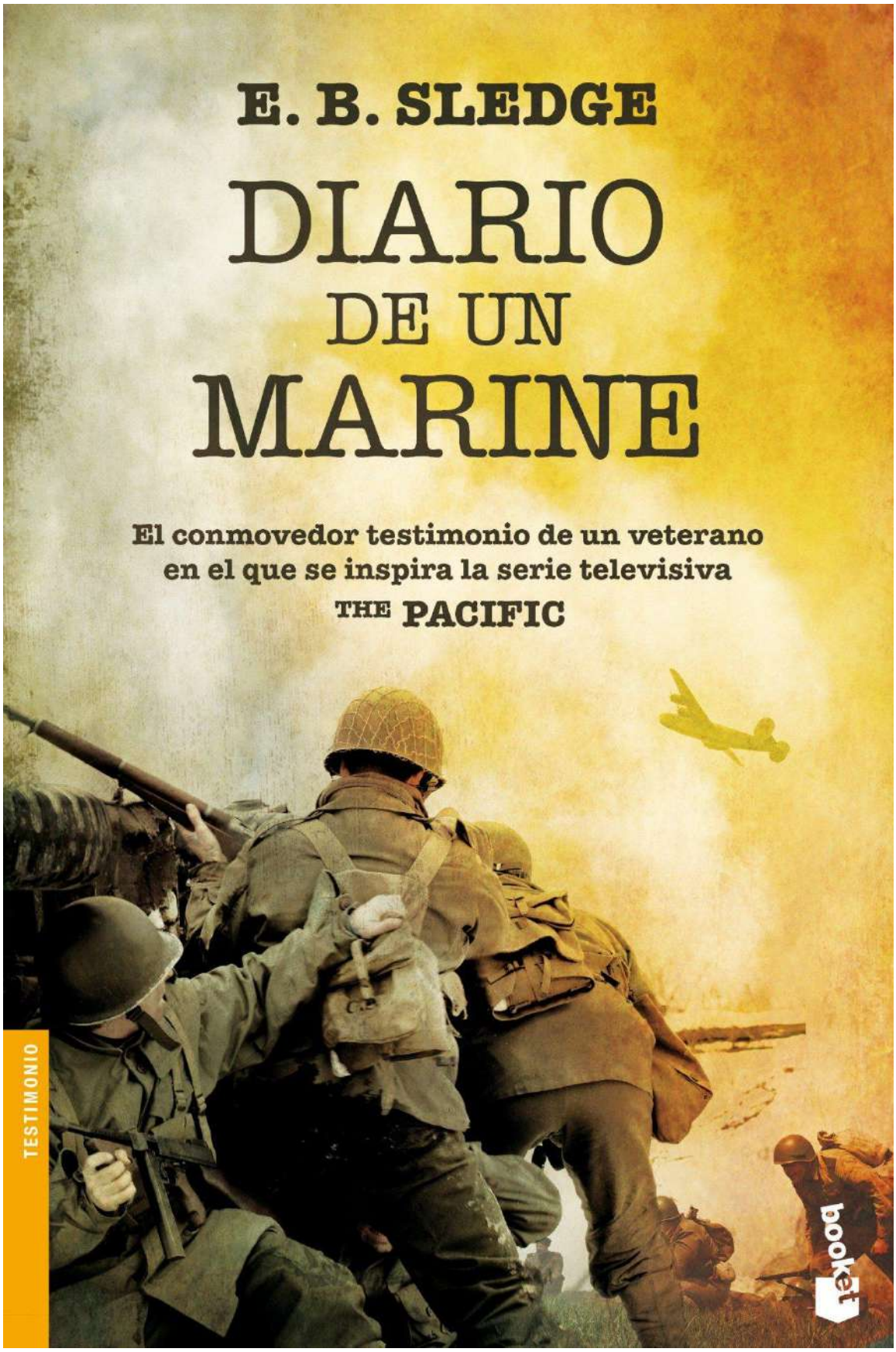

E. B. SLEDGE
DIARIO
DE UN
MARINE
El conmovedor testimonio de un veterano
en el que se inspira la serie televisiva
THE PACIFIC
TESTIMONIO
booket

Eugene B. Sledge, un muchacho de Alabama embebido de la historia de Estados Unidos y prendado de héroes como George Washington y Daniel Boone, es destinado a la 1.a División de marines durante la segunda guerra mundial. Tras un intenso adiestramiento, Sledge se encuentra en medio de la batalla de Peleliu, donde «el mundo es una pesadilla de fogonazos, violentas explosiones y balas silbando». Para cuando se topa con el infierno de Okinawa es ya un veterano de combate, aún lleno de temor aunque ya no de pánico.Basándose en las notas que Sledge guardaba en secreto en una copia del Nuevo Testamento, Diario de un marine capta con sencillez y honestidad las experiencias de un soldado en el encarnizado teatro de operaciones dei Pacífico. Aquí se recoge lo que salvó, amenazó y cambió su vida, así como el relato de cómo aprendió a odiar y a matar, pero también a comprender a sus semejantes.Un clásico de la literatura militar que ha sido la principal fuente de inspiración de la serle televisiva «The Pacific», producida por Steven Spielberg y Tom Hanks.

E.B. SLEDGE

DIARIO DE UN MARINE

A la memoria del capitán Andrew A. Haldane,

querido jefe de compañía del K/3/5,

y a la vieja guardia.

Las muertes que habéis muerto las he visto de cerca,

y las vidas que habéis llevado eran la mía.

RUDYARD KIPLING

Para ellos los fusiles eran algo sagrado, y conocían los obuses de cinco pulgadas. Hablaban con condescendencia de la guerra y se preocupaban por los víveres. Eran los marines, los veteranos [...]. Eran la vieja guardia de los militares estadounidenses, que consideraban el ejército su hogar y la guerra una ocupación, y que transmitieron su ánimo, carácter y opiniones a los valientes y numerosos voluntarios que llenaban las filas de la brigada de marines...

«The Leathernecks»

en *Fix Bayonets*

de John W. Thomason, Jr.

PRÓLOGO

Tuve el privilegio de asumir el mando del 3.er Batallón del 5.° de marines de la 1.a División de marines (reforzada) el 10 de abril de 1944 durante la fase final de la campaña en Nueva Bretaña. Nueva Bretaña era su segunda operación de combate.

Aunque entonces no lo sabíamos, dos campañas más aguardaban al batallón: Peleliu y Okinawa. Cada una de ellas sería más intensa y se cobraría un precio más alto. Cuando la división partió de Nueva Bretaña rumbo a un «campamento de descanso» en Pavuvu, en las Islas Russell, comenzamos un adiestramiento exhaustivo para lo que sería la Operación Stalemate, contra la isla de Peleliu, en las Islas Palaos. Aquella operación recibiría poca publicidad o reconocimiento, pero no cabe duda de que se trató de una de las más sangrientas y difíciles acciones de la guerra del Pacífico.

Entre los reemplazos que se nos unieron durante este período se encontraba un joven marine al que llamaban «Mazo», aunque el nombre correcto que aparecía en la lista era soldado de primera E. B. Sledge. Se lo asignó a la Compañía K a las órdenes del capitán Andrew Haldane, uno de los mejores jefes de compañía de todo el cuerpo.

Ahora Mazo tiene un doctorado y es profesor de biología en la Universidad de Montevallo, Alabama. Sin embargo, nunca ha olvidado sus experiencias con la Compañía K durante los combates por Peleliu y Okinawa.

Aunque estuve al mando del 3.er Batallón durante su período de adiestramiento para Peleliu, acabé —por eso de la experiencia o por la falta de la misma— siendo trasladado al estado mayor del regimiento antes de que zarpáramos hacia Peleliu. Eso me supuso un profundo pesar.

Se acostumbra a escribir relatos históricos acerca de campañas militares. No es inusual que los oficiales recojan sus narraciones personales de tales operaciones. No obstante, es muy raro que un soldado de la infantería de marines normal y corriente publique sus propias impresiones de la guerra. Éste es el hombre que se enfrenta al enemigo en realidad, que soporta una plétora de privaciones junto con el dolor y demasiadas muertes, el común denominador de cuando entra en batalla.

Mazo Sledge era uno de estos marines. En este libro vemos la guerra como él mismo la vio. Cualquiera que haya servido en las fuerzas armadas descubrirá numerosas situaciones análogas a sus propias experiencias, narradas fielmente en

lo que a miedos, frustraciones y pequeños triunfos se refiere. Resulta una lectura fascinante e instructiva.

General de brigada Walter S. McIlhenny, Reserva del cuerpo de marines de EE.UU. (ret.), *Avery Island, Luisiana*

PREFACIO

Este libro es una crónica de mis experiencias en la segunda guerra mundial durante mi adiestramiento y las acciones de guerra libradas por la Compañía K del 3. er Batallón del 5.° Regimiento de marines de la 1.a División de marines durante las campañas de Peleliu y Okinawa. No es un libro de historia, y no se trata sólo de mi relato. Más bien he tratado de actuar como portavoz de mis compañeros, que se vieron arrastrados conmigo al abismo de la guerra. Espero que les agrade mi intento.

Comencé a escribir esta narración inmediatamente después de Peleliu, mientras nos encontrábamos en un campamento de descanso en la isla de Pavuvu. En cuanto regresé a la vida civil esbocé toda la historia con notas detalladas, y he anotado ciertos episodios durante los años que han transcurrido desde entonces. He repasado mentalmente los detalles de estos acontecimientos una y otra vez, pero no he podido unirlos y ponerlos por escrito hasta ahora.

He realizado una exhaustiva investigación mediante relatos y documentos publicados e inéditos concernientes al papel de mi división en las campañas de Peleliu y Okinawa. Me ha asombrado la enorme diferencia entre la imagen de los acontecimientos que se recogen en estas narraciones y mi experiencia en primera línea.

Mis experiencias en la guerra del Pacífico me han perseguido, y recordar esta historia ha supuesto una carga. Pero el tiempo cura y las pesadillas ya no me despiertan bañado en sudor frío con el corazón latiendo con fuerza y el pulso acelerado. Ahora puedo contar este relato, aunque resulte doloroso.

Al escribirlo estoy cumpliendo con una obligación que he sentido durante mucho tiempo hacia mis camaradas de la 1División de marines, que sufrieron tanto por nuestro país. Ninguno salió indemne. Muchos entregaron sus vidas, muchos su salud, y algunos su cordura. Todos los que sobrevivieron recordarán durante mucho tiempo el horror que preferirían olvidar. Pero sufrieron y cumplieron con su deber para que su patria pudiera disfrutar de una paz que se pagó muy cara. Tenemos una profunda deuda de gratitud con esos marines.

E. B. S.

AGRADECIMIENTOS

Aunque ésta es una narración personal, que escribí al principio para mi familia, hay numerosas personas que me han ayudado a transformarla en un libro para el gran público.

En primer lugar quiero darle las gracias a Jeanne, mi maravillosa esposa. Ella mecanografió la parte del manuscrito sobre Peleliu a partir de los montones de páginas que escribí a mano y fue la primera en sugerir que este relato podría interesarle a otras personas aparte de a nuestra familia. Me ha alentado y ayudado con ideas, consejos, corrigiendo y mecanografiando. El hecho de que el largo manuscrito original se completara tras años de escribir e investigar en los ratos libres, durante el posgrado y la crianza de los niños, se debe tanto a su ayuda como a mi esfuerzo.

Le ofrezco mi más profundo agradecimiento a mi corrector, el teniente coronel Roben W. Smith, USMC (ret.).[1] Durante su último año como director del *Marine Corps Gazette*, se interesó por ver esta narración en forma de libro, narración que conoció en su germen original, el artículo en tres partes: «Peleliu: una batalla olvidada». Su interés ha sido una suerte para mí. Además de sus enormes dotes para la edición, Bob ha supuesto una fuente inagotable de buenas ideas y consejos. Más de una vez me ha levantado el ánimo cuando me cansaba de este tema tan triste. Su objetividad me ha guiado a través del bosque cuando no podía ver los árboles, y cuando nos resultaba doloroso a los dos suprimir partes del original. Le agradezco su sensibilidad y su impecable profesionalidad.

Quiero dar las gracias a mi editor, el coronel Robert V. Kane, USA (ret.), y a Adele Horwitz, directora de Presidio Press, que vieron en mi verboso manuscrito original una historia que se debía contar.

Este libro no se podría haber escrito sin la ayuda del material histórico del cuerpo de marines. Mis peticiones de ayuda se concedieron siempre con rapidez y eficiencia. Por ello deseo dar las gracias al general de brigada Edwin H. Simmons, USMC (ret.), director del Marine Corps History and Museums, a Benis Frank, Ralph Donnelly y Henry I. Shaw.

Por su ayuda y aliento le expreso mi gratitud al general de brigada Walter Mcllhenny, USMC (ret.); al teniente coronel John A. Crown, USMC (ret.); al general de brigada Austin Shofner, USMC (ret.); al capitán John A. Moran, USMC (ret.), y al comandante Alian Bevilacqua, USMC (ret.).

Al sargento mayor Robert F. Fleischauer, USMC (ret.), se le debe reconocimiento y agradecimiento por su magnífico trabajo con los mapas y los dibujos.

Doy las gracias a la señora Hilda Van Landingham por mecanografiar el primer borrador de la parte de Okinawa. Mary Francis Tipton, bibliotecaria de consultas de la Universidad de Montevallo, merece mi agradecimiento más profundo por su ayuda. La doctora Lucille Griffith, profesora emérita de Historia en la Universidad de Montevallo, fue una de las primeras personas en sugerir que se publicara este relato. Su fe en él se vio recompensada, y se lo agradezco.

Mi más sincero agradecimiento a mis viejos amigos del K/3/5 que tanto han ayudado a confirmar cifras de bajas de compañías y otra infinidad de detalles y a identificar fotografías: Ted (Tex) Barrow, Henry A. Boyes, Valton Burgin, Jessie Crumbacker, Art Dimick, John Hedge, T. L. Hudson, William Leyden, Sterling Mace, Tom Matheny, Jim McEney, Vincent Santos, George Sarrett y Thomas (Retaco) Stanley. Pido disculpas si he olvidado incluir algún nombre. Yo soy el único responsable de cualquier error que haya en este manuscrito.

Les agradezco su cooperación y comprensión a mis hijos, John y Henry, y su paciencia con un padre que a menudo estaba absorto en acontecimientos de pasado.

Una subvención del comité de investigación del profesorado de la Universidad de Montevallo ayudó a preparar este manuscrito.

E. B. S.

INTRODUCCIÓN

Hasta que llegue el milenio y los países dejen de intentar esclavizar a los demás, será necesario que aceptemos nuestras responsabilidades y estemos dispuestos a hacer sacrificios por nuestro país: como lo hicieron mis compañeros. Como solían decir las tropas: «Si el país es lo bastante bueno para vivir en él, es lo bastante bueno para luchar por él». El privilegio conlleva responsabilidad.

De este modo concluye E. B. Sledge sus memorias sobre los horrores de los enfrentamientos de los marines a finales de 1944 y durante la primavera de 1945 contra los japoneses en Peleliu y Okinawa. Deberíamos recordar estos pensamientos finales sobre el deber patriótico porque *Diario de un marine* ha logrado la condición de clásico militar; en parte debido a la imagen de la repulsa indiscriminada de Sledge hacia la brutalidad y el sinsentido de la propia guerra.

Aunque hay horrores en abundancia en las vividas descripciones de la terrible experiencia de la 1.a División de marines durante estas dos acciones, aun así su mensaje no es tan terriblemente condenatorio. El verdadero poder de las memorias de Sledge no se halla sólo en su melancolía. Incluso en su frecuente desesperación por la depravación que ve a su alrededor, existe una absoluta sensación de tragedia: hasta que la propia naturaleza del hombre cambie, a hombres como E. B. Sledge se les pedirá que hagan cosas que la civilización no debería exigirle a los suyos... pero deben hacerlo para vencer a la barbarie.

¿Quién era en realidad Eugene Bondurant Sledge, un profesor universitario jubilado antes desconocido que publicó al final de su vida su primer libro, pensado al principio sólo como unas memorias privadas para su familia? Sin embargo, menos de dos décadas después de su publicación, aquel borrador ha alcanzado reconocimiento como una de las mejores descripciones literarias que han surgido acerca de la guerra en el Pacífico.

A pesar de los elogios todavía crecientes que sigue recibiendo *Diario de un marine* —publicado por primera vez más de veinte años atrás por la editorial Presidio Press de Nóvate, California—, la muerte de Sledge a los setenta y siete años, en marzo de 2001, recibió poca atención de los medios. Tras su jubilación, Sledge fue una persona reservada que rara vez entró en la arena pública.

Incluso con su perfecta fama de marine, E. B. Sledge podría parecer un insólito veterano de combate. Hijo de un destacado médico local de Mobile,

Alabama, el elocuente, menudo y tímido Sledge sólo pasó un año en el Marión Military Institute y después se matriculó en el Georgia Institute of Technology, antes de decidir dejar el programa de adiestramiento de oficiales para alistarse a finales de 1943 en el cuerpo de marines de Estados Unidos como soldado raso. Esta temprana experiencia íntima con el adiestramiento de oficiales, junto con la subsiguiente decisión de preferir servir con los soldados rasos, tiñe gran parte de la narración de *Diario de un marine.* Sledge se forma un juicio de los oficiales repetidas veces, y tanto los mejores como los peores hombres del cuerpo se contaban entre sus alféreces y capitanes.

Tras la derrota de Japón, Sledge sirvió en la fuerza de ocupación estadounidense en China; su descripción de aquel destino se publicó postumamente con el título de *China Marine*. Sledge comentó más adelante que le resultó difícil regresar a la vida civil tras Peleliu y Okinawa, como les sucedió a numerosos veteranos de los enfrentamientos en las islas del Pacífico que no podían «comprender a la gente que refunfuñaba porque Estados Unidos no era perfecto o su café no estaba lo bastante caliente o tenían que hacer cola para esperar el tren o el autobús». Sledge, sin embargo, se adaptó muy bien y obtuvo su licenciatura en 1949. En 1960 ya había completado su doctorado en zoología y se había decantado por una carrera académica. A los treinta y nueve años entró como profesor en la Universidad de Montevallo, donde enseñó microbiología y ornitología hasta su jubilación.

Su pericia en el campo intelectual y su precisión de pensamiento y lenguaje, adquiridas durante casi treinta años como profesor y científico, podrían explicar gran parte de la fuerza de este libro. La narración está salpicada de variadas observaciones empíricas acerca de su nuevo entorno, y filosófica resignación por la incongruencia de todo aquello: «Las gentes de Okinawa habían cultivado su tierra con antiguos y rudimentarios métodos de labranza; pero la guerra había llegado y había traído con ella la tecnología más moderna y refinada para matar. Parecía descabellado, y comprendí que la guerra era como una especie de enfermedad que aquejaba a los hombres».

La revisión de la crueldad de Peleliu y Okinawa —basada en viejas notas de batalla que guardaba en trozos de papel en su volumen del Nuevo Testamento— se presenta con el cuidado de un clínico. El lenguaje de Sledge es modesto, no hay grandilocuencia. La autopsia de la batalla resulta inquietante, casi irreal. El comedimiento desapasionado acentúa en lugar de suavizar la barbarie. Sledge describe de este modo a un sanitario japonés muerto destrozado por los bombardeos estadounidenses: «El sanitario estaba tendido de espaldas y tenía la cavidad abdominal al descubierto. Me quedé mirando horrorizado, impresionado ante las relucientes visceras salpicadas de fino polvo de coral. "Esto no puede

haber sido un ser humano", pensaba una y otra vez. Se parecía más a las tripas de uno de los tantos conejos o ardillas que había limpiado cuando iba de caza siendo niño. Sentí náuseas mientras clavaba los ojos en los cadáveres.»

Las primeras páginas hacen que los lectores nos quedemos atónitos: ¿cómo pudo un hombre tan bueno haber soportado tamaño infierno, salir aparentemente sano y ahora décadas después llevarnos de regreso a aquellas espantosas islas para escribir de forma tan lógica sobre horrores tan abyectos? La víspera de la invasión de Peleliu, Sledge, curioso como siempre, le pregunta con total naturalidad a un marine de aspecto inteligente pero sentenciado qué piensa hacer tras la guerra, y luego describe la respuesta: «Quiero ser cirujano cerebral. El cerebro humano es algo increíble, me fascina», contestó.

Pero no sobrevivió a Peleliu para hacer realidad sus aspiraciones.

El teatro terrestre del Pacífico durante la segunda guerra mundial, desde Guadalcanal a Okinawa, que casi acaba con Sledge, como lo hizo con miles de jóvenes estadounidenses, no fue un sueño, sino una pesadilla diferente de todos los enfrentamientos que había vivido la nación. Fue una lucha de aniquilación. Y la matanza se vio alimentada por un odio político, cultural —y racial— sin cuartel: «Una animadversión brutal y primitiva —nos recuerda Sledge décadas después—, tan característica del horror de la guerra en el Pacífico como las palmeras y las islas».

Las meras distancias a través de los mares, el imponente tamaño de la flota imperial japonesa y el hecho de que Estados Unidos le diera prioridad a derrotar primero a la Alemania nazi, todo ello supuso que el enemigo tuviera a menudo las de ganar. En ciertos teatros en concreto, los japoneses tenían ventaja sobre los estadounidenses en número, elección del terreno e incluso en pertrechos. Ahora podríamos menospreciar la tecnología bélica del Japón imperial, olvidando que muchas veces igualaba, o incluso superaba, a la americana. En ambas islas, Sledge escribe con todo lujo de detalles acerca de los extraños morteros y artillería japoneses que se asomaban, disparaban y luego se ponían a salvo tras pesadas puertas de acero. Se le tenía miedo sobre todo a «una unidad de mortero Spigot de 320 mm preparada para disparar un proyectil de 675 libras. Los estadounidenses se encontraron por primera vez con esta imponente arma en Iwo Jima».

Como relata Sledge, el calor, las escarpadas cimas de coral y la incesante lluvia caliente de las exóticas islas del Pacífico, tan diferentes al teatro europeo, les era tan ajenos a los norteamericanos como las debilitantes enfermedades tropicales. Los cangrejos de tierra y el omnipresente hongo de la jungla corroían el cuero, la lona... y la carne. Sledge, el biólogo, escribe sobre Peleliu: «Resultaba truculento contemplar las fases de descomposición, pasar de recién muerto a la hinchazón, a

la putrefacción infestada de gusanos, a huesos parcialmente expuestos; como si se tratara de un reloj biológico que marcara el inexorable paso del tiempo». Añade acerca del hedor: «Cada vez que respirabas inhalabas aire caliente y húmedo cargado de incontables olores repugnantes».

Lo espantoso no consistía únicamente en que la fanática naturaleza de la resistencia japonesa significaba que los llamados a filas durante la Depresión a menudo se veían obligados a matar al enemigo en lugar de herirlo o capturarlo. En realidad, surgió cierto temor o incluso perplejidad entre los jóvenes llamados a filas sobre la naturaleza de una ideología que podía alimentar un odio tan primario hacia los estadounidenses. Al enterarse de la noticia de la capitulación nipona tras Hiroshima y Nagasaki, el veterano Sledge seguía perplejo: «Pensábamos que los japoneses no se rendirían nunca. Muchos se negaron a creerlo. Sentados en silencio, anonadados, recordamos a nuestros muertos. Tantos muertos. Tantos lisiados. Tantos futuros brillantes relegados a las cenizas del pasado».

El relato de E. B. Sledge comienza con su adiestramiento como marine en la Compañía K del 3.er Batallón del 5.° Regimiento de marines de la 1.a División de marines. Sus memorias se centran en dos aterradoras batallas insulares que al final acabaron con la división. La primera se produjo en Peleliu (Operación Stalemate II, del 15 de septiembre al 25 de noviembre de 1944), donde durante 10 semanas de espantosos enfrentamientos 8.769 estadounidenses resultaron muertos, heridos o desaparecidos. Perecieron alrededor de 11.000 japoneses: casi toda la guarnición enemiga de la isla. Se produjo una encarnizada controversia —que aún sigue vigente— sobre si el general Douglas MacArthur de verdad necesitaba tomar por asalto la guarnición japonesa de Peleliu para garantizar la seguridad de su flanco derecho de camino a Filipinas.

A Sledge, sin embargo, le importan poco estas discusiones en torno a las necesidades estratégicas. A él le preocupa la supervivencia de sus 235 compañeros de la Compañía K, de los que 150 resultaron muertos, heridos o desaparecidos. Por ello en este libro apenas se critica la insensatez que, retrospectivamente, fue la toma de Peleliu. El mejor modo de resumir la resignación de Sledge podría ser algo así: «El enemigo ocupaba la isla; la tomamos; ellos perdieron y nosotros seguimos adelante».

La Operación Iceberg (del 1 de abril al 2 de julio de 1945) del año siguiente para capturar Okinawa fue mucho peor. En efecto, se trató de la experiencia más aterradora para los norteamericanos durante toda la guerra del Pacífico: más de 50.000 bajas americanas, incluyendo unos 12.500 soldados y marineros muertos, y el mayor número de casos de fatiga de combate que se haya registrado nunca en una sola batalla estadounidense.

Mi tocayo Víctor Hanson, de la 6.a División de marines del 29.° Regimiento, murió cerca del frente de Shuri, en el último asalto a las cumbres, unas horas antes de su captura, el 19 de mayo de 1945. Sus cartas, y las de los oficiales al mando notificando su muerte a nuestras dos familias, resultan dolorosas de leer; sobre todo la descripción de sus últimos momentos en la colina Sugar Loaf. Es más, el mero nombre Okinawa ha perseguido a la familia Hanson desde hace medio siglo, como le ha sucedido a la de Sledge y a otros miles de hogares estadounidenses. Durante décadas, en Estados Unidos nadie supo —o no quiso saber— qué sucedió de verdad en Okinawa.

De hecho, ninguna de las dos batallas de Sledge, a pesar de su ferocidad y de las brutales y posteriores victorias americanas —al producirse en lugares lejanos y poco conocidos, y en el denominado «teatro secundario»—, recibió la atención pública de la playa de Normandía o la batalla de las Ardenas. En el caso de Okinawa, la barbarie se vio eclipsada en primer lugar por la muerte casi simultánea de Franklin Roosevelt el 12 de abril y la capitulación alemana en Europa el 8 de mayo, y luego más tarde por el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki (6 y 9 de agosto), poco más de cinco semanas después de que el 2 de julio se declarara que la isla estaba asegurada.

En medio de estos dos acontecimientos trascendentales, decenas de miles de estadounidenses olvidados se abrieron paso lentamente por la isla. Aceptaron que tal vez tuvieran que matar a todos los que formaban parte de las últimas unidades de primera japonesas a las que guiaban los oficiales más consumados del ejército nipón: los brillantes generales, aunque de triste fama, Mitsuru Ushijima e Isamu Cho y el estratega de gran talento, el coronel Hiromichi Yahara.

Cuando finalizó la batalla, la armada de Estados Unidos había sufrido las mayores pérdidas en una sola batalla de su historia. La recién constituida 6.a División de marines y la veterana 1.a División de marines de Sledge estaban destrozadas, casi la mitad de sus efectivos originales habían resultado muertos o heridos. El jefe de todas las fuerzas de tierra estadounidenses en Okinawa, el general Simón Bolivar Buckner, Jr., se convirtió en el soldado de mayor rango muerto en combate durante la segunda guerra mundial. El potencial destructor de miles de kamikazes, unido a la incorrecta información previa a la batalla, que había subestimado muchísimo la magnitud, armamento y ferocidad de la resistencia insular, causaron una sensación de temor acerca del próximo asalto programado para el 1 de noviembre contra la isla japonesa de Ryushu (Operación Olympic).

Sigue existiendo una intensa controversia en torno a la moralidad de lanzar las dos bombas atómicas que pusieron fin a la guerra antes de las invasiones americanas de Kyushu y Honshu. Sin embargo, nos olvidamos de que la decisión

del presidente Truman se basó en buena parte en el deseo de evitar la pesadilla que marines como E. B. Sledge acababan de soportar en Peleliu y Okinawa. Si los estadounidenses de hoy en día, que disfrutan de una paz duradera, se plantean si nuestros abuelos se precipitaron al decidir recurrir a armas atómicas, olvidan que muchos veteranos del Pacífico se preguntaron por qué tuvieron que pasar por una conquista de Okinawa cuando la prueba positiva en Alamogordo, Nuevo México, el 16 de julio se produjo unos días después de que la isla se declarara segura. Sin duda, la carnicería de Okinawa se podría haber retrasado hasta finales de verano para permitir que la existencia de tales armas convenciera a los japoneses de que era inútil prolongar la guerra.

Existen excelentes memorias de Okinawa y descripciones narrativas del papel de la batalla en la victoria estadounidense sobre Japón, entre las que destacan *Goodbye, Darkeness,* maravillosamente escrita por William Manchester, y la exhaustiva *Tennozan: the battle of Okinawa and the atomic bomb* de George Feifer. No obstante, el desgarrador relato de E. B. Sledge aún no ha sido igualado. Su libro está narrado con una prosa elegante, sin obscenidades, ni mucho argot (si bien el autor ni era un estilista ni tampoco habla con facilidad de sus más hondos sentimientos). John Keegan, Paul Fussel y Studs Terkel han elogiado la franqueza de Sledge, en especial su admisión explícita de que experimentó el mismo odio, pero que luchó cada día contra la barbarie que llevó a otros a casi igualar las atrocidades de sus enemigos.

A diferencia de muchas memorias de posguerra, la exactitud de la información de Sledge nunca se ha puesto en duda. No exagera sus logros ni los de su Compañía K. Sledge utiliza a veces unas cuantas notas explicativas a pie de página. A menudo informan al lector de que el maravilloso oficial al que Sledge acaba de describir en el texto más tarde recibió un disparo o saltó por los aires en Peleliu u Okinawa. Le recuerda al lector que sus marines, que eran tan humanos como cualquier otro soldado, podían ser muy crueles: «Un vehemente odio por los japoneses consumía a todos los marines a los que conocí». Sin embargo, dicho esto, la censura moral de Sledge deja ver que tal barbarie debería y por lo general tendía a condenarse como una desviación más que aceptarse como normal, algo muy diferente de lo que ocurría con los japoneses:

Me quedé mirando la cara, sin dar crédito a lo que veía, al darme cuenta de que los japoneses le habían cortado el pene al marine muerto y se lo habían metido en la boca. [...]Mis emociones cristalizaron en una ira y un odio hacia los japoneses muy superior a nada que hubiera experimentado antes. A partir de ese momento nunca sentí la más mínima lástima ni compasión por ellos, fuesen cuales fueran las circunstancias. Puede que

mis compañeros les vaciaran las mochilas y los bolsillos en busca de souvenires y les arrancaran los dientes de oro, pero nunca vi a un marine cometer la clase de mutilación brutal que los japoneses perpetraban si tenían acceso a nuestros muertos.

Lo que me resulta más memorable de *Diario de un marine* es la empatia que Sledge siente por aquellos con quienes no se esperaría que compartiera una afinidad natural, entre ellos a veces incluso el enemigo (al que a menudo no quiere matar gratuitamente y cuyos cadáveres se niega a profanar). El suyo es un mundo sureño muy cortés, donde se deja ver la caballerosidad de Alabama, Luisiana o Tejas; queda implícito que se enorgullece de la clásica hombría de bien o del viejo Sur, pero también su amor por sus cantaradas yanquis, de los que sabe que luchan tan bien como los suyos. Sledge admite sentir miedo, de vez en cuando reconoce que su valor sólo fue consecuencia de la desesperación o de cálculos razonables. Únicamente apunta su habilidad como marine de forma tangencial. Sin embargo, mediante sus descripciones pragmáticas, al lector le resulta fácil figurarse por qué sus compañeros apodaron «Mazo» a un hombre de sesenta kilogramos.

Los héroes de Sledge, en medio de la desolación de las islas calcinadas —los sargentos Baily y Hanney, el teniente Rústico Jones y el querido capitán Haldane—, destacan por su reflexión y humanidad. Sledge escribe sobre Jones: «Tenía la rara capacidad de mostrarse amable pero informal con los soldados rasos. Poseía una combinación única de valor, liderazgo, capacidad, integridad, dignidad, franqueza y compasión. Únicamente conocí a otro oficial que también contara con todas estas cualidades: el capitán Haldane».

Aunque el ímpetu y la destreza de los jóvenes compatriotas de Sledge dejan pasmado al lector, éste los describe como aprendices a la sombra de los auténticos y «antiguos» marines: una generación casi mítica que llegó a la mayoría de edad entre las guerras y que eran aún más duros, que lucharon y ganaron las batallas iniciales del Pacífico en Guadalcanal y Cape Gloucester, en Nueva Bretaña, contra los japoneses, supuestamente invencibles y superiores, de 1942 y 1943. Del sargento de artillería Elmo Haney, que se frotaba los genitales con un cepillo de cerdas y limpiaba su MI y su bayoneta tres veces al día, Sledge concluye: «A pesar de sus particularidades, Haney nos servía de estímulo a los jóvenes de la Compañía K. Nos proporcionaba un vínculo directo con el «viejo cuerpo». Para nosotros él era la vieja guardia. Lo admirábamos... y lo queríamos».

En efecto, en el Pacífico de Sledge hay héroes homéricos de todo tipo, héroes de una época que pasó hace mucho tiempo. Bob Hope en la cima de su carrera en Hollywood se presenta como un patriota leal en la apartada Pavuvu, a donde llega con cierto peligro para actuar ante las tropas. Y el futuro senador por Illinois, Paul

Douglas —renombrado escritor y profesor de economía en la Universidad de Chicago—, aparece en lo peor del combate en Peleliu como un recluta de marines canoso y con gafas de cincuenta y tres años que le pasa munición al joven Sledge. Douglas resulta gravemente herido después en Okinawa y recibe la Estrella de Plata y el Corazón Púrpura. Una vez más, si los lectores contemporáneos se asombran con la valiente generación de jóvenes marines que rodea a Sledge, que sepan que estamos aún más lejos de lo que creemos de aquellos estadounidenses, puesto que la auténtica «vieja guardia» era anterior e incluso superior a su generación.

Sledge siente aversión hacia la barbarie de los japoneses, pero ésta nunca le impide ver que tienen en común el horrible destino de morir juntos en lugares atroces como Peleliu y Okinawa. Así que se enfurece cuando ve a uno de sus compañeros marines arrancándole los dientes de oro a un soldado japonés herido de muerte, pero vivo, en Okinawa: «Era incivilizado, como lo es todo en la guerra, y se llevaba a cabo con aquel salvajismo particular que caracterizó el enfrentamiento entre los marines y los japoneses. No se trataba simplemente de buscar recuerdos o saquear al enemigo muerto; más bien eran como guerreros indios arrancando cabelleras. Tal era la increíble crueldad que podían cometer hombres decentes cuando se veían reducidos a una existencia salvaje en su lucha por la supervivencia en medio de la muerte violenta, el horror, la tensión, la fatiga y la mugre que componían la guerra de los soldados de infantería».

En efecto, el punto fuerte de la destreza narrativa de Sledge es su talento para apartarse y condenar la insensatez de la guerra, —para censurar su derramamiento de sangre, sin negar que a menudo haya un motivo—, y un profundo cariño por aquellos que comparten las cargas del conflicto.

La guerra es brutal, ignominiosa y una terrible destructora. El combate deja una marca indeleble en aquellos que se ven obligados a soportarlo. Los únicos factores positivos fueron el increíble coraje de mis compañeros y su dedicación mutua. El entrenamiento del cuerpo de marines nos enseñó a matar de manera eficiente y a intentar sobrevivir. Pero también nos enseñó lealtad mutua... y afecto. Ese espíritu de equipo nos mantuvo en pie.

Las memorias de Sledge vuelven a estar vigentes. *Diario de un marine* nunca ha tenido mayor validez que tras el 11 de septiembre; pues la guerra es un rasgo inalterable de la naturaleza humana y por lo tanto está sujeta a lecciones previsibles que trascienden el tiempo y el espacio. No se trata únicamente de que los marines estadounidenses de este milenio se enfrentan a una nueva variedad de

pilotos o terroristas suicidas, o a enemigos fanáticos devotos de un credo antioccidental, o al mismo terror a las minas, los morteros y el combate cuerpo a cuerpo por el que pasó Sledge, en lugares como las ciudades iraquíes de Haditha y Ramadi.

Sledge nos recuerda más bien lo letal que puede llegar a ser lo que podríamos llamar el adolescente americano normal de uniforme, un crudo determinismo que también reconocimos en el Hindú Kush y Kirkuk. Criado en medio de la abundancia y la libertad, el soldado estadounidense no parece un buen candidato para aprender *ex nihilo* el arte de matar. ¿Cómo se le puede pedir de pronto a un adolescente aburguesado que se enfrente y derrote a los fanáticos, ya sea en el frente de Shuri en Okinawa o en Faluya, en el triangulo suní? «¿Cumpliría con mi deber o sería un cobarde?», se pregunta Sledge en su travesía inicial al Pacífico. «¿Podría matar?»

No obstante, al leer *Diario de un marine* se ve que cierta renuencia estadounidense a matar y el rechazo derivado del militarismo producen el extraño efecto de aumentar el valor, con lo que aquellos hombres libres demostraron que eran capaces de casi cualquier sacrificio para defender su libertad.

O como E. B. Sledge nos recuerda una vez más treinta y seis años después de sobrevivir a Okinawa:

*Al escribirlo estoy cumpliendo con una obligación que he sentido durante mucho tiempo hacia mis compañeros de la 1.*a *División de marines, que sufrieron tanto por nuestro país. Ninguno salió indemne. Muchos entregaron sus vidas, muchos su salud, y algunos su cordura. Todos los que sobrevivieron recordarán durante mucho tiempo el horror que preferirían olvidar. Pero sufrieron y cumplieron con su deber para que su patria pudiera disfrutar de una paz que se pagó muy cara. Tenemos una profunda deuda de gratitud con esos marines.*

Nosotros tenemos la misma deuda con el difunto E. B. Sledge. Nos recuerda a los que vivimos en una «patria protegida» que Estados Unidos no es inmune a la «locura» de la guerra. Así que hace que vuelvan a cobrar vida los nombres, rostros y pensamientos de aquellos que nos dejaron en Okinawa y Peleliu, pero que transmitieron lo que nosotros debemos legarles a aquellos que nos sigan.

Víctor Davis Hanson

PRIMERA PARTE

Peleliu: una batalla olvidada

PRÓLOGO A LA PRIMERA PARTE

En la perspectiva global de la segunda guerra mundial, el asalto de la 1.a División de marines contra la isla de Peleliu en el Pacífico central hace treinta y siete años fue una batalla relativamente menor.

Después de que una guerra concluye, resulta aparentemente fácil establecer qué batallas fueron fundamentales y cuáles no hubiera hecho falta librar.

Así, *a posteriori,* la contribución de Peleliu a la victoria total fue discutible. Además, la propia segunda guerra mundial ha ido cayendo en el olvido ante los combates más recientes en Corea y Vietnam.

Para los hombres de la 1.a División de marines que llevaron a cabo el ataque contra Peleliu (de los que los más jóvenes ahora tienen alrededor de cincuenta años), no fue en absoluto una batalla menor.

Para aquellos que estuvieron allí, fue un combate sangriento, agotador, doloroso e interminable. Para tratarse de una operación de una sola división, las bajas fueron extraordinariamente numerosas.

Eugene B. Sledge sirvió en la Compañía K del 3.er Batallón del 5.° de marines a lo largo de toda la batalla. Yo tuve el privilegio de estar al mando de la Compañía I del mismo batallón en la misma época. Su relato me despertó vividos recuerdos que habían permanecido latentes durante años.

No lean esta narración personal buscando la trascendencia de la batalla ni de una gran estrategia. Más bien léanla por lo que es: el intenso combate desde el punto de vista de un fusilero de marines en particular. Para aquellos que hayan experimentado la batalla en otro lugar, las similitudes resultarán obvias.

John A. Crown, teniente coronel

del cuerpo de marines de Estados Unidos

Atlanta, Georgia

CAPÍTULO UNO

La forja de un marine

Me alisté en el cuerpo de marines el 3 de diciembre de 1942 en Marión, Alabama. En ese momento estaba en mi primer año en el Marión Military Institute. Mis padres y mi hermano Edward me habían pedido con insistencia que me quedara en el colegio para que pudiera ser oficial de alguna arma técnica del ejército de Estados Unidos. Sin embargo, movido por la profunda inquietud de que la guerra terminase antes de que yo pudiera unirme al combate, quise alistarme en el cuerpo de marines lo antes posible. Ed, que se había graduado en el colegio militar The Citadel y era alférez en el ejército, sugirió que tendría mejor vida como oficial. A mamá y papá les angustiaba un poco pensar que formaría parte de los marines como soldado raso, es decir, como «carne de cañón». Así que, cuando un equipo de reclutamiento de los marines llegó al Marión Institute, me inscribí en uno de los programas de adiestramiento de oficiales del cuerpo. Se llamaba V-12.

El sargento de reclutamiento llevaba pantalones azules, una camisa caqui, corbata y gorra de plato blanca. Nunca había visto unos zapatos brillar así. Me hizo muchísimas preguntas y rellenó numerosos documentos oficiales. Cuando me dijo:

«¿Alguna cicatriz, marca de nacimiento u otro rasgo inusual?», describí una cicatriz de dos centímetros y medio en la rodilla derecha.

Indagué el motivo de tal pregunta. Él respondió:«Para que puedan identificarlo en alguna playa del Pacífico después de que los japos hagan saltar por los aires sus placas de identificación.»

Esta fue mi introducción al crudo realismo que caracterizaba al cuerpo de marines que después llegué a conocer tan bien.

El año lectivo terminó la última semana de mayo de 1943. Pude pasar el mes de junio en casa, en Mobile, antes de tener que presentarme el 1 de julio en el Georgia Tech, en Atlanta.

Disfruté del viaje de Mobile a Atlanta porque el tren tenía una locomotora a vapor. El humo olía bien y el silbato añadía una lastimera nota que me recordaba una vida sin prisas. Los maleteros se quedaron admirados y se mostraron muy solícitos cuando les dije, con bastante orgullo, que iba de camino a convertirme en marine. Mi vale de comida del cuerpo de marines me proporcionó una ensalada de gambas grande y deliciosa en el vagón restaurante y las miradas de admiración del

camarero de servicio.

Al llegar a Atlanta un taxi me depositó en el Georgia Tech, donde los 180 hombres del destacamento de marines vivían en Harrison Dormitory. Estaba previsto que los reclutas asistieran a clases durante todo el año (en mi caso, unos dos años), se graduaran y luego pasaran a la base de la infantería de marina en Quantico, Virginia, para el adiestramiento como oficiales.

Un marine de carrera, el capitán Donald Payzant, estaba al mando. Payzant había servido con la 1.a División de marines en Guadalcanal. Parecía enorgullecerse de su labor; amaba el cuerpo, era incisivo y estaba lleno de jactancia. Al volver la vista atrás, ahora me doy cuenta de que había sobrevivido a la picadora de carne del combate y que simplemente se alegraba de estar sano y salvo y de tener la suerte de estar destacado en una tranquila base de adiestramiento.

La vida en el Georgia Tech era agradable y cómoda. En resumen, no sabíamos que estábamos en guerra. La mayor parte de las asignaturas eran aburridas y poco estimulantes. A muchos de los profesores les molestaba ostensiblemente nuestra presencia. Resultaba prácticamente imposible concentrarse en los estudios. La mayoría de nosotros opinaba que nos habíamos alistado en los marines para luchar, pero allí éramos estudiantes otra vez. La situación era más de lo que muchos podíamos soportar.

Al final del primer semestre, noventa —la mitad del destacamento— suspendimos para poder entrar en el cuerpo como soldados rasos.

Cuando el oficial de la armada que se ocupaba de los asuntos académicos me llamó para preguntarme por mi bajo rendimiento, le contesté que no me había alistado en el cuerpo de marines para pasarme toda la guerra estudiando. Fue tan comprensivo que llegó a mostrarse paternal y dijo que él opinaría igual si estuviera en mi lugar.

El capitán Payzant nos ofreció un pequeño discurso de ánimo a los noventa delante de la residencia la mañana en la que íbamos a subir al tren que nos llevaría al campamento de adiestramiento en el Marine Corps Recruit Depot en San Diego, California. Nos dijo que éramos los mejores hombres y los mejores marines del destacamento. Aseguró que admiraba nuestro temple por querer participar en la guerra. Creo que fue sincero.

Tras la charla, unos autobuses nos llevaron a la estación de ferrocarril. Cantamos y gritamos entusiasmados todo el camino. Al fin íbamos a la guerra. ¡Si hubiéramos sabido lo que nos aguardaba!

Aproximadamente dos años y medio más tarde, regresé a la estación de

ferrocarril de Atlanta de camino a casa. Poco después de bajar del vagón para dar un paseo, un joven soldado de infantería del ejército se acercó a mí y me estrechó la mano. Comentó que se había fijado en mi insignia de la 1.a División de marines y en las insignias de campaña que llevaba en el pecho y se había preguntado si había luchado en Peleliu. Cuando le contesté que sí, me dijo que simplemente quería expresar su eterna admiración por los hombres de la 1.a División de marines.

Él había luchado con la 81.a División de infantería (los Wildcats) que había venido a ayudarnos en Peleliu.[2] Era servidor de ametralladora, los disparos japoneses lo habían alcanzado en el cerro Bloody Nose y sus compañeros lo habían abandonado. Sabía que moriría a causa de las heridas o que los japoneses lo harían pedazos cuando cayera la noche. Arriesgando sus vidas, unos marines habían llegado y lo habían puesto a salvo. El soldado dijo que le habían impresionado tanto el coraje, la eficacia y el compañerismo de los marines que vio en Peleliu que juró que le daría las gracias a todos los veteranos de la 1.a División de marines con los que se encontrara.

Los «latinos» —como nos llamaban a los que nos dirigíamos a San Diego— subimos a un tren militar en una gran estación de Atlanta. Todos estaban muy animados, como si fuéramos rumbo a un picnic en lugar de al campamento de adiestramiento... y a la guerra. El viaje a través del país se prolongó varios días y resultó tranquilo aunque interesante. La mayoría no habíamos ido nunca al Oeste y disfrutamos del paisaje. Rompíamos la monotonía del viaje jugando a las cartas, gastándonos bromas unos a otros y saludando, gritando y silbándoles a todas y cada una de las mujeres que veíamos. A veces comíamos en los vagones restaurante del tren, pero en ciertos lugares el tren pasaba a una vía muerta y comíamos en la cantina de la estación.

Casi todo el tráfico ferroviario con el que nos cruzamos era militar. Vimos largos trenes compuestos casi exclusivamente de vagones abiertos cargados de carros de combate, semiorugas, piezas de artillería, camiones y otro equipo militar. Nos pasaron muchos trenes de tropas en ambas direcciones. La mayoría transportaba soldados del ejército. Este tráfico ferroviario nos recalcó la magnitud del esfuerzo bélico de la nación.

Llegamos a San Diego una mañana temprano. Tras recoger nuestro equipo, formamos filas fuera de los vagones. Un sargento primero llegó e indicó a los suboficiales de nuestro tren en qué autobuses teníamos que subir. A los adolescentes, este sargento primero nos pareció viejo. Al igual que nosotros, iba vestido con un uniforme de marine de lana verde, pero él tenía insignias de campaña en el pecho. También contaba con el *fourragére* francés verde en el

hombro izquierdo. (Después, como miembro del 5.° Regimiento de marines, yo llevaría ese cordón trenzado alrededor del brazo izquierdo con orgullo.) Sin embargo, ese hombre lucía además dos vueltas por fuera del brazo. Eso significaba que había servido con un regimiento (el 5.° o el 6.° de marines) que había recibido la condecoración de Francia por servicios distinguidos en combate durante la primera guerra mundial.

El sargento nos hizo unos breves comentarios acerca del duro adiestramiento al que nos íbamos a enfrentar. Parecía simpático y comprensivo, casi paternal. Su actitud nos dejó una falsa sensación de bienestar y no nos preparó en lo más mínimo para la impresión que nos aguardaba cuando bajamos de aquellos autobuses.

—¡Rompan filas y suban a los autobuses que se les han asignado! —ordenó el sargento primero.

—Muy bien, muchachos. ¡Suban a los autobuses! —gritó el suboficial.

Parecían haberse vuelto más autoritarios según nos acercábamos a San Diego.

Tras recorrer sólo unos cuantos kilómetros, los autobuses se detuvieron en el gran Marine Corps Recruit Depot: el campamento de adiestramiento. Mientras miraba con ansiedad por la ventanilla, vi muchas secciones de reclutas marchando por las calles. Cada instructor bramaba las órdenes con una cadencia muy personal. Los reclutas estaban rígidos como sardinas en lata. Me puse nervioso al ver lo serios —o, más bien, lo asustados— que parecían.

—Muy bien, chicos. ¡Fuera de los malditos autobuses!

Salimos rápidamente, nos pusimos en fila con los hombres de los otros autobuses y nos numeramos en grupos de unos sesenta. Pasaron varios camiones que transportaban destacamentos de trabajo formados por hombres que seguían en el campamento de adiestramiento o que habían terminado hacía poco. Nos miraron con sonrisas de complicidad y se burlaron:

—Os vais a arrepentir.

Ése era el saludo normal y oficioso que se les daba a todos los reclutas.

Poco después de bajar del autobús, un cabo se acercó a mi grupo. Gritó:

—Sección, atención. A la derecha, de frente, huah. Paso ligero, huah.

Nos hizo correr arriba y abajo por las calles durante lo que parecieron horas y por fin nos llevó hasta una hilera doble de barracones que nos alojarían un tiempo. Estábamos sin aliento. Él ni siquiera parecía jadear.

—¡Sección, alto, a la derecha! —Se llevó las manos a las caderas y nos inspeccionó con desprecio—. Son unos imbéciles —gritó. A partir de ese momento intentó demostrarlo cada momento de cada día—. Soy el cabo Doherty, su instructor. Ésta es la Sección 984. Si alguno de ustedes es tan idiota como para pensar que no necesita seguir mis órdenes, que venga aquí y le partiré la cara ahora mismo. Puede que sus almas les pertenezcan a Jesús, pero sus culos les pertenecen a los marines. Son reclutas. No son marines. Quizá no tengan lo que hay que tener para ser marines.

Nadie se atrevió a moverse, casi ni a respirar. Todos recibimos una lección de humildad, porque no cabía duda de que el instructor hablaba completamente en serio.

El cabo Doherty no era un hombre recio. Medía aproximadamente un metro setenta y siete, probablemente pesara unos setenta kilos y era un hombre musculoso con un pecho prominente y un estómago plano. Tenía los labios finos, una tez rubicunda y era probable que fuera tan irlandés como su nombre. Por su acento calculé que era de Nueva Inglaterra, tal vez de Boston. Tenía los ojos del tono verde más frío y malvado que había visto nunca. Nos fulminó con la mirada como si fuera un lobo que deseara despedazarnos. Me dio la impresión de que la única razón por la que no lo hacía era que el cuerpo de marines quería usarnos como carne de cañón para amortiguar las balas y la metralla de los japoneses, de modo que se pudiera reservar a los auténticos marines para capturar las posiciones niponas.

Ninguno de nosotros dudó nunca que el cabo Doherty fuera estricto y duro de corazón. La mayoría de los marines recuerdan lo fuerte que les chillaban sus instructores, pero Doherty no levantaba demasiado la voz. Él gritaba de un modo glacial y amenazador que nos producía escalofríos. Llegamos a creer que si nos moríamos de miedo por su culpa, los japos no podrían matarnos. Siempre iba impecable y el uniforme le quedaba tan bien como si se lo hubiera hecho el mejor sastre. Mantenía una postura erguida y su comportamiento reflejaba precisión militar.

La gente se imagina a los instructores con galones de sargento. Doherty nos infundía respeto y nos asustaba tanto que no podría haber resultado más efectivo si hubiera llevado los seis galones de un sargento primero en lugar de los dos de un cabo. Un hecho salió a relucir con toda claridad: ese hombre sería el dueño de nuestros destinos en las semanas venideras.

Doherty casi nunca nos hacía entrenar en la plaza de armas principal, sino que nos hacía marchar o ir a paso ligero hasta un área cerca de la playa de la bahía de San Diego. Allí la arena blanda hacia que caminar resultara agotador. Justo lo

que él quería. Durante horas enteras, durante días enteros, nos entrenábamos para arriba y para abajo por la suave arena. Las piernas me dolían muchísimo los primeros días, como le sucedía al resto de la sección. Descubrí que los músculos no me dolían tanto cuando me concentraba en un pliegue del cuello de la camisa o en la gorra del hombre que iba delante de mí o intentaba contar los barcos que había en la bahía. Abandonar la fila por tener las piernas cansadas era algo inconcebible. El remedio habitual para semejante acto de debilidad era ir a paso ligero, sin moverse del sitio, para poner las piernas en forma... antes de que el instructor te humillara y reprendiera delante de toda la sección. Yo prefería el dolor al remedio.

Antes de regresar a la zona de los barracones al final de cada sesión de instrucción, Doherty nos hacía detenernos, le pedía a un hombre su fusil y nos decía que nos demostraría la técnica adecuada de sujetar el fusil mientras nos arrastrábamos. Aunque primero situaba la culata del fusil en la arena, soltaba el arma y la dejaba caer, diciendo que cualquiera que hiciera eso lo lamentaría. Con tantos hombres en la sección, resultaba asombrosa la frecuencia con la que pedía utilizar mi fusil para esa demostración. Luego, tras enseñar cómo sostener el fusil contra el pecho, nos ordenaba que nos arrastráramos. Lógicamente, los hombres de delante lanzaban arena con los pies sobre el fusil del que iba tras él. Con esta y otras muchas técnicas, el instructor se encargaba de que tuviéramos que limpiar los fusiles varias veces al día.

Sin embargo, aprendimos rápido y bien un antiguo lema del cuerpo de marines: «El fusil es el mejor amigo de un marine». Siempre lo tratamos así.

Durante los primeros días, Doherty le hizo una vez una pregunta sobre su fusil a uno de los reclutas. Al responder, el desventurado recluta se refirió a su fusil como «mi artillería». El instructor le dio unas órdenes entre dientes y el recluta se sonrojó. Comenzó a trotar delante de los barracones con una mano en el fusil y la otra en el pene, entonando:

—Éste es mi fusil —mientras alzaba su MI— y ésta es mi artillería —y movía el otro brazo—. Esto es para los japos —sostenía en alto el MI de nuevo— y esto es para divertirme —levantaba el otro brazo.

Huelga decir que ninguno de nosotros volvió a utilizar nunca la palabra «artillería» a menos que nos refiriéramos a un mortero, una pieza de artillería o un cañón naval.

Un día típico en el campamento de adiestramiento comenzaba con el toque de diana, a las cuatro de la madrugada. Nos lanzábamos de nuestros catres en medio de la fría oscuridad y nos afeitábamos, vestíamos y comíamos a toda prisa. El extenuante día terminaba con el toque de silencio a las diez de la noche. Sin

embargo, en cualquier momento entre el toque de silencio y el de diana, el instructor podía hacernos salir para una inspección de fusiles, instrucción en formación cerrada o para correr alrededor de la plaza de armas o por la arena de la bahía. Este hostigamiento en apariencia cruel y sin sentido me resultó muy útil más tarde, cuando descubrí que la guerra no dejaba dormir a nadie, en especial a los soldados de infantería. En combate sólo hay un tipo de sueño: el sueño eterno.

Nos trasladamos a dos o tres áreas de barracones diferentes durante las primeras semanas. El traslado debía hacerse de inmediato. La orden era:

—Sección 984, salgan a paso ligero con los fusiles, el equipo individual completo y los petates con todo el equipo debidamente guardado, y prepárense para partir en diez minutos.

Entonces se produciría un desenfrenado correr mientras los hombres recogían y guardaban su equipo. Cada uno contaba con uno o dos amigos que se unían para ayudarse unos a otros a ponerse las mochilas y a echarse los pesados petates sobre los hombros encorvados. Varios hombres de cada barracón se quedaban para limpiar los edificios y la zona de alrededor mientras el resto de la sección se dirigía penosamente llevando sus pesadas cargas hasta los nuevos barracones.

Al llegar al nuevo destino, la sección se detenía, se les asignaba un barracón, rompían filas y guardaba el equipo. Cuando entrábamos en los alojamientos recibíamos órdenes de formar para instrucción con fusiles, cartucheras y bayonetas. La sensación de urgencia y prisa nunca disminuía. Nuestro instructor tenía mucha inventiva para encontrar formas de hostigarnos.

Una de las zonas de barracones en las que nos encontrábamos estaba separada por una alta valla de una fábrica de aviones donde se hacían los grandes bombarderos B-24 «Liberator». También había una pista de aterrizaje y los grandes aviones de cuatro motores iban y venían a poca altura por encima de los techos de los barracones. Una vez uno aterrizó con la panza y atravesó la valla cerca de nuestros alojamientos. Nadie resultó herido, pero varios de nosotros bajamos corriendo a ver el accidente. Cuando regresamos, el cabo Doherty nos pronunció uno de sus mejores discursos acerca de que los reclutas no debían salir nunca del área asignada sin el permiso de su instructor. Todos nos quedamos admirados, sobre todo por la enorme cantidad de flexiones y otros ejercicios que realizamos en lugar de ir a almorzar.

Durante la instrucción en formación cerrada, los hombres bajos lo pasaban muy mal para mantener el paso. Cada sección contaba con sus «pesos pluma»: hombres bajos que avanzaban penosamente con zancadas gigantes a la cola de la

formación. Con un metro setenta y cinco, yo me encontraba aproximadamente dos tercios detrás del guía de la Sección 984. Un día mientras regresábamos del curso de bayoneta, perdí el paso y no pude retomar la cadencia. El cabo Doherty marchó a mi lado. Me dijo con su tono gélido:

—Chico, si no coge el paso y lo mantiene, voy a darle una patada tan fuerte en el trasero que van a tener que llevarnos a los dos a la enfermería. Hará falta cirugía mayor para sacarme el pie de su culo.

Con aquellas inspiradoras palabras resonando en mis oídos, retomé la cadencia y nunca más volví a perderla.

El tiempo se volvió bastante frío, sobre todo por la noche. Tenía que taparme con las mantas y el abrigo. Muchos dormíamos con los pantalones de tela vaquera y las sudaderas de la instrucción, además de la ropa interior. Cuando sonaba el toque de diana bastante antes de que amaneciera, sólo teníamos que ponernos las botas de campo antes de formar para el pase de lista.

Cada mañana, tras el pase de lista, corríamos por la neblinosa oscuridad hasta una amplia plaza de armas asfaltada para la gimnasia con fusil. Encima de una plataforma de madera, un musculoso instructor ordenaba una larga serie de agotadores ejercicios en varias secciones. Un sistema de megafonía tocaba una grabación rayada de *Three o'dock in the moming.* Se suponía que debíamos seguir el compás de la música. Lo único que rompía la monotonía eran las frecuentes maldiciones y los insultos dirigidos a nuestro entusiasta instructor entre susurros y la aparición demasiado frecuente de varios instructores que acechaban las extensas filas asegurándose de que todos se ejercitaran enérgicamente. Los ejercicios no sólo nos endurecieron el cuerpo. El oído se nos agudizó mucho tratando de oír si se acercaban los instructores mientras nos saltábamos uno o dos tiempos para descansar un momento en medio de la impenetrable oscuridad.

En aquel momento no comprendíamos ni apreciábamos el hecho de que la disciplina que estábamos aprendiendo al responder a órdenes bajo presión marcaría muchas veces la diferencia más tarde en combate: entre el éxito o el fracaso, incluso entre vivir o morir. El entrenamiento del oído también resultó ser una habilidad adicional cuando los japoneses trataban de infiltrarse en nuestras filas por la noche.

Poco después nos informaron de que íbamos a trasladarnos al polígono de tiro. Acogimos el anuncio con entusiasmo. Se rumoreaba que nos entregarían los tradicionales sombreros de campaña de ala ancha. Sin embargo, la remesa se acabó cuando nos tocó a nosotros. La envidia nos consumía y nos sentíamos estafados cada vez que veíamos aquellos graciosos sombreros en el campo de tiro.

La primera mañana que pasamos en el polígono de tiro, a primera hora, comenzamos el que probablemente fuera el adiestramiento de puntería con fusil más riguroso y eficaz que se le ofreciera a ninguna tropa de ninguna nación durante la segunda guerra mundial. Nos dividieron en equipos de dos hombres la primera semana para practicar la teoría o «disparar en seco». Nos concentramos en el modo adecuado de fijar la mira, apretar el gatillo, anunciar los disparos, usar la correa del fusil para facilitar el disparo y otros fundamentos.

Pronto resultó evidente por qué todos habíamos recibido gruesas almohadillas para coserlas en los codos y en el hombro derecho de las chaquetas de tela vaquera: durante esa práctica, cada hombre y su compañero entrenaban juntos, uno en la posición apropiada (de pie, de rodillas, sentado o tendido boca abajo) y apretando el gatillo, y el otro empujando la palanca del cerrojo del rifle con la base de la mano, que llevábamos acolchada con una tela enrollada alrededor de la palma. Con este procedimiento se amartillaba el fusil y simulábamos el retroceso.

Los instructores y los entrenadores de fusil comprobaban a todos los hombres continuamente. Todo tenía que ser perfecto. Los brazos nos dolían por tenerlos retorcidos en diversas posiciones y porque la correa de cuero se nos clavaba. La mayoría tuvimos problemas para perfeccionar la posición de sentados (que nunca vi usar en combate). Sin embargo, el entrenador los ayudó a todos como lo hizo conmigo: simplemente dejando caer su peso sobre mis hombros hasta que pude «adoptar la posición correcta». Aquellos que estaban familiarizados con las armas de fuego olvidaron pronto lo que sabían y aprendieron el estilo del cuerpo de los marines.

Después de la precisión, lo más importante era la seguridad. Nos machacaron sus principios sin clemencia hasta que los asimilamos. «Mantengan el arma apuntada hacia el objetivo. Nunca apunten un fusil a nada a lo que no piensen dispararle. Revisen su fusil cada vez que lo cojan para asegurarse de que no está cargado. Se han producido muchos accidentes con fusiles "descargados"».

La siguiente semana nos situamos en la línea de tiro y recibimos munición real. Al principio, el sonido de los fusiles al disparar resultaba desconcertante. Pero no por mucho tiempo.

Habíamos practicado la teoría tan concienzudamente que repetimos lo aprendido de forma automática. Le disparamos a dianas negras y redondas a 100,300 y 500 metros. Otras secciones manejaban los blancos.[3] Cuando el oficial del campo de tiro ordenaba:

«Listos a la derecha, listos a la izquierda, todo listo en la línea de tiro,

comiencen a disparar», yo sentía como si el rifle fuera parte de mí y viceversa. Mi concentración era absoluta.

La disciplina siempre estaba presente, aunque el hostigamiento que había supuesto nuestro alimento diario dejó paso a una instrucción formal y muy seria en puntería. Sin embargo, el castigo por infringir las reglas se producía de manera rápida y severa. Un hombre situado a mi lado se giró un poco para hablar con un amigo después de que se hubiera ordenado el «alto el fuego»; esto provocó que la boca de su fusil se desviara de los objetivos. El capitán al frente del campo de tiro, que tenía ojo de lince, se acercó corriendo y le dio una patada tan fuerte en el trasero que el hombre cayó de bruces. Luego el capitán lo levantó del suelo de un tirón y le echó un buen rapapolvo. Pillamos el mensaje.

A la sección 984 le tocó su turno en los blancos. Mientras estábamos sentados a salvo en los refugios y esperábamos a que se completara cada serie de disparos, me vinieron pensamientos sombríos sobre el estallido y el chasquido de las balas al pasar por lo alto.

El día de la clasificación amaneció despejado y soleado. Estábamos preocupados, pues nos habían dicho que el que no disparase lo bastante bien para alcanzar la categoría de «tirador» no iría al extranjero. Me llevé una decepción cuando se sumaron las puntuaciones finales. No llegué a «fusilero experto» por sólo dos puntos. No obstante, llevé con orgullo la insignia de tirador de primera con forma de cruz de Malta. Y no omití señalarles a mis compañeros yanquis que la mayoría de los mejores tiradores de nuestra sección eran chicos del Sur.

Sintiéndonos como viejos lobos de mar, regresamos al centro de reclutamiento para las fases finales del adiestramiento. Sin embargo, los instructores no nos trataron como veteranos; el hostigamiento pronto retomó la intensidad anterior.

Tras ocho extenuantes semanas, se había hecho patente que el cabo Doherty y los otros instructores habían hecho bien su trabajo. Nos habíamos endurecido físicamente, habíamos desarrollado resistencia y habíamos aprendido las lecciones. Y lo que tal vez era más importante, nos habíamos endurecido mentalmente. Uno de nuestros instructores adjunto incluso se permitió mascullar que quizá nos convirtiéramos en marines después de todo.

Por fin, a última hora de la tarde del 24 de diciembre de 1943, formamos sin fusiles ni cartucheras. Vestidos con uniformes verdes de trabajo, cada hombre recibió tres emblemas de bronce del cuerpo de marines con el globo terráqueo y el ancla, que nos guardamos en el bolsillo. Nos dirigimos a un anfiteatro donde nos sentamos con otras secciones.

Así nos graduamos en el campamento de adiestramiento. Un comandante bajo y de aspecto afable que se encontraba de pie en el escenario dijo:

—Señores, han completado con éxito el entrenamiento y ahora son marines de Estados Unidos. Pónganse sus emblemas del cuerpo de marines y llévenlos con orgullo. Tienen una tradición grande y digna que mantener. Forman parte de la mejor unidad de combate del mundo, así que sean dignos de ella.

Sacamos los emblemas y nos pusimos uno en cada solapa de la chaqueta de lana verde y uno en el lado izquierdo del gorro cuartelero. El comandante contó unos cuantos chistes verdes. Todo el mundo se rió y silbó. Luego, concluyó:

—Buena suerte, señores.

Ésa fue la primera vez que nos llamaban «señores» en el campamento de entrenamiento.

Al día siguiente, antes de que amaneciera, la Sección 984 se reunió delante de los barracones por última vez. Nos echamos los petates al hombro, nos colgamos los fusiles y bajamos con gran dificultad hasta un almacén donde había aparcada una hilera de camiones. El cabo Doherty nos indicó que cada uno debía presentarse en el camión designado cuando pronunciaran su nombre y destino. Los pocos a los que habían seleccionado para que se formaran como especialistas (técnicos de radar, mecánicos de aviones, etc.) debían entregar sus fusiles, bayonetas y cartucheras.

Se oían comentarios en voz baja mientras los hombres salían de las filas:

—Hasta luego, nos vemos, tómatelo con calma. Sabíamos que muchas amistades terminaban allí. Doherty gritó:

—Eugene B. Sledge, 534559, equipo individual completo y fusil MI, infantería, Camp Elliott.

A la mayoría nos designaron a la infantería y fuimos a Camp Elliott o a Camp Pendleton.[4] Mientras nos ayudábamos unos a otros a subir a los camiones, nunca se nos ocurrió pensar por qué se asignaba a tantos a la infantería. Nuestro destino era suplir el creciente número de bajas en las compañías de fusileros o asalto en el Pacífico. Estábamos condenados a luchar en primera línea de fuego. Éramos carne de cañón.

Después de que se hubieran dado todos los destinos, los camiones se alejaron, y miré a Doherty, que nos veía partir. Le tenía aversión, pero lo respetaba. Nos había convertido en marines y me pregunté qué pasaba por su cabeza mientras nos alejábamos.

CAPÍTULO DOS

Preparándonos para el combate

Instrucción de infantería

La mayoría de los edificios de Camp Elliott eran barracones de madera pintados de color crema con tejados oscuros. Los típicos barracones de dos pisos tenían forma de «H», con los dormitorios en las partes verticales de la letra. Estos dormitorios que tenían numerosas ventanas, contaban con unas veinticinco literas de metal. La habitación era grande, espaciosa y estaba bien iluminada. Los dos meses siguientes fueron el único período durante todo mi servicio en la segunda guerra mundial en el que viví en un cuartel. El resto del tiempo dormí bajo una lona o al raso.

Nadie nos chilló ni nos ordenó a gritos que nos diéramos prisa. Los suboficiales estaban tan relajados que parecían aletargados. Podíamos recorrer el campamento a nuestro antojo salvo ciertas áreas restringidas. El toque de silencio y el apagado de las luces se producían a las diez de la noche. Éramos como aves que hubieran escapado de una jaula tras el confinamiento y el hostigamiento del campamento de instrucción. Junto con varios chicos que dormían a mi lado, probé la cerveza de barril del bebedero (el club de los soldados rasos), compré dulces y helado en el PX (el economato militar) y exploré el recinto. Nuestra recién descubierta libertad era embriagadora.

Pasamos los primeros días en Camp Elliott asistiendo a clases y demostraciones sobre las diversas armas de un regimiento de infantería de marines. Recibimos una introducción al cañón antitanque de 37 mm, el mortero de 81 mm, el mortero de 60 mm, la ametralladora del calibre 50, las ametralladoras pesadas y ligeras del calibre 30 y el rifle automático Browning (BAR). También repasamos tácticas de combate de fusileros. La mayoría de las conversaciones que manteníamos trataban de las diferentes armas y de si estar en la dotación de un cañón de 37 mm, una ametralladora ligera o un mortero de 81 mm sería un «buen puesto» o no. Siempre había uno, por lo general de Nueva Inglaterra, que lo sabía todo y aseguraba tener las noticias más frescas sobre todo.

—Estuve hablando en el economato con un tipo que había ido a la escuela de morteros de 81 mm y me dijo que los malditos morteros pesan tanto que

deseaba haberse metido en los cañones de 37 mm para poder ir en un jeep mientras el vehículo arrastraba el cañón.

—Yo hablé con un tipo en Camp Pendleton y me contó que un proyectil de mortero estalló al dispararlo y mató al instructor y a toda la dotación. Yo voy a meterme en las ametralladoras ligeras. Dicen que están bien.

—Y una mierda. Mi tío estuvo en Francia en la primera guerra mundial y decía que la esperanza de vida media de un servidor de ametralladora era de unos dos minutos. Yo voy a ser fusilero, así no tendré que cargar con todo ese peso.

Y todo el rato era así. Ninguno teníamos la más remota idea de lo que estábamos hablando.

Un día formamos filas y nos ordenaron que nos separáramos en grupos según el arma con la que quisiéramos entrenar. Si la primera que elegíamos estaba completa, hacíamos una segunda elección. El mero hecho de que nos permitieran optar me asombró. Al parecer la idea era que un hombre resultaría más efectivo con un arma que hubiera escogido más que con una a la que lo hubieran asignado. Yo elegí los morteros de 60 mm.

La primera mañana, los que habíamos escogido los morteros de 60 mm nos dirigimos a la parte trasera de un almacén donde había aparcados varios carros de combate ligeros. Nuestro instructor de morteros, un sargento, nos dijo que nos sentáramos y escucháramos lo que tenía que decir. Se trataba de un elegante y apuesto rubio que llevaba un caqui desteñido hasta conseguir el tono que indicaba un uniforme «vivido». Su porte irradiaba una tranquila confianza en sí mismo. No había arrogancia ni bravuconería en él; sin embargo, se veía claramente que era un hombre que se conocía a sí mismo y a su trabajo, y que no aguantaría tonterías de nadie. Poseía un aire intangible de contenida y tranquila indiferencia, una cualidad que poseían muchos de los veteranos de las campañas del Pacífico a los que conocí. A veces su mente parecía encontrarse a mil kilómetros, como si estuviera ensimismado en una especie de ensueño melancólico. Era un rasgo auténtico, espontáneo, sin ensayo. En resumen, no se podía imitar. Me fijé en esto durante los primeros días que pasé en el cuerpo de marines, pero nunca lo comprendí hasta que vi lo mismo en mis amigos después de Peleliu.

Un hombre alzó la mano y el sargento dijo:

—Muy bien, ¿cuál es su pregunta?

El hombre comenzó con «Señor». El sargento se rió y lo corrigió:

—Llámeme «sargento», no «señor».

—Sí, señor.

—Miren, ahora son marines de Estados Unidos.

Ya no están en el campamento de adiestramiento.

Ustedes relájense, trabajen duro y cumplan bien con su labor, y no tendrán ningún problema.

Tendrán más posibilidades de superar la guerra.

Se ganó nuestro respeto y admiración al instante.

—Mi trabajo es entrenarlos para que se conviertan en servidores de morteros de 60 mm. El mortero de 60 mm es un arma de infantería eficaz e importante. Pueden frenar ataques enemigos contra la primera línea de su compañía con esta arma y pueden debilitar las defensas del enemigo con ella. Van a disparar por encima de las cabezas de sus propios compañeros, así que deben saber muy bien lo que están haciendo. De lo contrario sus disparos se quedarán cortos y matarán y herirán a sus propios compañeros. Yo fui servidor de un mortero de 60 mm en Guadalcanal y vi lo efectiva que fue esta arma contra los japoneses allí. ¿Alguna pregunta?

La fría mañana de enero de nuestra primera clase de morteros, nos sentamos en el suelo bajo un cielo soleado y escuchamos atentamente a nuestro instructor.

—El mortero de 60 mm en un arma de ánima lisa, que se carga por la boca y con un ángulo de tiro elevado. La pieza montada pesa aproximadamente veinte kilos y consiste en el tubo —o cañón—, el bípode y la placa de la base. Cada compañía de fusiles cuenta con dos o tres morteros de 60 mm. Los morteros disponen de un ángulo de tiro alto y resultan especialmente eficaces contra tropas enemigas que se hayan puesto a cubierto en posiciones seguras o detrás de cerros donde están protegidos de nuestra artillería. Los japos también tienen morteros y saben utilizarlos. Les encanta destruir nuestros morteros y ametralladoras porque saben el daño que estas armas pueden causar a sus tropas.

Luego el sargento repasó las partes de la pieza de artillería. Hizo una demostración de los movimientos habituales con el mortero, durante la cual el bípode se soltaba de las correas y se abría, la placa de la base se fijaba con firmeza en el suelo, las patas del bípode se clavaban en la tierra y la mira se colocaba rápidamente en su sitio, sobre el arma. Nos dividió en pelotones de cinco hombres y practicamos hasta que cada uno supo montar el mortero con soltura. Durante las clases posteriores nos instruyó en las complejidades de la mira con sus burbujas de nivel y en cómo colocar el arma y ajustar la mira con el blanco. Pasamos horas aprendiendo a manejar la brújula para dar un objetivo.

Cada pelotón competía por ser el más rápido y el más preciso en la

instrucción. Cuando me tocaba hacer de artillero número uno, corría hasta la posición, me descolgaba el mortero del hombro derecho, lo montaba, lo apuntaba hacia el marcador base, apartaba las manos y exclamaba:

—Listo.

El sargento comprobaba su cronómetro y decía el tiempo. Cada pelotón jaleaba a su artillero. Nos íbamos turnando como artillero número uno, artillero número dos (que dejaba caer los proyectiles en el tubo cuando se lo ordenaba el número uno) y portamuniciones.

Aunque nos habían instruido a conciencia, nos pusimos bastante nerviosos al disparar con fuego real por primera vez. Disparamos contra bidones de aceite vacíos colocados en una ladera. No hubo contratiempos. Cuando vi estallar el primer proyectil con un sordo «bum», a unos doscientos metros de distancia comprendí de pronto que estábamos manejando una arma muy mortífera. Una nube de humo negro apareció en el punto de impacto. Salieron volando fragmentos de acero que levantaron pequeños remolinos de polvo alrededor de un área de unos nueve metros por dieciocho. Cuando se disparaban tres proyectiles con una arma, las explosiones cubrían un área de unos treinta y cinco metros por treinta y cinco con fragmentos voladores.

—Vaya, sentiría lástima por cualquier japo que tuviera toda esa metralla volando a su alrededor —murmuró uno de mis compañeros más considerados.

—Sí, les dará para el pelo, sí señor. Pero no olviden que ellos van a lanzarles obuses lo más rápido que puedan —repuso el sargento de morteros.

Me di cuenta de que ésa era la diferencia entre la guerra y la caza. Cuando sobreviví a lo primero, dejé lo segundo.

También recibimos adiestramiento en combate cuerpo a cuerpo. Este consistía más que nada en judo y lucha con cuchillos. Para impresionarnos con la eficacia de su asignatura, el instructor de judo nos tiraba metódicamente al suelo a cada uno mientras intentábamos atacarlo.

—¿De qué nos va a servir este tipo de lucha si los japos pueden liquidarnos con ametralladoras y artillería a quinientos metros? —preguntó alguien.

—Cuando oscurece en el Pacífico, los japos siempre envían hombres a nuestras posiciones para infiltrarse en las líneas o para ver cuántas gargantas estadounidenses pueden cortar —respondió el instructor—. Son duros y les gusta la lucha cuerpo a cuerpo. Pueden encargarse de ellos, pero tienen que saber cómo.

Está de más decir que prestamos mucha atención a partir de ese momento.

—No duden en pelear sucio con los japos. Desde que son niños, a la mayoría

de los americanos se les enseña a no dar golpes bajos. No es deportivo. Bueno, nadie les ha enseñado eso a los japos, y la guerra no es un deporte. Denles una patada en las pelotas antes de que ellos se la den a ustedes —gruñó nuestro instructor.

Nos presentaron al compañero de trinchera del marine: el cuchillo Ka-Bar. Este mortífero instrumento fue fabricado por la compañía que lleva su nombre. El cuchillo tenía treinta centímetros de longitud y contaba con una hoja de diecisiete centímetros y medio de largo por tres y medio de ancho. El mango de doce centímetros y medio estaba hecho de arandelas de cuero apretadas y llevaba grabado «USMC» en la guarnición superior. El cuchillo era ligero para su tamaño y estaba maravillosamente equilibrado.

—Todos han oído un montón de cosas sobre esos elegantes cuchillos de combate que llevan, o deberían llevar, los soldados de infantería: cuchillos arrojadizos, estiletes, puñales y todo eso. La mayor parte no son más que chorradas. Probablemente abrirán más latas de raciones que japos con este cuchillo, pero si un japo llega a meterse en su trinchera, les irá mejor con un Ka-Bar que con cualquier otro cuchillo. Es lo mejor de lo mejor y también es resistente. Si fueran a enfrentarse a los alemanes, me atrevería a suponer que nunca necesitarían un cuchillo de combate, pero con los japos es diferente. Les garantizo que ustedes o el hombre de la siguiente trinchera usarán un Ka-Bar contra un infiltrado japonés antes de que termine la guerra.

Tenía razón.[5]

Todos nuestros instructores en Camp Elliott llevaron a cabo un trabajo muy profesional. Nos dieron a conocer el material y dejaron claro que nuestras posibilidades de sobrevivir a la guerra dependían en gran medida de lo que aprendiéramos. Aquellos profesores sabían motivar a sus estudiantes.

No obstante, no recuerdo que nadie comprendiera de verdad lo que estaba ocurriendo fuera de nuestra rutina de entrenamiento. Quizá se tratase del ingenuo optimismo de la juventud, pero la imponente realidad de que nos estábamos adiestrando para ser carne de cañón en una guerra a escala mundial, que ya había acabado con millones de vidas, nunca pareció ocurrírsenos. Daba la impresión de que no comprendíamos el hecho de que nuestras vidas podían terminar de manera violenta o que podíamos quedar lisiados cuando aún éramos unos muchachos. Lo único que parecía preocuparnos de verdad era que pudiéramos tener demasiado miedo para cumplir con nuestro trabajo bajo el fuego enemigo. A todos nos acosaba la aprensión de ser unos «gallinas».

Una tarde dos veteranos de la campaña de Bougainville pasaron por mi

cuartel para charlar con algunos de nosotros. Habían formado parte del batallón de asalto de marines que había combatido tan bien junto con la 3.a División de marines en Bougainville. Eran los primeros veteranos que conocíamos, aparte de nuestros instructores. Les hicimos una avalancha de preguntas.

—¿Tuvieron miedo? —inquirió uno de mis compañeros.

—¡Miedo! ¿Me toma el pelo? La primera vez que oí las balas viniendo hacia mí tuve tanto miedo que casi no podía sostener el fusil —fue la respuesta.

El otro veterano añadió:

—Escuche, amigo, todo el mundo se asusta y el que diga que no es un maldito embustero.

Nos sentimos mejor.

La escuela de morteros continuó durante toda mi estancia en Camp Elliott. Las pruebas de natación fueron la última fase del adiestramiento especial que recibimos antes de embarcarnos hacia el Pacífico. Por suerte, en enero de 1944 no podíamos prever los acontecimientos del otoño. Nos entrenamos con entusiasmo y con la confianza de que las batallas que estábamos destinados a librar serían necesarias para ganar la guerra.

Antes, del 20 al 23 de noviembre de 1943, la 2.a *División de marines llevó a cabo su memorable ataque contra el atolón de coral de Tarawa, en las islas Gilbert. Muchos historiadores militares y otras personas consideran la batalla de Tarawa el primer asalto anfibio frontal moderno.*

Un arrecife de coral se extendía unos quinientos metros y rodeaba el atolón. Tarawa estaba expuesta a imprevisibles mareas que a veces hacían descender el nivel del agua y provocaban que las embarcaciones Higgins (LCVP: naves de desembarco de vehículos y personal) varasen en el arrecife.

Se había planeado emplear tractores anfibios (LVT: vehículos de desembarco con orugas, que ahora se llamaban «vehículos anfibios de asalto») para transportar a los soldados a través del arrecife. Sin embargo, sólo había suficientes vehículos para llevar a las tres primeras oleadas. Después de que los tres primeros grupos de asalto llegaran a tierra en los vehículos anfibios, las oleadas secundarias tuvieron que vadear el arrecife en medio del fuego japonés, debido a que sus embarcaciones Higgins se habían atascado en el borde del arrecife.

Las bajas de la 2.a División fueron atroces: 3.381 muertos y heridos. Sus marines mataron a todos salvo a diecisiete de los 4.836 defensores nipones del diminuto atolón.

El pueblo estadounidense y algunos líderes militares criticaron con dureza al cuerpo de marines debido al número de bajas. «Tarawa» se convirtió en una palabra muy conocida en Estados Unidos. Ocupó el lugar que le correspondía junto a Valley Forge, el Alamo, el bosque de Belleau y Guadalcanal como símbolo del valor y el sacrificio americanos.

Los jóvenes marines de Camp Elliott no tenían ni la más remota idea de que en unos nueve meses participarían como parte de la 1.a División de marines en el asalto a Peleliu. La batalla resultaría ser tan feroz y costosa que las bajas de la división prácticamente duplicarían las de la 2.a División en Tarawa. Para sumar tragedia a este horror, a posteriori *se demostraría que la necesidad de tomar Peleliu fue discutible. Como ha dicho más de un historiador de los marines, resulta lamentable para la memoria de los hombres que lucharon y murieron en Peleliu que ésta siga siendo una de las batallas menos conocidas y peor comprendidas de la segunda guerra mundial.*

En el extranjero por fin

A primera hora de la mañana del 28 de febrero de 1944, los hombres del 46.° Batallón bajamos de los camiones en el muelle del puerto de San Diego y formamos para subir a bordo de un barco de transporte de tropas que nos llevaría al Pacífico. El *President Polk* había sido un transatlántico de lujo de la President Line en tiempo de paz. Ahora estaba pintado de gris y tenía un aspecto sombrío y ominoso con sus cañones antiaéreos y las balsas salvavidas. Tuve la inquietante sensación de que éste iba a ser un viaje sólo de ida para algunos de nosotros.

Cargado con el equipo de transporte completo, el petate (un colchón con funda de lona), la carabina MI y el casco, subí como pude por una empinada plancha. En cuanto llegamos a la cubierta, fuimos a nuestro compartimento, una cubierta más abajo. Una ráfaga de aire caliente y fétido me golpeó al entrar por la escotilla y comenzar a descender por la escala. Aproximadamente a medio camino, el hombre que iba delante de mí resbaló y cayó hasta el fondo. Todos nos preocupamos por su caída y lo ayudamos a levantar y a volver a coger su equipo. Más tarde, un episodio como ése no provocaría casi ninguna reacción salvo una mirada al pasar y una rápida mano de ayuda.

Nos apiñamos en el compartimento y aguardamos durante lo que parecieron horas a que un oficial comprobara la lista y nos asignara a cada uno una hamaca o cama (una litera). Cada hamaca consistía en una lona amarrada a unos postes metálicos, en la cabecera y los pies. Las camas de las literas estaban unidas con cadenas a las de encima y debajo.

Cuando me subí a la mía, me di cuenta de que la litera de encima sólo estaba

a poco más de medio metro. Con los colchones desenrollados y el equipo, un hombre apenas tenía espacio para tumbarse. Tuve que trepar por unas cuatro camas para llegar a la mía, que se encontraba casi en el nivel más alto.

Las tenues bombillas eléctricas de lo alto casi no nos proporcionaban luz suficiente para ver. En cuanto pude, subí a cubierta buscando escapar del hediondo y abarrotado compartimento. La cubierta también estaba atestada, pero el aire era fresco.

Muchos estábamos demasiado entusiasmados para dormir, así que exploramos el barco durante horas, hablamos con la tripulación u observamos cómo terminaban de cargar. Por fin, alrededor de medianoche, bajé y trepé a mi hamaca. Desperté varias horas después a causa de la vibración del motor de la nave. Me puse las botas, los pantalones de tela vaquera y la chaqueta, y corrí hasta la cabina, lleno de temor y entusiasmo. Eran alrededor de las cinco de la madrugada. Otros marines abarrotaban la cubierta, apocados al comprender que cada giro de las hélices del barco nos alejaría más de casa y nos acercaría a lo desconocido.

Duras preguntas se me agolpaban en la cabeza. ¿Volvería a ver a mi familia? ¿Cumpliría con mi deber o sería un cobarde? ¿Podría matar? Me dejé llevar por la fantasía. Tal vez me pusieran en una unidad de retaguardia y nunca viera a ningún japonés. Tal vez deshonrara a mi unidad huyendo del enemigo. O tal vez matara a docenas de japoneses y ganara una Cruz Naval o una Estrella de Plata y me convirtiera en un héroe nacional.

La tensión se rompió al final, mientras veíamos cómo los marineros corrían de un lado a otro soltando cabos y guindalezas preparando la nave para entrar en mar abierto.

El *President Polk* avanzó siguiendo un rumbo en zigzag hacia un destino desconocido para aquellos de nosotros que nos sofocábamos de calor en sus entrañas. Nuestra rutina diaria resultaba aburrida, incluso para aquellos que como yo disfrutábamos bastante estando a bordo de un barco. Nos levantábamos de la cama cada mañana hacia el amanecer. Mi aseo matutino consistía en cepillarme los dientes y afeitarme con una crema que no hacía espuma. Todos los días un oficial o un suboficial nos hacían realizar ejercicios de gimnasia. Y siempre podíamos contar con una inspección de fusiles. Aparte de eso, prácticamente no teníamos obligaciones.

Cada pocos días teníamos un simulacro de abandono del barco, lo que ayudaba a reducir el aburrimiento. Y la tripulación del barco llevaba a cabo a menudo instrucción con cañones. Resultó emocionante observarlos la primera vez

que realizaron prácticas de tiro con fuego real. Soltaron globos amarillos desde el puente. Cuando el viento los arrastró, los artilleros abrieron fuego siguiendo las órdenes del oficial de control de tiro. Los cañones antiaéreos de 20 y 40 mm de fuego graneado parecieron realizar un trabajo eficaz. No obstante, para algunos de nosotros, los cañones de 3 y 5 pulgadas no lograron mucho más que nos dolieran los oídos. Teniendo en cuenta el número de globos que escaparon, nos pareció que las dotaciones de los cañones deberían practicar más. Esto probablemente se debía a que ninguno de nosotros había tenido experiencia alguna con cañones antiaéreos y no comprendíamos la dificultad que entrañaba su manejo.

Más allá de escribir algunas cartas y hablar mucho —las llamadas «sesiones de charla»—, pasamos gran parte del tiempo esperando en colas que llevaban por pasarelas y pasillos hasta la cocina del barco. La hora de la comida era una experiencia inolvidable. Tras la inevitable espera en la cola, entraba por la escotilla que conducía a la cocina y me encontraba con una ráfaga de aire caliente cargado de un nuevo grupo de olores que apenas se diferenciaban del olor característico del compartimento para tropas. A los mismos ingredientes básicos (pintura, grasa, tabaco y sudor), se añadía el olor a comida rancia y a algo sacado de una panadería. Bastaba para revolverle el estómago a un civil, pero nosotros nos adaptamos forzosamente y con rapidez.

Avanzábamos por la fila lo mismo que en un *selfservice* y les indicábamos a los sudorosos encargados del rancho de la marina qué comida queríamos que nos sirvieran en las brillantes bandejas de acero con compartimentos. Los encargados de los ranchos llevaban camisetas y tenían muchos tatuajes en los brazos. Todos se secaban el sudor de la cara constantemente. Comíamos de pie en largas mesas plegables en medio del estruendo de los ventiladores. Todo estaba muy caliente pero bastante limpio. Un marinero me dijo que las mesas se habían usado para operar a los marines heridos que la nave había recogido durante una de las campañas anteriores en el Pacífico. Eso me provocaba una sensación extraña en la boca del estómago cada vez que iba a comer en el *President Polk.*

Hacía mucho calor —38 grados, como mínimo—, pero me bebía de un trago una taza de Joe caliente (café solo), el elemento que ocupaba el lugar del pan como sustento para los marines y marineros. Hacía una mueca cuando las patatas deshidratadas impregnaban mis papilas gustativas de un regusto desagradable característico de la segunda guerra mundial: alimentos deshidratados rancios. El pan me sorprendió: pesado y con un sabor que combinaba lo amargo, lo dulce y la harina poco cocida. ¡Con razón el café había sustituido al pan!

Después de comer en la tórrida cocina, íbamos a cubierta para refrescarnos. Todos estábamos empapados de sudor. Habría supuesto un alivio comer en

cubierta, pero nos habían prohibido sacar la comida de la cocina.

Un día, mientras avanzábamos por una de tantas escaleras en una fila para comer, pasé ante una lumbrera que me permitió ver el comedor de oficiales. Allí vi oficiales de la armada y de la infantería de marines vestidos con caquis almidonados y sentados en mesas en una habitación bien ventilada. Camareros vestidos de blanco les servían pastel y helado. Mientras nos movíamos lentamente por la calurosa escalera hacia nuestro café humeante y nuestra comida deshidratada, me pregunté si no me había equivocado al dejar la escuela V-12. Después de todo, habría estado bien que el Congreso me declarara caballero y haber vivido como un ser humano a bordo del barco. Sin embargo, para mi enorme satisfacción, después descubrí que esos detalles y privilegios del rango escaseaban en las primeras líneas.

Durante la mañana del 17 de marzo, miramos por la proa y vimos una línea de olas blancas en el horizonte. La Gran Barrera de Coral se extendía miles de millas y debíamos cruzarla para llegar a Nueva Caledonia. Cuando nos acercamos al arrecife, vi varios cascos de barcos de madera encallados en lugares altos y secos, al parecer alguna tormenta los había lanzado allí años atrás.

Mientras nos aproximábamos al puerto de Nouméa, vimos que la pequeña motora del práctico se dirigía hacia nosotros. El *Polk* le hizo señales con banderas y luces y la lancha se situó enseguida al costado. El práctico trepó por una escala y subió a bordo del barco. A continuación tuvieron lugar todo tipo de saludos protocolarios entre el recién llegado y los oficiales de la nave mientras éste se dirigía al puente para guiarnos al entrar. Se trataba de un civil de mediana edad y de aspecto agradable, vestido con un cuidado traje blanco, sombrero de paja y corbata negra. Rodeado de marineros vestidos de tela vaquera y oficiales de la nave con caquis, parecía un personaje imaginario salido de una era olvidada hacía tiempo.

El agua azul del Pacífico se volvió verde mientras entrábamos en el canal que conducía al puerto de Nouméa. Un bonito faro blanco se alzaba cerca del puerto. Había casas blancas con techos de tejas a su alrededor y por la base de las laderas de las altas montañas. La escena me recordó a una fotografía de un puerto del Mediterráneo.

El *President Polk* se movía despacio por el puerto mientras el sistema de megafonía daba instrucciones a un destacamento para que amarrásemos en un muelle con largos depósitos donde personal militar estadounidense trasladaba cajones y equipo. La mayoría de las embarcaciones que vi pertenecían a la armada

de Estados Unidos, pero también había algunos cargueros mercantes estadounidenses y extranjeros junto con unas cuantas barcas pesqueras civiles de aspecto extraño.

El primer nativo del Pacífico con el que me encontré no iba vestido con una falda hawaiana ni agitaba una lanza, sino que conducía con aire despreocupado un tractor por el muelle. Se trataba de un hombre bajo y musculoso —negro como el carbón— cubierto únicamente con un taparrabos, con un hueso en la nariz y una espesa mata de pelo crespo como un zulú sacado de una historia de Kipling. Lo que sorprendía de su pelo era el color: un precioso ámbar. Un marinero nos explicó que a los nativos les gustaba aclararse el pelo con azulete que conseguían de los americanos a cambio de conchas de mar. Pese al hueso de la nariz, era un excelente conductor de tractor.

Nueva Caledonia

Tras semanas en el mar, apretujados en un barco de tropas, supuso un alivio volver a pisar tierra. Nos amontonamos en camiones del cuerpo de marines y viajamos por el sector principal de Nouméa. Me encantó contemplar la vieja arquitectura francesa, que me recordó a las partes más antiguas de Mobile y Nueva Orleans.

Los camiones aceleraron por una serpenteante carretera con montañas a cada lado. Vimos pequeñas granjas y una gran mina de níquel en el valle. Habían talado trozos del terreno, pero la densa jungla cubría gran parte de las zonas bajas. Aunque el tiempo era fresco y agradable, las palmeras y la vegetación en general daban fe del clima tropical. Tras varios kilómetros entramos en Camp Saint Louis, donde nos someterían a más entrenamiento antes de enviarnos «al norte», a la zona de combate como reemplazos.

Camp Saint Louis era un campamento compuesto de hileras de tiendas de campaña y calles de tierra. Nos asignaron las tiendas, guardamos nuestro equipo y formamos para comer. La cocina descansaba sobre una colina un poco más allá del calabozo del campamento. A la vista había dos jaulas de metal más o menos del tamaño de cabinas telefónicas. Nos dijeron que encerraban allí a los que causaban problemas. Periódicamente los remojaban con una manguera contra incendios de alta presión. Lo estricto de la disciplina en Camp Saint Louis me hizo suponer que lo que se decía sobre las jaulas era cierto. En cualquier caso, decidí no meterme en líos.

Nuestro adiestramiento constaba de clases y ejercicios de campo. Oficiales y

suboficiales veteranos daban clases sobre tácticas, métodos de combate y armas japoneses. La mayor parte del entrenamiento era meticuloso y hacía hincapié en la responsabilidad personal. Trabajábamos en grupos de diez o doce.

A mí normalmente me ponían en un pelotón al que instruía un cabo grande y pelirrojo que había formado parte de un batallón de asalto de marines durante los enfrentamientos en las Islas Salomón. El Rojo tenía buen carácter pero era implacable. Nos hacía trabajar duro. Un día nos llevó a un pequeño polígono de tiro y nos enseñó a disparar un revólver, un fusil y ametralladoras pesadas y ligeras japonesas. Después de disparar unas cuantas veces con cada uno, el Rojo nos metió a unos cinco en un foso de un metro y medio de profundidad, más o menos, con un terraplén de treinta centímetros delante y la ladera de una colina detrás a modo de protección.

—Algo importante que tienen que aprender rápido para sobrevivir es cómo suenan los disparos enemigos al recibirlos y de qué clase de arma se trata. Cuando toque este silbato, agáchense y quédense así hasta que oigan el silbato otra vez. Si se levantan antes de la señal, les volarán la cabeza y su familia cobrará el seguro.

El Rojo tocó el silbato y nos agachamos. Anunció cada clase de arma japonesa y la disparó varias veces por encima de nuestro foso. Luego él y sus ayudantes las dispararon todas juntas durante unos quince segundos. Pareció mucho más. Las balas provocaban estallidos y chasquidos al pasar. Varias trazadoras de ametralladora no se incrustaron en la ladera, sino que rebotaron y rodaron —al rojo vivo, chisporroteando— en el hoyo. Nos encogimos y nos apartamos, pero nadie se quemó.

Éste fue uno de los ejercicios de entrenamiento más valiosos por los que pasamos. Me preparó para salir ileso de algunas circunstancias que se produjeron después en Peleliu y Okinawa.

Un incisivo sargento se encargaba del adiestramiento con bayoneta. Habían escrito sobre él en una revista nacional debido a su excepcional talento. Le vi realizar proezas en la calle cubierta de cenizas de un campamento de asalto. Nos enseñó cómo defendernos con las manos desnudas de una estocada de bayoneta de un adversario.

—Se hace así —dijo.

Me eligió de entre el pelotón. Me indicó que arremetiera contra él y le tirara una estocada al pecho con la punta de la bayoneta cuando pensara que podía clavársela. Me formé una imagen mental de mí mismo entre rejas en la prisión naval de Mare Island por darle un bayonetazo a mi instructor, así que me desvié justo antes de asestar el golpe.

—¿Qué diablos le pasa? ¿No sabe usar una bayoneta?

—Pero, sargento, me meterán en Mare Island si se la clavo.

—Hay menos posibilidades de que me clave la bayoneta de que yo le dé una paliza por no hacer lo que le ordeno.

«Muy bien —me dije—, si eso es lo que quiere, tenemos testigos.»

Así que fui hacia él a paso ligero y le lancé una estocada al pecho. El sargento se hizo a un lado con habilidad, agarró mi fusil por detrás de la mira y le dio un tirón en la dirección en la que yo iba corriendo. Me aferré al fusil y caí sobre la ceniza. El pelotón rió a carcajadas. Alguien exclamó:

—¿Le has clavado la bayoneta, Mazo?

Me levanté avergonzado.

—Déjelo ya, sabiondo —soltó el instructor—. Venga aquí y veamos qué sabe hacer, bocazas.

Mi compañero levantó su fusil con confianza, embistió y también acabó en la ceniza. El instructor hizo que cada uno de nosotros lo atacara por turnos. Los derribó a todos.

Luego cogió un fusil Arisaka con la bayoneta calada y nos mostró cómo los soldados nipones usaban la guarda en forma de gancho para atrapar la hoja estadounidense. Con un ligero giro de la muñeca, sabía arrancar el fusil MI de las manos del adversario y desarmarlo. Nos entrenó cuidadosamente para que sostuviéramos el MI de lado, con la parte izquierda de la hoja hacia el suelo, en lugar del borde cortante, como nos habían enseñado en Estados Unidos. De este modo, cuando parábamos una hoja japonesa, nuestro oponente no podía atrapar la nuestra.

Emprendimos largas caminatas y marchas forzadas a través de junglas, pantanos y por interminables montañas. Realizamos innumerables desembarcos de práctica con embarcaciones Higgins en pequeños islotes cercanos. Cada mañana, después de desayunar, salíamos del campamento provistos de fusiles, cartucheras, dos cantimploras de agua, mochila de combate, casco y raciones K. Corríamos a un ritmo rápido durante cincuenta minutos con un descanso de diez minutos. No obstante, los oficiales y suboficiales siempre nos metían prisa y a veces suprimían el descanso de diez minutos.

Cuando pasaban camiones por la carretera, nos hacíamos a un lado, como han hecho las columnas de infantería desde el principio de los tiempos. Con frecuencia, los camiones transportaban tropas del ejército y nosotros ladrábamos y aullábamos como perros y les tomábamos el pelo con que eran unos «cara de

perro». Durante uno de esos encuentros, un soldado que iba colgado de un camión justo delante de mí gritó:

—Eh, soldado. Parece que estás cansado y tienes calor. ¿Por qué no haces que el ejército te suministre un camión como a mí?

Sonreí y exclamé:

—Vete a la mierda.

Su compañero lo agarró por el hombro y soltó:

—Deja de llamar «soldado» a ese tipo. Es un marine. ¿No ves la insignia? No está en el ejército. No lo insultes.

—Gracias —voceé.

Ésa fue la primera vez que me encontré con hombres sin espíritu de equipo. Puede que nos quejáramos de nuestros oficiales o de la comida o del cuerpo de marines en general, pero era como quejarte de tu propia familia, si un intruso hacía una crítica, había pelea.

Una noche, durante los ejercicios contra infiltraciones enemigas, algunos de los muchachos localizaron el campamento de El Rojo y los otros instructores, que se suponía eran los infiltrados, y les robaron las botas. Cuando llegó el momento de que comenzaran el ataque, lanzaron unas cuantas granadas aturdidoras y aullaron como japoneses, pero no se pusieron en marcha para capturarnos a ninguno. Cuando los oficiales se dieron cuenta de lo que había ocurrido, les soltaron una buena regañina a los instructores por estar demasiado seguros de sí mismos. Los instructores habían preparado un gran fuego en una quebrada. Nos sentamos a su alrededor, bebimos café, comimos raciones K y cantamos unas canciones. Por el momento, la guerra no pintaba tan mal.

Todo nuestro adiestramiento se basaba en tácticas de fusil. No dedicamos tiempo a armas pesadas (morteros y ametralladoras), porque cuando fuéramos «al norte» el jefe de nuestra unidad nos asignaría allí donde se nos necesitara. Quizá no fuera en nuestras especialidades. Debido a los ejercicios de campo y del trabajo en la pista de obstáculos, alcanzamos una gran forma física y resistencia.

Durante la última semana de mayo nos enteramos de que el 46.° Batallón de reemplazos partiría rumbo al norte en unos días. Guardamos nuestro equipo y subimos a bordo del USS *General Howze* el 28 de mayo de 1944. Este barco era muy diferente del *President Polk.* Era mucho más nuevo y al parecer lo habían construido para transportar tropas. Todo estaba recién pintado y muy limpio y ordenado. Me asignaron junto con otra docena de hombres, más o menos, a un compartimento pequeño y bien ventilado en la cubierta principal, muy diferente

del agujero cavernoso y hediondo en el que dormía en el *Polk.* El *General Howze* contaba con una biblioteca de la que las tropas podían coger libros y revistas. También recibimos los primeros comprimidos de Atabrine. Aquellas pastillitas amargas y de un amarillo intenso prevenían la malaria. Tomamos una al día.

El 2 de junio, el *General Howze* se aproximó a las Islas Russell y entró en una ensenada bordeada de grandes palmerales. Los palmerales y el agua cristalina eran preciosos. Desde la nave podíamos ver *calzadas cubiertas de coral y* grupos de tiendas en forma de pirámide entre los cocoteros. Eso era Pavuvu, hogar de la 1.a División de marines.

Supimos que desembarcaríamos a la mañana siguiente, así que pasamos el tiempo asomados a la barandilla, hablando con unos marines que se encontraban en el muelle. Me impresionó su simpatía y sencillez. Aunque iban impecablemente vestidos con caquis o pantalones de tela vaquera, parecían cansados y ojerosos. No hicieron ningún esfuerzo para impresionar a los novatos. Sin embargo, formaban parte de una división de élite a la que casi todo el mundo conocía debido a la conquista de Guadalcanal y la campaña más reciente en Cabo Gloucester, en Nueva Bretaña. Se habían marchado de Gloucester alrededor del 1 de mayo. Así que llevaban en Pavuvu como un mes.

Muchos de nosotros dormimos poco durante la noche. Comprobamos y volvimos a comprobar nuestro equipo, asegurándonos de que todo estaba en su sitio. Hacía calor, mucho más que en Nueva Caledonia. Salí a la cubierta y dormí al aire libre. Dos de mis compañeros empezaron a tocar con una mandolina y un viejo violín una de las mejores interpretaciones de música tradicional que había escuchado nunca. Tocaron y cantaron canciones folk y baladas casi toda la noche. Nos pareció una música buenísima.

Con la vieja guardia

Alrededor de las nueve de la mañana del 3 de junio de 1944, cargando con la habitual montaña de equipo, descendí penosamente por la plancha del *General Howze.* Mientras nos dirigíamos a los camiones que nos esperaban, pasamos junto a una fila de veteranos que aguardaban para subir a bordo. Sólo llevaban mochilas y equipo individual, nada de armas. Algunos dijeron que se alegraban de vernos, porque éramos sus reemplazos. Tenían un aspecto bronceado y cansado, pero parecían aliviados de volver a casa.

Para ellos la guerra había terminado. Para nosotros, acababa de comenzar.

En una amplia zona de aparcamiento pavimentada con coral triturado, un teniente pronunció nuestros nombres y nos dividió en grupos. A mi grupo, de un centenar o más, nos indicó:

—Tercer batallón, quinto de marines.

Si me hubieran dado la opción de escoger —y no la tuve, claro— con cuál de las cinco divisiones de marines servir, habría sido con la 1.a División de marines. En última instancia, el cuerpo de marines contaba con seis divisiones que se distinguieron en el combate en el Pacífico. Pero la 1.a División de marines era, en muchos sentidos, única. Había participado en la ofensiva estadounidense inicial contra los japoneses en Guadalcanal y ya había librado una segunda batalla importante en Cabo Gloucester, al norte de las Islas Salomón. Ahora sus tropas estaban descansando, preparándose para una tercera campaña en las Islas Palaos.

Entre los regimientos, habría elegido el 5.° de marines. Sabía de su admirable historia como parte de la 1.a División de marines, y que su trayectoria se remontaba a la primera guerra mundial en Francia. Otros marines que conocí de otras divisiones estaban orgullosos de sus unidades y de ser marines, como debía ser. Sin embargo, el 5.° de marines y la 1.a División de marines no sólo contaban con las tradiciones del cuerpo, sino que tenían tradiciones y una herencia propias, un vínculo a través del tiempo con la «vieja guardia».

El hecho de que asignaran precisamente al regimiento y la división que habría elegido, fue pura casualidad. Me sentí como si hubiera tirado los dados y ganado.[6]

Los camiones avanzaron por serpenteantes pistas hechas de polvo de coral junto a la bahía y a través de grupos de cocoteros. Nos detuvimos y descargamos el equipo cerca de un cartel que decía: «3.er B., 5.° marines». Un suboficial me asignó a la Compañía K. Poco después, llegó un teniente y llevó aparte a los quince hombres que habíamos recibido adiestramiento en morteros y ametralladoras. Nos preguntó a cada uno a qué arma queríamos que se nos asignara. Yo pedí los morteros de 60 mm e intenté parecer demasiado pequeño para llevar un lanzallamas de treinta kilos. Me asignó a los morteros y trasladé mis cosas a una tienda que alojaba al segundo pelotón de la sección de morteros de 60 mm.

Las semanas siguientes pasé la mayor parte del tiempo en destacamentos de trabajo, levantando el campamento. El sargento superior de la Compañía K, el sargento primero Malone, venía por la calle de la compañía gritando:

—Que todos los nuevos salgan para un destacamento de trabajo, a paso

ligero.

La mayoría de las veces los veteranos de la compañía no estaban incluidos. Se suponía que Pavuvu era un campamento de descanso para ellos tras la larga, húmeda y extenuante campaña en la jungla de Cabo Gloucester. Cuando Malone necesitaba un equipo de trabajo grande exclamaba:

—Necesito a todo hombre disponible. —Así que nos referíamos a él como Malone El Disponible.

El comandante McIlhenny y sus jefes de compañía; 3.er B., 5.º de marines, 1.ª División de marines. Pavuvu, junio de 1944. (De izqda. a dcha.: capitán Bishop, capitán Neville, capitán McAuliffe, McIlhenny, capitán Haldane y capitán Crown.)

Ninguno de nosotros, ni veteranos ni reemplazos, comprendíamos por qué el mando de la división había elegido Pavuvu. Únicamente después de la guerra averigüé que el alto mando estaban intentando evitar la clase de situación que la 3.a División de marines había soportado cuando acampó en Guadalcanal tras la campaña en Bougainville. Las instalaciones en Guadalcanal (para entonces una base de retaguardia grande) eran bastante buenas, pero el alto mando ordenó a la 3.a División que proporcionara unos mil hombres cada día para los destacamentos de trabajo por toda la isla. No sólo los veteranos de Bougainville descansaron poco o nada, sino que cuando llegaron los reemplazos a la división le costó cumplir el programa de entrenamiento para la siguiente campaña: Guam.

Si Pavuvu no nos pareció un paraíso tropical que digamos a los reemplazos recién llegados de Estados Unidos y Nueva Caledonia, para los veteranos de Gloucester fue una amarga sorpresa.[7]

Cuando los barcos entraban en Macquitti Bay, como había hecho el *General*

Howze, Pavuvu parecía un lugar pintoresco. No obstante, una vez en tierra, descubrías que los extensos cocoteros tenían los cocos podridos. El terreno aparentemente firme era blando y se convertía enseguida en fango cuando se lo exponía a tráfico a pie o rodado.

Pavuvu era la encarnación clásica de la expresión «en el quinto infierno». Después de la guerra resultó imposible explicar cómo era la vida en Pavuvu. La mayoría de las quejas sobre la vida aburrida y alienante en el Pacífico venían de hombres emplazados en las grandes bases de retaguardia como Hawaii o Nueva Caledonia. Entre sus principales protestas se encontraban que el helado no era bueno, que la cerveza no estaba lo bastante fría o que los espectáculos de la USO eran demasiado escasos.[8] En Pavuvu, sin embargo, el mero hecho de vivir resultaba difícil.

Por ejemplo, la mayor parte de los destacamentos de trabajo en los que estuve en junio y julio fueron cuadrillas de pico y pala para mejorar las canalizaciones o pavimentar los caminos con coral triturado. El reglamento exigía suelos de madera en todas las tiendas, pero yo no vi ninguno en Pavuvu.

De todos aquellos trabajos, el que más odiaba era recoger cocos podridos. Los cargábamos en camiones para luego tirarlos en una ciénaga. Si teníamos suerte, el brote del coco servía de asa. Pero las más de las veces se partía y nos derramaba la apestosa leche de coco por encima.

Hacíamos chistes sarcásticos y absurdos sobre el trabajo crucial, esencial y confidencial que estábamos llevando a cabo por el esfuerzo bélico y sobre la profundidad y la sabiduría de las órdenes que recibíamos. En resumen, nos estábamos volviendo «asiáticos», un término del cuerpo de marines que denotaba una extraña clase de comportamiento excéntrico característico de los hombres que habían servido demasiado tiempo en el Extremo Oriente. Yo me había quejado mucho por la comida y las condiciones generales de Pavuvu durante mi primera semana allí; uno de los veteranos de nuestra compañía, que más tarde se convirtió en un buen amigo, me dijo de un modo comedido aunque con total naturalidad que, hasta que no hubiera estado en combate, no había nada por lo que protestar. Me advirtió que las cosas podían ser mucho peores y me aconsejó que me callara y dejara de lloriquear. Me hizo avergonzarme de lo lindo. Pero durante las primeras semanas que pasamos en Pavuvu el hedor de los cocos podridos impregnaba el aire. Incluso podíamos notarlo en el agua potable. El olor a coco fresco todavía sigue repugnándome hoy en día.

Las alimañas más odiosas de Pavuvu eran los cangrejos de tierra. Sus

cuerpos de color azul oscuro eran aproximadamente del tamaño de la palma de la mano y tenían las patas cubiertas de cerdas y púas. Aquellas feas criaturas se ocultaban de día y deambulaban por la noche. Cada mañana antes de ponerse las botas, todos los hombres de la 1.a División de marines sacudían su calzado para sacar a los cangrejos de tierra. Muchas mañanas yo encontraba uno en cada bota y a veces dos. Periódicamente llegábamos a tal extremo de furia con los asquerosos bichos que los hacíamos salir de debajo de cajas, petates y catres. Los matábamos con palos, bayonetas y herramientas de cavar trincheras. Cuando terminábamos, teníamos que recogerlos con palas y enterrarlos o un hedor nauseabundo surgía al poco en medio del aire caliente y húmedo.

Cada batallón contaba con su propia cocina, pero la comida en Pavuvu constaba fundamentalmente de raciones C calentadas: huevos deshidratados, patatas deshidratadas y aquella repugnante carne enlatada llamada Spam. La limonada sintética, denominada «ácido de batería», que quedaba después de comer se vertía en el suelo de bloques de hormigón de la cocina para limpiarlo y blanquearlo. Hacía un buen trabajo. Para que las raciones C calientes no se nos hicieran tediosas semana tras semana, pasamos un período de unos cuatro días en el que nos sirvieron gachas de avena mañana, tarde y noche. Se rumoreaba que habían hundido el barco que transportaba nuestros suministros. Fuera cual fuese la causa, lo único que ayudaba a aliviar la monótona comida eran las golosinas que venían en los paquetes que llegaban de casa. El pan que elaboraban nuestros panaderos pesaba tanto que cuando sostenías una rebanada por un extremo el resto se desprendía por su propio peso. La harina estaba infestada de gorgojos hasta tal punto que había más bichitos en cada rodaja que semillas en una rebanada de pan de centeno. Sin embargo, nos habituamos tanto a este tipo de cosas que nos comíamos el pan de todas formas. Los bromistas decían:

«Viene bien. Los bichos le aportan más carne a tu dieta».

Al principio no contábamos con baños. Afeitarse cada mañana con un casco lleno de agua era bastante fácil, pero darse un baño era otra cuestión. Cada tarde, cuando comenzaba el consabido aguacero tropical, nos desnudábamos y nos lanzábamos a la calle de la compañía, jabón en mano. El secreto estaba en enjabonarse, restregarse y enjuagarse antes de que cesara la lluvia. El tiempo era tan variable que resultaba imposible calcular la duración de un chaparrón. Cada aguacero terminaba de forma tan repentina como había comenzado y siempre dejaba al menos a uno o más marines completamente enjabonados y soltando maldiciones, sin agua para enjuagarse.

Las colas para visitar la enfermería cada mañana supusieron otro espectáculo singular los primeros días que pasamos en Pavuvu. Los veteranos de

Gloucester se encontraban en muy malas condiciones físicas tras la campaña más húmeda de la segunda guerra mundial. Los hombres habían estado empapados durante semanas enteras. Cuando me uní a la compañía, su estado me horrorizó: la mayoría estaban delgados, algunos escuálidos y tenían hongos de la jungla en las axilas y en tobillos y muñecas. Durante la visita a la enfermería formaban parejas con una botella de agua de genciana y bastoncillos de algodón, se plantaban desnudos en el palmeral y se pintaban las llagas mutuamente. Eran tantos los que necesitaban atención que tenían que tratarse unos a otros bajo la supervisión de un médico. Algunos tenían que cortarse las botas para convertirlas en sandalias porque tenían los pies tan infectados de hongos que apenas podían caminar. Huelga decir que el clima caluroso y húmedo de Pavuvu prolongaba el proceso de curación.

—Creo que el cuerpo de marines ha olvidado dónde está Pavuvu —dijo un hombre.

—Yo creo que Dios ha olvidado dónde está Pavuvu —fue la respuesta.

—Dios no podría olvidarlo porque Él lo creó todo.

—En ese caso, apuesto que desearía olvidar que creó Pavuvu.

Este diálogo es una muestra de la sensación de aislamiento y desolación que sentíamos en Pavuvu. En las bases de las grandes islas, los hombres tenían la sensación de que sus unidades hacían algo y de que estaban en contacto a través del tráfico aéreo y marítimo con otras bases y con Estados Unidos. En Pavuvu nos sentíamos como si estuviéramos a un millón de kilómetros no sólo de casa, sino de cualquier otro lugar civilizado.

Creo que nos tomamos todas las incomodidades y frustraciones de Pavuvu con calma por dos razones. En primer lugar, la división era una unidad de combate de élite. La disciplina era férrea. Nuestro espíritu de equipo era muy intenso. Cada hombre sabía lo que tenía que hacer y qué se esperaba de él. Todos cumplían bien con su deber, incluso mientras refunfuñaban.

Los suboficiales respondían a nuestras quejas con: «Denle a la lengua. Es saludable». O con: «¿De qué se quejan? Se alistaron como voluntarios en el cuerpo de marines, ¿no? Sólo están recibiendo lo que se buscaron.»

Por muy irritantes o incómodas que fueran las cosas en Pavuvu, siempre podría ser peor. Después de todo, no había japoneses, ni estallidos de obuses, ni balas que pasaran silbando a toda velocidad. Y dormíamos en catres.

En segundo lugar, la estructura de la división era joven: alrededor del 80 por ciento tenía edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años,

aproximadamente la mitad tenían menos de veintiún años cuando partieron al extranjero. Los jóvenes bien disciplinados pueden soportar mucho aun cuando no les guste, y nosotros éramos un grupo de briosos muchachos orgullosos de nuestra unidad.

Sin embargo, también contábamos con otro factor motivador: un odio mortal hacia los japoneses ardía en todos los marines que conocía. La suerte de la patrulla de Goettge era la clase de cosas que generaba ese odio.[9] Un día, mientras amontonábamos cocos apestosos, pasó un veterano y saludó a un par de nuestros «viejos». Uno de nuestro grupo nos preguntó si sabíamos quién era.

—No, no lo había visto nunca —respondió alguien.

—Es uno de los tres tipos que escaparon cuando aniquilaron a la patrulla de Goettge en Guadalcanal. Tuvo una suerte de mil demonios.

—¿Por qué los japoneses le tendieron una emboscada a la patrulla? —pregunté ingenuamente.

Un veterano me miró con incredulidad y sentenció despacio y enérgicamente:

—Porque son los hijos de puta más despreciables que han pisado la faz de la tierra.

El incidente de la patrulla de Goettge, sumado a tácticas niponas como hacerse el muerto y luego lanzar una granada, o hacerse el herido, llamando a un sanitario, y después acuchillar al médico cuando viniera, más el ataque sorpresa contra Pearl Harbor, motivaron que los marines odiaran a los japoneses profundamente y que se mostraran reacios a hacer prisioneros.

A menudo, la actitud que los no combatientes o incluso los miembros de la armada y la fuerza aérea mantenían hacia los japoneses no reflejaba el profundo resentimiento personal que sentían los soldados de infantería de marina. Los relatos y memorias oficiales de soldados de la infantería de marina escritos después de la guerra rara vez plasman ese odio. No obstante, en el momento de la batalla, los marines lo sentían profunda e implacablemente, y con tanta certeza como el propio peligro. Negar este rencor o restarle importancia sería una mentira tan grande como negar o restarle importancia al espíritu de equipo o al profundo patriotismo que sentían los marines con los que serví en el Pacífico.

Pavuvu. Bob Hope y los oficiales de la 1.ª División de marines durante su espectáculo antes de Peleliu.

Mis experiencias en Peleliu y Okinawa me hicieron pensar que los japoneses sentían lo mismo por nosotros. Fueron un enemigo fanático; es decir, creían en su causa con una intensidad que muchos estadounidenses —y puede que muchos japoneses, también— de posguerra no llegaron a comprender.

Esta actitud compartida, de los marines y los japoneses, se tradujo en enfrentamientos salvajes y violentos sin ningún tipo de restricciones. No se trató de la desapasionada matanza que se había visto en otros frentes y en otras guerras. Fue una animadversión brutal y primitiva, tan característica del horror de la guerra en el Pacífico como las palmeras y las islas. Para comprender lo que las tropas soportaron allí, se debe tener muy en cuenta este aspecto de la naturaleza de la guerra de los marines.

Es probable que el mayor estímulo para nuestra moral en la época de Pavuvu fuera el anuncio de que Bob Hope vendría desde Banika y montaría un espectáculo para nosotros. La mayor parte de los hombres de la división abarrotaron una gran zona abierta y gritaron entusiasmados mientras un Piper Club trazaba círculos por encima de nuestras cabezas. El piloto apagó el motor un momento mientras Jerry Colonna asomaba la cabeza fuera del avión y soltaba su famoso grito:

—Yehuuuuudi.

Aplaudimos como locos.

Bob Hope, Colonna, Francés Langford y Patti Thomas montaron un espectáculo en un pequeño escenario junto al embarcadero. Bob le preguntó a Jerry qué le había parecido el viaje desde Banika y Jerry contestó que había sido muy duro. Cuando Bob quiso saber por qué, respondió:

—No había nieve.

Nos pareció lo más gracioso que habíamos oído nunca. Patti les ofreció clases de baile a varios muchachos del público en medio de muchas sonrisas, ovaciones y aplausos. Bob contó muchos chistes y nos levantó el ánimo de verdad. Fue el mejor entretenimiento que vi en el extranjero.[10]

El espectáculo de Bob Hope continuó siendo el principal tema de conversación mientras nos poníamos a entrenar en serio para la próxima campaña. Pavuvu era tan pequeña que la mayor parte de nuestros ejercicios lo hacíamos en grupos del tamaño de una compañía en vez de un batallón o un regimiento. Aun así, a menudo nos interponíamos en el camino de otras unidades que hacían sus ejercicios de entrenamiento. Resultaba divertido ver a una compañía avanzar en formación de combate a través de los palmerales y entremezclarse con las rígidas filas de otra compañía que llevaba a cabo una inspección de armas mientras los oficiales gritaban órdenes para poner orden.

Realizamos numerosos ejercicios de desembarco varias veces a la semana en las playas y ensenadas que rodeaban la isla, lejos del campamento. Normalmente practicábamos con carros anfibios. El modelo más moderno contaba con una puerta trasera que se bajaba en cuanto el vehículo llegaba a la playa, lo que nos permitía salir corriendo y desplegarnos.

«Salgan rápido de la playa. Salgan de la maldita playa lo más rápido que puedan y vayan tierra adentro. Los japos van a barrerla con todo lo que tengan, así que tendrán más posibilidades cuanto antes vayan tierra adentro», gritaban nuestros oficiales y suboficiales.

Oíamos esto una y otra vez día tras día. Durante cada ejercicio de desembarco, salíamos como podíamos de los carros, nos adentrábamos tierra adentro unos veinticinco metros y luego esperábamos órdenes para desplegarnos y avanzar.

La primera oleada de carros desembarcaba pelotones de fusileros. La segunda, más fusileros, servidores de ametralladoras y lanzagranadas, lanzallamas y pelotones de morteros de 60 mm. Lo normal era que la segunda oleada fuera rezagada unos veinticinco metros por detrás de la primera mientras las máquinas se abrían paso agitando el agua hacia la playa. En cuanto la primera oleada desembarcaba, sus carros anfibios retrocedían, daban la vuelta y pasaban a nuestro lado, hacia mar abierto, para recoger a las oleadas secundarias de infantería de las embarcaciones Higgins, que trazaban círculos a cierta distancia de la costa. Todo funcionó bien en Pavuvu. Pero allí no había japoneses.

Además de los ejercicios de desembarco y los problemas de campo, también

recibimos instrucción y prácticas de actualización en el uso de todas las armas ligeras asignadas a la compañía: fusil MI, rifle automático, carabina, revólver del calibre 45 y metralleta Thompson. También aprendimos a manejar un lanzallamas.

Usábamos un tocón de palmera como blanco durante la instrucción con el lanzallamas. Cuando me tocó a mí, me puse a la espalda los pesados depósitos, sostuve la boca con ambas manos, apunté hacia el tocón que se encontraba a unos veinticinco metros y apreté el gatillo. Un chorro de llamas rojas salió con un rugido y la boca se sacudió. El napalm golpeó el tocón y su chorro de llamas rugió. Sentí el calor en la cara. Una nube de humo negro se alzó rápidamente. Pensar en desatar el fuego del infierno por la boca de un tubo con la misma facilidad con la que regaría el césped en casa me hizo pensar. Dispararle balas al enemigo o matarlo con metralla era una de las macabras necesidades de la guerra, pero freírlo hasta morir resultaba demasiado truculento. No obstante, pronto iba a aprender que no se podía hacer salir a los japoneses de sus defensas isleñas sin él.

Aproximadamente en ese momento empecé a sentir un reconocimiento más profundo por la influencia de la «vieja guardia» en nosotros, los marines más nuevos. El sargento de artillería Haney[11] proporcionaba un vivido ejemplo de su impacto.

Yo había visto a Haney por la zona de la compañía, pero me fijé en él por primera vez un día en la ducha por el modo en el que se lavaba. Aproximadamente una docena de reemplazos desnudos y enjabonados, incluyéndome a mí, nos quedamos mirando boquiabiertos y nos estremecimos cuando Haney se cogió los genitales con la mano izquierda mientras se los restregaba con un cepillo Gl como si le sacara brillo a un zapato. Teniendo en cuenta que el cepillo Gl tenía cerdas duras, fuertes y de doble fibra incrustadas en un resistente mango de madera y que estaba diseñado para limpiar el equipo individual de lona, vaqueros e incluso suelos, el método de Haney resultaba impresionante.

La primera vez que le vi ejercer su autoridad fue un día en un campo de tiro donde él estaba a cargo de la seguridad. Un alférez nuevo, un reemplazo como yo, estaba disparando desde la posición que yo iba a ocupar. Cuando disparó la última bala, otro oficial nuevo que se encontraba detrás de mí lo llamó. El alférez se giró para responder con el revólver en la mano. Haney estaba sentado a mi lado en un banco hecho con el troncho de un cocotero y no había pronunciado ni una palabra salvo las habituales órdenes de un campo de tiro. Cuando el alférez apartó la boca del revólver del blanco, Haney reaccionó como un gato que saltara sobre su presa. Cogió un puñado de gravilla de coral y se la lanzó al alférez directamente a la cara. Amenazó con el puño al perplejo oficial y le echó el peor rapapolvo que he oído

nunca. Todos los que se encontraban en la línea de tiro se quedaron inmóviles, tanto los oficiales como los soldados rasos. El oficial infractor, con sus bandas doradas refulgiendo en el cuello, vació su arma, la enfundó y se marchó mientras se frotaba los ojos y enrojecía de vergüenza. Haney regresó a su asiento como si no hubiera pasado nada. A lo largo de la línea de tiro, volvimos a ponernos en movimiento. A partir de entonces tomamos mucha más conciencia de las medidas de seguridad.

Haney era más o menos de mi estatura, pesaba unos 60 kilos, tenía el cabello rubio rojizo cortado al cepillo y estaba muy bronceado. Era delgado, fuerte y musculoso. Aunque no era ancho de espaldas ni estaba bien proporcionado, su torso me recordaba a un boceto de anatomía de Miguel Ángel: cada músculo se destacaba con absoluta nitidez. Tenía el pecho algo fornido con músculos amontonados en la parte de atrás de los hombros, de modo que casi tenía una joroba. Ni sus brazos ni sus piernas eran grandes, pero los músculos de los mismos me hacían pensar en bandas de acero. Tenía un rostro de rasgos pequeños con ojos entrecerrados que parecía estar cubierto por un cuero muy curtido.

Haney era el único hombre que conocí en la unidad que no parecía tener amigos. No se trataba de un solitario en el sentido de que fuera hosco o antipático. Sencillamente vivía en su propio mundo. A menudo me daba la impresión de que ni siquiera veía lo que lo rodeaba; lo único de lo que parecía ser consciente era su fusil, su bayoneta y sus polainas. Estaba completamente obsesionado con la idea de clavarle la bayoneta al enemigo.

Todos limpiábamos nuestras armas a diario, pero Haney limpiaba su MI antes de que pasaran lista, en el almuerzo y después de la autorización para retirarnos por la tarde. Era un ritual. Se sentaba solo, encendía un cigarrillo, desmontaba el fusil y limpiaba cada centímetro minuciosamente. Luego limpiaba la bayoneta. Todo el rato hablaba solo en voz baja, sonreía con frecuencia y le daba caladas al cigarrillo hasta dejarlo en una colilla. Cuando tenía el fusil limpio lo volvía a montar, calaba la bayoneta y dedicaba unos minutos a realizar movimientos de estocada, parada y golpes con la culata, contra la nada. Después Haney encendía otro cigarrillo y se sentaba tranquilamente, hablando solo y sonriendo mientras esperaba órdenes. Llevaba a cabo estas acciones como si no fuera consciente para nada de la presencia de los otros 235 hombres de la compañía. Era como Robinson Crusoe en su isla.

Decir que estaba «asiático» sería no comprender nada. Haney trascendía esa condición. La compañía contaba con muchos individualistas inquebrantables, excéntricos, veteranos que estaban «asiáticos»; pero Haney estaba en una categoría propia. Me parecía que no se trataba de un hombre nacido de mujer, sino que Dios

se lo había entregado al cuerpo de marines.

A pesar de sus peculiaridades, Haney nos servía de estímulo a los jóvenes de la Compañía K. Nos proporcionaba un vínculo directo con el «viejo cuerpo». Lo admirábamos... y lo queríamos.

Y luego estaba el oficial al mando de la Compañía K, el capitán Ack Ack Haldane.[12] Una tarde, a última hora, cuando nos marchábamos del polígono de tiro, empezó a llover con fuerza. Mientras recorríamos las calles cubiertas de barro de Pavuvu, resbalándonos bajo el aguacero, comenzamos a pensar que quienquiera que guiara la columna se había equivocado al girar y que nos habíamos perdido. Al anochecer, en medio de la fuerte lluvia, todas las calles se parecían: todas eran un sendero inundado recorrido por surcos profundos y bordeado de altísimas palmeras que serpenteaba sin rumbo a través de la penumbra. Mientras seguía avanzando penosamente sintiéndome helado y desamparado e intentando mantener el equilibrio en el barro, un hombretón se acercó a grandes zancadas desde la retaguardia de la columna. Caminaba con la facilidad de un peatón en la acera de una ciudad. Cuando el hombre se puso a mi lado, me miró y comentó:

—Hace un tiempo buenísimo, ¿verdad, hijo?

Le sonreí a Haldane y repuse:

—No del todo, señor.

Se dio cuenta de que era un reemplazo y me preguntó qué me parecía la compañía. Le dije que pensaba que era una unidad magnífica.

—Es del Sur, ¿no? —inquirió.

Le contesté que era de Alabama. Quiso saberlo todo de mi familia, mi casa y mi educación. Mientras hablábamos fue como si la melancolía desapareciera y sentí una calidez en mi interior. Por último me aseguró que no llovería eternamente y que podríamos secarnos pronto. Avanzó por la columna hablando con otros hombres como lo había hecho conmigo. Su sincero interés en cada uno de nosotros como seres humanos ayudó a disipar la sensación que no éramos más que animales entrenándose para pelear.

Aclamado tanto por superiores como por subordinados debido a sus aptitudes de liderazgo, el capitán Haldane fue el mejor oficial y el más popular que he conocido. Todos los marines de la Compañía K compartían mi opinión. Apodado El Jefe, tenía un rostro fuerte lleno de carácter, una mandíbula grande y prominente y los ojos más amables que he visto. Por muy a menudo que se afeitara o por más que se esforzara, siempre se le notaba la barba. Era tan grande que la

mochila de combate que llevaba a la espalda me recordaba al bulto de su cartera, mientras que la mía me cubría del cuello a la cintura.

Capitán Andrew A. Haldane. Fotografía del teniente coronel John A. Crown.

Capitán Andrew A. Haldane. Fotografía del teniente coronel John A. Crown.

Aunque hacía hincapié en una disciplina estricta, el capitán era un hombre tranquilo que daba órdenes sin gritar. Poseía una combinación poco común de inteligencia, valor, confianza en sí mismo y compasión que nos infundía respeto y admiración. Le dábamos gracias a Dios por que Ack Ack fuera nuestro jefe, nos hacía sentir más seguros y compadecíamos a las otras compañías que no tenían tanta suerte. En tanto que en Pavuvu algunos oficiales consideraban necesario pavonearse y andar dándonos órdenes para impresionarnos con su estatus, Haldane nos indicaba tranquilamente lo que hacer. Lo queríamos por ello y hacíamos el trabajo lo mejor que sabíamos.

Nuestro nivel de adiestramiento aumentó en agosto y también lo hizo la intensidad de la disciplina innecesaria. Pasamos por un número cada vez mayor de inspecciones de armas y equipos, destacamentos de trabajo y se exigía la mayor limpieza por todo el campamento hasta en detalles nimios. El sistema de hostigamiento, unido a las constantes incomodidades y a las duras condiciones de vida de Pavuvu, nos llevó a un estado de profunda exasperación e indignación antes de embarcarnos para Peleliu.

—Solía creer que el teniente era un buen tipo, pero estoy por pensar que no es más que un gilipollas —rezongó un marine. —Bien dicho, amigo —añadió otro.

—Vaya, no es el único que se ha vuelto loco insistiendo en que todo tiene que estar perfecto, y luego nos regaña si no lo está. El sargento de artillería está de un humor de perros y ya nada lo contenta —respondió otro más.

—No dejéis que eso os deprima, chicos. Es parte del plan del cuerpo de marines para mantener a las tropas en forma para el combate —apuntó con calma un filosófico veterano de antes de la guerra.

—¿De qué diablos estás hablando? —soltó irritado uno de los que estaban escuchando.

—Bueno, las cosas son así —explicó el filósofo—. Si nos cabrean lo suficiente, se figuran que nos desquitaremos con los japos cuando lleguemos a la playa. Lo vi antes de Guadalcanal y Gloucester. No les hacen estas cosas a los chicos de retaguardia. Nos quieren malvados, cabreados y exasperados. Es la pura verdad, os lo aseguro. Lo he visto pasar siempre antes de que entremos en una campaña.

—Suena lógico. Puede que tengas razón. Pero ¿qué es malicioso? —dijo alguien.

—Olvídalo, bobo —gruñó el filósofo.

—Sea verdad o no, estoy más que cansado de Pavuvu —comenté.

—Ese es el plan, Mazo. Hacen que te hartes de Pavuvu, o de donde rayos estés, y que desees ir a cualquier otro sitio incluso si los japos te están esperando allí —aseguró el filósofo.

Nos quedamos en silencio, pensando en eso, y al final llegamos a la conclusión de que estaba en lo cierto. Muchos de los hombres más reflexivos que conocía eran del mismo parecer.

Yo me quejé con tanta fuerza como el que más de nuestras condiciones de vida y nuestra disciplina. Sin embargo, en retrospectiva, dudo mucho que pudiera haber sobrellevado la tensión y el impacto físico y psicológico que vivimos en Peleliu y Okinawa de no haber sido así. Los japoneses luchaban para ganar. Fue un asunto salvaje, brutal, inhumano, agotador y sucio. Nuestros jefes sabían que si íbamos a ganar y a sobrevivir, debían adiestrarnos de modo realista para ello, nos gustara o no.[13]

CAPÍTULO TRES

Hacia Peleliu

Completamos nuestro entrenamiento a finales de agosto. Aproximadamente el día 26, la Compañía K subió a bordo de la LST (lanchas de desembarco de carros de combate) 661[14] para emprender un viaje que finalizaría tres semanas después en la playa de Peleliu.

Cada compañía de fusileros asignada a las oleadas de asalto contra Peleliu realizó el viaje en una LST que transportaba los carros anfibios que llevarían a los hombres a la orilla. Nuestra LST carecía de suficiente espacio destinado a compartimentos para albergarnos a todos los miembros de la compañía, así que los jefes de sección echaron a suertes el espacio disponible. La sección de morteros tuvo suerte. Nos asignaron un compartimento en el castillo con una entrada por la cubierta principal. Algunas de las demás secciones tuvieron que ponerse lo más cómodas posible en la cubierta principal, debajo y alrededor del equipo, y los botes de desembarco que había amarrados allí.

Levamos anclas en cuanto cargamos y nos dirigimos directamente hacia Guadalcanal, donde la división llevó a cabo maniobras en el área de Tassafaronga. Esta zona se parecía muy poco a las playas que tendríamos que atacar en Peleliu, pero pasamos varios días realizando ejercicios de desembarco anfibios en unidades grandes y pequeñas.

Algunos de nuestros veteranos de Guadalcanal quisieron visitar el cementerio de la isla para presentarles sus respetos a los compañeros que habían muerto durante la primera campaña de la división. A los veteranos a los que yo conocía no se les permitió ir al cementerio, y como es comprensible hubo mucha amargura y resentimiento debido a ello.

Entre los ejercicios de adiestramiento, algunos exploramos la zona de la playa e inspeccionamos los restos varados de gabarras de desembarco japonesas, el buque para transporte de tropas *Yamazuki Mam* y un submarino biplaza. Uno de los veteranos de Guadalcanal nos contó la impotencia que había supuesto quedarse sentados en las montañas y ver cómo los refuerzos nipones desembarcaban sin oposición durante los días en que el poder de la armada japonesa era indiscutible en las Islas Salomón. El importante número de árboles destrozados y varios esqueletos humanos que encontramos entre la vegetación de

la jungla permanecían como pruebas de enfrentamientos anteriores.

También contamos con momentos más alegres. Cuando los carros anfibios nos volvían a llevar a las LST cada tarde, corríamos a nuestros camarotes, guardábamos el equipo, nos desnudábamos y bajábamos a la cubierta de cisternas. Después de que hubieran subido a bordo todos los carros anfibios, el capitán de la nave amablemente dejaba las puertas de proa abiertas y la rampa bajada para que pudiéramos nadar en las aguas azules del canal de Sealark (llamado de manera más apropiada «la bahía del fondo de hierro» por todos los barcos que se habían hundido allí durante la campaña de Guadalcanal). Nos zambullíamos, nadábamos y chapoteábamos en la preciosa agua como niños, y durante unas breves horas olvidábamos por qué estábamos allí.

Las treinta LST que transportaban a las compañías de asalto de la 1.a División de marines zarparon por fin a primera hora de la mañana del 4 de septiembre para realizar la travesía de unas 2.100 millas hasta Peleliu. Fue un viaje sin incidentes.

El mar estaba en calma y sólo nos encontramos con un par de chaparrones.

Cada mañana después de desayunar, varios de nosotros íbamos al coronamiento de popa de la nave a observar el espectáculo del sargento de artillería Haney. Vestido con unos shorts de color caqui, botas y polainas, Haney llevaba a cabo su ritual de limpieza. Dejaba la vaina de la bayoneta puesta y utilizaba como blanco un candelero cubierto de lona que bajaba de la superestructura del barco. No podía reemplazar a un palo de prácticas móvil, pero Haney no permitía que eso lo detuviera. Realizaba su rutina durante una hora más o menos, con monólogo y todo, mientras docenas de hombres de la Compañía K se apoltronaban en rollos de cabos y otro equipo, fumando y conversando. A veces una animada partida de pinacle se desarrollaba casi bajo sus pies. El sargento estaba tan ajeno a los jugadores como ellos a él. De vez en cuando llegaba un marinero y se quedaba mirando a Haney sin dar crédito a lo que veía. Muchos me preguntaron si estaba asiático. Sin poder resistir la tentación de tomarles un poco el pelo, les contestaba que no, que eso era algo típico de nuestra unidad. Entonces me miraban a mí del mismo modo que a Haney.

Siempre tuve la sensación de que los marineros consideraban que los soldados de la infantería de marina éramos un poco locos, salvajes o insensatos. Es posible que así fuera. Pero a lo mejor teníamos que desarrollar una actitud de «me importa un bledo» para mantener la cordura ante lo que estábamos a punto de soportar.

Los soldados rasos no sabíamos mucho de la naturaleza de la isla que era

nuestro objetivo. En una clase de adiestramiento en Pavuvu, nos enteramos de que había que tomar Peleliu para asegurar el flanco derecho del general Douglas MacArthur durante su invasión de Filipinas, y que contaba con un buen aeródromo que podría apoyar a MacArthur. No recuerdo cuándo oímos el nombre de la isla, aunque miramos mapas y modelos orográficos durante las clases. (Tenía un nombre que sonaba bonito: Peleliu). Aunque censuraban cuidadosamente las cartas que enviábamos desde Pavuvu, al parecer nuestros oficiales temían arriesgarse a que algún tipo le escribiera en código a alguien en casa que íbamos a atacar una isla llamada Peleliu. No obstante, como me dijo un amigo después, de todas formas nadie en casa habría sabido dónde encontrarla en un mapa.

Palaos, la parte más occidental de la cadena de las Islas Carolinas, está compuesta de varias islas grandes y más de un centenar más pequeñas. Salvo Angaur, al sur, y un par de pequeños atolones en el norte, todo el grupo se encuentra en el interior de un arrecife de coral. A unas quinientas millas al este están las Filipinas meridionales. Al sur, más o menos a la misma distancia, está Nueva Guinea.

Peleliu, justo dentro del arrecife de Palaos, tiene forma de pinza de langosta, pues tiene dos brazos de tierra. El brazo sur se extiende hacia el noreste desde el terreno llano para formar una mezcolanza de islotes de coral y planicies cubiertas de espesos manglares. El brazo septentrional, más largo, está dominado por los cerros paralelos de coral de los montes Umurbrogol.

De norte a sur, la isla mide unos diez kilómetros de largo, con un ancho aproximado de tres kilómetros. En la sección sur, más ancha y plana en su mayor parte, los japoneses habían construido un aeródromo con forma más o menos de «4». Los cerros y la mayor parte de la isla fuera del aeródromo estaban cubiertos de espesos bosques; sólo había algún que otro espacio abierto cubierto de hierba. La densa maleza ocultaba tan completamente la verdadera naturaleza del terreno que las aerofotos y las imágenes previas al día D que tomaron los submarinos de Estados Unidos no les proporcionaron a los oficiales de inteligencia ninguna pista sobre lo escarpado que era.

El peligroso arrecife que recorría las playas de desembarco y los cerros de coral del interior convertían la invasión de Peleliu en una combinación de los problemas de Tarawa y Saipán. El arrecife, que medía más de seiscientos metros de largo, era un imponente obstáculo natural. Por su culpa, había que transportar en carros anfibios a las tropas y el equipo que iban a efectuar el asalto; las embarcaciones Higgins no podían sortear el áspero coral y las profundidades variables del agua.

Antes de partir de Pavuvu nos habían dicho que la 1.a División de marines

recibiría refuerzos hasta alcanzar aproximadamente 28.000 hombres para el ataque a Peleliu. No obstante, como todo el mundo sabía, mucha de esa gente incluida en el término «refuerzos» no estaba adiestrada ni equipada para el combate. Eran especialistas asignados a la división para efectuar el desembarco que trabajarían en los buques y después en las playas. Ellos no pelearían.

Al zarpar hacia Peleliu, la 1.a División de marines contaba con 16.459 oficiales y soldados. Un grupo de retaguardia de 1.771 hombres se quedó en Pavuvu. De éstos, sólo unos 9.000 eran soldados de infantería. Las fuentes de inteligencia calculaban que nos enfrentaríamos a más 10.000 defensores japoneses en Peleliu. El gran tema de conversación entre nosotros, la tropa, tenía que ver con la comparación de los efectivos militares.

—Eh, chicos, el teniente acaba de contarme que la 1.a División va a ser la división de marines más grande que haya desembarcado nunca. Dice que tenemos refuerzos que no habíamos tenido jamás.

Un veterano que estaba limpiando su pistola automática del 45 levantó la mirada y soltó:

—¡Vaya, ese teniente novato te ha llenado la cabeza de pájaros!

—¿Por qué?

—Usa la cabeza, amigo. Claro que tenernos al 1.° de marines, el 5.° de marines y el 7.° de marines; ellos son la infantería. El 11.° de marines es nuestra artillería divisional. ¿Dónde demonios está toda esa gente que se supone que va a «reforzar» la división? ¿Quién diablos son y dónde diablos están?

—No lo sé, sólo estoy repitiendo lo que dijo el teniente.

—Bueno, yo te diré quiénes son esos «refuerzos». Son lo que llaman especialistas, y no son marines de primera línea. Recuerda esto, amigo. Cuando las cosas se empiecen a poner feas, y tú y yo estemos intentando sobrevivir a los disparos y bombardeos, los malditos especialistas estarán tocándose las narices en el puesto de mando de la división en la playa, escribiendo a casa que la guerra es un infierno. ¿Y quién va a sufrir todas las bajas y va a perder a todos los hombres luchando con los japos? Al 1.° de marines, el 5.° de marines y el 7.° de marines les caerá una de padre y muy señor mío, y el 11.° de marines también perderá algunos hombres. Espabila, muchacho, los tenientes novatos son igual de inútiles que el sombrero de un decapitado. Los suboficiales dirigen el cotarro cuando empiezan los disparos.[15]

Día D menos 1

El 14 de septiembre de 1944 después de la cena, un amigo y yo nos apoyamos contra la barandilla de la LST 661 y hablamos de lo que haríamos después de la guerra. Yo intentaba aparentar que no me preocupaba el día siguiente, y él también. Puede que nos engañáramos el uno al otro y a nosotros mismos un poco, pero no mucho. Mientras el sol desaparecía por debajo del horizonte y su brillo ya no creaba un resplandor vitreo en el mar, pensé en lo hermosas que eran las puestas de sol en el Pacífico. Eran incluso más bonitas que en la bahía de Mobile. De pronto se me ocurrió algo. ¿Viviría para ver ponerse el sol mañana? Casi se me doblan las rodillas del pánico. Apreté la barandilla e intenté parecer interesado en la conversación.

Los buques del convoy se convirtieron en moles oscuras que avanzaban deslizándose cuando el altavoz interrumpió nuestra conversación:

—Presten atención. Presten atención.

Dio la impresión de que los hombres que nos rodeaban, y que habían estado hablando en voz baja en parejas o en pequeños grupos, prestaban más atención de la habitual a la orden.

—Que todos los soldados bajen a los camarotes. Que todos los soldados bajen a los camarotes.

Mi amigo y yo fuimos a nuestro compartimento del castillo. Uno de nuestros suboficiales envió un destacamento de trabajo a otro compartimento a buscar raciones y munición. Después de que regresaran, llegó nuestro teniente, nos dio la orden de «descansen» y dijo que tenía que contarnos algunas cosas. Tenía el ceño fruncido, el rostro demacrado y parecía preocupado.

—Señores, como probablemente sepan, mañana es el día D. El general Rupertus asegura que el enfrentamiento será sumamente duro pero breve. Habrá terminado en cuatro días, puede que tres. Será un combate como Tarawa. Va a ser difícil pero rápido. Luego iremos a una zona de descanso.

«Recuerden lo que se les ha enseñado. Mantengan las cabezas agachadas dentro del carro anfibio. En Saipán se produjeron muchas bajas innecesarias porque hubo soldados que se asomaron por la borda para ver lo que estaba pasando. En cuanto el carro anfibio se detenga en la playa, bajen a la carrera y salgan de la playa rápido. No se interpongan en el camino de los carros cuando regresen a recoger las tropas de las oleadas secundarias. Nuestros blindados vendrán detrás de nosotros. Los conductores tienen mucho de lo que ocuparse y no pueden andar esquivando a la infantería, así que apártense de su camino. ¡Salgan rápido de la playa! Los japos la barrerán con todo lo que tengan, y si nos

inmovilizan en la playa, su artillería acabará con nosotros.

«Tengan las armas preparadas porque los japos siempre intentan detenernos en la línea de playa. Quizá nos reciban en la playa con bayonetas en cuanto nuestra barrera de artillería naval se disipe y avance tierra adentro. Así que salgan de los carros preparados para cualquier cosa. Mantengan una bala en la recámara de las armas ligeras y pongan el seguro a las pistolas. Lleven los recipientes de las balas de mortero de gran potencia sin cerrar y guárdenlos en las bolsas de munición listos para usarlos de inmediato en cuanto nos ordenen que disparemos hacia el frente de la compañía. Llenen las cantimploras, cojan raciones y pastillas de sal y limpien sus armas. El toque de diana será antes del amanecer y la hora H será a las 08:30. Vayanse al catre pronto. Necesitarán descansar. Buena suerte y continúen.

Salió del compartimento y los suboficiales nos distribuyeron munición, raciones K y pastillas de sal.

—Bueno, aquel rumor que oímos durante las maniobras en Guadalcanal de que esta misión va a ser dura pero rápida debe ser verdad —comentó un hombre.

—Imaginaos, sólo cuatro, puede que tres días para una estrella de combate. Caray, puedo soportar lo que sea ese tiempo —masculló un tejano.

Expresaba lo que opinábamos la mayoría, y la confirmación de los tan repetidos rumores de que sería un «duro pero rápido combate» nos alentó.[16] Seguíamos intentando convencernos a nosotros mismos de que el general sabía de lo que estaba hablando. Todos temíamos una campaña larga y pesada que se prolongaría más allá de lo soportable, como Guadalcanal y Cabo Gloucester. Nuestra moral era excelente, y nos habían entrenado para cualquier cosa por muy dura que fuera. Pero rogábamos poder salir de eso rápido.

Nos sentamos en nuestras camas, limpiamos las armas, preparamos las mochilas de combate y ordenamos el equipo. A lo largo de toda la historia, las tropas de combate de diferentes ejércitos han llevado a la guerra mochilas que pesan muchos kilos; nosotros viajábamos con el mínimo equipaje, sólo transportábamos lo absolutamente necesario (como lo hizo la veloz infantería confederada durante la guerra de Secesión).

Mi mochila de combate contenía un capote doblado, un par de calcetines, unas cuantas cajas de raciones K, pastillas de sal, munición de carabina de más (veinte balas), dos granadas de mano, una pluma estilográfica, un tintero, papel de carta en un envoltorio impermeable, un cepillo de dientes, un tubo pequeño de dentífrico, unas fotografías de mi familia junto con unas cartas (en un envoltorio impermeable) y una gorra de tela vaquera.

El resto de mi equipo y ropa consistía en un casco de acero cubierto con una

tela de camuflaje, una gruesa chaqueta de tela verde con un emblema de los marines y las siglas USMC pintadas en el bolsillo superior izquierdo, pantalones del mismo material, un viejo cepillo de dientes para limpiar mi carabina, calcetines de algodón fino, botas hasta el tobillo y polainas de lona color habano claro (con las que cubría las perneras de los pantalones). No llevaba calzoncillos ni camiseta debido al calor. Como muchos, me prendí una insignia de bronce de los marines a un lado del cuello para que me diera buena suerte.

Sujetos al cinturón con pistolera llevaba una bolsa que contenía un aposito de campaña, dos cantimploras, una bolsa con dos cargadores de carabina con quince balas (los llamábamos «peines») y una magnífica brújula de latón en un estuche impermeable. Mi Ka-Bar colgaba en su funda de cuero en mi costado derecho. Llevaba una granada enganchada encima del cinto por el asa (la palanca). También contaba con un cuchillo de hoja gruesa parecido a un cuchillo de carnicero que me había enviado mi padre; lo utilizaba para cortar las abrazaderas de alambre que envolvían los resistentes cajones de los proyectiles de mortero de 60 mm.

Amarré una bolsa de munición con dos cargadores más a la culata de mi carabina. No llevaba bayoneta, porque el modelo de carabina que yo tenía carecía de asidero para la bayoneta. Por fuera de la mochila, enganché las herramientas para atrincherarme en su funda de lona. (Las herramientas no sirvieron para nada en Peleliu debido al duro coral.)

Todos los oficiales y soldados nos vestíamos prácticamente igual. Las principales diferencias entre nosotros eran el tipo de cinturón y el arma individual que llevábamos.

Intentamos aparentar indiferencia y hablamos de cualquier cosa salvo de la guerra. Algunos escribieron las últimas cartas.

—¿Qué vas a hacer después de la guerra, Mazo? —me preguntó un amigo que estaba sentado frente a mí. Era un joven sumamente inteligente.

—No lo sé, Oswalt. ¿Qué piensas hacer tú?

—Quiero ser neurocirujano. El cerebro humano es algo increíble, me fascina —contestó.

Pero no sobrevivió a Peleliu para hacer realidad sus aspiraciones.

Lentamente, las conversaciones se fueron apagando y los hombres se fueron al catre. Resultó difícil dormir esa noche. Pensé en casa, mis padres, mis amigos... y en si cumpliría con mi deber, si acabaría herido e inválido, o muerto. Llegué a la conclusión de que era imposible que me mataran porque Dios me quería. Entonces

me dije que Dios nos quería a todos y que muchos morirían o quedarían destrozados física o mentalmente o ambas cosas a la mañana siguiente y en los días sucesivos. El corazón me latía con fuerza y me recorrió un sudor frío. Al final, me dije que era un maldito cobarde y con el tiempo me quedé dormido recitando el padrenuestro para mis adentros.

Día D, 15 de septiembre de 1944

Me pareció que sólo había dormido un momento cuando un suboficial entró en el compartimento y anunció: —Muy bien, chicos, arriba.

Noté que el buque había disminuido la velocidad y casi se había detenido. «Ojalá pudiera detener el avance de las manecillas del reloj», pensé. Estaba oscuro como boca de lobo, no había ninguna luz en la obra muerta. Nos levantamos, nos vestimos y nos afeitamos, y nos preparamos para comer: bistec y huevos, una tradición de la 1.a División de marines en honor a una combinación culinaria aprendida de los australianos. Aunque ni el bistec ni los huevos sabían demasiado bien. Tenía un nudo en el estómago.

Había surgido un problema curioso cuando regresé a mi compartimento. Haney, que había sido uno de los primeros en volver de comer unos cuarenta y cinco minutos antes, se había instalado en el asiento de uno de los dos váteres de la pequeña letrina situada en nuestro lado del compartimento. Estaba allí sentado, con los pantalones hasta las rodillas y sus queridas polainas cuidadosamente abrochadas sobre las botas, sonriendo y hablando solo tranquilamente mientras fumaba un cigarrillo. Una hilera de nerviosos marines utilizaba el otro váter uno tras otro.

Algunos habían acudido a la letrina del otro lado del compartimento mientras que otros, desesperados, fueron corriendo a las letrinas de los otros compartimentos para la tropa. Normalmente las instalaciones de nuestro compartimento eran suficientes, pero la mañana del día D nos encontró a todos nerviosos, tensos y asustados. Los veteranos ya sabían lo que yo estaba a punto de descubrir: que durante los períodos de enfrentamientos intensos, puede que un hombre no tenga posibilidad de comer o dormir, mucho menos de hacer de vientre. Todos se quejaban y miraban a Haney con el ceño fruncido, pero como era sargento de artillería nadie se atrevía a sugerirle que se diera prisa. Con su indiferencia característica, Haney nos ignoró, siguió a su ritmo y se marchó cuando le dio la gana.

Brillaba la primera luz del amanecer cuando dejé mi equipo sobre mi cama,

todo guardado y listo para ponérmelo, y salí a la cubierta principal. Todos los hombres hablaban en voz baja, fumaban y miraban hacia la isla. Encontré a Snafu [17] y me quedé cerca de él; era el artillero de nuestro mortero, así que nos mantuvimos juntos. También era un veterano de Gloucester, y yo me sentía más seguro con los veteranos. Ellos sabían qué nos podía esperar.

Sacó un paquete de cigarrillos y dijo arrastrando las palabras:

—Coge un pitillo, Mazo.

—No, gracias, Snafu. Te he dicho un millón de veces que no fumo.

—Mazo, te apuesto veinticinco centavos a que antes de que acabe el día te fumarás todos los cigarrillos a los que puedas echarles la garra.

Le dediqué una sonrisa forzada y dirigimos la vista hacia la isla. El sol estaba empezando a salir y no había ninguna nube en el cielo. El mar estaba en calma. Soplaba una suave brisa.

Una campana del barco repicó y oímos por el altavoz:

—Cojan su equipo y prepárense.

Snafu y yo corrimos a nuestras camas mientras saludábamos con la cabeza y hablábamos con otros compañeros de rostro sombrío que se apresuraban a recoger su equipo. En el abarrotado compartimento nos ayudamos unos a otros con las mochilas, enderezamos las correas y nos abrochamos las cartucheras. Puede que a los generales y almirantes les preocuparan los mapas y las toneladas de provisiones, pero mi principal preocupación en aquel momento era cómo me quedaban las correas de la mochila y si mis botas eran cómodas.

Sonó la siguiente campana. Snafu cogió el mortero de veinte kilos y se echó al hombro la correa para transportarlo. Yo me colgué la carabina de un hombro y la pesaba bolsa de munición del otro. Bajamos en fila por una escala que llevaba a la cubierta para carros de combate, donde un suboficial nos ordenó que subiéramos a bordo de un carro anfibio. Se me aflojaron las piernas cuando vi que no se trataba del modelo más nuevo, con la rampa trasera para que salieran las tropas con el que habíamos practicado. Esto significaba que en cuanto el carro llegara a la playa, tendríamos que saltar por encima de los altos costados, con lo que quedaríamos mucho más expuestos al fuego enemigo. Yo estaba demasiado asustado y nervioso para decir mucho, pero algunos se quejaron de ello.

Las puertas de proa del buque se abrieron y la rampa bajó. Los motores de todos los carros rugieron y escupieron gases. Los ventiladores de aireación zumbaban sobre nuestras cabezas. La cegadora luz del día entró a raudales en la cubierta para carros de combate a través de la proa abierta de la nave cuando el

primer carro anfibio salió y bajó traqueteando por la rampa inclinada.

Nuestra máquina se puso en marcha con una sacudida mientras nos agarrábamos a los costados y unos a otros. Las orugas del carro rechinaron y rasparon las planchas de hierro de la rampa, luego flotó y se asentó en el agua como si fuera un pato enorme. A nuestro alrededor tronaban las voces de los cañones del buque que bombardeaban las playas y las posiciones defensivas de Peleliu para preparar el asalto.

El cuerpo de marines nos había adiestrado a los nuevos hasta que nos amalgamamos con los veteranos formando una división de combate perfectamente disciplinada. Ahora la fuerza de los acontecimientos que se habían desatado en aquel hostil trozo de roca coralina de diez kilómetros por tres nos haría avanzar de manera implacable, cada uno hacia su destino individual.

Todo lo que mi vida había sido antes y ha sido después palidece a la luz de aquel imponente momento en el que mi carro anfibio se puso en marcha en medio de un bombardeo atronador hacia la playa llameante y envuelta en humo para emprender el ataque contra Peleliu.

Desde el final de la segunda guerra mundial, los historiadores y analistas militares han discutido sin llegar a una conclusión sobre la necesidad de la campaña de las Islas Palaos. Muchos pensaron después de la batalla —y lo siguen pensando hoy— que Estados Unidos no necesitaba librarla como condición sine qua *non para el regreso del general MacArthur a Filipinas.*

El almirante William F. «Toro» Halsey sugirió suspender la operación de Palaos después de que los planificadores del alto mando se enterasen de que el poderío aéreo japonés en Filipinas no era tan fuerte como el servicio de inteligencia había supuesto al principio. Pero MacArthur opinaba que la operación debería seguir adelante y el almirante Chester W. Nimitz dijo que era demasiado tarde para cancelarla porque el convoy ya estaba en marcha.

Debido a importantes acontecimientos que se produjeron en Europa en ese momento y a la falta de beneficios inmediatos y patentes derivados de la captura de Peleliu, la batalla sigue siendo una de las menos conocidas o comprendidas de la guerra en el Pacífico. No obstante, para muchos se trata del combate más duro que libraron los marines en la segunda guerra mundial.

El general de división (después teniente general) Roy S. Geiger, el duro jefe del III Cuerpo anfibio, afirmó repetidas veces que Peleliu fue la batalla más difícil de toda la guerra en el Pacífico. Un antiguo oficial del cuerpo de marines, el general Clifton B. Cates, dijo que Peleliu fue uno de los combates más feroces y disputados con más tesón de la guerra, y que

en ningún lugar se demostró la eficiencia ofensiva de los marines de Estados Unidos deforma más convincente.

Peleliu también fue importante para el resto de la guerra en el Pacífico debido a los cambios en las tácticas niponas con las que los marines se encontraron allí. Los japoneses renunciaron a su tradicional campaña total para defender la playa a favor de una compleja defensa basada en posiciones fortificadas que se apoyaban mutuamente, situadas en cuevas y fortines que se adentraban en el corazón de la isla, en especial en los cerros de los montes Umurbrogol.

En batallas anteriores, los japoneses habían agotado sus efectivos con cargas banzai *contra los marines una vez que éstos habían establecido una cabeza de playa firme. Los marines masacraron miles y miles de japoneses durante sus salvajes ataques. Los japoneses no habían sacado adelante con éxito ni una sola carga* banzai *en las campañas previas.*

Sin embargo, en Peleliu, el coronel Kunio Nakagawa, permitió que los marines fueran hacia él y los aproximadamente 10.000 soldados de su orgullosa 14.a División de infantería. Desde posiciones que se apoyaban mutuamente, los japoneses cubrían casi cada metro de Peleliu desde la playa hasta el centro del puesto de mando de Nakagawa, enterrado bajo roca coralina, en el centro del sistema montañoso. Algunas posiciones sólo eran lo bastante grandes para albergar a un hombre. Algunas cuevas contenían centenares. Por lo tanto, los marines no encontraron una línea de defensa principal. Los japoneses habían construido la defensa con toda la isla como primera línea. Lucharon hasta que la última posición fue destruida.

Con la ayuda de aquel terreno increíblemente accidentado, las nuevas tácticas niponas resultaron tan eficaces que la 1.a División de marines sufrió más del doble de bajas en Peleliu que la 2.a División en Tarawa. En proporción, las bajas estadounidenses en Peleliu se aproximaron mucho a las sufridas más tarde en Iwo Jima, donde los japoneses emplearon de nuevo una intrincada defensa en profundidad, ahorraron efectivos y libraron una batalla de desgaste. A una escala aún mayor, la hábil y tenaz defensa de la parte meridional de Okinawa utilizó el mismo sofisticado sistema defensivo en profundidad puesto a prueba por primera vez en Peleliu.

CAPÍTULO CUATRO

Asalto al infierno

Hora H: 08:30. Largas llamaradas rojas entremezcladas con denso humo negro salían rápidamente de las bocas de los enormes cañones de 16 pulgadas de los acorazados con un ruido parecido a un trueno. Los proyectiles gigantes se abrían paso por el aire hacia la isla, rugiendo como locomotoras.

—Vaya, debe costar una fortuna disparar esos pequeñines de 16 pulgadas —comentó un compañero junto a mí.

—A la mierda el gasto —gruñó otro.

Igual de imponentes resultaban los cruceros de combate lanzando salvas de 8 pulgadas y la gran cantidad de naves más pequeñas disparando fuego graneado. El aire salado, por lo general limpio, estaba cargado con el olor de los explosivos y del gasóleo. Mientras las oleadas de asalto formaban y mi carro anfibio permanecía inmóvil en el agua con los motores al ralentí, el tempo del bombardeo aumentó hasta alcanzar tal intensidad que no podía distinguir las frases de mis compañeros que identificaban los diferentes tipos de armas a través del atronador ruido. Teníamos que gritarnos unos a otros para oírnos. Cuando nos pusimos en marcha, los grandes buques incrementaron los disparos y se situaron a los flancos de las formaciones de carros anfibios para no disparar por encima de nosotros por el riesgo de que algún disparo se quedara corto.

El humo del bombardeo naval y aéreo oculta la playa. Fotografía del USMC.

Aguardamos la señal para avanzar hacia la playa durante lo que pareció una eternidad. El suspense casi era más de lo que podía soportar. Esperar es una parte fundamental de la guerra, pero nunca experimenté un suspense más desesperante que la insoportable tortura de aquellos momentos antes de que recibiéramos la señal para comenzar el asalto contra Peleliu. Me recorrió un sudor frío mientras la tensión crecía con la intensidad del bombardeo. Tenía un nudo en el estómago. Se me cerró la garganta y sólo podía tragar con gran dificultad. Casi se me doblan las rodillas, así que me aferré como pude al costado del carro. Sentía náuseas y temía que la vejiga se me vaciaría y lo que demostraría lo cobarde que era. Sin embargo, el aspecto de los hombres que me rodeaban reflejaba exactamente lo que yo sentía. Por fin, con una sensación de fatalista alivio mezclado con un ramalazo de furia, vi que el oficial de la armada que era el jefe de nuestra oleada, agitaba su bandera hacia la playa. Nuestro conductor aceleró el motor. Las orugas revolvieron el agua y nos pusimos en marcha. Era la segunda oleada en tierra.

Sargento de sección John Marmet a su regreso de Peleliu. Fotografía privada.

Avanzamos observando el espantoso espectáculo. Enormes geiseres de agua se alzaban alrededor de los carros que iban por delante de nosotros mientras se aproximaban al arrecife. Una cortina continua de llamas, bordeada de un denso muro de humo, marcaba toda la longitud de la playa. Parecía como si un volcán enorme hubiera entrado en erupción en el mar, y más que dirigirnos a una isla, estuviéramos siendo atraídos hacia el vórtice de un llameante abismo. Para muchos lo sería.

El teniente sacó una botellín de whisky

—Allá vamos, muchachos —exclamó.

¡Como en las películas! Parecía irreal.

Me ofreció beber, pero lo rechacé. El simple hecho de oler el corcho podría haber hecho que me desmayara. El bebió un largo sorbo y un par más hicieron lo mismo. De pronto, un gran obús explotó con una sacudida espantosa y un geiser enorme se alzó justo por delante, a nuestra derecha. No nos dio por muy poco. El motor se caló. La parte delantera del carro dio una sacudida a la izquierda y chocó con la parte posterior de otro que o bien estaba calado o había sido alcanzado. Nunca supe qué le había pasado.

Día D, Peleliu. El infierno en la playa antes de que nos pusiéramos en marcha. Fotografía de los Archivos Nacionales.

Día D, Peleliu. El infierno en la playa antes de que nos pusiéramos en marcha. Fotografía de los Archivos Nacionales.

Nos quedamos parados flotando en el agua durante unos aterradores instantes. Éramos presas fáciles para los artilleros enemigos. Miré hacia delante por la escotilla situada detrás del conductor. Éste estaba forcejeando frenéticamente con las palancas de control. Los obuses japoneses llegaban aullando y estallaban a nuestro alrededor. El sargento Johnny Marmet se inclinó hacia el conductor y le gritó algo. Fuera lo que fuese, pareció tranquilizarlo, porque consiguió poner en marcha el motor. Avanzamos de nuevo entre los geiseres de las explosiones de los proyectiles.

Nuestro bombardeo comenzó a apartarse de la playa y a dirigirse tierra adentro. Nuestros bombarderos en picado también se trasladaron tierra adentro. Los japoneses incrementaron el volumen de sus disparos contra las oleadas de carros anfibios. Por encima del estruendo, podía oír el inquietante sonido de los fragmentos de obús zumbando y bramando por el aire.

—Preparados —gritó alguien.

Cogí mi bolsa de munición de mortero y me la colgué del hombro izquierdo, me abroché la correa del casco debajo de la barbilla, ajusté el portafusil de la carabina sobre mi hombro derecho e intenté mantener el equilibrio. El corazón me palpitaba con fuerza. Nuestro carro salió del agua y subió unos metros por la arena ligeramente inclinada.

—¡A la playa! —ordenó un suboficial momentos antes de que la máquina se detuviera con una sacudida.

Los hombres avanzaron lo más rápido que pudieron. Yo seguí a Snafu, trepé

y planté ambos pies con firmeza en el lado izquierdo para saltar lo más lejos posible. En ese mismo instante una ráfaga de trazadoras atravesó el aire a la altura de la vista, casi rozándome la cara. Encogí la cabeza como una tortuga, perdí el equilibrio y caí con torpeza hacia delante en la arena, en medio de una maraña formada por la bolsa de munición, la mochila, el casco, la carabina, la máscara antigás, la cartuchera y las cantimploras que colgaban sueltas. «¡Salgan de la playa! ¡Salgan de la playa!», la orden me daba vueltas en la cabeza.

En cuanto sentí tierra bajo los pies, ya no tuve tanto miedo como cuando cruzaba el arrecife. Intenté ponerme en pie. Una mano firme me agarró el hombro. «Oh, Dios —pensé—, ¡es un japo que ha salido de un fortín!» No podía alcanzar el Ka-Bar; por suerte, porque cuando saqué la cara de la arena y levanté la mirada, allí estaba el rostro preocupado de un marine inclinado sobre mí. Pensó que la ráfaga de ametralladora me había alcanzado y se había acercado a rastras a ayudar. Cuando vio que estaba ileso, dio media vuelta y comenzó a arrastrarse con rapidez lejos de la playa. Yo lo seguí.

Los obuses estallaban por todas partes. Los fragmentos se desgarraban y zumbaban, golpeando la arena y chapoteando en el agua unos metros por detrás de nosotros. Los japoneses se estaban reponiendo de la sorpresa de nuestro bombardeo previo al desembarco. Los disparos de sus ametralladoras y fusiles se volvieron más intensos, restallaban con ferocidad cada vez con mayor volumen.

Nuestro carro anfibio dio media vuelta y se dirigió de regreso mientras yo llegaba al borde de la playa y me pegaba al suelo. El mundo era una pesadilla de fogonazos, violentas explosiones y balas silbando. Casi todo lo que veía estaba borroso. La impresión me había entumecido la mente.

Mire hacia atrás por la playa y vi un DUKW (camión anfibio con neumáticos) llegar a la arena en un punto cerca de donde acabábamos de desembarcar. En cuanto el DUKW se detuvo, un denso y sucio humo negro lo envolvió cuando un proyectil dio en el blanco. Unos fragmentos salieron volando por el aire. Yo observaba con esa extraña y distante fascinación propia de aquellos a los que les están disparando mientras una plancha de metal de unos sesenta centímetros cuadrados daba vueltas por el aire y luego caía en el agua poco profunda como si fuera una crepé. No vi salir ningún hombre del DUKW.

Por toda la playa y en el arrecife podía ver varios carros anfibios y DUKW ardiendo. Las ráfagas de las ametralladoras niponas creaban largas salpicaduras en el agua, era como si la azotaran con una fusta gigante. Los geiseres se alzaban sin cesar donde impactaban los proyectiles. Divisé fugazmente un grupo de marines saliendo de un carro humeante en el arrecife. Algunos cayeron cuando las balas y los fragmentos chapotearon a su alrededor. Sus compañeros trataban de ayudarlos

mientras forcejeaban en el agua, que les llegaba hasta las rodillas.

Me estremecí y me faltó el aire. Una salvaje y desesperada sensación de rabia, frustración y compasión se apoderó de mí. Se trataba de una emoción que siempre torturaría mi mente cada vez que veía hombres atrapados y no podía hacer nada, salvo mirar mientras los alcanzaban. Olvidando mis propias dificultades por un momento, me sentí asqueado hasta lo más profundo de mi alma. Le pregunté a Dios: «¿Por qué, por qué, por qué?». Aparté la cara y deseé estar imaginándomelo todo. Había probado la esencia más amarga de la guerra, la imagen de la masacre de compañeros indefensos, y me repugnó.

Me levanté. Manteniéndome bien agachado, subí corriendo por la playa inclinada hacia una posición segura. Al llegar al borde interior de la arena, justo después de la línea de pleamar, bajé la mirada y vi el morro de una enorme bomba negra y amarilla que asomaba en la arena. Una placa de metal sujeta a la parte superior servía de disparador de presión. Mi pie la había evitado por centímetros.

Un tractor anfibio arde en la playa mientras unos marines se refugian bajo un DUKW. Día D, Peleliu. Fotografía privada (soldado de primera John J. Smith).

Volví a tirarme al suelo justo dentro del refugio. En la arena situada directamente frente a mí había una serpiente muerta de unos cuarenta y cinco centímetros de largo. Tenía los colores muy vivos, se parecía un poco a las especies que había tenido de mascotas cuando era niño. Fue la única serpiente que vi en Peleliu.

Por un momento, me encontré fuera del alcance de los intensos disparos que impactaban en la playa. Un fuerte olor a sustancias químicas y explosiones de

obuses llenaba el aire. A mi alrededor, algunas zonas de coral y arena se habían vuelto amarillentas debido a la pólvora de los proyectiles. Había un gran poste blanco de más o menos un metro veinte de alto al borde del refugio. El lado que daba a la playa tenía pintado algo escrito en japonés. A mí me parecía como si una gallina con las patas cubiertas de barro hubiera recorrido el poste de arriba abajo. Me sentí orgulloso de que eso fuera territorio enemigo y de que lo estuviéramos capturando en nombre de nuestro país para ayudar a ganar la guerra.

Uno de nuestros suboficiales nos hizo señas para que nos desplazáramos a la derecha, fuera del refugio poco profundo. Me alegré, porque era probable que los japoneses lanzaran disparos de mortero hacia allí para impedir que lo usáramos para protegernos. En ese momento, sin embargo, los artilleros parecían estar concentrándose en la playa y en las oleadas de marines que seguían llegando.

Fui corriendo hasta donde uno de nuestros veteranos permanecía de pie mirando hacia nuestro frente y me dejé caer a sus pies.

—Más vale que te agaches —chillé mientras las balas pasaban silbando y restallaban por todas partes.

—Las balas van alto, están dando en las hojas, Mazo —dijo con aire despreocupado, sin mirarme.

—¡Hojas, una mierda! ¿Dónde están los árboles? —le respondí a gritos.

Asustado, miró a derecha e izquierda. Abajo en la playa, apenas visible, había una palmera destrozada. Cerca de nosotros nada nos llegaba más arriba de la rodilla. Se tiró al suelo.

—Debo estar volviéndome loco, Mazo. Las balas suenan igual que en la jungla en Gloucester y supuse que estaban dándole a las hojas —explicó con disgusto.

—Que alguien me dé un cigarrillo —les grité a mis compañeros de pelotón que se encontraban cerca.

Snafu estaba radiante de alegría.

—Te dije que empezarías a fumar, ¿verdad, Mazo?

Un amigo me pasó un pitillo y conseguimos encenderlo con manos temblorosas. Me tomaron bien el pelo recordando todas las veces que me había negado a fumar.

Yo no dejaba de mirar hacia nuestra derecha, esperando ver a los hombres del 3.er Batallón del 7.° de marines (el 3/7), que se suponía que debían estar allí. Sin embargo, mientras salíamos de la playa, sólo vi los rostros conocidos de los

marines de mi propia compañía. Empezaron a llegar marines detrás de nosotros en número cada vez mayor, pero no se veía ninguno por nuestro flanco derecho.

Playa Naranja 3 el día D, en Peleliu, a la derecha de donde había desembarcado antes el K/3/5. Fotografía del USMC.

Oficiales y suboficiales desconocidos gritaban órdenes: «Compañía K, primera sección, vengan aquí» o «Compañía K, sección de morteros, aquí». Durante unos quince minutos reinó una confusión considerable mientras nuestros oficiales y los jefes de nuestra compañía homónima en el 7.° de marines ponían en orden las dos unidades.

De izquierda a derecha a lo largo del frente de playa de 2.200 metros, el 1.° de marines, el 5.° de marines y el 7.° de marines desembarcaron uno al lado del otro. Un batallón del 1.° de marines desembarcó en cada una de las dos playas Blanco septentrionales fijadas para el asalto. En el centro de la división, el 5.° de marines desplegó a su 1.° Batallón (el 1/5) en la playa Naranja Uno y al 3.er Batallón (el 3/5) en ¡aplaya Naranja Dos. Formando el flanco derecho de la división, el 7.° de marines debía desembarcar un batallón (el 3/7) en el asalto a la playa Naranja Tres, la más meridional de las cinco playas designadas.

En realidad, en medio de la confusión de los primeros minutos del desembarco, el K/3/5 entró por delante de las compañías de asalto del 3/7 y un poco más a la derecha de lo planeado. Quiso la suerte que las dos compañías se mezclaran formando el flanco derecho de la división. Durante unos quince minutos, fuimos el flanco derecho expuesto de toda la cabeza de playa.

Comenzamos a desplazarnos tierra adentro. Sólo habíamos avanzado unos cuantos metros cuando una ametralladora enemiga abrió fuego desde un matorral

situado a nuestra derecha. Morteros japoneses de 81 y 90 mm descargaron entonces sobre nosotros. Todo el mundo se tiró al suelo. Yo me metí en un cráter poco profundo. La compañía estaba totalmente inmovilizada. No se movía nadie. Los obuses cayeron más rápido, hasta que no pude distinguir explosiones individuales sino estruendos continuos y retumbantes con un esporádico sonido de desgarro causado por la metralla que atravesaba el aire en medio del fragor. La atmósfera estaba turbia debido al humo y al polvo. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos como cuerdas de piano. Me estremecí y temblé como si estuviera sufriendo ligeras convulsiones. Sudaba en abundancia. Recé, apreté los dientes, aferré la culata de la carabina y maldije a los japoneses. Nuestro teniente, un veterano de Gloucester que se encontraba cerca, parecía estar más o menos en las mismas condiciones. Desde la escasa protección de mi cráter poco profundo sentí lástima por él, o por cualquiera, que estuviera en aquel rincón de coral.

Las intensas descargas de mortero continuaron sin disminuir. Pensé que no terminaría nunca. Me aterrorizaban los grandes proyectiles que descendían trazando arcos a nuestro alrededor. Pensaba que tarde o temprano uno caería directamente en mi agujero.

Si se transmitieron órdenes o si alguien gritó pidiendo un sanitario, yo no lo oí con todo aquel ruido. Era como si estuviera en el campo de batalla yo solo, completamente desamparado e indefenso en medio de una tempestad de violentas explosiones. Lo único que se podía hacer era aguantar y rogar sobrevivir. Ponerse en pie con aquella tormenta de fuego hubiera sido un suicidio seguro.

Aprendí una nueva sensación mientras soportaba mi primera descarga desde los veloces acontecimientos que se sucedieron al llegar a la playa: total y absoluta impotencia. El bombardeo disminuyó aproximadamente media hora después, aunque a mí me pareció que había retumbado durante horas. El tiempo no significaba nada para mí. (Esto era cierto en particular en bombardeos intensos. Nunca pude calcular cuánto duraban.) Entonces llegaron órdenes de avanzar, cubiertos con una capa de polvo de coral. Sentía que me temblaba todo el cuerpo y no podía creer que ninguno de nosotros hubiera sobrevivido a aquella descarga.

Los heridos que podían caminar comenzaron a pasar a nuestro lado de camino a la playa, donde subirían a bordo de carros anfibios para que los trasladaran a uno de los buques. Un suboficial que era muy buen amigo mío pasó corriendo mientras sostenía un aposito de campaña ensangrentado sobre el brazo izquierdo.

—¿Es grave? —le grité.

Se le iluminó el rostro con una sonrisa de oreja a oreja y respondió con

desenfado:

—No me compadezcas, Mazo. Me tocó la herida del millón de dólares. Para mí, todo ha terminado.

Saludó con la mano a la vez que se apresuraba a dejar la guerra.

Teníamos que estar alerta constantemente mientras atravesábamos la espesa maleza plagada de francotiradores. Nos ordenaron detenernos en una zona abierta cuando me encontré con los primeros enemigos muertos: un sanitario japonés y dos fusileros. Al parecer el sanitario había estado intentando prestar ayuda cuando uno de nuestros obuses lo había matado. El botiquín permanecía abierto a su lado y los diferentes vendajes y medicamentos estaban cuidadosamente colocados en compartimentos. El sanitario estaba tendido de espaldas y tenía la cavidad abdominal al descubierto. Me quedé mirando horrorizado, impresionado ante las relucientes visceras salpicadas de fino polvo de coral. «Esto no puede haber sido un ser humano», pensaba una y otra vez. Se parecía más a las tripas de uno de los tantos conejos o ardillas que había limpiado cuando iba a cazar de niño. Sentí náuseas mientras clavaba los ojos en los cadáveres.

Un sudoroso y polvoriento veterano de la Compañía K se acercó, miró primero a los muertos y luego a mí. Se colgó el MI del hombro y se inclinó sobre los cuerpos. Usando el pulgar y el índice de una mano, retiró con destreza unas gafas con montura de concha del rostro del sanitario. Lo hizo con tanta tranquilidad como si fuera un invitado cogiendo un entremés de una bandeja en un cóctel.

—Mazo, no te quedes ahí parado con la boca abierta con todos estos souvenires tirados por aquí —me comentó en tono de reproche. Sostuvo las gafas para que las viera y añadió—: Mira lo grueso que es el cristal. Estos hijos de puta tienen que estar medio ciegos, pero eso no parece empeorar su puntería.

Luego sacó un revólver Nambu, le quitó el cinturón al cadáver y cogió la pistolera de cuero. Tomó el casco de acero, metió la mano dentro y extrajo una bandera japonesa cuidadosamente doblada cubierta de letras. El veterano tiró el casco sobre el coral, donde produjo un ruido sordo y un repiqueteo, le dio la vuelta al cadáver y comenzó a revolver la mochila de combate.

El compañero del veterano llegó y empezó a registrar a los otros cadáveres japoneses. Su botín consistió en una bandera y otros objetos. Entonces les quitó los cerrojos a los fusiles nipones y rompió las culatas contra el coral para que les resultaran inútiles a los infiltrados. El primer veterano dijo:

—Hasta luego, Mazo. Que no te tomen el pelo.

Él y su compañero siguieron adelante.

Yo no me había movido ni un centímetro ni había pronunciado una palabra, simplemente me quedé paralizado, casi en trance. Los cadáveres estaban despatarrados donde los veteranos los habían arrastrado. ¿Acabaría volviéndome así de indiferente e insensible hacia los enemigos muertos?, me pregunté. ¿La guerra me deshumanizaría para que yo también pudiera «limpiar» a los enemigos muertos con tanta despreocupación? Llegó un momento, poco después, en el que ya no me preocupó lo más mínimo.

A pocos metros de esta escena, uno de nuestros sanitarios trabajaba en un refugio pequeño y poco profundo tratando a marines heridos. Me acerqué y me senté a su lado en el coral caliente. El sanitario estaba de rodillas inclinado sobre un joven marine que acababa de morir en una camilla. El muerto tenía un aposito de campaña empapado de sangre en un lado del cuello. Su delicado y atractivo rostro juvenil estaba ceniciento. «Qué pérdida —pensé—. No puede tener más de diecisiete años.» Le di gracias a Dios por que su madre no pudiera verlo. El sanitario sostuvo el mentón del marine muerto con ternura entre el pulgar y el índice de la mano izquierda e hizo el signo de la cruz con la derecha. Le corrían lágrimas por el rostro polvoriento, bronceado y contraído de dolor mientras sollozaba en silencio.

Los heridos que habían recibido morfina estaban sentados o tumbados como zombis y aguardaban pacientemente la atención del «doc». Los proyectiles bramaban en lo alto en ambas direcciones, de vez en cuando caía uno cerca, y las ametralladoras repiqueteaban sin cesar como demonios.

Fuimos tierra adentro. Puede que la maleza hubiera retrasado a la compañía, pero nos ocultaba del intenso bombardeo enemigo que estaba reteniendo a otras compañías que se enfrentaban al aeródromo abierto. Podía oír el estruendo grave del bombardeo y temía que pudiéramos meternos en él.

El hecho de que nuestro segundo oficial hubiera muerto momentos después de alcanzar la playa y que el carro anfibio que transportaba la mayor parte del equipo y los operarios de los teléfonos de campaña de nuestro batallón hubiera sido destruido en el arrecife complicaron la coordinación. Las compañías del 3/5 perdieron contacto entre ellas y con el 3/7 en nuestro flanco derecho.[18]

Mientras pasaba junto a las diferentes unidades y saludaba a amigos, sus rostros me dejaron helado. Cuando intenté sonreír ante el comentario que hizo un compañero, noté la cara tensa como el parche de un tambor. Tenía los músculos faciales tan tirantes por la tensión que llegué a sentir que me era imposible sonreír. Con gran sorpresa, me di cuenta de que las caras de mis compañeros de pelotón y

las de todos los que me rodeaban tenían un aspecto desconocido y como de máscara.

Mientras avanzábamos hacia el este, nos detuvimos brevemente en un sendero que iba de norte a sur. Corrió el rumor de que teníamos que avanzar más rápido hasta un sendero que nos situaría al lado del 3/7.

Seguimos adelante entre la densa maleza y los intensos disparos de francotiradores hasta que llegamos a un claro desde el que se veía el océano. La compañía había alcanzado la costa oriental. Habíamos logrado nuestro objetivo. Frente a nosotros había una bahía poco profunda con alambradas de púas, tetraedros de hierro y otros obstáculos contra naves de desembarco. Me alegré de que no hubiéramos intentado asaltar esa costa.

Cerca de una docena de fusileros de la Compañía K comenzaron a disparar contra unos soldados japoneses que vadeaban el arrecife a varios centenares de metros de distancia en la entrada de la bahía. Otros marines se unieron a nosotros. Los enemigos se estaban retirando de una estrecha extensión de manglar, a la izquierda, hacia el promontorio sudoriental que había a nuestra derecha. Aproximadamente una docena de soldados enemigos nadaban y corrían por turnos por el arrecife. A veces sólo les asomaban las cabezas por encima del agua mientras mis compañeros dirigían disparos de fusil contra ellos. La mayor parte de los enemigos que corrían cayeron entre chapoteos.

Estábamos eufóricos por haber llegado a la costa este y por poder abrir fuego sobre el enemigo en campo abierto. Unos cuantos japoneses escaparon y treparon ente las rocas del promontorio.

—Muy bien, chicos, apunten y dispárenles —ordenó un sargento—. No se los mata con el ruido. Son las balas las que lo consiguen. No podrían darle a un toro en el culo con un contrabajo —bramó.

Varios japoneses más salieron corriendo de la protección de los mangles. Una ráfaga de disparos de fusil los mandó a todos al agua.

—Eso está mejor —gruñó el sargento.

Los servidores de mortero dejamos nuestras cargas en el suelo y nos preparamos para montar las armas. No disparamos contra el enemigo con nuestras carabinas. Los fusiles eran más efectivos que las carabinas a esa distancia. Así que simplemente observamos.

Los disparos aumentaron a nuestra retaguardia. No teníamos contacto con las unidades de marines situadas a nuestra derecha o izquierda. A los veteranos, sin embargo, no les preocupada nada, salvo los enemigos del arrecife.

—¡Preparados para partir! —llegó la orden.

—¿Qué demonios...? —rezongó un veterano mientras regresábamos a la maleza—. Luchamos como locos y alcanzamos nuestro objetivo, y nos ordenan que nos repleguemos.

Otros se unieron a las quejas.

—Bah, déjenlo ya. Tenemos que ponernos en contacto con el 7.° de marines —explicó un suboficial.

Volvimos a adentrarnos en la densa maleza. Durante un rato, me desorienté por completo y no tuve ni idea de hacia dónde nos dirigíamos.

Sin que los marines lo supieran, había dos senderos paralelos que iban de norte a sur, a unos doscientos metros uno de otro, y que serpenteaban entre la espesa maleza. Los malos mapas, la mala visibilidad y los numerosos francotiradores hicieron que resultara difícil distinguir los dos senderos.

Cuando el 3/5, con la Compañía K en su flanco derecho, llegó al primer sendero (el situado más al oeste), se encontraba en realidad al lado del 3/7. No obstante, debido a la escasa visibilidad, no se pudo establecer contacto entre los dos batallones. Se pensó que el 3/5 estaba demasiado lejos, en la retaguardia. Así que se ordenó al 3/5 que avanzara para situarse a la altura del 3/7. Cuando se cayó en la cuenta de este error, el 3/5 se había situado ya 300 o 400 metros por delante del flanco del 7.° de marines. Por segunda vez en el día D, el K-3-5 fue el elemento del flanco derecho expuesto más adelantado de la división. Todo el 3.er Batallón del 5.° de marines formaba un ancho saliente que se adentraba en territorio enemigo hasta la costa este. Para empeorar las cosas, las tres compañías del batallón habían perdido contacto unas con otras. Estas unidades aisladas se encontraban en gravísimo peligro de que los japoneses les cortaran el paso y las rodearan.

Ametralladora del calibre treinta refrigerada con aire en acción. Peleliu. Fotografía del USMC.

Cada vez hacía más calor, y yo estaba empapado de sudor. Comencé a comer pastillas de sal y a beber frecuentes sorbos del agua caliente de mis cantimploras. Nos advirtieron que ahorráramos el agua lo máximo posible porque nadie sabía cuándo conseguiríamos más.

Un sudoroso mensajero con cara de preocupación llegó desde la retaguardia.

—Eh, amigos, ¿dónde está el oficial al mando de la Compañía K?

Le dijimos dónde pensábamos que podía localizar a Ack Ack.

—¿Qué ocurre? —inquirió alguien, la misma pregunta temerosa que siempre se le hacía a los mensajeros.

—El puesto de mando del batallón dice que tenemos que establecer contacto con el 7.° de marines porque si los japos contraatacan pasarán justo por la brecha —respondió mientras seguía adelante a toda prisa.

Tarde del día D después de que los marines repelieran un ataque japonés con carros de combate. Peleliu. Fotografía del USMC.

—¡Dios! —exclamó un hombre junto a mí.

Avanzamos y nos reunimos con el resto de la compañía en un claro. Las secciones formaron y presentaron informes de bajas. Los disparos de mortero y artillería nipones aumentaron. El bombardeo se hizo intenso, lo que indicaba que era probable un contraataque. La mayor parte de los disparos nos pasó silbando por encima y cayó detrás de nosotros. En aquel momento, me pareció extraño aunque fuera una suerte. Llegó la orden de que nos desplazáramos una corta distancia hasta el borde de la maleza. Aproximadamente a las 16:50, miré hacia el aeródromo, hacia los extremos meridionales de los cerros de coral —a todo el conjunto se le dio el nombre de cerro Bloody Nose— y vi vehículos moviéndose entre remolinos de polvo.

—Eh —le dije a un veterano que se encontraba a mi lado—, ¿qué están haciendo esos carros al otro lado del aeródromo yendo hacia las líneas de los japos?

—¡No son carros, son tanques japos! —respondió.

Cayeron obuses entre los carros de combate enemigos. Algunos de nuestros carros blindados Sherman habían llegado al borde del aeródromo a nuestra izquierda y habían abierto fuego. Las nubes de polvo y el fuego de artillería no me dejaban ver mucho y no localicé a la infantería enemiga, pero los disparos a nuestra izquierda eran intensos.

Nos informaron de que debíamos desplegarnos a paso ligero. Los fusileros formaron una línea al borde de la maleza, a lo largo de un sendero, y se tendieron

boca abajo, intentando ponerse a cubierto. De principio a fin, en Peleliu fue prácticamente imposible cavar en la dura roca coralina, así que los hombres amontonaban piedras a su alrededor o se situaban detrás de troncos.

Snafu y yo montamos nuestro mortero de 60 mm unos cuantos metros detrás de ellos, al otro lado del sendero, en un cráter poco profundo. Todo el mundo se puso tenso cuando llegó la orden:

—Preparados para rechazar el contraataque. El contraataque está golpeando el frente de la Compañía I.

Yo no sabía dónde estaba la Compañía I, pero creía que se encontraba a nuestra izquierda... más o menos. Aunque tenía mucha confianza en nuestros oficiales y suboficiales, me pareció que estábamos solos y confusos en medio de un retumbante caos con francotiradores por todas partes y sin contacto con ninguna otra unidad. Pensé que todos nosotros encontraríamos la muerte.

—Maldita sea, tienen que enviar más tropas aquí—gruñó Snafu, su comentario habitual en un aprieto.

Snafu montó el arma y yo saqué un proyectil de gran potencia de mi bolsa de munición. ¡Por fin podríamos devolver los disparos!

—¡Fuego! —gritó Snafu.

Justo entonces un carro de combate de los marines situado detrás de nuestra posición nos tomó por el enemigo. En cuanto levanté la mano para dejar caer el proyectil por el tubo, una ametralladora abrió fuego. Sonaba como una de las nuestras... ¡y nada más y nada menos que desde la retaguardia! Cuando eché un vistazo por encima del borde del cráter, a través del polvo y el humo, y descubrí un carro de combate Sherman en un claro detrás de nosotros, el vehículo blindado disparó su cañón de 75 mm hacia la parte derecha de nuestra retaguardia. El obús estalló cerca, tras una curva en el mismo sendero en el que nos encontrabamos. Oí que había un cañón de campaña japonés ubicado allí cuando éste le devolvió los disparos al blindado. Intenté disparar otra vez, pero la ametralladora volvió a disparar.

—Mazo, no dejes que le dé. Nos mandaría a todos al infierno —dijo un preocupado portamuniciones que estaba agachado en el cráter junto a mí.

—No te preocupes, ha sido mi mano a lo que ha estado a punto de darle —solté.

Nuestro carro blindado y el cañón de campaña nipón siguieron con su duelo.

—Dios mío, cuando el tanque destruya ese cañón japo girará su 75 hacia

aquí, e irá a por nosotros. Cree que somos japos —exclamó un veterano.

—¡Oh, Dios! —gimió alguien.

Me invadió una oleada de pánico. En un breve instante, nuestro blindado me había reducido de ayudante de artillero de mortero, decidido y bien adiestrado, a una temblorosa masa de terror. Lo que me ponía tan tremendamente nervioso no era que una ametralladora me estuviera disparando, sino que se tratara de una de las nuestras. Que te matara el enemigo ya era bastante malo; era una posibilidad real para la que me había preparado. Pero que mis propios compañeros me mataran por error era algo que me resultaba difícil de aceptar. Simplemente era demasiado.

Una voz autoritaria gritó al otro lado del sendero:

—Aseguren el mortero.

Un voluntario fue a rastras hacia la izquierda y pronto el carro de combate dejó de disparar contra nosotros. Después nos enteramos de que habían abierto fuego sobre nosotros porque nos habíamos adelantado demasiado. Pensaron que éramos apoyo enemigo para el cañón de campaña. Esto también explicaba por qué los proyectiles enemigos pasaban por encima y explotaban detrás de nosotros. Trágicamente, un francotirador mató al marine que nos salvó al identificarnos.

Los intensos disparos a nuestra izquierda prácticamente se habían apagado, se había puesto fin al contraataque japonés. Lamentablemente, yo no había ayudado en absoluto porque uno de nuestros propios carros de combate nos había inmovilizado.

Algunos de nosotros fuimos por el sendero y echamos un vistazo al cañón de campaña nipón. Se trataba de una pieza de artillería bien hecha y de aspecto imponente, pero me sorprendió que las ruedas fueran de las pesadas, de madera, típicas de los cañones de campaña del siglo XIX. La dotación japonesa del cañón estaba tirada alrededor del arma.

—Son los japos más grandes que he visto —comentó un veterano.

—Mirad a estos hijos de puta; todos miden más de metro ochenta —apuntó otro.

—Deben ser parte de esa «flor y nata del ejército de Kwantung» de la que hemos oído hablar —terció un cabo.

El contraataque japonés no fue una carga *banzai* salvaje y suicida como la experiencia nos había hecho esperar. Numerosas veces a lo largo del día D oí la afirmación de boca de veteranos experimentados de que el enemigo haría un *banzai.*

—Harán un *banzai y* les daremos para el pelo. Luego podremos largarnos de este maldito pedrusco caliente, y puede que el general al mando envíe a la división de regreso a Melbourne.

En lugar de un *banzai,* la contraofensiva japonesa fue un ataque de carros de combate e infantería bien coordinado. Aproximadamente una compañía de infantería nipona, junto con unos trece vehículos blindados, había cruzado el aeródromo con cuidado hasta que los marines situados a nuestra izquierda los aniquilaron. Ésta fue nuestra primera advertencia de que tal vez los japoneses lucharan de otro modo en Peleliu.

Justo antes del anochecer, una concentración de morteros japoneses impactó en el puesto de mando del 3/5. Nuestro oficial al mando, el teniente coronel Austin C. Shofner,[19] fue alcanzado mientras intentaba establecer contacto con las compañías de nuestro batallón. Fue evacuado y llevado a bordo de un buque hospital.

Soldado japonés muerto junto a su arma de campaña. Obsérvese la granada nipona en primer plano. Peleliu. Fotografía del USMC.

Las Compañías I, K y L no pudieron restablecer el contacto antes de que cayera la noche. Cada una se atrincheró en una defensa circular para pasar la noche. La situación era precaria. Estábamos aislados, casi sin agua en medio del espantoso calor y la munición escaseaba. El teniente coronel Lewis Walt, acompañado únicamente de un mensajero, se adentró en aquella maleza oscura como boca de lobo y plagada de enemigos, localizó a todas las compañías y nos indicó el camino hacia la línea de la división en el aeródromo. ¡Debería haber

ganado una Medalla de Honor por esa proeza![20]

Mientras nos atrincherábamos, corrió el rumor de que la división había sufrido numerosas bajas durante el desembarco y el combate posterior. Los veteranos a los que conocía afirmaron que había sido uno de los peores días de enfrentamientos que habían visto nunca.[21]

Me sentí inmensamente aliviado cuando completamos el foso de nuestro mortero, y alineamos el arma y disparamos dos o tres proyectiles de gran potencia en un área situada por delante de la Compañía K. La sed era casi insoportable, sentía un nudo en el estómago y estaba empapado de sudor. Disolver unas pastillas de dextrosa de las raciones K en la boca ayudó, y me bebí el último sorbo de mi suministro cada vez más reducido de agua. No teníamos ni idea de cuándo llegaría más agua. Los proyectiles de artillería chillaban y silbaban de un lado a otro cada vez con más frecuencia, y los disparos de armas ligeras repiqueteaban por todas partes.

Empecé a quitarme la bota derecha en medio de la inquietante luz verde de los cohetes luminosos que se balanceaban como péndulos en los paracaídas, de modo que las sombras danzaban y se mecían como locas.

—Mazo, ¿qué diablos estás haciendo?—preguntó Snafu con tono exasperado.

—Quitándome las botas, me duelen los pies —respondí.

—¿Te has vuelto asiático? —me soltó—. ¿Qué demonios vas a hacer en calcetines si los japos salen de repente de esa jungla o del otro lado del aeródromo? Tal vez tengamos que salir de este hoyo y poner pies en polvorosa si nos lo ordenan. Probablemente hagan un *banzai* antes de que amanezca, y ¿cómo crees que te moverás por este coral en calcetines?

Contesté que no lo había pensado. Me echó una buena regañina y me dijo que tendríamos suerte si podíamos quitarnos las botas antes de que la isla estuviera asegurada. Le di gracias a Dios por que mi compañero de trinchera fuera un veterano.

Entonces Snafu sacó su Ka-Bar con aire despreocupado y lo clavó en el polvo de coral junto a su mano derecha. Se me tensó el estómago y se me puso la carne de gallina en la espalda y los hombros al ver la larga hoja bajo la luz verdosa y al darme cuenta de por qué lo había colocado tan a mano. A continuación, comprobó su pistola automática del 45. Seguí su ejemplo con mi cuchillo mientras me agachaba en el otro lado del mortero, revisé mi carabina e inspeccioné los proyectiles del mortero (de gran potencia y bengalas) amontonados cerca. Nos acomodamos para pasar la larga noche.

—Snafu, ¿ése es de ellos o nuestro? —le preguntaba cada vez que un obús pasaba por encima.

No había nada sutil en la aproximación y explosión de un proyectil de artillería. Se me contraían todos los músculos del cuerpo cuando oía el silbido de uno que se aproximaba a lo lejos. Era como si intentara hacer un ridículo esfuerzo por evitar ser arrastrado. Me sentía completamente indefenso.

Mientras el diabólico silbido se volvía más fuerte, los dientes me rechinaban, el corazón me latía con fuerza, se me secaba la boca, se me entrecerraban los ojos, el cuerpo se me cubría de sudor, respiraba en breves boqueadas irregulares y temía tragar saliva, no fuera que me ahogara. Siempre rezaba, a veces en voz alta.

Según las circunstancias podía oír el obús aproximándose desde una distancia considerable, prolongando así el suspense hasta convertirlo en una tortura aparentemente interminable. En el mismo instante en el que la voz de un proyectil alcanzaba el punto más alto, terminaba con un fogonazo y una explosión ensordecedora parecida al estrépito de un fuerte trueno. El suelo temblaba y el impacto me hacía daño en los oídos. Los fragmentos de obús desgarraban el aire mientras salían a toda velocidad, zumbando y chasqueando. Rocas y tierra repiqueteaban contra el suelo mientras el humo causado por la explosión del proyectil se disipaba.

Sufrir una descarga o un bombardeo prolongado ampliaba los terribles efectos físicos y emocionales de un obús. Para mí, la artillería era un invento del demonio. El silbido y el chillido aproximándose de aquel paquete de acero de destrucción suponían la cumbre de la furia y la personificación del mal. Se trataba de la esencia de la violencia y de la crueldad del hombre para con el hombre. Empecé a sentir un odio mortal hacia los obuses. Que te matara una bala parecía muy limpio y quirúrgico. Pero los obuses no sólo rompían y desgarraban el cuerpo, torturaban la mente casi más allá del borde de la cordura. Después de cada impacto, me quedaba como seco, agotado y sin fuerzas.

Durante los bombardeos prolongados, a menudo tenía que contenerme y reprimir un impulso salvaje e incontenible de gritar, gemir y llorar. En el transcurso de la batalla temí que si alguna vez perdía el dominio de mí mismo bajo el fuego de artillería, se me destrozaría la mente. Odiaba los obuses tanto por el daño que ocasionaban a la mente como al cuerpo. Para mí, sufrir un bombardeo intenso fue, con diferencia, la experiencia de combate más aterradora. Siempre me dejaba sintiéndome más desamparado e indefenso, más fatalista y con menos confianza en poder escapar a la terrible ley de promedios que reducía nuestro

número de manera inexorable. El miedo tiene muchas facetas y muchos matices; sin embargo, el terror y la desesperación que se sufren en un bombardeo intenso son con mucho los más insoportables.

La noche se prolongó interminablemente, y yo no pude echar ni una cabezada. Hacia las horas previas al amanecer, numerosas piezas de artillería enemigas concentraron sus disparos en el área de jungla de la que nos había sacado el teniente coronel Lewis Walt. Los proyectiles aullaban y gemían por encima de nosotros y se estrellaban más allá en la maleza.

—Ah, escuchad cómo esos artilleros japos barren la zona —exclamó un amigo en la siguiente trinchera.

—Sí, deben pensar que todavía seguimos allí y apuesto a que también contraatacarán justo por ese lugar —terció Snafu.

—Gracias a Dios que estamos aquí y no allí —añadió otro compañero.

El ritmo de la descarga aumentó mientras los japoneses daban una auténtica paliza a los matorrales de la jungla. Cuando la descarga amainó por fin, oí que alguien decía con una risita:

—Oh, no lo dejéis, cabrones. Disparad todos vuestros malditos obuses en el sitio equivocado.

—No te preocupes, cabeza de chorlito, les quedarán muchos para dispararlos en el lugar correcto, cuando se haga de día —replicó otra voz.

A los suministros les había costado mantenerse a la par de las necesidades de las compañías de infantería del 5.° de marines durante el día D. Los japoneses mantuvieron una lluvia de disparos de artillería pesada, mortero y ametralladora sobre la toda la extensión de la playa del regimiento a lo largo del día; los observadores de artillería y morteros enemigos dirigían su fuego contra los vehículos anfibios en cuanto llegaban a la playa. Esto provocó que resultara difícil desembarcar los suministros fundamentales y evacuar a los heridos. Todo Peleliu era un frente el día D. Nadie, salvo los muertos, se encontraba fuera del alcance del fuego enemigo. La gente del destacamento de la orilla[22] hizo todo lo posible, pero no lograron compensar las fuertes pérdidas de carros anfibios necesarios para traernos los suministros.

Nosotros no éramos conscientes de los problemas de la playa, estábamos demasiado ocupados con los nuestros. Nos quejábamos, maldecíamos y rogábamos que nos llegara el agua. Yo había utilizado la mía con más moderación que algunos, pero había vaciado las dos cantimploras cuando terminamos el foso del mortero. Disolver pastillas de dextrosa en la boca ayudaba un poco, pero la sed

empeoró a lo largo de la noche. Por primera vez en mi vida, aprecié del todo el cliché cinematográfico de un hombre en un desierto gritando: «Agua, agua».

Justo antes del amanecer los proyectiles de la artillería continuaban pasando de un lado a otro por lo alto, pero no se oían muchos disparos de armas ligeras en nuestra zona. De repente pasó sobre nuestras cabezas una de las descargas de ametralladora japonesa más intensas que he visto concentrada en un área tan pequeña. Las trazadoras dejaban vetas y las balas restallaban a no más de treinta centímetros por encima de nuestro foso. Nos tendimos de espaldas y aguardamos a que la ráfaga terminase.

El arma se desató de nuevo, acompañada de una segunda y posiblemente una tercera. Densos ríos de trazadoras de color blanco azulado (las trazadoras estadounidenses eran rojas) fluían en lo alto. Al parecer provenían de algún lugar cerca del aeródromo. El fuego cruzado se mantuvo durante al menos un cuarto de hora. Se despacharon a gusto.

Poco antes de que las ametralladoras abrieran fuego, habíamos recibido la orden de lanzar un ataque al amanecer con todo el regimiento del 5.° de marines a través del aeródromo. Rogué que el fuego de ametralladora disminuyera antes de que tuviéramos que salir. Estábamos totalmente inmovilizados. Levantarse por encima del borde del foso del mortero habría sido como buscar una guadaña gigante. Tras unos quince minutos, los disparos se interrumpieron de repente. Suspiramos aliviados.

Día D más 1

El amanecer llegó por fin y con él le temperatura aumentó rápidamente.

—¿Dónde demonios está nuestra agua?—gruñían los hombres a mi alrededor.

Habíamos sufrido muchos casos de postración por calor el día anterior y pensé que necesitábamos agua o todos perderíamos el conocimiento durante el ataque.

—¡Preparados para partir! —llegó la orden.

Recogimos todo nuestro equipo. Snafu aseguró el mortero, lo desmontó plegando el bípode y amarrándolo, mientras yo guardaba los proyectiles restantes en mi bolsa de munición.

—Tengo que conseguir un poco de agua o me voy a volver loco —dije.

En ese momento, un compañero que se encontraba cerca gritó y nos hizo señas:

—Vamos, hemos encontrado un pozo.

Cogí rápidamente mi carabina y salí a toda prisa, las cantimploras vacías rebotaban en mi cartuchera. A veinticinco metros más o menos, un grupo de hombres de la Compañía K se congregaba junto a un agujero de unos cuatro metros y medio de diámetro y tres de profundidad. Eché un vistazo por encima del borde. En el fondo y a un lado había un charquito de agua de aspecto lechoso. Los obuses japoneses estaban empezando a caer en el aeródromo, pero tenía demasiada sed para preocuparme. Uno de los hombres ya estaba en el agujero llenando cantimploras y pasándolas. El amigo que me había llamado estaba bebiendo de un casco al que le habían quitado la funda. Se bebió de un trago la sustancia lechosa y comentó: —No es cerveza, pero está húmedo.

Nos pasaron cascos y cantimploras a los que estábamos esperando.

—No os amontonéis, chicos. Atraeremos el fuego de los japo como dos y dos son cuatro —gritó alguien.

El primer hombre que había bebido el agua me miró y se quejó:

—Tengo ganas de vomitar.

Un cabo de la compañía se acercó gritando:

—No beban esa agua, muchachos. Podría estar envenenada.

Acababa de llevarme un casco lleno a los labios cuando el hombre que se encontraba a mi lado cayó, aferrándose los costados y con violentas arcadas. Tiré mi agua, de color lechoso debido al polvo de coral, y empecé a ayudar al sanitario con el enfermo. Fue a la retaguardia, donde se recuperó. Nunca supimos si fue veneno o polución.

—Cojan su equipo y prepárense —gritó alguien.

Frustrado y furioso, me dirigí de regreso al foso del mortero. Entonces llegó un destacamento con latas de agua, munición y raciones. Un amigo y yo nos ayudamos el uno al otro a servir agua de una lata de cinco galones en nuestras tazas de campaña. Estábamos tan ansiosos por saciar nuestra sed que nos temblaban las manos. Me asombró que el agua pareciera marrón en mi taza de aluminio. No importó, tomé un gran trago... y casi la escupo a pesar de la espantosa sed. Era repugnante. Estaba llena de herrumbre y aceite, y apestaba. Miré dentro de la taza sin dar crédito a lo que veía mientras una película azul de

aceite flotaba perezosamente en la superficie del hediondo líquido marrón. Sentí calambres en la boca del estómago.

Mi amigo levantó la mirada de su taza y gimió:

Obús de 75 mm del 11.º de marines dispara fuego de apoyo para las tropas de primera línea. Peleliu. Fotografía del USMC.

—Mazo, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Claro que sí, aquel destacamento de limpieza con vapor de bidones de aceite en Pavuvu—respondí cansado. (Habíamos estado juntos en ese destacamento al que se le había asignado vaciar y limpiar los bidones.)

—Seré hijo de puta —gruñó—.

Nunca holgazanearé en otro destacamento de trabajo mientras viva.

Le dije que no pensaba que fuera culpa nuestra. No fuimos los únicos asignados al destacamento, y desde el principio nos resultó evidente (aunque no a algún oficial de suministro) que el método que se nos había ordenado utilizar no limpiaba bien los bidones. No obstante, saber eso supuso muy poco consuelo en el aeródromo de Peleliu, en medio del calor cada vez más intenso. A pesar de lo repugnante que era aquella cosa, teníamos que bebería o sufriríamos agotamiento. Después de vaciar mi taza, quedó un residuo de óxido parecido a posos de café, y sentí dolor en el estómago.

Hombres del 5.º de marines atacan a través del aeródromo, barrido por los disparos el 16 de septiembre. Peleliu. Fotografía del USMC.

Recogimos nuestro equipo y nos dispusimos a salir para el ataque a través del aeródromo. Debido a que la línea del 3/5 durante la noche daba al sur y estaba espalda con espalda con la del 2/5, tuvimos que desplazarnos a la derecha y prepararnos para atacar hacia el norte, a través del aeródromo, con los otros batallones del regimiento. Los japoneses comenzaron a bombardear nuestras líneas al amanecer, así que tuvimos que salir rápido y en formación dispersa. Por fin estuvimos en posición para el ataque y nos dijeron que nos tirásemos al suelo hasta que se nos volviera a ordenar que nos moviéramos. Me pareció bien, porque el bombardeo nipón estaba empeorando. Nuestra artillería, naves y aviones estaban dejando caer una cantidad increíble de fuego delante en el aeródromo y en los cerros situados más allá para preparar nuestro ataque. La descarga previa al ataque duró aproximadamente media hora. Yo sabía que saldríamos en cuanto finalizara.

Mientras permanecía tendido en el coral abrasador y miraba hacia el otro extremo del aeródromo, olas de calor resplandecían y danzaban deformando la vista del cerro Bloody Nose. Un viento caliente nos soplaba en la cara.

Un suboficial pasó a toda prisa, agachándose y gritando:

—No dejen de moverse ahí fuera, muchachos. Hay menos probabilidades de que los alcancen si cruzan rápido y no se paran.

—Vamos —ordenó un oficial que hizo señas hacia el aeródromo.

Nos movimos al paso, luego al trote, en oleadas muy dispersas. Cuatro batallones de infantería —de izquierda a derecha: 2/1, 1/5, 2/5 y 3/5 (esto nos situó

en el borde del aeródromo)—atravesaron el aeródromo barrido por los disparos. Mis únicas preocupaciones en ese momento eran mi deber y sobrevivir, no vi escenas panorámicas del combate. Sin embargo, más tarde me pregunté muchas veces qué les habría parecido aquel ataque a los observadores aéreos y a los que no vivieron directamente aquellas tormentas de fuego. De lo único que yo era consciente era la pequeña área que se encontraba justo a mi alrededor y el ruido ensordecedor.

El cerro Bloody Nose dominaba todo el aeródromo. Los japoneses habían concentrado sus armas pesadas en la zona alta; las dirigían desde puestos de observación situados en elevaciones de hasta noventa metros desde las que podían observar cómo avanzábamos. Podía ver hombres moviéndose por delante de mi pelotón, pero no sabía si nuestro batallón, el 3/5, estaba cruzando por detrás del 2/5 y luego girando a la derecha. También había hombres a unos veinte metros por nuestra retaguardia.

Nos desplazamos con rapidez por el terreno abierto, entre cráteres y escombros de coral, a través del creciente fuego enemigo. Vi hombres a mi derecha e izquierda corriendo lo más agachados posible. Los proyectiles chillaban y silbaban mientras explotaban a nuestro alrededor. En muchos sentidos, fue más aterrador que el desembarco porque no había vehículos para transportarnos, ni siquiera los delgados laterales de acero de un carro anfibio que nos protegieran. Estábamos expuestos, corriendo con nuestras propias fuerzas en medio de una auténtica lluvia de metal mortífero y el constante estrépito de las explosiones.

El asalto me recordó a las películas sobre la primera guerra mundial que había visto con ataques suicidas de infantería en medio del fuego de artillería. Apreté los dientes, aferré la culata de mi carabina y recité una y otra vez para mis adentros: «El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me confortan...»

El sol pegaba sin piedad y el calor resultaba agotador. El humo y el polvo de las descargas me limitaban la visibilidad. El suelo parecía temblar bajo las sacudidas. Me sentía como si estuviera flotando por el vórtice de una irreal tormenta eléctrica. Las balas niponas restallaban y chasqueaban, y las trazadoras pasaban junto a mí a ambos lados, a la altura de la cintura. Este mortífero fuego de armas ligeras parecía casi insignificante en medio de los estallidos de los obuses. Las explosiones, y el zumbido y el bramido de los fragmentos de proyectil rasgaban el aire. Trozos de coral que habían saltado por los aires me azotaban la cara y las manos mientras una lluvia de fragmentos de acero caía sobre la dura roca como granizo en la calle. Por todas partes los obuses destellaban como petardos gigantes.

A través de la neblina vi marines tropezar y caer de bruces cuando los alcanzaban. Entonces ya no miré a derecha ni izquierda sino justo delante de mí. Cuando más avanzábamos, más empeoraba. El ruido y los impactos me presionaban los oídos como un torno. Apreté los dientes y me preparé para que me abatieran en cualquier momento. Parecía imposible que alguno de nosotros lograra cruzar. Pasamos varios cráteres que ofrecían refugio, pero recordé la orden de no dejar de movernos. Debido a la magnífica disciplina y al excelente espíritu de equipo de los marines, nunca se nos había ocurrido que el ataque pudiera fracasar.

Aproximadamente a medio camino, tropecé y caí de bruces. En ese mismo instante un obús grande explotó a mi izquierda con un fogonazo y un estruendo. Un fragmento rebotó en el suelo y pasó bramando por encima de mi cabeza mientras me caía. A mi derecha, Snafu soltó un gruñido y se desplomó cuando el fragmento lo golpeó. Se agarró el costado izquierdo mientras caía. Me arrastré rápido hacia él. Por suerte, el fragmento había perdido mucha fuerza y afortunadamente había chocado contra la gruesa pistolera de Snafu. Las hebras del ancho cinturón estaban deshilachadas en una zona de dos centímetros cuadrados y medio más o menos.

Me arrodillé a su lado y revisamos su costado. Sólo tenía una magulladura, una suerte increíble. Vi el trozo de acero que lo había golpeado en el suelo. Medía aproximadamente dos centímetros cuadrados y medio y tenía uno de grosor. Cogí el fragmento y se lo mostré. Snafu hizo un gesto hacia su mochila. Aunque estaba aterrorizado en medio del caos infernal, me pasé el fragmento de una mano a la otra con calma —todavía estaba caliente— y se lo metí en la mochila. Snafu gritó algo que sonó vagamente como:

—Vamos.

Alargué la mano para coger la correa del mortero, pero me apartó la mano y se colgó el arma al hombro. Nos pusimos en pie y seguimos adelante lo más rápido que pudimos. Por fin llegamos al otro lado y alcanzamos a los demás miembros de nuestra compañía, que estaban tendidos jadeando y sudando entre los matorrales bajos, en el extremo nororiental del aeródromo.

Nunca supe cuánto habíamos avanzado por terreno abierto, pero debían de haber sido varios cientos de metros. El atronador bombardeo que acabábamos de atravesar había afectado visiblemente a todo el mundo. Cuando miré a los ojos a aquellos magníficos veteranos de Guadalcanal y Cabo Gloucester, algunos de los mejores hombres de Estados Unidos, ya no sentí vergüenza de mis manos temblorosas y casi me río de mí mismo, aliviado.

Que te bombardeen con una concentración de artillería y morteros resulta

totalmente aterrador, pero que te bombardeen en terreno abierto es un terror exacerbado, incomprensible para nadie que no lo haya experimentado. El ataque a través del aeródromo de Peleliu fue la peor experiencia de combate que viví durante toda la guerra. Por la intensidad de la embestida y el impacto de las explosiones de los obuses, superó todas las terribles pruebas posteriores.

El calor era increíblemente intenso. La temperatura alcanzó aquel día 40 grados a la sombra (nosotros no estábamos a la sombra) y se dispararía hasta 46 grados en los días siguientes. Los sanitarios declararon a numerosos marines con postración por calor demasiado débiles para continuar. Los evacuamos. Tenía las botas tan llenas de sudor que mis pies parecían esponjas al caminar. Tendido de espaldas, levanté un pie y luego el otro. Cayó literalmente agua de cada bota.

Los heridos no podían sobrevivir mucho tiempo sin agua a 46 °C de calor. Peleliu. Fotografía del USMC.

—Eh, Mazo, has estado caminando por el agua —bromeó un hombre que estaba despatarrado a mi lado.

—Tal vez por eso no lo alcanzaron al cruzar el aeródromo —se rió otro.

Intenté sonreír y me alegré de que las inevitables bromas hubieran empezado de nuevo.

Debido a la forma del aeródromo, después de que cruzáramos el 2/5 sacó al 3/5 del frente por la izquierda y el 3/7 por la derecha. Giramos hacia el este y la Compañía K se unió al 3/7, que estaba atacando en las zonas cenagosas del extremo oriental del aeródromo.

Mientras recogíamos nuestro equipo, un veterano me comentó sacudiendo la cabeza hacia el aeródromo donde continuaba el bombardeo:

—Ha sido duro, odiaría tener que hacerlo todos los días.

Avanzamos por las ciénagas entre disparos de francotiradores y nos atrincheramos para pasar la noche de espaldas al mar. Coloqué mi mortero en un exiguo foso en una ligera elevación de terreno, a unos cuatro metros y medio de un escarpado acantilado de roca que caía tres metros más o menos hasta el océano. La vegetación era muy densa, pero contábamos con un hueco despejado en el dosel selvático por el que podíamos dispararlo sin que los proyectiles golpeasen el follaje y estallasen.

La mayoría de los hombres de la compañía habían desaparecido entre los densos mangles. Seguíamos escasos de agua, y el calor y los esfuerzos del día nos habían debilitado a todos. Yo había utilizado mi agua lo más frugalmente posible y había tenido que comerme doce pastillas de sal ese día. (Llevábamos la cuenta de las pastillas con atención. Provocaban arcadas si tomábamos más de la cuenta.)

La infiltración enemiga que se produjo a continuación fue una pesadilla. Los proyectiles iluminadores que se habían disparado sobre el aeródromo la noche anterior (el día D) había desalentado la infiltración en mi sector, pero otros habían experimentado en abundancia las infernales incursiones nocturnas a las que nosotros nos enfrentábamos ahora y que sufriríamos cada noche durante el resto del tiempo que pasáramos en Peleliu. Los japoneses eran conocidos por sus tácticas de infiltración. En Peleliu las pulieron y practicaron con una intensidad que no se había visto en el pasado.

Después de atrincherarnos a última hora de aquella tarde, seguimos un procedimiento que se utilizaba casi todas las noches. Obedeciendo las indicaciones de nuestro observador, alineamos el mortero y disparamos un par de proyectiles de gran potencia hacia una posición segura o alguna vía de acceso similar, por delante de la compañía, que no cubrieran los disparos de nuestras ametralladoras y fusiles, y por las que pudiera avanzar el enemigo. Luego colocamos marcadores de puntería alternos para señalar otras características del terreno sobre las que podíamos disparar. Todo el mundo encendía un pitillo y la contraseña de la noche se susurraba a lo largo de la línea, pasando de trinchera en trinchera. La contraseña siempre contenía la letra «L», que a los japoneses les costaba.

Nos llegaron noticias de la disposición de los pelotones de la compañía y de las unidades situadas a nuestros flancos. Comprobamos nuestras armas y situamos el equipo a mano para la noche que se aproximaba. Al caer la noche, se pasó la orden:

—Luces fuera.

Todas las conversaciones cesaron. Un hombre de cada trinchera se instaló lo más cómodamente que pudo para dormir sobre la roca irregular mientras su compañero aguzaba la vista y el oído para detectar cualquier movimiento o sonido en la oscuridad.

De vez en cuando cayó un proyectil de mortero japonés en la zona, pero las cosas se mantuvieron bastante tranquilas durante un par de horas. Lanzamos unos cuantos obuses de gran potencia a modo de fuego de hostigamiento para desalentar cualquier movimiento por delante de la compañía. Podía oír el mar lamiendo suavemente la base de las rocas a nuestra espalda.

Enseguida, los japoneses comenzaron a intentar infiltrarse por todo el frente de la compañía y a lo largo de la costa, a nuestra retaguardia. Oímos ráfagas aisladas de disparos de armas ligeras y el estallido de granadas. Nuestra disciplina de tiro debía ser estricta en estas situaciones para no dispararle por error a un compañero. Durante la guerra, a menudo se acusó alegremente a los estadounidenses de ser «de gatillo fácil» por la noche y de dispararle a todo lo que se moviera. Esta acusación era correcta muchas veces cuando se aludía a tropas de retaguardia o inexpertas; sin embargo, en las compañías de fusileros, también se aceptaba como artículo de fe que cualquiera que saliera de su trinchera de noche sin primero informar de ello a los hombres que lo rodeaban, y que no respondiera de inmediato con la contraseña cuando le dieran el alto, podía esperar que le disparasen.

De pronto, un movimiento en la vegetación, por la parte delantera del foso, me llamó la atención. Me di la vuelta con cuidado y aguardé, sosteniendo la automática del 45 de Snafu amartillada y lista. Los susurrantes movimientos se acercaron. El corazón me latía con fuerza. Decididamente no se trataba de uno de los numerosos cangrejos de tierra de Peleliu que caminaban por el suelo toda la noche, cada noche. Alguien se estaba arrastrando lentamente hacia el foso del mortero. Después silencio. Más ruido, después silencio. Crujidos, después silencio: el patrón típico.

Pensé que debía tratarse de un japonés intentando acercarse lo máximo posible, deteniéndose con frecuencia para evitar que lo descubrieran. Probablemente había visto el fogonazo de la boca cuando disparé el mortero. Lanzaría una granada en cualquier momento o se me echaría encima con su bayoneta. No podía ver nada en medio de la pálida luz y la impenetrable negrura de las sombras.

Me agaché para ver mejor cualquier silueta recortada contra el cielo por encima de mí y solté el seguro lateral de la gran pistola. Una figura con casco se irguió contra el cielo nocturno delante del foso del mortero. Por la silueta no podía saber si el casco era estadounidense o japonés. Apunté la automática al centro de la cabeza y presioné el seguro de la empuñadura mientras apretaba a la vez el gatillo levemente para compensar la falta de tensión. De pronto se me ocurrió que estaba demasiado cerca para utilizar una granada, así que probablemente usaría una bayoneta o un cuchillo contra mí. Mi mano se mantenía firme incluso aunque estaba asustado. Era él o yo.

—¿Cuál es la contraseña? —pregunté en voz baja.

No hubo respuesta.

—¡Contraseña! —exigí mientras tensaba el dedo en el gatillo.

La gran pistola dispararía y se sacudiría a causa del retroceso enseguida,

pero apresurarse y tirar del gatillo significaría fallar con seguridad. Entonces lo tendría encima.

—¡Ma-Mazo! —balbuceó la figura.

Solté el gatillo.

—Soy De l'Eau, Jay de l'Eau. ¿Tienes agua?

—Jay, ¿por qué no me has dado la contraseña? ¡Casi te pego un tiro! —jadeé.

—Oh, Dios —gimió cuando vio la pistola y se dio cuenta de lo que casi había ocurrido—. Pensé que sabías que era yo —dijo con voz débil.

Jay era uno de mis mejores amigos. Se trataba de un veterano de Gloucester y sabía perfectamente que no debía andar merodeando como acababa de hacer. Si mi dedo hubiera aplicado la más mínima presión a aquel gatillo, Jay habría muerto en el acto. Habría sido culpa suya, pero eso no me habría importado. Mi vida se habría arruinado si lo hubiera matado, incluso en esas circunstancias.

La mano derecha me temblaba mientras bajaba la gran automática. Tuve que colocar el seguro lateral con la mano izquierda; el pulgar derecho estaba demasiado débil. Me dieron náuseas, me sentía débil y quería llorar. Jay se acercó arrastrándose y se sentó en el borde del foso del mortero.

—Lo siento, Mazo. Pensé que sabías que era yo —se disculpó.

Tras pasarle una cantimplora, me estremecí y le agradecí a Dios que Jay siguiera con vida.

— *¿Y* cómo coño podía saber que eras tú en medio de la oscuridad, con japos por todas partes? —gruñí.

Entonces le eché un buen rapapolvo a uno de los mejores amigos que he tenido.

Rumbo al norte

—Cojan su equipo y prepárense para partir.

Nos echamos nuestras cargas al hombro y comenzamos a salir despacio de la tupida ciénaga. Cuando pasé junto al hoyo poco profundo en el que había estado atrincherado Robert B. Oswalt, le pregunté a un hombre que había cerca si era cierto el rumor de que habían matado a Oswalt. Desgraciadamente respondió que sí. Oswalt había recibido una herida mortal en la cabeza. Una mente joven y brillante que aspiraba a ahondar en los misterios del cerebro humano para aliviar

el sufrimiento de sus semejantes había sido destruida por un trozo minúsculo de metal. Qué pena, pensé. La guerra es una locura contraproducente y organizada que destruye lo mejor que una nación tiene que ofrecer.

También pensé en las esperanzas y aspiraciones de un japonés muerto que acabábamos de sacar del agua. No obstante, aquellos atrapados en la vorágine del combate sentíamos poca compasión por el enemigo. Como un sensato e incisivo suboficial lo había expresado un día en Pavuvu cuando un reemplazo le preguntó si alguna vez sentía lástima por los japoneses cuando los alcanzaban:

—¡Ni hablar! ¡Son ellos o nosotros!

Avanzamos, manteniendo nuestro intervalo de cinco pasos, a través de la espesa ciénaga hacia donde parecían provenir unos intensos disparos. El calor era casi inaguantable y nos hacían pararnos con frecuencia para prevenir casos de postración por calor debidos a los 46 grados de temperatura.

Llegamos al extremo oriental del aeródromo y nos detuvimos junto a un matorral. Soltamos el equipo y nos dejamos caer en el suelo, sudando, jadeando, agotados. No había hecho más que alargar la mano hacia una cantimplora cuando una bala de fusil silbó por encima de mí.

—Está cerca. Agáchense —ordenó un oficial. El fusil volvió a restallar—. Parece que está justo allí a poca distancia —dijo el oficial.

—Yo me encargo de él —se ofreció Howard Nease.

—Muy bien, adelante, pero tenga cuidado.

Nease, un veterano de Gloucester, cogió su fusil y se adentró en la maleza con la despreocupación de un cazador que persigue a un conejo. Giró a un lado para acercarse sigilosamente al francotirador por detrás. Aguardamos unos instantes llenos de preocupación y luego oímos dos disparos de MI.

—El bueno de Howard ha acabado con él —comentó uno de los hombres con seguridad.

Howard reapareció poco después con una sonrisa triunfante y portando un fusil japonés y algunos efectos personales. Todo el mundo lo felicitó por su destreza y él reaccionó con su modestia habitual.

—Vamos a acabar con ellos, chicos —se rió.

Unos minutos después nos pusimos en marcha a través de unos arbustos que nos llegaban hasta las rodillas hacia el área abierta situada en el borde del aeródromo. El calor era espantoso. Cuando nos detuvimos otra vez, nos tumbamos bajo la escasa sombra de los matorrales. Levanté cada pie y dejé que el sudor me

saliera de las botas. Un hombre de la dotación de la otra sección de morteros perdió el conocimiento. Era un veterano de Gloucester, pero el calor de Peleliu resultó demasiado para él. Lo evacuamos; pero, a diferencia de algunos casos de postración por calor, nunca regresó a la compañía.

Algunos hombres arrancaron el borde trasero de la funda de sus casos de camuflaje de entre el acero y el forro para que la tela les colgara sobre la nuca. Esto les ofrecía cierta protección contra el sol abrasador, parecían la legión extranjera francesa.

Tras un breve descanso, continuamos en orden disperso. Podíamos ver el cerro Bloody Nose delante a la izquierda. Al norte de esa zona en particular, el 2.° Batallón del 1.° de marines (el 2/1) luchaba desesperadamente contra los japoneses que se ocultaban en cuevas bien protegidas. Estábamos adelantándonos para relevar al 1.er Batallón del 5.° de marines (el 1/5) y nos uniríamos al 1.° de marines. Luego debíamos atacar hacia el norte, a lo largo del borde oriental de los cerros.

Este día en concreto, el 17 de septiembre, el relevo fue lento y difícil. Mientras el 3/5 se colocaba y los hombres del 1/5 se retiraban, los japoneses apostados en los cerros, a la izquierda, lanzaron una lluvia de fuego de artillería y mortero. Me dieron lástima aquellos hombres cansados del 1/5 mientras trataban de apartarse sin bajas. Su batallón, como sucedía con los demás del 5.° de marines, lo había pasado mal al cruzar el aeródromo en medio del intenso tiroteo el día anterior. Pero en cuanto llegaron al otro lado se enfrentaron a una fuerte resistencia desde los fortines situados en el lado oriental. Nosotros habíamos tenido más suerte: tras cruzar el aeródromo, el 3/5 se adentró en la ciénaga, que no estaba tan bien defendida.

Cuando el relevo del 1/5 se completó por fin, nos sumamos al 1.° de marines, a nuestra izquierda, y al 2/5, a nuestra derecha. Nuestro batallón debía atacar durante la tarde por el terreno bajo, a lo largo de la cara este de Bloody Nose, mientras que 2/5 despejaría la jungla entre nuestros flanco derecho y la costa oriental.

En cuanto avanzamos, nos encontramos bajo un intenso fuego procedente del cerro Bloody Nose, a nuestra izquierda.

Snafu me transmitió su impresión sobre la situación táctica mientras nos pegábamos al suelo en busca de protección:

—Maldita sea, tienen que enviar más tropas aquí arriba —gruñó.

Se llamó a nuestra artillería, pero nuestros morteros sólo podían disparar hacia el frente de la compañía y no contra la zona del flanco izquierdo porque estaba en el área del 1.° de marines. Los observadores nipones apostados en el

cerro podían vernos con claridad y sin obstáculos. Sus proyectiles de artillería gemían y chillaban, acompañados del murmullo mortífero de los proyectiles de mortero. El fuego enemigo se volvió más intenso hasta que quedamos inmovilizados. Estábamos sufriendo la primera muestra de lo que nos esperaba en el cerro Bloody Nose, y sentíamos una compasión cada vez mayor por el 1.° de marines a nuestra izquierda que se estaba dando de lleno contra él.

Los japoneses interrumpían los disparos cuando dejábamos de movernos. Sin embargo, en cuanto tres hombres se juntaban o alguien empezaba a moverse, los morteros enemigos abrían fuego sobre nosotros. Si se producía un movimiento general, su artillería tomaba parte. Los japoneses comenzaron a demostrar la excelente disciplina de tiro que iba a caracterizar su empleo de todas las armas en Peleliu. Sólo disparaban cuando podían esperar infligir el mayor número de bajas y detenían las descargas en cuanto pasaba la oportunidad. Por lo tanto, a nuestros observadores y aviones les resultaba difícil localizar sus posiciones bien camufladas en los cerros.

Cuando el enemigo dejaba de disparar desde las cuevas, cerraba unas puertas protectoras de acero y esperaba mientras nuestra artillería, cañones navales y morteros de 81 mm disparaban contra la roca. Si avanzábamos bajo la protección de nuestro fuego de apoyo, los japoneses nos inmovilizaban y nos infligían graves bajas, pues resultaba casi imposible cavar una trinchera en la roca. No se me quedó grabado ningún acontecimiento individual del ataque, sólo el intenso fuego que llegaba de nuestra izquierda y la sensación de que, en cuanto los quisieran, podrían hacernos saltar por los aires.

Suspendieron nuestro ataque a última hora de la tarde y nos ordenaron montar el mortero para pasar la noche. Un suboficial vino y me dijo que fuera con él y otros cuatro a descargar un carro anfibio que traía suministros para la Compañía K. Llegamos al lugar designado, nos dispersamos un poco para no atraer disparos y esperamos a que llegara el carro. Apareció traqueteando pocos minutos después en medio de un remolino de polvo blanco.

Marines muertos tendidos en el extremo norte del aeródromo D-4. Peleliu. Fotografía del USMC.

—¿Son de la Compañía K del 5.° de marines? —preguntó el conductor.

—Sí, ¿nos trae comida y munición? —inquirió nuestro suboficial.

—Sí, por supuesto. Tengo una carga de tiro,[23] agua y raciones. Será mejor que descarguen cuanto antes o atraeremos disparos—apuntó el conductor mientras su máquina se detenía con una sacudida y se bajaba.

El tractor era un modelo antiguo como del que yo había desembarcado el día D. No contaba con una puerta trasera abatible, así que nos subimos a bordo y bajamos las pesadas cajas de munición por un lateral hasta el suelo.

—Vamos, chicos —exclamó nuestro suboficial mientras él y un par de nosotros subíamos al carro.

Lo vi mirar asombrado la zona de carga del carro. Al fondo, metido debajo de una pila de cajas de munición, descubrimos uno de aquellos infernales bidones de aceite con agua de cincuenta y cinco galones. Llenos, pensaban alrededor de cien kilos. Nuestro suboficial apoyó las manos en el lateral del carro y comentó con tono exasperado:

—El oficial de suministro que hizo esto es un maldito genio. ¿Cómo diablos se supone que vamos a sacar ese bidón de ahí?

—No lo sé —respondió el conductor—. Yo sólo lo traigo.

Maldijimos y empezamos a descargar la munición lo más deprisa posible. Habíamos esperado que el agua estuviera en varias latas de cinco galones, cada una de las cuales pesaba un poco más de dieciocho kilos. Trabajamos lo más

rápido que pudimos, pero entonces oímos aquel inevitable y mortífero «zuuum-zum-zum». Tres grandes proyectiles de mortero explotaron, uno tras otro, cerca de nosotros.

—Eh, las cosas se han puesto feas —gimió uno de mis compañeros.

—Aplíquense, muchachos. A paso ligero—ordenó nuestro suboficial.

—Miren, voy a tener que sacar este carro de aquí. Si lo destrozan y es culpa mía, el teniente me las hará pasar canutas —gimió el conductor.

No nos molestamos con el conductor, ni lo culpamos. Todo el mundo elogiaba a los conductores de los carros anfibios de Peleliu por hacerlo tan bien. Su coraje y sentido de la responsabilidad estaban por encima de toda duda. Trabajamos como hormiguitas mientras nuestro suboficial le decía:

—Lo siento, amigo, pero si no descargamos estos suministros seremos nosotros los que las pasearemos canutas.

Cayeron más proyectiles de mortero a un lado y los fragmentos silbaron por el aire. Resultaba evidente que la dotación del mortero nipón estaba intentando medir la distancia a la que estábamos, pero les daba miedo disparar demasiado por temor a que nuestros observadores los vieran. Sudamos y jadeamos para descargar la munición. Bajamos el bidón de agua con una eslinga.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó un marine que apareció desde la retaguardia.

No lo habíamos visto hasta que habló. Llevaba unos pantalones de tela vaquera verde, polainas y un casco cubierto de tela como nosotros y portaba una automática del calibre 45 como cualquier artillero de mortero, servidor de ametralladora o uno de nuestros oficiales. Claro que, al estar en combate, no llevaba una insignia de rango. Lo que nos asombró fue que parecía tener más de cincuenta años y que llevaba gafas: algo poco común (por ejemplo, sólo dos hombres de la Compañía K las llevaban). Cuando se sacó el casco para secarse la frente, vimos que tenía el pelo canoso. (La mayoría de los hombres de los puestos de mando de la división y del regimiento tenían casi veinte años o poco más. Muchos oficiales tenían treinta y tantos.)

Cuando le preguntamos quién era y en qué unidad estaba, respondió:

—Capitán Paul Douglas. Era asesor de la división hasta que una descarga dio en el puesto de mando del 5.° de marines ayer, luego me asignaron como R-1 [oficial de personal] en el 5.° Regimiento. Estoy muy orgulloso de estar con los marines —dijo.

—¡Caramba, capitán! No tiene por qué estar aquí, ¿verdad? —preguntó

incrédulo un miembro de nuestro destacamento mientras le pasaba cajas de munición al paternal oficial.

—No, pero quiero saber cómo les va aquí y quiero ayudar si puedo —explicó Douglas—. ¿De qué compañía son, amigos?

—De la Compañía K, señor —contesté.

Se le iluminó el rostro y exclamó:

—Ah, están en la compañía de Andy Haldane.

Le preguntamos a Douglas si conocía a Ack Ack. Dijo que sí, que eran viejos amigos. Mientras terminábamos de descargar, todos estuvimos de acuerdo en que no había mejor jefe de compañía que el capitán Haldane.

Un par de morteros más se estrellaron cerca. Pronto se nos acabaría la suerte. Por lo general, los artilleros japoneses daban de lleno en el blanco. Así que le gritamos al conductor:

—Largo.

Se despidió con la mano y se alejó traqueteando. El capitán Douglas nos ayudó a apilar parte de la munición y nos dijo que sería mejor que nos dispersáramos.

Escuché que alguien preguntaba:

—¿Qué está haciendo aquí ese viejo loco y canoso si podría estar detrás, con el regimiento? Nuestro suboficial gruñó:

—¡Cierre el pico! ¡Déjelo ya, inepto! Está intentando ayudar a los cabezas de chorlito como usted, y es un buen hombre.[24]

Cada hombre de nuestro destacamento cogió una parte de los suministros, nos despedimos del capitán Douglas con un «hasta la vista» y emprendimos el camino de regreso a las líneas de la compañía. Otros soldados volvieron atrás para traer el resto de los suministros antes de que anocheciera. Comimos y terminamos los preparativos para la noche. Ésa fue la primera noche en Peleliu en la que pude preparar una taza de caldo caliente con las pastillas deshidratadas de mis raciones K y calentando un poco de agua aceitosa y contaminada. A pesar del calor que hacía, era la comida más nutritiva y reparadora que había comido en tres días. Al día siguiente conseguimos agua fresca. Supuso un gran alivio tras aquel agua contaminada.

El teniente Edward A. «Rústico» Jones, el jefe de la sección de ametralladoras de la Compañía K, y un incisivo sargento, John A. Teskevich, estaban atrincherados junto al foso de nuestro mortero. Todo estaba en calma en

nuestra zona salvo por la lluvia de fuego de hostigamiento de nuestra artillería; así que, después de que la oscuridad nos ocultara de los observadores nipones, los dos se acercaron sigilosamente y se sentaron en el borde de nuestro foso. Compartimos las raciones y hablamos. Aquella conversación fue una de las más memorables de mi vida.[25]

Sólo Ack Ack superaba a Rústico en popularidad entre los soldados de la Compañía K. Se trataba de un hombre elegante, atractivo y de tez clara; no era grande, sino fornido. Rústico me contó que había sido soldado raso durante muchos años antes de la guerra, que había ido al Pacífico con la compañía y que lo nombraron oficial después de Guadalcanal. No dijo por qué lo habían ascendido, pero entre los hombres se comentaba que había tenido una actuación excepcional en Guadalcanal.

Un chiste muy extendido entre la tropa durante la guerra decía que un oficial era nombrado oficial y caballero sólo debido a una ley aprobada por el Congreso. Puede que una ley del Congreso hubiera convertido a Rústico en oficial, pero él ya había nacido caballero. Por muy mugriento y sucio que estuviera todo el mundo en el campo de batalla, el rostro de Rústico siempre tenía un aspecto limpio y fresco. Era duro y resistente físicamente, y estaba claro que tenía una gran resistencia moral. Sudaba tanto como cualquiera pero de algún modo parecía encontrarse por encima de nuestras inmundas y repulsivas condiciones de vida en el campo de batalla. Rústico contaba con una voz tranquila y agradable incluso cuando daba órdenes. Tenía un acento suave, más del sureste, que me resultaba familiar, que de las tierras altas.

Entre este hombre y todos los marines que conocí allí existía un profundo respeto muto y una afectuosa amistad. Tenía la rara capacidad de mostrarse amable e informal con los soldados rasos. Poseía una combinación única de valor, liderazgo, capacidad, integridad, dignidad, franqueza y compasión. Únicamente conocí a otro oficial que también contara con todas estas cualidades: el capitán Haldane.

Aquella noche Rústico habló de su niñez y de su hogar en Virginia Occidental. Me preguntó por los míos. También habló de sus años de preguerra en el cuerpo de marines. Después recordé poco de lo que había dicho, pero el modo sosegado en el que hablaba me calmó. Era optimista en cuanto a la batalla que estábamos librando y pareció comprender y valorar todos mis miedos y aprensiones. Le confié que muchas veces había estado tan muerto de miedo que me daba vergüenza, y que algunos hombres no parecían tan asustados. Se burló cuando mencioné que me daba vergüenza y aseguró que mi miedo no había sido más grande que el de los demás, pero que yo era lo bastante sincero para admitir

su magnitud. Me confesó que él también tenía miedo y que la primera batalla era la más difícil porque uno no sabía qué esperar. Me dijo que el miedo vivía en todos. Que el valor significaba superar el miedo y cumplir con tu deber ante el peligro, no en no tener miedo.

La conversación con Rústico me tranquilizó. Cuando el sargento llegó y se unió al grupo tras ir a buscar café, me sentía casi alegre. Sorbimos nuestro café en silencio mientras la conversación se iba apagando.

De pronto, oí una voz fuerte exclamar de modo claro y comprensible:

—¡Sobrevivirás a la guerra!

Miré primero a Rústico y luego al sargento. Cada uno me devolvió la mirada con una expresión socarrona en el rostro en medio de la creciente oscuridad. Estaba claro que ellos no habían dicho nada.

—¿Han oído? —pregunté.

—¿Oír qué? —inquirieron los dos.

—Alguien ha dicho algo —expliqué.

—Yo no he oído nada. ¿Y usted? —dijo Rústico volviéndose hacia el sargento.

—No, sólo esa ametralladora, allá, a la izquierda.

Poco después se hizo correr la voz de que nos instaláramos para pasar la noche. Rústico y el sargento se arrastraron de regreso a su trinchera mientras Snafu volvía al foso del mortero. Como muchas personas, siempre había sido escéptico en cuanto a la gente que veía visiones u oía voces. Así que no le mencioné mi experiencia a nadie. Pero creí que Dios me había hablado esa noche en aquel campo de batalla de Peleliu y decidí que mi vida valiera la pena tras la guerra.

Aquella noche —la tercera desde el desembarco—, mientras me recostaba en el foso del mortero, me di cuenta de que necesitaba un baño. Resumiendo: ¡apestaba! Notaba la boca, como decía el dicho, como si tuviera duendecillos dando vueltas dentro con botas embarradas. A pesar de lo corto que lo tenía, mi pelo estaba apelmazado por el polvo y el aceite de fusil. Me picaba el cuero cabelludo y los pelos de la barba se estaban convirtiendo en una creciente fuente de irritación con el calor. El agua potable era demasiado valiosa aquellos primeros días para utilizarla para lavarse los dientes o afeitarse, aunque se hubiera presentado la oportunidad.

Me resultaba difícil soportar la suciedad corporal que las condiciones de vida en el campo de batalla les imponían a los soldados de infantería de combate.

Era algo que le molestaba a casi todo el mundo que conocía. Por lo general, incluso el marine más fuerte mantenía su fusil y a sí mismo limpio. Puede que su lenguaje y su mente necesitasen una buena limpieza, pero no así su arma, su uniforme ni su persona. Nos habían inculcado esta filosofía en el campamento, y muchas veces en Camp Elliott tuve que pasar una inspección personal, incluidas las uñas, antes de que se me considerase en condiciones para salir de permiso. Cualquier cosa que no fuera ir bien aseado y arreglado se consideraba que afectaba negativamente a la imagen del cuerpo de marines y no se toleraba.

Formaba parte de la tradición y la costumbre de la 1.a División de marines que los soldados habitualmente se refirieran a sí mismos cuando estaban en acción como «los andrajosos marines». Durante las maniobras y los problemas de campaña el énfasis se ponía en estar preparados para el combate. No obstante, en cuanto regresaban al campamento, por muy en el quinto pino que estuviera situado, lo primero que hacían las tropas era limpiarse.

Mortero de 81 mm en acción. Peleliu. Fotografía del USMC.

En combate, la limpieza para los soldados de infantería era una tarea prácticamente imposible. La mugre aumentaba nuestro padecimiento. El miedo y la suciedad iban de la mano. Siempre me ha extrañado que este importante factor de nuestras vidas diarias haya recibido tan poca atención por parte de los historiadores y que a menudo se omita en memorias personales, por lo demás excelentes, escritas por soldados de infantería. Se trata de un tema repugnante, por supuesto, pero entonces lo considerábamos tan importante como estar mojado o seco, tener calor o frío, estar a la sombra o expuestos al sol abrasador, tener hambre, estar cansados o enfermos.

Emplazamiento característico de una sección de morteros de 60 mm en un cráter de bomba abierto en el coral. Peleliu. Fotografía del USMC.

A primera hora del día siguiente, 18 de septiembre, nuestra artillería y morteros de 81 mm bombardearon las posiciones japonesas situadas por delante de nosotros mientras nos preparábamos para proseguir el ataque del día anterior, hacia el norte, por la cara oriental del cerro Bloody Nose. Seguimos un patrón de ataque característico en las compañías de fusileros. Nuestros dos morteros disparaban contra ciertos objetivos o zonas en los que se supiera o pensara que se ocultaba el enemigo. Nuestros pelotones de ametralladoras ligeras abrían fuego contra áreas situadas por delante de las secciones de fusileros a las que se les hubiera asignado proteger. Entonces dos de las tres secciones de fusileros salían en orden disperso. La otra sección se mantenía en reserva.

Interrumpíamos los disparos de mortero justo antes de que los soldados de infantería avanzaran. Las ametralladoras también se detenían a menos que estuvieran situadas donde pudieran disparar por encima de las cabezas de los fusileros que avanzaban. Éstos partían al paso para ahorrar energías. Si recibían fuego enemigo, iban de un lugar a otro en breves carreras. Avanzaban así hasta que llegaban al objetivo. Los morteros aguardaban preparados para abrir fuego si los soldados de infantería se encontraban con una fuerte oposición y los pelotones de ametralladoras se adelantaban para sumar su fuego de apoyo.

Los soldados de infantería suponían la vanguardia de cualquier ataque. Por consiguiente, las pasaban más canutas que nadie. Los servidores de las ametralladoras tenían un trabajo duro, porque los japoneses se concentraban en

acabar con ellos. El servidor del lanzallamas lo tenía difícil, al igual que los artilleros del lanzacohetes y los hombres de demoliciones. Los servidores de morteros de 60 mm se las veían con fuego antibatería nipón de morteros y artillería, francotiradores (que eran numerosos) y ametralladoras japonesas que quedaban rezagadas (que eran frecuentes). Las minas, y el fuego de mortero y artillería les hacían pasar las de Caín a los destacamentos de los carros de combate. Sin embargo, siempre les tocaba a los soldados de infantería el peor trabajo. El resto de nosotros sólo los apoyábamos.

Las tácticas del cuerpo de marines requerían sortear francotiradores o ametralladoras individuales para mantener el avance. Una sección o una compañía de infantería de reserva acababa con los japoneses que quedaban rezagados. Por lo tanto, los morteros disparaban con furia contra el enemigo situado al frente mientras una pequeña y encarnizada batalla se libraba detrás, entre los japoneses rezagados y atrincherados y los marines de la reserva. Estos japoneses disparaban con frecuencia desde la retaguardia, inmovilizando el avance y causando bajas. Las tropas tenían que ser muy disciplinadas para operar así, y el mando debía ser excelente para coordinarlo todo en condiciones tan caóticas. Las tácticas de los marines se asemejaban a las que habían perfeccionado los alemanes a las órdenes del general Erich Ludendorff y que resultaron tener tanto éxito contra los aliados en la primavera de 1918.

Si los soldados de infantería se topaban con una fuerte oposición, se llamaba a nuestros morteros de 81 mm, artillería, carros de combate, buques y aviones para que prestasen apoyo. Estas tácticas funcionaron bien en Peleliu hasta que los marines se encontraron con el complejo de cuevas y fortines que se apoyaban entre sí y que estaban situadas en el laberinto de los cerros de coral. Mientras las numerosas bajas aumentaban, la sección de fusileros de reserva, los servidores de morteros, los oficiales de las compañías y todos los demás disponibles hicieron de camilleros para sacar a los heridos de la línea de fuego lo más rápido posible. Todos los hombres de la Compañía K, independientemente de su rango o puesto, hicieron las veces de fusilero y camillero en numerosas ocasiones en Peleliu y más tarde en Okinawa.

El bombardeo procedente de las posiciones en los cerros a nuestra izquierda frenaba nuestro avance. Nuestros aviones efectuaban incursiones aéreas y nuestros buques y artillería atacaban los cerros, pero los obuses nipones seguían llegando. El número de bajas de la compañía era cada vez mayor. Trasladamos nuestro mortero varias veces para evitar el bombardeo, pero el fuego de artillería y morteros japonés se volvió tan intenso y causó tantas bajas al batallón que nuestro

ataque fue suspendido aproximadamente a mediodía.

A nuestra derecha, el 2/5 hizo mejores progresos. Ese batallón avanzó a través de la densa jungla protegido de los observadores enemigos, luego giró al este y se situó en la punta más pequeña de la «pinza de langosta» de Peleliu. Nos desplazamos detrás del 2/5 hacia el este por el camino elevado para aprovechar su triunfo. Protegidos una vez más por densos bosques, nos alejamos de Bloody Nose.

Compadecimos al 1.° de marines que estaba atacando los cerros. Estaban sufriendo numerosas bajas.

—Dicen que el 1.° de marines las está pasando canutas —comentó Snafu.

—Pobres chicos, me dan lástima —apuntó otro hombre.

—Sí, a mí también, pero espero con todas mis fuerzas que tomen ese maldito cerro y nosotros no tengamos que subir allí —dijo otro.

—Ese bombardeo que llegaba de allá arriba era un infierno, y ni siquiera podías localizar las armas con los prismáticos —añadió otra persona.

Por lo que habíamos visto que nos arrojaban desde el flanco izquierdo durante los dos últimos días, y lo que vi de los cerros entonces, estuve seguro de que tarde o temprano a cada batallón de cada regimiento de la división nos lanzarían contra Bloody Nose. Acerté.

El aprieto del 1.° de marines en ese momento era peor que el nuestro en el 3/5. Estaban atacando el extremo del cerro propiamente dicho, y no sólo recibían un intenso bombardeo desde las cuevas enemigas de la zona sino también fuego de armas ligeras terriblemente certero. Al estar unidos al 1,° de marines en aquel entonces, nos enteramos de «la noticia» directamente por las propias tropas y no por algún oficial demasiado optimista que estuviera clavando alfileres en un mapa en un puesto de mando.

La noticia que corrió por las tropas hasta llegar a nosotros decía que cuando los hombres del 2/1 avanzaron hacia las posiciones japonesas tras el fuego de artillería previo al asalto, el enemigo disparó contra ellos desde posiciones que se apoyaban entre sí, inmovilizándolos y ocasionando cuantiosas bajas. Si lograban llegar a las laderas, los japoneses abrían fuego a bocajarro desde las cuevas en cuanto nuestra artillería se detenía. Luego el enemigo volvía a meterse en sus cuevas. Si los marines lograban acercarse lo suficiente a una posición enemiga como para atacarla con lanzallamas o cargas de demolición, soldados japoneses situados en posiciones que se apoyaban mutuamente los barrían con fuego cruzado. Cada pequeño triunfo del 1.° de marines en los cerros llegaba a un coste casi inasumible en bajas. Por lo poco que podíamos ver del terreno y por lo mucho

que oíamos de primera mano sobre la desesperada lucha que se libraba a nuestra izquierda, algunos de nosotros sospechábamos que Bloody Nose iba a eternizarse en una larga batalla con muchas bajas.

A las tropas se les pagaba por combatir (yo ganaba sesenta dólares al mes) y al alto mando, por pensar; pero los mandamases estaban previendo con demasiado optimismo que las defensas japonesas en los cerros «se penetrarían cualquier día de estos» y que Peleliu se aseguraría en unos cuantos días.[26]

Mientras el 3/5 se dirigía al este el 18 de septiembre, un compañero comentó con tristeza:

—¿Sabes?, Mazo, un tío del 1.° de marines me dijo que a los pobres los tienen realizando ataques frontales con las bayonetas caladas contra ese maldito cerro y que ni siquiera pueden ver a los japos que les están disparando. Ese pobre chico estaba deprimido de verdad. No ve forma de que pueda salir con vida. Todo eso no tiene sentido. Así no van a conseguir nada. Es una carnicería.

—Sí, supongo que algún maldito oficial con sed de gloria quiere otra medalla, y a los muchachos los matan por eso. El oficial consigue la medalla y regresa a Estados Unidos, y es un gran héroe. Héroe, una mierda. Hacer que masacren soldados no es ser un héroe —soltó un veterano con amargura.

Y era amargo. Incluso el hombre más optimista que conocía creía que nuestro batallón debía turnarse contra aquellos increíbles cerros... y lo temía.

La patrulla de la muerte

Mientras nos dirigíamos hacia la «pinza de langosta» más pequeña, Snafu entonaba: «Oh, esos proyectiles de mortero están destrozando a mi vieja pandilla» con la música de *Those wedding bells are breaking up that old gang of me.* Nos deteníamos con frecuencia para descansar un momento y para que no aumentara el número de casos de postración por calor.

Aunque no pesaba, mi mochila parecía una ardiente compresa húmeda sobre mis hombros. Estábamos chorreando de sudor y, por la noche o cuando nos deteníamos a la sombra, los pantalones se nos secaban un poco. Cuando sucedía, se formaban gruesas líneas blancas de sal fina y pulverulenta, como si las hubieran dibujado con tiza, a lo largo de los hombros, la cintura, etcétera. Más tarde, mientras la campaña se alargaba y los pantalones se nos cubrían con polvo de coral, fue como si estuvieran hechos de lona en lugar de suave algodón.

Yo llevaba un pequeño Nuevo Testamento en el bolsillo superior de la

camisa y permaneció empapado de sudor durante los primeros días. Los japoneses guardaban sus fotografías personales y otros papeles en bolsas plegables de tamaño bolsillo hechas de plástico verde impermeable. «Rescaté» una de esas bolsas de un cadáver y la usé para cubrir mi Nuevo Testamento. La pequeña Biblia fue conmigo hasta el final en medio de las lluvias y el barro de Okinawa, metida en su funda capturada.

Durante un alto a lo largo de un camino de arena en el bosque, oíamos pasar las palabras «comida caliente».

—Y un cuerno —exclamó alguien incrédulo.

—Verdad de la buena. Chuletas de cerdo.

No podíamos creerlo, pero era cierto. Fuimos en fila hasta un contenedor cilindrico de metal y cada uno de nosotros recibió una deliciosa chuleta de cerdo caliente. La tripulación de la LST 661 había enviado la comida a tierra para la Compañía K. Juré que si alguna vez tenía la oportunidad les expresaría mi agradecimiento a aquellos marineros.[27]

Mientras estábamos sentados a lo largo del camino comiendo chuletas de cerdo con los dedos, un amigo que estaba sentado sobre su casco a mi lado empezó a examinar un revólver japonés que había capturado. De pronto, el revólver se disparó. Mi amigo cayó de espaldas pero se levantó de un salto de inmediato, llevándose la mano a la frente. Varios hombres se tiraron al suelo y todos nos agachamos al oír el disparo. Yo había visto lo que había ocurrido, pero me agaché por instinto con un reflejo condicionado ya muy desarrollado. Me puse en pie y le miré la cara. La bala solamente le había marcado una línea en la frente. Tuvo suerte. Cuando los demás se dieron cuenta de que no estaba herido, empezaron a tomarle el pelo sin piedad. Los comentarios fueron algo así:

—Eh, amigo, siempre supe que tenías la cabeza dura, pero no me imaginé que las balas rebotarían.

—No necesitas un casco salvo para sentarte encima cuando nos paremos a descansar.

—Eres demasiado joven para manejar armas peligrosas.

—Alguna gente haría cualquier cosa por conseguir un Corazón Púrpura.

—¿Ésta es la clase de cosas que solías hacer para llamar la atención de tu madre?

El otro se frotó la frente, avergonzado, y masculló:

—Ah, dejadlo ya.

Recorrimos un camino elevado y por fin nos detuvimos en la orilla de una ciénaga donde la compañía se desplegó y se atrincheró para pasar la noche. Todo estaba bastante tranquilo. A la mañana siguiente la compañía giró al sur, abriéndose paso entre la abundante vegetación detrás de una descarga de mortero y artillería. Matamos unos cuantos japoneses. A última hora del día, la Compañía K se desplegó de nuevo para pasar la noche.

Al día siguiente, la Compañía K recibió la misión de avanzar una fuerte patrulla de combate hacia la costa oriental de la isla. Nuestras órdenes eran atravesar la densa vegetación hasta la península que formaba la «pinza» más pequeña y establecer una posición defensiva en la punta septentrional de la masa de tierra situada en el borde de un manglar. Nuestras órdenes no especificaban cuántos días debíamos permanecer allí.

El teniente Rústico Jones estaba al mando de la patrulla, compuesta por unos cuarenta marines más un perro de guerra, un dóberman. El sargento Henry «Hank» Boyes era el suboficial superior. Como sucedía con todas las patrullas de combate, íbamos fuertemente armados. También contábamos con un par de pelotones de ametralladoras y el pelotón de morteros con nosotros. El sargento Haney, que nunca se perdía una oportunidad para entrar en acción, se ofreció para ir.

—La G-2 [división de inteligencia] informa que hay unos dos mil japos en algún lugar en el otro lado de esa ciénaga, y si intentan cruzarla para regresar a las posiciones defensivas en Bloody Nose debemos retenerlos hasta que la artillería, los ataques aéreos y los refuerzos puedan unirse a nosotros —informó un suboficial veterano con voz lacónica.

Nuestra misión consistía en establecer contacto con el enemigo, comprobar su fuerza y ocupar y mantener una posición estratégica contra ataques enemigos. No me entusiasmaba la idea.

Cogimos raciones y munición de más mientras atravesábamos en fila las líneas de la compañía intercambiando comentarios de despedida con los amigos. A medida que nos adentrábamos en la densa maleza, me sentí bastante solo, como un niño que va a pasar su primera noche fuera de casa. Comprendí que la Compañía K se había convertido en mi casa. Por muy mala que fuera la situación en la compañía, seguía siendo mi casa. No se trataba únicamente de una compañía designada por una letra en un batallón numerado en un regimiento numerado en una división numerada. Significaba mucho más que eso. Era mi casa, «mi» compañía. Mi sitio estaba allí y sólo allí.

La mayoría de los marines a los que conocí opinaban lo mismo de «sus»

compañías fuera cual fuese el batallón, regimiento o división de marines en los que estuvieran. Esto era la consecuencia, o tal vez la causa, de nuestro fuerte espíritu de equipo. Sabiamente, el cuerpo de marines reconocía este vínculo. Los hombres que se recuperaban de sus heridas y regresaban al servicio casi siempre volvían a su antigua compañía. No se trataba de sentimentalismo, sino de una poderosa contribución a la moral. Un hombre sentía que pertenecía a su unidad y que tenía un hueco entre sus compañeros, a los que conocía y con los que compartía un respeto mutuo forjado en combate. Esta sensación de familia resultaba especialmente importante en la infantería, donde la supervivencia y la eficiencia en combate muchas veces dependía de lo bien que se apoyaran los hombres unos en otros.[28]

Atravesamos la espesa vegetación sin hacer ruido en formación extendida, desplegando exploradores por si hubiera francotiradores. Todo estaba tranquilo en nuestra zona, pero la batalla retumbaba en Bloody Nose. La densa vegetación de la jungla cubría la ciénaga, que también contenía numerosas charcas y canales poco profundos invadidos de mangles y bordeados de más mangles y pándanos bajos. Si se hubiera diseñado una planta específicamente para ponerle la zancadilla a un hombre que llevara una carga pesada, sería un mangle con su maraña de raíces.

Pasé por debajo de un árbol que tenía una pareja de fragatas anidando en la copa. No dieron muestras de miedo mientras ladeaban las cabezas y miraban desde su voluminoso nido de ramitas. Al macho no le interesé mucho y comenzó a inflar la gran bolsa roja de la garganta para impresionar a su pareja. Extendió despacio su enorme envergadura de dos metros y chasqueó su largo pico ganchudo. De niño había visto fragatas parecidas deslizándose por lo alto sobre Gulf Shores cerca de Mobile, pero nunca tan de cerca. También había varias aves grandes y blancas parecidas a garcetas posadas cerca, pero no pude identificarlas.

Mi breve evasión de la realidad terminó bruscamente cuando un compañero me riñó en voz baja:

—Mazo, ¿para qué diablos miras a los pájaros? Te vas a separar de la patrulla —mientras me hacía señas enérgicamente para que me diera prisa.

Mi compañero pensaba que había perdido el juicio, y tenía razón. Ése no era el lugar ni el momento oportunos para algo tan pacífico y etéreo como observar aves. No obstante, había disfrutado de unos deliciosos y reconfortantes instantes de fantasía y evasión del horror de las actividades humanas en Peleliu.

Seguimos adelante y al final nos detuvimos junto a un bunker de ametralladora japonés abandonado, construido con troncos de cocotero y rocas de coral. Este bunker nos sirvió de puesto de mando para la patrulla. Nos

desplegamos a su alrededor y nos atrincheramos. El área se encontraba a sólo un metro aproximadamente por encima del nivel del agua y el coral estaba bastante suelto. Cavamos el foso del mortero a menos de un metro del agua de la ciénaga, a unos nueve metros del bunker. La espesa maraña de raíces de mangle en tres lados del perímetro de defensa de la patrulla limitaba la visibilidad a través de la ciénaga a algo más de un metro. No alineamos el mortero porque debíamos mantener siempre un silencio absoluto. Si hacíamos ruido, perderíamos el factor sorpresa si los japoneses intentaban cruzar la zona. Simplemente apuntamos el mortero hacia donde sería más probable que disparásemos. Comimos nuestras raciones, revisamos nuestras armas y nos preparamos para una larga noche.

Recibimos la contraseña mientras la oscuridad caía sobre nosotros y comenzaba a lloviznar. Nos sentíamos aislados oyendo cómo la lluvia goteaba de los árboles y salpicaba en la ciénaga. Fue la noche más oscura que he visto. El cielo cubierto estaba tan negro como los chorreantes mangles que nos rodeaban. Tuve la sensación de encontrarme en un agujero grande y negro, así que estiré la mano para tocar los bordes del foso del mortero para orientarme. Lentamente, la realidad del caso se formó en mi mente: ¡éramos prescindibles!

Resultaba difícil de aceptar. Venimos de una nación y una sociedad que valoraba la vida y al individuo. Encontrarte en una situación en la que tu vida parece valer poco es el summum de la soledad. Supuso una lección de humildad. La mayoría de los veteranos de combate ya habían lidiado con esta realidad en Guadalcanal o Gloucester, pero a mí me sobrevino en aquella ciénaga.

George Sarrett, un veterano de Gloucester, se encontraba en el foso conmigo, e intentamos animarnos el uno al otro. Habló en voz baja de su niñez en Tejas y de Gloucester.

Nos informaron de que Haney andaba arrastrándose comprobando las posiciones.

—¿Cuál es la contraseña?—susurró Haney mientras se acercaba a rastras a nosotros. Tanto George como yo susurramos la respuesta—. Bien —dijo Haney—. Estén alerta, ¿me oyen?

—Vale, Haney —respondimos. Se arrastró hacia el puesto de mando, donde supuse que se instaló.

—Imagino que se quedará quieto un rato—aventuré.

—Espero que tengas razón —contestó George.

Bueno, no fue así, porque menos de una hora después Haney volvió a hacer la ronda.

—¿Cuál es la contraseña? —susurró mientras asomaba la cabeza por el borde de nuestro agujero.

Se la dijimos.

—Bien —concedió—. Comprueben sus armas. ¿Tiene una bala en la recámara? —nos preguntó.

Respondimos que sí.

—Muy bien, estén atentos con ese mortero. Si los japos llegan por esa ciénaga con los fusiles cruzados y las bayonetas caladas, tendrán que disparar obuses de gran potencia y bengalas lo más rápido que puedan.

Se alejó a rastras.

—Ojalá ese asiático se quedara quieto. Me pone nervioso. Se comporta como si fuéramos una panda de reclutas novatos —gruñó mi compañero.

George era un veterano sereno y dueño de sí, y expresaba mi sentir. Haney también me estaba poniendo de los nervios.

Las tediosas horas se hicieron interminables. Aguzamos la vista y el oído en medio de la chorreante oscuridad en busca de indicios de movimiento enemigo. Oímos los habituales sonidos de la jungla que causaban los animales. Un chapoteo, cuando algo cayó en el agua, hizo que el corazón me palpitara con fuerza y que todos los músculos se me tensaran. Las visitas de inspección de Haney empeoraron. Estaba claro que se iba poniendo más nervioso a cada hora que pasaba.

—Daría lo que fuera por que Rústico lo agarrara por el pescuezo y lo anclara en el puesto de mando —masculló George.

La esfera luminosa de mi reloj de pulsera mostraba que era más de medianoche. En el puesto de mando alguien exclamó en voz baja:

—Oh, ah, oh.

La voz se fue apagando, para luego repetir el sonido más fuerte.

—¿Qué es eso? —le pregunté a George inquieto.

—Parece que alguien está teniendo una pesadilla —contestó con nerviosismo—. Más les vale hacerlo callar de una vez antes de que todos los japos de esta maldita ciénaga conozcan nuestra posición.

Oímos a alguien moviéndose y revolviéndose en el centro de mando.

—Basta ya —susurraron varios hombres cerca de nosotros.

—¡Callen a ese hombre! —ordenó Rústico en voz baja y tajante.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh, Dios, ayudadme! —gritó la voz desesperada.

El pobre marine había se había vuelto completamente loco. La tensión del combate al final le había hecho perder la razón. Estaban intentando tranquilizarlo, pero él seguía revolviéndose. Rústico estaba tratando de asegurarle que todo iba a salir bien con una voz firme llena de compasión. El intento fracasó.

La trágicamente atormentada mente de nuestro camarada había caído en el abismo. Chilló aún más fuerte. Alguien inmovilizó los brazos del hombre a los costados y éste le gritó al dóberman:

—¡Perro, ayúdame, los japos me han cogido! Los japos me han cogido y van a tirarme al mar.

Oí el escalofriante crujido de un puño contra una mandíbula cuando alguien trató de dejarlo inconsciente. No se inmutó. Luchó como un gato salvaje, chillando y gritando a voz en cuello.

Entonces nuestro sanitario le puso una inyección de morfina con la esperanza de sedarlo. No surtió efecto. Más morfina. Tampoco dio resultado. A pesar de ser veteranos, a todos les estaba poniendo nerviosos el ruido que creían que anunciaría nuestra ubicación exacta a cualquier enemigo que hubiera en los alrededores.

—¡Golpéenle con la parte plana de la pala de atrincherar! —ordenó una voz en el puesto de mando.

Un horrible ruido sordo anunció que se había obedecido la orden. El pobre hombre por fin se calló.

—Santo cielo, qué pena —se lamentó un marine en una trinchera vecina.

—Y que lo digas, pero si los malditos japos no saben que estamos aquí después de todos esos gritos, nunca lo sabrán —replicó su compañero.

Un tenso silencio se asentó sobre la patrulla. El horror de todo el episodio alentó a Haney a comprobar nuestras posiciones con frecuencia. Se comportaba como un demonio hiperactivo y nos advertía sin parar que estuviéramos alerta.

Cuando el grato amanecer llegó por fin tras una oscuridad aparentemente interminable, todos teníamos los nervios crispados. Recorrí los pocos pasos que me separaban del puesto de mando para averiguar lo que pudiera. El hombre había muerto. El cuerpo, cubierto con su capote, yacía junto al bunker. La agonía y la angustia grabadas en los fuertes rostros de Rústico, Hank y los demás en el puesto de mando revelaban el horror de la noche. Varios de estos hombres habían

recibido o recibirían condecoraciones al valor en combate, pero nunca vi expresiones de tamaña angustia en sus rostros como aquella mañana en la ciénaga.

Habían hecho lo que cualquiera de nosotros habría tenido que hacer en circunstancias similares. El cruel azar les había impuesto la labor a ellos.

Rústico dirigió la mirada hacia el operador de radio y anunció:

—Voy a llevar a esta patrulla de regreso. Póngame en contacto con el batallón.

El operador de radio sintonizó su radio, del tamaño de una mochila, y logró comunicarse con el puesto de mando del batallón. Rústico le comunicó al oficial al mando del batallón, el comandante Gustafson, que quería hacer regresar a la patrulla. Pudimos escuchar cómo el comandante le decía a Rústico que pensaba que deberíamos quedarnos donde estábamos un par de días, hasta que la inteligencia pudiera establecer la situación de los japoneses. Rústico, un teniente, discrepó con calma, arguyendo que no habíamos disparado ni un tiro, pero que debido a las circunstancias teníamos los nervios bastante destrozados. Estaba totalmente convencido de que deberíamos regresar. Vi que varios veteranos enarcaban las cejas y sonreían mientras Rústico exponía su punto de vista. Por suerte, Gus estuvo de acuerdo con él. Siempre he pensado que probablemente se debiera a que respetaba la opinión de Rústico.

—Enviaré una columna de relevo con un carro de combate para que no tengan ningún problema al regresar —informó la voz del comandante.

Nos sentimos reconfortados. La noticia de que volvíamos recorrió rápido la patrulla. Todo el mundo respiró más tranquilo. Aproximadamente una hora después oímos acercarse un carro blindado. Mientras se abría paso a través de la espesa vegetación, vimos los rostros conocidos de hombres de la Compañía K. Colocamos el cuerpo en el blindado y regresamos a las filas de la compañía. Nunca oí una palabra oficial acerca de esa muerte.

Relevo para el 1.° de marines

Durante los días siguientes, el 5.° de marines patrulló la mayor parte de la «pinza» meridional. Habíamos establecido posiciones defensivas para prevenir cualquier posible contradesembarco por parte de los japoneses a lo largo de las playas expuestas del sur.

Aproximadamente el 25 de septiembre (D+10), el 321.° Regimiento de infantería de la 81.a División de infantería relevó al maltrecho 1er Regimiento de

marines. El 1.° de marines se trasladó a nuestra área donde debía aguardar a que un buque lo llevara de regreso a Pavuvu. Recogimos nuestro equipo y nos alejamos de la relativa calma de la playa para subir a camiones que llevarían rápidamente a nuestro regimiento hasta una posición que dominaba el camino del oeste. Desde allí atacaríamos hacia el norte, a lo largo de la cara occidental de los cerros.

Mientras caminábamos por un lado de un estrecho camino, el 1.° de marines desfilaba por el otro lado para hacerse cargo de nuestra zona. Vi algunos rostros familiares mientras los tres batallones diezmados marchaban penosamente por delante de nosotros, pero me impresionó la ausencia de muchos a los que conocía en aquel regimiento. Durante los frecuentes altos característicos del movimiento de una unidad en la posición de otra, saludamos a los compañeros e indagamos acerca del destino de amigos comunes. En el 5.° de marines teníamos muchos amigos muertos y heridos de los que informar, pero los hombres del 1.° de marines tenían tantos que resultaba terrible.

—¿Cuántos hombres quedan en tu compañía? —le pregunté a un viejo amigo de Camp Elliott que estaba en el 1.° de marines.

Me miró cansado, con los ojos inyectados en sangre, y se ahogó al contestar:

—Veinte es lo que queda de toda la compañía, Mazo. Casi acaban con nosotros. Yo soy el único que queda de la vieja pandilla que estuvo con nosotros en la escuela de morteros en Elliott.

Sólo pude sacudir la cabeza y morderme el labio. —Nos vemos en Pavuvu —dije.

—Buena suerte —contestó con un apagado tono de resignación que sonó como si pensara que tal vez yo no lo lograra.

Lo que una vez habían sido compañías en el 1.° de marines, ahora parecían secciones; las secciones parecían pelotones. Vi pocos oficiales. No pude por menos que preguntarme si al 5.° de marines le aguardaba el mismo destino en aquellos terribles cerros. Veinte sangrientos, extenuantes y espantosos días y noches después, el 15 de octubre (D+30), mi regimiento sería relevado. Sus filas estarían tan diezmadas como las que marchaban ante nosotros.

Subimos a camiones que nos llevaron hacia el sur, a lo largo del camino del este, luego cubrimos cierta distancia en dirección norte por la carretera occidental. Mientras dejábamos atrás el aeródromo dando botes y traqueteando, nos dejó atónitos todo el trabajo que habían llevado a cabo los Seabees (los batallones de construcción de la armada) en la zona. Había equipo pesado de construcción por todas partes y vimos cientos de tropas de servicio viviendo en tiendas de campaña

y ocupándose de sus tareas como si estuvieran en Hawaii o Australia. Varios grupos de hombres, tropas de servicio de la infantería de marina y de la armada, miraron cómo pasaba nuestro convoy de polvorientos camiones. Llevaban gorras y pantalones muy cuidados, iban bien afeitados y parecían relajados. Nos observaron con curiosidad, como si fuéramos animales salvajes en un desfile de circo. Dirigí la mirada hacia mis compañeros del camión y comprendí la razón. El contraste entre nosotros y los espectadores era asombroso. íbamos armados, con el casco puesto, sin afeitar, mugrientos, cansados y demacrados. Ver no combatientes limpios y cómodos resultaba deprimente, así que intentamos mantener la moral alta hablando del despliegue de tecnología y poderío material estadounidense que habíamos visto.

Nos bajamos de los camiones en algún lugar del camino que corría paralelo a la sección de los cerros situada a nuestra derecha que estaba en manos americanas. Oímos disparos en el cerro más cercano. Las tropas que vi a lo largo del camino mientras descargábamos eran soldados de infantería del ejército del 321.° Regimiento de infantería, veteranos de Angaur.

Cuando crucé unos comentarios con algunos de aquellos hombres, sentí una profunda camaradería y respeto hacia ellos. A los periodistas y a los historiadores les gusta escribir acerca de la rivalidad entre los militares; desde luego que existe, pero descubrí que los combatientes de primera línea de todas las armas demostraban un respeto mutuo y sincero cuando se enfrentaban al mismo peligro y sufrimiento. Puede que los soldados de combate del ejército y de la armada nos llamaran *gyrenes,* y que nosotros los llamáramos a ellos «caras de perro» y «lampazos», pero nos respetábamos mutuamente por completo.

Tras el relevo del 1.° de marines, comenzó una nueva fase del combate por Peleliu. Los marines ya no seguirían sufriendo tan costosas bajas en asaltos frontales infructuosos contra los cerros desde el sur. En su lugar, barrerían la costa occidental alrededor de las desesperadas defensas del enemigo, buscando hasta el último foco de resistencia.

Aunque la amarga batalla por Peleliu se alargaría otros dos meses, la 1.a División de marines se apoderó de todo el terreno de valor estratégico durante la primera semana de duros enfrentamientos. En una serie de agotadores asaltos, la división había tomado el aeródromo, de vital importancia; el terreno prominente situado por encima de éste y toda la isla al sur y al este de los montes Umurbrogol. Sin embargo, el precio había sido alto: 3.946 bajas. La división había perdido un regimiento como unidad de combate efectiva y había diezmado gravemente los efectivos de las otras dos.

CAPÍTULO CINCO

Otro asalto anfibio

El 5.° de marines tenía la misión de asegurar la parte septentrional de la isla: es decir, la parte superior de la «pinza de langosta», la más grande. Después de esa tarea, el regimiento debía dirigirse de nuevo al sur por la cara oriental de los cerros Umurbrogol para completar el cerco. La mayoría de los soldados rasos no vimos nunca un mapa de Peleliu salvo durante el adiestramiento en Pavuvu y tampoco habíamos oído nunca el nombre del sistema montañoso: montes Umurbrogol. Por lo general, nos referíamos a todo el sistema montañoso como «Bloody Nose», «el cerro Bloody Nose» o simplemente «los cerros».

Cuando atravesamos las filas del ejército, las ametralladoras japonesas estaban barriendo la cima del monte situado a nuestra derecha. Las balas y las trazadoras de un blanco azulado tenían inmovilizadas a las tropas estadounidenses del cerro, pero pasaban muy por encima de nosotros. El terreno era llano y muy poco boscoso. Nos apoyaban carros de combate y recibíamos disparos de armas ligeras, artillería y morteros procedentes de los altos cerros de coral, situados a nuestra derecha y desde la isla de Ngesebus, a pocos cientos de metros al norte de Peleliu.

Nuestro batallón giró a la derecha en la intersección del camino del oeste y el del este, se dirigió al sur por este último y se detuvo al anochecer. Como de costumbre, apenas cavamos trincheras, más que nada buscamos algún cráter o depresión y amontonamos rocas a su alrededor para conseguir toda la protección que pudiéramos.

Me ordenaron que llevara una lata de agua de cinco galones al puesto de mando de la compañía. Cuando llegué, Ack Ack estaba estudiando un mapa a la luz de una diminuta linterna que su oficial de comunicaciones ocultaba con otro mapa plegado. El operador de radio de la compañía estaba sentado con él, sintonizando su radio en voz baja y llamando a una batería de artillería del 11.° de marines.

Dejé la lata de agua en el suelo, me senté encima y observé a mi jefe con admiración. Nunca antes había lamentado tan profundamente mi falta de talento artístico y mi incapacidad para dibujar la escena que tenía ante mí. La diminuta linterna iluminaba débilmente el rostro del capitán Haldane mientras estudiaba el

mapa. Su gran mandíbula, cubierta con una sombra de barba al carboncillo, sobresalía. Tenía el severo entrecejo fruncido por la concentración, justo debajo del borde del casco.

El operador de radio pasó el teléfono a Ack Ack. Solicitó que se disparase cierto número de proyectiles de 75 mm por delante de la Compañía K. Un marine en el otro extremo de la radio puso en duda la necesidad de la petición.

Haldane respondió en tono agradable y firme:

—Puede que sea así, pero quiero que mis chicos se sientan seguros.

Poco después los 75 pasaron silbando por encima y comenzaron a estallar en la oscura y densa vegetación que se extendía al otro lado del camino.

Al día siguiente les conté a varios hombres lo que había dicho Ack Ack.

—Así es el capitán, siempre pensando en los sentimientos de las tropas —fue el modo en el que lo resumió uno.

Transcurrieron unas cuantas horas. Me tocaba hacer guardia en nuestra trinchera. Snafu dormía a rachas y los dientes le rechinaban de forma audible, lo que le sucedía habitualmente cuando dormía en combate. El blanco camino de coral brillaba con intensidad bajo la pálida luz de la luna mientras yo aguzaba la vista mirando en dirección a la barrera de vegetación oscura que se alzaba al otro lado.

De repente, dos figuras surgieron de una zanja poco profunda situada directamente frente a mí, al otro lado del camino.

Se acercaron agitando los brazos como locos, gritando y farfullando en japonés con voz ronca. El corazón me dio un vuelco, luego comenzó a palpitar como si fuera un tambor mientras yo le quitaba el seguro a mi carabina. Un soldado enemigo torció a mi derecha, corrió carretera abajo un poco, cruzó y desapareció dentro una trinchera en la línea de la compañía en nuestro flanco derecho. Me concentré en el otro. Se dirigió hacia mí balanceando una bayoneta por encima de la cabeza.

No me atreví a dispararle aún porque entre nosotros había una trinchera con dos marines. Si abría fuego a la misma vez que el marine de guardia se levantaba para enfrentarse al intruso nipón, mi bala le daría a un camarada por la espalda. Un pensamiento cruzó veloz por mi mente: «¿Por qué no le disparan Sam o Bill?».

Con un grito salvaje, el japonés saltó dentro del agujero con los dos marines. A continuación tuvo lugar un frenético y desesperado forcejeo cuerpo a cuerpo, acompañado de la más horripilante combinación de maldiciones, barboteos salvajes, ruidos guturales como de animales y gruñidos. De la trinchera surgieron

sonidos de hombres revolviéndose y golpeándose.

Vi asomar una figura del hoyo y correr unos cuantos pasos en dirección al centro de mando. Luego, bajo la pálida luz de la luna, presencié cómo saltaba el marine que se encontraba más cerca del hombre que corría. Balanceó el fusil como si fuera un bate de béisbol y arremetió contra el infiltrado con un golpe aplastante.

De la derecha, de donde el japonés se había introducido, llegaron unos indescriptibles gritos de angustia, horrorosos y prolongados. Aquellos chillidos salvajes, primitivos y brutales me turbaron más que lo que estaba ocurriendo dentro de mi campo visual.

Al final, un disparo de fusil resonó en la trinchera situada frente a mí y oí que Sam exclamaba:

—Le he dado.

La figura a la que habían aporreado con el fusil estaba tendida en el suelo gimiendo a unos seis metros a la izquierda de mi hoyo. Los gritos que llegaban de nuestra derecha se interrumpieron de pronto. Naturalmente, a estas alturas todo el mundo estaba alerta.

—¿Cuánto japos había? —indagó un sargento cerca de donde yo me encontraba.

—Yo vi dos —contesté.

—Debe de haber habido más —terció otra persona.

—No —insistí—, sólo dos cruzaron la carretera por aquí. Uno de ellos corrió hacia la derecha, de donde salían todos esos gritos, y el otro saltó en el hoyo en el que Sam le disparó.

—Bueno, si sólo estaban esos dos japos, entonces ¿qué son esos gemidos de allí? —preguntó señalando al hombre al que habían derribado con la culata del fusil.

—No lo sé, pero yo sólo vi dos japos, estoy seguro —dije con firmeza, con una insistencia nacida de la serenidad que he tenido desde entonces.

Un hombre de una trinchera cercana apuntó:

—Lo comprobaré.

Todo el mundo se quedó quieto mientras se arrastraba hasta el hombre que gemía en las sombras. Se oyó el disparo de una pistola del 45. Los quejidos se detuvieron y el marine regresó a su hoyo.

Unas horas después, cuando los objetos que me rodeaban comenzaron a

hacerse visibles con la llegada del amanecer, noté que la forma inmóvil que yacía a mi izquierda no parecía japonesa. O bien se trataba de un enemigo con pantalones y polainas de marine o de un marine. Me acerqué a averiguarlo.

Antes de llegar al cuerpo tendido boca abajo, me di cuenta de su identidad.

—¡Dios mío! —exclamé horrorizado.

Varios hombres me miraron y preguntaron qué ocurría.

—Es Bill —respondí.

Un oficial y un suboficial vinieron del centro de mando.

—¿Uno de esos japos le disparó? —inquirió el sargento.

No contesté, simplemente lo miré sin expresión y sentí náuseas. Dirigí la mirada hacia el marine que había pasado arrastrándose a mi lado para inspeccionar al hombre que gemía en la oscuridad. Le había disparado a Bill en la sien, confundiéndolo con un japonés. Bill no nos había informado a ninguno de que iba a salir de su trinchera.

Cuando comprendió su fatídico error, el rostro del hombre se volvió ceniciento, le tembló la mandíbula y dio la impresión de que iba a echarse a llorar. Sin embargo, como hombre que era, fue directamente e informó al puesto de mando. Ack Ack mandó a buscar e interrogó a varios hombres que estaban atrincherados cerca, incluyéndome a mí, para determinar qué había ocurrido exactamente.

Ack Ack estaba sentado solo.

—Descanse, Sledge —me indicó—. ¿Sabe qué ocurrió anoche?

Le respondí que lo tenía bastante claro.

—Dígame qué vio exactamente.

Se lo conté, dejando claro que había visto dos, y sólo dos, japoneses y que lo había dicho entonces. También le expliqué hacia dónde había visto ir a aquellos soldados enemigos.

—¿Sabe quién mató a Bill? —me preguntó el capitán.

—Sí —contesté.

Entonces me dijo que había sido un trágico accidente que cualquiera podría haber cometido dadas las circunstancias y que no hablara nunca del tema ni mencionara el nombre de esa persona. Me dijo que podía retirarme.

Para los hombres, el malo en aquella tragedia fue Sam. En el momento del

incidente se suponía que Sam estaba de guardia mientras le tocaba a Bill echar una muy necesitada cabezada. Se acostumbraba que en un momento acordado de antemano el hombre de guardia despertara a su compañero y, tras informar de cualquier cosa que hubiera visto u oído, le tocara dormir.

Este procedimiento habitual en combate en primera línea se basaba en un credo fundamental de fe y confianza. Podías contar con tu compañero. El podía contar contigo. También se extendía más allá de tu trinchera. Nos sentíamos seguros sabiendo que en cada hoyo un hombre permanecía de guardia toda la noche.

Sam había defraudado esta confianza básica y había cometido un imperdonable abuso de fe. Se había dormido estando de guardia en primera línea. A raíz de ello, su compañero había muerto y otro hombre cargaría con la pesada carga de saber que, a pesar de ser un accidente, había apretado el gatillo.

Sam reconoció que tal vez se había quedado dormido. Los hombres fueron muy duros con él por lo que había ocurrido. Su arrepentimiento era manifiesto, pero eso no les importó a los de más que lo culpaban abiertamente. Gimoteó y dijo que estaba demasiado cansado para mantenerse despierto durante la guardia, pero sólo consiguió que lo insultaran hombres que estaban igual de cansados pero en los que se podía confiar.

Bill nos caía muy bien a todos. Se trataba de un joven simpático, probablemente aún no hubiera cumplido los veinte. En la lista de tropas cuidadosamente mecanografiada del 3.er Batallón del 5.° de marines del 25 de septiembre de 1944, se leen estas escuetas palabras: «Wílliam S., muerto en combate contra el enemigo (herida, disparo, cabeza); restos sepultados en la tumba #3/M». Expuesto con esta simplicidad. Qué economía de palabras. Pero para alguien que estuvo allí, transmiten una trágica historia. Qué desperdicio.

Los japoneses que habían cruzado el camino por delante de mí probablemente formaran parte de lo que el enemigo llamaba una «unidad de combate de cerca». El soldado al que le había disparado Sam no iba vestido ni equipado como los típicos soldados de infantería del enemigo. En su lugar, sólo llevaba shorts de color caqui, una camisa de manga corta y calzado *tabi* (zapatos de lona con una división en los dedos y suela de goma). Sólo portaba su bayoneta. El porqué entró en nuestra línea por donde lo hizo quizá fue puro accidente o quizá le tenía echado el ojo a nuestro mortero. Su compañero había girado a la derecha, cerca de una ametralladora situada en nuestro flanco. Los morteros y las ametralladoras eran los objetivos preferidos de los infiltrados. En la retaguardia iban a por los morteros pesados, las comunicaciones y la artillería.

Antes de que la Compañía K partiera, bajé por la carretera hasta la siguiente compañía para ver qué había ocurrido durante la noche. Me enteré de que aquellos gritos espeluznantes habían provenido del japonés que había visto correr hacia la derecha. Había saltado dentro de una trinchera donde se encontró con un marine alerta. Los dos habían perdido sus armas en el forcejeo que tuvo lugar a continuación. El desesperado marine le había metido el dedo en la cuenca del ojo a su enemigo y lo había matado. Tal era el horror físico y la brutal realidad de la guerra que conocimos.

La isla de Ngesebus

La mañana siguiente, a primera hora, nuestro batallón efectuó con éxito un asalto contra una pequeña colina situada en el estrecho istmo del norte de Peleliu. Debido a su posición aislada, carecía del apoyo de las cuevas que hacían que la mayoría de los cerros de la isla resultasen inexpugnables.

En ese mismo momento, el resto del regimiento estaba recibiendo mucho fuego enemigo desde la isla de Ngesebus. Se decía que varios días antes los japoneses habían hecho llegar subrepticiamente refuerzos mediante lanchas desde las islas más grandes situadas al norte; la armada había ametrallado y hundido algunas de estas lanchas, pero varios centenares de tropas enemigas habían llegado a tierra. Oír esto supuso un auténtico golpe para nuestra moral.[29]

—Es como en Guadalcanal —dijo un veterano—. Más o menos, cuando pensamos que hemos atrapado a esos cabrones, los malditos japos traen refuerzos, y se hace interminable.

—Sí —coincidió otro—, y en cuanto esos cabrones de ojos rasgados se metan en esas cuevas de por aquí, se va armar la de Dios.

Tropas del ejército se hicieron cargo de nuestras posiciones el 27 de septiembre. Nosotros nos dirigimos hacia el norte.

—Le han ordenado a nuestro batallón que ataque la playa de la isla de Ngesebus mañana —nos informó un oficial.[30]

Me estremecí al recordar la cabeza de playa que habíamos establecido el 15 de septiembre. El batallón se trasladó a un área cerca de la península septentrional y se atrincheró para pasar la noche en una zona tranquila. Era un lugar abierto y lleno de arena, con unas cuantas palmeras destrozadas y caídas. No sabíamos qué esperar en Ngesebus. Rogué que el desembarco no fuera una repetición del desastre del día D.

A primera hora de la mañana del 28 de septiembre (D+3) guardamos nuestro equipo y nos preparamos para subir a bordo de los carros anfibios que nos transportarían a través de los 500 o 700 metros de arrecife poco profundo hasta Ngesebus.

—Probablemente recibamos otra estrella de combate por esta cabeza de playa —comentó un hombre con entusiasmo.

—No nos la darán —sentenció otro—. Sigue siendo parte de la operación de Peleliu.

—Y un cuerno, es otra cabeza de playa—respondió el primero.

—Yo no hago las normas, amigo, pero compruébalo con el sargento. Te apuesto a que tengo razón.

Se oyeron varios comentarios entre dientes sobre lo tacaño que era el alto mando para conceder estrellas de combate, que suponían muy poca compensación por la lucha.

Subimos a los carros y tratamos de reprimir nuestro miedo. Había buques disparando contra Ngesebus y vimos cazas F4U Corsair de los marines aproximándose desde el aeródromo de Peleliu.

—Esta vez vamos a contar con mucho apoyo—comentó un suboficial.

Nuestros carros se acercaron a la orilla del agua y aguardaron la hora H mientras el atronador bombardeo de la armada previo al desembarco cubría la pequeña isla de humo, llamas y polvo. Los Corsair del escuadrón de cazas de la infantería de marina (VMF) 114 salieron de la formación y comenzaron a bombardear la playa. Los motores de aquellos preciosos aviones azules con alas de gaviota rugían, gemían y llegaban al límite cuando bajaban en picado y se retiraban. Acribillaban la playa con ametralladoras, bombas y cohetes. El efecto resultaba imponente mientras tierra, arena y escombros saltaban por los aires.[31]

Nuestros pilotos de la infantería de marina se superaron a sí mismos y vitoreamos, gritamos, saludamos y levantamos los puños para mostrar nuestra aprobación. Durante la guerra nunca vi a los pilotos de cazas correr semejantes riesgos con los descensos en picado. Más de una vez estuvimos convencidos de que un piloto se retiraría demasiado tarde y se estrellaría. No obstante, como los aviadores expertos que eran, machacaron aquella playa sin contratiempos para los aviones ni los pilotos. Hablamos de su espectacular pilotaje incluso después de que finalizara la guerra.

Mar adentro, a nuestra izquierda, donde un crucero, destructores y otros buques disparaban fuego de apoyo, había un enorme acorazado. Alguien dijo que

se trataba del USS *Mississippi,* pero nunca lo supe con seguridad. La nave estuvo a la misma altura que los Corsair en el cúmulo de destrucción que arrojó contra Ngesebus. Los gigantescos obuses retumbaban como vagones de carga (así solían describir los hombres el sonido de los proyectiles procedentes de los cañones de 16 pulgadas de los acorazados).

A la hora H el conductor de nuestro carro anfibio aceleró el motor. Nos introdujimos en el agua y comenzamos el asalto. El corazón me palpitaba en la garganta. ¿Me duraría la suerte?

—El Señor es mi pastor —recé en voz baja y apreté la culata de mi carabina.

Por suerte no nos dispararon mientras nos aproximábamos a la isla. Cuando mi carro se detuvo con una sacudida dentro de la playa, la puerta trasera bajó de golpe y salimos rápidamente. El bombardeo se desplazó tierra adentro con su fragor y estruendo habituales. Algunos de los marines de la Compañía K que se encontraban en la playa ya estaban disparando dentro de fortines y bunkeres, y lanzando granadas. Avancé un poco junto con varios otros. Sin embargo, cuando llegamos al borde de la pista de aterrizaje, tuvimos que tirarnos al suelo para protegernos. Una Nambu (una ametralladora japonesa ligera) había abierto fuego sobre nosotros.

Un amigo y yo nos acurrucamos detrás de una roca de coral mientras las balas de la ametralladora pasaban silbando. Él estaba a mi derecha. Como la roca era pequeña, nos arrimamos hombro con hombro y nos pegamos a ella en busca de protección. De pronto se oyó un escalofriante chasquido como si alguien hubiera partido un palo grande.

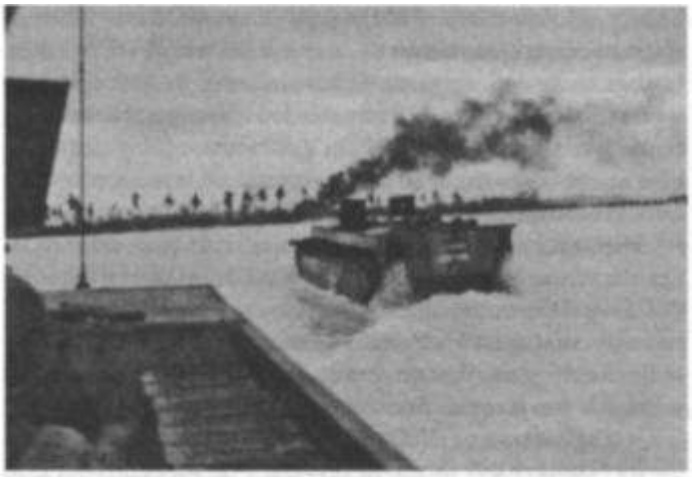
—¡Oh, Dios, me han dado! —gritó mi amigo y se tambaleó sobre su costado derecho. Se agarró el codo izquierdo con la mano derecha, gimiendo y haciendo muecas de dolor mientras se retorcía levantando polvo.

Un francotirador que había quedado rezagado nos había visto detrás de la roca y le había disparado. La bala lo había alcanzado en el brazo izquierdo, que tenía bien apretado contra mi brazo derecho. La Nambu estaba disparando un poco alto, pero no cabía duda de que el francotirador tenía la mira puesta en nosotros. Nos encontrábamos entre dos fuegos. Lo arrastré alrededor de la roca, fuera de la vista del francotirador, mientras las balas de la Nambu pasaban zumbando.

—¡Sanitario! —grité y Ken «Doc» Caswell, el sanitario de la sección de morteros, se arrastró hacia nosotros abriendo su bolsa para coger los artículos de primeros auxilios mientras se acercaba.

También llegó otro hombre para ver si podía ayudar. Cuando arranqué la

manga ensangrentada del brazo herido con mi Ka-Bar, Doc comenzó a ocuparse de la herida. Mientras se arrodillaba sobre su paciente, el otro marine colocó su Ka-Bar bajo la correa de la mochila del herido y le dio un fuerte tirón hacia arriba para cortar la mochila. La afilada hoja rebanó la gruesa correa como si fuera un trozo de cordel. Sin embargo, antes de que el marine pudiera detener el movimiento ascendente, el cuchillo cortó a Doc en la cara hasta el hueso.



Ataque contra Ngesebus. Vista desde un tractor anfibio durante el cruce en la tercera oleada desde Peleliu. Fotografía del USMC.

Doc retrocedió dolorido debido a la estocada. La sangre le corría por el rostro desde el feo tajo que tenía a la izquierda de la nariz. Recuperó el equilibrio de inmediato y volvió ocuparse del brazo destrozado como si no hubiera pasado nada. El torpe marine se insultó a sí mismo por su metedura de pata mientras yo le preguntaba a Doc qué podía hacer para ayudarlo. A pesar del considerable dolor, Doc siguió con su trabajo. Con voz suave y tranquila me indicó que sacara un aposito de campaña de su bolsa y se lo apretara fuerte contra la cara para detener la hemorragia mientras él terminaba de ocuparse del brazo herido. Tal era la dedicación desinteresada de los sanitarios de la armada que servían en las unidades de infantería de los marines. No es de extrañar que les tuviéramos en tan gran estima. (Más tarde Doc hizo que se ocuparan de su cara y regresó con la sección de morteros al cabo de un par de horas.)

Ngesebus: Las tropas de asalto (K/3/5) se desplazan tierra adentro. Fotografía del USMC.

Mientras hacía lo que Doc me indicaba, les grité a dos marines que venían hacia nosotros y señalé en dirección al francotirador. Se marcharon rápido hacia la playa y le hicieron señas a un carro de combate. Para cuando un equipo de camilleros llegó y se llevó a mi amigo herido, los dos hombres pasaron trotando, saludaron con la mano y uno dijo:

—Cogimos a ese cabrón, no va dispararle a nadie más.

La Nambu había dejado de disparar y un suboficial nos hizo señas para que avanzáramos. Antes de partir, dirigí la mirada hacia la playa y vi a los heridos que podían caminar yendo de regreso a la playa.

Después de adentrarnos en la isla, recibimos órdenes de montar los morteros cerca de un fortín japonés y prepararnos para disparar contra el enemigo situado al frente de nuestra compañía. Le preguntamos al sargento de artillería de la Compañía K, el sargento de artillería W. R. Saunders, si sabía si había tropas enemigas en el bunker. Parecía que no había sufrido desperfectos. Respondió que algunos hombres habían lanzado granadas por los conductos de ventilación y que estaba seguro de que no había enemigos vivos dentro.

Snafu y yo comenzamos a montar nuestro mortero a metro y medio del bunker. El mortero número uno se encontraba a unos cinco metros a nuestra izquierda. El cabo R. V. Burgin estaba conectando el teléfono autoalimentado para recibir órdenes de tiro del sargento Johnny Marmet, que estaba observando.

Oí algo a mi espalda en el fortín. Unos japoneses hablaban en voz baja y nerviosa. Algo de metal repiqueteó contra una rejilla de hierro. Agarré mi carabina y grité:

—Burgin, hay japos en ese fortín.

Todos los hombres prepararon sus armas mientras Burgin se acercaba a echar un vistazo y me tomaba el pelo:

—Caramba, Mazo, está perdiendo la chaveta.

Miró por la lumbrera de ventilación situada justo detrás de mí. Era bastante pequeña, aproximadamente de quince centímetros por veinte, y estaba cubierta con barras de hierro con una separación de un centímetro y medio más o menos. Lo que vio provocó una sarta de maldiciones en su mejor estilo tejano contra todos los japos. Asomó la boca de su carabina entre las barras, disparó dos tiros rápidos y exclamó:

—Los tengo junto delante de las narices.

Los japoneses del interior del fortín comenzaron a parlotear en voz alta. Burgin apretaba los dientes y los llamaba «hijos de puta» mientras seguía disparando a través de la abertura.

Todos los hombres de la sección de morteros estuvieron listos para enfrentarse a cualquier problema en cuanto Burgin disparó el primer tiro. Éste llegó en forma de una granada lanzada fuera de la última entrada a mi izquierda. Me pareció tan grande como un balón de fútbol americano.

—¡Granada! —chillé y me lancé detrás del parapeto de arena que protegía la entrada del fortín.

El banco de arena medía un metro veinte de alto más o menos y tenía forma de «L» para proteger los disparos procedentes del frente y los flancos. La granada estalló, pero no alcanzó a nadie.

Los japoneses arrojaron varias granadas más sin causarnos heridas porque estábamos pegados al suelo. La mayoría de los hombres se arrastraron hasta la parte delantera del fortín y se agacharon junto a él, entre las troneras, de modo que los del interior no pudieran dispararles. John Redifer y Vincent Santos saltaron encima del bunker. Las cosas se calmaron.

Yo era el que estaba más cerca de la puerta, así que Burgin me gritó:

—Mire dentro y vea qué pasa, Mazo.

Como me habían adiestrado para aceptar órdenes sin preguntar, levanté la cabeza por encima del banco de arena y atisbé dentro del bunker. Casi me cuesta la vida. A poco más de metro y medio de mí había un servidor de ametralladora japonés agazapado. Sus ojos eran puntos negros en un rostro moreno e impasible rematado con el consabido casco en forma de seta. La boca de su ametralladora

ligera me miraba como si se tratara de un tercer ojo gigantesco.

Por suerte para mí, yo reaccioné primero. Puesto que no tenía tiempo de colocar la carabina en posición de tiro, agaché la cabeza tan rápido que casi se me vuela el casco. Una fracción de segundo después, él disparó una ráfaga de seis u ocho balas. Los proyectiles abrieron un surco en el banco justo por encima de mi cabeza y me cubrieron de arena. Los oídos me zumbaban y sentía como si tuviera el corazón en la garganta ahogándome. ¡Tenía que estar muerto! No podía haber fallado a esa distancia.

Un millón de pensamientos pasaron veloces por mi aterrorizada mente: que si mis padres casi habían perdido a su hijo más pequeño, que menuda estupidez había cometido al mirar directamente dentro de un fortín lleno de japoneses sin ni siquiera tener la carabina preparada y lo mucho que odiaba al enemigo en general. Muchos marines veteranos habían perdido ya su vida en Peleliu por cometer un error más pequeño que el que yo acababa de hacer.

Burgin me preguntó a gritos si estaba bien. Un graznido ronco fue todo lo que pude ofrecer como respuesta, pero su voz me hizo entrar en razón. Me arrastré hasta la parte delantera y luego me subí encima del bunker antes de que el servidor de la ametralladora enemiga pudiera volver a intentar darme.

Redifer exclamó:

—Tienen un arma automática ahí dentro.

Snafu no estuvo de acuerdo y a continuación tuvo lugar una animada discusión. Redifer señaló que estaba claro que había un arma automática allí y que yo debería saberlo porque casi me vuela la cabeza. No obstante, Snafu se mantuvo inflexible. Como mucho de lo que viví en combate, esta conversación era inverosímil. Allí estábamos: doce marines entre los cuernos de un toro representado por un fortín de hormigón que contenía un número indeterminado de japoneses sin tropas amigas cerca de nosotros y Snafu y Redifer —veteranos— enzarzados en una bronca discusión.

—Déjenlo ya —bramó Burgin, y se callaron.

Redifer y yo nos tendimos boca abajo encima del bunker, justo sobre la puerta. Sabíamos que debíamos reducir a los japoneses mientras estaban atrapados o se nos echarían encima con cuchillos y bayonetas, una idea que no nos entusiasmaba a ninguno de nosotros. Redifer y yo nos encontrábamos lo suficientemente cerca de la puerta para meter granadas por la abertura y retroceder antes de que estallasen. Pero los japoneses siempre nos las devolvían antes de la explosión. Sentí el irresistible impulso de hacer lo mismo. A pesar de lo breve que había sido nuestro encuentro cara a cara, había empezado a sentir un

fuerte odio personal por aquel servidor de ametralladora que casi me arranca la cabeza de los hombros. Mi miedo disminuyó hasta convertirse en una fría ira asesina y un vengativo deseo de desquitarme.

Redifer y yo atisbamos con cautela por encima de la puerta. No pudimos ver al servidor de la ametralladora, pero nos fijamos en tres largos cañones de fusiles Arisaka con bayonetas caladas. Me dio la impresión de que aquellas bayonetas medían tres metros de largo. Sus dueños farfullaban con excitación, al parecer planeaban salir en estampida. Redifer actuó rápido. Sujetó su carabina por el cañón y utilizó la culata para derribar los fusiles. Los japoneses volvieron a meter sus armas bruscamente en el bunker en medio de mucho parloteo.

A nuestra espalda, Santos anunció que había localizado un conducto de ventilación sin tapa. Comenzó a lanzar granadas dentro. Cada una estalló en el fortín debajo de nosotros con un «bum» apagado. Cuando utilizó todas las suyas, Redifer y yo le pasamos nuestras granadas mientras vigilábamos la puerta.

Después de que Santos hubiera dejado caer varias, nos pusimos en pie y comenzamos a discutir con Burgin y los demás la posibilidad de que aún pudiera haber alguien con vida dentro. (En aquel momento no sabíamos que el interior estaba subdividido mediante tabiques de hormigón para obtener más protección.) Obtuvimos nuestra respuesta cuando lanzaron fuera dos granadas. Por suerte para los hombres que acompañaban a Burgin, las granadas salieron por la parte posterior. Santos y yo les gritamos advirtiéndoles y nos tiramos al suelo sobre la arena de la parte superior del fortín, pero Redifer simplemente levantó el brazo para cubrirse la cara. Recibió varios fragmentos en el antebrazo, pero no resultó herido de gravedad.

—Larguémonos de aquí y traigamos un tanque para que nos ayude a destruir esta maldita cosa. —vociferó Burgin.

Nos ordenó que nos retiráramos a unos cráteres que se encontraban a unos cuarenta metros del fortín. Enviamos un mensajero a la playa a traer un lanzallamas y un carro anfibio armado con un cañón de 75 mm.

Cuando nos metimos en el cráter, tres soldados nipones salieron corriendo por la puerta del fortín, dejaron atrás el banco de arena y se dirigieron hacia los matorrales. Todos llevaban su fusil con bayoneta en la mano derecha y se sostenían los pantalones con la izquierda. Este acto me asombró tanto que me quedé mirando sin dar crédito a lo que veía y no disparé mi carabina. No tenía miedo, como me había sucedido durante el bombardeo, sólo estaba lleno de una salvaje excitación. Mis compañeros fueron más eficientes que yo y acabaron con los enemigos con una lluvia de balas. Se felicitaron unos a otros mientras yo me

reprendía a mí mismo por preocuparme más por las extrañas costumbres japonesas que por resultar efectivo en combate.

A estas alturas, resultó grato ver el carro que se acercaba traqueteando a nosotros. Cuando se situó en posición, varios japoneses más salieron corriendo del fortín en un grupo cerrado. Algunos sostenían los fusiles con bayonetas con ambas manos, pero otros llevaban los fusiles en una mano y se sostenían los pantalones con la otra. Ya había superado mi sorpresa inicial, así que me sumé a los disparos de los demás y de la ametralladora del tractor. Se desplomaron sobre el coral caliente formando una triste maraña de piernas desnudas, fusiles y cascos. No sentimos lástima por ellos, sino que nos regocijamos con su destino. Nos habían disparado y bombardeado demasiadas veces y habíamos perdido demasiados amigos para sentir compasión por el enemigo.

Un servidor de lanzallamas apoyado por fusileros quema un emplazamiento enemigo. Peleliu. Fotografía del USMC.

El carro se apostó a nuestra altura. Su jefe, un sargento, consultó a Burgin. Entonces, el artillero de la torreta disparó tres obuses perforantes de 75 mm contra un lado del fortín. Los oídos nos zumbaron con cada uno de ellos con el conocido «zas... bum» mientras a la detonación del cañón le seguía rápidamente la explosión del proyectil contra un blanco a poca distancia. El tercer obús abrió un agujero de lado a lado del fortín. Los fragmentos levantaron polvo alrededor de las mochilas y morteros que habíamos dejado abandonados. En el extremo situado más cerca de nosotros, el agujero tenía aproximadamente un metro veinte de diámetro. Burgin les gritó a los sirvientes del carro que detuvieran los disparos para que nuestro equipo no se dañara.

Alguien comentó que si los fragmentos no habían matado a los de dentro, la onda expansiva lo habría hecho. Sin embargo, antes incluso de que el polvo se asentara, vi aparecer un soldado japonés en el boquete abierto. Era la implacable

resolución personificada mientras echaba el brazo atrás para lanzarnos una granada.

Ya tenía mi carabina en alto. Cuando apareció, alineé la mira con su pecho y comencé a soltar una ráfaga de disparos. Su rostro se contrajo de dolor en el momento en el que la primera bala lo alcanzó. Se le doblaron las rodillas. La granada se le resbaló de los dedos. Todos los hombres que se encontraban cerca de mí, incluido el servidor de la ametralladora del carro anfibio, lo habían visto y habían comenzado a disparar. El soldado se desplomó ante la descarga cerrada y la granada estalló a sus pies.

Incluso en medio de estos rápidos acontecimientos, bajé la mirada hacia mi carabina con sobria reflexión. Acababa de matar a un hombre a quemarropa. Me impresionó ver el dolor reflejado en su rostro con claridad cuando mis balas le alcanzaron. De pronto la guerra se convirtió en un asunto muy personal. La expresión de la cara de aquel hombre me llenó de vergüenza y luego de indignación ante la guerra y todo el sufrimiento que estaba causando.

Mi experiencia de combate hasta el momento me hizo comprender que tales sentimientos hacia un soldado enemigo no eran mas que las sensibleras meditaciones de un idiota. ¡Allí estaba yo, un miembro del 5.° Regimiento de marines —uno de los regimientos más antiguos, selectos y duros del cuerpo de marines— avergonzándose de haberle disparado a un maldito enemigo antes de que pudiera lanzarme una granada! Me sentí como un tonto y le di gracias a Dios por que mis compañeros no pudieran leerme el pensamiento.

La orden de Burgin de que continuáramos disparando hacia la abertura interrumpió mis cavilaciones. Mantuvimos un fuego constante hacia el interior del fortín para tener a los japoneses inmovilizados mientras llegaba el lanzallamas, a manos del cabo Womack, de Mississippi. Se trataba de un tipo valiente y campechano que gozaba de popularidad ente las tropas, pero era uno de los marines de aspecto más temible que he visto. Era grande y fornido, y tenía una barba de un rojo encendido toda salpicada de polvo blanco de coral. Me recordó a un feroz vikingo. Me alegré de que estuviéramos en el mismo bando.

Encorvado bajo los pesados depósitos que llevaba a la espalda, Womack se acercó al fortín con su ayudante justo al borde de nuestra línea de tiro. Detuvimos los disparos cuando llegaron a unos quince metros del objetivo. El ayudante hizo girar una válvula en el lanzallamas. A continuación, Womack apuntó la boca hacia el boquete que había abierto el cañón de 75 mm. Apretó el disparador. Las llamas saltaron hacia la brecha con un «zuuuuum». Se oyeron algunos gritos sordos, luego todo quedó en silencio.

Ni siquiera los estoicos japoneses podían contener el dolor de morir quemados y asfixiados. No obstante, no había más posibilidades de que se rindieran a nosotros de las que habría habido de que lo hiciéramos nosotros si alguna vez nos hubiéramos visto enfrentados a la posibilidad de capitular. En el combate con los japoneses, la rendición estaba descartada.

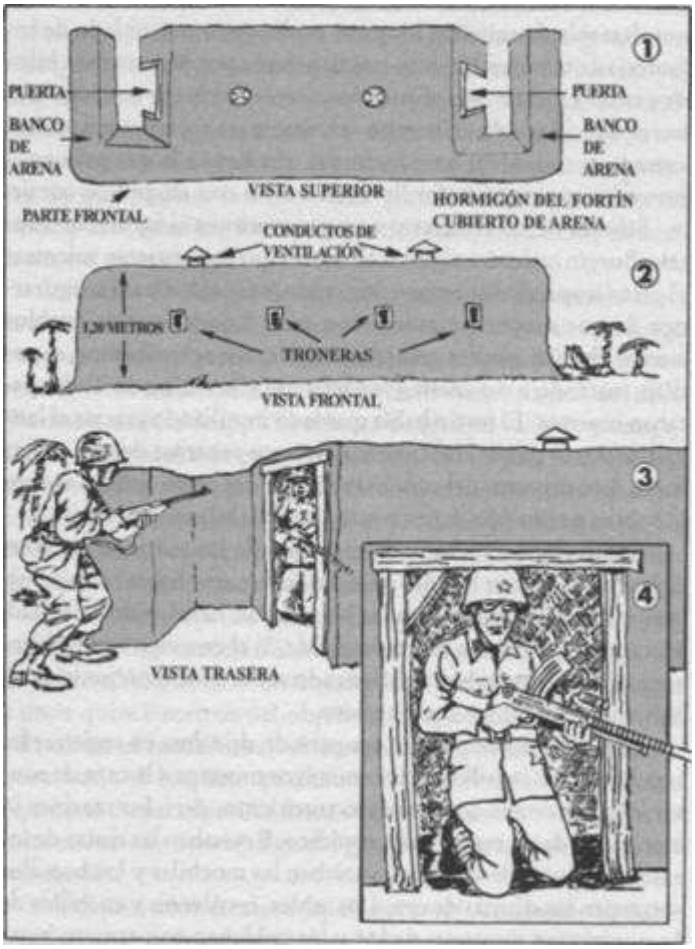
En medio de nuestros gritos de felicitación, Womack y su compañero emprendieron el regreso al cuartel general del batallón para aguardar a que los llamaran para ir a otro punto en algún lugar del campo de batalla... o perder la vida intentándolo. Probablemente el trabajo de servidor del lanzallamas era el menos deseable de aquellos a los que podía optar un soldado de infantería de marines. Transportar depósitos con unos treinta kilos de gasolina gelatinosa inflamable a través del fuego enemigo por terreno accidentado en tiempo caluroso para rociar con llamas la entrada de una cueva o un fortín era una tarea a la que pocos sobrevivían, pero que todos llevaban a cabo con magnífico coraje.

Salimos de los cráteres y nos aproximamos al fortín con cautela. Burgin ordenó a algunos hombres que lo cubrieran mientras el resto inspeccionábamos a los japoneses caídos para asegurarnos de que ninguno siguiera con vida. Los japoneses heridos siempre hacían estallar granadas cuando nos acercábamos, si podían, matando a sus enemigos junto con ellos mismos. Todos estaban muertos. El fortín había quedado inutilizado gracias al lanzallamas y al carro. Había siete enemigos muertos dentro y diez fuera. Los disparos del cañón de 75 mm del carro anfibio apenas le habían producido daños a nuestras mochilas y morteros.

De los doce servidores de morteros de los marines, nuestras únicas bajas fueron Redifer y Leslie Porter, que había recibido algunos fragmentos de granada. No estaban heridos de gravedad. Habíamos tenido una suerte increíble. Si el enemigo nos hubiera sorprendido y se hubiera abalanzado sobre nosotros, podríamos habernos visto en un buen aprieto.

Los hombres emplearon ese período de calma en registrar las mochilas y los bolsillos de los enemigos muertos a la caza de souvenires. Se trataba de un asunto truculento, pero los marines lo ejecutaban de un modo muy metódico. Revisaban las cintas de los cascos en busca de banderas, vaciaban las mochilas y los bolsillos y extraían los dientes de oro. Los sables, revólveres y cuchillos de haraquiri eran muy apreciados y los cuidaban con esmero hasta que pudieran enviárselos a su familia en casa o vendérselos a algún piloto o marinero por un jugoso precio. Los fusiles y otras armas más grandes por lo general se inutilizaban. Pesaban demasiado para llevarlas. Las tropas de retaguardia las recogerían despues. Los hombres de las compañías de fusiles se lo pasaban muy bien bromeando sobre los espeluznantes relatos que aquella gente, que nunca había visto un japonés vivo y a

la que no le habían disparado, contaría probablemente tras la guerra.



Los hombres se regodeaban, comparaban y a menudo intercambiaban sus premios. Constituía un ritual brutal y espantoso como ha ocurrido desde la antigüedad en campos de batalla donde los contrincantes son presa de un profundo odio mutuo. Era incivilizado, como lo es todo en la guerra, y se llevaba a cabo con aquel salvajismo particular que caracterizó el enfrentamiento entre los marines y los japoneses. No se trataba simplemente de buscar souvenires o saquear al enemigo muerto; más bien eran como guerreros indios arrancando cabelleras.

Mientras le quitaba una bayoneta y una vaina a un japonés muerto, me fijé en un marine que se encontraba cerca. No pertenecía a nuestra sección de morteros pero había pasado por casualidad y quería participar en el botín. Se acercó a mí arrastrando lo que supuse que era un cadáver. Pero el japonés no estaba muerto. Había sido herido de gravedad en la espalda y no podía mover los brazos; de lo

contrario, habría opuesto resistencia hasta su último aliento.

La boca del nipón resplandecía con enormes dientes con fundas de oro, y su captor los quería. Apoyó la punta de su Ka-Bar contra la base de un diente y golpeó el mango con la palma de la mano. Como el japonés pataleaba y se retorcía, la punta del cuchillo rebotó en el diente y se hundió en la boca de la víctima. El marine lo insultó y le abrió las mejillas hasta las orejas de un tajo. Puso un pie sobre la mandíbula inferior del infortunado y lo intentó de nuevo. La sangre manó de la boca del soldado. Este emitió un gorgoteo y se sacudió como loco. Grité:

—Mátalo para que no siga sufriendo.

La única respuesta que obtuve fue que me insultara. Otro marine se acercó corriendo, le metió una bala en el cerebro al soldado enemigo y puso fin a su dolor. El carroñero refunfuñó y continuó extrayendo tranquilo sus premios.

Tal era la increíble crueldad que podían cometer hombres decentes cuando se veían reducidos a una existencia salvaje en su lucha por la supervivencia en medio de la muerte violenta, el horror, la tensión, la fatiga y la mugre. Nuestro código de conducta hacia el enemigo se diferenciaba de manera drástica del que prevalecía detrás, en el puesto de mando de la división.

La lucha por la supervivencia continuó día tras agotador día, noche tras aterradora noche. Los desembarcos y las cabezas de playa y los detalles de los primeros dos o tres días y noches de una campaña se recuerdan con gran viveza; después de eso, el tiempo perdía todo sentido. Un período de calma de horas o días no parecía más que un breve instante de tranquilidad caída del cielo. Estar tendido en una trinchera soportando una descarga enemiga de artillería o morteros o aguardando para atravesar a la carrera terreno abierto bajo fuego de ametralladoras o artillería desafiaba cualquier concepto de tiempo.

Para los no combatientes y aquellos al margen de la acción, la guerra sólo significaba aburrimiento o excitación de vez en cuando; sin embargo, para aquellos que se introducían en la picadora de carne propiamente dicha, la guerra suponía un averno de horror del que resultaba cada vez menos probable escapar a medida que las bajas aumentaban y los enfrentamientos se hacían interminables. El tiempo carecía de sentido, la vida carecía de sentido. La encarnizada lucha por la supervivencia en el abismo de Peleliu corroyó la capa de civilización y nos convirtió en salvajes. Existíamos en un entorno completamente incomprensible para los hombres que se encontraban detrás de las líneas (tropas de servicio y civiles).

Una excursión al interior del fortín por parte de Redifer y Burgin resolvió el

misterio de cómo habían sobrevivido algunos de los ocupantes a las granadas y las explosiones de los obuses. (Burgin le disparó a un soldado dentro que se estaba haciendo el muerto.) Unas paredes de hormigón dividían el bunker en compartimentos conectados mediante pequeñas aberturas. Tres o cuatro soldados enemigos ocupaban cada compartimento, que contaba con sus propias troneras hacia el exterior. Habríamos tenido que inutilizar cada uno por separado si no hubiéramos contado con la ayuda de Womack y su lanzallamas.

Cuando nuestro sargento vino y vio los resultados de nuestro encuentro con el fortín que él había pensado que estaba vacío, parecio avergonzarse. Se quedó mirando asombrado a los enemigos muertos desperdigados por el suelo. Le tomamos bien el pelo a cuenta de ello... o, más bien, llegamos a lo que más se aproximaba a tomarle el pelo que los soldados rasos nos permitíamos con el severo sargento Saunders. He pensado muchas veces que deberían haber condecorado a Burgin por las magníficas dotes de mando que demostró al coordinar y dirigir la destrucción del fortín. Estoy seguro de que han condecorado a hombres por menos.

Montamos nuestros dos morteros en un gran cráter cerca del fortín ahora destruido y alineamos las armas para la noche. Los portamuniciones se atrincheraron en el coral más suave que rodeaba el borde del cráter. Un carro trajo raciones y una carga de tiro para la compañía. El viento comenzó a soplar con fuerza y el cielo se encapotó. Mientras la oscuridad se asentaba, unas pesadas nubes cruzaron el cielo. La escena me recordó a cuando se acercaba un huracán en la costa del Golfo, allá en casa.

A poca distancia por detrás de nosotros, el calor de las llamas que ardían en el fortín hizo estallar las granadas y la munición para armas ligeras de los japoneses. A lo largo de la noche, los cambios de viento nos trajeron de vez en cuando el nauseabundo olor a carne quemada. Cayó una lluvia torrencial y el viento sopló con fuerza. Los buques dispararon cohetes luminosos para ofrecerle luz a nuestro batallón. Sin embargo, en cuanto el paracaídas de un cohete luminoso se abría, el viento lo arrastraba rápidamente como si fuera una mano invisible. El enemigo se mantenía bastante tranquilo en los pocos cientos de metros que todavía conservaban en el extremo septentrional de la isla.

A la mañana siguiente, de nuevo con la ayuda de tanques y carros anfibios, nuestro batallón tomó la mayor parte del resto de Ngesebus. Nuestras bajas fueron sorprendentemente bajas para el número de japoneses que matamos.[32] A media mañana nos enteramos de que una unidad del ejército nos relevaría dentro de poco y completaría el trabajo en el extremo norte de Ngesebus.

Nuestra sección de morteros se detuvo para esperar órdenes y nos

dispersamos entre unos matorrales. Entre nosotros se encontraban los restos de una ametralladora pesada nipona y los cadáveres del pelotón a los que había aniquilado la Compañía K. Los miembros del pelotón habían muerto en las posiciones exactas fijadas por el reglamento.

A primera vista daba la impresión de que el artillero muerto estaba a punto de disparar su mortífera arma. Seguía sentado muy erguido en la posición de tiro, detrás de la recámara de su ametralladora. Incluso muerto sus ojos estaban clavados en la mira del arma. A pesar de la mirada vacía de sus pupilas dilatadas, me parecía increíble que estuviera muerto. Un escalofrío me recorrió la columna. Se me erizó la piel de la espalda. Era como si mirara hacia la eternidad a través de mí. Parecía que en cualquier momento levantaría las manos —que descansaban relajadas sobre sus muslos—, agarraría las asas de la recámara y apretaría el disparador. Las resplandecientes balas del peine parecían tan preparadas como el artillero, deseosas de salir a toda velocidad, de matar y herir a más «demonios americanos». Pero él se pudriría y las balas se corroerían. Ni él ni su munición podrían hacer nada más por el emperador.

El servidor de la ametralladora había perdido la parte superior del cráneo, probablemente debido a una de nuestras armas automáticas. Su acribillado casco se encontraba en el suelo, como una lata perforada. El ayudante del artillero estaba tendido junto al arma. Al parecer, acababa de abrir una pequeña caja verde de madera llena de cargadores para ametralladora cuando lo mataron. Varios soldados japoneses más, portamuniciones, yacían detrás del arma.

Un fusilero de la Compañía K que había participado en el enfrentamiento que había acabado con la dotación de la ametralladora se sentó sobre su casco cerca y nos relató la historia. El combate había tenido lugar el día anterior, mientras la sección de morteros luchaba en el fortín. El fusilero dijo:

—Lo que no me cabía en la cabeza era el modo en el que esos portamuniciones podían corretear por aquí con esas cajas de munición tan pesadas a la espalda.

Cada caja de munición contaba con dos correas de cuero y cada porteador llevaba una de las pesadas cajas a la espalda con las correas alrededor de los hombros. Levanté una de las arcas de munición. Pesaba más que nuestro mortero. Lo que a los japoneses les faltaba de altura, lo compensaban con músculo.

—Yo no soportaría tener que andar con eso a cuestas, ¿no os parece? —preguntó el marine—. Cuando los alcanzan, caen al suelo como ladrillos por el peso —continuó.

Mientras hablábamos, me fijé en un compañero de morteros que estaba

sentado a mi lado. Sostenía un puñado de piedrecitas de coral en la mano izquierda. Con la derecha, las lanzaba despreocupadamente dentro del cráneo abierto del servidor de la ametralladora japonesa. Cada vez que acertaba me llegaba a los oídos un pequeño chapoteo como de agua. Mi compañero tiraba los pedazos de coral con la misma tranquilidad que un niño lanzaría guijarros en un charco. No había nada malintencionado en su proceder. La guerra nos había insensibilizado tanto que resultaba increíble.

Vi varios dientes de oro brillando intensamente entre los labios de varios de los japoneses muertos que estaban tendidos a nuestro alrededor. Cosechar dientes de oro de los muertos era otra de las prácticas habituales en el combate que yo no había practicado hasta ese momento. Sin embargo, al detenerme junto a un cadáver con un número especialmente tentador de fundas brillantes, saqué mi cuchillo y me incliné para realizar las extracciones.

Una mano me agarró por el hombro y me puse derecho para ver de quién se trataba.

—¿Qué vas a hacer, Mazo? —preguntó Doc Caswell. Su expresión era una mezcla de tristeza y reproche mientras me miraba fijamente.

—Coger unos dientes de oro —contesté.

—No lo hagas.

—¿Por qué no, Doc?

—¿Qué pensarían tus padres si lo supieran?

—Bueno, mi padre es médico y apuesto a que pensaría que era bastante interesante —repuse mientras me agachaba para reanudar mi tarea.

—¡No! ¡Los gérmenes, Mazo! Podrían contagiarte gérmenes.

Me detuve, le dirigí una mirada inquisitiva a Doc y dije:

—¿Gérmenes? Vaya, no había pensado en eso.

—Sí, has de tener cuidado con los gérmenes de todos estos japos muertos, ¿sabes? —afirmó con vehemencia.

—Buen, entonces supongo que será mejor que simplemente le corte la insignia del cuello de la camisa y le deje los asquerosos dientes en paz. ¿Crees que eso es seguro, Doc?

—Supongo que sí —respondió asintiendo con la cabeza.

Al meditar sobre ese episodio después de la guerra, comprendí que Doc Caswell en realidad no estaba pensando en gérmenes. Era un gran amigo y una

persona buena y admirable a quien la guerra no había acabado con su sensibilidad. No estaba haciendo más que tratar de ayudarme a conservar algo de la mía y a no volverme totalmente insensible.

Ahora había pocos disparos porque el 3/5 se estaba preparando para retirarse. Nuestros tanques, dos de los cuales habían estado estacionados cerca de nosotros, se dirigieron hacia la playa. Al verlos alejarse traqueteando y vibrando, esperé que no se estuvieran marchando antes de tiempo.

De pronto, nos sobresaltó la aterradora detonación de una pieza de artillería japonesa de 75 mm a poca distancia, a nuestra derecha. Nos tiramos al suelo. El chillido y la explosión del proyectil llegaron un instante después. Los fragmentos rasgaron el aire. El cañón volvió a disparar.

—Santo Cielo, ¿qué es eso? —preguntó jadeando un hombre que se encontraba cerca de donde yo estaba.

—Es un Nip 75, y está cerca, por Dios —apuntó otro.

Podía sentir la sacudida y las ondas de presión del rebufo cada vez que el cañón disparaba. Estaba aterrorizado. Comenzamos a oír gritos a nuestra derecha:

—Sanitario.

—Por el amor de Dios, que vuelvan a traer esos tanques —exclamó alguien.

Dirigí la mirada hacia los blindados justo a tiempo para ver cómo varios daban media vuelta y regresaban a toda velocidad para ayudar a los soldados de infantería inmovilizados.

—Sección de morteros, preparados —ordenó alguien.

Quizá nos llamaran para que disparásemos contra el cañón enemigo, pero aún no conocíamos su posición.

Los carros de combate entraron en acción y destruyeron el arma casi de inmediato. Llegaron gritos desde nuestra derecha pidiendo sanitarios y camilleros. Varios de nuestros portamuniciones fueron con los sanitarios para hacer de camilleros. Nos llegó la noticia de que el espantoso fuego a bocajarro del cañón enemigo había causado bastantes bajas. La mayoría de las bajas formaban parte de la compañía que estaba a nuestra derecha.

Nuestros portamuniciones y sanitarios regresaron poco después con un angustioso relato sobre los hombres situados a nuestro lado y que habían quedado atrapados justo en frente del cañón japonés cuando éste abrió fuego desde una posición camuflada. Al ver el rostro de uno de nuestros hombres, supe lo grave que había sido. Parecía estar horrorizado. Lo había visto reír e insultar a menudo a

los japoneses cuando nos encontrábamos bajo un intenso bombardeo o corríamos para apartarnos de los disparos de una ametralladora o un francotirador. Nunca a lo largo de toda la campaña de Peleliu, ni después, durante los sangrientos enfrentamientos en Okinawa, vi una expresión semejante en su rostro.

Hizo una mueca mientras describía cómo él y el hombre que lo acompañaba colocaron a uno de los heridos, uno al que todos conocíamos, en una camilla.

—Sabíamos que estaba grave y que había perdido el conocimiento. Yo intenté levantar al pobre tipo por debajo de los hombros y él —señaló al otro servidor de morteros— lo cogió por las rodillas. Cuando ya casi lo teníamos en la camilla, el cuerpo del pobre desgraciado se deshizo. ¡Dios! ¡Fue espantoso!

El y el hombre que lo acompañaba apartaron la mirada mientras todos gemían y sacudían la cabeza. Nos había aterrorizado que el cañón enemigo disparara a bocajarro de ese modo. Fue una experiencia horrible. Ya había sido bastante malo para nosotros, pero fue insoportable para aquellos desdichados que estaban en la línea directa de fuego.

Nuestra compañía se encontraba lejos y no había sufrido bajas, pero se trató de una de las experiencias más horrorosas que sufrí durante la guerra. Como he dicho antes, ser bombardeado era espantoso, y ser bombardeado en terreno abierto a pie era horrible; pero ser bombardeados a bocajarro resultó tan espeluznante que casi siembra el pánico entre los más fuertes y duros de nosotros. Las palabras no pueden expresar la impresionante sensación de sentir los rebufos que acompañaban a los chillidos y sacudidas de aquellos proyectiles de artillería disparados desde un cañón que se encontraba tan cerca. Sentimos una profunda compasión por nuestros compañeros, que habían recibido toda su fuerza destructora.

A lo largo de la tarde, mientras esperábamos a la infantería del ejército, nos quedamos sentados como atontados mirando la nada con una mirada de zombi. La impresión, el horror, el miedo y la fatiga de quince días de combate nos estaban agotando física y emocionalmente. Podía verlo en los rostros sucios y barbudos de los compañeros que me quedaban: tenían una mirada ojerosa y ausente, característica de los hombres que soportan una tensión extrema durante días y noches enteros.

«Breve pero difícil. Tres días, puede que cuatro.» Eso era lo que había dicho el general al mando antes de Peleliu. Ahora ya llevábamos quince espantosos días y sin final a la vista.

Sentí que me ahogaba. Les volví la espalda a los hombres que tenía en frente mientras me sentaba en el casco y me llevé las manos a la cara para intentar

ahuyentar la realidad. Comencé a sollozar. Cuanto más intentaba parar, más empeoraba. Mi cuerpo se estremecía y temblaba. Las lágrimas escapaban de mis ardientes ojos. Me daba rabia y me repugnaba ver a jóvenes sanos resultar heridos y morir día tras día. Sentía que no podía aguantarlo más. Estaba tan terriblemente cansado y tan desgarrado emocionalmente por tener miedo durante días y días que me parecía que no me quedaban fuerzas de reserva.

Los muertos estaban a salvo. Aquellos que habían recibido una herida de un millón de dólares tenían suerte. Ninguno de los que quedábamos teníamos ni idea de que sólo estábamos a medio camino de lo que iba a ser un suplicio de un mes para el 5.° y el 7.° de marines.

Sentí una mano en el hombro y levanté la mirada hacia los ojos cansados e inyectados en sangre de Duke, nuestro teniente.

—¿Qué ocurre, Mazo? —me preguntó con voz comprensiva.

Después de contarle cómo me sentía, afirmó—: Sé a qué se refiere. Yo siento lo mismo. Pero tómeselo con calma. Tenemos aguantar. Pronto habrá terminado y regresaremos a Pavuvu.

Su comprensión me aportó la fuerza que necesitaba, fuerza suficiente para soportar quince espantosos días y noches más.

Recibimos órdenes de retirarnos cuando llegaron largas filas de soldados acompañados de carros anfibios cargados de alambre de espino y suministros. Nos alegramos de ver a aquellos hombres del ejército. Mientras nos echábamos al hombro nuestras armas y cargas, un amigo me comentó:

—Me encantaría que pudiéramos atrincherarnos detrás de alambre de espino por la noche. Hace que uno se sienta más seguro.

Le expresé mi acuerdo mientras nos dirigíamos con paso cansino hacia la playa.

Tras volver a cruzar hasta el norte de Peleliu el 29 de septiembre, el 3/5 acampó al este de los montes Umurbrogol en la zona de Ngardololok. Estábamos familiarizados con esta área desde la primera semana de campaña. Era bastante tranquila y había sido la zona de campamento del destrozado 1.° de marines durante una semana más o menos después de que se retiraran de primera línea y aguardaran a los buques que los llevarían a Pavuvu.

Pudimos descansar, pero estábamos inquietos. Como de costumbre preguntamos por la suerte de los amigos de otras unidades, las más de las veces con resultados deprimentes. Se rumoreaba que el 5.° de marines debía unirse al 7.° de marines, que ya se encontraba combatiendo en aquellos temidos cerros de coral

que casi habían supuesto la destrucción del 1.° de marines. Los hombres intentaban no pensar en ello mientras se sentaban en la bochornosa sombra, preparaban café caliente en sus tazas, intercambiaban souvenires y charlaban. Desde el norte llegaba el constante tableteo de las ametralladoras y el estruendo de los obuses.

CAPÍTULO SEIS

La pérdida de muchos valientes

—Muy bien, muchachos, prepárense para coger raciones y munición. El batallón va a reforzar al 7.° de marines en los cerros.

Recibimos la desagradable aunque inevitable noticia con fatalista resignación mientras guardábamos nuestras armas y equipo. Según la información de la que disponíamos la cifra de bajas del 7.° de marines se acercaba con rapidez a la del 1.° de marines. Y los efectivos de nuestro regimiento no eran muchos más que los del 7.°. Todo Peleliu, salvo los cerros centrales, se encontraba ya en nuestras manos. El enemigo resistía en la zona de los Umurbrogol, un área de unos 400 por 1.200 metros en la parte más escarpada y difícil de los cerros.[33]

El terreno era tan increíblemente accidentado y confuso que casi nunca sabía dónde nos encontrábamos. Los oficiales eran los únicos que tenían mapas, así que las posiciones no significaban nada en mi mente. Un cerro se parecía a otro, era igual de escarpado y tenía defensas tan buenas como cualquier otro. Por lo general nos decían cómo se llamaba ésta o aquella cumbre o cerro de coral cuando atacábamos. Para mí sólo significaba que estábamos atacando el mismo objetivo donde habían ametrallado antes a otros batallones de marines.

Nos habíamos resignado a la sombría conclusión de que nuestro batallón no iba a abandonar la isla hasta que todos los japoneses estuvieran muertos o nos hubieran alcanzado a todos. Sólo existíamos de hora en hora, de día en día. Insensibilizadas por el miedo y la fatiga, nuestras mentes sólo pensaban en la supervivencia personal. El único resquicio de esperanza era una herida de un millón de dólares o que la batalla terminara pronto. Mientras se alargaba y las bajas aumentaban, nos dominó una sensación de desesperación. Daba la impresión de que la única escapatoria era morir o resultar herido. La voluntad de supervivencia se debilitó. Muchos hombres a los que conocía se volvieron sumamente fatalistas. Aunque cabe decir que nunca imaginabas del todo tu propia muerte. Siempre era el hombre de al lado. Sin embargo, resultar herido sí parecía inevitable. En una compañía de fusileros daba la impresión de que sólo era cuestión de tiempo. No podías escapar a la ley de promedios siempre.

El 3 de octubre, nuestro batallón llevó a cabo un ataque contra Five Sisters, una escarpada masa montañosa de coral con cinco cimas de paredes verticales. El

11.° de marines cubrió la zona con fuego de artillería antes del ataque. Disparamos una intensa descarga de mortero por delante de la compañía y las ametralladoras aportaron fuego de cobertura.

Interrumpimos los disparos un momento y observamos cómo los fusileros del 3/5 avanzaban hacia las laderas antes de que el fuego nipón los detuviera. Abrimos fuego con los morteros rápidamente para cubrir a nuestros hombres mientras se retiraban. Al día siguiente se repitió el mismo infructuoso ataque con idénticos y pésimos resultados.[34] Cada vez que nos ordenaban asegurar las armas después de que los fusileros dejaran de avanzar, la sección de morteros se preparaba para subir de camilleros. (Siempre dejábamos un par de hombres en cada arma por si se necesitaba fuego de mortero.) Normalmente lanzábamos una cortina de granadas de fósforo y humo, y los fusileros nos cubrían, pero los francotiradores enemigos disparaban sin cesar a los camilleros. Los japoneses se mostraban despiadados en este sentido, como en todo lo demás.

Debido al terreno accidentado, salpicado de piedras, y al intenso calor de Peleliu, se necesitaban cuatro hombres para transportar a un herido en una camilla. A todos en la compañía les tocaba hacer de camilleros casi todos los días. Todo el mundo coincidía en que era un trabajo agotador y peligroso.

El corazón me latía con fuerza a causa del miedo y el cansancio cada vez que colocábamos a un herido en una camilla, la levantábamos y luego atravesábamos a trompicones y con gran dificultad el agreste terreno, subiendo y bajando inclinadas pendientes mientras las balas del enemigo restallaban por el aire y silbaban y repiqueteaban al rebotar en las rocas. Los francotiradores alcanzaron a un camillero más de una vez. Pero, por suerte, nosotros siempre logramos arrastrar a todo el mundo detrás de las rocas hasta que llegaba ayuda. Con frecuencia, los morteros enemigos sumaban sus obuses al intento de detenernos.

Cada vez que cargaba, jadeando y con gran dificultad, con una camilla bajo los disparos, me maravillaba de la actitud de la víctima. Cuando estaba consciente, el marine herido daba la impresión de estar tranquilo y sumamente seguro de que lo sacaríamos vivo. Mientras llovían las balas y los obuses, algunas veces yo mismo dudaba que lo lográramos. Incluso pasando por alto los efectos del choque y la morfina que les administraban los sanitarios, la actitud de los marines heridos parecía serena. Cuando llegábamos a un lugar fuera de la línea de fuego, el marine solía alentarnos a dejarlo en el suelo para que pudiéramos descansar. Si no estaba herido de gravedad, nos deteníamos y fumábamos un cigarrillo. Lo animábamos pidiéndole que se acordara de nosotros cuando se encontrara a bordo del buque hospital.

Un Corsair lanza napalm sobre Five Sisters. Peleliu. Fotografía del USMC.

Aquellos cuyas heridas no eran tan graves siempre estaban muy animados y aliviados. Iban a escapar del infierno y expresaban su compasión por aquellos de nosotros que nos quedábamos atrás. En el caso de los heridos de mayor gravedad y los moribundos, llevábamos la camilla tan rápido como podíamos a un carro anfibio o a un jeep ambulancia que luego los trasladaba a toda prisa al puesto de socorro del batallón. Tras meterlos en un vehículo, nos tirábamos al suelo y tratábamos de recobrar el aliento.

Cuando hacía de camillero —avanzando penosamente, corriendo y arrastrándome por un terreno tan accidentado que a veces los porteadores de un extremo sostenían los brazos de la camilla por encima de su cabeza mientras los del otro extremo sujetaban los brazos de la camilla casi sobre las rocas para mantenerla en alto—, me aterraba pensar que la indefensa víctima pudiera caerse sobre el duro y afilado coral. Nunca vi que pasara, pero todos lo temíamos.

La aparente calma de nuestro heridos bajo el fuego enemigo provenía en parte de la confianza mutua que compartíamos. La idea de dejar detrás a los heridos se nos hacía intolerable a todos. Nunca lo hicimos, porque no cabía duda de que los japoneses los habrían torturado hasta matarlos.

Durante los ataques de nuestro batallón contra Five Sisters, nuestra primera línea estaba dispuesta en terreno bastante llano. Los morteros estaban atrincherados unos cuantos metros por detrás del frente. Toda la compañía se encontraba al descubierto y sabíamos que los japoneses nos vigilaban a toda hora desde sus guaridas en Five Sisters. Sólo recibíamos disparos de francotiradores y morteros cuando los nipones estaban seguros de causar el mayor número de bajas posible. Su disciplina de tiro era magnífica. Cuando disparaban, por lo general alcanzaban a alguien.

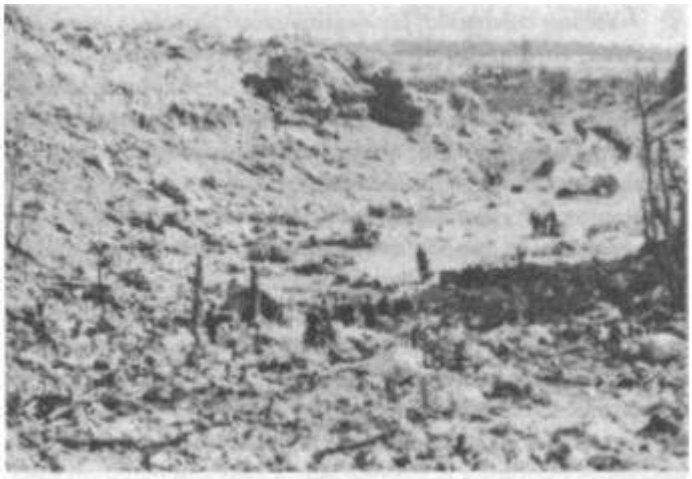
Cuando caía la noche era como estar en otro mundo. Entonces el enemigo salía de sus cuevas y se acercaba sigilosamente a nuestras filas para realizar incursiones durante toda la noche, todas las noches. Las incursiones llevadas a cabo por soldados enemigos individuales o en pequeños grupos comenzaban en cuanto anochecía. Lo normal era que un asaltante o más se acercara sin ser vistos a las posiciones de los marines, moviéndose durante los períodos de oscuridad entre las bengalas de mortero o los cohetes luminosos. Calzaban *tabis y* su capacidad para moverse en silencio por las desiguales rocas resultaba increíble. Conocían el terreno a la perfección. Llegaban corriendo de pronto, parloteando y farfullando sonidos incoherentes, a veces lanzaban una granada, pero siempre blandían un sable, una bayoneta o un cuchillo.

Imagen del traslado de un marine herido. Peleliu. Fotografía del USMC.

Su habilidad y audacia eran asombrosas, sólo comparables al modo sereno y disciplinado en que los marines se enfrentaban a sus ataques. Se requería estricta

disciplina de tiro por nuestra parte para evitar disparar a amigos si el enemigo llegaba a una posición antes de ser abatido. Lo único que podíamos hacer era escuchar en medio de la oscuridad los desesperados sonidos como de animales y el forcejeo cuando tenía lugar un combate cuerpo a cuerpo.

No se le permitía a nadie salir de su posición después del anochecer. Cada marine mantenía una atenta vigilancia mientras su compañero intentaba dormir. La confianza mutua era esencial. Nuestros hombres resultaban muertos o heridos con frecuencia en esos enfrentamientos de todas las noches, pero siempre matábamos al enemigo.



Traslado de marines heridos del terreno castigado por los obuses. Peleliu. Fotografía del USMC.

Una noche se acercaron tantos japoneses a algunas de las posiciones de vanguardia que nos llevó gran parte de la mañana siguiente matarlos a todos. Fue una labor difícil, ya que en cualquier dirección que dispararas podías darle a un marine. Al final, la excelente disciplina y control que pusieron de manifiesto los marines lograron acabar con todos los nipones sin que la Compañía K sufriera ninguna baja.

El único «percance» le ocurrió a los pantalones de mi amigo Jay. Jay pasó por delante de mi trinchera a paso lento, con las rodillas rígidas y torciendo el gesto.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—Maldita sea, te lo diré después —sonrió con vergüenza.

—Vamos, cuéntaselo, Jay —gritó socarronamente otro hombre que se encontraba cerca de él.

Varios hombres se rieron. Jay sonrió y les dijo que se callaran. Regresó al batallón caminando como un pato como si se tratara de un niño pequeñito que se hubiera ensuciado los pantalones, que era justo lo que había hecho. A estas alturas todos sufríamos graves casos de diarrea, y ésta había podido con Jay. Considerando lo que había sucedido, el incidente en realidad no era gracioso, resultaba comprensible.

Al amanecer, Jay se había colgado la carabina del hombro y se había alejado un poco de su trinchera para orinar. Al pasar por encima de un tronco, había pisado de lleno la espalda de un japonés que estaba tendido, escondido. Tanto Jay como el soldado enemigo reaccionaron al instante. Jay apuntó al pecho del japonés con su carabina a la vez que éste se ponía en pie de un salto. Apretó el gatillo. Clic. El percutor estaba roto y la carabina no disparó. Cuando el soldado enemigo tiró de la anilla de una granada de mano, Jay le lanzó la carabina. Fue más un acto de desesperación que otra cosa.

Death Valley, mirando al norte. Five Sisters a la derecha. Peleliu. Fotografía del USMC.

Mientras Jay se daba media vuelta y regresaba corriendo hacia nosotros gritando: «disparadle», el japonés lanzó la granada y le dio a mi amigo en medio de la espalda. La granada cayó al suelo y se quedó allí, sin estallar. A continuación, el nipón sacó su bayoneta. Echó a correr tras Jay agitándola como si fuera una espada.

Jay había divisado a un hombre que portaba un rifle automático y había corrido hacia él gritándole que le disparase al enemigo. El hombre del automático

se puso en pie pero no abrió fuego. El japonés siguió acercándose. Jay corría y chillaba todo lo que podía. Tras unos angustiosos momentos, el hombre del automático apuntó con parsimonia a la hebilla del cinturón del soldado enemigo y le disparó la mayor parte de un cargador de veinte balas. El soldado cayó desplomado. La ráfaga de disparos estuvo a punto de cortarle el cuerpo en dos.

Aterrorizado y sin resuello, Jay se había salvado por los pelos. Cuando le preguntó al soldado por qué diablos había esperado tanto para abrir fuego, aquel tipo sonrió. Le oí contestar que se le había ocurrido dejar que el japonés se acercara un poco más para ver si podía cortarlo por la mitad con su rifle automático, o algo así.

Como es lógico, Jay no apreció que su vida se utilizara de este modo. Mientras todos se reían, Jay recibió permiso para regresar al cuartel general del batallón a coger unos pantalones limpios. Los hombres le tomaron el pelo muchísimo con ese episodio, y él se lo tomó con su buen humor habitual.

A lo largo de todo el tiempo que pasamos entre los cerros de los Umurbrogol, un incordio con el que los soldados de infantería de marina tuvieron que lidiar fueron los cazadores de souvenires de retaguardia. Estos tipos subían hasta las compañías de fusileros en los períodos de clama y fisgoneaban en busca de cualquier recuerdo japonés que pudieran llevarse. Resultaba fácil reconocerlos debido a la asombrosa diferencia entre su aspecto y el de la infantería.

Durante la última fase de la campaña, el soldado de infantería típico llevaba una expresión preocupada y demacrada en su rostro mugriento y sin afeitar. Sus ojos inyectados en sangre aparecían hundidos y ausentes tras haber visto demasiado horror y haber dormido muy poco. El forro de camuflaje de su casco (si no se había destrozado con las rocas) estaba gris por el polvo de coral y tenía un rasgón o dos. Su chaqueta de algodón (originariamente verde) estaba decolorada por el polvo de coral, mugrienta, grasienta debido al aceite de fusil y tiesa como la lona tras empaparse alternativamente de lluvia y sudor y luego secarse. Podía tener agujeros en los codos, y en las rodillas, de resultas de tanto «cuerpo a tierra» sobre la roca coralina. Tenía las botas cubiertas de polvo de coral, de color gris, y los filos del coral le habían desgastado los tacones por completo.

Las manos encallecidas de los soldados de infantería estaban casi ennegrecidas debido a semanas de acumulación de aceite de fusil, repelente para mosquito (un líquido grasiento llamado Skat), tierra, polvo y mugre en general. En términos generales, estaba encorvado y torcido debido al cansancio y al excesivo esfuerzo físico. Si uno se acercaba lo bastante para hablar con él, olía mal.

A la infantería de primera línea le molestaban tremendamente los cazadores de

souvenires. Un comandante del 7.° de marines tenía como norma situarlos en primera línea si entraban en su zona. Sus hombres se aseguraban de que los «visitantes» se quedaran allí hasta que sus respectivas unidades en las áreas de retaguardia no los reclamaran.

Durante un período de tranquilidad en nuestros ataques contra Five Sisters, me encontraba en un destacamento de transporte de munición y estaba hablando con un amigo fusilero tras pasarle unas bandoleras. Reinaba la calma y nos habíamos sentado en los laterales de su trinchera, poco profunda, mientras su compañero traía raciones K. (Por reinar la calma quiero decir que no nos estaban disparando. Sin embargo, siempre se oía el sonido de disparos en algún lugar de la isla.) Dos cazadores de souvenires cuidados, limpios y de aspecto descansado que llevaban gorras de faena de tela verde en lugar de cascos y no portaban armas pasaron ante nosotros en dirección a Five Sisters, a varios cientos de metros de distancia. Cuando se encontraban unos cuantos pasos por delante de nosotros, uno de ellos se detuvo y se dio la vuelta, justo cuando yo estaba a punto de gritarles que tuvieran cuidado.

El hombre nos llamó para preguntarnos:

—Eh, amigos, ¿dónde está la primera línea?

—Acabáis de cruzarla —respondí con serenidad.

El segundo cazador de souvenires dio media vuelta. Se miraron el uno al otro y luego a nosotros, boquiabiertos. A continuación, se agarraron las viseras de las gorras y partieron a paso ligero hacia la retaguardia. Levantaron polvo y nunca volvieron la vista atrás.

—Maldita sea, Mazo, tendrías que haberlos dejado seguir para que se llevaran un buen susto —me reprendió mi amigo.

Repuse que no podíamos dejar que se encontraran con un francotirador.

Ataque de infantería mecanizada en Horseshoe. Mirando hacia el norte: Five Brothers (izquierda), cerro Walt (derecha) y Colina 140 (al fondo, al centro). Fotografía del USMC.

—Esos cabrones de retaguardia se lo tienen bien merecido.

Y llaman marines a esos tipos —refunfuñó. (Para ser justos debo añadir que algunas tropas de servicio de retaguardia se ofrecieron voluntarios e hicieron de camilleros.)

Según nuestra miope opinión, sólo respetábamos y admirábamos a aquellos a los que les disparaban, y al diablo con todos los demás. Esta actitud resultaba injusta para con los no combatientes que llevaban a cabo tareas de esenciales, pero la guerra nos había insensibilizado tanto que éramos incapaces de hacer evaluaciones imparciales.

La muerte de un líder

El 5 de octubre (D+20) el 7.° de marines ya había perdido casi tantos hombres como el 1.° de marines. El regimiento estaba acabado como fuerza de asalto. El 5.° de marines, el último de los regimientos de infantería de la 1.a División de marines, comenzó a relevar al 7.° de marines ese día. Algunos hombres del maltrecho regimiento resultarían muertos o heridos en posteriores acciones en las cañadas y valles que se encontraban entre los cerros de Peleliu, pero el 7.° de marines estaba acabado como fuerza ofensiva para la campaña.

El 7 de octubre, el 3/5 realizó un asalto por una gran cañada llamada Horseshoe Valley, conocida comúnmente como Horseshoe. Había numerosos

cañones pesados enemigos en cuevas y emplazamientos en los cerros que bordeaban Horseshoe por el oeste, el norte y el este. Se suponía que nuestro batallón debía destruir todos los que pudiera. Contábamos con el apoyo de seis carros blindados del ejército ya que habían relevado al 1.er Batallón de carros de combate de la infantería de marines el 1 de octubre para enviarlo de regreso a Pavuvu. Alguien supuso erróneamente que no se necesitarían más vehículos blindados en Peleliu.

Me imagino que no relevaron al 1.er Batallón de carros de combate porque los hombres estuvieran «terriblemente agotados y depauperados» —la razón oficial que se ofreció—, sino porque lo estaban las máquinas. Las máquinas se desgastaban o necesitaban una puesta a punto, pero se esperaba que los hombres aguantaran. Se consideraba que los carros de combate, carros anfibios, camiones, aviones y buques eran valiosos y difíciles de remplazar allá en medio del Pacífico. Se ocupaban con cuidado de su mantenimiento y no se los exponía innecesariamente al desgaste o la destrucción. De los hombres, de los soldados de infantería en particular, simplemente se esperaba que aguantaran más de los límites de la resistencia humana hasta que los mataran, los hirieran o se desplomaran debido al agotamiento.

El aterrador fuego de artillería de nuestros enormes cañones precedió a nuestro ataque contra Horseshoe. Los obuses silbaron y aullaron en dirección a las crestas durante dos horas y media. Los morteros también aportaron su granito de arena. El éxito del ataque resultó sorprendente. No se aseguró Horseshoe, pero se dio muerte a numerosos japoneses. Asimismo, destruimos un gran número de cuevas que albergaban cañones pesados, pero sólo después de que varios carros blindados recibieran impactos desde allí.

El coronel Harold «Bucky» Harris, del 5.º de marines, discute el apoyo aéreo con algunos de sus oficiales: (de izqda. a dcha.) teniente coronel J. R. Bailey, Harris, comandante John «Gus» Gustafson, teniente coronel Lewis Walt y comandante Gordon Gayle. Peleliu. Fotografía del USMC.

A juico de los marines, los servidores de los carros de combate hicieron un buen trabajo. Allí los vehículos blindados operaron acompañados de nuestros fusileros. Se trató de un caso de apoyo mutuo. Los carros blindados subían hasta las cuevas y disparaban dentro a bocajarro con sus cañones de 75 mm: «zas pum». Daba la impresión de que sus ametralladoras no se detenían nunca. Un carro de combate al que los fusileros dejaran solo estaba condenado a una destrucción segura por parte de equipos suicidas enemigos con minas. Y los fusileros obtenían mucha protección de los vehículos.

Prácticamente la única ocasión que conozco en la que los carros de combate intentaron operar sin fusileros en el Pacífico fue en Okinawa. Como era de esperar, los japoneses destruyeron la mayor parte de aquellos vehículos. Los carros blindados de la infantería de marines siempre operaban con fusileros, como un perro con sus pulgas. Pero en el caso de los carros de combate y los fusileros, el beneficio era mutuo.

Tras el ataque del 7 de octubre contra Horseshoe, el 3/5 se retiró a cierta distancia de los cerros. Poco después, subimos de nuevo hacia la parte septentrional de la isla.

Entre el 8 y el 11 de octubre, emplazamos nuestros morteros de 60 mm entre el camino del oeste y la estrecha playa. Sólo nos encontrábamos a unos metros del agua. Situados de este modo, disparamos por encima del camino del oeste, más

allá de nuestra primera línea, y hacia los cerros. Teníamos un observador en algún lugar al otro lado de la carretera que nos enviaba órdenes por el teléfono autoalimentado.

Mantuvimos un enérgico ritmo de tiro porque los nipones se habían infiltrado en posiciones situadas en el cerro que se encontraba junto al camino y estaban disparando sobre los vehículos y las tropas con consecuencias mortíferas. Nuestro fuego de mortero ayudó a inmovilizarlos y acabar con ellos. Disponíamos de buenos emplazamientos de artillería entre unas rocas y contábamos con la protección de una franja de denso follaje que se hallaba entre nuestra posición y el camino y, por lo tanto, del enemigo situado más allá en el cerro.

Yo estaba muy confundido respecto a dónde habíamos dejado nuestra compañía. Un suboficial me explicó que habían separado temporalmente a nuestros morteros de la Compañía K y que estábamos apoyando a otra unidad a la que los francotiradores tenían en apuros. El enemigo disparaba desde posiciones que resultaban casi imposibles de localizar y atacaban a todo el que podían, incluso a los heridos a los que evacuaban en carros anfibios. Al bajar a toda velocidad por el camino del oeste hacia el puesto de socorro del regimiento, más de un desesperado conductor de carro llegó y se encontró a su indefensa carga masacrada.

Mientras nos encontrábamos en esta posición éramos vulnerables en especial a los infiltrados, que podrían acercarse sin que los viéramos por la playa así como desde el agua, a nuestra espalda. Por la noche hacíamos vigilancia en todas direcciones; en este lugar no había tropas amigas en nuestra retaguardia, sólo la orilla del agua a unos tres metros y después el arrecife cubierto de mar. El agua sólo llegaba a la altura de las rodillas durante un buen trecho. Los japoneses se adentrarían caminando, avanzarían por el arrecife y saldrían detrás de nosotros.

Una noche, mientras yo disparaba cohetes-bengala, James T. «Jim» Burke, un marine al que llamábamos El Fatalista, se ocupaba del mortero número uno. Entre las descargas, podía verlo sentado sobre su casco junto a su arma, vigilando nuestra izquierda y retaguardia.

—Eh, Mazo, déjame ver tu carabina un momento —susurró con toda tranquilidad con su actitud lacónica habitual.

Llevaba una pistola del 45 que no resultaba demasiado útil a mucha distancia. Le pasé mi carabina. No sabía qué había visto, así que seguí su mirada mientras apuntaba mi carabina hacia el mar. Bajo la pálida luz, una figura imprecisa se movía lenta y silenciosamente por el arrecife paralela a la costa entre el agua poco profunda. El hombre no podía encontrarse a más de treinta metros o

no lo habríamos visto a la tenue luz de la luna. No cabía ninguna duda de que se trataba de un japonés intentando alejarse un poco más hasta donde pudiera llegar a tierra sin que lo vieran y acercarse sigilosamente a nuestros morteros.

Ni dar el alto ni pedir la contraseña se consideraba siquiera en una situación como ésa. Ningún marine recorrería sigilosamente el arrecife de noche. El Fatalista apoyó los codos en las rodillas y apuntó con cuidado mientras la figura se movía lentamente por la vitrea agua en calma. Dos rápidos disparos y la figura desapareció.

El Fatalista volvió a colocar el seguro, me pasó la carabina y dijo:

—Gracias, Mazo.

Parecía tan indiferente como siempre.

Durante la mañana del 12 de octubre, un suboficial nos trajo la noticia de que debíamos levantar nuestras armas. La sección de morteros iba a reincorporarse a la Compañía K. Recogimos el equipo y los morteros. Snafu, George Sarrett y yo nos subimos a un jeep que estaba aparcado en una parte protegida del camino. Tuvimos que agarrarnos porque el conductor partió con una sacudida en medio de una nube de polvo y bajó como un loco por el camino del oeste bordeado por el cerro plagado de francotiradores. Fue la primera —y única— vez que viajé en jeep durante todo mi servicio. Supuso un día lleno de experiencias.

Poco después, el conductor se detuvo y nos dejó bajar en un área de suministro donde aguardamos a un suboficial que iba a guiarnos hacia los cerros. El resto de los servidores de mortero de la Compañía K llegó en ese preciso momento con instrucciones de alcanzar la compañía. Levantamos nuestros morteros y otras armas y el equipo, y nos dirigimos al otro lado del camino. Rodeamos con cuidado el extremo del cerro y luego subimos por un angosto valle lleno de árboles destrozados que sobresalían aquí y allá en las laderas, en medio de masas de coral de ángulos extraños.

Johnny Marmet bajó a grandes zancadas la pendiente del valle para reunirse con nosotros cuando comenzábamos a ascender. Incluso antes de poder verle bien la cara, por su modo de caminar supe que pasaba algo terrible. Se acercó tambaleándose a nosotros mientras aferraba con nerviosismo la correa de la metralleta que llevaba colgada al hombro. No había visto nunca a Johnny nervioso, ni siquiera bajo el bombardeo más intenso, al que parecía considerar sólo un fastidio que obstaculizaba el desempeño de su trabajo.

Tenía el cansado rostro contraído de emoción, el entrecejo muy fruncido y los ojos inyectados de sangre llorosos. Resultaba obvio que tenía que contarnos algo espantoso. Nos detuvimos arrastrando los pies.

En lo primero que pensé fue que los japoneses habían metido miles de tropas desde el norte de Palaos y que nunca saldríamos de la isla. No, tal vez el enemigo había bombardeado alguna ciudad estadounidense o había hecho huir a la armada como había sucedido en Guadalcanal. Mi imaginación se desbordó, pero ninguno de nosotros estaba preparado para lo que estábamos a punto de escuchar.

—Hola, Johnny —lo saludó alguien cuando llegó a nuestra altura.

—Muy bien, chicos, organicémonos aquí —indicó mirando en todas direcciones salvo a nosotros. (Esto resultaba algo extraño porque Johnny no se mostraba reacio en lo más mínimo a mirar a los ojos a la muerte, al destino o al mismísimo general.)

»Bueno, gente; bueno, tíos —repitió, claramente azorado. Un par de hombres se miraron con aire socarrón—. El jefe ha muerto. Han matado a Ack Ack —soltó por fin Johnny, luego apartó la mirada de nosotros con rapidez.

Me quedé atónito y me sentí asqueado. Dejé caer mi bolsa de munición, me alejé de los demás, me senté sobre mi casco y sollocé sin hacer ruido.

—Esos malditos hijos de puta de ojos rasgados —gimió alguien a mi espalda.

Ni en mis fantasías más descabelladas había considerado la muerte del capitán Haldane. Un continuo torrente de muertos y heridos nos abandonaba pero, no sé por qué, supuse que Ack Ack era inmortal. Nuestro jefe de compañía representaba estabilidad y determinación en un mundo de violencia, muerte y destrucción. Ahora habían apagado su vida. Nos sentimos perdidos y desamparados. Fue el peor pesar que soporté durante toda la guerra. Los años que han transcurrido desde entonces no lo han atenuado en lo más mínimo.

El capitán Andy Haldane no era un ídolo. Era humano. Pero comandaba nuestros destinos individuales en las condiciones más duras con la mayor compasión. Sabíamos que nunca podrían reemplazarlo. Era el mejor oficial de marines que he conocido. La pérdida de tantos buenos amigos en Peleliu y Okinawa me dolió enormemente. No obstante, para todos nosotros la muerte de nuestro jefe de compañía en Peleliu fue como perder a un padre con el que contábamos para nuestra seguridad; no nuestra seguridad física, porque sabíamos que eso era algo que estaba fuera de nuestro alcance en combate, sino nuestra seguridad mental.

Algunos hombres lanzaron su equipo al suelo con violencia. Todo el mundo maldecía y se restregaba los ojos.

Al final, Johnny recobró la compostura y dijo:

—Bueno, chicos, vamonos.

Recogimos los morteros y las bolsas de munición. Mientras sentíamos como si nuestro loco mundo se nos hubiera venido abajo por completo, subimos penosamente, despacio y en silencio, en fila india por el valle salpicado de escombros para reincorporarnos a la Compañía K.

Así finalizó la extraordinaria carrera militar de un magnífico oficial que se había distinguido en Guadalcanal, Cabo Gloucester y Peleliu. Habíamos perdido a nuestro líder y a nuestro amigo. Nuestras vidas nunca volverían a ser lo mismo. Pero regresamos al horrible asunto que teníamos entre manos.

El hedor de la batalla

Johnny nos guió hacia la cima de la colina 140 a través de un revoltijo de rocas. La línea de la Compañía K estaba emplazada a lo largo del borde de roca y montamos los morteros en una depresión poco profunda, a unos veinte metros por detrás. Los fusileros y los servidores de las ametralladoras situados por delante de nosotros se encontraban apostados entre las rocas, mirando al este, hacia el cerro Walt y el extremo septentrional del tristemente célebre Horseshoe. Ya habíamos atacado aquel valle antes desde el extremo sur. Desde el borde de la colina 140, el contorno de roca caía formando un precipicio vertical hasta un cañón situado debajo. Nadie podía levantar la cabeza por encima de la roca del borde sin atraer de inmediato intenso fuego de fusil y ametralladora.

Los enfrentamientos alrededor de la zona eran tan mortíferos como siempre, pero de un tipo distinto al de los primeros días de la campaña. Los japoneses lanzaban pocas descargas de artillería o morteros, sólo un par de disparos cada vez cuando estaban convencidos de ocasionar el mayor número de bajas posible. Normalmente lo lograban y luego protegían las armas para evitar que los descubrieran. A veces se instalaba una calma inquietante. Sabíamos que estaban por todas partes en las cuevas y fortines. Sin embargo, no había disparos en nuestra área, sólo el sonido de los que se producían en otros lugares. El silencio le añadía algo de irrealidad a los valles.

Si pasábamos de cierto punto, los nipones abrían fuego de pronto con fusiles, ametralladoras, morteros y artillería. Era como si estallara una repentina tormenta. Las más de las veces teníamos que retirarnos, y ningún hombre de la compañía había visto a un enemigo vivo por ninguna parte.

Para entonces no podían esperar repelernos ni que les enviaran refuerzos.

Desde ese momento en adelante, mataron únicamente por matar, sin esperanza y sin un propósito más elevado. Luchábamos en los cerros y valles de Peleliu, en un terreno en el que la mayoría de los estadounidenses no podía ni siquiera imaginar, contra un enemigo distinto a todo lo que la mayoría de los estadounidenses podía creer.

El sol se nos echaba encima como una lámpara de calor gigante. Una vez vi cómo una granada de fósforo olvidada explotaba sobre el coral debido al intenso calor del sol. Siempre protegíamos del sol las pilas de proyectiles de mortero con un pedazo de una caja de munición para evitar esto.

Las lluvias esporádicas que caían en el coral simplemente se evaporaban como vapor en el pavimento caliente. El aire era bochornoso y sofocante. A dondequiera que fuéramos en los cerros, el aire caliente y húmedo apestaba con el hedor de la muerte. Un viento fuerte no suponía un alivio; simplemente traía el horroroso olor de una zona adyacente. Los cadáveres japoneses yacían donde caían, entre las rocas y en las laderas. Resultaba imposible cubrirlos. Por lo general no había tierra que se les pudiera echar encima con las palas, sólo el coral duro e irregular. Los muertos del enemigo se pudrían donde habían caído. Se los podía ver por todas partes, en posiciones grotescas, con rostros hinchados y expresiones sonrientes, con los dientes salidos.

Cuesta transmitirle a alguien que no lo ha experimentado el tremendo horror de tener el sentido del olfato saturado constantemente con el asqueroso olor a carne humana en descomposición día tras día, noche tras noche. Los hombres de un batallón de infantería reciben una horrenda dosis de esto durante una batalla larga y prolongada como Peleliu. En el trópico, los cadáveres se hinchan y despiden un espantoso hedor a las pocas horas de morir.

Siempre que podíamos, trasladábamos a los marines muertos a la retaguardia de la posición de la compañía. Allí normalmente los tendían en camillas y los cubrían con capotes que se extendían sobre la cabeza del cadáver hasta los tobillos. Rara vez vi un marine muerto sin cubrir, con la cara expuesta al sol, la lluvia y las moscas. No sé por qué, pero parecía indecente no cubrir a nuestros muertos. Sin embargo, a menudo los muertos podían permanecer algún tiempo en las camillas y descomponerse mucho antes de que las atareadas dotaciones de registro de tumbas pudieran llevárselos para sepultarlos en el cementerio de la división, cerca del aeródromo.

Durante los enfrentamientos que tuvieron lugar alrededor de los Umurbrogol, se produjo un movimiento constante por parte de una compañía de marines cansada y diezmada a la que relevaba otra compañía un poco menos cansada y diezmada. Daba la impresión de que rotábamos de una parte del frente

especialmente peligrosa a una que lo era algo menos y vuelta a empezar.

Hubo ciertas áreas de las que entramos y salimos varias veces mientras la campaña seguía su agotador y sangriento transcurso. En muchas de estas zonas me familiaricé bastante con la imagen de ciertos cadáveres enemigos en concreto, como si fueran un mojón. Resultaba truculento contemplar las fases de descomposición pasar de recién muerto a la hinchazón, a la pudrición infestada de gusanos, a los huesos parcialmente expuestos; como si se tratara de un reloj biológico que marcara el inexorable paso del tiempo. Cada vez que mi compañía pasaba por uno de estos mojones éramos menos.

Cuando nos trasladábamos de una posición, podía definir las áreas que ocupaba cada compañía de fusiles mientras entrábamos en ese sector. Detrás de la posición de cada compañía había una pila de munición y suministros, y las inevitables hileras de cadáveres bajo sus capotes. Podíamos establecer lo duro que era ese sector de la línea por el número de muertos. Verlos así siempre me llenaba de ira contra la guerra y comprendía que era un desperdicio sin sentido. Me deprimía mucho más que mi propio miedo.

Sumado al espantoso hedor de los muertos de ambos bandos, por todas partes se percibía el repugnante olor a excrementos humanos. En la mayor parte de Peleliu resultaba prácticamente imposible llevar a cabo medidas sanitarias de campaña elementales debido a la superficie rocosa. Las medidas sanitarias de campaña durante las maniobras y el combate recaían en cada hombre. En resumen, en circunstancias normales, cubría sus excrementos con una palada de tierra. Por la noche cuando no se atrevía a salir de su trinchera, simplemente utilizaba el cilindro de una granada o una lata de ración vacíos, la lanzaba fuera de su hoyo y le echaba tierra encima al día siguiente si no se encontraba bajo intenso fuego enemigo.

En Peleliu, sin embargo, salvo a lo largo de las zonas de playa y las ciénagas, resultaba casi imposible cavar en la roca coralina. Por consiguiente, miles de hombres —la mayoría de ellos alrededor de los Umurbrogol, en los cerros, muchos con graves casos de diarrea y luchando durante semanas en una isla de diez kilómetros por tres— no pudieron ocuparse de las medidas sanitarias de campaña básicas. Esta negligencia fundamental provocó que una atmósfera tropical ya de por sí pútrida se volviera inconcebiblemente repugnante.

Además de esto también estaba el olor de miles de raciones japonesas y estadounidenses desechadas y podridas. Cada vez que respirabas inhalabas aire caliente y húmedo cargado de incontables olores repugnantes. Sentía como si los pulmones no se me fuesen a limpiar nunca de todos aquellos fétidos vapores. Puede que las cosas no fueran así en el aeródromo ni en otras zonas donde estuvieran acampadas las tropas de servicio, pero alrededor de la infantería en los

Umurbrogol el hedor sólo variaba de nauseabundo a insoportable.

En este entorno lleno de inmundicia, las moscas, que de todas formas abundan en el trópico, experimentaron una explosión demográfica. Esta especie no era la poco imponente mosca doméstica común (cuya sola presencia en un restaurante basta para provocar que la mayoría de los estadounidenses de hoy en día declaren que el lugar no es apto para servir comida al público).

La mosca más común de Peleliu era la enorme moscarda o mosca azul. Esta criatura cuenta con un cuerpo gordo de un tono azul verdoso metálico y las alas a menudo producen un zumbido al volar.

El nuevo insecticida DDT se pulverizó sobre las áreas de combate de Peleliu por primera vez en el mundo. Se suponía que reducía la población de moscas adultas mientras los marines seguían luchando en los cerros, pero yo nunca noté que el número de moscas disminuyera.

Con los cadáveres, los excrementos humanos y las raciones podridas desperdigados por los cerros de Peleliu, aquellos asquerosos insectos eran tan grandes, estaban tan hartos y eran tan perezosos que algunos apenas podían volar. No se los podía espantar ni ahuyentar de una lata de raciones o una chocolatina. Con frecuencia se caían del borde de mi taza dentro del café. Hasta teníamos que sacudir la comida para que las moscas se soltaran, e incluso entonces a veces se negaban a moverse. Normalmente tenía que mantener en equilibrio mi lata de estofado sobre la rodilla y llevarme la cuchara a la boca con la mano derecha mientras sacaba a aquellas remolonas criaturas del estofado con la izquierda. Se resistían a moverse, no se dejaban ahuyentar. Resultaba repugnante, como mínimo, observar cómo aquellas grandes y gordas moscardas dejaban un cadáver y pululaban por nuestras raciones C.

Incluso aunque ninguno de nosotros tenía mucho apetito, aun así teníamos que comer. Un modo de evitar el problema de las moscas era comer después de que se pusiera el sol o antes de que saliera, cuando los insectos estaban inactivos. La comida entonces tenía que ser sin calentar, porque no se podían utilizar tabletas de Sterno ni otra forma de luz después del anochecer. Era un modo seguro de atraer disparos de francotiradores enemigos.

Cada mañana, justo antes de que saliera el sol, cuando todo estaba bastante tranquilo, podía oír un zumbido constante como de abejas en una colmena mientras las moscas entraban en actividad. Se levantaban como un enjambre de abejas de los cadáveres, desperdicios, rocas, maleza y cualquier otro sitio en el que se hubieran posado para pasar la noche. Había tal cantidad que resultaba increíble.

Grandes cangrejos de tierra se arrastraban por los cerros de noche, atraídos

por los cadáveres. Era imposible distinguir el susurro que causaban del ruido de los japos que merodeaban. Respondíamos lanzando una granada en dirección al sonido.

Además de cadáveres putrefactos y residuos orgánicos, los restos de equipos destrozados y gastados fueron aumentando mientras la batalla se prolongaba y el tamaño del área de combate de los Umurbrogol disminuía lentamente. Los desechos del encarnizado combate estaban desparramados por los cerros y quebradas. Había restos de la batalla por todas partes y se hicieron más perceptibles mientras las semanas se alargaban.

Aún puedo ver con claridad el paisaje alrededor de una posición en concreto que ocupamos durante varios días. Se trataba de un escenario de destrucción y desolación que ninguna ficción podría inventar. La zona recorría el borde sudoccidental del área de los Umurbrogol, donde se habían librado feroces enfrentamientos desde el segundo día de batalla (16 de septiembre). El 1.° de marines, el 7.° de marines y ahora el 5.° de marines habían luchado sucesivamente contra la misma sección de cerros. Nuestro exhausto batallón, el 3/5, se situó en el frente para relevar a otro batallón un poco más exhausto. Fue el mismo agotador traslado de siempre de una cansada y diezmada unidad para relevar a otra cuyos sudorosos hombres se retiraban penosamente de sus posiciones como zombis ojerosos, encorvados, mugrientos y con barba.

Los fusileros y servidores de ametralladoras de la Compañía K subieron por el empinado cerro y se introdujeron en las grietas y hoyos de la compañía a la que relevamos. Se dieron órdenes de que nadie asomase la cabeza para mirar a lo alto del cerro porque los disparos de fusil y ametralladora enemigos acabarían en el acto con el que lo hiciera.

Como de costumbre, las tropas que se retiraban ofrecieron a nuestros hombres todos los datos sobre las condiciones de la zona: qué tipo de fuego esperar, lugares de peligro concretos y posibles rutas de infiltración por la noche.

Mi mortero se situó en un foso que ocupaba uno de los morteros de 60 mm de la compañía a la que estábamos relevando. El foso del mortero se encontraba entre unas rocas de coral, a unos veinte metros del pie del cerro. Un marine jovencísimo estaba terminando de abrochar la correa de cuero alrededor del bípode y el tubo de su mortero de 60 mm cuando me acerqué a la posición y dejé en el suelo mi pesada bolsa de munición. Me senté sobre el casco y comencé a hablar con él mientras el resto de nuestro pelotón se situaba en sus posiciones. Cuando el joven levantó la mirada, me impresionó la expresión de angustia de su rostro. No parecía alegrarse, como debería, de que lo relevaran.

—Estaos atentos a los japos por la noche, chicos. Dos de esos cabrones entraron en este foso anoche e hirieron a nuestro artillero y al ayudante —dijo.

Me contó con voz tensa que la dotación estaba tan ocupada disparando el mortero la noche anterior que dos lograron acercarse sigilosamente al foso sin que los descubrieran. Saltaron dentro e hirieron a los dos hombres que accionaban el mortero antes de que unos portamuniciones que se encontraban cerca los mataran. Los marines heridos habían sido evacuados, pero uno de ellos había muerto y el otro estaba en mal estado. Habían arrojado los cuerpos de los japoneses en unos arbustos cercanos.

El hombre que me estaba narrando la tragedia y otro que se encontraba en cuclillas junto al foso del mortero habían sido portamuniciones pero ahora habían asumido nuevos deberes como artillero y ayudante. Me fijé que, cuando el nuevo artillero plegó y ató la correa de su arma para marcharse, pareció mostrarse reacio a tocar el fondo o los lados del emplazamiento. Cuando se fue y nos acercamos al foso para montar nuestro mortero vi por qué. Los laterales y el fondo de coral blanco estaban salpicados y manchados con la sangre de sus dos compañeros.

Después de emplazar nuestra arma, reuní algunos pedazos grandes de cartón de cajas de ración y munición, y los usé para cubrir el fondo del foso lo mejor que pude. Unas moscardas gordas y perezosas no parecían dispuestas a marcharse de la roca teñida de sangre.

Ya hacía mucho tiempo que me había acostumbrado a ver sangre, pero la idea de sentarme en aquel foso era demasiado para mí. Sentarse en la sangre que un compañero había derramado sobre el coral parecía casi como dejar a nuestros muertos sin enterrar. Advertí que mi compañero miraba con aprobación mi labor cuando regresó después de recibir órdenes. Aunque nunca hablamos del tema, al parecer pensaba lo mismo que yo. Mientras contemplaba las manchas en el coral, recordé algunas de las elocuentes frases de políticos y periodistas sobe lo «gallardo» que es para un hombre «derramar su sangre por su país», «entregar su sangre vital como sacrificio», etcétera. Esas palabras parecían tan absurdas... Las moscas eran las únicas que se beneficiaban.

El viento soplaba con fuerza. Una lluvia menuda caía de un cielo plomizo que daba la impresión de colgar justo encima de la cima del cerro. Los árboles destrozados y las rocas recortadas que recorrían la cima parecían como una incipiente barba en un mentón sucio. Ya hacía mucho que el fuego de artillería había hecho añicos y pulverizado la mayoría de los árboles y arbustos. Sólo quedaban los grotescos tocones y ramas. Una capa de fino polvo de coral lo cubría

todo. Era polvo antes de la lluvia, pero después era un mugriento revestimiento de yeso.

El sobrecogedor tono gris de todo lo que se veía hacía que el cielo, el cerro, las rocas, los tocones, los hombres y el equipo se fundieran en una sucia unidad. Los extraños e irregulares contornos de los cerros y cañones de Peleliu le otorgaban al área una apariencia de otro mundo. La vegetación destrozada y los manchones de un blanco sucio que salpicaban las rocas, donde innumerables balas y fragmentos de obuses habían arrancado las erosionadas superficies grises, contribuían a la irrealidad del paisaje.

La lluvia añadía el toque final. En un campo de batalla, la lluvia dejaba a los vivos más abatidos y desamparados, y a los muertos más patéticos. A mi izquierda yacían un par de cadáveres japoneses hinchados y repletos de gusanos y moscas a los que la lluvia parecía molestar tanto como a mí. Cada uno de los muertos seguía llevando las dos cajas de cuero para cartuchos, una a cada lado de la hebilla del cinturón, cuidadas polainas, zapatos *tabi*, cascos y mochilas. Junto a cada cuerpo había un fusil Arisaka hecho pedazos y oxidándose que algún marine había destrozado contra una roca para asegurarse de que no volvieran a utilizarlo.

Había latas de raciones C y cajas de raciones K, abiertas y sin abrir, tiradas alrededor de nuestro foso, junto con cilindros desechados de granadas o proyectiles de mortero. Desparramados por el área había cascos estadounidenses, mochilas, capotes, chaquetas, cartucheras, polainas, botas, cajas de munición de todo tipo y cajones. Los jirones de ropa y apositos tirados, y la inevitable botella de plasma sanguíneo constituían un testimonio mudo de que habían alcanzado a un marine allí.

Muchos tocones de árboles tenían un cinturón de munición de ametralladora tendido encima. Algunos de estos cinturones estaban parcialmente llenos de cartuchos cargados. En medio de todas estas pruebas de un combate violento, pasado y en marcha, me fijé en el hecho de que muchas veces esos cinturones de munición de ametralladora usados, o parcialmente usados, parecían encontrarse dispuestos sobre un tocón o arbusto hecho añicos en lugar de tendidos en el suelo. En combate, muchas veces experimenté una sensación de fascinación por tales trivialidades, sobre todo cuando estaba agotado físicamente y emocionalmente tenso. Muchos veteranos de combate me aseguraron que a ellos también les pasaba.

A nuestro alrededor se extendían la destrucción y los desechos de un intenso combate. Más tarde, en los cerros y campos de arcilla cubiertos de barro de Okinawa, presenciaría escenas similares a una escala aún mayor. Allí el campo de batalla se parecería en cierta medida a otros descritos en la segunda guerra

mundial. El del embarrado punto muerto antes de Shuri se asemejaría a las descripciones que había leído sobre la espantosa ciénaga de Flandes, salpicada de cadáveres durante la primera guerra mundial.

Estos, sin embargo, eran los típicos campos de batalla modernos. No se parecían en nada a los cerros de coral de extraños contornos ni a los cañones llenos de escombros del área de los Umurbrogol en Peleliu. Sobre todo de noche, a la luz de las bengalas o en un día nublado, no se asemejaba a ningún otro campo de batalla descrito sobre la faz de la tierra. Se trataba de una pesadilla extraterrestre, sobrenatural y surrealista como la superficie de otro planeta.

Ya he mencionado en varias ocasiones el agotamiento de los marines a medida que transcurría la campaña. Nuestra enorme fatiga tampoco era ningún secreto para los japoneses. Ya el 6 de octubre, nueve días antes de que nos relevaran, un documento capturado informaba que parecíamos estar agotados y que luchábamos con menos agresividad.

La extenuante tensión de un combate intenso y prolongado, la falta de sueño debido a las infiltraciones e incursiones nocturnas, las duras exigencias físicas que nos imponía el accidentado terreno y el calor implacable y sofocante bastaban para hacer que nos desplomáramos de agotamiento. Nunca sabré cómo aguantamos y continuamos luchando. Me sentía tan indescriptiblemente cansado tanto física como emocionalmente que me volví fatalista y empecé a rezar sólo para que mi destino fuera indoloro. La herida del millón de dólares parecía una bendición mayor con el lento transcurrir de cada agotadora hora. Parecía la única escapatoria aparte de acabar muerto o lisiado.

Además del horror y las penurias del combate, cada día me traía una nueva dimensión de terror: fui testigo de una nueva, espantosa y macabra faceta en el caleidoscopio de lo irreal, como si la hubiera diseñado un diabólico espíritu necrófago para provocar que incluso el observador más curtido e insensible retrocediera horrorizado e incrédulo.

Una tarde a última hora, un amigo y yo regresábamos al foso del mortero mientras comenzaba a oscurecer. Pasamos junto a un refugio poco profundo que no habíamos visto antes. Dentro había tres marines muertos. Estaban tendidos en camillas, donde habían fallecido, antes de que sus compañeros se hubieran visto obligados a retirarse. (Por lo general evitaba enfrentarme a estas lastimosas escenas de cadáveres. Nunca pude soportar ver un estadounidense muerto abandonado en el campo de batalla. Por el contrario, la imagen de los cadáveres japoneses no me preocupaba mucho salvo por el hedor y las moscas que alimentaban.)

Cuando pasamos por delante del refugio mi amigo gimió:

—¡Por Dios!

Eché un vistazo dentro del refugio y retrocedí lleno de asco y compasión ante lo que vi. Los cuerpos estaban muy descompuestos y casi ennegrecidos. Era de esperar que le sucediera eso a los muertos en el trópico, pero el enemigo había mutilado a esos marines de manera horrorosa. A un hombre lo habían decapitado. La cabeza reposaba sobre su pecho; le habían cercenado las manos por las muñecas y también las habían colocado sobre el pecho, cerca de la barbilla. Me quedé mirando la cara sin dar crédito a lo que veía, al darme cuenta de que los japoneses le habían cortado el pene al marine muerto y se lo habían metido en la boca. El cadáver que se encontraba a su lado había recibido un trato similar. Al tercero lo habían despedazado, lo habían cortado como si se tratara de una res.

Mis emociones cristalizaron en una ira y un odio hacia los japoneses muy superior a nada que hubiera experimentado antes. A partir de ese momento nunca sentí la más mínima lástima ni compasión por ellos, fueran cuales fuesen las circunstancias. Puede que mis compañeros les vaciaran las mochilas y los bolsillos en busca de souvenires y les arrancaran los dientes de oro, pero nunca vi a un marine cometer la clase de mutilación brutal que los japoneses perpetraban si tenían acceso a nuestros muertos. Cuando regresamos al foso, mi compañero me preguntó:

—Mazo, ¿has visto los que los japos les han hecho a esos cuerpos? ¿Has visto lo que los pobres tenían en la boca? —Asentí con la cabeza mientras él continuaba—: ¡Dios, cómo odio a ésos!

—Yo también. Son de lo más malvado que hay —fue lo único que pude decir.

Victoria a un alto precio

El 12 de octubre siguió siendo un día lleno de incidentes en la colina 140. Tras la muerte del capitán Haldane por la mañana, montamos nuestros morteros detrás de un obús de 75 mm enclavado en las líneas de la Compañía K. Debíamos dar nuestro apoyo habitual para la compañía, pero también debíamos proporcionar fuego de cobertura a la pieza de artillería.

Johnny Marmet estaba de observador en una grieta en la roca coralina, arriba, cerca del obús, cuando de pronto nos gritó que veía a unos oficiales japoneses a la entrada de una cueva. Por lo visto confiaban en que estaban a resguardo de los disparos estadounidenses y se habían sentado a comer a una

mesa, bajo una techumbre de paja.

Johnny nos gritó la distancia y la orden de disparar cinco proyectiles. Snafu ajustó la mira, repitió el alcance de Johnny y exclamó:

—Fuego el uno.

Cogí un proyectil, repetí el alcance y la carga, saqué el número adecuado de incrementos de pólvora, coloqué el pulgar de la mano derecha sobre la anilla de seguridad, la arranqué y dejé caer el obús dentro de la boca. Snafu realineó la mira tras el retroceso, agarró el bípode y gritó:

—Fuego el dos.

Preparé el segundo obús y lo dejé caer en el tubo. No hubo contratiempos y lanzamos todos los proyectiles rápidamente. Escuchamos atentos y tensos a ver si los oíamos estallar en el blanco. Mi corazón marcó el paso de los segundos. Encontrar varios oficiales japoneses juntos era una oportunidad poco común y, de hecho, que se expusieran en Peleliu era aún menos frecuente.

Tras unos segundos de suspense aparentemente interminables, oímos un estruendo sordo cada vez que un obús estallaba sobre el cerro. Sin embargo, algo salió mal. Oí una explosión menos que el número de proyectiles que habíamos disparado. Levantamos la mirada inquietos hacia Johnny, que mantenía los ojos pegados al blanco. Se giró, chasqueó los dedos y dio una patada en el suelo. Nos chilló mirándonos con el ceño fruncido:

—¡Justo en el blanco, en el mismo centro! ¡Pero el primer obús no estalló! ¿Qué diablos ha pasado?

Gruñimos y maldijimos por la frustración. El primer obús había atravesado el techo de paja y los oficiales japoneses se habían lanzado hacia la cueva. Pero el proyectil no hizo explosión. El resto de nuestros disparos también habían dado en el blanco, destrozando y volando en pedazos la techumbre de paja y la mesa. Sin embargo, los oficiales enemigos se encontraban a salvo, en el interior de la cueva. Nuestra precisión milimétrica había sido excepcional para un mortero de 60 mm que se solía utilizar para neutralizar una zona amplia. Nuestra excelente oportunidad se había esfumado por culpa de un obús que no había estallado. Nos pusimos a intentar comprender qué había salido mal.

Todos los miembros de la sección de morteros soltaban maldiciones y gemidos. De pronto, Snafu me acusó de olvidarme de arrancar la anilla de seguridad para armar aquel primer obús. Yo tenía la plena seguridad de que había arrancado la anilla. Argüí que algún empleado de una planta de munición en Estados Unidos había cometido un error al fabricar el proyectil. Snafu no quería

aceptarlo y nos enzarzamos en una acalorada discusión. Yo estaba bastante enfadado y frustrado. Habíamos desperdiciado una oportunidad única de vengar la muerte de nuestro oficial al mando. Pero Snafu estaba furioso. Para él era una cuestión de orgullo porque él era el artillero y, por lo tanto, estaba al mando de la dotación de nuestro mortero.

Snafu era un buen marine y un servidor de mortero experto. El modo en el que desempeñaba sus funciones no tenía absolutamente nada en común con su apodo: «Situación normal: estamos jodidos». Opinaba que decía muy poco a su favor que una oportunidad de acabar con varios oficiales nipones hubiera fracasado porque su ayudante no había arrancado la anilla de seguridad de un proyectil. Se enorgullecía de un recorte de prensa del periódico de su ciudad natal, en Luisiana, que describía la efectiva lluvia de disparos que su mortero había lanzado sobre los japos durante los sangrientos enfrentamientos por la colina 660 en Cabo Gloucester. Snafu era un tipo excepcional respetado por todos. A los chicos les encantaba tomarle el pelo por lo de su mortero en la colina 660, y a él le encantaba. Sin embargo, el desastre que se hubieran escapado vivos esos oficiales enemigos era otra cuestión.

Mientras discutíamos, yo sabía que a menos que pudiera probar que el fallo del proyectil no había sido culpa mía, Snafu y los demás supervivientes de Peleliu de la Compañía K nunca me dejarían olvidarlo. Gracias a Dios, la suerte me sonrió. Sólo habíamos disparado un par de proyectiles para alinear el arma antes de que Johnny nos ordenara que atacáramos a los japoneses. Por consiguiente, llevaba un recuento preciso del número de obuses que habíamos lanzado desde esa posición. Mientras Snafu despotricaba, revisé a cuatro patas el perímetro más cercano al arma. Con increíble buena suerte, encontré lo que estaba buscando en medio del polvo de coral. Recuperé la anilla de seguridad de cada proyectil que habíamos disparado.

Se los tendí a Snafu y le solté:

—Muy bien, cuéntalos y luego dime si no arranqué las anillas de todos estos obuses.

Los contó. Sabíamos que ningún otro mortero de 60 mm había ocupado esa posición, así que todas las anillas eran nuestras. Me daba rabia que el proyectil no hubiera estallado y que los japoneses hubieran escapado, pero me alegraba mucho de que no se debiera a mi falta de cuidado. No volví a oír hablar del fallo del proyectil. Todos queríamos olvidarlo.

Aquel día también nos llegó la noticia de que el alto mando había declarado que la «fase de asalto» de la operación de las Islas Palaos había concluido. Mis

compañeros hicieron muchos comentarios blasfemos e irreverentes expresando su opinión de que nuestros mandos estaban locos de remate si pensaban que eso era válido para Peleliu.

—Un oficial de la división tiene que venir aquí y decirle a los malditos japos que la «fase de asalto» se ha acabado —gruñó un hombre.

Después del anochecer, los japoneses se volvieron a infiltrar en algunas de las posiciones de las que los habíamos expulsado. Se trató de la habitual noche infernal en los cerros, en la que marines agotados intentaron rechazar a unos nipones increíblemente agresivos que se colaban por todas partes. Hubo bengalas de mortero, obuses de gran potencia, granadas y fuego de armas ligeras. Estaba tan cansado que me mantuve un ojo abierto con los dedos de una mano para seguir despierto mientras agarraba una granada u otra arma con la otra mano.

Al día siguiente, 13 de octubre, el 3/5 recibió la orden de reanudar la ofensiva y formar una cuña en la colina 140. Nuestro batallón era la única unidad del 5.° de marines que seguía en el frente y al que se le ordenó atacar. Los francotiradores causaron estragos por todas partes. Mientras disparábamos fuego de cobertura para nuestros agotados fusileros, me dio la impresión de que el combate no terminaría nunca. Nuestra artillería lanzó apoyo pesado. A la mañana siguiente, 14 de octubre, los Corsairs llevaron a cabo un ataque con napalm contra los japoneses situados a nuestra derecha. La compañía I realizó un asalto de exploración después de que los intensos disparos de los francotiradores detuvieran una descarga de morteros. Las compañías K y L mejoraron sus posiciones y dispusieron más sacos de arena y alambre de espino.

Los intentos del batallón de atacar se parecían a los jadeos de una cansada locomotora a vapor, que tirara de su hilera de vagones por una empinada cuesta. Lo conseguíamos a duras penas. Corrió el rumor de que al día siguiente nos relevarían tropas del ejército, pero mi cinismo me impedía creerlo.

Encontramos unos fusiles y unas granadas japonesas. Ocultas bajo unos trozos de hierro, descubrí dos cajas que contenían cerca de una docena de granadas japonesas. Le sugerí a un suboficial que nos las lleváramos por si las necesitábamos durante la noche que se avecinaba, pero él repuso que podríamos cogerlas después si era necesario. Nos pusimos a trabajar con nuestro mortero y la primera vez que volví la mirada hacia las cajas, los cazadores de souvenires habían llegado y las estaban vaciando. Otro servidor de mortero y yo les gritamos a esos carroñeros. Se marcharon, pero todas las granadas japonesas habían desaparecido.

Una oleada de esperanza y entusiasmo recorrió las filas aquella tarde cuando nos confirmaron de fuentes fiables que el ejército nos relevaría a la mañana

siguiente. Esa noche dormí menos que nunca. Con el final a la vista, no quería que me cortaran el cuello en el último momento.

A lo largo de la mañana del 15 de octubre, soldados del 2.° Batallón del 321.° Regimiento de infantería de la 81.a División de infantería (los Wildcats) comenzaron a entrar en fila india en nuestra área. ¡No podía creerlo! ¡Por fin nos iban a relevar!

Mientras los soldados pasaban en fila por delante de nosotros y se situaban en posición, un compañero entrecano que estaba sentado en cuclillas sobre su casco abollado los observó con ojo crítico y comentó:

—Mazo, estos caras de perro no me convencen. Fíjate en cuántos llevan gafas, y tienen pinta de ser lo bastante viejos para ser mi padre. Además, los bolsillos de los pantalones parecen muy vacíos.

—Para mí están bien. Son nuestros reemplazos —contesté.

—Supongo que tienes razón. Gracias a Dios que están aquí —añadió pensativo.

No obstante, sus observaciones eran correctas, ya que la mayoría de nuestros compañeros no habían cumplido los veintiún años y los pantalones del ejército tenían grandes bolsillos laterales donde metíamos de todo.

—Nos alegramos un montón de veros, chicos —le dije a uno de los soldados.

Simplemente me sonrió y contestó:

—Gracias.

Yo sabía que él no estaba contento de encontrarse allí.[35]

El relevo, que se había desarrollado sin contratiempos, se completó antes de las 11:00, y nos pusimos en marcha hacia la zona de defensa septentrional de Peleliu. Nuestro batallón se desplegó a lo largo del camino del este, mirando al mar, donde debíamos detener cualquier contradesembarco que los japoneses pudieran intentar.

Mi mortero se emplazó cerca del camino, de manera que pudiéramos disparar contra la franja de manglar que se extendía entre la estrecha playa y el mar, así como camino arriba, hacia el área de los Umurbrogol, si era necesario. En un cerro a nuestra retaguardia el resto de la compañía se atrincheró. Permanecimos hasta la última semana del mes.

El área estaba en calma. Nos relajamos todo lo que pudimos, con el persistente temor de que podrían mandarnos al frente otra vez si surgía una emergencia.

Nos enteramos de que nuestro batallón se marcharía de Peleliu en cuanto hubiera un buque disponible para transportarnos de regreso a Pavuvu. Por el día descansábamos e intercambiábamos souvenires, pero debíamos permanecer alerta por la noche ante un posible movimiento japonés. Al sur se oía el constante tableteo de las ametralladoras y el ruido sordo de los morteros y la artillería. Era la 81.a División de infantería, que mantenía la presión alrededor del área de los Umurbrogol.

Un amigo me dijo un día que tenía que enseñarme un souvenir excepcional. Nos sentamos en una roca y sacó con cuidado un paquete de su mochila. Desenvolvió capas de papel parafinado que al principio había servido para cubrir raciones y me tendió su premio con orgullo para que lo viera.

—¿Te has vuelto asiático? —solté jadeando—. Sabes que no te puedes quedar eso. Seguro que un oficial te va a sancionar —lo reconvine a la vez que clavaba la mirada horrorizado en la ajada mano humana que había desenvuelto.

—Ah, Mazo, nadie dirá nada. Tengo que secarla al sol un poco más para que no apeste —contestó mientras la colocaba cuidadosamente en una roca.

Me explicó que pensaba que una mano japonesa sería un souvenir más interesante que los dientes de oro. Así que cuando encontró un cadáver que se estaba secando al sol en lugar de pudrirse, simplemente sacó su cuchillo y le cercenó la mano al cadáver, y allí estaba. Y que qué me parecía.

—Me parece que estás chiflado —repuse—. Sabes que el oficial al mando armará la de Dios es Cristo si ve eso.

—Ni hablar, Mazo, nadie dice nada de que se coleccionen dientes de oro, ¿verdad? —alegó.

—Puede que no, pero es una mano humana. Entiérrala —le aconsejé.

Me miró con aire adusto, lo que no era nada propio de su carácter afable y campechano.

—¿Contra cuántos marines crees que apretó el gatillo esa mano? —preguntó con voz glacial.

Me quedé mirando la mano ennegrecida y apergaminada, y medité lo que había dicho mi amigo. Pensé en cuánto valoraba mis propias manos y en el milagro que suponía la mano humana. Aunque yo no coleccionaba dientes de oro, me había acostumbrado a la idea; sin embargo, una mano parecía demasiado. La guerra había afectado a mi amigo; había perdido (esperaba que por poco tiempo) toda sensibilidad. Ahora era un salvaje del siglo XX, aunque conservara los

modales. Me estremecí al pensar que yo podría hacer lo mismo si la guerra se alargaba interminablemente.

Varios marines se acercaron a ver lo que tenía mi amigo.

—Maldito imbécil, tire eso antes de que empiece a apestar —gruñó un suboficial.

—Claro que sí —añadió otro hombre—, no te quiero conmigo si tienes eso. Me da repelús —sentenció mientras contemplaba el souvenir con asco.

Después de que varios hombres más intervinieran para expresar su desaprobación, mi amigo tiró a regañadientes su excepcional souvenir entre las rocas.

Contábamos con buenas raciones, así que comenzamos a comer con ganas y a disfrutar de encontrarnos fuera del frente. Cada día nos relajábamos más. Los jeeps trajeron agua buena con las raciones; nunca me he lavado los dientes tantas veces al día. Era un lujo. Comenzó a correr el rumor de que pronto embarcaríamos y nos marcharíamos de Peleliu.

Hacia finales de octubre, nos trasladamos a otra parte de la isla. Se nos levantó el ánimo. Acampamos en una zona llana y arenosa, cerca de la playa. Los jeeps nos trajeron nuestras hamacas de jungla y la otra parte de nuestras mochilas. [36] Nos ordenaron afeitarnos y ponernos los pantalones limpios que todos llevábamos en los petates.

Algunos hombres se quejaron de que sería más fácil limpiarnos a bordo del buque. Sin embargo, un suboficial se rió y repuso que si un sucio y apestoso grupo de marines como nosotros trepaba por una red de carga a bordo de un barco, los marineros saltarían por el otro lado en cuanto nos vieran.

Aunque el día D tenía el pelo corto, me había crecido hasta formar una densa masa enmarañada llena de aceite de fusil y polvo de coral. Ya hacía mucho tiempo que había tirado mi peine de bolsillo, porque la mayoría de los dientes se habían roto cuando intentaba peinarme. Logré limpiarme la cabeza con agua y jabón e hicieron falta los dos filos de dos cuchillas y un tubo completo de jabón de afeitar para acabar con la grasienta maraña de barba encostrada de sal que me producía picores. Me sentí como un hombre al que le hubieran quitado un cilicio.

No se me había roto la chaqueta y me pareció que debía guardarla como un souvenir de buena suerte. La enjuagué en el océano, la sequé al sol y me la guardé en la mochila.[37]

Mis mugrientos pantalones estaban andrajosos y tenían agujeros en las rodillas, así que los tiré a una hoguera junto con mis apestosos calcetines. El coral

había desgastado las resistentes suelas con relieve y dos centímetros y medio de grosor de mis botas hasta llegar a las finas plantillas. Tuve que quedármelas hasta que regresáramos a Pavuvu porque mis zapatos de repuesto estaban en mi petate.

Aquella tarde, el 29 de octubre, nos enteramos de que subiríamos a bordo del buque al día siguiente. Con una sensación de profundo alivio, me subí a mi hamaca al anochecer y cerré la mosquitera por el lateral. Me encantaba lo cómodo que era tumbarse en algo que no fuera el suelo duro y rocoso. Me recosté, suspiré y pensé en el buen sueñecito que podría echarme hasta que me tocara hacer guardia. Podía mirar tierra adentro y ver la cima irregular de aquellos imponentes cerros recortados contra el horizonte. Menos mal que esa sección estaba en manos estadounidenses, pensé.

De pronto una descarga de fuego de ametralladora japonesa rasgó el aire por debajo de mi hamaca! Las balas levantaron arena en los extremos de un cráter que había debajo de mí. Abrí la cremallera de la hamaca de un tirón. Me tiré dentro del cráter, carabina en mano. Después de todo lo que había pasado, no iba a arriesgarme a que me disparasen en una hamaca.

A juzgar por el sonido, la ametralladora se encontraba bastante lejos. El artillero probablemente estuviera disparando una ráfaga hacia las líneas del ejército que se encontraban en algún cerro entre él y yo. Pero un hombre podía acabar igual de muerto por una bala perdida que por una dirigida. Así que, tras mis breves momentos de comodidad en la hamaca, dormí el resto de la noche en el cráter.

Supervivientes del K/3/5 antes subir a bordo del buque rumbo a Pavuvu.

A la mañana siguiente, 30 de octubre, ordenamos nuestras mochilas, recogimos nuestro equipo y partimos para subir al barco. Incluso a pesar de que, por fin, nos marchábamos del maldito Peleliu, la opresiva sensación que irradiaba del cerro Bloody Nose nos hacía retroceder como si se tratara de un inexorable imán gigante distraía mis pensamientos. Había absorbido la sangre de nuestra división como una enorme esponja. Yo creía que todavía podía acabar con nosotros. Aunque subiéramos al buque, nos harían bajar y nos devolverían al frente para ayudar a detener un contraataque o alguna amenaza contra el aeródromo. Supongo que me había vuelto completamente fatalista; nuestras bajas habían sido tan numerosas que me resultaba imposible creer que de verdad nos marchábamos de Peleliu. El mar estaba bastante picado. Volví la mirada hacia la isla con gran alivio mientras zarpábamos en dirección al barco.

Nos situamos al costado de un gran barco mercante habilitado para transportar tropas, el *Sea Runner, y* nos preparamos para trepar por una red de carga para subir a bordo. Había llevado a cabo esa maniobra innumerables veces durante el adiestramiento, pero nunca estando tan terriblemente cansado. Nos había costado incluso montar la red porque no dejábamos de cabecear en medio de la mar gruesa. Varios hombres se detuvieron a descansar, pero ninguno se cayó. Mientras subía penosamente con mi carga, me sentí como un insecto cansado trepando por una enredadera. ¡Pero al menos me arrastraba lejos del abismo de Peleliu!

Nos asignaron a los compartimentos para tropas bajo cubierta. Guardé mi equipo en mi litera y subí a la superestructura. Resultaba delicioso respirar el aire salado. Qué lujo suponía inhalar largas y hondas bocanadas de aire fresco y limpio, aire que no estaba cargado del fétido hedor de la muerte.

El precio en bajas para una isla tan diminuta fue atroz. La magnífica 1.a División de marines estaba destruida. Perdió en total 6.526 hombres (1.252 muertos y 5.274 heridos). Las bajas en los regimientos de infantería de la división fueron los siguientes: 1.° de marines, 1.749; 5.° de marines, 1.378; 7.° de marines, 1.497. Fueron graves pérdidas teniendo en cuenta que cada regimiento de infantería comenzó con unos 3.000 hombres. La 81.a División de infantería del ejército perdería otros 3.278 hombres (542 muertos y 2.736 heridos) antes de asegurar la isla.

La mayor parte de la guarnición enemiga de Peleliu murió. Sólo se capturó a unos cuantos. Los cálculos en cuanto a las pérdidas exactas de los japoneses varían un tanto; pero, como mínimo, 10.900 soldados nipones fallecieron y 302 fueron hechos prisioneros.

De los prisioneros, sólo 7 era soldados y 12 marineros. El resto eran auxiliares de otras naciones orientales.

La Compañía K del 3.er Batallón del 5.° de marines llegó a Peleliu con unos 235 hombres, el contingente normal de una compañía de fusileros de la infantería de marina en la segunda guerra mundial. Se marchó con sólo 85 ilesos. Sufrió un 64 por ciento de bajas. De sus siete oficiales originales, sólo dos regresaron a Pavuvu.

La 1.a División de marines recibió la Citación Presidencial a una Unidad por sus acciones en Peleliu y Ngesebus.

Incluso de lejos los cerros recortados y los árboles hechos añicos afeaban Peleliu. Haney se situó a mi lado y se inclinó en la barandilla. Miró hacia la isla con melancolía y le dio unas caladas a un cigarrillo.

—Bueno, Haney, ¿qué piensa de Peleliu? —le pregunté.

Sentía mucha curiosidad por saber qué pensaba de la primera batalla en la que yo había participado un veterano con un historial de combate que incluía algunas de las grandes batallas del frente occidental durante la primera guerra mundial. Yo no contaba con nada en mi haber para compararlo con Peleliu.

En lugar del habitual comentario de veterano —algo como: «Cree que eso fue malo, debería haber estado en el viejo cuerpo»—, Haney respondió con un inesperado:

—¡Muchacho, fue espantoso! Nunca he visto nada igual. Estoy listo para regresar a Estados Unidos. Ya he tenido suficiente después de esto.

Según una idea común, la «peor batalla» para cualquiera es aquella en la que él mismo ha estado. En vista de los comentarios de Haney, llegué a la conclusión de que Peleliu debía haber sido tan mala como yo pensaba, incluso aunque se tratara de mi primera batalla. No cabía duda de que la larga carrera de Haney en el cuerpo de marines le otorgaba el derecho a juzgar lo mala que había sido una batalla. Sus simples palabras bastaron para convencerme de la severidad del combate por el que acabábamos de pasar.

Ninguno de nosotros volvería a ser el mismo después de lo que habíamos soportado. Naturalmente, hasta cierto punto, se puede decir lo mismo de toda experiencia humana. No obstante, algo en mí murió en Peleliu. Tal vez fuera una inocencia infantil que aceptaba como dogma la afirmación de que el hombre es esencialmente bueno. Puede que perdiera la fe en que los altos cargos que no tienen que soportar la ferocidad de la guerra dejaran alguna vez de meter la pata y enviaran a otros a solucionarlo.

Sin embargo, también aprendí cosas importantes en Peleliu. Es absolutamente necesario que un hombre cuente con la capacidad para confiar en sus compañeros y sus oficiales. Estoy convencido de que nuestra disciplina, espíritu de equipo y duro adiestramiento fueron los elementos que me prepararon para sobrevivir a la terrible experiencia física y mentalmente... y la suerte, claro. También aprendí a ser realista. Para derrotar a un enemigo tan implacable y entregado como los japoneses, teníamos que ser igual de implacables. Teníamos que estar igual de entregados a Estados Unidos como ellos lo estaban a su emperador. Opino que ésta fue la esencia de la doctrina que imperaba en el cuerpo de marines durante la segunda guerra mundial, y que la historia reivindica esa doctrina.

Para este soldado de primera, Peleliu también supuso una reivindicación del adiestramiento del cuerpo de marines, en especial del campamento de instrucción. Sólo hablo desde mi punto de vista personal y no hago generalizaciones, pero para mí, en última instancia, Peleliu supuso:

—treinta días de intensa, implacable e inhumana tensión emocional y física;

—una prueba de que podía confiar por completo en los marines que tenía a cada lado y en nuestros mandos;

—una prueba de que podía utilizar mis armas y equipo de manera eficiente bajo una fuerte tensión y

—una prueba de que el factor crítico de la tensión en combate es la duración del combate más que su intensidad.

El campamento de instrucción me enseñó que se esperaba de mí lo mejor, o que lo intentara, incluso bajo presión. Mi instructor era un hombre pequeño. No hablaba demasiado. No era cruel ni sádico. No era un bravucón. Pero imponía una disciplina férrea, era absolutamente realista acerca de nuestro futuro y un total perfeccionista. Más que a mi disciplinada vida familiar, al colegio del cuerpo de adiestramiento de oficiales, al campamento de instrucción y a los meses de entrenamiento de infantería después, es a él a quien atribuyo el haber podido resistir la tensión de Peleliu.

Los nipones aspiraban a la excelencia militar tanto como los marines de Estados Unidos. Por consiguiente, en Peleliu las fuerzas enemigas fueron como dos escorpiones en una botella. Uno acabó aniquilado, el otro casi. Sólo unos estadounidenses dispuestos a dar lo mejor de sí mismos podrían haberlos derrotado.

Okinawa supondría la batalla más larga y grande de la guerra del Pacífico. Mi división sufriría allí casi tantas bajas como en Peleliu. Una vez más, la guarnición enemiga lucharía hasta la muerte. En Okinawa me bombardearían y dispararían más, vería más soldados enemigos y atacaría a un mayor número de ellos con mi mortero y con armas ligeras que en Peleliu. Sin embargo, los enfrentamientos en Peleliu tuvieron una naturaleza despiadada y feroz que los hizo únicos para mí. Muchos de mis camaradas veteranos estuvieron de acuerdo.

Quizá podamos decir de Peleliu lo que el inglés Robert Graves afirmó acerca de la primera guerra mundial, que:

... nos proporcionó a los soldados de infantería una vara de medir la inquietud, el sufrimiento, el dolor, el miedo y el horror tan práctica, que desde entonces nada nos ha arredrado mucho. Pero también aportó nuevos significados al coraje, la paciencia, la lealtad y la grandeza de espíritu; significados que, pese a ser incomunicables, trasmitimos a las futuras generaciones.[38]

Mientras me alejaba lejos del abismo del combate apoyado en la barandilla del *Sea Runner,* comprendí que la compasión por los padecimientos de los demás supone una carga para aquellos que la sienten. Como lo expresa tan bien el poema de Wilfred Owen «Insensibility»: aquellos que más lástima sienten por los demás son lo que más sufren en la guerra.

SEGUNDA PARTE

Okinawa: el triunfo final

PRÓLOGO A LA SEGUNDA PARTE

Peleliu pasó factura. Como segundo oficial en la cadena de mando y después jefe de la Compañía K del 3.er Batallón del 5.° de marines, en los ojos de cada superviviente pude ver el precio que la unidad había pagado por treinta días de implacable combate cuerpo a cuerpo en aquel trozo de coral.

Para aquellos hombres agotados que regresaron a Pavuvu en noviembre de 1944, la guerra aún no había terminado ni mucho menos. Pavuvu nos pareció un lugar mejor la segunda vez que estuvimos allí. Pero no fueron días de descanso. A los supervivientes de Peleliu no se les permitió tal lujo. Hubo poco tiempo para lamerse las heridas. Tuvimos que integrar a muchos hombres nuevos para reemplazar a aquellos que habíamos perdido en Peleliu y debido a la vuelta a casa de los veteranos de Guadalcanal, que para entonces ya habían librado tres campañas.

Peleliu fue algo especial para los marines del K/3/5; para toda la 1.a División de marines. Ha seguido siéndolo a lo largo de los años. Sin embargo, Okinawa tuvo su propio carácter, más imponente en muchos sentidos que su predecesora. Allí, la 1.a División de marines luchó una guerra diferente con nuevas normas, pues se aplicó una táctica desconocida hasta entonces para los marines que combatían en las islas.

Okinawa es una isla más grande, unos noventa y seis kilómetros de largo y de tres a treinta kilómetros de ancho. Inició por primera vez a los marines en la guerra «terrestre». Ya en 1945 contaba con una ciudad, pueblos y aldeas, varios aeródromos grandes, una intrincada red de carreteras y una abundante población civil. Lo que es más importante, los japoneses la defendieron con más de 100.000 de sus mejores tropas. Okinawa era territorio nipón. Sabían que se trataba de nuestro último peldaño hacia las islas principales de Japón.

Los marines habíamos aprendido mucho de camino a Okinawa. Habíamos mejorado la estructura, tácticas y técnicas para el combate de nuestra fuerza. Los japoneses también. En Okinawa nos enfrentamos a un grupo de defensas y tácticas defensivas que los nipones habían perfeccionado mediante la aplicación de las lecciones que les habían enseñado todas sus pérdidas anteriores. Además lucharon con la intensidad que les daba la certeza de que si fracasaban no quedaba nada que pudiera impedir nuestro asalto a su patria.

Independientemente de los nuevos elementos, la batalla por Okinawa se

libró y, a la larga, se decidió del mismo modo que todas las batallas se han librado y ganado o perdido. Los hombres de ambos bandos, enfrentándose unos a otros día tras día, a través de las miras de un fusil, determinaron el resultado. El soldado de primera Eugene B. Sledge fue uno de esos hombres. En este libro nos ofrece una experiencia única para ver y sentir la guerra a su nivel más importante, el de los soldados rasos de combate. Sus palabras son convincentes, están libres de análisis de acontecimientos del pasado. Simplemente reflejan lo que le ocurrió a él y, por lo tanto, a todos los marines que combatieron allí. Lo sé, porque yo luché con ellos.

Para los hombres de la «vieja guardia» que lucharon, murieron y al final ganaron en Peleliu y Okinawa, Mazo es su portavoz más elocuente. Me enorgullezco de haber servido con ellos... y con él.

Capitán Thomas J. Stanley *Reserva del cuerpo de marines de EE.UU.*

Houston, Tejas

CAPÍTULO SIETE

Reposo y recuperación

A la mañana siguiente, a primera hora, el *Sea Runner,* en convoy con otros buques que llevaban a los supervivientes del 7.° de marines, zarpó hacia Pavuvu. Me alegré de encontrarme de nuevo a bordo, aunque fuera en un barco de transporte de tropas. Me bebí litros de agua helada de los *scuttlebutts* [39] refrigerados con electricidad.

La mayoría de mis viejos amigos de las compañías de fusileros habían resultado heridos o muertos. Era muy deprimente. Sentí el aplastante peso de la realidad de nuestras pérdidas mientras hacíamos averiguaciones. Los supervivientes de a bordo nos ofrecieron todos los detalles en lo referente a los amigos que no habían sobrevivido. Les dimos las gracias y seguimos adelante. Tras unas cuantas visitas y malas noticias acerca de amigos perdidos, comencé a sentir que yo no sólo había tenido suerte sino que había sobrevivido a una grave tragedia.

Un día después del almuerzo, un amigo y yo estábamos sentados en nuestras camas hablando de todo un poco. La conversación empezó a irse por las ramas y nos quedamos callados. De repente me miró con una expresión vehemente y afligida pintada en el rostro y dijo:

—Mazo, ¿por qué diablos teníamos que tomar Peleliu?

Debí de haberle dirigido una mirada de desconcierto porque empezó a argumentar que nuestras pérdidas en Peleliu habían sido inútiles, que no habían ayudado al esfuerzo bélico en absoluto y que se podía haber sorteado la isla.

—Maldita sea, el ejército desembarcó tropas en Morotai [Indias Orientales holandesas] con escasa oposición el mismo día que nosotros desembarcamos en Peleliu, y nosotros las pasamos canutas y el maldito lugar aún no está asegurado. Y mientras nosotros todavía seguíamos en Peleliu, MacArthur atacó Leyte [en Filipinas, el 20 de octubre] y llegó a la orilla sin mojarse. No veo de qué sirvió lo que hicimos —continuó.

—No lo sé —respondí con pesimismo.

El simplemente se quedó mirando el mamparo y negó con la cabeza. Se trataba del mismo amigo que me acompañaba cuando vimos a los tres marines

muertos terriblemente mutilados. Podía imaginarme en qué estaba pensando.

A pesar de estos lapsos momentáneos, los veteranos de Peleliu sabían que habían logrado algo especial. El que estos marines hubieran conseguido sobrevivir al intenso esfuerzo físico de semanas de combate en Peleliu bajo aquel calor increíblemente bochornoso demuestra de sobra su resistencia física.

El que hubiéramos sobrevivido emocionalmente —al menos de momento— me demostró, y me demuestra, que nuestro adiestramiento y disciplina fueron los mejores. Nos prepararon para lo peor, que es lo que experimentamos en Peleliu.

El 7 de noviembre de 1944 (tres días después de mi vigesimoprimer cumpleaños), el *Sea Runner* entró en la bahía de Macquitti. Después de dejar atrás los conocidos islotes, echó el ancla lejos del muelle de acero de Pavuvu. Me sorprendió el buen aspecto que tenía Pavuvu tras la desolación de Peleliu.

Recogimos nuestro equipo y desembarcamos enseguida. Una vez en la playa nos dirigimos a una de las varias mesas que habían montado. Allí vi —a quién se le ocurre— a una chica estadounidense de la Cruz Roja. Servía zumo de pomelo en pequeñas tazas de papel. Algunos de mis amigos miraron a la mujer de la Cruz Roja con resentimiento, se sentaron en sus cascos y aguardaron órdenes. Yo, sin embargo, junto con otros cuantos hombres, me acerqué a la mesa donde la señorita me pasó una taza de zumo, sonrió y dijo que esperaba que me gustara. Le dirigí una mirada de confusión mientras cogía la taza y le daba las gracias. La impresión y la violencia de Peleliu me habían embotado tanto la mente que la presencia de una chica americana en Pavuvu parecía completamente fuera de contexto. Estaba perplejo.

«¿Qué diablos está haciendo aquí? —pensé.— No le corresponde estar aquí más que a un maldito político.»

Mientras pasábamos en fila para subir a los camiones, sentí un profundo rencor hacia ella.

Junto a la mesa, numerando a los hombres para subir a los camiones, se encontraba un flamante alférez. Era tan evidente que estaba recién llegado de Estados Unidos y la escuela de candidatos a oficiales que su caqui lucía nuevo y ni siquiera estaba moreno. Mientras pasaba despacio junto a la mesa, me dijo:

—Vamos, nene, muévase.

Desde que me había alistado en el cuerpo de marines me habían llamado casi todo lo imaginable, publicable y no publicable. Pero recién salido de Peleliu no estaba preparado para «nene». Me giré hacia el oficial y me lo quedé mirando sin

expresión en el rostro. Él me devolvió la mirada y pareció darse cuenta de su error. Apartó la vista rápidamente. Los ojos de mis amigos aún presentaban esa mirada ausente y vacía característica de los hombres que acaban de escapar de la impresión de la batalla. Quizá fuera eso lo que el joven alférez vio en la mía, y lo hizo sentir incómodo.

Los camiones pasaron a toda velocidad junto a cuidadas zonas de tiendas de campaña, que habían mejorado mucho desde la última vez que habíamos visto Pavuvu. Llegamos a nuestra conocida zona de campamento y nos encontramos numerosos reemplazos sentados y de pie dentro y alrededor de las tiendas. Ahora nosotros éramos los «viejos». Parecían tan tranquilos y ajenos a lo que teníamos por delante que me dieron lástima. Nos quitamos las mochilas y nos instalamos en nuestras tiendas. Tratamos de distendernos y relajarnos lo mejor que pudimos.

Poco después de que regresáramos a Pavuvu y en una ocasión en la que todos los reemplazos se encontraban fuera de la zona de la compañía en destacamentos de trabajo, el sargento primero David P. Bailey gritó:

—Compañía K, formen.

Mientras los supervivientes de Peleliu salían poco a poco de sus tiendas a la calle de la compañía, pensé en los pocos que quedábamos de los 235 hombres con los que empezamos.

Vestido con un caqui limpio y con la calva reluciendo, Bailey se acercó a nosotros y ordenó:

—Descansen.

Era un auténtico e incisivo marine de la vieja escuela que imponía una estricta disciplina, pero también un hombre afable al que respetábamos mucho. Bailey tenía algo que decir y no se trataba sólo de levantarnos el ánimo. Por desgracia no recuerdo sus palabras exactas, así que no intentaré citarlo, pero nos dijo que deberíamos estar orgullosos. Aseguró que habíamos luchado bien en la batalla más dura en la que había participado el cuerpo de marines y que habíamos mantenido el honor del cuerpo. Terminó proclamando:

—Han demostrado que son buenos marines.

Luego nos dijo que podíamos retirarnos.

Regresamos en silencio y pensativos a nuestras tiendas. No oí comentarios cínicos acerca de las breves alabanzas de Bailey. Era raro que surgieran palabras de felicitación del corazón de un veterano tan severo, que esperaba que todo el mundo pusiera todo su empeño y que no toleraba nada menos. La naturaleza directa y sincera de sus elogios y su declaración de respeto y admiración por lo que

había llevado a cabo nuestra unidad me hizo sentir como si hubiera ganado una medalla. Sus palabras no fueron la arenga a viva voz de un político ni el discurso salpicado de clichés de algún oficial de retaguardia o de un periodista. Fue la sosegada declaración de alabanza de alguien que había aguantado los padecimientos de Peleliu con nosotros. En cuanto a ser un juez competente de nuestra labor, no había nadie más capacitado que un viejo marine de combate y un suboficial superior como Bailey, que nos había observado y había soportado la lucha en persona. Sus palabras fueron muy importantes para mí, y al parecer también para mis camaradas.

Una de las primeras actividades que emprendimos después de instalarnos en las tiendas de Pavuvu fue renovar nuestra vieja contienda con las ratas y los cangrejos de tierra. Los petates, catres y otro equipo se habían amontonado alrededor del palo central de la tienda mientras estuvimos fuera. Los cangrejos de tierra se habían mudado y se habían puesto cómodos. Cuando varios de mis compañeros de tienda y yo comenzamos a quitar de la pila los artículos que rodeaban el palo de la tienda, salió un enjambre de cangrejos. Los hombres empezaron a gritar, a la vez que maldecían a los cangrejos y los aplastaban con bayonetas y herramientas para hacer trincheras. Alguien roció un cangrejo con líquido para encendedores mientras salía corriendo a la calle de la compañía y luego le lanzó una cerilla. El llameante cangrejo avanzó medio metro antes de que las llamas lo mataran.

—Eh, chicos, ¿habéis visto eso? Ese cangrejo era igualito que un tanque japo ardiendo.

—Genial —chilló otro mientras los marines corrían de un lado a otro tratando de encontrar más latas de ese líquido con el que rociar a los odiados cangrejos de tierra.

Los hombres comenzaron a encargar latas de líquido para encendedores y fueron corriendo a la tienda del PX del 5.° de marines para comprarse todo el que pudieran encontrar. Matamos más de un centenar de cangrejos sólo en mi tienda.

Una tarde, después de comer, mientras estaba tumbado despatarrado en mi catre deseando encontrarme en casa, me fijé que uno de los dos oficiales de la Compañía K que habían sobrevivido venía por la calle de la compañía en medio del ocaso cargando unos libros y documentos. Pasó por delante de mi tienda y se dirigió al bidón de aceite de cincuenta y cinco galones que servía de cubo de basura. El teniente tiró unos mapas y papeles dentro del bidón. Sostuvo un grueso libro y con manifiesta furia lo lanzó dentro del cubo de basura. A continuación se dio media vuelta y se alejó despacio por la calle.

Curioso, salí a echar un vistazo. Los mapas eran mapas de combate de Peleliu. Los dejé caer de nuevo en la basura (y desde entonces me he arrepentido de no haberlos salvado para futuras consultas). Entonces encontré el libro. Se trataba de un tomo grande de tapa dura de unas mil páginas y encuadernado en azul oscuro. Estaba claro que no era un manual de campaña ni un libro de reglamento.

Como siempre estaba buscando buen material de lectura, miré el lomo del libro y leí el título: *Hombres en guerra* de Ernest Hemingway. Pensé que era una historia interesante y me desconcertó el por qué el teniente los había arrojado con tanta violencia a la basura. Abrí la tapa. A la luz del anochecer vi escrito con una mano enérgica y fuerte: *A. A. Haldane.* Se me formó un nudo en la garganta mientras me preguntaba a mí mismo por qué querría leer sobre la guerra cuando Peleliu nos había costado nuestro jefe de compañía y tantos buenos amigos. Yo también tiré el libro en el cubo de basura en un gesto de dolor e indignación por las tristes pérdidas que supone toda guerra, pérdidas que había conocido de primera mano.

Después de que lleváramos en Pavuvu cerca de una semana, disfruté de una de las experiencias más gratificantes de todo mi período de servicio en el cuerpo de marines. Ya había sonado el toque de silencio, todas las lámparas estaban apagadas y todos mis compañeros de tienda se encontraban en sus camas con las mosquiteras colocadas. Todos estábamos muy cansados, seguíamos intentando relajarnos de la tensión y la terrible experiencia que supuso Peleliu.

Todo permanecía en silencio salvo por alguien que había empezado a roncar bajo cuando uno de los hombres, un veterano de Gloucester al que habían herido en Peleliu, dijo en voz firme y mesurada:

—¿Sabes una cosa, Mazo?

—¿Qué? —contesté.

—Tenía mis dudas sobre ti —continuó— y sobre cómo te comportarías cuando entráramos en combate y las cosas se pusieran feas. Quiero decir que como tu viejo era médico y tú habías ido a la universidad y eras una especie de niño bien comparado con algunos... Pero no te quité el ojo de encima en Peleliu y te aseguro que te portaste bien, te portaste bien.

—Gracias, amigo —respondí, casi reventando de orgullo.

Se condecoró a muchos hombres con medallas que se ganaron con toda justicia por sus valerosas acciones en combate, medallas para llevar en las guerreras para que todo el mundo las viera. A mí nunca me otorgaron una condecoración, pero las sencillas y sinceras frases de aprobación de mi camarada

veterano esa noche fueron como una medalla para mí. Las he llevado en el corazón con gran orgullo y satisfacción desde entonces.

En los días previos a Navidad, corrió el rumor de que íbamos a tener un banquete con pavo de verdad. Había varios días al año en los que el cuerpo de marines intentaba proporcionarnos buena comida: el 10 de noviembre (el aniversario del cuerpo de marines), Acción de Gracias, Navidad y Año Nuevo. El resto del tiempo en la guerra del Pacífico, la comida era enlatada o deshidratada. No se disponía de medios para refrigerar grandes cantidades de comida, al menos para una unidad con tanta movilidad y tan carente de todo lujo como una división de combate en la fuerza de marines de la flota. No obstante, según los rumores había pavos congelados para nosotros en los grandes frigoríficos de Banika.

Celebramos unos oficios religiosos especiales de Nochebuena en la capilla con techo de palma del regimiento, que habían construido hábilmente los nativos de las islas Russell. Después hubo un programa especial en el teatro del regimiento, donde nos sentamos en troncos de cocoteros y cantamos villancicos. Me lo pasé muy bien pero sentí mucha nostalgia. A continuación tomamos nuestro pavo asado, y estaba excelente.

La fiesta de Año Nuevo fue aún más memorable para mí. El día de Fin de Año después de comer, oí unos gritos y otro alboroto en el comedor del batallón. Los encargados del comedor acababan de terminar de ordenar la cocina para la noche cuando un centinela gritó:

—¡Cabo de guardia, fuego en el puesto número tres!

Vi cómo los cocineros y encargados de comedor que estaban limpiando a la luz de las lámparas salían corriendo en dirección a un incendio que ardía en una arboleda cerca de la cocina. Pensé que se había incendiado uno de los calentadores a gasolina que hervían agua en cubas donde limpiábamos nuestros utensilios de comida. A la luz de las llamas pude ver hombres corriendo alrededor de la cocina entre gritos y oír al sargento del comedor maldiciendo y gritando órdenes. También vi cómo dos figuras se deslizaban entre las sombras hacia la calle de nuestra compañía, pero no les presté mucha atención. Apagaron el incendio en unos minutos; alguien comentó que sólo se había tratado de una lata de gasolina situada a cierta distancia del comedor que se había prendido fuego.

Un amigo mío apareció en mi tienda y nos llamó en voz baja:

—Eh, chicos, Howard dice que bajemos a su tienda. ¡Hay pavo para todos!

Lo seguimos a paso ligero. Cuando entré en la tienda, allí estaba Howard Nease sentado en su catre, con una linterna titilando a su lado y una toalla en el regazo bajo un enorme y gordo pavo asado.

—Feliz Año Nuevo, chicos —anunció Howard con su acostumbrada sonrisa de oreja a oreja.

Desfilamos ante él mientras cortaba con destreza enormes trozos de pavo con su afilado Ka-Bar y las colocaba en nuestras manos abiertas. Llegaron otros y abrimos las dos latas de cerveza que nos habían suministrado a cada uno. Alguien sacó una lata de matarratas que había estado «elaborando». Una guitarra, un violín y una mandolina empezaron a tocar el *Spanish fandango* mientras Howard cortaba tajadas de pavo hasta que los huesos quedaron limpios. Luego dirigió la música, utilizando su cuchillo de batuta. Howard nos contó que la lata de gasolina ardiendo no había sido más que una diversión para distraer al sargento del comedor mientras él y otro par de temerarios entraban en la cocina y requisaban dos pavos a la luz de la luna.

Los supervivientes de aquel reciente baño de sangre en Peleliu olvidamos nuestras preocupaciones y estallamos de risa al oír la historia. Mientras disfrutábamos de la camaradería forjada por el combate, tuvimos la mejor fiesta de Fin de Año a la que he asistido. El 11.° de marines disparó una salva de artillería a medianoche.

Era algo típico de Howard llevar a cabo su requisa de pavo tan hábilmente e igual de típico compartirlo con tantos compañeros como pudiera. Era una de esas almas maravillosamente optimistas, siempre simpático y bromista, sereno en el combate y, aunque muy admirado, muy modesto. Cuando una ametralladora nipona mató a Howard en los primeros días de la batalla de Okinawa (su tercera campaña), todos los que lo conocían se sintieron profundamente apenados. Con su ejemplo, me enseñó más que ninguna otra persona el valor de la alegría ante la adversidad.

Uno de mis recuerdos más preciados es la imagen de Howard Nease sentado en su cama, trinchando un pavo enorme que tenía en el regazo con su Ka-Bar a la luz de una antorcha en su tienda bajo las palmeras de Pavuvu la Nochevieja de 1944, sonriendo y diciéndome:

—Feliz Año Nuevo, Mazo.

Aprendí mucho de él.

Nuestro nuevo jefe de división, el general de división Pedro del Valle, antiguo jefe del 11.° de marines, ordenó frecuentes instrucciones en formación cerrada, desfiles y revistas. Era mejor que los destacamentos de trabajo para recoger cocos podridos, y añadía una «pulcritud» a nuestra rutina que ayudaba a mantener la moral. Una ración habitual de cerveza de dos latas por hombre a la

semana también ayudaba. Durante la instrucción en formación cerrada nos vestíamos con caquis limpios que cada uno planchaba bajo el colchón de su cama de lona. Mientras marchábamos de acá para allá en la cuidada plaza de armas cubierta de polvo de coral, yo pensaba en casa y en algún libro que estaba leyendo y no me aburría en absoluto.

Un día tuvimos una parada del 5.° Regimiento. Se les otorgaron condecoraciones y medallas a aquellos que habían recibido una mención por su destacada actuación en Peleliu. Para entonces muchos de nuestros heridos habían regresado de los hospitales. Cuando se les concedió el Corazón Púrpura a los que habían resultado heridos, no hubo muchos de nosotros a los que no les correspondiera.

Durante aquellos desfiles nos enorgullecía mucho ver que la bandera de nuestro regimiento nos acompañaba. Como todas las banderas de regimiento, tenía un gran emblema del cuerpo de marines con las palabras «Cuerpo de marines de Estados Unidos» estampadas en la parte superior. Debajo del emblema se leía «Quinto Regimiento de marines».

Sin embargo, lo que hacía única a nuestra bandera era el número de banderines de batalla atados a la parte superior del asta. Estos banderines (cintas de aproximadamente treinta centímetros de largo con los nombres de las batallas estampados encima) representaban las batallas en las que había luchado el 5.° de marines y las condecoraciones que había ganado el regimiento, que se remontaban hasta el bosque de Belleau (primera guerra mundial) y la guerra del banano (en América del Sur). Acabábamos de añadir Peleliu a la colección de la segunda guerra mundial. Aquellos banderines representaban más batallas de las que había librado ningún otro regimiento de marines. Un amigo comentó que nuestra bandera tenía tantos banderines de batalla, condecoraciones y cintas que parecía una fregona; ¡un resumen sencillo pero sin rodeos de una orgullosa tradición!

Cuando ya hacía varias semanas que habíamos regresado a Pavuvu, un día me dijeron que me pusiera un caqui limpio y que me presentara en la tienda del cuartel general de la compañía puntualmente a la una. Hubo una vaga alusión a una entrevista que podría conducir a la escuela de candidatos a oficiales, en Estados Unidos.

—Eh, Mazo, tendrás la vida resuelta, siendo un oficial y todo eso, andando en tejemanejes en Estados Unidos —dijo un amigo mientras me preparaba para la entrevista.

—Si tienes suerte tal vez pesques un trabajo de oficina —apuntó otro.

Resultaba evidente que algunos de mis compañeros me envidiaban cuando

me marché y comencé a caminar por la calle con nerviosismo. En lo que yo pensaba era en que no quería ni iba a dejar a la Compañía K (a menos que me hirieran o me devolvieran a casa definitivamente) y en por qué diablos me habían elegido a mí para esa entrevista.

Cuando llegué al cuartel general de la compañía me enviaron a una tienda que se encontraba a poca distancia, cerca del cuartel general del batallón. Me presenté en la tienda y un teniente me recibió con cordialidad. Se trataba de un hombre sumamente apuesto y, por su compostura y modesta confianza en sí mismo, deduje que un veterano de combate.

Me preguntó en profundidad por mi formación y educación. Se mostró sincero y simpático. Me dio la impresión de que estaba intentando decidir con cuidado si los hombres a los que entrevistaba eran adecuados para convertirse en oficiales de la infantería de marina. Congeniamos y fui totalmente sincero con él. Me preguntó por qué no había superado el programa de candidatos a oficiales V-12 y le conté lo que opinaba de alistarme en el cuerpo de marines y que me enviaran a un colegio.

—¿Qué opina ahora que ha estado en combate? —me interrogó.

Le contesté que me alegraría volver al colegio. Le dije que ya había visto suficiente en Peleliu para satisfacer mi curiosidad y mi pasión por la lucha.

—De hecho, estoy listo para volver a casa —afirmé.

El teniente se rió de manera afable y cómplice. Me preguntó qué opinaba del cuerpo de marines y de mi unidad. Le respondí que me sentía orgulloso de pertenecer a ellos. Inquirió qué me parecía ser miembro de la dotación de un mortero de 60 mm y le expliqué que era lo primero que había elegido. Entonces se puso muy serio y me preguntó:

—¿Qué le parecería enviar hombres a una situación en la que supiera que los matarían?

—No podría hacerlo, señor —contesté sin vacilar.

El teniente me miró larga y detenidamente de un modo amable y analítico. Me planteó unas cuantas preguntas más y luego inquirió:

—¿Le gustaría ser oficial?

—Sí, señor, si significara regresar a Estados Unidos —aseguré.

Soltó una carcajada y con unos pocos comentarios amistosos más me dijo que eso era todo.

Mis amigos me pidieron todos los detalles de la entrevista. Cuando se lo

conté todo, uno exclamó:

—Mazo, tienes que estar tan asiático como Haney. ¿Por qué demonios no te camelaste a ese teniente?

Contesté que el teniente tenía experiencia y que era demasiado sensato para tragase un cuento chino. Eso era cierto, desde luego, pero la verdad era que no quería irme de la Compañía K. Era mi casa y estaba convencido de que mi sitio estaba en la compañía, por muy deprimentes o peligrosas que pudieran ser las condiciones. Además me gustaba ser servidor de un mortero. Me interesaban mucho el arma y su utilización, y si tenía que volver a luchar, tenía plena confianza de ocasionarles mucho más daño a los japoneses como servidor de mortero que alférez. No deseaba ser oficial ni darle órdenes a nadie; sólo quería ser el mejor servidor de mortero que pudiera... y sobrevivir a la guerra.

No había nada de heroico ni excepcional en mi actitud. Otros hombres opinaban lo mismo. En realidad, en combate, nuestros oficiales lo pasaban tan mal como los soldados rasos. Pero además tenían que soportar la carga de la responsabilidad. Como dijo un amigo (un soldado raso):

—Cuando las cosas se ponen feas, lo único que tengo que hacer es lo que mandan, y puedo preocuparme sólo por mí mismo y por mi compañero. Los oficiales tienen que estar todo el tiempo comprobando mapas y organizando gente.

Comenzamos a asimilar a los nuevos reemplazos en la compañía y añadimos un tercer mortero a mi sección. La sección de artillería del batallón comprobó todas las armas y nos suministraron nuevas unidades por aquellas que se habían desgastado en la lucha por Peleliu.

Había varios marines llamados a filas entre los nuevos reemplazos y también algunos suboficiales que habían estado en arsenales y otros puestos en Estados Unidos. La presencia de los suboficiales ocasionó cierto resentimiento entre unos cuantos veteranos de Gloucester y Peleliu, que para entonces eran los superiores en sus pelotones, debido a las cuantiosas bajas sufridas en Peleliu. Estos últimos no recibirían un ascenso habida cuenta de la entrada de nuevos suboficiales en la compañía. No obstante, por lo que vi, los nuevos suboficiales eran en su mayor parte hombres con muchos años de servicio, aunque no veteranos de combate. Se las arreglaron bien para asumir su autoridad a la vez que nos respetaban a los veteranos de combate por nuestra experiencia.

Los marines llamados a filas tuvieron que aguantar bastantes bromas por lo de ser «voluntarios esposados» por parte de aquellos de nosotros que nos habíamos alistado en el cuerpo de marines. Algunos de los reclutados insistían con vehemencia en que eran voluntarios que se habían alistado como la mayoría de

nosotros. Sin embargo, procuraban ocultar su historial e identificación, porque las siglas «SO» (de servicio obligatorio) aparecían después del número de serie si un hombre había sido llamado a filas.

Aunque a veces los reclutados se reían a nuestra costa. Si refunfuñábamos y protestábamos, ellos sonreían y decían:

—¿De qué os quejáis? Os lo buscasteis, ¿no?

Simplemente les gruñíamos; nadie se enfadaba por ello. Los reemplazos eran buena gente en general, y la compañía mantuvo su espíritu de lucha.

Nuestro adiestramiento se intensificó y comenzaron a correr rumores respecto a la siguiente «carga» (un término muy extendido para referirse a una campaña). Oímos que iban a incluir a la 1.a División de marines en un ejército para invadir la costa de China o Formosa (Taiwán). Muchos de mis compañeros se temían que perderíamos nuestra identidad como marines y que el ejército de Estados Unidos al final absorbería al cuerpo de marines (un destino que ha preocupado a los marines de Estados Unidos de muchas generaciones, como la historia documenta). Nuestro entrenamiento hizo hincapié en el combate callejero y la cooperación con carros de combate en campo abierto. Pero aún no conocíamos el nombre de nuestro objetivo. Después de que nos mostraran mapas (sin nombres) de una isla larga y estrecha, seguíamos sin saberlo.

Un día Tom F. Martin, un amigo mío de la Compañía L que también había estado en el programa V-12 y era un veterano de Peleliu, llegó entusiasmado a mi tienda y me mostró un mapa del Pacífico Norte del *National Geographic.* En él vimos la misma isla de forma extraña. Estaba localizada a 325 millas al sur de la punta meridional de la isla nipona de Kyushu y se llamaba Okinawa Shima. Su proximidad a Japón nos garantizaba una cosa fuera de toda duda: pasara lo que pasase, seguro que la batalla por Okinawa sería implacable y sangrienta. Los japoneses nunca habían vendido barata ninguna isla y el patrón de la guerra hasta entonces había demostrado que las batallas se volvían más feroces cuanto más nos acercábamos a Japón.

Realizamos desembarcos de prácticas, disparamos diferentes armas ligeras y nos sometieron a un intensivo entrenamiento con morteros. Con la incorporación de una tercera arma a nuestra sección de morteros, me sentía como si fuéramos la batería de artillería de la Compañía K.

En esa época la hepatitis hizo su aparición entre nuestras tropas. La llamábamos «ictericia amarilla» y yo sufrí un caso grave. Podíamos mirar a un hombre y saber si tenía la enfermedad por el tono amarillento del blanco de los ojos. Incluso nuestras pieles muy bronceadas adquirieron un aspecto cetrino. Me

sentía muy mal, estaba cansado y el olor de la comida me producía náuseas. El bochornoso calor de Pavuvu tampoco ayudaba. Una mañana me puse a la cola para visitar la enfermería, como hacían otros marines en un número cada vez mayor. El médico militar me entregó un «certificado de obligaciones ligeras», un trozo de papel que me relevaba oficialmente del intenso esfuerzo del adiestramiento de rutina, pero que seguía haciéndome susceptible de participar en destacamentos de trabajo de poca importancia como recoger basura, enderezar las cuerdas de las tiendas de campaña y cosas por el estilo. Fue la única vez durante todo mi servicio en el cuerpo de marines en la que me libré de las obligaciones habituales debido a una enfermedad.

Si hubiéramos sido civiles, estoy absolutamente seguro de que nos habrían hospitalizado. En cambio, un sanitario nos entregó pastillas de *APC*.[40]Este medicamento era el remedio estándar para todo, salvo las heridas de bayoneta, bala o metralla. Después de varios días se dictaminó que me había repuesto lo suficiente para reanudar las obligaciones habituales y le entregué mi apreciado certificado de obligaciones ligeras a un oficial de la enfermería.

El adiestramiento se intensificó. En enero de 1945, la compañía subió a bordo de un LCI[41] y, en convoy con otras naves del mismo tipo, fuimos a Guadalcanal de maniobras. Tras un ejercicio de campaña con toda la división, regresamos a Pavuvu el 25 de enero.

Entonces empezamos a escuchar a diario, con comprensivo interés, las noticias acerca de los espantosos enfrentamientos con los que se estaban encontrando las 3.a, 4.a y 5.a divisiones de marines durante la batalla por Iwo Jima, que comenzó el 19 de febrero.

—Parece una versión a mayor escala de Peleliu —comentó un día un amigo mío.

No se dio cuenta de la razón que tenía. El nuevo patrón de defensa en profundidad y sin cargas *banzai* que los japoneses habían practicado con la 1.a División de marines en Peleliu se repitió en Iwo Jima. Cuando aquella isla se declaró «segura» el 16 de marzo, el precio para las tres divisiones de marines que combatieron allí fue como si multiplicaran por tres nuestras bajas de Peleliu.

Durante el adiestramiento nos informaron de que tendríamos que trepar por un malecón o acantilado (del que se desconocía la altura exacta) para dirigirnos tierra adentro durante la batalla que se avecinaba. Practicamos escalando varias veces un escarpado acantilado de coral (de unos doce metros de altura) situado al otro lado de la bahía frente al campamento de la división en Pavuvu. Sólo contábamos con dos cuerdas para que toda la compañía subiera y cruzara el

acantilado. Se suponía que nos suministrarían escalas de cuerda antes del día D, pero yo no vi ninguna.

Mientras nos encontrábamos al pie del acantilado durante esos ejercicios, aguardando nuestro turno y observando cómo los otros hombres subían penosamente por las cuerdas hasta la cima del acantilado con todo su equipo de combate, oí algunas perlitas de boca de mis compañeros sobre los mismos. Los oficiales de la compañía (todos eran nuevos salvo el teniente Stanley, el oficial al mando) corrían de un lado para otro con gran entusiasmo instando a las tropas a que subieran por el acantilado como si se tratara de un rutina de entrenamiento de fútbol americano en el campus de alguna universidad.

—Menuda panda de alféreces novatos tan desastrosa. ¿Qué diablos piensan que van a hacer los malditos japos mientras nosotros trepamos por ese acantilado de uno en uno? —refunfuñó un veterano servidor de ametralladora.

—A mí me parece una estupidez. Si esa playa se parece en algo a Peleliu, nos liquidarán antes de que nadie suba por ningún acantilado —apunté.

—Y que lo digas, Mazo, y los japos no van a quedarse sentados tocándose las narices. Van a cubrir esa playa con morteros y artillería, y las ametralladoras van a barrer la cima de ese acantilado —añadió con triste resignación.

El nuevo jefe de nuestra sección de morteros era un tipo de Nueva Inglaterra de una universidad de prestigio. Mac tenía el pelo rubio, no era alto, pero sí fornido, estaba lleno de energía y era hablador, con un cerrado acento de Nueva Inglaterra. Se trataba de un oficial concienzudo, pero a los veteranos les irritaba que hablara frecuente y profusamente de lo que les iba a hacer a los japoneses cuando volviéramos a entrar en combate. A veces escuchábamos tales fanfarronadas de boca de los reemplazos de menor rango que intentaban impresionar a alguien (sobre todo a ellos mismos) con lo valientes que serían bajo el fuego enemigo, pero Mac fue prácticamente el único oficial al que oí esas bravuconadas.

Cada vez que empezaba con: «La primera que le den a uno de nuestros chicos, me va a cabrear tanto que voy a coger el Ka-Bar entre los dientes y la 45 en la mano, y voy a cargar contra todos los japos», todos los veteranos se recostaban y sonreían con sorna. Nos lanzábamos miradas de complicidad unos a otros y poníamos los ojos en blanco como indignados colegiales escuchando a un entrenador jactarse de que podía darle una paliza al equipo contrario él solo.

Yo sentía vergüenza ajena, porque era muy evidente que Mac consideraba el combate una mezcla de fútbol americano y una acampada de *boy scouts.* No quiso escuchar las palabras de prudencia de algunos de nosotros que le sugerimos que le

esperaba una sorpresa. Estuve de acuerdo con un amigo de Tejas que dijo:

—Dios quiera que ese teniente yanqui y bocazas se tenga que tragar todas y cada una de sus palabras cuando las cosas se pongan feas.

El deseo del tejano se hizo realidad en Okinawa y fue una de las cosas más divertidas que he visto en la línea de fuego.

Antes de la siguiente campaña tuvimos que ponernos las inoculaciones habituales más algunas adicionales. Teníamos los brazos doloridos y a muchos hombres les dio fiebre. Los soldados odiaban ponerse inyecciones y el gran número que nos administraron (algunos dijeron que fueron siete) antes de Okinawa nos puso de mal humor. La de la peste ardía como el fuego y era la peor.

La mayoría de nuestros sanitarios se las arreglaron para hacer que las inyecciones dolieran lo menos posible, y esto ayudó. Pero teníamos un sanitario arrogante que no sentía compasión por el dolor de los demás. No gozaba de popularidad, por no decir otra cosa. (Me apresuro a añadir que fue el primer —y único— sanitario de la armada de Estados Unidos que conocí en el cuerpo de marines que no se comportó de un modo ejemplar. A todos los demás que vi los marines probablemente los respetaran más —como grupo y a título personal— que a ningún otro grupo de personas con el que tuviéramos relación.)

Justo delante de mí en la fila para recibir las vacunas se encontraba un amigo veterano de Peleliu. Por delante de él había varios reemplazos nuevos. A medida que «Doc Arrogante» les iba clavando la aguja a más de los nuevos, sus modales empeoraban. Para cuando llegó a mi amigo estaba siendo directamente cruel. «Doc Arrogante» tenía prisa y no levantó la mirada para identificar a mi compañero cuando éste se acercó a la mesa. A Doc casi le costó caro. Sostuvo la aguja como si fuera un dardo, la hundió en el brazo de mi amigo, apretó el émbolo y soltó:

—¡Fuera!

Mi amigo no se estremeció ante la dolorosa inyección. Se giró despacio, agitó el puño ante la cara del sanitario y dijo:

—Hijo de puta, si quieres hacer prácticas de bayoneta, nos encontraremos en el campo con las bayonetas caladas y sin vainas en las hojas, y entonces veremos qué puedes hacer.

«Doc Arrogante» parecía asombrado. Se quedó sin habla cuando comprendió que el brazo que había pinchado con tanta rudeza no estaba pegado a un manso reemplazo sino a un avezado veterano.

A continuación, mi amigo añadió:

—Si me vuelves a poner otra inyección como ésta, te agarraré por el

pescuezo y te haré papilla. Te daré tal paliza que ni siquiera podrás estar en la siguiente carga porque tendrán que concederte el Corazón Púrpura cuanto termine contigo, chulazo.

«Doc Arrogante» se transformó al instante en «Doc Manso». Cuando me acerqué para recibir mi inyección, me la administró con una delicadeza que hasta habría hecho enorgullecerse a Florence Nightingale, la famosa enfermera ejemplar.

Comenzamos a recoger nuestro equipo. Poco después nos avisaron de que llevaríamos a cabo más maniobras en Guadalcanal y después zarparíamos hacia nuestro siguiente combate: Okinawa.

CAPÍTULO OCHO

El preludio de la invasión

Desde el punto de vista de la satisfacción personal, siempre me he alegrado de que puesto que teníamos que realizar maniobras en algún lugar como parte de los preparativos para Peleliu y Okinawa, este adiestramiento se llevara a cabo en Guadalcanal. El nombre de aquella isla estaba bordado en letras blancas debajo del número «Uno» en rojo en nuestra insignia de división, de la que todos estábamos muy orgullosos. Guadalcanal tenía un gran significado simbólico. Me alegré de poder ver algunas de las áreas en las que había combatido la 1.a División de marines durante la campaña y conseguí algunos relatos de primera mano de lo que había sucedido, de boca de veteranos que habían participado en los combates.

Durante el período de maniobras en Guadalcanal, permanecimos en tierra dos o tres semanas y acampamos en una zona que había sido el campamento de la 3.a División de marines antes de que sus tropas entraran en el infierno de Iwo Jima. Colgamos nuestras hamacas de jungla y nos pusimos lo más cómodos posible. A diario, durante varios días, nos adentrábamos en las colinas, junglas y prados de hierbas altas para entrenar. Y disfrutábamos de una ducha fresca cada tarde después de regresar del campo.

Guadalcanal era una base grande a principios de 1945 y contaba con muchas tropas de servicio y unidades de retaguardia. Frente a nosotros, al otro lado de la carretera, se encontraba un batallón de *Seabees* (el batallón de construcción de la armada).

Una tarde a última hora, tres o cuatro de nosotros nos acercamos y nos situamos discretamente al final de su cola para comer. Los cocineros se dieron cuenta de que éramos marines, pero no dijeron nada. Nos cargamos con helado de verdad, chuletas de cerdo frescas, ensalada fresca y buen pan (todo ello manjares nunca vistos en Pavuvu) y nos sentamos a una mesa limpia en un amplio comedor. No tenía ni punto de comparación con las raciones C. Como éramos intrusos, esperábamos que nos echaran de un momento a otro. Sin embargo, nadie pareció reparar en nosotros.

A la tarde siguiente regresamos junto con otros marines que habían tenido la misma idea y disfrutamos de otra excelente cena. Al día siguiente lo volvimos a intentar, recorriendo lenta y calladamente la cola e intentando no llamar la

atención. Para mi sorpresa, desde la tarde anterior, habían colocado un gran letrero blanco cuidadosamente pintado con letras azules y un borde azul sobre la entrada de la cola para comer. No recuerdo las palabras exactas, pero decía algo parecido a esto: «Damos la bienvenida a los marines a esta cola para comer después de que todo nuestro personal haya pasado».

Nos dio tanta vergüenza como alegría. Aquellos Seabeesse habían dado perfecta cuenta de que estábamos allí desde el primer momento y sabían exactamente cuántos marines se estaban metiendo en su cola. Sin embargo, estaban dispuestos y encantados de compartir su comida con nosotros mientras alcanzase. El letrero era necesario, porque los Seabees sabían que haríamos correr la voz y más marines hambrientos se aglomerarían en su cola para comer cada día.

Estábamos eufóricos y recorrimos la cola sonriendo y dándoles las gracias a los encargados del comedor. Eran el grupo más amable que he visto y nos hicieron sentir como huérfanos adoptados. Quizá habían hecho el letrero antes para la 3.a División de marines, a la que le gustaba la comida de los *Seabees* tanto como a nosotros, o quizá lo habían puesto por nosotros. En cualquier caso, agradecimos la buena comida y el buen trato. Acrecentó nuestro respeto por los *Seabees.*

El 3.er Batallón del 5.° de marines había participado en las oleadas de asalto en Peleliu; por lo tanto, en la campaña de Okinawa se nos designó como reserva del regimiento. Para la travesía hasta la isla, por consiguiente, nos embarcarían en un buque de transporte de ataque, el USS *McCracken,* en lugar de las LST. Estos transportes enviaba tropas a tierra en LCVP (pequeñas naves de desembarco abiertas conocidas como lanchas Higgins) más que en carros anfibios.

Una tarde después de los ejercicios de desembarco y los problemas de campaña, nuestra compañía regresó a la playa para aguardar el regreso de las lanchas Higgins que nos recogerían y nos llevarían de vuelta al buque. El sol de última hora de la tarde danzaba sobre las hermosas olas azules y una numerosa flota de barcos permanecía a cierta distancia de la costa en el canal de Sea Lark. Docenas de lanchas Higgins y otras naves anfibias hacían el trayecto de los barcos a la orilla, cargando marines y trasladándolos a los buques. Parecía una especie de festival náutico si no fuera porque todas las embarcaciones eran militares.

Una a una, las lanchas Higgins fueron recogiendo a los hombres (unos veinticinco cada vez) de nuestra zona de playa. Esperamos mientras el sol se hundía al oeste. Los barcos formaron en convoy y pasaron por delante de nosotros, paralelos a la playa. No teníamos raciones ni agua, estábamos cansados tras un día entero de maniobras y no deseábamos pasar la noche en una playa infestada de mosquitos.

Por fin, cuando el último barco se situó de popa a nosotros, una lancha Higgins se dirigió hacia nuestra posición levantando rociones. Éramos las únicas tropas que quedaban en la playa. El patrón aceleró el motor, metió la proa de la nave de calado plano en la playa y dejó caer la rampa de proa con un golpe. Trepamos a bordo y alguien gritó el habitual:

—Desatraque, patrón, carga completa.

Nos aferramos a la regala de la embarcación mientras el patrón levantaba la rampa, invertía la marcha del motor, giraba y partía a toda máquina hacia el barco que iba desapareciendo.

El mar estaba agitado. Snafu empezó a marearse como de costumbre, así que se tumbó de costado en la cubierta. Íbamos abarrotados: dos pelotones de ametralladoras y dos pelotones de morteros de 60 mm se apiñaban en la Higgins, junto con todo nuestro equipo de combate, armas ligeras, morteros y ametralladoras.

Una lancha Higgins, como cualquier nave potente a toda máquina, normalmente se hundía por el extremo de popa con la proa elevada y se desplazaba con facilidad sobre el agua. Nuestra embarcación, sin embargo, iba tan cargada de hombres y equipo que, aunque nos aglomeramos lo más atrás posible en la popa, la rampa de proa en ángulo recto no estaba lo suficientemente elevada sobre las olas. Chocó de lleno contra algunas olas grandes y el agua empezó a entrar por una lumbrera abierta. Por lo general, esa lumbrera de noventa por sesenta centímetros se encontraba por encima del nivel del agua. El patrón gritó instrucciones para que cerráramos los postigos, lo que hicimos lo más rápido posible. No obstante, el agua siguió salpicando la rampa de proa y entrando por las rendijas de la lumbrera.

En medio del creciente crepúsculo, pudimos ver la popa de un buque de transporte muy por delante de nosotros. Se trataba del último barco del convoy que había desaparecido del extremo de Guadalcanal. Nuestro patrón aceleró todo lo posible para alcanzar al buque de transporte, e hicimos cada vez más agua. Si no dábamos alcance a aquel barco antes de que se hiciera de noche, no sabíamos cuándo regresaríamos a nuestra nave.

El agua comenzó a llenar los pantoques por debajo de los tablones del suelo, así que el patrón puso en marcha las bombas para mantenernos a flote. Nos preparamos para achicar con los cascos, pero para cuando el agua subiera por encima del enmaderado donde podríamos llegar a ella, era probable que la embarcación se hundiera debido al peso. La situación era desalentadora y no quería ni pensar en tener que nadar el par de millas en aquellas aguas agitadas

hasta la playa. Qué ironía si algunos de nosotros moríamos tras sobrevivir a Peleliu al ahogarnos durante unas maniobras en la bahía del fondo de hierro, pensé.

Lentamente fuimos acortando las distancias respecto al buque de transporte y por fin nos situamos a su costado. El barco, que descollaba sobre nosotros, estaba atestado de marines. Les pedimos ayuda a gritos. Un oficial de la armada se inclinó sobre la barandilla y nos preguntó de qué barco éramos. Le dijimos que habíamos perdido el *McCracken y* solicitábamos subir a bordo porque íbamos a hundirnos. Le dio órdenes a nuestro patrón de que se arrimara debajo de un par de serviolas. Así lo hizo y nos bajaron dos cables con ganchos. Justo cuando los ganchos estuvieron sujetos a anillas del suelo, dio la impresión de que nuestra Higgins comenzaba a hundirse. Los cables eran lo único que la mantenían a flote. Nos bajaron una red y subimos como pudimos a bordo del buque. Nos sentimos tremendamente aliviados de encontrarnos fuera de aquella pequeña embarcación.

El barco llegó al fondeadero de la flota varias horas después de que anocheciera. Un señalero que se encontraba en el puente se puso manos a la obra con su luz de destellos enviando señales a otros barcos. Se localizó al *McCracken* y pronto nos encontramos de nuevo a bordo.

—¿Dónde diablos habéis estado tanto tiempo? —preguntó un hombre de mi compartimento para tropas cuando caímos en nuestras literas.

—Fuimos a San Francisco a tomar una cerveza —respondió alguien.

—Qué gracioso —repuso el otro.

Después de que se completaran las maniobras, nuestro convoy zarpó de las Islas Russell el 15 de marzo de 1945. íbamos rumbo al atolón Ulithi, donde el convoy se reuniría con la flota de invasión que se estaba congregando. Anclamos frontera Ulithi el 21 de marzo y permanecimos allí hasta el día 27.[42]

Nos alineamos a lo largo de las barandillas de nuestro buque de transporte y observamos asombrados la inmensa flota. Vimos naves de toda clase: enormes y nuevos acorazados, cruceros, destructores de líneas elegantes y un gran número de rápidas embarcaciones de escolta. Había más portaaviones de los que ninguno de nosotros hubiera visto jamás. Todo tipo imaginable de naves anfibias estaba en formación. Era la mayor flota de invasión que se había congregado nunca en el Pacífico, y nos sentimos sobrecogidos al verla.

Las naves se balanceaban debido a las mareas y los vientos, y cada día la flota parecía nueva y diferente. Cada mañana, cuando subía a cubierta, me sentía desorientado. Era una sensación extraña, como si me encontrara en un sistema de coordenadas diferente y tuviera que conocer de nuevo los alrededores.

La primera tarde que pasamos en Ulithi, un compañero servidor de mortero sugirió:

—Saquemos los prismáticos y veamos cuántas clases de barcos podemos identificar.

Nos fuimos pasando los prismáticos de la sección de morteros y matamos muchas horas estudiando las diferentes naves.

De pronto, alguien exclamó ahogando un grito:

—¡Mirad ese buque hospital allá por la amura de babor! ¡Mirad las enfermeras! ¡Dadme los prismáticos!

Cerca de una docena de enfermeras estadounidenses bordeaba la barandilla del buque hospital observando la flota. Entre nosotros estalló una refriega por utilizar los prismáticos primero, pero al final todos les echamos un vistazo a las chicas. Silbamos y saludamos con las manos, pero estábamos demasiado lejos para que nos oyeran.

Además de los enormes y nuevos acorazados y portaviones, de lo que más hablamos fue de un portaviones terriblemente chamuscado y abollado que estaba anclado cerca de nosotros. Un oficial de la armada nos explicó que se trataba del *Franklin*.[43] Pudimos ver aviones calcinados y retorcidos en la cubierta de vuelo, donde habían estado aguardando para despegar cargados de bombas y misiles cuando el buque fue atacado. Debió haber sido un infierno en llamas, con bombas y misiles estallando y gasóleo ardiendo. Observamos en silencio el casco abollado y escorado hasta que un hombre comentó:

—¡Menudo desastre! Vaya, los pobres deben haberlas pasado canutas.

Aquellos que habíamos vivido la explosión y el fuego de las descargas de artillería de Peleliu podíamos apreciar perfectamente el coraje de los marineros del *Franklin*.

Mientras permanecimos fondeados en Ulithi, desembarcamos en el diminuto islote de Moz Mog para llevar a cabo actividades de ocio y preparación física. Tras algo de gimnasia, y para gran alegría de todos, nuestros oficiales sacaron cervezas y cocacolas. Disfrutamos de uno de los partidos de béisbol más divertidos que he jugado. Todo el mundo se reía y corría como un grupo de niños. Nos vino bien bajar del abarrotado buque de transporte, estirar las piernas y mitigar la monotonía. Detestamos tener que subir a bordo de las lanchas Higgins al atardecer para regresar al barco y a nuestros atiborrados camarotes.

En Ulithi recibimos instrucciones acerca de la batalla por Okinawa que se avecinaba. Esta vez no se nos prometió una campaña breve.

—Se cree que será la campaña anfibia más costosa de la guerra —anunció un teniente—. Vamos a atacar una isla que se encuentra a unas 350 millas de las islas principales de Japón, así que pueden esperar que luchen con más determinación que nunca. Podemos prever entre un 80 y un 85 por ciento de bajas en la playa.

Un amigo que estaba a mi lado se inclinó y susurró:

—¡Qué forma de levantarle la moral a la tropa!

Simplemente solté un gruñido.

El teniente prosiguió:

—Puede que tengamos problemas para atravesar ese acantilado o malecón de nuestro sector. Además, según los informes de inteligencia, hay un gran cañón japo, tal vez un 150 mm, emplazado justo en el flanco derecho de nuestro sector del batallón. Esperamos que el cañoneo de la armada pueda destruirlo. Estén alerta ante un ataque de paracaidistas japoneses por nuestra retaguardia, sobre todo de noche. Es prácticamente seguro que los japos llevarán a cabo un contraataque masivo, probablemente con el apoyo de carros de combate, en algún momento a lo largo de nuestra primera noche en tierra o justo antes del amanecer. Harán un *banzai* e intentarán echarnos de la cabeza de playa.[44]

El 27 de marzo el altavoz se puso en funcionamiento:

—Atención, atención. Equipo de cadenas, prepárense.

Los marineros asignados al equipo se situaron en sus puestos, donde levaron el ancla.

—Bueno, Mazo, están levando anclas, así que no tardaremos en volver a ponernos manos a la obra, amigo —dijo un compañero.

—Sí, y no tengo ninguna prisa, por cierto —respondí.

—Y que lo digas —suspiró.

El enorme convoy se puso en marcha como un reloj. Sólo el hecho de observar aquella multitud de naves ya me distraía de lo que nos aguardaba. Mientras avanzábamos me di cuenta de que había refrescado. Habíamos traído nuestras chaquetas de campaña forradas de lana y se estaba cómodo en cubierta, de noche en particular. Para aquellos que habíamos vivido y combatido en el sofocante trópico durante meses, un tiempo más fresco era algo muy importante.

La mayor parte de la travesía desde Ulithi se desarrolló sin incidentes. Cada noche durante el viaje hacia el norte, me fijé en cómo la hermosa constelación de la Cruz del Sur descendía más y más por el horizonte iluminado por las estrellas. Al final desapareció. Era lo único que echaría de menos del Pacífico sur y central. La

Cruz del Sur formaba parte de la insignia de la 1.a División de marines que llevábamos en el hombro y, por lo tanto, tenía un simbolismo especial.

Nos enorgullecíamos profundamente de identificarnos con nuestras unidades y sacábamos muchas fuerzas del simbolismo que las acompañaba. Mientras nos aproximábamos a Okinawa, el saber que era miembro de la Compañía K del 3.er Batallón del 5.° Regimiento de marines de la 1.a División de marines me ayudó a prepararme para lo que sabía que se avecinaba.[45]

Okinawa es una isla grande, de unos noventa y seis kilómetros de largo y de tres a treinta kilómetros de ancho. Como la mayoría de las islas del Pacífico, está rodeaba por un arrecife de coral. Sin embargo, en la costa occidental ese arrecife se encuentra cerca de la orilla, en particular a lo largo de las playas de invasión, en Hagushi.

Por el centro de la isla se extiende un cerro que se eleva unos 450 metros. Al sur del istmo de Ishikawa, el terreno se allana de manera considerable aunque lo cortan varios ríos. En 1945, como sigue sucediendo hoy en día, la parte sur de la isla albergaba al grueso de la población civil.

Tres sistemas montañosos que cruzaban la parte meridional de la isla de este a oeste eran de primordial importancia para la defensa de la misma. Al norte y justo debajo de las

playas de invasión se encontraban los cerros de Kakazu y Nishibaru. En el medio, extendiéndose al oeste de la fortaleza de Shuri, se encontraba el cerro más imponente con escarpados precipicios y hondas quebradas. Más allá del extremo sur de la isla estaban Kunishi, Yuza-Dake y Yaeju-Daki. Juntos estos cerros formaban una serie de barreras defensivas naturales para las fuerzas estadounidenses que avanzaban desde el norte.

En estas barreras naturales fue donde el teniente general Mitsuru Ushijima situó el grueso de su 32.° Ejército japonés, compuesto de 110.000 hombres. Las barreras naturales y artificiales se transformaron en una red de posiciones que se apoyaban mutuamente, conectadas mediante un sistema de túneles. Cada uno de

los cerros se mantenía con denuedo hasta que se volvía indefendible; entonces el enemigo se retiraba a la siguiente línea de defensa. De este modo, los japoneses recurrieron a sus experiencias en Peleliu, Saipán e Iwo Jima para construir una defensa en profundidad sumamente sofisticada y potente. Allí aguardaron y lucharon con el objetivo de agotar la voluntad y los recursos del 10° Ejército estadounidense.

La tensión aumentó la víspera del día D. Recibimos órdenes de última hora de salir de la playa lo más rápido posible. También nos recordaron que, aunque estábamos en la reserva del regimiento, probablemente «nos darían una paliza de muerte» al llegar a la playa. Nos recomendaron que nos fuéramos temprano a la cama; necesitaríamos todo el descanso del que pudiéramos disponer.[46]

Un toque de diana antes del amanecer marcó el comienzo del Domingo de Pascua —el Día de los Inocentes[47]— de 1945. El buque bullía de actividad. Comimos bistec y huevos, el banquete habitual antes de la masacre. Regresé a nuestro compartimento y ordené mi munición, la mochila de combate y la bolsa de munición para el mortero. La tripulación del buque cubrió los puestos de combate y se preparó para rechazar ataques *kamikaze*.[48]El amanecer estaba despuntando y el bombardeo de las playas previo al asalto había comenzado. Por encima podía oír el zumbido de los aviones enemigos que se aproximaban.

Entré en la letrina para calmar mi angustiado colon, tenía retortijones a causa del miedo y la aprensión. En los grandes barcos de transporte las instalaciones sanitarias consistían en una hilera de asientos permanentes de madera situados sobre una palangana de metal por la que corría un flujo constante de agua de mar. Había unos veinte asientos; nada de instalaciones limitadas para que Haney pudiera retrasarnos como en Peleliu.

La mayoría de los hombres de mi compartimento ya habían ido a la letrina y para entonces se habían puesto el equipo y salido a cubierta, así que yo era

prácticamente el único en la letrina. Me instalé cómodamente en un asiento. Me fijé en que a mi lado había una rampa parecida a una reja de hierro que atravesaba el techo junto a una de las canastas del cañón antiaéreo de 40 mm. Descendía a través de la cubierta hacia el compartimento de debajo.

Un sonido increíblemente fuerte de metal traqueteando, repicando, chirriando y raspando me dio un susto de muerte. Me levanté de un salto con un reflejo nacido del miedo e intenté salir corriendo de la letrina hacia el compartimento para tropas. Un *kamikaze* se había estrellado contra nuestro barco justo sobre mi cabeza. Los pantalones, que llevaba alrededor de los tobillos, me entorpecían y casi me caigo. Mientras estiraba las manos para subírmelos, aún podía oír el fuerte repiqueteo y traqueteo (como si un millar de platos cayeran por unas escaleras de piedra). Dirigí la mirada hacia la rampa de hierro y vi docenas de fundas de latón vacías de obuses de 40 mm que caían en cascada desde los cañones de arriba. Resonaban y repiqueteaban por la rampa hasta llegar a un cubo de recogida situado bajo cubierta. Mi miedo disminuyó hasta convertirse en disgusto.

Me puse mi equipo y me reuní con los demás en cubierta para aguardar órdenes. Empezamos a pasear, cada uno pegado a su compañero. Las lanchas Higgins nos llevarían a las zonas de encuentro y nos transbordarían a carros anfibios que anteriormente habían llevado a las oleadas de asalto de infantería a través del arrecife hasta la playa.

El bombardeo de la playa por parte de nuestros buques de guerra había aumentado de intensidad y nuestros aviones habían sumado sus ametralladoras, misiles y bombas. Los aviones japoneses sobrevolaban la flota a bastante distancia de nosotros. Muchos de nuestros barcos estaban disparándoles.

Se ordenó que todas las tropas bajaran (para evitar bajas a causa de los disparos de los aviones enemigos). Cargados con nuestro equipo de batalla, volvimos a meternos por las escotillas, parecidas a puertas, hacia nuestro compartimento. Como sardinas en lata en los pasillos entre las literas, esperamos en el compartimento la orden de regresar a cubierta. Los marineros de cubierta le echaron el cierre a nuestras puertas herméticamente girando las palancas en forma de «U» situadas alrededor de las mismas. Esperamos y oímos los disparos que se sucedían fuera como si estuviéramos atrapados en un armario. El compartimento no era grande y el aire se vició enseguida. Costaba respirar. Aunque el tiempo era fresco, comenzamos a sudar.

—Eh, chicos, los ventiladores están apagados. ¡Por Dios, nos vamos a asfixiar aquí dentro! —exclamó un hombre.

Yo me encontraba junto a la escotilla y varios de nosotros comenzamos a

gritarles a los marineros de fuera, diciéndoles que necesitábamos aire. Ellos nos respondieron también a gritos desde el otro lado de la puerta de acero que no se podía hacer nada porque se necesitaba la electricidad para hacer funcionar los soportes de los cañones.

—¡Entonces dejadnos salir a cubierta, por el amor de Dios!

—Lo sentimos, tenemos órdenes de mantener esta escotilla cerrada.

Todos comenzamos a insultar a los marineros, pero ellos cumplían órdenes, y estoy seguro de que no querían mantenernos encerrados en aquel compartimento viciado.

—Vamos a largarnos de aquí —propuso un compañero.

Todos estuvimos de acuerdo en que sería mejor que nos disparasen en cubierta que asfixiarnos en el compartimento. Tratamos de abrir la escotilla agarrando las palancas y situándolas en la posición de apertura. A la misma velocidad que girábamos cada palanca, los marineros de fuera la volvían a poner en su sitio y la mantenían cerrada. Otros marines desesperados se unieron a nosotros para intentar abrir la escotilla. Sólo había dos marineros fuera, así que con la suma de nuestros esfuerzos por fin logramos accionar todos los cierres, abrimos la escotilla de golpe y salimos en tropel al aire limpio y fresco.

Más o menos entonces una avalancha de más hombres de la Compañía K salió por una escotilla en el otro extremo del compartimento. Uno de los marineros recibió un empujón y rodó por cubierta. En un instante todos estuvimos fuera respirando aire fresco.

—Muy bien, señores, regresen a sus camarotes. Nada de tropas en cubierta. ¡Es una orden! —dijo un voz desde una plataforma situada un poco a popa y encima de nosotros.

Levantamos la mirada y vimos a un oficial de la armada, un alférez, apoyado contra la barandilla fulminándonos con la mirada. Llevaba un uniforme caqui, una gorra de oficial e insignias en el cuello; en marcado contraste con nosotros, que íbamos vestidos con pantalones de tela verde, polainas de color habano y cascos con fundas de camuflaje y cargábamos con el equipo, las armas y las herramientas. El alférez portaba un cinturón con una pistola automática del 45 en la pistolera.

Ninguno de nuestros oficiales se encontraba en la zona, así que el alférez de la armada la tenía toda para él. Anduvo con aire arrogante de acá para allá mientras nos ordenaba que nos metiéramos en el aire viciado del compartimento para tropas. Si se hubiera tratado de un oficial de la infantería de marina

habríamos obedecido la orden refunfuñando y mascullando, pero él nos resultó tan insignificante que simplemente nos dedicamos a dar vueltas. Al final, comenzó a amenazarnos con consejos de guerra si no obedecíamos.

Un amigo mío alzó la voz:

—Señor, vamos a atacar esa playa en un momento y puede que muchos de nosotros no sigamos vivos dentro de una hora. Preferimos arriesgarnos a que nos alcance un avión japo aquí fuera que volver ahí dentro y morir asfixiados.

El oficial dio media vuelta y se dirigió al puente; supusimos que a buscar ayuda. Poco después llegaron algunos de nuestros oficiales y nos ordenaron que nos preparáramos para bajar por las redes a las embarcaciones que nos esperaban. Que yo sepa, nuestra fuga del compartimento para tropas en busca de aire fresco no se mencionó nunca.

Recogimos nuestro equipo y nos dirigimos a las zonas designadas a lo largo de las regalas del buque. El tiempo estaba despejado en su mayor parte e increíblemente fresco (unos 23 grados) tras el calor del Pacífico Sur. El bombardeo retumbaba y tronaba hacia la isla. Todo, desde acorazados a embarcaciones lanzamisiles y morteros, cubría las playas junto con nuestros bombarderos en picado. Los aviones japoneses llegaron sobrevolando el enorme convoy, con sus motores zumbando y gimiendo, y el fuego antiaéreo de numerosas naves comenzó a estallar en el aire. Vi cómo alcanzaban a dos aviones enemigos a cierta distancia de nuestro buque.

Todos estábamos tensos, en particular con los cálculos de inteligencia de que podíamos esperar entre un 80 y un 85 por ciento de bajas en la playa. Aunque el desembarco me aterraba, no me sentía ni con mucho tan inquieto como en Peleliu. Quizá se debiera a que ya era un veterano de combate. Había sobrevivido al desembarco de Peleliu y sabía qué esperar de los japoneses, así como de mí mismo.

Cuando descendí por la red de carga hasta la lancha Higgins, aún tenía miedo; pero era diferente de lo que sentí en Peleliu.

Además de la inestimable experiencia de ser un veterano de combate, la inmensidad de nuestra flota me daba coraje. Naves de combate y buques de transporte armados se extendían hasta donde alcanzaba nuestra vista. No tengo ni idea de cuántos de nuestros aviones estaban en el aire, pero debían de ser centenares.

Bajamos por la red y nos instalamos en la Higgins. Cuando el último marine subió a nuestra embarcación, alguien gritó:

—Desatraque, patrón, carga completa.

El patrón aceleró el motor y se alejó del buque. Otras lanchas cargadas de marines del 3/5 se estaban retirando del costado del barco. Cómo detestaba tener que marcharme. Embarcaciones anfibias de todo tipo flotaban en el agua a nuestro alrededor. La complejidad de la enorme invasión resultaba evidente dondequiera que miráramos.

Nuestra lancha se alejó cierta distancia del barco y entonces comenzó a trazar círculos despacio junto con otras embarcaciones cargadas de hombres de nuestro batallón. El bombardeo de las playas de Hagushi continuaba rugiendo con imponente intensidad. Hundidos en el agua como estábamos, la verdad era que no podíamos ver lo que estaba sucediendo salvo en nuestras inmediaciones. Aguardamos con nerviosismo a que llegara la hora H, que se habían programado para las 08:30.

Algunos buques comenzaron a soltar un denso humo blanco para ocultar las actividades del convoy. El humo flotó perezosamente y se mezcló con el de los proyectiles al estallar. Continuamos dando vueltas en la hermosa agua azul que rizaban las otras embarcaciones de nuestro grupo.

—Ya son las 08:30 —anunció alguien.

—La primera oleada está entrando. Preparaos para lo peor —dijo Snafu.

El hombre que se encontraba a mi lado suspiró:

—Sí, ahora es cuando las cosas se empiezan a poner feas.

CAPÍTULO NUEVE

Suspensión de condena

—¡El desembarco no ha encontrado resistencia!

Miramos asombrados al marine que estaba a bordo del carro anfibio con el que nuestra lancha Higgins acababa de topar.

—Y una mierda —replicó uno de mis compañeros.

—Es la pura verdad. No he visto bajas. La mayoría de los japos deben de haber puesto pies en polvorosa. Sólo vi un par de proyectiles de mortero caer en el agua, eso es todo. Los chicos llegaron sin mojarse. No había visto nada igual.

Por mi mente habían estado pasando imágenes de la vorágine de Peleliu, pero en Okinawa prácticamente no hubo oposición al desembarco. Cuando superamos nuestro asombro, todo el mundo comenzó a reír y bromear. El alivio de la tensión fue inolvidable. Nos sentamos en el borde del compartimento para tropas del carro anfibio cantando y haciendo comentarios sobre la inmensa flota que nos rodeaba. No hizo falta que nos agacháramos para esquivar los mortíferos efectos de la metralla y las balas. Fue —y sigue siendo— la sorpresa más agradable de la guerra.

Sin embargo, de pronto caí en la cuenta de que no era nada propio de los japoneses dejarnos caminar hasta la playa sin oposición en una isla situada a sólo 350 millas de su patria. Era evidente que se trataba de algún truco, y empecé a preguntarme qué estaban tramando.

—Eh, Mazo, ¿qué te pasa? ¿Por qué no cantas como los demás?

Sonreí y me uní al estribillo de *Little Brown]ug.*

—¡Así me gusta!

Mientras nuestra oleada se aproximaba a la isla, logramos ver con claridad los cientos de embarcaciones de desembarco y carros anfibios que se acercaban a la playa. Justo delante de nosotros, podíamos ver cómo los hombres de nuestro regimiento se desplazaban en formaciones de combate dispersas como diminutos soldados de juguete en el paisaje cada vez mayor. Parecían tranquilos y despreocupados, como si estuvieran de maniobras. No había obuses enemigos estallando entre ellos. La isla formaba una pendiente poco pronunciada desde la playa y las numerosas y pequeñas parcelas agrícolas y ajardinadas de los

habitantes de Okinawa le daban la apariencia de una colcha de retazos. Era un lugar precioso, salvo donde los obuses habían arrancado la cubierta de tierra y la vegetación. Me sentí abrumado por el contraste con el día D en Peleliu.

Cuando nuestra oleada se encontraba aproximadamente a cincuenta metros de la playa, vi que dos proyectiles de mortero enemigos hacían explosión a una distancia considerable, a nuestra izquierda. Levantaron pequeños geiseres de agua pero no causaron daños a los carros que se encontraban en esa zona. Ése fue el único fuego enemigo que vi durante el desembarco en Okinawa. Todo eso hizo que el Día de los Inocentes resultara aún más siniestro, porque todos esos millares de tropas japonesas de primera que se encontraban en la isla tenían que estar en alguna parte buscando pelea.

Continuamos observando el panorama alrededor de nuestro carro anfibio sin pensar en el peligro inmediato mientras salíamos del agua. La puerta trasera bajó con un golpe. Recogimos nuestro equipo con calma y salimos a la playa.

A poca distancia, a nuestra derecha, el río Bishi Gawa desembocaba en el mar. Este pequeño río formaba la frontera entre las divisiones del ejército del XXIV Cuerpo, al sur, y el III Cuerpo anfibio, al norte del río. En nuestro lado de la desembocadura del río, en un promontorio que se adentraba en el mar, vi los restos del emplazamiento que contenía el gran cañón nipón que nos había inquietado durante las reuniones informativas. El malecón de nuestra zona había quedado reducido a una cuesta de menos de un metro de alto que subimos con facilidad.

Avanzamos tierra adentro y no oímos ni vimos fuego japonés. Mientras cruzábamos los pequeños campos y jardines hacia altitudes más elevadas, vi que las tropas de la 6.a División de marines se dirigían hacia el gran aeródromo de Montan, situado a nuestra izquierda. Imperó el júbilo por la falta de oposición al desembarco, en especial entre los veteranos de Peleliu. Nuestros nuevos reemplazos comenzaron a hacer comentarios acerca de que los desembarcos anfibios eran fáciles.

El teniente general Simón Bolívar Buckner, Jr., estuvo al mando del 10.° Ejército en el asalto contra Okinawa. A la izquierda (norte) del desembarco estadounidense se encontraba el III Cuerpo anfibio de marines, a las órdenes del general de división Roy S. Geiger, que estaba compuesto del las 1.a y 6.a divisiones de marines con esta última a la izquierda. A la derecha (sur) desembarcó el XXIV Cuerpo del ejército, comandado por el general de división John R. Hodge y formado por las 7.a y 96.° divisiones de infantería con ésta en el extremo derecho. Respaldando al XXIV Cuerpo estaba la 77. a División de infantería, con la 27.a División de infantería a flote de reserva. Al otro lado de la isla se encontraba la 2.a División de marines, que había llevado a cabo un despliege de distracción

en las playas sudorientales. Aproximadamente, el teniente general Buckner contó con 541.866 hombres a su disposición.

Entre los 50.000 soldados que llegaron a tierra el día D, en las cuatro divisiones de asalto sólo hubo 28 muertos, 104 heridos y 27 desaparecidos.

El plan de ataque requería que las cuatro divisiones cruzaran la isla, cortándola en dos. A continuación, los marines torcerían a la izquierda y se desplazarían hacia el norte, para asegurar los dos tercios superiores de la isla, mientras las fuerzas del ejército giraban a la derecha de la línea y se dirigirían al sur.

A última hora de la tarde del día D, nos ordenaron que nos atrincheráramos para pasar la noche. Mi pelotón se estableció en un pequeño campo de cereales cosechado hacía poco. La tierra de arcilla era ideal para atrincherarse, así que cavamos un buen foso para el mortero. Los otros dos morteros de nuestra compañía estaban apostados cerca. Alineamos el arma hacia probables objetivos situados por delante de nosotros, luego guardamos la munición para pasar la noche. Todo el mundo esperaba un gran contraataque con carros de combate debido a la naturaleza abierta de la campiña.

Una vez instalados, varios de nosotros nos acercamos al borde del campo y exploramos con cautela una cuidada y limpia casa de labranza. Se trataba de un escondite probable para francotiradores, pero la encontramos vacía.

Cuando nos marchábamos de la casa para regresar a nuestras posiciones, Jim Dandridge, uno de nuestros reemplazos, pisó lo que parecía una tapa de madera sobre una cisterna subterránea de en la esquina de la casa. Jim era un hombre grande y las tablas de madera estaban podridas. Cayó entre ellas y se hundió por encima de la cintura. El agujero no era una cisterna sino un pozo negro para las aguas residuales de la casa. Jim salió como pudo bramando como un toro enfurecido y oliendo aún peor. Todos sabíamos que podrían pasar semanas antes de que pudiéramos conseguir una muda de pantalones, así que Jim no podía tomárselo a risa. Sin embargo, empezamos a tomarle el pelo sin piedad por su extraña tendencia a las charcas. Jim era una persona de buen carácter, pero enseguida tuvo suficiente y persiguió a un par de los chicos por el campo hasta nuestras posiciones. Ellos se rieron, pero se mantuvieron fuera de su alcance.

Apenas habíamos regresado a nuestras trincheras cuando oímos el inconfundible zumbido del motor de un avión japonés. Levantamos la mirada y vimos que un Zero se acercaba directamente por encima de nuestras cabezas. El caza volaba alto y al parecer el piloto tenía en mente una pieza mayor que nosotros. Se alejó sobrevolando la playa, hacia nuestra flota, que se encontraba a

cierta distancia de la costa. Varios barcos comenzaron a disparar con furia mientras el caza trazaba círculos perezosamente y luego bajaba en picado. El motor del avión comenzó a gemir cada vez con más intensidad mientras el piloto *kamikaze* descendía directamente hacia un buque de transporte. Vimos el humo en el lugar en el que impactó contra el barco, pero estaba tan lejos que no podíamos establecer cuánto daño había ocasionado. Las tropas habían desembarcado antes, pero era probable que la tripulación del barco lo hubiera pasado mal. Era el primer *kamikaze* que veía estrellarse contra un barco, pero no sería el último.

En medio de la creciente penumbra, nos concentramos en nuestros alrededores y nos organizamos para pasar la noche. Nos habían distribuido una botellita a cada uno que contenía unos cuantos centilitros de coñac para protegernos del frío de la noche del día D. Conociendo mi limitado gusto, aprecio y aguante para la bebida, mis amigos comenzaron a intentar convencerme de que les entregara mi ración. Sin embargo, me dio frío después de que se pusiera el sol y se me ocurrió que el coñac podría hacerme entrar un poco en calor. Probé un sorbo y de inmediato llegué a la conclusión de que los indios debían haber tenido el coñac en mente cuando hablaban del «agua de fuego». Cambié mi coñac por una lata de melocotones, luego saqué mi chaqueta de campaña forrada de lana y me la puse. Era muy confortable.

Aguardamos en la noche clara y fría el esperado ataque nipón. Pero todo estaba en calma, sin fuego de artillería cerca y casi ningún disparo de fusil o ametralladora; un marcado contraste con el estruendo y el estrépito del caos de la noche del día D en Peleliu.

Snafu me despertó aproximadamente a medianoche, cuando llegó mi turno de hacer guardia, y me pasó nuestra metralleta «Tommy». (No recuerdo cómo, dónde ni cuándo conseguimos la Tommy, pero Snafu y yo nos turnamos para llevar la metralleta y el mortero a lo largo de todo Peleliu y Okinawa. Un revólver estaba bien, pero sólo servía para distancias cortas, así que valorábamos mucho nuestra Tommy.)

Tras algunos minutos de guardia, me fijé en lo que parecía ser un hombre en cuclillas cerca de mí en el borde de la línea de sombras que proyectaban unos árboles. Forcé la vista, aparté los ojos y miré en todas direcciones, pero no podía estar seguro de si el objeto oscuro era un hombre. Cuanto más miraba, más me convencía. Me pareció que podía distinguir una gorra de faena japonesa. No era un marine, porque ninguno de los nuestros estaba apostado donde se encontraba la figura. Probablemente se tratara de un infiltrado enemigo esperando a que sus camaradas se situaran en posición antes de actuar.

No podía estar seguro en medio de la pálida luz. ¿Debería disparar o

arriesgarme? Me empezaron a castañetear los dientes a cusa del frío y los nervios.

Levanté la Tommy despacio, quité el seguro y apunté con cuidado hacia la parte baja de la figura (para no disparar por encima de su cabeza cuando la Tommy retrocediera). Apreté el gatillo para lanzar una breve ráfaga de varios disparos. Un chorro de llamas salió de la boca del arma y las veloces explosiones de los cartuchos hicieron añicos la calma. Atisbé con confianza por encima de la mira, esperando ver a un japonés derribado por el impacto de las grandes balas del calibre 45. No ocurrió nada. El enemigo no se movió.

A nuestro alrededor todo el mundo comenzó a susurrar:

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Respondí que creía haber visto un japonés agachado cerca de las sombras.

Había enemigos en la zona, ya que justo entonces oímos gritos en japonés, un chillido agudo: «*Nippon banzai*» y luego balbuceos incoherentes seguidos de una ráfaga de disparos desde una de nuestras ametralladoras. Se hizo el silencio.

Al rayar el alba, la primera tenue luz desveló que mi infiltrado era un montón de paja. Mis compañeros me tomaron el pelo durante horas con que un veterano de Peleliu le disparase a un japonés de paja.

La carrera a través de la isla

El 2 de abril (D+l), la 1.a División de marines prosiguió su avance a través de la isla. Nos cubrían nuestros aviones en lo alto pero no teníamos fuego de artillería, pues no se había localizado ningún cuerpo organizado de japoneses por delante de nosotros. Todo el mundo hacía la misma pregunta:

—¿Dónde diablos están los japos?

Nos encontramos algunos grupitos aislados que ofrecieron resistencia, pero el grueso del ejército japonés se había esfumado.

A lo largo de la mañana vi un par de soldados enemigos muertos que al parecer habían estado haciendo de observadores en un árbol grande y sin hojas, donde el bombardeo previo al desembarco los había matado. Uno seguía colgando sobre una rama. Sus intestinos se desplegaban entre las ramas como si fueran guirnaldas en un árbol de Navidad. El otro hombre yacía bajo el árbol. Había perdido una pierna que descansaba al otro lado del árbol, aún cubierto con la polaina, y la pernera del pantalón. Además de en su macabro estado, me fijé en que ambos soldados llevaban zapatos de cuero de caña alta con tachuelas. Ésa era

la primera vez que veía ese tipo de calzado japonés. Todos los enemigos con los que me había encontrado en Peleliu llevaban los *tabi* de lona con suela de goma y división en los dedos.

Nos tropezamos con algunos habitantes de Okinawa; en su mayoría ancianos, mujeres y niños. Los japoneses habían reclutado a los hombres jóvenes como peones y a algunos como soldados. Enviamos a los civiles a la retaguardia, donde los metieron en campos de internamiento para que no pudieran ayudar al enemigo.

Esa gente fueron los primeros civiles que vi en un área de combate. Eran patéticos. Lo más lastimoso de los civiles de Okinawa era que la impresión de nuestra invasión los había dejado absolutamente perplejos y que les dábamos un miedo de muerte. Innumerables veces pasaron a nuestro lado, de camino a la retaguardia, con temor, consternación y confusión en los semblantes.

Casi todos los niños eran guapos y de rostros vivarachos. Tenían caras redondas y ojos oscuros. Los niños normalmente tenían el pelo muy corto y las niñas llevaban los brillantes mechones negro azabache recortados a la manera de los niños japoneses de la época. Los pequeños conquistaron nuestros corazones. Casi todos les regalamos todas las golosinas y raciones de las que pudimos prescindir. Nos perdieron el miedo más rápido que la gente mayor, y nos partimos de risa con ellos.

Uno de los episodios más graciosos que he presenciado implicó a dos mujeres de Okinawa y sus niños pequeños. Nos habían ordenado que nos detuviéramos y «nos tomáramos diez» (un descanso de diez minutos) antes de reanudar nuestro rápido avance a través de la isla. Mi pelotón se había parado cerca de un pozo típico de Okinawa, construido en piedra y que formaba una pila de unos sesenta centímetros de profundidad y aproximadamente un metro veinte por un metro ochenta en los lados. El agua salía borboteando de una ladera rocosa. Observamos que dos mujeres y sus hijos bebían un poco de agua. Parecían un poco nerviosos y asustados por nuestra presencia. Sin embargo, la vida tiene sus exigencias cuando hay niños de por medio; así que una mujer se sentó en una roca, se abrió la parte superior del kimono con toda tranquilidad y comenzó a darle el pecho a su bebé.

Mientras el bebé mamaba, y nosotros mirábamos, el segundo niño (de unos cuatro años más o menos) jugaba con las sandalias de su madre. El pilluelo se cansó enseguida de eso y no dejaba de molestar a su madre para que le prestara atención. La segunda mujer estaba ocupada con su propio niño pequeño, así que no pudo ofrecer mucha ayuda. La madre le habló con dureza al niño aburrido, pero éste comenzó a trepar encima del bebé y a estorbarla. Mientras seguíamos

observando con vivo interés, la exasperada madre le sacó el pecho de la boca al bebé y lo apuntó hacia la cara del hermano quisquilloso. Se apretó el pecho como se ordeñaría una vaca y le echó un chorro de leche al niño en la cara. El sobresaltado muchacho comenzó a berrear a pleno pulmón a la vez que se limpiaba la leche de los ojos.

Todos nos reímos a carcajadas, revoleándonos por el suelo y aferrándonos los costados. La mujer levantó la mirada, sin comprender por qué nos reíamos, pero esbozó una sonrisa porque la tensión se había roto. El pequeño que había recibido la leche en los ojos dejó de llorar y también comenzó a sonreír.

—Pónganse el equipo, nos vamos —la orden recorrió la columna.

Mientras nos echábamos las armas y la munición al hombro y partíamos entre constantes risas, la historia se extendió para diversión de todos. Dejamos atrás a las dos madres sonrientes y al alegre pequeño, que aún tenía la simpática carita mojada con la leche de su madre.

Nos desplazamos rápido hacia la orilla oriental, cruzando terreno a menudo sumamente accidentado con cerros altos y empinados, y hondos barrancos. En una zona una serie de estos cerros se extendía por nuestra línea de avance. Mientras subíamos trabajosamente una ladera tras otra, nos sentíamos cansados pero alegres de que los japoneses hubieran abandonado el lugar. Era ideal para la defensa.

Durante otro alto, pasamos todo el descanso salvando a un caballo de Okinawa. El animal había quedado atrapado en una estrecha zanja de drenaje desbordada de un metro veinte de profundidad aproximadamente. No podía salir de un salto ni avanzar ni retroceder. La primera vez que nos acercamos al animal, éste se sacudió en el agua poniendo los ojos en blanco, aterrorizado. Lo tranquilizamos, le pasamos un par de cartucheras vacías por debajo de la panza y logramos sacarlo de la zanja.

Contamos con mucha ayuda, pues los téjanos y los amantes de los caballos se acercaron a la escena desde todos los rincones de nuestro batallón, que se extendía en columnas por el valle y los cerros de alrededor. Los hombres de ciudad miraban y daban consejos inútiles. Cuando sacamos al pequeño caballo de la zanja, el animal se sostuvo en pie con las patas temblorosas chorreando agua, se sacudió y se dirigió a una zona de hierba.

Apenas habíamos acabado de quitarle el barro a las cartucheras cuando llegó la orden de partir. No descansamos nada durante esa pausa, y estábamos cansados, pero tuvimos la satisfacción de saber que aquel caballito no se moriría de hambre atrapado en la zanja.

El tiempo despejado y fresco compensaba nuestro avance por el terreno

accidentado. Aquellos que teníamos experiencia en el trópico nos sentíamos como si nos hubieran liberado de un baño turco. Las colinas y cerros de Okinawa estaban compuestos de arcilla en su mayor parte, pero estaba seca, así que no nos resbalamos ni patinamos con nuestras pesadas cargas. Los pinos crecían por todas partes. Había olvidado el delicioso olor que despedía la pinaza. También vimos azucenas blancas en flor.

Alcanzamos la costa oriental. Era una zona de marismas y lo que parecían grandes embalses de agua dulce. Habíamos completando así la misión inicial de la 1. a División de marines de dividir la isla en dos. A cierta distancia de la costa había una bahía llamada Chimu Wan.

Llegamos la tarde del 4 de abril, entre ocho y trece días antes de lo planeado. Naturalmente nuestro rápido movimiento había sido posible únicamente debido a la naturaleza tan aislada de la resistencia. Aquellos primeros cuatro días habían sido demasiado fáciles. Nos sentíamos confundidos, no sabíamos qué estaban haciendo los japoneses.

Seguro que no iban a renunciar a la isla sin una pelea encarnizada e interminable.

No tuvimos que esperar mucho para descubrir dónde se encontraba el enemigo. Más tarde, aquel día, comenzaron a circular rumores de que las divisiones del ejército se estaban encontrando con una resistencia cada vez más férrea mientras intentaban desplazarse hacia el sur. Sabíamos que tarde o temprano estaríamos allí abajo con ellos en medio de la acción.

También nos enteramos de que a nuestra compañía homónima en el 7.° de marines le habían tendido una emboscada al norte de nuestra posición cerca de la aldea de Hizaonna, y que había tenido tres muertos y veintisiete heridos. Por lo tanto, a pesar de la relativa facilidad con la que nuestra división había cruzado el centro de la isla, los japoneses seguían allí y seguían hiriendo a los marines.

La 1.a División de marines dedicó el resto de abril a despejar la parte central de Okinawa. Algunos elementos de la división, entre ellos el 3.er Batallón del 5.° de marines, llevaron a cabo una operación anfibia de costa a costa hacia finales de mes para asegurar las Islas Orientales que se encontraban en el borde exterior de la bahía de Chimu Wan. Se pretendía privar a los japoneses de su uso como base de operaciones en la retaguardia de las fuerzas estadounidenses, prácticamente la misma razón por la que el 3/5 había asaltado Ngesebus durante el combate por Peleliu.

La 6. a División de marines se desplazó al norte a lo largo de abril y capturó toda la parte superior de la isla. No resultó una tarea fácil. Supuso una dura y costosa campaña

montañosa de siete días contra posiciones niponas fuertemente fortificadas en las cumbres de la península de Motobu.

Entre tanto, las tres divisiones del ejército no estaban cumpliendo las expectativas contra la feroz resistencia japonesa en la cordillera de Kakazu-Nishibaru, la primera de las tres líneas principales de defensa del enemigo en la parte meridional de la isla. Extendidas de izquierda a derecha a través de Okinawa, las 7.a, 96.a y 27 a divisiones de infantería no daban abasto con lo que se estaban encontrando y estaban realizando pocos progresos.

Patrullas

Acabábamos de llegar a la costa de la bahía de Chimu Wan cuando recibimos órdenes de partir. Nos dirigimos tierra adentro y al norte, hacia un área de pequeños valles y empinados cerros donde nos instalamos en una cómoda zona y montamos las tiendas de campaña para dos personas. Aquello se parecía más a ir de maniobras que a un combate; ni siquiera cavamos trincheras. Podíamos ver el aeródromo de Yontan a lo lejos, al oeste. Comenzó a llover por vez primera desde que habíamos desembarcado.

Al día siguiente nuestra compañía empezó a patrullar por la zona que rodeaba nuestro campamento. No necesitamos los morteros debido a la naturaleza dispersa de la resistencia enemiga. Tras guardarlos en las tiendas, aquellos de nosotros que estábamos en la sección de morteros hicimos de fusileros en las patrullas.

Mac, el nuevo jefe de nuestra sección de morteros, condujo mi primera patrulla. Nuestra misión consistía en comprobar el área que nos habían asignado en busca de indicios de actividad enemiga. Burgin era nuestro sargento. Me sentía mucho más cómodo con él que con Mac.

En una mañana fría y despejada, con la temperatura rondando los 15 grados, nos adentramos por una pista en buen estado y recubierta de piedra. El paisaje era pintoresco y hermoso. Vi pocas señales de guerra. Teníamos órdenes estrictas de no disparar a menos que viéramos a un soldado japonés o habitantes de Okinawa que estuviéramos seguros de que eran hostiles. Nada de dispararles a las gallinas ni prácticas de tiro.

—Mac, ¿adonde vamos? —preguntó alguien antes de salir.

—A Hizaonna —contestó el teniente sin inmutarse.

—¡Dios mío! Ahí es donde le tendieron una emboscada a la Compañía K del 7.° la otra noche —exclamó uno de los nuevos reemplazos.

—¿Quiere decir que se supone que nosotros solos tenemos que patrullar ese sitio?

—Sí, así es, Matón —contestó Burgin.

(Habíamos apodado «Matón» a aquel hombre grande y de mandíbula cuadrada natural de Chicago por las famosas bandas que John Dillinger y otros tenían en aquella ciudad durante los días de la Ley Seca.)

Mi reacción al oír nuestro destino fue acercarle mi metralleta Tommy a otro nuevo al que no habían asignado a la patrulla y decirle:

—Toma, ¿no quieres ir por mí?

—¡Ni hablar! —soltó.

Así que allá fuimos, con Mac avanzando con aire resuelto como si aún siguiera en la escuela de candidatos a oficiales en Quantico, Virginia. Los veteranos teníamos cara de preocupación. Los nuevos, como Mac, parecían indiferentes. Debido a la extraña ausencia de cualquier tipo de resistencia, salvo núcleos aislados, algunos de los nuevos estaban empezando a pensar que la guerra no era tan mala como les habían contado. Algunos incluso llegaron a censurarnos por ofrecerles una versión exagerada de los horrores y penurias de Peleliu. Okinawa en abril resultó tan fácil para la 1.a División de marines que los nuevos reemplazos se confiaron demasiado. Les advertimos: «Cuando las cosas se ponen feas, es un infierno»; pero se fueron convenciendo cada vez más de que los veteranos estábamos «contándoles un cuento chino».

Mac tampoco ayudaba con sus enérgicas declaraciones de cómo cogería su Ka-Bar entre los dientes y su 45 en la mano, y cargaría contra los japoneses en cuanto le dieran a uno de nuestros chicos. En general, aquella paz del mes de abril en Okinawa nos llevó incluso a los veteranos a hacernos ilusiones y a sentir una falsa sensación de seguridad, aunque sabíamos que no debíamos confiarnos.

No obstante, muy pronto nuestro idílico paseo en aquella perfecta mañana de abril se vio truncado por una parte de la horrible realidad de la guerra que yo sabía que merodeaba acechándonos en algún lugar de aquella hermosa isla. Junto a un arroyo por debajo de la pista, como si se tratara de un espantoso sello característico de la batalla, yacía un cadáver japonés con el equipo de combate completo.

Desde nuestra perspectiva en lo alto, el cadáver parecía una galleta de jengibre con casco y con las piernas aún flexionadas para correr. En ese momento no daba la impresión de que llevara muchos días muerto, pero pasamos por ese mismo arroyo muchas veces a lo largo de abril y observamos cómo los restos

putrefactos se descomponían poco a poco. Le daba gracias a Dios por el hecho de que la pista azotada por el viento y con el olor dulce y fresco de la pinaza que llenaba nuestras fosas nasales se encontrara a demasiada altura para poder percibir la presencia del cadáver de ningún modo salvo visualmente.

Mientras patrullábamos en los alrededores de Hizaonna, atravesamos parte del área donde le habían tendido una emboscada a la Compañía K del 7.° de marines unas cuantas noches atrás. Las macabras pruebas de un duro combate se extendían por todas partes. Encontramos numerosos japoneses muertos. Apositos de campaña ensangrentados, prendas desechadas cubiertas de sangre y manchas de color bermellón en el suelo señalaban dónde habían alcanzado a los marines. Había casquillos amontonados donde habían estado situadas varias armas de los marines.

Recuerdo vividamente un sendero a través de una loma baja donde, al parecer, habían atacado a la columna de marines desde ambos lados. En la senda había cajas de munición de ametralladora vacías, cargadores de munición para fusiles MI y casquillos de carabina; chaquetas de tela, polainas y apositos de campaña; además de varias manchas de sangre grandes, que para entonces eran marcas oscuras en la tierra. Desperdigados a poca distancia a ambos lados del sendero, había aproximadamente una veintena de enemigos muertos.

Contemplar aquella escena era como leer un párrafo de una página de un libro de historia. Los marines habían sufrido pérdidas, pero les habían infligido aún más a los japoneses que los habían atacado. No vimos a ningún marine muerto; se los habían llevado a todos cuando las tropas de relevo habían llegado para ayudar al K/3/7 a retirarse.

Mientras recorría con la mirada los restos del combate, me asombró la absoluta incongruencia de todo aquello. Allí, las gentes de Okinawa habían cultivado su tierra con antiguos y rudimentarios métodos de labranza; pero la guerra había llegado y había traído con ella la tecnología más moderna y refinada para matar. Parecía descabellado, y comprendí que la guerra era como una especie de enfermedad que aquejaba a los hombres. Basándome en mi experiencia en Peleliu había llegado a asociar de manera inconsciente el combate con el calor sofocante, las playas azotadas por los disparos, las tórridas ciénagas invadidas de mangles y los cerros de coral áspero y recortado. Sin embargo, allí, en Okinawa, la guerra estaba trastocando un lugar tan bonito como una pintura bucólica. Entonces comprendí a qué se refería de verdad mi abuela cuando me dijo de niño que una plaga se abatió sobre la tierra cuando el Sur fue invadido durante la guerra de Secesión.

Un amigo y yo estábamos inspeccionando la zona cuando Burgin nos

ordenó que comprobáramos otra pista que se encontraba cerca. La pista medía unos treinta metros de largo y unos tres metros de profundidad; los taludes eran escarpados. A lo largo de los bordes crecían abundantes arbustos, así que lo único que podíamos ver era el cielo en lo alto y la inclinada pista delante y detrás de nosotros. Cuando habíamos recorrido aproximadamente la mitad de la pista, se oyeron disparos de carabina procedentes de donde habíamos dejado a Burgin y Mac.

—¡Emboscada! —gruñó mi compañero, un veterano de Cabo Gloucester.

Nos agachamos de manera instintiva y coloqué el dedo en el seguro de la Tommy. Corrimos hacia donde se oían los disparos, subimos gateando y acechamos con cautela a través de los arbustos. Los dos sabíamos que no tendríamos ninguna posibilidad si nos inmovilizaban en aquella pista. El corazón me latía con fuerza y me sentí terriblemente solo mientras atisbaba. Mac se encontraba allí, donde lo habíamos dejado, apuntando con calma su carabina directamente hacia abajo, en dirección al suelo, junto a sus pies, contra un objeto que no podíamos ver. Mi compañero y yo nos miramos asombrados.

—Pero ¿qué diablos...? —susurró mi amigo.

Salimos de la pista y nos dirigimos hacia Mac mientras éste volvía a disparar la carabina contra el suelo. Otros miembros de la patrulla se estaban reuniendo en la zona con precaución. Parecían inquietos, pensando que nos estaban tendiendo una emboscada.

Burgin permanecía a poca distancia detrás de Mac, negando despacio con la cabeza en señal de indignación. Cuando nos acercamos, le pregunté a Mac a qué le había disparado. Él señaló hacia el suelo y nos mostró su blanco: la mandíbula inferior de algún animal muerto hacía mucho. Mac dijo que simplemente quería ver si podía soltar algún diente de la mandíbula de un disparo.

Nos lo quedamos mirando sin dar crédito a lo que oíamos. Allí estábamos, una patrulla de unos doce marines, a kilómetros de nuestra unidad, con órdenes de no disparar a menos que fuera contra el enemigo, en un área con japoneses muertos por todas partes, y nuestro teniente estaba jugando con su carabina como un niño con una escopeta de balines. Si Mac hubiera sido un soldado raso, era probable que toda la patrulla le hubiera metido la cabeza en un pozo. Pero nuestra disciplina era estricta, así que nos aguantamos.

Burgin hizo algunos comentarios diplomáticos para recordarle a Mac que era el oficial al mando de la patrulla y que el enemigo podría echársenos encima en cualquier momento. Acto seguido Mac comenzó a soltar peroratas, recitando frases de un manual de adiestramiento acerca de cómo debían comportarse las tropas de

patrulla.

Mac no era estúpido ni incompetente. Sencillamente, no parecía comprender que había una mortífera guerra en marcha y que no estábamos tomando parte en un juego. Por extraño que pareciera, aún no había madurado. Contaba con aptitudes suficientes para aprobar la escuela de oficiales del cuerpo de marines —que no era una tarea sencilla—, pero de vez en cuando podía hacer cosas de lo más extrañas, cosas que sólo se esperarían de un adolescente.

Una vez, durante otra patrulla, lo vi colocarse junto con su carabina cerca de un cadáver japonés. Tras conseguir el ángulo exacto, Mac apuntó con cuidado y soltó un par de disparos. El japonés muerto estaba de espaldas, con los pantalones bajados hasta las rodillas. Mac quería arrancarle la cabeza al pene del cadáver. Lo logró. Mientras se regocijaba por su puntería, me aparté asqueado.

Mac era un hombre decente y de aspecto muy cuidado, pero también uno de esos que al parecer se dejaba llevar por la insensibilizadora influencia de la guerra (aunque él casi no había estado en combate en aquel entonces). Tenía unas tendencias macabras y obscenas que les resultaban repugnantes incluso a los hombres curtidos e insensibles que yo conocía. Cuando la mayoría de los hombres sentían ganas de orinar, simplemente se acercaban a un arbusto o se detenían dondequiera que estuvieran y evacuaban sin más. Mac no. Si podía, aquel «caballero por medio de una ley aprobada por el Congreso» localizaba un cadáver japonés, se situaba encima y le orinaba en la boca. Era lo más asqueroso que he visto hacer a un estadounidense en la guerra. Me avergonzaba que fuera un oficial de los marines.

Durante la primera parte de aquel hermoso mes de abril que pasamos en nuestro acogedor valle —mientras los veteranos no parábamos de comentar, incrédulos, la ausencia de enfrentamientos—, unos cuantos vimos de cerca un Zero nipón. Una mañana despejada, después de un reposado desayuno de raciones K, unos cuantos dimos un paseo hasta la cima de un cerro que lindaba con nuestro valle para observar un ataque aéreo contra el aeródromo de Yontan. Ninguno de nosotros tenía patrullas programadas ese día y ninguno iba armado. Habíamos violado un principio fundamental de los soldados de infantería: «Lleva tu arma encima en todo momento».

Mientras observábamos el bombardeo, oímos el motor de un avión a nuestra derecha. Nos volvimos, dirigimos la mirada hacia un gran valle que se extendía bajo nuestro cerro y vimos un avión aproximándose. Se trataba de un Zero que ascendía por el valle hacia nosotros, paralelo y a la misma altura que la cima de nuestro cerro. Se desplazaba tan despacio que parecía irreal. Desarmados, nos quedamos mirando boquiabiertos, como si fuéramos espectadores viendo pasar un

desfile mientras el avión cruzaba por delante de nosotros. No estaría a más de treinta o cuarenta metros. Podíamos ver hasta el más mínimo detalle del avión y del piloto, que iba sentado dentro de la carlinga. Giró la cabeza y examinó el pequeño grupo que lo observaba. Llevaba un gorro de cuero, unas gafas protectoras que se había subido hasta la frente, una chaqueta y una bufanda.

En cuanto el piloto del Zero nos vio, su rostro formó la sonrisa más diabólica que he visto. Se parecía al típico japonés de las historietas que publicaban los periódicos estadounidenses en los años de la guerra, con los dientes salidos, los ojos rasgados y la cara redonda. Sonrió como un gato, pues íbamos a ser sus ratones. Éramos el objetivo soñado de un piloto de caza: infantería enemiga al descubierto sin cañones antiaéreos ni aviones que nos protegieran.

Uno de mis amigos masculló sorprendido cuando el avión pasó de largo por nuestra izquierda:

—¿Habéis visto cómo nos ha sonreído ese cabrón... ese hijo de puta de ojos rasgados? ¿Dónde diablos está mi fusil?

Sucedió tan rápido, y encontrarnos un avión desplazándose a velocidad de crucero a la altura de la vista nos había dejado tan estupefactos, que casi nos habíamos olvidado de la guerra. El piloto japonés no lo había olvidado. Se ladeó, ascendió y se perdió de vista detrás de otro cerro. No cabía la menor duda de que iba a regresar para barrernos. Resultaría difícil evitar que nos alcanzara. No veíamos ninguna salvación.

Oímos de nuevo un avión mientras empezábamos a bajar corriendo por el cerro en busca de un lugar seguro. Esta vez no se trató de la vibración de un motor, sino del estruendo de un avión a su velocidad máxima. El Zero pasó como una centella, descendiendo por el valle. Seguía volando a la altura de la vista y tenía mucha prisa, como si lo persiguiera el demonio. Su demonio era nuestro salvador, un precioso Corsair azul de los marines. Aquel increíble piloto del Corsair iba justo detrás del japonés cuando desaparecieron rugiendo sobre las cimas de los cerros. Los aviones se desplazaban demasiado rápido para ver la cara de ninguno de los dos pilotos, pero estoy convencido de que el piloto del Sol Naciente había perdido la sonrisa al ver a aquel Corsair.

Inspeccionamos muchas aldeas y granjas de habitantes de Okinawa en nuestras patrullas a lo largo de abril. Aprendimos mucho acerca de las costumbres de la gente. Me gustaron en especial los pequeños caballos de la isla, que eran como ponis peludos y más grandes de lo normal.

Las gentes de Okinawa usaban un tipo de ronzal con aquellos caballos que yo no había visto nunca. Constaba de dos trozos de madera sujetos con cuerdas.

Los pedazos de madera situados a cada lado de la cabeza del caballo tenían forma de «F». Los habían tallado en madera y tenían aproximadamente el grosor del pulgar de un hombre. Un trozo corto de cuerda o cable mantenía unidos los pedazos por delante y una cuerda aseguraba las maderas a cada lado de la cabeza, justo encima de la boca. Dos cuerdas cortas en la parte posterior de los pedazos de madera se unían formando una rienda. Cuando se tiraba de esta rienda, los pedazos de madera se cerraban, ejerciendo una suave presión contra los lados de la cara del animal y éste dejaba de moverse. Este aparato combinaba las cualidades de un ronzal y una brida sin la necesidad de un freno en la boca del caballo.

El ronzal de Okinawa me tenía tan intrigado que le quité uno a un caballo que llevamos con nosotros unos días y lo cambié por uno de cuerda. Mi intención era enviar el ronzal de madera a casa —recuerdo que un brillante trozo de cuerda roja mantenía unidos los extremos delanteros—, así que me lo guardé en la mochila. No obstante, después del 1 de mayo, cada vez parecía más dudoso que fuera a regresar a casa y daba la impresión de que mi equipo se volvía más pesado mientras el barro se hacía más hondo. Muy a mi pesar, tiré el ronzal.

Le tomamos mucho cariño al caballo que había adoptado nuestro pelotón, y a él no parecía molestarle que le colgáramos un par de bolsas de munición de mortero sobre el lomo.

Cuando a finales de abril llegó el momento de abandonar nuestro caballito, le quité el ronzal de cuerda y le di un terrón de azúcar de las raciones. Le acaricié el suave hocico mientras él espantaba las moscas con la cola. Se volvió, se fue tranquilamente a un prado y comenzó a pacer. Levantó los ojos y me miró. Se me humedecieron los ojos. Por mucho que me resistiera a dejarlo, era por su bien. Estaría tranquilo y a salvo en las laderas de aquella colina verde y soleada. Como hombres civilizados, nuestro deber era regresar pronto a un caótico averno de obuses, balas, sufrimiento y muerte.

Comenzaron a multiplicarse los alarmantes rumores acerca de las dificultades que estaban teniendo las tropas del ejército en el sur de Okinawa. Desde las zonas altas, en las noches despejadas, podía ver luces brillando y parpadeando en el horizonte meridional. Un estruendo lejano se oía a veces. Nadie decía mucho al respecto. Traté de convencerme en vano de que eran tormentas eléctricas, pero sabía la verdad. Se trataba del bramido de los cañones.

Un buen desembarco

El 13 de abril (12 de abril en Estados Unidos) nos enteramos de la muerte del

presidente Franklin D. Roosevelt. Aunque la política no nos interesaba en lo más mínimo cuando estábamos luchando por nuestras vidas, nos entristeció la pérdida de nuestro presidente. También sentimos curiosidad y un poco de inquietud por cómo manejaría la guerra el sucesor de FDR, Harry S. Traman. Ni que decir tiene que no queríamos alguien en la Casa Blanca que la prolongara un día más de lo necesario.

Al poco tiempo de saber que Roosevelt había muerto, nos dijeron que nos preparáramos para partir. El temor creció entre la tropa. Pensábamos que la orden significaba el inevitable traslado al infierno del sur. Pero la realidad es que íbamos a participar en una operación anfibia contra las islas orientales. Supimos que la Compañía K iba a desembarcar en la isla de Takabanare y que tal vez no hubiera japoneses allí. Nosotros teníamos serias dudas. Hasta ahora Okinawa había sido una «batalla» extraña para nosotros. Podía pasar cualquier cosa.

Nuestro batallón se subió en camiones y se dirigió hacia la costa oriental. Subimos a bordo de carros anfibios y nos adentramos en Chimu Wan para realizar la corta travesía hasta Takabanare. Las otras compañías de nuestro batallón fueron a por las otras islas del grupo.

Desembarcamos sin oposición en una estrecha y limpia playa que tenía una gran masa rocosa que se alzaba a nuestra izquierda. Ese cerro no parecía presagiar nada bueno. Desde esa posición estratégica se podía barrer la playa con andanadas desde ese flanco. Sin embargo, todo salió bien y nos abrimos paso con rapidez por toda la isla sin ver ni a un solo soldado enemigo.

Después de cruzar la isla y no encontrar nada salvo unos cuantos civiles, volvimos a cruzarla para llegar a la playa, donde levantamos posiciones defensivas. Mi pelotón se situó en la ladera del empinado cerro rocoso que daba a la playa. Nuestro mortero estaba bien emplazado entre unas rocas, así que podíamos disparar contra la playa o sus accesos. Había un pequeño destructor escolta fondeado a cierta distancia de la costa. Se había mantenido alerta durante nuestro desembarco y se quedó con nosotros durante los días que permanecimos en Takabanare. Nos sentimos importantes, como si contáramos con nuestra armada privada.

El tiempo era agradable, así que resultaba cómodo dormir al aire libre. Teníamos pocas obligaciones aparte de mantenernos en guardia para impedir un posible intento del enemigo de ocupar la isla. Escribí cartas, leí y exploré el área que rodeaba nuestras posiciones. Algunos marines recorrían a nado la corta distancia hasta el barco y subían a bordo, donde la gente de la armada les daba la bienvenida y les ofrecía comida caliente y todo el café que quisieran. Yo me conformaba con tumbarme bajo el sol y comer raciones K.

Nos marchamos de Takabanare después de varios días y regresamos a nuestro campamento en Okinawa. Allí reanudamos nuestra labor de patrullar la zona central de la isla. A medida que transcurría abril, aumentaron los comentarios y las malas noticias sobre la situación a la que se enfrentaba el ejército en el sur. Proliferaron los rumores acerca de nuestra futura utilización allí abajo. Nuestro temor crecía cada día y al final nos llegó la noticia de que el 1 de mayo nos dirigiríamos al sur para reemplazar a la 27.a División de infantería en el flanco derecho del 10.° Ejército.

Aproximadamente a mediados de abril, el 11.° de marines, el regimiento de artillería de la 1.a División de marines, se había trasladado al sur para sumar el peso de su potencia de fuego a la ofensiva del ejército. El 19 de abril, la 27.a División de infantería lanzó un desastroso ataque de carros de combate e infantería contra el cerro Kakazu. Treinta blindados del ejército se quedaron sin apoyo de la infantería. Los japoneses destruyeron veintidós de ellos en el combate que tuvo lugar a continuación. El batallón de carros de combate de la 1.a División de marines suplió los tanques que había perdido el ejército.

El teniente general Simón B. Buckner, jefe del 10.° Ejército, ordenó al general de división Roy S. Geiger, jefe del III Cuerpo anfibio, que enviara al 1.er Batallón de carros de combate al sur para que se uniera a la 27.a División de infantería. Geiger se opuso al empleo escalonado de sus marines, así que Buckner cambió las órdenes y envió a toda la 1.a División de marines al sur para relevar a la 27.a División de infantería en la sección situada más a la derecha de la línea, justo al norte del aeródromo de Machinato.

A lo largo de los últimos días de abril, algunos de nuestros oficiales y suboficiales viajaron al sur para examinar las posiciones que íbamos a ocupar. Nos informaron minuciosamente de lo que vieron, y no parecía muy prometedor.

—Las cosas se han puesto feas allá abajo, muchachos. Los japos están empleando artillería, morteros y todo lo que tienen —anunció un sargento veterano—. Están disparando morteros de rodilla con la misma intensidad que nosotros disparamos MI.

Nos dieron instrucciones, nos suministraron munición y raciones y nos ordenaron que guardáramos el equipo. Enrollamos las pequeñas tiendas de campaña (deseaba poder arrastrarme dentro de la mía e hibernar) y empaquetamos nuestras cosas para dejarlas atrás con el intendente del batallón.

El primer día de mayo amaneció nublado y frío. Algunos servidores de mortero hicimos una pequeña fogata junto a un hueco en la ladera de un cerro para calentarnos. El tiempo sombrío y nuestro inminente traslado al sur nos pusieron

lúgubres. Nos quedamos alrededor del fuego comiendo nuestra última comida antes de dirigirnos al sur. La fogata crepitaba con alegría y el café olía bien. Yo estaba nervioso y odiaba dejar nuestro pequeño valle. Tiramos los últimos cartones y envoltorios de raciones al fuego —había que dejar el área más limpia que cuando llegamos— y unos cuantos hombres se alejaron para recoger su equipo.

—¡Granada! —gritó Mac a la vez que oíamos el «pum» de la espoleta de una granada.

Lo vi lanzar una granada de fragmentación por encima del fuego hacia el hueco. La granada explotó con un débil estallido. Los fragmentos me pasaron silbando junto a las piernas, lanzando chispas y palos de la fogata. Todos parecíamos estupefactos. Mac ni lo más mínimo. Nadie resultó herido. Evité por los pelos la herida del millón de dólares (habría sido una bendición habida cuenta de lo que nos aguardaba). Si los hombres que acababan de alejarse del fuego no se hubieran alejado los fragmentos los habrían alcanzado, pues habían estado justo delante del hueco.

Todas las miradas se volvieron hacia nuestro intrépido teniente. Este se sonrojó y farfulló algo acerca de que había cometido un error. A Mac se le había ocurrido que sería divertido gastarnos una broma antes de subir a los camiones. Así que hizo el conocido truco de vaciar la carga explosiva de una granada de fragmentación, volver a enroscar el mecanismo de detonación en la «pina» vacía y lanzarla en medio de un grupo de personas. Cuando la espoleta hacía «pum», el autor de la broma podía observar con sádico placer cómo todo el mundo corría a ponerse a cubierto.

Sin embargo, como él mismo admitió, Mac había sido poco cuidadoso. La mayor parte de la carga explosiva seguía en la granada; sólo había sacado una parte. Por consiguiente, la granada estalló con bastante fuerza y lanzó la metralla. Afortunadamente, Mac tiró la granada dentro del hueco. Si la hubiera lanzado en una zona abierta, su propio teniente habría dejado fuera de circulación a la mayor parte de la sección de morteros de la Compañía K antes de llegar al sur. Por suerte para Mac, el jefe de la compañía no vio su estúpida broma. Lamentamos que hubiera sido así.

¡Vaya manera de prepararnos para nuestro inminente combate!

CAPÍTULO DIEZ

En el abismo

Subimos a los camiones y nos dirigimos al sur por pistas polvorientas. Lo primero que dejamos atrás fueron muchos campamentos de tropas de servicio y enormes depósitos de munición y suministros, todo cubierto con redes de camuflaje. Después llegamos a unas posiciones de artillería. Por las montañas de casquillos vacíos, supimos que habían disparado mucho. Y por los numerosos cráteres de proyectiles abiertos en los campos de hierba, nos dimos cuenta de que los japoneses habían lanzado abundante fuego de contrabatería.

Al llegar a un lugar sin marcas, nos detuvimos y nos bajamos de los camiones. Yo estaba aterrorizado. Formamos una fila india en el lado derecho de una estrecha pista de coral y comenzamos a caminar hacia el sur.

Por delante podíamos oír el estrépito y el estruendo de los morteros y los proyectiles de artillería enemigos, el tableteo de las ametralladoras y el estallido de los fusiles. Nuestros proyectiles silbaban en dirección sur.

—Mantengan el intervalo de cinco pasos —nos ordenaron.

No hablamos. Cada hombre se quedó a solas con sus pensamientos.

Poco después, una columna se aproximó a nosotros por el otro lado de la pista. Se trataba de la infantería del ejército procedente del 106.° Regimiento de la 27.a División de infantería, a los que íbamos a relevar. Sus trágicas expresiones dejaban ver de dónde venían. Estaban hechos polvo, sucios y cadavéricos, tenían los ojos hundidos y la cara contraída. No había visto rostros así desde Peleliu.

Mientras pasaban en fila a nuestro lado, un tipo alto y desgarbado me hizo una seña y me dijo con voz cansada:

—Aquello es un infierno, marine.

Nervioso por lo que nos aguardaba y un poco molesto porque pudiera pensar que era un novato, respondí con cierta impaciencia:

—Sí, lo sé. Estuve en Peleliu.

Me miró sin expresión y siguió adelante.

Nos acercamos a un cerro bajo y con una ligera inclinación donde la Compañía K se situaría en la línea. El ruido se hizo más fuerte.

—Mantengan el intervalo de cinco pasos, no se amontonen —gritó uno de nuestros oficiales.

A la sección de morteros se le ordenó que saliera de la pista a la izquierda en orden disperso. Vi cómo estallaban los obuses entre nosotros y el cerro. Cuando abandonamos la pista, cortamos la conexión umbilical con el pacífico valle del norte y nos sumergimos una vez más en el abismo.

A medida que atravesábamos a toda prisa un campo abierto, proyectiles japoneses de toda clase zumbaban, aullaban y tronaban a nuestro alrededor cada vez con más frecuencia. El estruendo de las explosiones era una pesadilla. Piedras y tierra caían repiqueteando después de que el estallido de cada obús abriera un cráter.

Corrimos y esquivamos el fuego enemigo lo más rápido que pudimos hasta que llegamos a una zona en una cuesta baja y poco empinada del cerro, y nos tiramos al suelo jadeando. Los marines corrían y se arrastraban hasta sus posiciones mientras los soldados pasaban a nuestro lado en tropel, intentando desesperadamente salir con vida. Comenzaron a oírse gritos pidiendo sanitarios y camilleros. A pesar de que estaba preocupado por mi propia seguridad, no puede dejar de compadecer a los soldados agotados por el combate a los que estaban relevando y que intentaban que no los mataran durante aquellos minutos críticos mientras salían como podían de sus posiciones bajo el fuego enemigo.

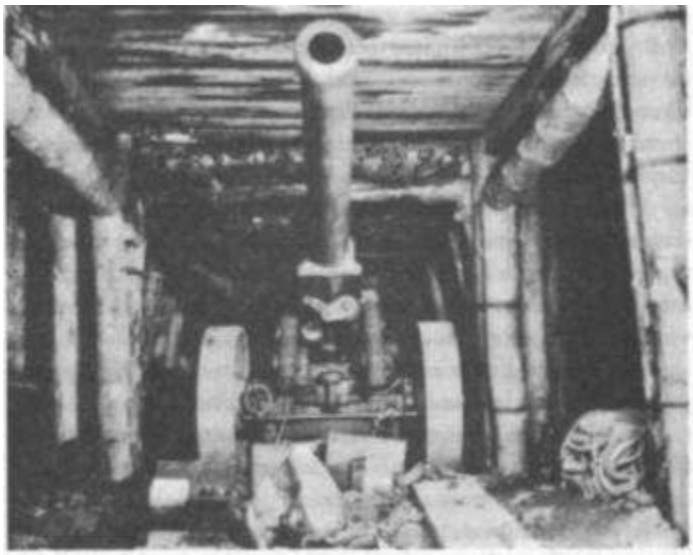
Los disparos de fusil y ametralladora japoneses se incrementaron hasta convertirse en un martilleo constante. Las balas chasqueaban y estallaban en lo alto. El bombardeo aumentó de intensidad. Los artilleros enemigos estaban intentando atrapar a los hombres en campo abierto para ocasionar el mayor número de bajas posible entre nuestras tropas, que entraban y salían corriendo de sus posiciones (una práctica habitual de los japoneses cuando una de nuestras unidades relevaba a otra en el frente).

Era un caos atroz. Yo estaba asustadísimo. El miedo también era evidente en los rostros de mis compañeros. Dejar la hermosa y tranquila campiña aquella mañana y sumirnos en una atronadora y mortífera tormenta de acero por la tarde fue un duro golpe. Al llegar a la playa para asaltar Peleliu y al cargar a través del aeródromo, nos habíamos preparado para los golpes. Sin embargo, la impresión y los obuses del 1 de mayo en Okinawa, tras aquel agradable abril, nos cogieron desprevenidos.

El miedo tiene muchas facetas, y no minimizo el temor que sentí aquel día. Pero fue diferente. Yo era un veterano de Peleliu. Una vez superada la primera constricción del terror, sabía a qué atenerme. Sentía un miedo espantoso, pero no

estaba al borde del pánico. La experiencia me había enseñado qué esperar de los cañones enemigos. Lo que era más importante, sabía que podía controlar mi miedo. No me dejaría ganar por el pánico. Sabía que lo único que se podía hacer cuando te bombardeaban con fuego de artillería era pegarte al suelo y rezar... y maldecir a los japoneses.

Se oyó el tañido metálico de los proyectiles de un mortero ligero de 50 mm mientras pequeñas y abundantes bocanadas de humo aparecían a nuestro alrededor. Los obuses de mortero de 81 y 90 mm nos golpeaban por todo el cerro. El «pum-bum» de los proyectiles de alta velocidad de un cañón de 47 mm (también era un cañón antitanque), cuya explosión teníamos encima casi tan pronto como los oíamos llegar silbando, me dio la sensación de que los japoneses nos disparaban con ellos como si fueran fusiles. El aullido y silbido más lento de los proyectiles de artillería de 75 mm parecía el más abundante. Entonces se oyó el bramido y el estruendo del enorme proyectil del obús enemigo de 150 mm y el «buuum» de la explosión. Como decíamos los soldados, aquello era mucho «marrón». No recordaba haber reconocido ninguno de estos obuses en medio de la confusión y el miedo que sentí en Peleliu. El radio de la explosión de estos grandes proyectiles era imponente. Sumado a todo este ruido estaban los silbidos y el de nuestro fuego de artillería de apoyo. Podíamos oír cómo nuestros proyectiles estallaban al otro lado del cerro sobre las posiciones enemigas. El sonido de los disparos de armas ligeras procedente de ambos bandos se tradujo en un caótico infierno.



Uno de los temidos cañones japoneses de 150 mm en su emplazamiento en una cueva. Okinawa. Fotografía del USMC.

Nos encontrábamos justo debajo de la cima del cerro. Estaba a la izquierda de la zona de nuestra compañía. Snafu y yo comenzamos a cavar un foso para el mortero y los portamuniciones se atrincheraron en hoyos. Cavar en la tierra arcillosa de Okinawa era fácil, un lujo después la roca coralina de Peleliu.

Al poco de atrincherarnos llegó la sobrecogedora noticia del creciente número de bajas en la compañía. El mayor golpe fue enterarnos de que los soldados Nease y Westbrook habían muerto. Todos queríamos y admirábamos a aquellos dos hombres. Westbrook era un nuevo reemplazo, un rubio simpático y de pelo rizado, uno de los casados más jóvenes de la unidad. Creo que aún no había cumplido los veinte. Howard Nease era joven en años pero tenía historial de combate que comenzaba en Cape Gloucester.

Muchos hombres eran supersticiosos acerca de las posibilidades de sobrevivir a una tercera campaña. Algunos pensaban que para entonces la suerte empezaba a acabarse. Les oí expresar esta idea a veteranos de Guadalcanal que también habían sobrevivido a Gloucester y luego habían luchado en Peleliu.

—A Howard se le acabó la suerte, eso es todo. Un tipo no puede continuar luchando eternamente sin que lo alcancen —comentó con pesimismo un veterano de Gloucester que se había unido a la Compañía K dos campañas antes de Okinawa.

Nos tomamos muy mal la noticia de esas dos muertes. Sumadas a la tensión del día, nos puso de un humor de perros. ¿Contra quién podíamos desahogar nuestra ira cuando no había forma de dispararle al enemigo?

De pronto nos dimos cuenta de que nuestro belicoso teniente, Mac, seguía cavando febrilmente. Estaba excavando una profunda trinchera individual y lanzando una continua lluvia de tierra con su pala. Aunque los obuses seguían llegando, los disparos se habían reducido un poco en nuestra zona. Mac, sin embargo, continuó cavando.

No sé quién empezó, pero creo que fue Snafu el que le recordó a Mac su muy repetida promesa de cargar contra la línea enemiga en cuanto le dieran a uno de los nuestros. En cuanto comenzaron las bromas, varios veteranos metimos baza y animamos a Mac enérgicamente a que cumpliera su promesa.

—Ahora que han matado a Nease y Westbrook, ¿no va siendo hora de que coja su Ka-Bar y su 45 y cargue contra los japos, Mac? —preguntó Snafu.

Mac no dejó de cavar, contestó que tenía que atrincherarse. Yo le dije que le prestaría mi Ka-Bar, pero otro hombre repuso con fingida seriedad:

—No, Mazo, quizá no pueda devolvértelo.

—Caramba, cuando Mac vaya a por los japos, va a hacer una buena limpia y esta campaña va a ser pan comido —apuntó otra persona.

Pero Mac únicamente soltó un gruñido y no dio muestras de querer cargar contra el enemigo... ni de dejar de cavar. Excavó como un tejón. Nuestras pullas no parecieron preocuparlo. Mantuvimos nuestros comentarios dentro de un orden debido a su rango, pero le hicimos pagar todas las bravatas y tonterías con las que había estado fanfarroneando desde que se unió a la compañía.

—Mac, si hace ese hoyo más profundo lo van a acusar de deserción —señaló alguien.

—Sí, mi madre solía decirme que si cavaba un hoyo lo bastante hondo acabaría en China. Puede que si sigue cavando llegue a Estados Unidos y podamos meternos e irnos a casa, Mac —soltó otro con una sonrisa burlona.

Mac nos oía pero permanecía ajeno a nuestras observaciones. Cuesta creer que llegáramos a hablarle así a un oficial de marines, pero sucedió, y fue divertidísimo. Se merecía hasta la última palabra.

Cuando por fin consiguió que su trinchera fuera lo bastante profunda, comenzó a colocar tablas de madera de cajas de munición cubriendo toda la parte superior salvo una pequeña abertura por la que pudiera escurrirse. A continuación, echó unos quince centímetros de tierra encima de las tablas. Nos sentamos en nuestras trincheras observando a Mac y el bombardeo a nuestra retaguardia. Cuando terminó la cubierta de su hoyo, en realidad un pequeño refugio subterráneo con visibilidad limitada, se metió dentro e inspeccionó su trabajo con orgullo. Había estado demasiado ocupado para prestarnos mucha atención, pero entonces nos explicó detenidamente que las tablas con tierra encima lo protegerían de los fragmentos de los proyectiles.

George Sarrett, a quien no le interesaba la charla, subió poco a poco por la pequeña cuesta cerca de un metro y atisbo por encima de la cima para ver si había tropas enemigas desplazándose por delante. No miró mucho tiempo, porque un japonés que se encontraba en el siguiente cerro lo vio y disparó una ráfaga con una ametralladora que no le dio por muy poco. Cuando las balas pasaron restallando, George bajó la cabeza de golpe, perdió el equilibrio, resbaló cuesta abajo y aterrizó encima del refugio de Mac, provocando que el techo se hundiera. El sobresaltado teniente se levantó de un salto, apartando tablas y tierra, como si fuera una tortuga asomando entre una montaña de escombros.

—¡Ha destrozado mi trinchera! —protestó Mac.

George se disculpó y yo tuve que morderme el labio para aguantar la risa. Los demás esbozaron sonrisas cómplices y burlonas. Nunca volvimos a oír a Mac

hablar de cargar contra la línea japonesa con su Ka-Bar y su revólver del calibre 45. Aquel bombardeo enemigo tuvo una consecuencia beneficiosa: había hecho que su bravuconería se esfumara.

Organizamos nuestras posiciones para pasar la noche y comimos unas raciones K con un nudo en el estómago. Nos llegaron más detalles de la pérdida de Nease, Westbrook y otros que habían resultado muertos o heridos. Lamentábamos cualquier baja estadounidense, pero cuando eran buenos amigos resultaba deprimente. Sólo fueron los primeros de lo que iba a ser una larga y trágica lista antes de que abandonáramos el combate cincuenta infernales días después.[49]

Antes del anochecer nos enteramos de que, a la mañana siguiente, se realizaría un gran ataque a lo largo de todo el frente. Con el intenso fuego japonés que nos había llovido encima al situarnos en esa línea, nos horrorizaba la perspectiva de realizar una ofensiva. Un suboficial nos explicó que nuestro objetivo era llegar al Asato Gawa, un río situado a unos 1.500 metros al sur de nuestra posición que se extendía tierra adentro y hacia el este, hasta una zona cerca de la aldea de Dakeshi.

La lluvia marcó el comienzo de un sombrío amanecer. Estábamos preocupados aunque esperanzados. Se oían algunos disparos de armas ligeras a lo largo de la línea y unos cuantos obuses pasaron de acá para allá al alba. La lluvia amainó temporalmente y cominos unas raciones K. Calenté una taza de café con una tableta de Sterno en el trípode plegable de bolsillo que nos habían suministrado. Tuve que mantenerme encima para evitar que la lluvia lo apagara.

A medida que los segundos transcurrían lentamente hacia las 09:00, nuestra artillería y los cañones de los buques aumentaron su frecuencia de tiro. Comenzó a diluviar y los japoneses aceptaron el desafío de nuestra artillería. Comenzaron a lanzar más proyectiles en nuestra dirección, muchos de los cuales pasaron por encima de nuestras cabezas e hicieron explosión lejos, a nuestra retaguardia, donde estaba emplazada nuestra artillería.

Por fin recibimos órdenes de disparar con los morteros. Nuestros obuses estallaron a lo largo de una posición segura situada por delante de nosotros. Nuestras ametralladoras abrieron fuego en serio. Nuestra artillería, los cañones de los barcos y los morteros de 81 mm incrementaron el ritmo hasta alcanzar una velocidad formidable. Los proyectiles silbaban, gemían y retumbaban en lo alto; los nuestros estallaban allá, delante del cerro y los del enemigo explotaban en nuestra zona y en la retaguardia. El ruido aumentó por toda la línea. Llovía a raudales y la tierra se llenaba de barro y se volvía resbaladiza. Corríamos de un lado a otro del foso para sacar y amontonar la munición.

Miré mi reloj. Eran las 09:00. Tragué saliva y recé por mis compañeros fusileros.

—Morteros, alto el fuego y preparados.

Estábamos preparados para disparar o coger los morteros de un momento a otro y avanzar. Algunos de nuestros fusileros cruzaron la cima del cerro para atacar. El ruido ahora fue ensordecedor. Los fusileros acababan de salir de sus trincheras cuando una tormenta de fuego enemigo procedente de delante y del flanco izquierdo los obligó a retroceder. Lo mismo les estaba sucediendo a los batallones situados a nuestra derecha e izquierda.

El USS *Idaho* disparando fuego de apoyo para las tropas de tierra. Okinawa. Fotografía de USMC.

El sonido de numerosas ametralladoras se transformó en un único e increíble traqueteo contra los retumbos de la artillería. Los fusiles estallaban por todas partes a lo largo del frente mientras las balas japonesas pasaban silbando por encima del cerro detrás del que nos encontrábamos nosotros. Lanzamos algunos proyectiles de fósforo blanco para proteger a nuestras tropas en retirada. En el preciso momento en el que escuchamos: «Alto el fuego», un marine llegó corriendo a través del barro por la cuesta que había a nuestra derecha gritando:

—¡Los tíos que se están retirando necesitan un equipo de camilleros!

Otros tres servidores de morteros y yo salimos a paso ligero detrás del mensajero. Corrimos unos cuarenta metros mientras las balas silbaban, procurando mantenernos justo por debajo de la cima del cerro. Llegamos a una pista que atravesaba el cerro a unos dos metros y medio por debajo de la cima. Un oficial nos dijo que nos colocáramos detrás de él hasta que nos ordenaran salir y traer al

herido. Era el lugar en el que habían ametrallado a Nease y Westbrook el día anterior. Las balas niponas pasaban aullando a través de la brecha, como el granizo cuando penetra por una ventana abierta.

El teniente Thomas «Retaco» Stanley, oficial al mando del K/3/5, pidiendo apoyo de artillería.

Un par de pelotones de fusileros de la Compañía K regresaban corriendo hacia nosotros procedentes del ataque frustrado. Avanzaban a todo correr por la pista en pequeños grupos y torcían a la derecha e izquierda en cuanto pasaban la brecha para salir de la línea de fuego. Aunque parezca mentira, ninguno resultó herido a causa de los intensos disparos que llegaban a través de la brecha. Yo conocía bien a la mayoría, aunque a algunos de los nuevos no tanto como a los veteranos. Todos tenían expresiones asombradas y horrorizadas que revelaban a las claras eran hombres que habían escapado a duras penas a los extraños cálculos del azar. Se aferraban a sus MI, automáticos y metralletas Tommy, y se desplomaban en el barro para tratar de recobrar el aliento antes de dirigirse detrás del cerro, hacia sus antiguas trincheras. La lluvia torrencial hacía que todo pareciera mucho más increíble y sobrecogedor.

Yo esperaba fervientemente que no tuviéramos que salir a esa pista para

recoger a un herido. Me avergonzaba pensar de ese modo porque sabía perfectamente que si yo estuviera allí herido, mis compañeros no me abandonarían. Pero no veía cómo alguien podía salir y regresar ahora que el fuego era tan intenso. Puesto que la mayor parte de nuestras tropas de ataque se había replegado, los japoneses podrían concentrar sus disparos en los equipos de camilleros como les había visto hacer en Peleliu. No mostraban piedad con el personal médico.

El sargento de artillería de nuestra compañía, Hank Boyes, fue el último en cruzar. Inspeccionó a los hombres con rapidez y anunció —para mi inmenso alivio— que todo el mundo había logrado regresar. Habían llevado a las bajas a un punto de la línea situado más abajo, donde el fuego de ametralladora no había sido tan intenso.

Boyes era asombroso. Se fue hacia los hombres que estaban inmovilizados delante del cerro y lanzó granadas de humo para protegerlos de los disparos japoneses. Regresó con un agujero de bala en la gorra (no llevaba puesto el casco) y otro en la pernera del pantalón. Lo habían alcanzado en la pierna los fragmentos de un proyectil de mortero ligero, pero se negó a retirarse.[50]

El oficial nos dijo que no nos necesitarían para hacer de camilleros y que regresáramos a nuestros puestos. Mientras nos dirigíamos a paso ligero hacia los fosos de los morteros, los obuses mantuvieron su intenso tronar, pero las balas comenzaron a disminuir ya que para entonces todos nuestros hombres se encontraban al abrigo del cerro. Salté dentro del foso y mi sustituto temporal se apresuró a regresar a su hoyo.[51]

Transportando a los heridos. Okinawa. Fotografía del USMC.

Nos agazapamos en nuestras trincheras bajo la lluvia torrencial maldiciendo a los japoneses, los obuses y el tiempo. Los artilleros enemigos lanzaron una avalancha de disparos en el área de nuestra compañía para disuadirnos de llevar a cabo otro ataque. Corrió la noticia por la línea de que todas las unidades de ataque de los marines habían sufrido cuantiosas bajas, así que permaneceríamos inactivos hasta el día siguiente. Nos pareció perfecto. El bombardeo nipón se prolongó algún tiempo. Todos nos sentíamos abatidos por el fracaso del ataque. Seguíamos sin saber cuántos amigos habíamos perdido, una incertidumbre que siempre abrumaba a todo el mundo después de un ataque o un tiroteo.

El sargento de artillería Henry A. Boyes después del ataque del 2 de mayo de 1945. El lápiz señala el lugar en el que una bala enemiga le atravesó la gorra. Okinawa.

Desde el foso del mortero, que contenía varios centímetros de agua, contemplábamos una lúgubre escena. La lluvia se había asentado en un aguacero constante que presagiaba más penurias. Al otro lado de los campos embarrados veíamos a nuestros empapados camaradas en cuclillas, con aire abatido, en sus hoyos cubiertos de barro y agachándose, como nosotros, cada vez que un proyectil pasaba con un estruendo.

Esta supuso mi primera experiencia del barro en combate, y fue más detestable de lo que me había imaginado. El barro en el campamento de Pavuvu era un incordio. El barro en las maniobras era una molestia. Pero el barro en el campo de batalla suponía una tortura indescriptible. Había visto fotografías de soldados de la primera guerra mundial en el barro: los hombres sonreían, por supuesto, si habían posado para la instantánea. Si no habían posado, los rostros

siempre mostraban una expresión particularmente desamparada y asqueada, una expresión que ahora comprendía. El aire era frío y húmedo, pero le di gracias a Dios de que no estuviéramos soportando esa tortura en Europa, donde además hacía un frío cortante.

El bombardeo disminuyó por fin y las cosas se calmaron bastante en nuestra zona. Agradecidos, nos sentamos en cuclillas en nuestros hoyos y nos quejamos del tiempo. El olor químico de las explosiones de los proyectiles impregnaba el aire húmedo.

Poco después, por detrás de nosotros, a la izquierda, vimos que un equipo de camilleros de los marines traía a un herido entre la lluvia. En lugar de girar a la izquierda detrás del cerro en el que estábamos nosotros, o a la derecha, detrás del que se encontraba más allá, el equipo regresó en línea recta entre los dos cerros bajos. Era un error, los japoneses aún podían disparar sobre aquella zona.

Mientras el equipo de camilleros se aproximaba al abrigo de unos árboles, los fusileros japoneses situados a la izquierda abrieron fuego sobre ellos. Vimos cómo las balas levantaban barro y salpicaban en los charcos de agua alrededor de los camilleros. Los cuatro camilleros cruzaron a toda prisa el campo resbaladizo. Sin embargo, no podían ir más que a un paso rápido o el herido se caería de la camilla.

Solicitamos permiso para disparar proyectiles de fósforo de 60 mm para crear una cortina de humo (nos encontrábamos demasiado lejos para lanzar granadas de humo). Nos negaron el permiso. No se nos permitía disparar por delante de nuestra compañía debido a la posibilidad de darles a tropas amigas que no podíamos ver. Por lo tanto, observamos sin poder hacer nada cómo los cuatro camilleros cruzaban penosamente el campo embarrado mientras las balas silbaban a su alrededor. Se trataba de uno de esos espectáculos terriblemente patéticos y estremecedores que parecían imperar en el combate: hombres luchando por salvar a un compañero herido, el enemigo disparándoles lo más deprisa que podía y el resto de nosotros sin poder hacer absolutamente nada para ayudar. Presenciar una escena así era peor que el peligro personal. Era un martirio.

Para aligerar la carga, los cuatro camilleros habían hecho a un lado todo su equipo personal salvo un fusil o carabina al hombro. Cada uno agarraba un brazo de la camilla con una mano y extendía el otro brazo para mantener el equilibrio. Llevaban los hombros encorvados por el peso de la camilla. Aquellas cuatro cabezas con casco se inclinaban como si fueran cuatro animales de carga a los que estuvieran fustigando. Empapados de lluvia y salpicados de barro, sus pantalones de color verde oscuro colgaban de modo lastimoso de sus cuerpos. El herido yacía inerte en la estrecha camilla de lona, su vida estaba en manos de los cuatro

camilleros.

Para nuestra consternación, una ráfaga alcanzó a los dos camilleros de detrás. Ambos soltaron la camilla. Se les doblaron las rodillas y cayeron hacia atrás en el suelo embarrado. La camilla también cayó al suelo. Los hombres que me rodeaban soltaron un grito ahogado, pero se convirtió casi de inmediato en un rugido de alivio. Los dos marines del otro extremo de la camilla la dejaron caer, dieron media vuelta y agarraron al herido de la camilla entre los dos. A continuación, cada uno sostuvo a un camillero herido con el otro brazo. En medio de nuestras ovaciones, los cinco se ayudaron mutuamente y llegaron renqueando a unos arbustos mientras las balas continuaban levantando barro a su alrededor. El hecho de que hubieran escapado me llenó de una euforia sólo equiparable al intenso odio que sentía hacia los japoneses.

Antes del anochecer nos informaron de que la Compañía K participaría en otra ofensiva al día siguiente. A medida que la lluvia disminuía poco a poco y luego cesaba, realizamos nuestros lúgubres preparativos.

Mientras recibíamos munición, raciones y agua, vi que los oficiales y suboficiales de nuestra compañía se reunían. Permanecieron de pie o en cuclillas alrededor del oficial al mando, hablando en voz baja. Era obvio que el jefe de nuestra compañía estaba dando órdenes y respondiendo preguntas. Los suboficiales de mayor graduación y los oficiales veteranos se mantenían al margen, con expresiones serias y a veces preocupadas mientras escuchaban. Los que estábamos en las tropas observábamos sus rostros familiares en busca de indicios de lo que nos aguardaba.

Las caras de los tenientes de reemplazo reflejaban un ánimo diferente. Mostraban expresiones animadas y de entusiasmo, con las cejas arqueadas, esperando ansiosos ver el asunto terminado como si se tratara de un ejercicio resuelto de modo satisfactorio en la escuela de candidatos a oficiales en Quantico. Eran muy concienzudos y estaban decididos a hacer todo lo que pudieran o a morir en el intento. Para mí, aquellos jóvenes oficiales parecían casi trágicos con su ingenua ignorancia de lo que nos esperaba.

Los nuevos oficiales soportaban una pesada carga. No sólo iban a entrar en combate por primera vez, con todos los horrores e incógnitas que esto implicaba —condiciones que ni siquiera el mejor adiestramiento podía reproducir—, sino que eran oficiales sin experiencia de combate. El combate suponía su prueba de fuego. Verse ante duras responsabilidades y en una posición de liderazgo entre curtidos y avezados veteranos de los marines en una orgullosa y selecta división como la

Primera era un reto tremendo para cualquier teniente joven. Ninguna de las personas a las que conocía los envidiaba en lo más mínimo.

En el transcurso de los largos enfrentamientos librados en Okinawa, a diferencia de lo que ocurrió en Peleliu, recibimos números tenientes de reemplazo. Los herían o mataban con tanta regularidad que casi nunca sabíamos nada de ellos aparte de un nombre en clave y sólo los veíamos de pie sólo una o dos veces. Esperábamos numerosas pérdidas entre los soldados rasos en combate, pero a nuestros oficiales los alcanzaban tan pronto y tan a menudo que me parecía que la guerra moderna había dejado obsoleto el puesto de alférez en una compañía de fusiles.

Después de que el oficial al mando les diera a sus oficiales subalternos permiso para retirarse, éstos regresaron a sus respectivas secciones y les dieron instrucciones a las tropas acerca del inminente ataque. Mac se mostró escueto y eficiente al impartirle sus órdenes a Burgin y al resto de suboficiales de la sección de morteros. Ellos a su vez nos explicaron para qué debíamos prepararnos. (Daba gusto ver a Mac despojado de su petulancia.) Contaríamos con máximo apoyo de artillería pesada y otras armas; las bajas recibirían ayuda rápidamente. Así que preparamos nuestro equipo y aguardamos con nerviosismo.

Un amigo se acercó desde una de las secciones de fusileros que iba a tomar parte en el asalto del día siguiente. Nos sentamos cerca del foso del mortero, colocando los cascos en el barro, y mantuvimos una larga charla. Yo encendí mi pipa y él un cigarrillo. Todo estaba en calma en la zona, así que no nos molestaron durante un rato. Mi amigo se desahogó. Había acudido a mí debido a nuestra amistad y a que yo era un veterano. Me contó que le asustaba muchísimo el inminente ataque. Le dije que todo el mundo tenía miedo. Sin embargo, yo sabía que él se encontraría en una posición más vulnerable que algunos de nosotros. Hice todo lo posible por animarlo.

Los enfrentamientos del día anterior lo habían dejado tan horrorizado y deprimido que había llegado a la conclusión de que era totalmente imposible que sobreviviera al día siguiente. Me confió sus pensamientos y secretos más íntimos acerca de sus padres y de una chica allá en casa con la que iba a casarse después de la guerra. El pobre no le tenía miedo sólo a resultar muerto o herido: la idea de que quizá no regresara nunca con aquellos a los que quería tanto lo tenía prácticamente en un estado de desesperación.

Recordé el modo en el que el teniente «Rústico» Jones me había confortado y ayudado a superar la primera impresión de Peleliu y traté de hacer lo mismo por mi amigo. Al final dio la impresión de sentirse un tanto aliviado, o resignado a su suerte, fuera cual fuera. Nos pusimos en pie y nos dimos un apretón de manos. Me

dio las gracias y luego regresó despacio a su trinchera.

Aquella conversación no tuvo nada de extraordinario. Miles de iguales tenían lugar cada día entre los soldados de infantería que iban a participar en el infierno de un ataque. Sin embargo, esta conversación ilustra el valor de la camaradería entre hombres que se enfrentaban a constantes peligros. La amistad suponía el único consuelo con el que contaba un hombre.

Resulta extraño cómo pasaban el tiempo los hombres después de organizar todas las armas y el equipo para un ataque inminente. En el campamento de adiestramiento habíamos aprendido que no se debían dejar las correas de mochilas con extremos sueltos colgando (tales correas sueltas en la mochila de un marine recibían el nombre de «banderines irlandeses» —nunca supe por qué— y acarreaban medidas disciplinarias o una bronca por parte del instructor). Así que, por puro hábito, supongo, enrollábamos con cuidado las correas sueltas. Siempre había algo que limpiar y retocar en tu arma con el cepillo de dientes que la mayoría llevábamos para ese fin. Siempre podías arreglarte los cordones de las polainas. Los hombres sentenciados se entretenían afanosamente con semejantes trivialidades, como si cuando se pusieran en pie y salieran de sus trincheras fuera para enfrentarse a una inspección más que al olvido.

Logramos un éxito parcial con el ataque del 3 de mayo. El avance de nuestra compañía hasta la siguiente línea de cerros bajos se vio favorecido por la destrucción de la ametralladora pesada japonesa por parte de nuestros morteros el día anterior. Sin embargo, no pudimos mantener las colinas. El intenso fuego de ametralladora y mortero del enemigo nos hizo retroceder unos cien metros. En total, ganamos aproximadamente trescientos metros en todo el día.

Nos trasladamos a una zona tranquila detrás de las primeras líneas bastante antes de que anocheciera. Nos avisaron de que, debido a las cuantiosas bajas de los dos últimos días, la Compañía K pasaría un tiempo a la reserva. Nos atrincheramos alrededor del puesto de socorro para defenderlo.

Nuestras bajas seguían llegando procedentes del combate de la tarde cuando nos situamos en posición. Para mi gran alegría, vi al amigo con el que había mantenido aquella conversación la noche anterior. Llevaba una triunfal expresión de satisfacción, me dio un efusivo apretón de manos y sonrió mientras un equipo de camilleros se lo llevaba con un vendaje ensangrentado en el pie. Dios o el azar —dependiendo de en lo que uno crea— le había perdonado la vida y lo había librado de su carga al concederle una herida de un millón de dólares. Había cumplido con su deber y la guerra había terminado para él. Estaba dolorido, pero tenía suerte. Muchos otros no habían tenido tanta suerte los últimos días.

El contraataque

Nos instalamos en nuestros hoyos para pasar la noche, sintiéndonos más relajados, lejos del frente. Mi compañero de trinchera se ocupó de la primera guardia, así que me dormí confiando en que tendríamos una noche bastante apacible. No llevaba mucho tiempo dormido cuando me despertó diciendo:

—Mazo, despierta. Los japos están tramando algo. Asustado, desperté y desenfundé mi pistola automática del 45 de manera instintiva.

Oí la severa orden de un suboficial:

—Prepárense para lo peor, muchachos. ¡Alertas al cien por cien!

Sonaban disparos de artillería pesada y armas ligeras en el frente. Parecían venir sobre todo del área situada más allá del flanco izquierdo de nuestra división, donde estaban situadas las tropas del ejército. Los disparos también habían aumentado justo delante. El número de nuestros proyectiles de artillería que pasaban silbando resultaba increíble. No se trataba del habitual fuego de hostigamiento contra los japoneses, había demasiado.

—¿Qué ocurre? —pregunté con nerviosismo.

—Ni idea —respondió mi compañero—, pero no hay duda de que está pasando algo en el frente. Los japos habrán contraatacado.

Por el creciente fuego, enemigo además de amigo, resultaba obvio que estaba sucediendo algo grande. Aguardamos en nuestros hoyos con la esperanza de tener noticias de lo que estaba sucediendo. De pronto surgieron intensos disparos de ametralladora y mortero a cierta distancia a nuestra derecha, por detrás de donde la línea del 1.° de marines llegaba al mar. Desde nuestro pequeño montículo vimos ríos de trazadoras estadounidenses surcando rápidamente el cielo en línea recta hacia el mar, bajo la fantasmagórica luz de las bengalas de mortero de 60 mm. Eso sólo podía significar una cosa. El enemigo estaba llevando a cabo un ataque anfibio, intentando desembarcar detrás del flanco derecho del 1.° de marines, que era el regimiento de la derecha en la línea de la 1.a División de marines.

—Los japos deban estar haciendo un contradesembarco y el 1.° de marines se las está haciendo pasar canutas —dijo alguien con nerviosismo.

¿Nuestros compañeros del 1.° Regimiento de marines podrían detener ese ataque? Ésa era la pregunta en la mente de todos. No obstante, un hombre

comentó en voz baja con seguridad:

—Apuesto a que el 1.° de marines les dará para el pelo.

Esperamos que tuviera razón. Por lo que sabíamos, era evidente que si los japoneses desembarcaban en nuestro flanco derecho y contraatacaban con fuerza por nuestra izquierda y por delante, nuestra división podría quedar aislada.

Nos quedamos sentados escuchando con aprensión en medio de la oscuridad.

Como si las cosas no parecieran lo bastante nefastas, llegó la siguiente orden:

—¡Preparados para un posible ataque de paracaidistas! Todo el mundo listo. Mantengan los ojos abiertos.

Sentía como si me corriera agua helada por las venas. Me estremecí. No les teníamos miedo a los paracaidistas japoneses propiamente dichos. No podía ser más difícil lidiar con ellos que con la veterana infantería nipona. Pero el temor a quedar aislados de otras tropas estadounidenses si el enemigo desembarcaba por detrás de nosotros nos aterrorizaba. La mayoría de las noches en Peleliu tuvimos que mantener los ojos bien abiertos por delante, por detrás, a izquierda y derecha. Esa noche en Okinawa, sin embargo, tuvimos que escudriñar incluso el oscuro cielo en busca de paracaídas.

Vivíamos con el miedo constante a morir o a quedar lisiados. Pero la posibilidad de que el enemigo nos rodeara y que yo sufriera heridas tan graves que no pudiera defenderme me helaba la sangre. Tenían fama de brutales.

Un par de aviones japoneses nos sobrevolaron a lo largo de la noche (reconocimos el sonido de los motores) y me asaltó un terror que no había sentido antes. Pero pasaron de largo, sin lanzar paracaidistas. Debían ser bombarderos o cazas que se dirigían a atacar a nuestros barcos, que permanecían a cierta distancia de la costa.

El fuego de artillería japonés y estadounidense cruzado por delante de nosotros retumbó de manera interminable con una aterradora intensidad, ahogando el traqueteo de las ametralladoras y los fusiles. A nuestra derecha, elementos del 1.er Regimiento de marines dispararon sus armas ligeras y morteros en dirección al mar durante bastante tiempo. Oímos disparos de fusil aislados por nuestra retaguardia. Resultaba inquietante, pero algún optimista dijo que probablemente no fueran más que los tipos de retaguardia, que eran de gatillo fácil, disparándoles a las sombras. Corrió el rumor de que algunos soldados enemigos habían penetrado por nuestra izquierda, en la línea que defendía el ejército.

Fue una larga noche que se vio empeorada por la incertidumbre y la confusión. Experimenté emociones sumamente encontradas: por un lado me alegraba de no participar en el enfrentamiento, pero me preocupaban aquellos americanos que estaban soportando la furia del ataque del enemigo.

Al alba oímos que los aviones nipones atacaban nuestros buques y vimos a la flota lanzar fuego antiaéreo. A pesar del ataque aéreo, los grandes cañones de los barcos comenzaron un intenso bombardeo contra los japoneses de tierra. Los disparos de nuestras unidades de infantería disminuyeron a la derecha y por la retaguardia. Nos enteramos de que los mensajes de radio decían que el 1.° de marines había masacrado a cientos de japoneses en el agua cuando intentaban realizar un desembarco por detrás del flanco de nuestra división. Los disparos dispersos nos indicaron que algunos enemigos habían logrado llegar a tierra, pero la principal amenaza había pasado.

Nuestra artillería incrementó el fuego de apoyo por delante de nuestra posición y nos informaron de que nuestra división atacaría ese día. Nosotros, sin embargo, nos quedaríamos donde estábamos. Fue una orden que nos pareció la mar de bien.

Nos llegó la noticia de que las tropas del ejército que se encontraban a nuestra izquierda habían rechazado el principal ataque japonés, pero que las cosas seguían difíciles en aquella zona. Algunos enemigos habían logrado pasar y otros continuaban atacando. Mientras el 3/5 se mantenía de reserva, la 1.a División de marines comenzó a atacar y oímos que se encontraron con una feroz oposición. Recibimos órdenes de estar ojo avizor por si el enemigo rodeaba el flanco de la división durante la noche. No hubo tal.

En ese momento se produjo un masivo ataque aéreo enemigo contra nuestra flota. Vimos a un *kamikaze* volar a través de una densa cortina de fuego antiaéreo y caer en picado contra un crucero. Un enorme anillo de humo blanco ascendió cientos de metros. Poco después nos enteramos de que se trataba del crucero USS *Birmingham* y de que había sufrido considerables daños y víctimas mortales entre su tripulación.

El contraataque nipón que se desarrolló entre el 3 y el 4 de mayo fue una operación de gran importancia cuyo objetivo era aislar y destruir la 1.a División de marines. Los japoneses llevaron a cabo un desembarco anfibio nocturno de varios centenares de hombres en la costa oriental, detrás de la 7.a División de infantería. En coordinación con aquel desembarco se produjo otro en la costa occidental, detrás de la 1.a División de marines. El plan japonés requería que los dos elementos se dirigieran tierra adentro, se unieran y

crearan confusión en la retaguardia mientras el contraataque principal arremetía contra el centro de las posiciones estadounidenses.

La 24.a División de infantería japonesa concentró su ataque frontal en el límite entre la 7.a y 77.a divisiones de infantería del ejército americano. El enemigo planeaba enviar una brigada aparte a través de la brecha que el ataque de la 24.a División había abierto en las líneas estadounidenses, hacerla girar a la izquierda, por detrás de la 1.a División de marines, y arremeter contra los marines, mientras la 62.a División de infantería nipona atacaba Uparte delantera de la 1.a División de marines.

Si el plan surtía efecto, el enemigo aislaría y destruiría ala 1.a División de marines. Fracasó cuando las dos divisiones del ejército estadounidense detuvieron el asalto frontal, salvo unas cuantas penetraciones de poca importancia, con un cómputo de más de 6.000 japoneses muertos. Al mismo tiempo, el 1.° de marines (a la derecha de la 1.a División de marines) interceptó el desembarco enemigo en la costa oeste. Mataron a más de 300 enemigos en el agua y en la playa.

CAPÍTULO ONCE

Impactos y proyectiles

Las fuertes lluvias comenzaron el 6 de mayo y duraron hasta el 8 de mayo, un anticipo de la pesadilla de barro que soportaríamos desde finales de la segunda semana de mayo hasta finales de mes. Nuestra división llegó a las orillas del Asato Gawa al precio de 1.409 bajas, entre muertos y heridos. Yo sabía que las pérdidas habían sido numerosas durante la primera semana de mayo debido al gran número de bajas que vi sólo en la pequeña área en la que estábamos operando.

El 8 de mayo, la Alemania nazi se rindió sin condiciones. Nos contaron esta noticia trascendental, pero dados nuestros peligros y sufrimientos, a nadie le importó mucho. «¿Y qué?» era el comentario típico que oía a mi alrededor. Estábamos resignados al hecho de que los japoneses lucharían hasta la extinción total en Okinawa, como lo habían hecho en otras partes, y que habría que invadir Japón con las mismas perspectivas descorazonadoras. Total, la Alemania nazi podría haber estado en la luna.

Lo que más nos impresionó del día de la victoria aliada en Europa fue una aterradora y estruendosa descarga de cañoneo naval y artillería que pasó tronando y retumbando hacia los japoneses. Yo pensé que formaba parte de los preparativos para el ataque del día siguiente. Años después leí que la descarga se había disparado contra objetivos enemigos para apoyar el avance pero también como homenaje a la victoria en Europa.

La 6.a División de marines se situó a nuestra derecha y nuestra división se movió un tanto a la izquierda. Esto nos situó en el centro del frente estadounidense. Mientras nos agazapábamos en nuestras embarradas trincheras bajo la fría lluvia, la llegada de la 6.a División de marines, sumada a la enorme descarga de artillería, hizo más por nuestra moral que las noticias sobre Europa.

El 5.° de marines se aproximó a la aldea de Dakeshi y tropezó con un fuerte sistema defensivo en una zona conocida como el área de Awacha. Se decía que nos estábamos acercando a la principal línea de defensa japonesa: el frente de Shuri. Sin embargo, debíamos enfrentarnos a Awacha y Dakeshi antes de llegar a los cerros principales del frente de Shuri.

Cuando nuestro batallón se atrincheró delante de Awacha, emplazamos nuestros morteros en la ladera de una colina, unos setenta y cinco metros por

detrás de la primera línea. La lluvia torrencial nos estaba ocasionando otros problemas además del suplicio del frío. Nuestros carros de combate no podían venir a apoyarnos. Los carros anfibios tuvieron que transportar muchos suministros, porque los jeeps y los remolques se quedaban empantanados en la tierra blanda.

Nos trajeron munición, cajas de raciones y latas de agua de cinco galones lo más cerca posible. Sin embargo, debido al barro que cubría la quebrada que se extendía por la retaguardia de la sección de morteros, todos los suministros se apilaron a unos cincuenta metros de distancia, en un depósito, al otro lado del paso. Se envió a varios destacamentos para llevar los suministros desde el depósito hasta las secciones de fusiles y la de morteros.

Transportar munición y raciones era algo que los veteranos habían hecho muchas veces. Yo había subido y bajado con los demás por el terreno rocoso e increíblemente escarpado de Peleliu, en medio del calor sofocante, cargando munición, raciones y agua. Era un trabajo agotador, al igual que llevar heridos en camillas. Sin embargo, ésta fue mi primera misión en un destacamento de trabajo con barro y supuso una carga mayor que cualquiera otra que me hubieran asignado antes.

Toda la munición pesaba mucho, por supuesto, pero alguna era más fácil de manipular que otra. Elogiábamos a los fabricantes de las cajas de granadas de mano y de munición para ametralladoras. Las cajas eran de madera, con una asa de cuerda a cada lado; las segundas eran de metal y tenían un asa plegable encima. Pero maldecíamos a los imbéciles que hacían los cajones de madera en los que venía la munición de nuestros fusiles del calibre 30. Cada caja contenía 1.000 balas. Pesaba mucho y sólo contaba con un pequeño agujero abierto a cada extremo. Esto hacía que los dos hombres que normalmente se necesitaban para manipular un cajón tuvieran que agarrarlo con las yemas de los dedos.

Pasamos mucho tiempo transportando esta pesada munición sobre los hombros donde se la necesitaba —lugares a menudo totalmente inaccesibles para todo tipo de vehículos— y sacándola de los paquetes y cajones. En Okinawa esto se hacía a menudo bajo fuego enemigo, en medio de la lluvia torrencial y por un barro que nos llegaba a las rodillas. Tal actividad llevaba al soldado de infantería, que estaba agotado por la tensión mental y física del combate, casi al borde del colapso físico.

Muchos libros y películas acerca de la guerra ignoraban esta extenuante faceta de la guerra del soldado de infantería. Daban la impresión de que la munición siempre estaba «allí» cuando se la necesitaba. Tal vez simplemente dio la casualidad de que a mi unidad le tocó pasarlo mal transportando la munición

hasta las posiciones en Peleliu debido al calor y al terreno accidentado, y en Okinawa por culpa del profundo barro. Pero ninguno de nosotros olvidaría ese trabajo. Era agotador, desmoralizante y parecía no tener fin.

En esta primera posición antes de Awacha, los destinados a los destacamentos de trabajo habíamos cruzado un par de veces la quebrada cuando una ametralladora ligera Nambu abrió fuego desde una posición a nuestra izquierda. Yo me encontraba aproximadamente a mitad del paso, sin darme demasiada prisa, cuando el artillero japonés disparó las primeras ráfagas. Eché a correr, resbalando por el barro, hacia el área protegida donde estaba el depósito de suministros. Las balas restallaban con ferocidad a mi alrededor. Los hombres que me acompañaban también tuvieron suerte y pudimos protegernos en una loma situada junto a los suministros. El servidor de la ametralladora enemiga estaba bien oculto en lo alto de la quebrada, a nuestra izquierda, y contaba con un ángulo de tiro despejado. No cabía duda de que íbamos a perder hombres por culpa de esa Nambu si seguíamos cruzando por esa zona. Pero teníamos que distribuir la munición para el ataque que se preparaba.

Dirigimos la mirada al otro lado de la quebrada, hacia la sección de morteros, y vimos que Redifer lanzaba una granada de fósforo para proporcionarnos protección con una cortina de humo cuando regresáramos. Arrojó varias granadas más que estallaron con un «bum» sordo y un fogonazo. Densas nubes de humo blanco se extendieron y pendieron casi inmóviles en el aire pesado y neblinoso. Agarré una caja de metal de munición de mortero de 60 mm en cada mano. Todos los demás también se cargaron. Nos preparamos para cruzar. La Nambu continuaba disparando por la quebrada cubierta de humo. Me resistía a salir, al igual que les sucedía a los otros, pero Redifer seguía de pie, lanzando más granadas de fósforo para ocultarnos. Me sentí como un cobarde. Mis compañeros debían sentir lo mismo, pues nos mirábamos unos a otros con inquietud. Alguien dijo con resignación:

—Vamos, a paso ligero, y mantened el intervalo de cinco pasos.

Nos adentramos en el humo como una exhalación. Bajé la cabeza y apreté los dientes mientras las balas de la ametralladora restallaban a nuestro alrededor. Creía que me iban a dar. Al igual que los otros. Yo no estaba siendo valiente, pero Redifer sí, y prefería arriesgarme antes que ser un gallina frente a los riesgos que estaba asumiendo para protegernos. Si lo alcanzaban mientras yo me encogía en un lugar seguro, sabía que esa carga me perseguiría el resto de mi vida... es decir, si vivía mucho más, lo que cada día parecía menos probable.

El humo nos ocultaba del artillero, pero éste siguió disparando ráfagas intermitentes por la quebrada para impedirnos cruzar. Las balas estallaban y

chasqueaban, pero logramos llegar al otro lado. Corrimos detrás de la loma y tiramos las pesadas cajas de munición sobre el barro. Le dimos las gracias a Redifer, pero a él parecía preocuparle más solucionar el problema que teníamos entre manos.

—Vaya, ese japo tiene el índice mejor entrenado que he oído. Escuchad las ráfagas cortas que suelta —comentó un amigo.

Jadeamos y escuchamos la ametralladora medio aterrados y medio admirados de la habilidad del artillero nipón. Continuaba disparando por la retaguardia de nuestra posición. Cada ráfaga estaba compuesta de dos o tres balas y espaciada: «ra-ta... ra-ta-tá... ra-ta».

Justo entonces oímos el motor de un carro de combate a cierta distancia, al otro lado de la quebrada. Sin mediar palabra, Redifer atravesó el paso a toda velocidad. Cruzó sin ningún percance. Podíamos entreverlo a través del humo empujado por el viento mientras se ponía en contacto con los sirvientes del carro. Poco después lo vimos retroceder hacia nosotros despacio, haciendo señales con las manos a la dotación del blindado para indicarle al Sherman cómo cruzar la quebrada. La Nambu seguía disparando a ciegas a través del humo mientras observábamos a Redifer con inquietud. El parecía no tener prisa y llegó a nuestro lado sin problemas con el carro de combate.

La dotación del vehículo había accedido a servirnos de escudo. Mientras varios de nosotros nos agachábamos junto a la grata protección que nos ofrecía, el carro se desplazaba de un lado a otro de la quebrada, manteniéndose siempre entre nosotros y la ametralladora enemiga. Nos cargábamos con munición y cruzábamos despacio la quebrada barrida por la ametralladora, pegados al lateral del vehículo como si fuéramos pollitos junto a una gallina clueca. Seguimos así hasta que pasamos toda la munición al otro lado sin peligro.

La tropa muchas veces era de la opinión de que el hecho de que se recomendara o no a un soldado raso para una condecoración por conducta excepcional en combate dependía sobre todo de quién lo veía realizar la acción. Esto sin duda fue cierto en el caso de Redifer. Yo había visto cómo les concedía condecoraciones a otros hombres por menos, pero Redifer no tuvo la suerte de recibir los elogios oficiales que se merecía. Ocurrió justo lo contrario.

Cuando concluimos la tarea de trasladar la munición, se acercó cierto teniente que, por una funesta casualidad, había sido asignado a la Compañía K después de Peleliu. Lo llamábamos simplemente «Sombra». Se trataba de un hombre alto y flaco, y era el marine —oficial o soldado raso— más desaliñado que he visto.

Los pantalones le colgaban como la ropa vieja de un espanta pájaros, el cinturón de la pistola le rodeaba la cintura como si fuera el cordón de un batín, su funda para mapas se sacudía de acá para allá y de todas las correas de la mochila colgaban más «banderines irlandeses» que de las de cualquier recluta nuevo en el campamento. Nunca vi a Sombra con polainas. Llevaba las perneras de los pantalones arremangadas por encima de los flacuchos tobillos. No ajustaba bien la funda de tela de camuflaje sobre su casco como la mayoría de los marines y ésta se combaba a un lado como si fuera un gran gorro. No sé por qué, pero a menudo llevaba el casco al revés, en la mano izquierda, apretado contra el costado, como si se tratara de un balón de fútbol. En la cabeza llevaba una gorra de faena de tela verde como la que el resto de nosotros nos poníamos debajo del casco. Sin embargo, la suya estaba rasgada por la parte superior, de modo que su pelo oscuro asomaba como la paja a través del sombrero de un espantapájaros.

El carácter de Sombra era peor que su aspecto. Temperamental, malhumorado y muy excitable, trataba a los soldados veteranos peor que la mayoría de los instructores a los reclutas en el campamento de instrucción. Cuando estaba disgustado con un marine por algo, no lo reprendía como hacía el resto de nuestros oficiales. Le daba un berrinche. Agarraba la gorra por la visera, la lanzaba contra la tierra embarrada, daba una patada en el suelo e insultaba a todo el que veía. El sargento veterano que acompañaba a Sombra permanecía a su lado en silencio durante estas demostraciones de genio, debatiéndose entre la obligación de reprendernos, si parecía que su deber era hacerlo, y la vergüenza y la desaprobación por el comportamiento infantil de su oficial.

Francamente, no sé lo competente que sus superiores consideraban a Sombra. De más está decir que no gozaba de mucha estima entre la tropa, sencillamente por su falta de autocontrol. Pero era valiente. Hay que reconocerlo.

A Sombra «le dio un ataque» como respuesta a lo que Redifer había hecho para facilitar el transporte de la munición a través de la quebrada. Fue sólo la primera de muchas actuaciones semejantes que acabaría presenciando, y nunca dejaron de asombrarme e indignarme.

Se acercó a Redifer y le soltó tal bronca que cualquiera que no supiera la verdad habría supuesto que Redifer era un cobarde que había desertado de su puesto ante el enemigo en lugar de llevar a cabo un acto de valentía. Sombra chilló, gesticuló e insultó a Redifer por «exponerse sin necesidad al fuego enemigo».

Redifer lo aceptó estoicamente, pero se veía a las claras que estaba consternado. Nosotros mirábamos sin dar crédito a lo que veíamos, pues habíamos esperado que Sombra lo elogiara por mostrar coraje e iniciativa bajo el fuego enemigo. Pero allí estaba ese oficial, que no hacía más que despotricar, aunque

parezca mentira, insultar y amonestar a un hombre por hacer algo que cualquier otro oficial habría considerado un acto de valor. Era tan increíblemente ilógico que no podíamos creerlo.

Por fin, tras haberse desahogado con un marine que merecía todos los elogios, Sombra se fue dando grandes zancadas, refunfuñando y maldiciendo la estupidez individual y colectiva de los soldados rasos. Redifer no dijo nada. Simplemente se quedó mirando al infinito. Nosotros gruñimos.

Mientras se aproximaba el mediodía del 9 de mayo, todo el mundo estaba nervioso debido al próximo ataque. Se había distribuido la munición y los hombres habían ordenado su equipo y realizado las tareas de última hora: ajustar las cartucheras, las correas de las mochilas, las polainas y los portafusiles de cuero; todos esos pequeños y vanos gestos carentes de valor que liberaban tensión ante el inminente horror. Antes habíamos alineado nuestros morteros contra objetivos seleccionados y habíamos amontonado proyectiles de fósforo y de gran potencia lejos del barro, sobre trozos de cajas para tenerlos a mano.

Puesto que el suelo se había secado lo suficiente para que nuestros carros de combate pudieran maniobrar, varios permanecían cerca, con los motores al ralentí, las escotillas abiertas y las dotaciones esperando... como todos los demás. La guerra consiste sobre todo en esperar. Los hombres que me rodeaban estaban sentados en silencio, con los rostros demacrados. Habían llegado algunos reemplazos a la compañía para compensar las pérdidas. Los nuevos parecían más confundidos que asustados.

Un grupo de marines aguarda para atacar mientras una descarga de proyectiles de fósforo blanco hace explosión sobre las posiciones enemigas. Fotografía del USMC.

Los grandes cañones habían abierto fuego periódicamente a lo largo de la mañana, pero luego se habían ido apagando. No se oía mucho ruido mientras aguardábamos a que diera comienzo el bombardeo previo al ataque.

Entonces se inició el bombardeo. Los grandes obuses silbaban en lo alto mientras cada batería de nuestra artillería y los cañones de cada barco empezaban a bombardear las defensas japonesas en Awacha. Al principio pudimos identificar cada tipo de proyectil —artillería de 75 mm, 105 mm y 155 mm, junto con los cañones de 5 pulgadas de los barcos— a medida que se sumaba a la tormenta de acero.

Vimos pasar nuestros aviones: Corsairs y bombarderos en picado. Los ataques aéreos comenzaron cuando los aviones bajaron en picado lanzando cohetes, arrojando bombas y disparando por delante de nosotros. Los disparos tronaron y retumbaron hasta que al final ni siquiera los oídos experimentados de los veteranos pudieron distinguir nada, sólo que nos alegrábamos de la potencia de fuego de los nuestros.

Los proyectiles de la artillería y de los morteros del enemigo comenzaron a llegar. Los japoneses trataban de desbaratar el ataque. Los reemplazos parecían completamente perplejos en medio de aquella locura. Recordé mi primer día en combate y los compadecí. Ser testigo de la magnitud del bombardeo previo al ataque suponía una experiencia imponente y aterradora para un veterano, más aún para un nuevo reemplazo.

Enseguida llegó la orden:

—Sección de morteros, preparados.

Marines lanzando granadas de humo para proteger a los camilleros. Okinawa. Fotografía del USMC.

Recibimos indicaciones de Burgin, que se encontraba arriba en el puesto de observación para divisar objetivos y dirigir nuestros disparos. Aunque nuestros proyectiles de 60 mm eran pequeños comparados con los enormes obuses que pasaban veloces por lo alto, nosotros podíamos disparar allí donde los morteros más grandes y la artillería no podían abrir fuego sin poner en peligro a los nuestros. Esta proximidad hacía que fuera el doble de importante que disparásemos con habilidad y evitásemos los tiros cortos.

El sufrimiento del superviviente. Okinawa. Fotografía del USMC.

Sólo habíamos efectuado un par de disparos cuando Snafu empezó a maldecir el barro. Con cada descarga, el retroceso empujaba la placa de la base del mortero contra la tierra blanda del foso y a mi compañero le costaba volver a ajustar las burbujas de nivel para mantener la correcta alineación del arma.

Después de completar la primera andanada, desplazamos rápidamente el mortero un poco a un lado del foso para situarlo sobre una superficie más dura y volvimos a ajustaría En Peleliu a menudo teníamos que sostener la placa de la base, así como las patas del bípode, sobre la roca de coral para impedir que el retroceso hiciera que la base rebotara y desplazara la alineación del mortero. En la húmeda tierra de arcilla de Okinawa ocurría justo lo contrario. El retroceso hundía la placa de la base en el suelo con cada proyectil que disparábamos. Este problema lo empeoraron las frecuentes lluvias de mayo.

Recibimos la orden de asegurar las armas y mantenernos preparados. El ataque aéreo finalizó y la artillería y los cañones de los buques aflojaron el ritmo. Los carros blindados y nuestros fusileros avanzaron formando unidades conjuntas mientras nosotros aguardábamos con nerviosismo. Todo fue bien un par de cientos de metros durante el ataque que estaban llevando a cabo el 3/5 y el 3/7 antes de que los intensos disparos de unos japoneses situados en el flanco izquierdo frenaran el asalto. Nuestro puesto de observación nos ordenó lanzar humo. Disparamos fósforo con rapidez para proteger a los nuestros.

Nuestra posición recibió una fuerte dosis de fuego de morteros japoneses de 90 mm. Tuvimos problemas para continuar disparando mientras aquellos grandes obuses de 90 mm se estrellaban a nuestro alrededor. Fragmentos de proyectiles

atravesaban el aire silbando y los grandes obuses lanzaban barro por todas partes. Pero teníamos que seguir disparando. Los fusileros estaban pasando las de Caín por el flanco y necesitaban apoyo. Nuestra artillería comenzó a abrir fuego de nuevo contra las posiciones enemigas situadas a nuestra izquierda para ayudar a los abrumados fusileros.

Siempre sabíamos cuándo les estábamos ocasionando pérdidas a los japoneses con nuestros morteros de 60 mm por la cantidad de fuego de mortero y artillería que nos devolvían. Si no les estábamos causando ningún daño, normalmente nos ignoraban, a menos que pensaran que podían infligir muchas bajas. Si el fuego de contrabatería nipón suponía un verdadero indicador de nuestra eficacia, cabe decir que fuimos muy eficientes en la campaña de Okinawa.

La Compañía K sufrió cuantiosas pérdidas durante el ataque del 9 de mayo contra Awacha. Se trató del mismo y trágico espectáculo de hombres ensangrentados, aturdidos y heridos que eran trasladados o caminaban hacia el puesto de socorro de la retaguardia. También estaban los muertos, y las habituales indagaciones llenas de preocupación sobre los amigos. Todos nos alegramos cuando nos enteramos de que el 3/5 pasaría a la reserva para apoyar al 7.° de marines (al final resultó que por un par de días). El 7.° de marines estaba combatiendo a nuestra derecha, contra el cerro Dakeshi.

En el camino de la 1.a División de marines, de norte a sur, se extendían Awacha, el cerro Dakeshi, la aldea de Dakeshi, el cerro Wana, la aldea de Wana y la quebrada de Wana. Al sur de ésta se encontraban las defensas y cumbres de Shuri. Todos estos cerros y aldeas estaban muy bien defendidos por medio de fortificaciones que se apoyaban mutuamente, conformando un hábil sistema de defensa en profundidad. Posiciones defensivas igualmente sólidas frenaron a la 6.a División de marines a la derecha y a las divisiones de infantería del ejército a la izquierda. Los japoneses defendían con ferocidad cada metro de terreno y ahorraban energías para infligirles el mayor número de bajas posible a las fuerzas estadounidenses. Estas tácticas convirtieron Okinawa en un baño de sangre.

La encarnizada batalla contra Awacha proseguía a nuestra izquierda. Nos atrincheramos en el suelo húmedo para pasar la noche. No habíamos montado los morteros. Íbamos a hacer de fusileros y a vigilar un valle. Por encima de nosotros, los otros dos pelotones de morteros se atrincheraron en dos líneas paralelas a unos seis metros de distancia una de otra, y perpendiculares a la línea de la cima del terraplén situado sobre nosotros. Se distribuyeron agua y raciones y nos trajeron el correo.

Por lo general, el correo nos levantaba mucho la moral, pero ese día no fue así para mí. Una fría llovizna caía de forma intermitente. Nos sentíamos cansados y yo no estaba con mucho ánimo. Me senté sobre el casco en el barro y leí una carta de mis padres. Un coche había golpeado a *Deacon*, mi querido *spaniel*, que se había arrastrado hasta casa y había muerto en brazos de mi padre. *Deacon* había sido mi leal compañero todos los años previos a que me marchara de casa para ir a la universidad. Allí, con el sonido de intensos disparos por delante y mientras miles de hombres sufrían y morían cerca, grandes lágrimas me corrieron por las mejillas porque *Deacon había,* muerto.

Durante el resto de la noche, el sonido de los disparos hacia el cerro Dakeshi fue un indicio de que el 7.° de marines estaba teniendo muchos problemas para intentar sacar a los japoneses de allí. Justo antes del amanecer pudimos oír numerosos disparos lejos por delante de nosotros a la izquierda donde el 1/5 y el 2/5 estaban combatiendo alrededor del área de Awacha.

—Atentos, muchachos, y preparados para salir —ordenó un suboficial que se encontraba en el terraplén por encima de nosotros.

—¿Qué ocurre? —preguntó un servidor de mortero.

—No lo sé, salvo que los japos están contraatacando por la parte frontal del 5.° de marines y el batallón [el 3/5] está en alerta para subir y ayudar a detenerlos.

Recibimos la noticia con una comprensible falta de entusiasmo. Seguíamos cansados y nerviosos a causa de la paliza que el batallón se había llevado el día anterior en Awacha. No nos hacía ni pizca de gracia ir a ninguna parte en medio de la oscuridad. Pero guardamos nuestro equipo mientras mascábamos chicle o mordisqueábamos galletas de las raciones. El sonido de los disparos aumentaba y disminuía de volumen por delante de nosotros mientras esperábamos y cavilábamos.

Por fin, bajo la difusa luz grisácea de la madrugada, llegó la orden:

—Bueno, muchachos, vamos.

Recogimos nuestras cargas y nos dirigimos hacia las primeras líneas.

Aparte de algunos obuses aislados que pasaban silbando en ambas direcciones, todo estaba bastante tranquilo. Nuestra columna avanzó por un cerro hasta los emplazamientos atacados. Encontramos a los nuestros evaluando los daños que les habían causado a los japoneses y atendiendo a sus heridos. Algunos hombres nos contaron que el enemigo había llegado a estar al alcance de la bayoneta.

—Pero os aseguro que les dimos para el pelo —me dijo uno mientras

señalaba unos cuarenta cadáveres nipones despatarrados más allá de las trincheras de los marines.

Bajo la pálida luz del amanecer, el aire tenía un aspecto neblinoso y seguía cargado de humo debido a los proyectiles de fósforo que el enemigo había lanzado para ocultar a los soldados que se aproximaban. Se produjo un gran debate entre la tropa. Los comentarios que nos llegaron de los marines en la posición aseguraban que alguien había visto una mujer avanzando con los japoneses atacantes y que probablemente se encontrara entre los muertos. Nosotros no podíamos verla desde nuestras posiciones.

Entonces, nos avisaron:

—Media vuelta, regresamos.

En resumen, no necesitaban nuestra ayuda, así que debíamos desplegarnos en otro sitio. Allá fuimos de nuevo en medio de la lluvia y el barro.

Todos los movimientos que llevamos a cabo durante la mayor parte de mayo y principios de junio fueron físicamente agotadores y completamente exasperantes por culpa del barro. Como de costumbre, nos movíamos en fila india, con cinco pasos de separación, resbalando mientras subíamos y bajábamos laderas embarradas y atravesábamos campos cenagosos. Cuando la columna aminoraba la marcha o se detenía, tendíamos a amontonarnos, y los suboficiales y oficiales ordenaban con tono severo:

—Mantengan el intervalo de cinco pasos, no se amontonen.

El omnipresente peligro de los obuses hacía necesario que nos mantuviéramos desplegados. Sin embargo, a veces estaba tan oscuro que, para no separarnos y perdernos, a cada uno se le ordenaba agarrarse a la cartuchera del hombre que tenía delante. Esto hacía que resultara difícil avanzar. Muchas veces, si un hombre perdía el equilibrio y se caía, muchos otros se iban al suelo con él, amontonándose unos sobre otros. Se oían maldiciones apagadas y gruñidos exasperados mientras recobraban el equilibrio, tanteando en medio de la impenetrable oscuridad para volver a formar la columna.

En cuanto nos deteníamos, nos ordenaban:

—Muévanse.

Así que la columna siempre avanzaba, pero como si fuera un acordeón o un gusano: se comprimía, luego se estiraba, se detenía y se ponía en marcha. Si un hombre dejaba su carga en el suelo para disfrutar de un breve respiro, seguro que oía:

—¡Recojan su equipo, nos vamos!

Así que había que volver a echarse la carga sobre los hombros. Pero si no descargabas, lo más probable era que perdieras oportunidad de descansar unos segundos, o incluso hasta una hora, mientras la columna se detenía delante por razones normalmente desconocidas. Sentarse en una roca o en un casco muerto de cansancio era como pulsar un botón para indicarle a algún suboficial que gritara:

—En pie, recojan su equipo, nos vamos otra vez.

De modo que la gran decisión en la mente de todos en cada pausa, durante el avance, era si dejar caer la carga y esperar que fuera una pausa larga o quedarse allí de pie y aguantar todo el peso en lugar de dejarlo en el suelo y tener que volver a levantarlo enseguida.

La columna serpenteaba alrededor y arriba y abajo del contorno de un terreno que en mayo y a principios de junio estaba cubierto casi siempre de un barro resbaladizo que variaba de profundidad, a veces era de unos cuantos centímetros a la altura de la rodilla. La lluvia era frecuente y fría. En unas ocasiones lloviznaba, en otras diluviaba, y toda esa agua inundaba nuestras pisadas embarradas casi tan pronto como las dejábamos. El casco nos mantenía la cabeza seca, claro, pero la única protección con la que contábamos para el cuerpo era un capote. Quedaba colgando y restringía mucho el movimiento. No teníamos impermeables. Así que, antes que avanzar penosamente por el terreno resbaladizo con nuestras cargas, con el lastre adicional de un capote holgado, simplemente nos calamos hasta los huesos y tiritamos miserablemente.

De vez en cuando intentábamos bromear y contar chistes, pero el intento siempre se desvanecía a medida que nos cansábamos o nos acercábamos más a las primeras líneas. Esa clase de desplazamiento por terreno normal o por pistas pondría a prueba la paciencia de cualquiera, pero el barro de Okinawa nos llevó a un estado de frustración y exasperación que rayaba la furia. Sólo alguien que lo haya vivido puede comprenderlo.

La mayoría de los hombres al final llegaron al punto en el que sencillamente se quedaban de pie, inmóviles, con cara de resignación, cuando nos deteníamos. Los reniegos y los arrebatos de ira no parecían ayudar, aunque nadie puede estar por encima de eso cuando te acosan hasta llegar a la desesperación y la fatiga, caminando, resbalando y cayendo en el barro. El barro no sólo obstaculizaba a los vehículos. Agotaba al hombre a pie, del que se esperaba que siguiera adelante por donde las ruedas y los vehículos con orugas no podían moverse.

En algún momento durante nuestros desplazamientos, nuestra sección de morteros aniquiló por completo una fuerza enemiga que había ocupado un cerro alargado durante tres días, soportando repetidos ataques de infantería de marines

con apoyo de la artillería pesada. Burgin estuvo observando. Discurrió que debía haber un surco estrecho a lo largo del cerro que protegía a los japoneses del fuego de artillería. Alineó nuestros tres morteros de modo que uno disparara de derecha a izquierda, otro de izquierda a derecha y el tercero por la cima del cerro. De este modo los japoneses que se encontraran en el surco no podrían escapar.

El teniente Mac le ordenó a Burgin que no efectuara ningún disparo. Dijo que no podíamos prescindir de la munición. Burgin, que era un veterano de tres campañas y un hábil observador, llamó al puesto de mando de la compañía y preguntó si podían conseguirnos más munición. El puesto de mando le contestó que sí.

Burgin exclamó por el teléfono autoalimentado: —A mi orden, disparen.

Mac se encontraba con nosotros en los fosos de los morteros y nos ordenó que no disparásemos. Le indicó lo mismo a Burgin por el teléfono.

Burgin le dijo que se fuera a la mierda y gritó:

—Sección de morteros, disparen a mi orden. ¡Abran fuego!

Disparamos mientras Mac despotricaba.

Cuando terminamos de disparar, la compañía avanzó contra el cerro. A nuestros hombres no les dispararon ni una bala. Burgin comprobó la zona y vio más de cincuenta soldados japoneses recién muertos en una estrecha quebrada. Se veía claramente que todos habían fallecido debido a las heridas que les había causado nuestro fuego de mortero. Los proyectiles de artillería habían hecho explosión por delante o por detrás de los japoneses. Nuestros proyectiles, sin embargo, cayeron justo en la quebrada debido a que tenían una trayectoria más en picado.

Nuestro trabajo en equipo había logrado un éxito importante. El hecho ilustró el valor de la experiencia de un veterano como Burgin comparado con el poco criterio de un teniente que aún estaba verde.

El breve período de descanso en mayo nos ayudó física y mentalmente. Tales descansos periódicos lejos de las líneas, que duraban de uno a varios días, nos permitían seguir adelante. Las raciones eran mejores. Podíamos afeitarnos y lavarnos un poco usando los cascos. Aunque teníamos que atrincherarnos a causa de la artillería de largo alcance y los ataques aéreos, dos hombres podían fabricar un refugio sencillo colocando los capotes sobre el hoyo y mantenerse relativamente (pero del todo) secos en las noches lluviosas. Podíamos relajarnos un poco.

Estoy convencido de que sin estos respiros nos habríamos venido abajo debido a la tensión y el esfuerzo. No obstante, me resultaba más difícil volver cada

vez a la zona de terror. Las bromas de mis amigos cesaban mientras regresábamos penosamente y con gesto adusto a ese abismo, donde el tiempo carecía de sentido y tus posibilidades de salir ileso menguaban cada día. Con cada paso hacia el lejano tamborileo y estruendo de aquella infernal región, donde el miedo y el horror nos torturaban como un gato atormentando a un ratón, yo experimentaba un terror cada vez mayor. Y no se trataba simplemente de terror a la muerte o al dolor, porque la mayoría de los hombres creían que no los matarían. Pero cada vez que ascendíamos, me asaltaba el escalofriante terror del miedo y la repugnancia ante las espantosas escenas de dolor y sufrimiento que un superviviente debe presenciar.

Algunos de mis mejores amigos me confesaron que sentían lo mismo. Aquellos que lo experimentaban con más intensidad eran los veteranos más avezados, para los que Okinawa suponía su tercera campaña, lo cual es significativo. Los más valientes se hartaban del sufrimiento, aunque no parecía asustarles mucho su propia seguridad. Sencillamente habían visto demasiado horror.

El creciente terror a regresar a la acción me obsesionaba. Se convirtió en la más frecuente de las espantosas pesadillas que me han perseguido durante muchísimos años. En general, el sueño siempre es el mismo: vuelvo a subir hacia las líneas durante el sangriento y embarrado mes de mayo en Okinawa. Lo veo de forma borrosa e imprecisa, pero de vez en cuando vuelve la pesadilla, incluso después de que las pesadillas sobre Peleliu se desvanecieran como si me hubieran quitado una maldición.

El 7.° de marines aseguró el cerro Dakeshi el 13 de mayo después de un implacable combate. Algunos veteranos de Peleliu que formaban parte de ese regimiento mencionaron que la feroz batalla se asemejó a los enfrentamientos en el cerro Bloody Nose. Al ver el cerro no cabía duda de que se parecía a Bloody Nose. La cima era escarpada e irregular contra el horizonte y tenía una fea y delgada línea de árboles destrozados y tocones ennegrecidos.

Nuestra compañía se trasladó a una aldea destrozada y un oficial nos dijo que se trataba de Dakeshi. Algunos nos subimos a un muro de piedra, donde nos ordenaron que no disparásemos. Contemplamos una extraña escena que se desarrollaba a unos cien metros por delante de nosotros. Debíamos permanecer allí inactivos mirando mientras aproximadamente cuarenta o cincuenta soldados japoneses se batían en retirada entre las ruinas. Los hombres del 7.° de marines los habían hecho salir. Pero nosotros le servíamos de apoyo al 7.° de marines, algunos de cuyos elementos se encontraban por delante de nosotros a derecha e izquierda, fuera de nuestro campo visual. No podíamos arriesgarnos a disparar por temor a

darles a aquellos marines. Sólo podíamos observar cómo el enemigo pasaba trotando fusil en mano. No llevaban mochilas, sino tirantes cruzados con cartucheras.

Mientras atravesaban los escombros y los cascos se meneaban arriba y abajo, un hombre que se encontraba a mi lado toqueteó el seguro de su fusil MI y soltó indignado:

—Mirad a esos cabrones ahí fuera, al descubierto, y ni siquiera podemos dispararles.

—No se preocupe, el 7.° de marines los atrapará en un fuego cruzado más adelante —contestó un suboficial.

—Esa es la orden —añadió un oficial con seguridad.

Atravesando una pequeña aldea. Obsérvense los *tabi* con división en los dedos del soldado japonés muerto. Abril de 1945, Okinawa. Fotografía del USMC.

Justo en ese momento el sonido sibilante de obuses pasando a poca altura por encima de nuestras cabezas nos hizo agacharnos de forma refleja, incluso aunque reconocimos que el sonido pertenecía a nuestra artillería. Grandes y negras nubes de denso humo en forma de salchicha surgieron en el aire por encima de los japoneses mientras cada una de aquellas mortíferas ráfagas de 155 mm estallaban con un fogonazo y un «buuum». Los artilleros estaban apuntando directamente al blanco. Los japoneses echaron a correr, de un modo que hizo que me parecieran bastante patizambos (como siempre cuando corrían). Incluso mientras huían bajo aquella mortal lluvia de acero, dándonos la espalda, sentí que tenían un aire

arrogante. No se movían como hombres presas del pánico. Sabíamos que sencillamente les habían ordenado replegarse hasta otras posiciones defensivas. De lo contrario, se habrían quedado donde estaban o nos habría atacado, y en cualquiera de los dos casos habrían luchado hasta la muerte.

Más de nuestros 155 mm pasaron silbando y estallaron por encima de los japoneses. Permanecimos en silencio y observamos cómo el fuego de artillería se cobraba su precio. Fue un espectáculo macabro, aún vivo en mi mente. Los supervivientes se perdieron de vista entre las nubes de humo a la vez que oíamos el tamborileo de las ametralladoras de los marines por delante de nosotros, a derecha e izquierda.

Recibimos órdenes de partir por una pequeña carretera bordeada de muros de piedra. Pasamos por las ruinas de lo que había sido una pintoresca aldea. Lo que habían sido encantadoras casitas con techos de paja o tejados de teja ahora eran montañas de escombros humeantes.

Tras enconados enfrentamientos, las defensas de Awacha y después las de Dakeshi cayeron ante nuestra división. Sin embargo, entre nosotros y Shuri, aún quedaba otro sistema de fuertes defensas: Wana. La costosa batalla contra estas defensas se conocería como «la batalla por la quebrada de Wana».

CAPÍTULO DOCE

Barro y gusanos

El límite entre el III Cuerpo anfibio (marines) y el XXIV Cuerpo (ejército) se extendía por el centro de la principal posición defensiva japonesa en las cumbres de Shuri. Mientras los marines se desplazaban hacia el sur, la 1.a División de marines permaneció a la izquierda en la zona de acción del III Cuerpo anfibio, con la 6.a División de marines a la derecha. Dentro de la zona de acción de la 1.a División de marines, el 7.° de marines ocupaba el flanco izquierdo y el 5.° de marines, el derecho. El 1.a de marines permanecía en la reserva.

Más allá de Awacha-Dakeshi, los marines se enfrentaron a continuación al cerro Wana. Al otro lado de ese cerro se encontraba la quebrada de Wana, por la que serpenteaba el Asato Gawa. Formando la zona alta meridional por encima de la quebrada de Wana había otro cerro más. Este se extendía hacia el este, desde la ciudad de Naha, y se elevaba hasta las cumbres de Shuri. Este segundo cerro formaba parte de las principales posiciones defensivas japonesas. Era el frente de Suri.

La quebrada de Wana apuntaba como una flecha, desde el noroeste, directamente hacia el corazón de las defensas niponas en Shuri. En el interior de esta vía de acceso natural, los japoneses aprovecharon todas y cada una de las difíciles características de aquel terreno, que no podría haber proporcionado mejores defensas si lo hubieran diseñado ellos mismos. Los hombres de la 1.a División de marines se enfrentaban ahora a la prueba más larga y sangrienta de la batalla por Okinawa.

Para el ataque contra Wana el 15 de mayo de 1945, el 5.° de marines hizo avanzar al 2/5 con el 3/5 como apoyo. El 1.er Batallón venía detrás de reserva.

Antes de que diera comienzo el ataque del 2/5, nos situamos en posición detrás de ese batallón. Observamos cómo los carros de combate con sus 75 y los M7 con sus 105 bombardeaban a conciencia la quebrada. Los carros recibieron a cambio tantos disparos japoneses que los fusileros del 2/5 asignados para atacar con ellos tuvieron que protegerse como pudieron en zanjas y hoyos mientras cubrían a los tanques de lejos; ningún hombre que estuviera en pie podría haber sobrevivido a la lluvia de proyectiles que el enemigo lanzó. Y los carros blindados no se podían desplazar sin peligro más allá de la cobertura que proporcionaban los

fusileros por culpa de los suicidas que se lanzaban contra los blindados. Al final, vimos que los carros de combate retrocedían tras sufrir algunos impactos. Nuestra artillería y cañoneo naval lanzaron una aterradora descarga contra las posiciones japonesas situadas alrededor de la quebrada. Poco después, los carros de combate se retiraron. A continuación se llevó a cabo un ataque aéreo contra la quebrada. El bombardeo del paso nos pareció muy intenso, pero no fue nada comparado con lo que iba a ser necesario para tomar la quebrada.

Nos trasladamos de una posición a otra detrás del 2/5 hasta que acabé tan confundido que no tenía ni idea de dónde estábamos. A última hora de la tarde, nos detuvimos temporalmente en un sendero embarrado que recorría la ladera sin árboles de un cerro. Marines del 2/5 pasaron a nuestro lado en la otra dirección. Los obuses japoneses cruzaban el cerro silbando y estallaban en la retaguardia. Nuestra artillería tronaba y zumbaba en lo alto, las explosiones retumbaban en la quebrada.

El cerro Wana castigado por los obuses. Okinawa. Fotografía del USMC.

Cerca de allí, el capellán protestante de nuestro regimiento había levantado un pequeño altar hecho con una caja desde el que les estaba administrando la comunión a un pequeño grupo de sucios marines. Le eché un vistazo al rostro de un marine que se encontraba frente a mí mientras la fila se detenía. Estaba mugriento como todos nosotros, pero incluso a través de aquella oscura barba con una gruesa capa de barro que lucía pude comprobar que sus rasgos eran delicados. Tenía los ojos inyectados de sangre y cansados. Se bajó despacio la ametralladora ligera del hombro, apoyó el mango sobre la puntera de su bota para mantenerlo

lejos del barro y sujetó el cañón con la mano. Observó al capellán con una cara de escepticismo que parecía preguntar: «¿Qué sentido tiene todo eso? ¿Va a impedir que les den a esos tipos?». Ese rostro estaba tan cansado pero era tan expresivo que supe que él, como todos nosotros, no podía dejar de tener dudas sobre su Dios ante aquel horror y sufrimiento. ¿Por qué se alargaba de manera interminable? El compañero del servidor de ametralladora sostuvo el trípode del arma sobre el hombro, miró un momento la embarrada comunión y a continuación clavó una mirada ausente en un grupo de pinos que se encontraba detrás de nosotros (como si tuviera la esperanza de ver allí su hogar).

—Nos vamos —la orden recorrió la fila.

El servidor de la ametralladora se echó la pesada arma al hombro mientras tomaban entre resbalones una curva del sendero en medio de la creciente penumbra.

Nos dijeron que nos desplegáramos, que nos pusiéramos a cubierto y que esperáramos órdenes. Algunos encontramos hoyos. Otros excavaron lo que pudieron. Poco después, varios obuses japoneses hicieron explosión cerca de donde yo me encontraba. Oí que alguien gritaba pidiendo un sanitario y después:

—¡Eh, chicos, le han dado a Doc Caswell!

Me olvidé de los proyectiles y sentí náuseas. Corrí hacia el grito en busca de Kent Caswell, rogando a cada paso que no estuviera malherido. Ya había varios marines con Caswell y un sanitario le estaba vendando el cuello. Doc Caswell estaba tendido de espaldas en la trinchera y me miró cuando me incliné sobre él y le pregunté cómo se encontraba (una pregunta estúpida, sin duda). Abrió los labios para responder y un hilo de sangre se escurrió entre ellos. Me sentí desconsolado porque no creí que pudiera sobrevivir. Temía que los fragmentos de proyectil le hubieran cortado los vitales vasos sanguíneos del cuello.

—No hables, Doc, te sacarán de aquí y te pondrás bien —logré balbucear.

—Bueno, muchachos, saquémoslo de aquí —indicó el sanitario cuando terminó la cura.

Mientras me despedía de Doc y me levantaba para marcharme, me fijé en un portamuniciones de mortero situado a un lado de la trinchera. Un fragmento de proyectil había hecho un corte profundo en la gruesa chapa negra de metal. Me estremecí al preguntarme si había pasado primero por el cuello de Doc.[52]

Tanque lanzallamas limpiando la zona de enemigos. Okinawa. Fotografía del USMC.

Nuestro masivo bombardeo con artillería, morteros, cañoneo naval y aviones continuó contra la quebrada y el cerro Wana. Los japoneses siguieron bombardeando la zona, recibiendo cada ataque de carros de combate e infantería con una tormenta de fuego. Un total de treinta vehículos blindados, incluyendo cuatro lanzallamas, saltaron por los aires o se quemaron en la quebrada de Wana. Nuestra artillería, morteros pesados, cañones de buques y aviones procedieron entonces a barrer las posiciones enemigas una vez más, hasta que el ruido y la impresión me hicieron preguntarme qué se sentiría al estar en un sitio tranquilo. Habíamos experimentado y contemplado muchos «marrones» en Peleliu, pero ni con mucho en una escala tan enorme ni durante lapsos de tiempo tan interminables como en Wana. Las atronadoras descargas de los nuestros se prolongaron durante horas y luego días. A cambio, los japoneses lanzaron numerosos obuses. Sufrí un continuo dolor de cabeza que no olvidaré nunca. Aquellas estruendosas y prolongadas descargas me provocaron una sensación de estupefacción y embotamiento que sobrepasaba en mucho a todo cuanto hubiera experimentado antes.

Parecía imposible que un ser humano pudiera soportar un caos tan atronador durante días y noches enteros y no verse afectado (aunque en su mayor parte se trataba de nuestras propias armas de apoyo y nos encontrábamos en una buena trinchera). ¿Cómo lo resistían los japoneses? Sencillamente permanecían en el fondo de sus cuevas hasta que el fuego se detenía y luego salían en tropel para repeler cada ataque, como habían hecho en Peleliu. Así que nuestros cañones pesados y ataques aéreos debían derribar, hundir o destruir de otro modo las

sólidas posiciones defensivas del enemigo.

El soldado de primera Paul Isen del 5.º de marines cruza a la carrera el «Valle de la Muerte» entre los disparos de una ametralladora. Okinawa. Fotografía del USMC.

En algún momento durante el combate por la quebrada de Wana, cruzamos lo que supuse que era la quebrada propiamente dicha, cerca de la desembocadura. Luchamos durante días para llegar a aquel punto. Ya ni sabía cuántos. Los marines del 2/5 acababan de cruzar bajo el fuego enemigo, mientras nosotros aguardábamos en un campo abierto para hacer lo mismo. Nos acercamos con cuidado al borde de la quebrada para atravesarla en orden disperso. Un suboficial nos ordenó a tres hombres y a mí que cruzáramos por un punto en concreto y que permaneciéramos a poca distancia por detrás de las tropas del 2/5, que se encontraban al otro lado de la quebrada, justo enfrente de nosotros. El otro lado parecía estar muy, muy lejos. Las ametralladoras japonesas disparaban desde nuestra izquierda y nuestra artillería silbaba en lo alto.

—A toda leche, y no se paren por nada hasta que lleguen al otro lado —ordenó nuestro suboficial.

Vimos que otros marines de nuestro batallón comenzaban a cruzar a nuestra derecha. El suboficial me indicó que dejara la bolsa de munición de mortero, que otro la transportaría. Llevaba la Thompson colgada del hombro.

Abandonamos el campo y nos deslizamos por un terraplén de tres metros hasta el fondo en declive de la quebrada. Eché a correr en cuanto mis pies tocaron el suelo. El hombre que iba delante de mí era un veterano de la Compañía K al que

conocía bien, pero los otros dos eran reemplazos. A uno lo conocía de nombre, pero no sabía nada del otro. Corrí lo más rápido que pude y me alegré de llevar sólo la Tommy, la pistola y la mochila de combate.

El valle descendía hacia un río y luego ascendía hasta el cerro, situado al otro lado. Las ametralladoras niponas repiqueteaban. Las balas pasaban silbando y restallando alrededor de mi cabeza, las trazadoras eran como largos haces blancos. No miré a derecha ni a izquierda, sino que corrí con el corazón en la garganta, chapoteé por el río y me lancé ladera arriba hacia el refugio de un espolón del cerro que sobresalía en la quebrada. Debíamos de haber corrido unos trescientos metros o más.

Una vez detrás del espolón me encontré fuera de la línea de fuego de las ametralladoras, así que reduje la velocidad. El veterano que iba por delante de mí también aflojó el paso. Miramos atrás para ver dónde estaban los nuevos. Ninguno de los dos se había adentrado más de un par de pasos en la quebrada. Uno había caído redondo. Era evidente que había muerto en el acto. El otro estaba herido y regresaba arrastrándose. Algunos marines salieron corriendo, manteniéndose agachados, para llevarlo a rastras un lugar seguro.

—Cono, estuvo cerca, Mazo —exclamó el hombre que iba conmigo.

—Sí —coincidí jadeando. Eso fue lo único que pude decir. Subimos por la ladera y nos encontramos con un par de fusileros del 2/5.

—Tenemos un chaval justo allí al que le acaban de dar. ¿Podéis sacarlo? —preguntó uno de ellos—.

Unos sanitarios se han instalado en una cañada a lo largo del cerro.

Nos señaló la posición del herido y después el puesto de socorro.

Llamamos a dos hombres de la Compañía K que venían por el cerro. Dijeron que ayudarían. Uno regresó corriendo por el cerro a buscar una camilla. Los otros tres subimos por el cerro y nos adentramos en unos matorrales, donde encontramos al marine herido. Estaba tendido de espalda aferrando aún su fusil. Cuando nos acercamos, exclamó:

—Dios, cómo me alegro de veros, chicos.

—¿Es grave? —pregunté mientras me arrodillaba a su lado.

—¡Tened cuidado! Hay japos en los arbustos.

Me descolgué la Tommy y me puse a hablar con él a la vez que vigilaba los arbustos que había indicado. Mis dos compañeros se arrodillaron a nuestro lado con las armas preparadas, atentos por si veían soldados enemigos entre la maleza

mientras esperábamos la camilla.

—¿Dónde te han dado? —le pregunté al marine herido.

—Justo aquí —contestó señalando a la derecha de su abdomen.

Hablaba mucho y no parecía que le doliera (era obvio que estaba conmocionado a causa de la herida). Yo sabía que pronto sufriría muchísimo porque le habían dado en una zona dolorosa. Vi una mancha de sangre alrededor de un rasgón que tenía en los pantalones, así que le desabroché la cartuchera y después el cinturón y los pantalones para ver lo grave que era la herida. No se trataba del agujero redondo y limpio de una bala, sino del tajo característico de un fragmento de proyectil. Medía unos cinco centímetros de largo y rezumaba un poco de sangre.

—¿Con qué te han dado?

—Con los morteros de sesenta de nuestra compañía —contestó el marine herido.

Sentí una aguda punzada de remordimiento y pensé que algún servidor de mortero de 60 mm de la compañía del pobre tipo había metido la pata y lanzado algunos disparos cortos. Casi como si me hubiera leído el pensamiento, continuó:
—Aunque fue culpa mía. Nos ordenaron que nos detuviéramos ahí atrás y esperásemos mientras los morteros bombardeaban esta zona. Pero vi un maldito japo y calculé que si me acercaba un poco más podría pegarle un tiro al hijo de puta. Cuando llegué aquí cayeron los morteros y me dieron. Supongo que tengo suerte de que no haya sido peor. Imagino que el japo se escabulló.

—Ahora más vale que te lo tomes con calma —le aconsejé cuando llegó la camilla.

Pusimos al joven marine en la camilla, le colocamos el fusil y el casco al lado y volvimos a descender por el cerro hasta un sanitario. Varios sanitarios estaban trabajando en una cañada. Tenía las paredes escarpadas y un fondo plano y estaba perfectamente protegida. Ya había allí aproximadamente una docena de heridos, algunos tendidos en camillas y otros que podían caminar.

Cuando dejamos a nuestro herido en el suelo de la cañada, éste dijo:

—Muchas gracias, chicos. Buena suerte.

Le deseamos suerte y un rápido viaje a Estados Unidos.

Antes de irnos, me detuve y observé un momento a los sanitarios. Resultaba admirable la eficiencia con que se ocupaban de los heridos, mientras los equipos de camilleros salían para los centros de evacuación con aquellos a los que ya les

habían prestado los primeros auxilios.

Nos dividimos, nos separamos un poco y buscamos refugio por la ladera para esperar órdenes. Yo encontré una trinchera para dos personas de pie que contaba con una perfecta vista panorámica de la quebrada. Era obvio que la habían utilizado como posición defensiva contra cualquier movimiento que se produjera en la quebrada y probablemente había protegido a un par de fusileros japoneses o tal vez a un servidor de una ametralladora ligera. El hoyo estaba bien cavado en suelo arcilloso seco, el cerro ascendía abruptamente por detrás. Sin embargo, el hoyo y sus alrededores carecían de todo equipo o desechos enemigos. Ni siquiera se veía un casquillo vacío ni un cartón de munición. Pero había huellas enemigas en la tierra blanda que habían sacado del hoyo, huellas de zapatillas *tabi* y zapatos de campo con suela con tachuelas.

Cerro Wana. El marine de la izquierda sostiene una metralleta Thompson, su compañero lleva un rifle automático. Okinawa. Fotografía del USMC.

Los japoneses habían empezado a preocuparse tanto por la seguridad que no sólo trasladaban a sus muertos cuando podían, sino que a veces incluso recogían los casquillos gastados, igual que hacíamos nosotros en un polígono de tiro. Algunas veces lo único que encontrábamos eran manchas de sangre donde habían matado o herido a uno. Se llevaban todo lo que podían cuando era posible para ocultar sus bajas. Pero cuando cogían incluso los cartuchos vacíos y sólo encontrábamos huellas, nos invadía una sensación inquietante: como si estuviéramos luchando contra un enemigo fantasma.

Durante su batalla en la península de Motobu en abril, los marines de la 6.a División habían visto pruebas de un incremento en la seguridad por parte de los

japoneses. Pero nosotros no nos habíamos encontrado nada parecido en Peleliu, y los veteranos de Guadalcanal me habían contado que casi todos los japoneses a los que «descargaron» llevaban un diario encima. Se decía lo mismo de Gloucester.

Tras aguantar otra atronadora descarga de fuego amigo, los tres nos echamos las armas al hombro y avanzamos por el cerro para reincorporarnos a la Compañía K. Una vez que estuvimos juntos, nuestra compañía formó una extensa fila y se dirigió al oeste, hacia el flanco derecho del regimiento. (Perdí la cuenta de la fecha durante esos traslados. El terreno azotado por los obuses carecía de árboles y era cada vez más bajo y llano. Nos atrincheramos, nos bombardearon de manera intermitente y no teníamos ni idea de dónde estábamos, aparte de que se decía que seguíamos en algún lugar de la quebrada de Wana. Shuri se erguía imponente por delante de nosotros, a la izquierda.

Por esa época Burgin resultó herido. Un fragmento de proyectil lo golpeó en la nuca. Por suerte, no lo mató. Burgin era de Tejas y uno de los mejores sargentos que he visto. Se trataba de un veterano de Gloucester al que se le había acabado la suerte. Lo echaríamos de menos en la sección de morteros, y nos alegramos muchísimo cuando regresó más tarde, después de dieciocho días de convalecencia.

El tiempo se nubló el 21 de mayo y comenzaron las lluvias. A medianoche la llovizna ya se había transformado en un diluvio. Fue el primero de diez días de lluvias torrenciales. Hacía frío y había barro, barro y más barro por todas partes. Resbalábamos y patinábamos por los senderos a cada paso que dábamos.

Mientras la 1.a División de marines libraba la costosa y desgarradora batalla contra las posiciones de Wana, la 6.a División de marines (a la derecha y un poco por delante) había estado librando una espantosa batalla por la colina Sugar Loaf. Sugar Loaf y los puntos prominentes de alrededor —Horseshoe y Half Moon— se encontraban situados en el cerro principal y se extendían desde Naba a Shuri. Al igual que Wana, allí había posiciones defensivas japonesas clave.

A lo largo de la mañana del 23 de mayo, el límite entre la 1.a y la 6.a División de marines se desplazó a la derecha (al oeste), de manera que esta última pudiera reorganizar sus líneas. El 3.er Batallón del 5. ° de marines formó a la derecha para hacerse cargo del extenso frente.

Recuerdo el traslado vividamente porque entramos en la peor área que he visto en un campo de batalla. Y nos quedamos allí más de una semana. Me estremezco al recordarlo.

Nos echamos las armas y el equipo al hombro, y la columna siguió una ruta tortuosa por quebradas cubiertas de barro, resbalando por las laderas para evitar ser descubiertos y que nos bombardeara el enemigo. Llovió de forma intermitente. El barro empeoraba cuanto más nos alejábamos. Cuando nos aproximamos a nuestro destino, los japoneses muertos se volvieron más numerosos.

Cuando nos atrincherábamos cerca de cadáveres enemigos y las condiciones lo permitían, siempre les echábamos tierra encima en un vano esfuerzo por reducir el hedor y los enjambres de moscas. No obstante, los desesperados enfrentamientos durante diez días contra y alrededor de la colina Sugar Loaf, y los constantes y prolongados disparos de mortero y artillería japoneses impidieron que las unidades de marines de la zona pudieran enterrar a los enemigos muertos.

Enseguida vimos que también había resultado imposible sacar a nuestras bajas. Yacían donde habían caído (un espectáculo poco frecuente incluso para los veteranos de nuestras filas). Una gran tradición de los marines consistía en trasladar a nuestros muertos, a veces incluso exponiéndonos a un riesgo considerable, hasta un área donde los pudieran cubrir con un capote y después los recogiera la gente del registro de tumbas. Sin embargo, los esfuerzos para sacar a muchos de los marines que habían muerto en el área en la que entramos habían sido inútiles, incluso después de tomar la colina Sugar Loaf tras días de espantosos enfrentamientos.

Las lluvias habían comenzado el 21 de mayo, casi tan pronto como los hombres de la 6.a División de marines aseguraron la colina Sugar Loaf. Debido al profundo barro, los sanos apenas podían evacuar a los heridos y traer munición y raciones. Lamentablemente, los muertos debían esperar. No podía ser de otro modo.

Avanzamos trabajosamente por una quebrada enfangada rodeando el pie de una loma. A nuestra izquierda vimos seis cadáveres de marines. Estaban tendidos boca abajo, contra una embarrada ladera poco empinada, donde al parecer se habían pegado al suelo para escapar a los obuses japoneses. Estaban en fila, uno junto al otro, apenas a treinta centímetros de distancia. Estaban tan juntos que era probable que los hubiera matado a todos el mismo proyectil. Los rostros, de un tono marrón, se apoyaban contra el barro. Resultaba fácil imaginarse las palabras asustadas o tranquilizadoras que se habían intercambiado mientras se encontraban bajo el horror del bombardeo. Cada uno aferraba un fusil oxidado y todo parecía indicar que aquellas trágicas figuras eran nuevos reemplazos, ésta era la primera vez que se encontraban en combate.

El primero tenía la mano izquierda extendida hacia delante, con la palma hacia abajo. Los dedos apretaban el barro. Un precioso y reluciente reloj de oro se

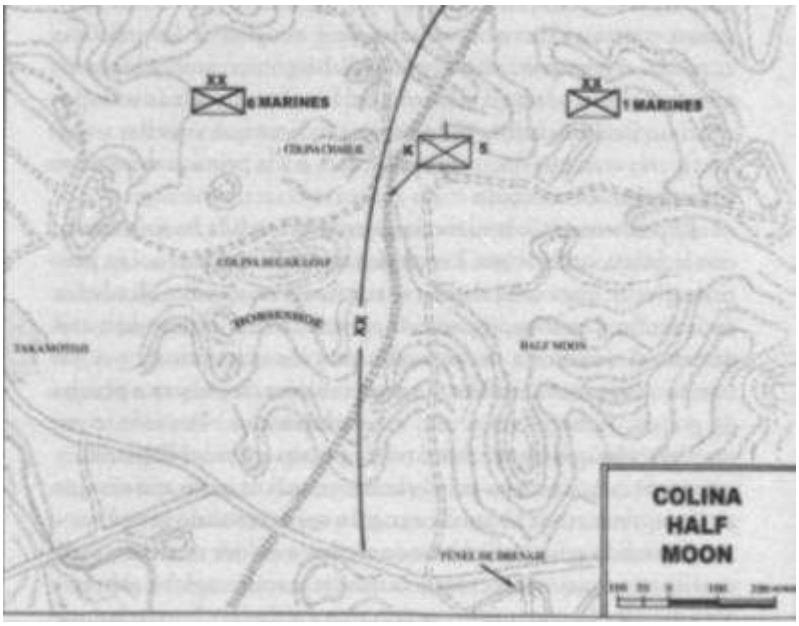
mantenía en su sitio, alrededor de la muñeca en descomposición, gracias a una cadena de metal dorado. (La mayoría de los hombres a los que conocía —y yo mismo— llevaban sencillos y simples relojes de pulsera a prueba de golpes, sumergibles y con esfera luminosa.) Pensé que era muy extraño que un marine tuviera puesto un reloj llamativo y ostentoso estando en las primeras líneas, más extraño aún era que algún japonés no se lo hubiera cogido aprovechando la noche.

A medida que desfilábamos ante los marines muertos, cada uno de mis compañeros volvía la cabeza y contemplaba el horrible espectáculo con una expresión que dejaba ver lo mucho que la escena nos asqueaba interiormente.

Yo había escuchado y leído que en muchas guerras las tropas de combate se acostumbraban y se volvían insensibles a la visión de sus propios muertos. No me pareció que ése fuera el caso para nada con mis compañeros. Ver japoneses muertos no nos inquietaba en lo más mínimo; pero ver marines muertos suscitaba pesar, nunca indiferencia.

Colina Half Moon

Mientras la artillería silbaba y gemía en ambas direcciones, nos trasladamos a nuestras nuevas posiciones en la prolongación más occidental de la quebrada de Wana. En grupos de dos o tres, los hombres de la Compañía K que formábamos la primera línea nos acercamos con precaución a un cerro embarrado y desgarrado por los obuses llamado colina Half Moon, y nos metimos en las trincheras de la compañía a la que estábamos relevando. Nuestra sección de morteros se situó tras una baja elevación a unos cien metros por detrás de la primera línea. El terreno situado entre nuestra posición y Half Moon era casi llano. La elevación detrás de la que emplazamos nuestras armas era tan baja que cuando nos poníamos en pie junto al foso del mortero podíamos ver con claridad hasta la vanguardia de la compañía en el cerro.



Más allá, por delante y a la izquierda, se podían ver con facilidad las cumbres de Shuri, aún más altas y envueltas en humo: el corazón del sistema defensivo japonés. Aquellas inquietantes e imponentes cumbres sufrían un constante bombardeo de intensidad variable por parte de nuestra artillería, morteros pesados y buques de apoyo. Por eso, no parecía disuadir al enemigo de dirigir su artillería y morteros pesados para que bombardearan nuestra área, todos los días y todas las noches.

A poca distancia a nuestra derecha había un ferrocarril de vía estrecha que se extendía hacia el sur, a través de una zona llana, entre Half Moon y un cerro situado a nuestra derecha al que se conocía como Horseshoe. Después de ahí giraba al oeste, hacia Naha. Un oficial nos explicó que el cerro situado a nuestra derecha (al oeste) y un poco por la retaguardia, al otro lado de la vía férrea, era la colina Sugar Loaf.

La Compañía K estaba situada en el flanco derecho del 3/5 y avanzó hasta la parte occidental del pie de Half Moon. Los japoneses aún ocupaban cuevas en los dos extremos de la media luna, que apuntaban hacia el sur. La trinchera que formaba el flanco derecho de nuestra compañía se había excavado en la cima, en el lado oeste del extremo del pie de Half Moon. Por debajo de ésta, a la derecha, el cerro caía hasta llegar a un terreno bajo y llano.

El puesto de mando de nuestra compañía estaba emplazado junto a la vía férrea, a la derecha de nuestra sección de morteros. Habían desplegado una lona sobre el puesto de mando, que estaba en el terraplén del tendido del ferrocarril. Ahí se estaba cómodo y seco, mientras la fría lluvia hacía que los temblorosos

fusileros y servidores de ametralladoras y morteros estuvieran empapados, helados y abatidos día y noche en sus trincheras. La lluvia nos dio la bienvenida cuando nos trasladamos al área que nos habían asignado.

El aguacero que dio comienzo el 21 de mayo transformó la quebrada de Wana en un mar de barro que se asemejaba a un lago. Los carros de combate se quedaban empantanados y ni siquiera los carros anfibios podían salvar esa ciénaga. Las condiciones de vida en las primeras líneas eran lamentables. Había graves problemas de abastecimiento y evacuación. La comida, el agua y la munición escaseaban. Había que achicar las trincheras continuamente. La ropa, el calzado y los cuerpos de los hombres siempre estaban mojados. Dormir resultaba casi imposible. La tensión física y mental se hacía sentir cada vez más en los marines.

Para empeorar esta situación casi insufrible, los cuerpos en deterioro de marines y japoneses yacían justo donde se habían desplomado durante los cinco días de feroces enfrentamientos que precedieron a la llegada de la Compañía Ka Half Moon. Cada día de combate incrementaba el número de cadáveres. Las moscas se multiplicaron y hubo un brote de amebiasis. Los hombres de la Compañía K, junto con el resto de la 1.a División de marines, vivirían y lucharían en ese infierno durante diez días.

Cavamos fosos para los morteros en el barro lo mejor que pudimos. Snafu y yo utilizamos una brújula y colocamos marcadores de puntería basándonos en las lecturas de nuestro observador. En cuanto disparamos un par de proyectiles de gran potencia para alinear el mortero, quedó claro que teníamos un grave problema, ya que la placa de la base de nuestro mortero se hundía en la tierra blanda con el retroceso de cada obús. Sin embargo, se nos ocurrió que la lluvia cesaría pronto o que, si no lo hacía, un par de trozos de una caja de munición colocados bajo la base la sostendrían firme. ¡Qué error!

Tras atrincherar el arma, alinearla con los marcadores y preparar la munición miré alrededor de nuestra posición por primera vez. Era el rincón del infierno más espantoso que había visto nunca. Hasta donde me alcanzaba la vista, aquella área que antes había sido un valle cubierto de hierba, con un pintoresco río, que lo atravesaba serpenteando era ahora una llaga embarrada, repulsiva y abierta en la tierra. El lugar estaba invadido por la putrefacción de la muerte, la descomposición y la destrucción. En un refugio poco profundo situado a nuestra derecha, entre mi foso y la vía férrea, yacían unos veinte marines muertos, cada uno en una camilla y cubierto hasta los tobillos con un capote; una escena común, aunque trágica, para todos los veteranos. Habían colocado aquellos cuerpos allí a

la espera de que los transportaran hasta la retaguardia para darles sepultura. Esos muertos al menos no sentían la lluvia torrencial que les había amargado la vida y de los enjambres de las moscas que trataban de acelerar su descomposición. Sin embargo, mientras miraba a mi alrededor, vi que había otros marines muertos a los que no se podía atender debidamente. Toda la zona estaba llena de cráteres de proyectiles y removida por las explosiones. Todos los cráteres estaban medio llenos de agua y muchos de ellos contenían el cadáver de un marine. Los cuerpos estaban tendidos de un modo patético, exactamente como habían muerto, medio sumergidos en mugre y agua, con las armas oxidadas aún en la mano. Enjambres de grandes moscas revoloteaban a su alrededor.

—¿Por qué no han cubierto a esos pobres desgraciados con capotes? —masculló mi compañero de trinchera entre dientes con expresión consternada.

Obtuvo su respuesta en cuanto habló. Proyectiles japoneses de 75 mm llegaron gimiendo y silbando. Nos encogimos en nuestro hoyo mientras retumbaban a nuestro alrededor. Los artilleros enemigos apostados en las prominentes cumbres de Shuri estaban alineando su artillería y morteros sobre nuestras posiciones. Nos dimos cuenta enseguida de que, cada vez que uno de nosotros salía de su agujero, el bombardeo comenzaba de inmediato. Nos costó muchísimo evacuar a nuestros heridos a través del fuego de artillería y el barro, sin que les dieran a los heridos ni a los camilleros. Era obvio por qué los marines muertos estaban donde habían caído.

Por todas partes se veían cadáveres de japoneses. Había equipamiento de infantería de todo tipo, estadounidense y nipón, desperdigado por todos lados. Cascos, fusiles, rifles, mochilas, cartucheras, cantimploras, botas, cajas de munición, casquillos, cinturones de munición para ametralladora...; todo estaba desparramado a nuestro alrededor.

El barro nos llegaba a la rodilla en algunos lugares, y probablemente fuera más hondo en otros. Alrededor de cada cadáver, a lo largo de más de medio metro, los gusanos se arrastraban por la mugre y luego se los llevaba la escorrentía. No quedaba ni un solo árbol o arbusto. Todo era campo abierto. Y los proyectiles habían hecho que la cubierta vegetal fuera inexistente. Llovía a cántaros mientras se acercaba la noche. La escena no era más que barro, fuego de artillería, cráteres inundados con sus silenciosos y patéticos ocupantes en descomposición, carros de combate y carros anfibios destrozados y equipo desechado. La desolación absoluta.

El hedor de la muerte resultaba inaguantable. La única forma que encontré de resistir aquel monstruoso horror fue levantar la mirada lejos de la realidad terrenal que nos rodeaba, observar cómo las plomizas nubes grises se deslizaban en el cielo, y repetirme una y otra vez que aquello no era real —sólo una

pesadilla— y que enseguida me despertaría y me encontraría en otro lugar. Pero el omnipresente olor de la muerte me saturaba las fosas nasales. Estaba allí cada vez que respiraba.

Sólo vivía por momentos. A veces pensaba que habría sido preferible morir. Nos encontrábamos en las profundidades del abismo, en el horror supremo de la guerra. Durante los enfrentamientos alrededor de la zona de los Umurbrogol en Peleliu, me había abatido el desperdicio de vidas humanas. Sin embargo, en medio del barro y de la lluvia torrencial antes de Shuri, nos vimos rodeados de gusanos y descomposición. Los hombres se debatieron, lucharon y sangraron en un entorno tan degradante que creí que nos habían lanzado al pozo más negro del infierno.

Poco después de que el 3/5 se hiciera cargo de Half Moon, varios de nosotros formamos parte de un destacamento de trabajo. Atravesamos con gran esfuerzo el barro que nos llegaba hasta las rodillas para traer munición desde la retaguardia hasta las posiciones de mortero. Pasamos cerca del puesto de mando de la compañía junto a la vía férrea.

—Eh, chicos, mirad allí. ¡Retaco está muy mal! —exclamó un marine en voz baja y nerviosa.

Todos nos detuvimos y dirigimos la mirada hacia el puesto de mando. Allí estaba nuestro oficial al mando, «Retaco» Stanley, justo fuera del borde de la lona, intentando mantenerse en pie. Pero tenían que sostenerlo dos hombres, uno a cada lado. Tenía un aspecto demacrado y cansado y lo sacudían violentos temblores a causa de los escalofríos de la malaria. Casi no podía mantener la cabeza erguida. Daba la impresión de que los hombres que lo aguantaban estaban discutiendo con él. Stanley se oponía lo mejor que podía. Pero era un esfuerzo débil porque estaba demasiado enfermo.

—Al pobre Retaco lo ha cogido ese maldito bicho tan fuerte que apenas puede ponerse de pie. Pero mirad eso. Es todo un hombre, sí señor. No quiere que lo evacúen —sentenció Snafu.

—Es un tipo cojonudo —apuntó otra persona.

Teníamos muy buena opinión de Retaco y lo respetábamos mucho. Era un buen jefe y confiábamos en él. Pero la malaria lo afectó demasiado para poder mantenerse en pie. La fría lluvia, el estrés y el esfuerzo físico de aquellos días bastaban para hacer que un hombre sano se derrumbara. Era obvio que aquellos que sufrían infecciones palúdicas no podían seguir adelante. De manera que, por segunda vez en mayo, perdimos a nuestro oficial al mando. Retaco era el último de nuestros oficiales de Peleliu y su evacuación puso fin a una era para mí. El era el último vínculo con el capitán Andy Haldane. Para mí, la Compañía K no volvió a

ser la misma después de aquel día.

Como nos temíamos, Sombra se convirtió en nuestro oficial al mando. Será mejor que no ponga por escrito lo que dijimos al respecto.

La mañana siguiente a habernos hecho cargo del frente en Half Moon, al alba, George Sarrett y yo subimos por el cerro hasta nuestro puesto de observación. Half Moon tenía forma de media luna, con los brazos apuntando hacia el sur. La línea de nuestro batallón se extendía por la cima del cerro. Los brazos de la media luna se prolongaban más allá de nuestras primeras líneas y los japoneses ocupaban cuevas en las laderas opuestas de dichos brazos, en particular en el de la izquierda (al este). Esto convertía nuestro frente en un punto conflictivo.

Por delante de nosotros, el cerro descendía bruscamente desde la cima y luego con más suavidad hasta llegar a una carretera, aproximadamente a unos trescientos metros, que discurría paralela a nuestras líneas. Un túnel de drenaje se abría a través del terraplén. El área que se extendía por delante de nosotros estaba bien drenada, y pelada como una bola de billar. No tenía muchos cráteres. Dos zanjas poco profundas a unos cincuenta metros una de otra cruzaban la zona situada entre las puntas meridionales de Half Moon. Estas zanjas se encontraban más cerca de la carretera que de nuestras líneas. El terreno en declive que llevaba al túnel se asemejaba a un anfiteatro. Nuestra visibilidad era perfecta (salvo por las laderas opuestas de los brazos de la media luna).

Los marines del 2/4 nos habían advertido al marcharse que, por la noche, los japoneses salían de las cuevas de las laderas y que generalmente creaban problemas. Para ayudarnos, nuestros barcos lanzaban cohetes luminosos y nuestros morteros de 60 mm siempre tenían bengalas ardiendo en el cielo lluvioso durante toda la noche.

A medida que la luz del amanecer se fue volviendo más intensa, pudimos ver mejor la configuración del terreno a través de la llovizna y la débil niebla. Así que alineamos los tres morteros con un marcador hacia cada uno de los tres elementos importantes del terreno. Teníamos un mortero alineado hacia la ladera de la izquierda de Half Moon. El segundo, hacia la ladera contraria. Alineamos el tercero para cubrir el área alrededor del túnel de drenaje.

Apenas habíamos alineado los morteros cuando los japos nos dispararon. Proyectiles de mortero japoneses de 90 mm comenzaron a estrellarse en la cima del cerro. Llegaban con tanta intensidad que supimos que toda una sección de morteros enemiga estaba disparando contra nosotros, no un arma aislada. Estaban apuntando directamente al cerro y sus disparos recorrían toda nuestra línea. Fue una embestida atroz. Cada enorme proyectil descendía silbando y estallaba con un

fogonazo y un estrépito ensordecedor. La metralla atravesó el aire bramando y varios hombres resultaron gravemente heridos. Cada obús lanzaba barro fétido por todas partes al hacer explosión. Se trasladó a los heridos detrás del cerro con gran dificultad, debido a las laderas resbaladizas y embarradas. Un sanitario los atendió y los llevaron a la retaguardia: horrorizados, destrozados y sangrando.

Una precaria calma se extendió entonces por el frente. De pronto, alguien gritó:

—Ahí va uno.

Un soldado japonés salió disparado de la oscuridad del túnel. Llevaba un fusil con la bayoneta calada y una mochila. Salió corriendo al descubierto, se dio la vuelta y se dirigió el brazo de la media luna situado a nuestra izquierda. Le esperaba una carrera de unos treinta metros. Varios de nuestros fusileros abrieron fuego y las balas derribaron al soldado antes de que llegara a la protección del cerro. Nuestros hombres vitorearon cuando se desplomó.

Mientras transcurría el día, del túnel de drenaje fueron saliendo más japoneses de uno en uno o de dos en dos y se lanzaron hacia el mismo punto que el primero. No cabía duda de que querían concentrarse en la ladera opuesta, desde donde podrían lanzar contraataques, incursiones e infiltraciones contra nuestra primera línea. Obviamente, nos convenía detenerlos. Cualquier soldado enemigo que lograra llegar detrás de aquella ladera podría convertirse en un inoportuno compañero de trinchera.

Cuando los japoneses salían corriendo de la alcantarilla, nuestros hombres les disparaban y casi siempre los derribaban. Los fusileros y las ametralladoras lo consideraban unas estupendas prácticas de tiro porque no nos devolvían el fuego. Las armas ligeras y los morteros nipones permanecían en silencio.

Yo me mantuve ocupado con los prismáticos, observando, ajustando el alcance y dando órdenes de tiro contra la ladera y el terraplén de la carretera. Llevaba mi Tommy conmigo, pero no era tan certera a una distancia de entre dos y trescientos metros como un fusil Garand MI. Yo quería tirar aquel teléfono y los prismáticos, y agarrar el MI que teníamos en el puesto de observación cada vez que asomaba un enemigo. Mientras nuestra sección de morteros estuviera disparando, no tenía más alternativa que seguir observando.

Los japoneses continuaron con sus esfuerzos por trasladarse detrás de la ladera. Algunos lo lograron. Nuestros proyectiles de mortero de 60 mm se estrellaban sin cesar en las zonas objetivo. Podíamos ver cómo los japoneses salían del túnel y morían a causa de nuestros obuses.

Cuanto más se prolongaba esta acción sin que recibiéramos nada de fuego

de respuesta, más se relajaban mis compañeros. La situación comenzó tener algo de polígono de tiro, o más bien del tradicional tiro al pavo. Mis amigos comenzaron a discutir sobre quién le había dado a cuál japonés. Surgieron animadas disputas pero con fusiles, rifles y varias ametralladoras disparando a la vez nadie podía decir con seguridad quién acertaba a quién.

Los hombres gritaban y bromeaban cada vez más. Fue una de las pocas ocasiones en que dispusieron liberarse de la tensión producida por estar bajo el fuego enemigo. Así que empezaron a descuidarse y a no darles a algunos de los japoneses que salían disparados hacia la ladera. Sombra lo vio. Corrió por toda nuestra línea de tiro insultando y gritando a todo el mundo. Entonces los hombres se calmaron y afinaron más la puntería. Al final dejaron de salir enemigos y recibí órdenes de silenciar nuestros morteros. Nos sentamos a esperar.

Durante este período de calma, me acerqué al emplazamiento de la ametralladora —una Browning del calibre 30 refrigerada con agua, para charlar con el artillero, que se había unido a la Compañía K como reemplazo después de Peleliu. Nos habíamos hecho amigos en Pavuvu. Lo llamábamos «Kathy» por una corista que conoció en California. Estaba casado y muy enamorado de su mujer, así que se sentía muy culpable porque había tenido una aventura con Kathy y no podía quitársela de la cabeza.

Mientras estábamos sentados en el foso de la ametralladora, me preguntó si quería ver una fotografía de Kathy. Le dije que sí. Cogió su mochila empapada de lluvia con mucho cuidado y sacó un portamapas de plástico. Lo abrió y anunció:

—Aquí está.

Por poco se me salen los ojos de las órbitas. La fotografía, de veinte centímetros por veinticinco, era un retrato de cuerpo entero de una de las chicas más preciosas que he visto. Iba vestida, o desvestida, con un diminuto traje que dejaba al descubierto una buena parte de sus impresionantes atributos físicos.

Ahogué una exclamación audible y Kathy preguntó:

—¿A que es un bellezón?

—¡Desde luego! —le aseguré, y añadí—: Tienes un problema, tendrás que elegir entre la corista y la mujer a la que quieres.

Le tomé pelo con el posible peligro de mezclar las cartas a su mujer y a su chica, y ponerlas en los sobres equivocados. El se rió y negó con la cabeza mientras miraba la fotografía de la corista.

La escena era casi irreal: dos jóvenes cansados y asustados sentados en un hoyo, junto a una ametralladora, bajo la lluvia en un cerro, rodeados de barro

—nada más que barro apestoso, con tanta carne humana en descomposición semienterrada en él, con gusanos gordos que se retorcían señalando los lugares donde yacían los cadáveres— mirando la fotografía de una preciosa chica semidesnuda: una perla en un lodazal.

Ver esa fotografía me hizo comprender que había llegado a dudar que existiera un lugar en el mundo donde no hubiera explosiones y la gente no estuviera sangrando, sufriendo, muriendo o pudriéndose en el barro. Sentí una gran desesperación por el hecho de que mi mente se estuviera viendo afectada por todo lo que estábamos sufriendo. Los hombres perdían la razón con frecuencia en lugares como ése. Ya lo había visto muchas veces. En la primera guerra mundial lo llamaban shock de las trincheras o, más técnicamente, neurastenia. En la segunda guerra mundial el término empleado era «fatiga de combate».

Resulta extraño que una fotografía así motivara tales pensamientos, pero recuerdo vividamente que me hice una solemne promesa. Los japoneses podrían matarme o herirme, pero nunca me harían perder la razón. Un civil que estuviera sentado en su casa preocupándose porque se estaba volviendo loco probablemente no tuviera mucho con lo que entretenerse, pero en nuestra situación había muchas razones.

Mi secreta decisión me ayudó a superar los largos días y noches que permanecimos en el peor de los abismos. No obstante, hubo momentos, por la noche, en que sentí que cedía. Más de una vez mi imaginación se desbordó en esos breves períodos de oscuridad, cuando las bengalas y los cohetes luminosos se apagaban.

—Ahí viene otro —gritó alguien.

Kathy guardó rápidamente la fotografía en su mochila, se dio la vuelta, aferró el asa de la ametralladora con la mano izquierda y llevó la derecha al disparador. Su ayudante apareció de la nada, se situó en su puesto de un salto e introdujo la munición en la ametralladora. Emprendí el regreso al hoyo del puesto de observación pero vi que George tenía el teléfono en la mano y que los morteros seguían en silencio. Así que cogí un fusil MI que Kathy tenía en su emplazamiento y que no había visto.

Vi que unos soldados enemigos salían corriendo del túnel. Los nuestros empezaron a disparar mientras yo contaba el décimo japonés que aparecía. Aquellos soldados increíblemente valientes comenzaron a correr en silencio hacia nosotros a través del terreno abierto, manteniendo una distancia de varios metros entre unos y otros. El intento era admirable, pero totalmente imposible. No contaban con fuego de apoyo de ninguna clase para inmovilizarnos o

entorpecernos. Era como si estuvieran de maniobras. No tenían ninguna posibilidad.

Me puse en pie junto a la ametralladora, apunté y comencé a apretar el gatillo. Los japoneses sostenían los fusiles cruzados y ni siquiera nos disparaban. Todo el mundo a lo largo de nuestra línea gritaba y disparaba. Los soldados enemigos llevaban el equipo de batalla completo, lo que significaba que aquello podría ser el principio de un contraataque de cierta envergadura.

En cuestión de segundos, ocho de los diez soldados enemigos cayeron de bruces en el suelo, muertos en el acto. Los dos restantes debieron haber comprendido lo inútil de su esfuerzo porque dieron media vuelta y emprendieron el regreso hacia el túnel. La mayoría de nosotros dejamos de disparar y nos quedamos mirando. Varios hombres siguieron disparando contra los dos soldados enemigos en retirada, pero fallaron y dio la impresión de que podrían escapar. Al final, un japonés cayó hacia delante, cerca de una zanja. El soldado superviviente siguió adelante.

Justo cuando Kathy lo apuntaba con su ametralladora, la orden de «alto el fuego» recorrió la línea. Sin embargo, la ametralladora ya estaba haciendo tanto ruido que no oímos la orden. Kathy había cargado sus cinturones de munición de modo que cada cinco cartuchos más o menos había una trazadora. Soltó una ráfaga de unos ocho disparos. Las balas golpearon al soldado nipón que huía con la mochila.

Yo me encontraba justo detrás de Kathy. Las trazadoras debían haber chocado contra las vértebras u otros huesos del hombre y haberse desviado porque vi con claridad que una se alzaba en el aire procedente de su hombro derecho y otra trazadora rebotaba en su hombro izquierdo. El japonés dejó caer el fusil cuando las balas lo tiraron en el barro. No se movió.

—Le di, le di a ese cabrón —exclamó Kathy y empezó a brincar mientras me daba palmadas en la espalda y le estrechaba la mano a su ayudante.

Tenía motivos para estar orgulloso. Había apuntado bien.

El soldado enemigo que había caído cerca de la zanja comenzó a arrastrarse y se dejó caer dentro. Algunos hombres comenzaron a dispararle de nuevo. Las balas levantaban barro alrededor del soldado mientras éste se deslizaba desesperadamente por la zanja, que no llegaba a ocultarlo del todo. Las trazadoras rebotaban en el suelo como feroces flechas rojas mientras el japonés avanzaba como podía por la zanja.

Entonces, en una de esas raras ocasiones en las que vi a un marine expresar compasión por los japoneses, uno de nuestros hombres gritó:

—Dejadlo ya, muchachos. El pobre desgraciado ya está herido y no tiene ni la más mínima posibilidad. Otro hombre soltó enfadado:

—No seas idiota, es un maldito japo, ¿no? ¿Te has vuelto asiático o qué?

Los disparos continuaron y las balas dieron en el blanco. El japonés herido se hundió en la pequeña zanja llena de barro. El y sus compañeros habían hecho todo lo posible. «Murieron con gloria en el campo del honor por su emperador» es lo que les dirían a sus familias. En realidad, habían desperdiciado sus vidas en una embarrada y fétida ladera.

El asunto animó mucho a nuestros hombres, sobre todo tras haber sufrido un bombardeo tan largo. Sin embargo, Sombra gritaba:

—Alto el fuego, imbéciles.

Recorrió la línea entre resbalones, insultando y deteniéndose a intervalos para soltar una lluvia de improperios sobre algún marine sonriente y embarrado. Llevaba el casco en la mano izquierda y periódicamente se quitaba la gorra y la tiraba en el barro. Todos los hombres parecían cabizbajos, sentados o de pie, sin moverse, hasta que Sombra terminaba de insultarlos y seguía adelante.

Cuando Sombra pasó por el foso de la ametralladora, se detuvo y le gritó a Kathy, que seguía dando saltos de júbilo:

—¡Déjelo ya, idiota! —Luego me fulminó con la mirada y me dijo—: Se supone que tendría que estar en el puesto de observación de los morteros. Deje ese maldito fusil, pedazo de cabrón.

Yo no era impulsivo; pero, si hubiera pensado que podría salirme con la mía, no hay duda de que le habría aporreado la cabeza con mi fusil.

No lo hice, pero el necio comportamiento y el comentario de Sombra me llevaron a ser lo bastante imprudente para reponer:

—Los morteros están silenciados, señor. Nos mandaron aquí a matar japos, ¿no? Así que ¿qué importa qué arma utilicemos cuando se presenta la oportunidad?

Su expresión amenazadora se transformó en sorpresa y después en duda. Con una mirada socarrona en el rostro, ladeó la cabeza cavilando lo que había dicho, mientras yo permanecía en silencio, consciente de que debería haberme quedado callado. El magnífico sargento que acompañaba a Sombra medio me fulminaba con la mirada y medio me sonreía. De repente, sin mirarme, Sombra se alejó a grandes zancadas, insultando y gritándoles a los marines de cada trinchera al pasar. Decidí mantener la boca cerrada en el futuro.

Mientras moría el día, miré hacia el frente, a través de la llovizna. Una voluta de humo ascendía en línea recta de la mochila del japonés al que Kathy le había disparado. Las trazadoras le habían prendido fuego a algo. El delgado dedo de humo se elevó y luego se extendió para formar un disco. El humo, tan delicado e irreal, se erguía en aquel aire estancado y fétido como si fuera un indicador sobre el cadáver. Nada se movía allí, sólo había muerte y desolación.

George y yo recibimos órdenes de regresar con los morteros. Otros se ocuparían del puesto de observación durante la noche. Volver con los morteros supuso un esfuerzo sumamente peligroso. Desde el instante en el que pisamos la parte posterior de la cima del cerro para descender por la ladera cubierta de barro, fue como intentar bajar caminando por un tobogán engrasado.

Un gran número de japoneses había muerto por todo el cerro durante los primeros contraataques. Los habíamos cubierto con tierra. Y seguían muriendo japoneses por delante. También morían los que se infiltraban por la noche. Lo único que podían hacer nuestros hombres era echarles barro encima con las palas.

La situación ya era lo bastante mala; pero cuando los proyectiles de la artillería enemiga estallaban en la zona, las erupciones de tierra y barro dejaban al descubierto japoneses muertos que antes estaban enterrados y esparcían sus trozos. Como sucedía con el área que rodeaba nuestros fosos de morteros, el cerro era una apestosa pila de desechos.

Si un marine resbalaba por la ladera del cerro, lo más probable era que llegara al final vomitando. Vi a más de un hombre perder el equilibrio y deslizarse hasta el fondo para luego ponerse en pie, horrorizado al ver, sin dar crédito, que unos gordos gusanos caían de sus pantalones embarrados, su cartuchera, los cordones de las polainas. Entonces él, a veces con la ayuda de un compañero, se los sacudía o los raspaba con un trozo de una caja de munición o la hoja de un cuchillo.

No hablábamos de esas cosas. Era demasiado repugnante incluso para veteranos más curtidos. Estas condiciones pusieron a prueba a los más duros. Los escritores tampoco suelen escribir acerca de estos detalles; a menos que lo hayan visto con sus propios ojos, resulta demasiado absurdo pensar que los soldados puedan vivir y luchar durante días y noches en condiciones tan atroces y sin enloquecer. Pero yo lo vi a menudo en Okinawa y, para mí, la guerra era una locura.

CAPÍTULO TRECE

El asalto

Las lluvias se volvieron tan intensas que a veces casi no podíamos ver a nuestros compañeros de la trinchera de al lado. Teníamos que achicar el foso de nuestro mortero y las trincheras durante y tras cada aguacero.

Snafu y yo cavamos una trinchera cerca del foso del mortero y situamos trozos de cajones de munición de madera cruzados sobre unos topes en la arcilla embarrada del fondo. En un extremo de esta trinchera, más allá las tablas, cavamos un sumidero. Durante un día o dos, a medida que las aguas superficiales afluían a nuestra trinchera y pasaban por debajo de las tablas, nosotros achicábamos el sumidero con una lata de raciones. Sin embargo, los aguaceros ininterrumpidos encharcaron tanto la tierra que el agua entraba por los cuatro lados de la trinchera como si fuera un colador. Entonces tuvimos que utilizar un casco desechado para achicar el sumidero, porque la lata de raciones no podía sacar agua lo bastante rápido.

El suelo de tablas nos mantenía a salvo del agua y el barro, siempre y cuando achicásemos con la suficiente diligencia. Como la necesidad agudiza el ingenio, «reinventamos» el equivalente a los pasos de tablones que se solían utilizar en las trincheras inundadas en la primera guerra mundial. Naturalmente, los pasos de tablones que aparecían en fotografías y descripciones entre 1914 y 1918 en Flandes muchas veces se prefabricaban. El pequeño suelo de tablas que pusimos en nuestro hoyo cumplía la misma función.

Al final, los constantes disparos provocaron que la placa de la base de mi mortero hundiera los trozos de madera que le servían de apoyo en el fondo del foso. No podíamos ajustar la mira del arma debidamente. Sacamos el mortero del barro y luego era cuestión de emplazarlo en alguna base más firme en el foso o fuera en la superficie. La segunda posibilidad habría supuesto una muerte segura debido al bombardeo enemigo, así que teníamos que conseguir algo mejor a toda prisa.

A alguien se le ocurrió la brillante idea de levantar un «punto de apoyo» en el que apoyar la placa de la base. Así que cavamos un hoyo profundo y cuadrado más grande que la base del fondo del foso y lo cubrimos de tablas. Luego vaciamos varios cascos llenos de gravilla de coral que encontramos al lado de la vía férrea.

Situamos la base del mortero en el coral, volvimos a ajustar la mira del arma y no tuvimos más problemas. Supongo que los otros dos pelotones de nuestra sección de morteros aseguraron las bases de sus armas del mismo modo.

La infantería nipona mantuvo su actividad e intentó infiltrarse en nuestras líneas cada noche, a veces con éxito. Más o menos entonces, Snafu cumplió la amenaza que había proferido contra el puesto de mando en Peleliu sobre cualquier enemigo que se dirigiera hacia el puesto de mando de la Compañía K. Una noche, en Peleliu, después de retirarnos del frente, Snafu disparó a dos japoneses con su Thompson. Había matado a uno y herido de muerte al otro. Un sargento obligó a Snafu a enterrar al soldado muerto. Snafu se opuso enérgicamente porque afirmó, y con razón, que si no le hubiera disparado a los japoneses éstos habrían seguido adelante hasta llegar al puesto de mando de la compañía. El sargento repuso que tal vez fuera cierto, pero que había que enterrar el cadáver y que puesto que Snafu le había disparado debía enterrarlo. Snafu prometió que nunca le dispararía a otro soldado enemigo que fuera camino del puesto de mando.

Un día, mientras rayaba el alba con una fina niebla y un fuerte aguacero, Snafu me despertó de lo más parecido al sueño que se podía lograr en ese lamentable lugar exclamando:

—Alto, ¿quién va? Contraseña!

Aquello me sacó del estupor provocado por la fatiga y vi la cara de Snafu recortada contra el cielo gris. La lluvia caía en grandes chorretones de su casco y las gotas que colgaban en el extremo de cada pelo de su poblada barba atrapaban la tenue luz como si fueran cuentas de cristal. Agarré rápidamente la Tommy que tenía en el regazo mientras él levantaba su revólver del 45 y apuntaba hacia dos figuras borrosas que avanzaban a grandes zancadas a unos veinte metros de distancia. La visibilidad era escasa por la débil luz, la neblina y la lluvia. No habría sabido decir mucho de las dos imprecisas figuras aparte de que llevaban cascos estadounidenses. Al oír el alto de Snafu, los dos hombres apretaron el paso en lugar de detenerse e identificarse.

—¡Alto o disparo! —gritó.

Los dos se lanzaron hacia la vía férrea tan rápido como pudieron por el terreno resbaladizo. Snafu descargó varios disparos con su 45 pero falló. Poco después oímos estallar un par de granadas en el tendido del ferrocarril. A continuación, un compañero gritó que sus granadas habían matado a unos japoneses. El amanecer llegó rápidamente, así que nos acercamos al terraplén del ferrocarril para preguntar qué había ocurrido.

Cuando Snafu y yo llegamos a la trinchera situada junto al terraplén de la

vía férrea, encontramos dos francotiradores de los marines que sonreían. Las explosiones de las granadas habían despertado del susto a los marines que dormían secos bajo la lona en el puesto de mando de la compañía, y los había hecho salir bajo la lluvia. Cuando llegamos estaban regresando poco a poco a su refugio. Los saludamos con la mano, pero sólo obtuvimos miradas ceñudas a cambio.

Les echamos un vistazo a los enemigos muertos antes de volver a nuestra trinchera. Se habían puesto cascos de marine, pero por lo demás vestían uniformes nipones. A uno le había estallado una granada en la cara. No quedaba nada de ésta y muy poco de la cabeza. El otro no estaba tan destrozado.

Snafu y yo regresamos a nuestro hoyo y nos instalamos justo a tiempo de ver cómo Hank se acercaba con aire amenazador procedente del puesto de mando. Por el camino se iba deteniendo en cada trinchera para averiguar quién había sido tan negligente como para dejar que unos japoneses pasaran por delante de ellos y casi llegaran al puesto de mando. Hank llegó a nuestra trinchera y nos preguntó por qué no habíamos visto pasar a los dos soldados si uno de nosotros estaba de guardia. Snafu habló de inmediato y contestó:

—Vaya, yo los vi pasar justo por aquí, pero creí que se dirigían al puesto de mando de la compañía.

No mencionó que les había dado el alto a los japoneses ni que les había disparado. Hank, que parecía estupefacto, inquirió:

—¿Qué quiere decir, Snafu?

Mi compañero se hinchó y explicó:

—¿Recuerda cuándo me hicieron enterrar a aquel japo al que le disparé en Peleliu cuando los dos se dirigían al puesto de mando?

—Sí, ¿y qué? —respondió Hank en voz baja y amenazadora.

—Bueno, pues les dije que si me hacían enterrarlo, la próxima vez que viera un japo camino del puesto de mando ¡no iba a detenerlo!

—Aaah, cierra el pico, Snafu —gruñí.

Uno no le hablaba así a un suboficial y se salía de rositas. Hank era una persona que imponía mucho y era digno del enorme respeto que sentíamos por él, pero pobre del marine que no realizara una tarea como era debido y provocara su ira. Hank nos trataba con respeto y compasión, si cumplíamos las órdenes y hacíamos todo lo que podíamos. No deseaba presenciar qué le haría a quien no actuase así, pero pensé que estaba a punto de verlo. Así que volví la cabeza y entrecerré los ojos, al igual que hicieron todos los atemorizados hombres de las

trincheras que estaban lo suficientemente cerca como para oír y que estaban observando a Snafu y Hank.

No ocurrió nada. Les eché una mirada a Snafu y Hank mientras permanecían allí, fulminándose uno al otro con la mirada: un gallito mirando desafiante a una imponente águila.

—¡Más le vale que eso no vuelva a ocurrir!—exclamó Hank por fin.

Dio media vuelta y regresó al puesto de mando indignado.

Snafu refunfuñó. El resto de nosotros suspiramos aliviados. Estaba convencido de que, como mínimo, Hank le ordenaría a Snafu que enterrara a los dos japoneses de la vía férrea y que luego Snafu, como mi cabo, me ordenaría a mí participar en la cuadrilla de enterramiento como había sucedido en Peleliu. Pero no lo hizo y otra persona echó barro con una pala sobre los dos cadáveres.

Mucho después, cuando Hank dejaba la Compañía K para regresar a casa tras una extraordinaria trayectoria en tres campañas, le pregunté qué había pensado del incidente. Simplemente me miró y sonrió, pero no quiso decir nada. No obstante, su sonrisa dejó ver que respetaba a Snafu y que sabía que no era descuidado en ningún sentido, y que un oficial le hubiera ordenado que investigara el asunto.

A causa del entorno, nuestras bajas durante el punto muerto en Half Moon fueron de las más patéticas. Por supuesto, un paisaje hermoso no hacía que una herida doliera menos ni que una muerte fuera menos trágica. Pero nuestra situación allí era la más espantosa para que un hombre resultara herido o muriera.

La mayoría de las heridas eran resultado de fragmentos de proyectiles enemigos, pero a mí me parecía que sufríamos más casos de los habituales de conmociones cerebrales por explosiones de proyectiles. Era compresible que fuera así debido a los frecuentes e intensos bombardeos a los que estábamos sometidos. Todos los heridos estaban cubiertos de barro y empapados como el resto de nosotros. Eso parecía hacer resaltar los ensangrentados apositos de campaña que llevaban sobre las heridas y las apagadas expresiones de sorpresa y dolor que hacían que el horror de todo aquello fuera más vivido mientras los evacuábamos bajo aquella fría lluvia torrencial.

Algunos casos de conmoción podían caminar y se les ayudó a llegar y se les condujo (algunos no parecían tener muy buen sentido de la dirección) hasta la retaguardia como si fueran sonámbulos. Otros mostraban aterradas expresiones. Había unos terceros a los que conocía bien, aunque casi no podía reconocerlos, que

tenían cara de idiotas. La conmoción los había dejado demasiado atontados para tener más miedo. La onda expansiva de un proyectil los había lanzado a un estado de conciencia diferente al resto de nosotros. Algunos de aquellos que no regresaron probablemente no se recuperasen nunca, sino que estuvieran condenados a permanecer en un limbo mental y pasar el resto de su vida en un hospital de veteranos como muertos vivientes.

Los casos de fatiga de combate eran angustiantes. Sus reacciones abarcaban desde un estado de apagada indiferencia, sin ser conscientes al parecer de lo que los rodeaba, a sollozar en voz baja, hasta chillar y gritar como locos. El estrés era un factor esencial al que teníamos que hacer frente en combate, cuando nos disparaban con armas ligeras y al rechazar infiltrados y asaltantes en las lluviosas noches en vela durante períodos prolongados. Sin embargo, el que nos bombardearan con tanta frecuencia durante el largo punto muerto de Shuri pareció incrementar la tensión más allá de lo que muchos marines podían soportar sin venirse abajo. Basándome en mi experiencia, de todas las dificultades y peligros que las tropas tuvimos que padecer, el fuego de artillería prolongado tendía a quebrantar psicológicamente a un hombre más que cualquier otra cosa.

Además de a los heridos, se evacuó a un número considerable de hombres a los que se describió en la lista de la unidad sencillamente como «enfermos». Algunos de ellos padecían ataques de malaria. Otros tenían fiebre, problemas respiratorios o simplemente estaban agotados y parecían haber sucumbido a los rigores de los elementos. Había numerosos casos de pulmonía. A muchos hombres no se los evacuó, a pesar de que sufrían graves dolencias como resultado de las lluvias heladas.

La mayoría teníamos graves problemas con los pies. Un soldado de infantería con los pies doloridos estaba en un estado lamentable por muy bien que estuviera en todo lo demás. A lo largo de unos catorce o quince días, aproximadamente (del 21 de mayo al 5 de junio), mis pies y los de mis compañeros estuvieron empapados y nuestras botas, cubiertas de barro pegajoso. El hecho de encontrarse en el frente y estar sometido a frecuentes bombardeos impedía que un hombre pudiera quitarse las botas para ponerse un par de calcetines secos. E, incluso si tenía calcetines secos, no había forma de limpiar y secar las botas de cuero. La mayoría nos quitamos las polainas de lona, cubiertas de barro, y nos metimos el dobladillo de los pantalones por dentro de los calcetines, pero eso no les sirvió de mucha ayuda a nuestros pies. Por consiguiente, los pies de la mayoría de los hombres estaban en muy malas condiciones.

A mí me dolían y me costaba caminar o correr. El interior de las botas me daba la sensación de estar pegajoso cuando movía los dedos para intentar

calentarme los pies. La repugnante sensación de tener los pies viscosos empeoraba cada día. Mis pies doloridos se deslizaban para atrás y para delante dentro de las botas empapadas cuando caminaba o corría. Por suerte nunca se infectaron, un milagro.

Más tarde me enteré de que tener los pies doloridos a causa de una exposición prolongada al barro y al agua se llamaba tener «pie de inmersión». En la primera guerra mundial, lo llamaban a la misma afección «pie de trinchera». Para mí supuso una inolvidable sensación de suciedad personal y doloroso malestar extremos. Fue la clase de experiencia que haría que un hombre estuviera sinceramente agradecido el resto de su vida por contar con calcetines limpios y secos. Algo tan simple como tener calcetines secos parecía un lujo.

La lluvia casi constante también provocó que la piel de los dedos de mis manos presentara un extraño aspecto arrugado. Las uñas se me ablandaron. Me salieron llagas en los nudillos y en el dorso de las manos. Estas crecían un poco más cada día y me dolían cada vez que movía los dedos. Siempre me estaba arrancando las costras contra las cajas de munición y cosas por el estilo. Llagas similares habían atormentado a las tropas de combate en las campañas del Pacífico Sur y se las llamaba «hongos de la jungla» o «llagas de la jungla».[53]

El correo nos llegaba en bolsas de lona, por lo general con la munición y las raciones. Resultaba enormemente valioso para levantar la moral cuando ésta empezaba a flaquear. En varias ocasiones hasta tuve que inclinarme sobre mis cartas y leer lo más rápido que pude para protegerlas de los torrentes de lluvia antes de que la tinta se corriera por el papel empapado y la letra se volviera ilegible.

La mayoría recibíamos cartas de la familia y de amigos civiles. Pero de vez en cuando nos llegaban cartas de antiguos compañeros de la Compañía K que habían regresado a Estados Unidos. Sus primeras cartas expresaban alivio por estar de nuevo con su familia y con «música, vino y mujeres». Sin embargo, después las cartas muchas veces se volvían inquietantemente amargas. Algunos expresaban el deseo de regresar si pudieran volver al antiguo batallón. Teniendo en cuenta los peligros y las dificultades por los que habían pasado aquellos hombres antes de que los enviaran a casa, y dada nuestra situación enfrente de Shuri, esta actitud nos desconcertaba.

Se expresaban, de varias formas, pero en esencia su desilusión se debía a una sensación de distanciamiento de todo el mundo, salvo sus antiguos camaradas. Aunque en Estados Unidos había racionamiento de gasolina y carne, la

vida era segura y fácil. Mucha gente estaba dispuesta a invitar a un veterano de combate de la infantería de marina que llevaba insignias de campaña y estrellas de combate a una copa o a una cerveza en cualquier momento. Sin embargo, toda la buena vida y el lujo no parecían desbancar a las viejas amistades forjadas en el combate.

Se hablaba de que habían especuladores de la guerra y de hombres sanos que conseguían trabajos fáciles a expensas de otros. Algunas cartas simplemente decían que la gente de Estados Unidos «no entiende de qué diablos va todo, porque lo ha tenido muy fácil». Mientras estábamos sentados en el barro, oí a más de un amigo expresar la opinión de que los civiles «lo entenderían» si los japoneses o los alemanes bombardearan una ciudad estadounidense. Algunos pensaban que habría sido buena idea si no morían civiles americanos, bastaba con que se llevaran un susto. Pero nadie quería que fuera en su ciudad natal.

Resultaba difícil creer que algunos de nuestros viejos amigos que habían deseado tanto regresar a casa nos escribieran que estaban pensando en alistarse de nuevo como voluntarios para servir en el extranjero. (Algunos llegaron a hacerlo.) Estaban hartos de la guerra, pero les costaba más adaptarse a puestos civiles o a cómodos puestos militares en Estados Unidos. No pudimos entender la actitud de estos hombres hasta que nosotros mismos regresamos a casa e intentamos comprender a la gente que refunfuñaba porque Estados Unidos no era perfecto o su café no estaba lo bastante caliente o tenían que hacer cola para esperar el tren o el autobús.

A los compañeros que habían vuelto les habían dado la bienvenida con entusiasmo (como más tarde nos recibieron a aquellos que sobrevivimos). Pero la gente de casa no entendía (y al mirar hacia atrás me doy cuenta de que no podía haberse esperado que lo hiciera) lo que habíamos sufrido, lo que en nuestras mentes parecía distinguirnos para siempre de cualquiera que no hubiera estado en combate. No queríamos permitirnos caer en la autocomplacencia. Sólo deseábamos que los de casa pudieran comprender la suerte que tenían y dejaran de quejarse por inconvenientes banales.

Siegfried Sasson, un oficial de infantería de combate inglés y poeta de la primera guerra mundial, experimentó la misma sensación al regresar a casa. Lo resumió en el siguiente verso:

Vosotros, multitudes de rostro engreído y ojos encendidos que vitoreáis al paso de los jóvenes soldados, meteos dentro de casa y rezad porque nunca tengáis que conocer el infierno adonde van la juventud y la risa.[54]

El poeta podría haberse estado refiriendo tanto a Peleliu o a los barrizales delante de Shuri como a Francia en la primera guerra mundial.

A algunos de los reemplazos más jóvenes que se unieron a nosotros entonces les costó adaptarse, y no sólo al bombardeo. Eso bastaba para impresionar al veterano más fuerte, pero nuestro espantoso entorno los dejó completamente consternados. Los nombres de numerosos reemplazos de marines para las unidades de combate en Okinawa nunca se añadieron a la lista de sus unidades porque les alcanzaron antes de que el aviso de su traslado a la unidad de combate llegara al cuartel general del cuerpo de marines de Estados Unidos. Así que se los incluyó en las listas de bajas de reemplazo.

También fue habitual a lo largo de toda la campaña que les dieran a los reemplazos antes de que supiéramos siquiera cómo se llamaban. Llegaban confundidos, asustados y esperanzados, los herían o los mataban y regresaban directamente a la retaguardia por la ruta por la que habían venido, horrorizados, sangrando o rígidos. Eran figuras desamparadas que venían a la picadora de carne y salían inmediatamente de ella como niños abandonados, desconocidos y anónimos para nosotros, como libros sin leer en un estante. Nunca «pertenecieron» a la compañía ni hicieron amigos.

Naturalmente, aquellos reemplazos que recibían de inmediato la «herida del millón de dólares» en realidad tenían suerte.[55]

Por lo general, nuestra comida constaba de una lata fría de raciones C y, rara vez, una taza de café caliente. Cuando podíamos hacerlo, suponía un lujo. Resultaba difícil calentar algo con nuestras pequeñas pastillas de fuego a causa de la lluvia casi constante. A veces tenía que encorvarme y proteger una lata de estofado de la lluvia porque la lata se llenaba de agua con la misma velocidad con la que me llevaba el estofado frío a la boca.

Sólo comíamos porque el hambre nos obligaba. Ningún otro estímulo podría haberme forzado a comer cuando tenía las fosas nasales tan saturadas con el olor de la descomposición que a menudo sentía náuseas. Comí poco durante ese período, pero bebía café caliente o caldo siempre que podía.

La lluvia constante hacía que se nos oxidaran las armas. La mayoría forramos la pistolera de nuestras pistolas automáticas del 45 con los forros de plástico verde que nos suministraron. Venían en largos trozos parecidos a mangas y se podían colocar sobre carabinas, fusiles y metralletas Tommy. Manteníamos una capucha de plástico sobre nuestro mortero cuando no lo usábamos. Nos habían proporcionado este forro de plástico para colocarlo sobre nosotros mismos

mientras nos agachábamos para evitar que nos rociaran con gas mostaza, cosa que nunca ocurrió. Procuramos tener nuestras armas muy engrasadas y la verdad es que no nos dieron muchos problemas, teniendo en cuenta las condiciones del campo de batalla.

Las medidas sanitarias de campaña eran inexistentes debido al bombardeo y al barro. Cada hombre sencillamente utilizaba un cilindro de granada o un cartón de munición y lanzaba sus propios excrementos en el barro ya inmundo que rodeaba su trinchera.

De día el campo de batalla era un escenario horrible, pero de noche se convertía en la más atroz de las pesadillas. Los cohetes luminosos y las bengalas iluminaban la zona toda la noche pero se intercalaban momentos de escalofriante y aterradora oscuridad.

Resultaba casi imposible dormir con el barro y la fría lluvia, aunque a veces me envolvía con mi capote mojado y me quedaba dormido durante breves períodos mientras mi compañero de trinchera estaba de guardia y achicaba el hoyo. Normalmente tenías que intentar dormir estando sentado o agachado en la trinchera.

Como de costumbre, casi nunca nos atrevíamos a salir de nuestras trincheras de noche a menos que fuera para ocuparnos de los heridos o para buscar munición. Cuando una bengala o un cohete iluminaban la zona, todo el mundo se quedaba inmóvil donde estaba y luego se movía durante los breves espacios de oscuridad. Cuando el área se iluminaba con esa fantasmagórica luz verdosa, las grandes gotas de lluvia centelleaban como saetas plateadas mientras caían. Cuando soplaba un viento fuerte, parecía como si fueran casi paralelas al suelo. La luz se reflejaba en el agua sucia de los cráteres y en los cascos y armas de los vivos y los muertos.

Hice una relación mental de todos los detalles en el terreno alrededor de la posición. No había vegetación, así que mi lista estaba compuesta de los montículos y hondonadas en el terreno, las trincheras de mis compañeros, los cráteres, los cadáveres y los carros de combate y carros anfibios destrozados. Teníamos que saber dónde estaba situado todo el mundo, vivos y muertos. Si uno de nosotros disparaba contra un enemigo que estuviera infiltrándose o llevando a cabo una incursión, necesitaba saber dónde estaban sus camaradas para no darles. La ubicación y postura de cada cadáver era importante porque los infiltrados japoneses también se quedaban inmóviles cuando se encendían las bengalas de iluminación. Así podrían pasar desapercibidos entre los muertos.

Cuanto más tiempo permanecíamos en la zona, más interminables parecían volverse las noches. Llegué al estado en el que me despertaba bruscamente de mi semisueño y, si el área estaba iluminada, observaba con confianza que mi compañero estaba escudriñando el terreno en busca de algún indicio hostil. Miraba a mi alrededor, en especial detrás de nosotros, por si había problemas. Al final, antes de que nos marcháramos de la zona, con frecuencia me sobresaltaba hasta quedar semidespierto en los períodos entre los cohetes luminosos.

Imaginé que los marines muertos se habían levantado y se movían en silencio por la zona. Supongo que fueron pesadillas y que debía haber estado más dormido que despierto, o sólo embotado a causa de la fatiga. Posiblemente se tratara de alucinaciones, pero fueron extrañas y espantosas. El patrón siempre era el mismo. Los muertos se levantaban lentamente del barro y, con hombros encorvados y arrastrando los pies, deambulaban sin rumbo fijo, moviendo los labios como si intentaran decirme algo. Me esforzaba por oír lo que estaban diciendo. Parecían atormentados por el dolor y la desesperación. Sentía que me estaban pidiendo ayuda. Lo más horrible era que me sentía incapaz de socorrerlos.

En ese punto siempre me despertaba y el horror de mi sueño me dejaba con náuseas y medio enloquecido. Miraba atentamente hacia fuera de mi hoyo para ver si las silenciosas figuras seguían allí, pero no veía nada. Cuando se encendía una bengala, todo era calma y desolación, todos los cadáveres seguían en su lugar.

Entre los cráteres que se encontraban lejos del cerro, al oeste, había unos cuantos cadáveres de marines. Justo después del borde derecho de la última trinchera, el cerro caía abruptamente hasta el terreno llano y lleno de barro.[56] Junto al pie del cerro, casi directamente debajo de mí, había un cráter parcialmente inundado de unos noventa centímetros de diámetro y probablemente otros noventa de profundidad. En este cráter se encontraba el cuerpo de un marine cuyo espeluznante semblante ha permanecido inquietantemente claro en mi memoria. Si cierro los ojos, está tan vivido como si lo hubiera visto ayer.

La lastimosa figura estaba sentada de espaldas al enemigo y descansaba contra el borde meridional del cráter. Tenía la cabeza ladeada y el casco estaba apoyado contra el lado del cráter, de manera que la cara, o lo que quedaba de ella, miraba directamente hacia mí. Tenía las rodillas flexionadas y separadas. Cruzado sobre los muslos, aún aferrado entre sus manos esqueléticas, tenía un rifle oxidado. Llevaba las polainas de lona cuidadosamente sujetas por las pantorrillas y encima de las botas. El agua turbia le cubría los tobillos, pero las punteras de las botas se veían por encima. Los pantalones, el casco, el forro y el equipo parecían nuevos. No estaban salpicados de barro ni desteñidos.

Estaba seguro de que era un nuevo reemplazo. Todo en aquel hombretón se

parecía mucho a un marine tomándose un descanso durante unas maniobras antes de recibir la orden de ponerse en marcha otra vez. Al parecer lo habían matado al principio de los ataques contra Half Moon, antes de que comenzaran las lluvias. Bajo el borde del casco pude ver la visera de una gorra de faena de algodón verde. Debajo de la gorra estaban los restos esqueléticos más espantosos que había visto nunca... y ya había visto demasiados.

Cada vez que miraba por encima del borde de aquella trinchera hacia el cráter, aquella cara medio desaparecida me lanzaba una mirada maliciosa acompañada de una sonrisa sarcástica. Era como si se mofara de nuestros lastimosos esfuerzos para aferrarnos a la vida. O tal vez se burlaba de la locura de la propia guerra: «Soy la cosecha de la estupidez del hombre. Soy el fruto de la hecatombe. Rogué como tú por sobrevivir, pero mírame ahora. Para los que estamos muertos ya ha terminado, pero tú debes luchar, y llevarás estos recuerdos toda tu vida. Los de casa se preguntarán por qué no puedes olvidar».

A veces durante el día observaba cómo las grandes gotas de lluvia chapoteaban en el cráter alrededor del cadáver y recordaba que, siendo niño, me habían fascinado las gotas de lluvia que salpicaban alrededor de una gran rana verde que estaba sentada en una acequia cerca de casa. Mi abuela me había dicho que los elfos provocaban pequeñas salpicaduras como ésa y que se llamaban los «niños del agua». Así que me senté en mi trinchera y observé cómo los niños del agua chapoteaban alrededor del cadáver vestido de verde. Qué combinación más inverosímil. La guerra había transformado a los niños del agua en pequeños demonios necrófagos que danzaban alrededor de los muertos en lugar de pequeños elfos que danzaban alrededor de una tranquila rana. Un hombre tenía poco con lo que entretenerse en Shuri: sólo podía quedarse sentado en el barro sufriendo y asustado, temblar durante los bombardeos y dejar que su imaginación fuera a donde quisiera.

Uno de los poquísimos episodios divertidos que vi a lo largo de aquellos espantosos días tuvo lugar hacia el final del horrible punto muerto. Dos marines del otro pelotón de morteros estaban atrincherados a mi izquierda. Una mañana, con las primeras y pálidas luces del amanecer, oí un alboroto en su trinchera. Pude oír cómo apartaban un capote mientras alguien empezaba a revolverse. Surgieron gruñidos y reniegos. Forcé la vista entre la tórrida lluvia y me llevé la metralleta Tommy al hombro. Todo parecía indicar que uno o más japoneses se habían acercado sigilosamente a los cansados ocupantes de la trinchera y que estaban enzarzados en una lucha a vida o muerte. Pero yo no podía hacer nada salvo esperar y alertar a los otros hombres que se encontraban a nuestro alrededor.

El alboroto aumentó de volumen, pero yo apenas podía distinguir dos figuras oscuras forcejeando en la trinchera. No podía hacer absolutamente nada para ayudar a un compañero en peligro porque no podía identificar quién era marine y quién japonés. Ninguno de nosotros se atrevía a salir de su hoyo y acercarse a los dos combatientes. Pensé que el soldado enemigo debía haber acuchillado ya a uno de los marines y que estaba forcejeando con el otro.

Las figuras oscuras se levantaron. Estando a la misma altura, se inclinaron uno hacia el otro y se dieron puñetazos. Todas las miradas estaban clavadas en las figuras que se debatían, pero no podían ver mucho a través de la penumbra y la lluvia torrencial. Las palabras entre dientes y los reniegos se hicieron más fuertes y comprensibles y oímos:

—Imbécil, dame la tarjeta de alcance. Es mía.

Reconocí la voz de un hombre que había llegado a la Compañía K antes de Okinawa.

—No, es mía. Será mejor que me la des. Conmigo no se juega.

Ésta era la conocida voz de Santos, un veterano de Peleliu. Todos dimos un respingo de sorpresa.

—Eh, muchachos, ¿qué diablos está pasando ahí? —gruñó un suboficial.

Las dos figuras que forcejeaban reconocieron la voz y dejaron de golpearse de inmediato.

—Inútiles —exclamó el suboficial mientras se acercaba a ellos—. Les estaría bien empleado si les hubiéramos pegado un tiro a los dos. Creíamos que se les había metido un japo en la trinchera.

Cada uno de los dos combatientes se quejó de que el otro era el causante de todo el problema. Para entonces ya había suficiente luz y algunos fuimos hasta su trinchera a investigar.

—¿De qué iba la pelea? —pregunté.

—De esto, por Dios. ¡Nada más que esto! —gruñó el suboficial mientras fulminaba con la mirada a los dos avergonzados ocupantes de la trinchera y me pasaba una tarjeta de alcance.

Yo no entendía por qué dos marines pelearían por una tarjeta de alcance.[57] No obstante, cuando miré la tarjeta, vi que era especial y única. Tenía estampada con lápiz de labios la marca rojo rubí de los labios de una mujer. Los hombres habían encontrado la excepcional tarjeta en un bote mientras sacaban munición para las armas la tarde anterior y habían discutido toda la noche sobre quién se la

quedaría. Hacia el amanecer habían llegado a las manos por ella.

El suboficial seguía regañándolos cuando le devolví la tarjeta y regresé a mi trinchera. Todos nos partimos de risa con el episodio. A menudo me pregunté qué habría pensado aquella mujer, allá en la fábrica de munición en Estados Unidos, de los resultados de sus esfuerzos por aumentar nuestra moral.

Durante los últimos días de mayo, recibimos varios contraataques pequeños, aunque feroces, por parte de los japoneses que habían estado ocupando las cuevas situadas en la ladera opuesta al brazo izquierdo de Half Moon. Una mañana nos informaron de que un gran número de enemigos se estaba concentrando detrás de la media luna. Me ordenaron dejar el puesto de observación y regresar al foso del mortero. Descendí por el cerro y crucé el páramo maloliente y marcado por los proyectiles hasta los fosos de los morteros sin contratiempos. Una vez allí, organizamos los tres morteros de 60 mm para disparar contra la loma opuesta del brazo izquierdo de la media luna.

El patrón de tiro de los morteros se había dispuesto para cerrarles el paso a los japoneses y evitar que escaparan mientras nuestras tres armas bombardeaban el área con intensidad. Por consiguiente, tuvimos que disparar fuego graneado, registrando y cruzando la zona objetivo. Pusieron a los portamuniciones a trabajar sacando más proyectiles de gran potencia, pero yo estaba tan ocupado con mi mortero que no tenía tiempo de fijarme en ellos. El tubo se calentó muchísimo. Envolvimos la parte inferior con una chaqueta y uno de los portamuniciones vertía cascos llenos de agua de un cráter de obús sobre la tela para enfriar el tubo humeante, mientras continuábamos con el fuego graneado.[58]

No sé cuántos cientos de obuses disparamos antes de que llegara la orden de interrumpir los disparos. Me zumbaban los oídos. Estaba exhausto y tenía un dolor de cabeza espantoso. Junto a cada uno de los tres fosos de mortero había una pila enorme de vainas de obuses de gran potencia vacíos y cajones de munición del gran número de proyectiles que habíamos lanzado. Estábamos deseando saber cuál había sido el resultado de nuestros disparos. Pero nuestros observadores no podían ver la zona objetivo porque se encontraba en la ladera opuesta del cerro.

Algunos días después, cuando nuestro regimiento avanzó, no atravesamos la zona objetivo, así que seguimos sin ver nuestros efectos. Sin embargo, uno de los suboficiales de la Compañía K que sí había visto el área nos dijo que había contado más de doscientos enemigos muertos. Supongo que tenía razón, porque tras nuestra descarga, los japoneses interrumpieron toda actividad a lo largo del cerro.

Shuri

La lluvia comenzó a disminuir y corrió el rumor de que atacaríamos pronto. También oímos que la principal fuerza enemiga se había retirado del frente de Shuri. Sin embargo, los japoneses habían dejado una fuerte retaguardia para luchar a muerte. Así que no podíamos esperar ninguna señal de debilidad. Se había visto a los japoneses batiéndose en retirada de Shuri al amparo del mal tiempo. Nuestros cañones navales, artillería, morteros pesados e incluso unos cuantos aviones les habían lanzado un espantoso bombardeo. Pero, con o sin retirada, Shuri no iba a caer fácilmente. Preveíamos un combate duro en cuanto el tiempo se despejara.

Una tranquila mañana, uno o dos días antes de que el 5.° de marines partiera hacia la gran ofensiva contra Shuri, varios marines del registro de tumbas llegaron a nuestra zona para recoger a los muertos. Aquellos cuerpos que ya estaban en camillas no presentaron problemas, pero los cadáveres que se pudrían en los cráteres de proyectiles y en el barro eran otra cuestión.

Nos sentamos en nuestros cascos y observamos con tristeza cómo los del registro de tumbas intentaban llevar a cabo su macabra tarea. Cada uno iba equipado con largos guantes de goma y un largo palo con una hoja dura pegada en el extremo (como una enorme espátula). Tendían un capote junto a un cadáver, luego colocaban los palos bajo el cuerpo y lo hacían rodar sobre el capote. A veces hacían falta varios intentos y nos estremecíamos cuando un cadáver se deshacía. Había que empujar las extremidades o la cabeza dentro del capote como si fueran trozos de basura. Sentimos compasión por los hombres del registro de tumbas. Al mover los cadáveres, el hedor de la carne en descomposición empeoró (si eso era posible).

Al parecer, el enemigo había retirado tantos cañones y tropas de Shuri que el bombardeo sobre nuestra zona prácticamente se había detenido. Una deprimente llovizna comenzó de nuevo. Casi cayéndome de cansancio, decidí aprovechar la calma. Extendí una camilla sin usar, la coloqué sobre unas tablas, me tendí de espaldas y me cubrí la cabeza y el cuerpo con el capote. Era la primera vez en dos meses —desde que dejé mi litera a bordo del barco el 1 de abril (el día D)— que había podido tumbarme sobre otra cosa que no fuera suelo duro o barro. La camilla parecía una cama de lujo y el capote me protegía por completo de la lluvia salvo por los tobillos y las botas. Por primera vez en unos diez días, caí en un profundo sueño.

No sé cuánto tiempo dormí, pero después de un rato me di cuenta de que me levantaban. Al principio pensé que estaba soñando, pero entonces me desperté

del todo y comprendí que alguien había cogido la camilla. Me quité el capote de encima, me bajé de la camilla de un salto, di media vuelta y vi a dos marines limpios y bien afeitados mirándome asombrados.

Varios de mis mugrientos compañeros, que estaban sentados en cuclillas sobre sus cascos embarrados allí cerca, comenzaron a reírse. Los dos desconocidos eran del registro de tumbas. Habían levantado la camilla pensando que sólo era otro cadáver cubierto con un capote. Nunca se les ocurrió que no era más que un marine agotado tratando de echar una cabezada en una cómoda camilla y que se había cubierto para resguardarse de la lluvia. Sonrieron cuando cayeron en la cuenta de lo que había ocurrido. Acusé a mis compañeros de decirles a los dos hombres que cogieran mi camilla, pero ellos simplemente se rieron y me preguntaron por qué mi sueñecito había terminado de forma tan repentina. El episodio me dejó una sensación inquietante, pero mis amigos se divirtieron muchísimo.

El 28 de mayo amaneció sin lluvia y nos preparamos para atacar más avanzada la mañana. Aproximadamente a las 10:15, atacamos hacia el sur contra fuego de ametralladora y mortero de largo alcance. Estábamos eufóricos porque la oposición fuera tan leve y brillara el sol. Ese día incluso avanzamos varios cientos de metros, todo un logro en ese sector.

Moverse por el barro todavía resultaba difícil, pero todos nos alegrábamos de salir de aquel apestoso vertedero seminundado que rodeaba Half Moon. Esa noche nos enteramos de que proseguiríamos el ataque al día siguiente, dirigiéndonos directamente contra el cerro Shuri.

El 29 de mayo, más o menos a media mañana, el 3/5 atacó Shuri con la Compañía L a la cabeza y las compañías K e I siguiéndolos de cerca. Antes, aquella mañana, la Compañía A del 1.er Batallón del 5.° de marines había llevado a cabo un ataque en dirección este hacia las ruinas de la fortaleza de Shuri y había izado la bandera confederada. Cuando nos llegó la noticia de que habían enarbolado la bandera de los Estados Confederados sobre el mismo corazón de la resistencia nipona, todos los sureños vitoreamos. Los yanquis que había entre nosotros refunfuñaron y los del Oeste no supieron qué hacer. Más tarde nos enteramos de que se había izado sobre la fortaleza de Shuri la bandera de Estados Unidos que había ondeado sobre Guadalcanal, un digno tributo a los hombres de la 1.a División de marines, que tuvo el honor de ser la primera en entrar en la ciudadela japonesa.[59]

Recogiendo suministros lanzados desde aviones en el cerro Shuri después de que el barro impidiera el desplazamiento por tierra. Fotografía del USMC.

Todos sentimos una gran sensación de triunfo esa noche mientras nos atrincherábamos en algún lugar en los alrededores de la fortaleza de Shuri. La tropa tenía plena conciencia de su importancia estratégica para el desarrollo de la campaña.

A pesar de que todo el lugar estaba en ruinas, pudimos apreciar que la zona que rodeaba la fortaleza de Shuri había sido imponente y pintoresca antes de que el ininterrumpido bombardeo estadounidense la hubiera destruido. La fortaleza propiamente dicha era un desastre y no podía hacerme mucha idea de cómo era su antiguo aspecto. Se había tratado de un antiguo edifico de piedra rodeado de un foso y de lo que parecían haber sido terrazas y jardines. Mientras atravesábamos los escombros con cuidado, estudié la cantería, las tenazas y los tocones de árboles ennegrecidos y destrozados. Pensé que en su día debía haber sido un bonito lugar.

Esa noche nos atrincheramos sabiendo que aunque por fin nos encontrábamos en la fortaleza de Shuri, todavía había japoneses fuertemente atrincherados al norte de nosotros en la quebrada de Wana, al este y al sur. Para muchos de la tropa, las líneas eran tremendamente confusas, y suponíamos que el enemigo podía echársenos encima desde casi cualquier dirección. Sin embargo, permanecieron tranquilos durante la noche, salvo por los habituales infiltrados.

Atacamos de nuevo al día siguiente, y sufrimos un terrible bombardeo. Nuestra localización me tuvo completamente confundido durante varios días y no puedo aclararla ahora en mi mente ni siquiera tras estudiar las notas y referencias de que dispongo.

Al anochecer de uno de esos últimos días de mayo, nos trasladamos a un cerro embarrado y nos dijeron que nos atrincheráramos en la cima. Uno de los tres pelotones de morteros de 60 mm debía montar su arma abajo, detrás del cerro, pero a mi pelotón y al otro nos ordenaron que nos atrincheráramos a lo largo de la cima del cerro y que hiciéramos de fusileros durante la noche. El tiempo empeoró otra vez y comenzó a llover.

Mac, el jefe de nuestra sección de morteros, no estaba por ninguna parte. Pero Duke, que había sido el jefe de nuestra sección en Peleliu y que para entonces estaba al mando de la sección de morteros de 81 mm del batallón, llegó para hacerse cargo. Le ordenó a un suboficial que nos hiciera cavar trincheras para dos hombres a cinco metros de separación. Mi compañero bajó por el cerro para conseguir munición y comida mientras yo me preparaba para cavar.

El cerro tenía unos treinta metros de altura y era bastante empinado; nosotros nos encontrábamos en una cima estrecha. Varias mochilas japonesas, cascos y más equipo estaban desperdigados por la cima. Por el aspecto de la tierra embarrada, el lugar había sufrido un intenso bombardeo durante mucho tiempo. El cerro era un lugar asqueroso. Nuestra artillería debía haber matado japoneses allí, porque el aire estaba viciado a causa del olor a carne en descomposición. Era como regresar a la colina Half Moon. Lejos, por delante de nosotros, en dirección sur, sólo podía entrever a través de la creciente penumbra y la cortina de lluvia el valle cubierto de barro de debajo.

Los hombres que se estaban atrincherando a ambos lados de mí maldecían el hedor y el barro. Comencé a mover el pesado y pegajoso barro con mi pala para marcar la extensión de la trinchera antes de cavar más hondo. Había que golpear la pala para despegar cada palada porque la tierra parecía pegamento. Estaba completamente agotado y pensaba que las fuerzas me fallarían a la siguiente palada.

Arrodillado en el barro, no había profundizado el hoyo más de quince o veinte centímetros cuando el olor a carne en descomposición empeoró. No se podía hacer nada salvo seguir cavando, así que cerré la boca e inhalé con respiraciones cortas y poco profundas. Otra palada de tierra liberó una masa de gusanos retorciéndose que brotaban como si los que se encontraban debajo los estuvieran empujando. Solté un juramento y, cuando el suboficial vino, le expliqué en qué cochinada estaba cavando.

—Ya lo oyó, dijo que pusieran los hoyos a cinco metros de distancia.

Asqueado, clavé la pala en la tierra, saqué los gusanos y los lancé hacia abajo por la parte delantera del cerro. La siguiente palada desenterró botones y pedazos

de tela de una chaqueta del ejército japonés enterrada en el barro... y otra masa de gusanos. Seguí adelante. Con el siguiente golpe, el metal golpeó el esternón de un cadáver japonés podrido. Me quedé mirando horrorizado y sin poder dar crédito a lo que veía mientras el metal raspaba, dejando un rastro limpio a través del barro a lo largo de un sucio y blancuzco hueso y cartílago. La pala se deslizó dentro del abdomen en descomposición con un sonido de succión. El olor casi pudo conmigo, me eché hacia atrás sobre los talones.

Escombros de los muros del castillo de Shuri. Okinawa. Fotografía del USMC.

Comencé a ahogarme y hacer arcadas mientras gritaba desesperado:

—¡No puedo atrincherarme aquí! ¡Hay un japo muerto! El suboficial vino, bajó la mirada hacia mi problema y hacia mí, y gruñó:

—Ya lo oyó, dijo que pusieran los hoyos a cinco metros de distancia.

—¿Cómo coño voy a cavar una trinchera donde hay un japo muerto? —protesté.

Justo entonces Duke se acercó por el cerro y preguntó:

—¿Qué ocurre, Mazo?

Señalé el cadáver parcialmente exhumado. De inmediato, Duke le dijo al suboficial que me hiciera atrincherarme a un lado, lejos de los restos podridos. Le di las gracias a Duke y fulminé al suboficial con la mirada. No sé cómo no vomité durante la repugnante experiencia. Quizá la constante suciedad había embotado mis sentidos y nervios, de forma que nada podía suscitar ninguna otra respuesta

que gritar y retroceder.

Enseguida terminé de cavar una trinchera apropiada a un lado del emplazamiento de mi primer intento. (Volver a arrojar unas cuantas palas llenas de barro dentro de aquel hoyo no sirvieron de mucho para reducir el horroroso olor.) Mi compañero regresó y comenzamos a organizar nuestro equipo para recibir la luz. Se oían disparos de armas ligeras a nuestra izquierda, pero el resto estaba en calma a nuestro alrededor. Duke se encontraba abajo, al pie del cerro, detrás de nosotros, con un mapa en la mano. Nos dijo que bajáramos para informarnos sobre el ataque del día siguiente.

Encantado de dejar la apestosa trinchera, me puse en pie y emprendí con precaución el descenso por el resbaladizo cerro. Mi compañero se levantó, dio un paso para descender por el cerro, resbaló y se cayó. Rodó hasta el mismo fondo, como una tortuga por un tronco. Cuando llegué al fondo lo vi ponerse en pie erguido con los brazos parcialmente extendidos y mirarse el pecho y el cinturón con una expresión que era una mezcla de horror, repugnancia e incredulidad. Estaba cubierto de barro, por supuesto. Pero eso era lo de menos. Gusanos blancos y gordos caían y salían rodando de su cartuchera, sus bolsillos y su pliegue de la chaqueta y pantalones. Cogí un palo y le pasé otro. Juntos raspamos las repugnantes larvas de sus malolientes pantalones.

Aquel marine era un veterano de Gloucester con el que había compartido trinchera con frecuencia en Peleliu y Okinawa. Era uno de los hombres más resistentes y duros que he conocido. Pero ese resbalón casi fue demasiado para él. Pensé que iba a gritar o a perder el juicio. Revolcarse en la putrefacción de la guerra casi era más de lo que los más fuertes de nosotros podíamos soportar. Sin embargo, mi compañero se sacudió como un perro mojado, maldijo y tiró el palo cuando se libró de todos los gusanos.

El grupo de Duke demostró compasión por mi compañero y estuvieron de acuerdo en que había sido un accidente repugnante. Cubierto de barro, barbudo y con los ojos rojos por el cansancio, Duke centró nuestra atención en el mapa y eso nos ayudó a olvidar lo ocurrido. Nos mostró dónde estábamos y nos contó algunos de los planes para el ataque del día siguiente, que se suponía que iba a atravesar por completo el frente de Shuri.

Lo que acababa de ocurrir me repugnaba y asqueaba tanto y estaba tan cansado que no recordé mucho de lo que nos dijo. Mirando hacia atrás me doy cuenta de que es una lástima porque aquella sesión de instrucciones fue la única vez en mi experiencia de combate en la que un oficial nos llegó a mostrar a un grupo de soldados rasos un mapa del campo de batalla y nos explicó acontecimientos recientes y futuros planes de ataque. Por lo general, un suboficial

simplemente nos transmitía el mensaje. Seguíamos órdenes, sin saber casi nunca qué estaba pasando.

Nunca supimos por qué Duke nos dio aquella explicación, si se lo habían ordenado o no. Me imagino que lo hizo por su cuenta. Se dio cuenta de que queríamos saber y entender nuestro papel en el plan general.

Era un momento histórico, y estábamos tomando parte en acontecimientos de vital importancia para la campaña estadounidense en Okinawa. Todas las miradas estaban puestas en Shuri. Mis compañeros y yo éramos participantes clave en una coyuntura crítica, en una de las más épicas batallas terrestres de las segunda guerra mundial, y nos estaban explicando nuestro minúsculo papel en esa batalla. Duke quiso saber si había alguna pregunta. Se plantearon unas cuantas, a las que respondió con claridad. Yo me mantuve prácticamente estupefacto todo el rato. A continuación, volvimos a subir despacio por el asqueroso cerro después de que nos dijera que podíamos retirarnos.

Esa noche llovió a raudales. Fue, sin exagerar, el diluvio más increíble que he visto nunca. El viento sopló con violencia, golpeando la lluvia horizontalmente contra la cima del cerro y azotándonos las caras y las manos. Los cohetes luminosos estallaban pero proporcionaban poca iluminación porque la invisible mano del temporal los apagaba de inmediato. La visibilidad se limitaba a unos dos metros. No podíamos ver a nuestros compañeros en sus trincheras. Qué noche más espantosa para lidiar con infiltrados japoneses o un contraataque, pensé para mis adentros toda la noche.

A lo largo de toda la noche pudimos oír considerable fuego de ametralladora, ráfagas de disparos de fusil y explosiones de granadas un poco más abajo de la línea, a nuestra izquierda. Pero en nuestras inmediaciones, gracias a Dios, todo estaba en calma, aunque tenso. A la mañana siguiente comprendí por qué el enemigo no nos había molestado como les había sucedido a los hombres de nuestra izquierda. A lo largo de bastante distancia a nuestra derecha e izquierda, el cerro descendía casi perpendicularmente hasta el valle de abajo. Los japoneses sencillamente no podían trepar por la resbaladiza superficie.

En los últimos días del mes de mayo, mientras los japoneses se aferraban al centro de su línea alrededor de Shuri, las divisiones del ejército de Estados Unidos al este y la 6.a División de marines al oeste (alrededor de Naha) por fin lograron avanzar hacia el sur. El desplazamiento conjunto de ambas fuerzas amenazó con envolver las principales fuerzas defensivas japonesas en el centro. Por consiguiente, el enemigo tuvo que retirarse. Al amanecer del 30 de mayo, la mayor parte del 32.° Ejército japonés ya había abandonado el

frente de Shuri, dejando sólo los destacamentos de retaguardia para cubrir su repliegue.

Durante los sesenta y un días de enfrentamientos que se libraron en Okinawa tras el día D, aproximadamente 62.548 soldados japoneses habían perdido la vida y 465 habían sido capturados. Las muertes estadounidenses ascendieron a 5.306; 23.909 habían resultado heridos y 346 estaban desaparecidos en acción. Y aquello aún no había terminado.

CAPÍTULO CATORCE

Más allá de Shuri

Nos abrimos paso dejando Shuri atrás por unas colinas cubiertas de barro situadas en la zona de acción del ejército y nos encontramos con un grupo de unos veinte prisioneros japoneses. Todos iban desnudos salvo por una especie de taparrabos. Permanecían con los pies descalzos en el barro junto a un sendero que serpenteaba por la ladera de una árida colina. Varios soldados de infantería del ejército, sucios y agotados por el combate, los custodiaban. Un intérprete (un teniente del ejército) les había ordenado a los prisioneros que salieran del sendero para que la columna de la Compañía K pudiera pasar.

Nos dirigíamos con paso cansino hacia el punto donde se oían disparos. Un fusilero entrecano que avanzaba por delante de mí y yo habíamos estado maldiciendo el barro y cruzando comentarios sobre lo que nos alegrábamos de dejar Shuri atrás. De pronto, un prisionero japonés se situó delante de mi amigo, bloqueándole el paso.

—Quítate de en medio, loco de mierda —gruñó el marine.

El soldado cruzó los brazos con calma, alzó el mentón e hizo gala de toda su arrogancia. Mi compañero y yo nos enardecimos. Él empujó hacia atrás al japonés y lo tumbó de espaldas en el barro. El enemigo se puso rápidamente en pie de un salto y adoptó su anterior postura.

—¿Qué está haciendo ese chalado? —grité mientras dejaba caer la bolsa de munición de mortero y alargaba la mano para coger mi pistola del 45.

Mi compañero se descolgó el fusil, lo agarró por la culata con la mano izquierda y por la empuñadura con la derecha. Plantó los pies embarrados en el sendero, flexionó las rodillas y gruñó:

—Quítate de mi camino, cabrón.

Otros marines que iban detrás de nosotros se habían detenido. Al ver lo que estaba ocurriendo, comenzaron a insultar al japonés.

—¿Por qué os paráis? Moveos —exclamó alguien por detrás.

El teniente del ejército (llevaba los galones de plata en el cuello), bien afeitado e impecable, salvo por las botas de combate embarradas, recorrió la columna para ver cuál era el problema. Al ver la postura de mi amigo y darse

cuenta de que pronto podría tener un prisionero menos, dijo:

—No puede maltratar a estos hombres. Son prisioneros de guerra. Según la Convención de Ginebra, se debe tratar a los prisioneros de guerra de manera humanitaria.

Parecía desesperado. Toda la columna de marines harapientos y llenos de barro fulminaba con la mirada e insultaba a los prisioneros desplegados a nuestro lado en el sendero.

—A la mierda la Convención de Ginebra. Si ese hijo de puta de ojos rasgados no se quita de mi camino, le daré un culatazo en la bocaza y le sacaré todos y cada uno de esos malditos dientes de conejo.

Mi compañero movió su fusil para atrás y para delante despacio, y la expresión arrogante del soldado enemigo comenzó a desvanecerse. El teniente del ejército sabía que tenía un problema entre manos y se notaba que no sabía cómo solucionarlo. (Se solía decir que los marines rara vez hacían prisioneros.) Un par de fusileros del ejército pertenecientes al destacamento de vigilancia de prisioneros se mantenían al margen, relajados, y sonreían, mostrando su apoyo. Era evidente que habían estado en la «picadora de carne» el tiempo suficiente para no tenerles más amor a los japoneses que nosotros. Estaba claro que el teniente no era uno de sus oficiales sino de alguna unidad de retaguardia.

Justo entonces, uno de nuestros oficiales subió rápidamente desde la retaguardia de la columna. El teniente del ejército se sintió muy aliviado al verlo y le explicó la situación. Nuestros oficiales se acercaron y le dijeron tranquilamente a mi amigo que regresara a las filas. Entonces le indicó al oficial traductor del ejército que si no sacaba a sus prisioneros de en medio, él (nuestro oficial) no podía garantizar que algunos de ellos no resultaran heridos. El oficial del ejército les habló a los prisioneros con amabilidad en japonés, y todos retrocedieron alejándose más del sendero, dejándonos mucho espacio. El comportamiento y la voz del oficial traductor se parecían más a los de un maestro de primaria repartiéndoles instrucciones a niños pequeños que a un oficial dándole órdenes a un grupo de duros soldados japoneses.

Durante todo el episodio, la mayoría de los japoneses no dio nunca la impresión de sentir miedo, sólo disgusto o vergüenza porque habían actuado de manera deshonrosa al rendirse. Tal vez el que se comportaba de forma tan arrogante pensara que un último acto de desafío le aliviaría un tanto la conciencia. En aquel entonces, la mayor parte de los estadounidenses no podía comprender la determinación nipona a ganar o luchar hasta la muerte. Para los japoneses, la rendición suponía la máxima deshonra.

Nosotros no pensábamos que hubiera que tratar mal ni de manera violenta a los prisioneros de guerra, pero tampoco creíamos que se le debiera permitir a uno bloquearnos el paso y salirse con la suya. Otros soldados de infantería que estaban en la «picadora de carne» compartían mi opinión de que algunos oficiales traductores a menudo se preocupaban demasiado por la comodidad de los prisioneros y se mostraban excesivamente corteses con ellos. Estábamos demasiado familiarizados con la imagen de indefensos estadounidenses heridos, tendidos en camillas, recibiendo disparos de francotiradores japoneses mientras luchábamos por evacuarlos.

Luego, atravesamos rápidamente áreas en las que la oposición era leve o inexistente. A nuestras líneas de suministros, comunicaciones y evacuación de bajas les resultaba difícil seguirnos el ritmo debido a que el barro seguía siendo un problema serio. Aunque la lluvia caía con menos frecuencia, no había cesado.

En cierta ocasión, mientras nuestra columna avanzaba por la base del terraplén de una carretera, un marine que caminaba por la carretera, por encima de nosotros, llevando un teléfono de campaña y un pequeño rollo de cable nos gritó y nos preguntó cuál era nuestra unidad. Su compañero lo seguía por la carretera a corta distancia cargando rollo de cable. Estos hombres estaban bien afeitados y arreglados. Nos pareció que tenían toda la pinta de ser gente de retaguardia.

—Eh, ¿en qué unidad estáis? —gritó el primero.

—K/3/5 —respondí con un grito.

Su compañero que iba detrás de él le preguntó:

—¿En qué unidad ha dicho?

—K/3/5, sea lo que sea que signifique eso.

El efecto sobre nosotros fue instantáneo y espectacular. Hombres que no le habían prestado mucha atención a lo que parecía una solicitud de información de rutina levantaron la mirada furiosos hacia el infractor. Yo me puse rojo de ira. Nos habían insultado a mi unidad y a mí. El servidor de mortero que se encontraba a mi lado soltó su bolsa de munición y comenzó a subir por el terraplén.

—¡Yo te enseñaré qué rayos significa, hijo de puta de retaguardia! Te voy a partir la cara.

Yo no era persona de pelearme. Los japoneses me proporcionaban todas las peleas que quería. Pero perdí la cabeza. Tiré mi bolsa de munición y comencé a trepar por el terraplén. Otros servidores de mortero también emprendieron el ascenso.

—¿Qué ocurre? —oí que gritaba un hombre más atrás en la columna.

—Ese imbécil de retaguardia de ahí arriba ha insultado a la Compañía K —respondió alguien.

De inmediato, otros hombres de la Compañía K empezaron a subir por el talud. Los dos hombres que estaban en la carretera parecían perplejos mientras veían cómo marines barbudos y cubiertos de barro soltaban reniegos, dejaban en el suelo sus armas, dejaban caer sus cargas y se lanzaban en tropel terraplén arriba. Uno de nuestros oficiales y un par de suboficiales se dieron cuenta de lo que había ocurrido y corrieron delante de nosotros.

El oficial se giró y gritó:

—¡Vuelvan a formar a paso ligero! ¡Muévanse! ¡Muévanse!

Nos detuvimos, todos nosotros sabíamos que desobedecer órdenes era buscarse una acción disciplinaria grave. Los dos hombres de la carretera se habían asustado y los vimos dirigirse precipitadamente por la carretera hacia la retaguardia. Volvieron la vista atrás varias veces para comprobar si los seguían. Debíamos haberles parecido un grupo furioso y de aspecto amenazador. Me imagino que esos dos marines conocieron el auténtico significado y esencia del espíritu de equipo tras esa experiencia.

Recogimos nuestras armas y equipo, y nos pusimos de nuevo en marcha por debajo de la carretera sólo para detenernos poco después. Los oficiales consultaron sus mapas, debatieron y decidieron que ese lugar era tan bueno como cualquier otro para que la compañía abandonara el terreno bajo y lleno de barro, ascendiera por el talud y aprovechara la carretera revestida de polvo de coral (probablemente se tratara de la carretera este-oeste de Naha a Yonabaru, de la que nuestro regimiento capturó un segmento más o menos entonces). Subimos a la carretera, nos quitamos el equipo y nos instalamos en la ladera de un gran cerro con una amplia cima cubierta de hierba y árboles. Por toda la ladera de la loma había criptas y emplazamientos funerarios de los habitantes de Okinawa, pero los japoneses no habían dejado muchos hombres para defenderlos. Sin embargo, dieron lo mejor de sí antes de que los aniquilaran.

Hacia el anochecer, yo estaba examinando un cañón nipón de 75 mm que habían abandonado en perfecto estado. Varios de nosotros nos divertimos mucho girando los cigüeñales y las ruedas, que no comprendíamos pero que movían el gran tubo arriba y abajo, a derecha e izquierda. Nuestro juego se vio interrumpido por el chillido de varios proyectiles de artillería enemigos que hicieron explosión en la cima del cerro, cerca de un grupo de hombres de la Compañía K.

—¡Sanitario!

Subimos corriendo por el cerro, esperando que no llegaran más obuses pero

preguntándonos a quién le habrían dado y sabiendo que podrían necesitarnos para ayudar con las bajas. Pudimos ver el humo de los proyectiles y los marines que corrían de allá para acá para asistir a los heridos y para dispersarse.

En la penumbra en aumento, ascendí a toda prisa hasta un pequeño puñado de marines que estaban inclinados sobre una baja. Para mi consternación, el marine herido era Joe Lamben, un experto en demoliciones de buen carácter que siempre llevaba un puro en la boca y al que había conocido mucho tiempo atrás. Me arrodillé a su lado y me afligí al comprobar que tenía múltiples heridas de fragmentos de proyectil en el cuerpo.

Los hombres habían colocado con cuidado un capote debajo de Lamben y se estaban preparando para bajar por el cerro para evacuarlo. Le deseé suerte, hice las bromas de costumbre sobre no ponerse demasiado romántico con las enfermeras en el barco hospital y le pedí que se bebiera una cerveza y pensara en mí cuando llegara a Estados Unidos: los comentarios habituales que uno le hacía a un amigo herido de gravedad que tenía pocas posibilidades.

Lamber me miró en medio de la creciente oscuridad. Apretando la colilla de un puro sin encender entre los dientes, dijo con ironía en la voz:

—Mazo, ¿no es una putada que un hombre lleve tanto tiempo como yo en la compañía y tengan que sacarlo en un capote?

Hice algunos pobres intentos por consolarlo. Yo sabía que se iba a morir, y tenía ganas de llorar.

—Ojalá pudiera encenderte ese puro, amigo, pero no podemos encender luces.

—No hay problema, Mazo.

—Una de esas guapas enfermeras te lo encenderá —le aseguré mientras levantaban el capote y emprendían el descenso por la ladera del cerro con él.

Me puse en pie y clavé la mirada en un cercano grupo de preciosos pinos recortados contra el cielo cada vez más oscuro. El viento me lanzó su fresco aroma a la cara y pensé en lo mucho que se parecía al olor del pino sureño. Pero el pobre y valiente Lambert nunca volvería a casa. Le di gracias a Dios por el hecho de que cuando se le acabó la suerte y lo hirieron mortalmente ocurriera en la alta cima de un cerro limpio y cubierto de hierba, cerca de un grupo de fragantes pinos y no allá, en la fétida mugre del lodazal que rodeaba Shuri.

El cabo Lambert era uno de los más populares en la Compañía K. Cualquiera de los que habíamos combatido en el cerro Bloody Nose de Peleliu lo habíamos visto muchísimas veces de pie sobre alguna cueva japonesa,

balanceando una carga en una cuerda hasta que la tenía en el lugar perfecto, luego soltar la cuerda y gritar: «Fuego en el hoyo»... justo antes de la nueva explosión. Sonreía, después descendía y se volvía a unir a nosotros empapado de sudor de la cabeza a los pies. Encendía de nuevo su puro (que le servía de encendedor para las mechas de sus cargas) y comentaba el daño que había sufrido la cueva. Era fornido, de cara redonda y jovial. Se decía que estaba previsto que regresara a Estados Unidos tras Peleliu, pero que se había negado porque quería quedarse con la Compañía K. Poco después de que se lo llevaran, nos enteramos de que Lambert había fallecido. Fue una de las muchas tragedias personales de la guerra que lo mataran después de haber servido durante tanto tiempo y con tanto valor.

Al día siguiente nos adentramos en un amplio valle que se extendía por debajo del cerro. Vimos equipo y cadáveres japoneses en varias pistas destruidas a consecuencia del gran bombardeo estadounidense durante la última semana de mayo, cuando el enemigo había evacuado Shuri. También nos encontramos con numerosos depósitos de suministros nipones. La mayor parte de la comida y las raciones no nos gustó. Las raciones de hierro japonesas, que había visto por primera vez en bolsas de gasa en Peleliu, sabían a galletas para perro. Sin embargo, encontré varias latas de vieiras japonesas en conserva que estaban deliciosas. Varias latas de este producto que guardé en mi mochila supusieron un grato cambio entre tantas raciones C y K.

Un día llevamos a cabo un rápido avance a través de un valle amplio y cubierto de hierba sólo para que nos detuvieran unos francotiradores apostados en unas rocas en la cima del cerro de enfrente. Montamos los morteros, los alineamos sobre las áreas en las que se encontraban los francotiradores y comenzamos a disparar. Llegaron equipos de camilleros y comenzaron a subir y a bajar por la ladera del cerro. A cuatro de nosotros nos enviaron a formar un equipo de camilleros para recoger a un sanitario al que le habían alcanzado los disparos de los francotiradores.

Subimos por el cerro poco empinado y cubierto de hierba, y llegamos hasta el Doc. Nos cruzamos con otro equipo de camilleros que transportaba al marine del que se estaba ocupando el sanitario cuando él mismo había resultado herido. Un francotirador le había disparado al marine y el sanitario había ido a administrarle ayuda médica. Mientras trabajaba sobre el marine herido, un japonés le disparó en el muslo. Aunque sufría una herida dolorosa, siguió trabajando con su paciente. Entonces el francotirador le había disparado a Doc en el otro muslo. Cuando llegamos, nos indicó que tuviéramos cuidado o también nos darían.

Lo colocamos rápidamente en una camilla y nos marchamos lo más deprisa que pudimos. El sanitario era un hombre bastante alto y fornido, más grande que

cualquiera de nosotros. Lo transportamos una larga distancia: cerro abajo y a través del amplio valle hasta una zanja sobre la que se extendía una pasarela. Un jeep ambulancia estaba aguardando en el otro extremo de la pasarela. Todos estábamos prácticamente agotados debido a los esfuerzos y a la falta de sueño de las dos últimas semanas, y nos costó bastante. Aunque había recibido dos heridas, el sanitario no dejaba de insistir en que nos detuviéramos y descansáramos un rato. Pero los cuatro nos sentíamos obligados a llevarlo al jeep y evacuarlo lo antes posible.

Al final, aceptamos parar para tomar un respiro. Dejamos la camilla en el suelo y caímos de espaldas sobre la hierba, tratando de recobrar el aliento. El sanitario nos hablaba con tono tranquilo, advirtiéndonos que nos lo tomáramos con calma y no hiciéramos un esfuerzo excesivo. Sentí vergüenza. A aquel generoso y entregado sanitario le preocupaba más que estuviéramos tan cansados por cargar con él que sus propias heridas.

Levantamos la camilla y llegamos a la zanja. Allí vi un arbusto con tomatitos. Logré agarrar tres o cuatro y dejarlos sobre la camilla mientras llevábamos al sanitario al otro lado de la estrecha pasarela. Le dije que se los comiera, que harían que se sintiera mejor. Me dio las gracias, pero repuso que deberíamos comérnoslos nosotros porque a él le darían buena comida en el hospital.

¿Y quién rodeó el jeep justo cuando estábamos cargando a nuestro sanitario? Doc Arrogante, conocido por sus inyecciones dolorosas en Pavuvu.

—Me los quedo —dijo a la vez que alargaba la mano para coger los tomates.

—¡Y una mierda! —exclamé, quitándoselos de las manos. Uno de mis amigos se acercó a él y soltó: —Serías capaz de quitarle un caramelo a un niño, ¿verdad, cabrón?

Arrogante puso una cara hosca, dio medio vuelta y volvió a rodear el jeep. Nuestro sanitario me pasó los tomates e insistió en que nos los comiéramos. Le aseguramos que lo haríamos y le deseamos suerte mientras el jeep se alejaba dando tumbos hacia la retaguardia.

Cruzamos la pasarela de nuevo y caímos exhaustos sobre la hierba. Nos fumamos un cigarrillo, repartimos los jugosos tomatitos, despotricamos contra Arrogante y expresamos nuestra admiración por todos los demás sanitarios.

El 4 de junio nos desplazamos rápidamente en dirección sur campo a través bajo una lluvia torrencial. Aunque la oposición era esporádica, aun así teníamos que revisar todas las casas, cabañas y antiguos emplazamientos japoneses. Mientras registrábamos una pequeña cabaña, me encontré con una anciana de

Okinawa que estaba sentada en el suelo justo en a la entrada. Para no correr riesgos, sostuve mi Tommy y le hice señas para que se levantara y saliera. La mujer permaneció en el suelo pero inclinó la cabeza y alzó las manos nudosas hacia mí, con las palmas hacia abajo, para mostrarme los tatuajes que llevaba en los dorsos de las manos y que indicaban que era de Okinawa.

— *No Nippon* —dijo despacio, negando con la cabeza mientras levantaba la mirada hacia mí con una expresión de cansancio que denotaba mucho dolor físico.

A continuación, se abrió el harapiento kimono azul y señaló una herida en el lado inferior izquierdo de su abdomen. Se trataba de una herida antigua, probablemente causada por un obús o fragmentos de bomba. Era algo espantoso. Una gran zona alrededor del tajo lleno de costras estaba descolorida y terriblemente infectada. Ahogué un grito. Supuse que una infección tan grave en la región abdominal tenía que ser mortal.

La anciana se cerró el kimono. Estiró las manos con delicadeza, cogió la boca de mi Tommy y la desplazó despacio para situarla directamente entre sus ojos. Entonces soltó el cañón del arma y me hizo señas enérgicamente para que apretara el gatillo.

«Oh, no, a esta pobre le duele tanto que hasta quiere que acabe con su sufrimiento», pensé. Levanté mi Tommy, me la colgué al hombro, negué con la cabeza y le dije:

—No.

A continuación, retrocedí y grité pidiendo un sanitario.

—¿Qué pasa, Mazo?

—Hay una vieja asiática ahí dentro con una herida muy fea en el costado.

—Veré lo que puedo hacer por ella —aseguró. Estábamos a unos cincuenta metros de la choza.

En ese preciso momento, un disparo resonó desde la choza.

Me volví.

El sanitario y yo nos pusimos de cuclillas.

—Eso ha sido un MI —afirmé.

—Sin duda. ¿Qué diablos...? —dijo el sanitario.

Justo entonces un marine salió con aire despreocupado de la choza mientras comprobaba el seguro de su fusil. Yo lo conocía bien. En ese momento estaba asignado al cuartel general de la compañía. Lo llamé por su nombre y le pregunté:

—¿Había un japo en esa choza? Acabo de comprobarla.

—No —respondió mientras nos acercábamos a él—, sólo una vieja asiática que quería que le pusiera fin a su sufrimiento. Así que le hice el favor.

El sanitario y yo nos miramos uno al otro y luego al marine. Aquel joven tranquilo y de modales suaves no era de los que mataban a un civil a sangre fría.

Cuando vi la forma arrugada bajo el desteñido kimono azul en la puerta de la cabaña, exploté:

—¡Imbécil! Intentó que yo le pegara un tiro y llamé al Doc para que viniera a ayudarla.

El verdugo me miró con expresión de desconcierto.

—Hijo de puta —grité—. Si tienes tantas ganas de disparar a alguien, ¿por qué no le cambias el sitio al servidor de una ametralladora y sales de ese maldito puesto de mando y le disparas a los japos? ¡Ellos devuelven los disparos!

Balbució una disculpa y el sanitario lo insultó.

—¡Se supone que tenemos que matar japos, no ancianas! —exclamé.

El rostro del verdugo enrojeció. Un suboficial llegó y preguntó qué ocurría. El sanitario y yo se lo contamos. El suboficial fulminó al marine con la mirada y soltó:

—Desgraciado.

—Vamos, Mazo. Nos ponemos en marcha —gritó alguien.

—Ustedes larguense, que yo me ocupo de esto —nos indicó el suboficial.

Salimos corriendo para alcanzar la sección de morteros mientras el suboficial continuaba reprendiendo al verdugo. Nunca supe si lo sancionaron por su acto despiadado o no.

A la derecha de la 1. a División de marines, el 7.° de marines extendió sus líneas hacia la costa oeste y cerró la península de Oroku. A continuación, la 6.a División de marines llegó y libró una batalla de desgaste de diez días para aniquilar a los defensores nipones de la zona. La división mató a cerca de 5.000 japoneses (sólo hizo 200 prisioneros), con unas pérdidas de 1.608 marines muertos y heridos.

El 4 de junio, el 1.° de marines relevó al 5.° de marines como regimiento de asalto para la ofensiva de la 1.a División de marines hacia el sur. El 5.° de marines pasó a la reserva para apoyar al III cuerpo anfibio de marines, una posición que siguió entrañando mucho peligro para sus agotados marines, pues significaba patrullar y limpiar la

retaguardia del avance.

Nos atrincheramos como segunda línea a lo largo de un cerro bajo; teníamos algunas ruinas de casas de habitantes de Okinawa detrás de nosotros y un valle amplio se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista. La lluvia se detuvo la noche del 5 al 6 de junio. Nunca olvidaré la sensación de profundo alivio físico cuando me quité las botas empapadas y cubiertas de barro por primera vez en aproximadamente dos semanas. Cuando me quité los calcetines chorreantes y apestosos, se me desprendieron trozos y tiras de carne muerta de las plantas de los pies. Un amigo, Myron Tesreau, hizo un comentario sobre el fortísimo olor, sólo para descubrir que sus pies estaban igual de mal. Mis calcetines, un par de lana del ejército, de color caqui (más gruesos y pesados que los blancos que nos suministraba el cuerpo de marines), estaban tan viscosos y asquerosos que no pude soportar lavarlos en el casco. Se los había cambiado a un soldado por una barra de caramelo en abril. Suponían un bien muy preciado para mí por lo cómodos que eran cuando estaban mojados. Con pesar, tiré mis maravillosos calcetines y eché una palada de tierra encima como si cubriera un fétido cadáver.

Fue estupendo lavarme los pies y sostenerlos en alto sobre una caja de munición para dejar que les diera el sol mientras movía los dedos. Todo el mundo se limpió y secó los pies en cuanto pudo. Los míos estaban sumamente irritados por toda la planta, casi como si estuvieran a punto de sangrar. Todos los callos de fricción de la piel se habían desprendido y las plantas de mis pies estaban surcadas de estrías profundas y rojizas. Pero después de secarlos al sol y ponerme calcetines y botas secos, enseguida estuvieron mejor. No obstante, pasaron meses antes de que las plantas volvieran a tener su aspecto normal.

Montamos nuestros morteros en fosos al pie del cerro bajo, a lo largo del que se había atrincherado la línea de la Compañía K. George Sarrett y yo ocupábamos una trinchera para dos personas en el cerro junto a la pista que atravesaba el cerro en ángulo recto. Durante las noches que permanecimos allí, los servidores de mortero nos turnamos en las armas y disparamos bengalas periódicamente sobre la zona de nuestra compañía.

Entre las patrullas y las guardias de todas las noches, comenzamos a descansar y a secarnos. Los aviones nos lanzaron suministros, comida, agua y munición. Pudimos hacer fogatas y calentar raciones durante el día, cosa que supuso un placer. Allí dispusimos de raciones «diez en uno», lo que siempre era de agradecer tras tantas raciones C y K. En aquel entonces aún no habían perfeccionado el método para suministrar agua por avión. El agua venía en grandes bolsas de plástico. Cuatro de estas bolsas se metían en un cilindro de

metal sujeto a un paracaídas. Bastante a menudo el impacto del cilindro de metal al chocar contra suelo hacía que una o más bolsas se rompieran y parte o toda el agua se perdía.

Siempre nos divertíamos mucho cuando nos lanzaban suministros, incluso aunque correr por el barro para reunir la munición, las raciones y otros suministros atados a los paracaídas de vivos colores suponía un trabajo duro. La mayoría de las veces los lanzamientos los efectuaban torpederos de la infantería de marina que volaban bajo sobre nuestras cabezas. Su precisión era excepcional. A lo largo de los períodos en los que el profundo barro cubría gran parte del campo de batalla, siempre agradecíamos un día despejado; no sólo porque detestáramos la lluvia, sino porque eso significaba que nuestros aviones podrían despegar y lanzarnos suministros. Si no había que mover los suministros a pulso durante kilómetros a través del barro.

Mientras nos mantuvieron de reserva, a otro servidor de mortero y a mí nos enviaron en una misión de rutina para llevar un mensaje a la costa occidental. Era el tipo de cosas que a todo soldado de infantería se le pedía que hiciera muchas veces. Por lo general se trataba de una buena misión porque escapábamos temporalmente del ojo de lince del sargento de artillería de la compañía, podíamos movernos a nuestro propio ritmo y hacer un poco de turismo por el camino a través de zonas por las que ya se había luchado y que se habían asegurado. No se consideraba peligroso.

Nuestras instrucciones eran sencillas. El sargento de artillería de nuestra compañía, Hank Boyes, nos dijo que siguiéramos por la pista este-oeste hasta llegar a la playa y que regresáramos. Nos indicó con quién ponernos en contacto y qué suministros pedir. Luego nos aconsejó que no nos pusiéramos a tontear buscando souvenires y nos advirtió de la posibilidad de encontrar enemigos rezagados.

Emprendimos el camino muy animados por lo que pensábamos que iba a ser una interesante excursión por el sur de la península de Oroku. Para entonces ya nos habíamos limpiado. Habíamos lavado los pantalones, y las polainas y botas estaban secas, y les habíamos quitado de barro. Llevábamos las dos cantimploras de agua habituales. También teníamos chocolatinas de las raciones porque estaríamos fuera varias horas. Mi compañero iba armado con una carabina. Yo portaba la Tommy y mi pistola del 45. El tiempo se había secado y era un día ideal para un poco de inofensiva diversión, lejos de las patrullas que habíamos estado llevando a cabo.

Tras salir del área de nuestro batallón y pasar a la pista, no vimos prácticamente a nadie. Mientras caminábamos por la silenciosa pista, los únicos sonidos que oíamos en las inmediaciones eran nuestras propias voces, el crujido

que provocaban nuestras botas en la carretera, el chapoteo sordo del agua en las cantimploras y de vez en cuando el golpeteo de las culatas de nuestras armas contra las cantimploras o las fundas de los Ka-Bar. Avanzamos por aquel mundo silencioso que caracterizaba la estela de la batalla.

La zona estaba repleta de los desechos de la guerra. El frente tormentoso había pasado, pero había dejado atrás los restos. Nuestros ojos expertos interpretaron las señales mudas y reconstruyeron el drama y el patetismo de las diferentes luchas a vida o muerte que habían tenido lugar. Nos encontramos con numerosos cadáveres enemigos, junto a los que pasábamos siempre por el lado de barlovento. No vimos ningún marine muerto. Pero una chaqueta de tela manchada de sangre aquí, una bota rota allá, un casco con la funda de tela de camuflaje y el acero de debajo rasgados por las balas, botellas de plasma desechadas y apositos de campaña ensangrentados daban mudo testimonio del destino de sus antiguos propietarios.

Cruzamos el terraplén de una vía férrea y entramos en las afueras de un pueblo. Todos los edificios estaban muy dañados, pero algunos seguían en pie. Nos detuvimos un momento a explorar una extraña tiendecita. En el escaparate había varios productos de belleza. En la calle, en frente de la tienda, yacía un cadáver vestido con un kimono azul. Alguien había colocado una puerta rota sobre el lastimoso cuerpo. Hicimos conjeturas sobre si habría sido el dueño de la tienda. Pasamos por una terminal de autobuses quemada con la taquilla aún en pie. A nuestra derecha y a los lejos, la batalla retumbaba mientras la 6.a División de marines se enfrentaba al enemigo en la península de Oroku.

Seguimos adelante a través de las ruinas sin incidentes, en dirección a la playa, cuando un carro anfibio se acercó traqueteando. El conductor era la primera persona que habíamos visto. Le hicimos señas y resultó que el conductor estaba esperándonos en la playa pero que se había puesto en marcha con la esperanza de localizarnos. Tras recibir la información sobre nuestra unidad, hizo girar su carro y se dirigió de nuevo a la playa. Una vez completada nuestra misión, mi amigo y yo emprendimos el regreso a través de las ruinas.

Dejamos atrás la tienda de productos de belleza y el cadáver cubierto con la puerta, y nos aproximamos a la terminal de autobuses. Soplaba una suave brisa. Lo único que rompía el silencio era el repiqueteo de un trozo de hojalata suelto en el tejado en ruinas de la terminal. Si me olvidaba del lejano estruendo de la batalla, nuestro entorno me recordaba a cuando cruzaba caminando una granja desierta en una tranquila tarde de primavera en casa. Parecía un lugar adecuado para tomarnos un descanso, explorar la terminal de autobuses y comernos nuestras chocolatinas. Habíamos ahorrado tiempo al encontrarnos con el carro anfibio, así

que podíamos parar un rato.

El violento chasquido y estallido de una larga ráfaga de una ametralladora japonesa que pasó a toda velocidad, a la altura del pecho, por delante de nosotros hizo que mi compañero y yo corriéramos a ponernos a cubierto. Nos lanzamos detrás de la taquilla de hormigón y nos tumbamos sobre el cemento cubierto de escombros, jadeando.

—¡Dios, ha estado cerca, Mazo!

—¡Demasiado cerca!

El artillero enemigo había apuntado perfectamente desde su posición elevada, pero se había adelantado. Las balas rebotaron y aullaron en el interior de la terminal incendiada. Oímos el tintineo del cristal cuando las balas rompieron unas ventanas.

—¿Dónde diablos está ese cabrón? —preguntó mi compañero.

—No lo sé, pero probablemente se encuentre a unos doscientos metros.

Nos quedamos inmóviles un momento, el silencio sólo se veía interrumpido por los tranquilos y perezosos chasquidos de la hojalata mecida por la brisa. Atisbé con cautela desde detrás de la taquilla. Otra ráfaga por poco me alcanza en la cabeza y atravesó el edificio repiqueteando tras chocar contra el hormigón que había a nuestro lado.

—No hay duda de que ese cabrón nos está apuntando directamente —gimió mi amigo.

La taquilla estaba rodeada de una extensión abierta de hormigón. El artillero nos tenía inmovilizados. Mi amigo echó un vistazo por su lado de la estrecha taquilla y obtuvo el mismo recibimiento que yo. A continuación, el servidor de la ametralladora enemiga disparó una ráfaga por la parte de arriba de la zona de hormigón de la taquilla, haciendo añicos lo que quedaba de las ventanas de la parte superior. Estábamos seguros de que el artillero de la Nambu se encontraba arriba, en la sección sur del terraplén del ferrocarril.

—Tal vez podamos retroceder entre los arbustos para que no nos vea y luego escapar por la parte posterior del edificio —sugirió mi amigo.

Se movió un poco a un lado para mirar detrás de nosotros, pero otra ráfaga demostró que su plan era inviable.

—Supongo que tendremos que esperar a que oscurezca y después salir sin que nos vea —apunté.

—Creo que tienes razón. Está claro que no vamos a poder salir de aquí de

día sin que nos dé. Nos tiene bien inmovilizados. Mazo, después de toda la mierda por la que hemos pasado, ahora resulta que estamos entre la espada y la pared. ¡Maldita sea!

Los minutos se transformaron en solitarias horas mientras el tiempo transcurría lentamente. Mantuvimos los ojos bien abiertos en todas direcciones por si otros japoneses se nos acercaban sigilosamente por detrás mientras la ametralladora nos mantenía ocupados.

Hacia última hora de la tarde oímos una ráfaga de disparos de un fusil MI allí donde estaba situado el artillero enemigo. Después de unos minutos, echamos un vistazo. Para nuestra gran alegría, vimos que un grupo de cuatro o cinco marines de la Compañía K se acercaba a grandes zancadas por la pista.

—¡Cuidado con esa Nambu! —gritamos, señalando hacia el lugar del que habían estado llegando los disparos.

Un sonriente marine sostuvo la ametralladora en alto y respondió a gritos:

—Les dimos una paliza. ¿Estáis bien? El sargento supuso que os habíais topado con problemas cuando no regresasteis y nos envió a buscaros.

A mediados de junio, los rostros conocidos escaseaban en la Compañía Ky en todas las unidades de infantería de la 1.a División de marines. El 1 de junio, la compañía perdió treinta y seis hombres en una acción enemiga. Diez días después, veintidós se marcharon con pie de inmersión y otras dolencias graves. A pesar de los reemplazos de mediados de mes, la Compañía K se dirigió a su último combate importante con aproximadamente cien hombres y dos o tres oficiales. Sólo la mitad de los que habían desembarcado en Hagushi dos meses y medio antes.

La matanza del cerro Kunishi

Hacia mediados de junio comenzamos a oír inquietantes rumores sobre un lugar situado al sur de nosotros llamado cerro Kunishi. Se decía que los otros regimientos de infantería de nuestra división, el 7.° de marines y después el 1.°, mantenían encarnizados enfrentamientos allí y que necesitarían nuestra ayuda. Nuestras esperanzas de que no volvieran a enviar al 5.° de marines a las primeras líneas comenzaron a desvanecerse.

Continuamos patrullando. Disfruté de mis vieiras japonesas en lata y deseé que no existiera el cerro Kunishi. Pero el día inevitable llegó:

—Guarden el equipo, nos vamos.

El tiempo se volvió seco y cálido mientras nos desplazábamos hacia el sur. Cuanto más avanzábamos, más aumentaba el sonido de los disparos: el golpeteo de la artillería, el ruido sordo de los morteros, el incesante traqueteo de las ametralladoras y el estallido de los fusiles. Se trataba de una conocida combinación de sonidos que engendraba las viejas sensaciones de terror acerca de tus propias posibilidades, además de las espantosas imágenes de los heridos, los conmocionados y los muertos: la inevitable cosecha.

Tras el repliegue de Shuri, los defensores japoneses de Okinawa se retiraron a sus últimas líneas defensivas a lo largo de una serie de cerros que había cerca del extremo meridional de la isla. El extremo occidental era el cerro Kunishi. En el centro se encontraba Yuza-Dake. Más al este, Yaeju-Dake [60]

El cerro Kunishi tenía unos 1.500 metros de altura y era una escarpadura de coral cortada a pique. Los japoneses se atrincheraron en cuevas y emplazamientos en las laderas. Los accesos frontales a Kunishi desde el norte se encontraban completamente expuestos: praderas y arrozales que ofrecían a los nipones ángulos de tiro perfectos.

El 12 de junio, el 7.° de marines llevó a cabo un ataque antes del amanecer y tomó una parte de Kunishi. Los marines estaban sobre el cerro, pero el enemigo estaba dentro de él. Durante cuatro días, los marines del 7.° Regimiento se vieron aislados encima del cerro. Se les proporcionó suministros por medio de aviones y carros de combate, y los vehículos blindados se llevaron a sus muertos y heridos.

El 14 de junio, el 1.° de marines atacó algunos sectores de Kunishi y sufrió cuantiosas bajas en el intento. El mismo día, el 1.er Batallón —a las órdenes del teniente coronel Austin Shofner (antiguo oficial al mando del 3/5 en Peleliu)— atacó y tomó Yuza-Dake pero soportó un número atroz de bajas debido a los defensores japoneses de la zona y a los intensos disparos que les enviaron desde Yaeju-Dake.

Mientras nos adentrábamos en la infernal confusión del 14 de junio, aún nos resonaban en la cabeza las palabras: «Quizá no vuelvan a asignar al 5.° de marines». Caminamos lenta y pesadamente por los lados de una pista polvorienta, junto a tractores de combate y tractores anfibios que avanzaban y un continuo tráfico de jeeps ambulancia que regresaban cargados con los juveniles restos humanos de la batalla por el cerro Kunishi.

Aquella tarde, nuestra compañía se desplegó por un bosquecillo de árboles y arbustos en el lado sur de la carretera. Vimos y oímos intensos disparos en el cerro

Kunishi más adelante, al otro lado del terreno abierto. Mi sección de morteros se atrincheró cerca de la pista y ajustamos las armas para lanzar bengalas sobre un pintoresco puente que permanecía intacto sobre la alta ribera de un río.

Un par de nosotros nos acercamos a echarle un vistazo al puente antes de que oscureciera. Bajamos hasta el río por un sendero que salía de la pista. El agua era cristalina y producía un relajante rumor sobre un limpio fondo de guijarros. Los helechos crecían en las riberas cubiertas de musgo y entre las rocas. Sentí el impulso de buscar salamandras y cangrejos. Era un lugar precioso, fresco y tranquilo, completamente ajeno al atronador infierno que se desarrollaba justo encima.

A la mañana siguiente relevamos al 1/1 en Yuza-Dake. Mientras subíamos por la pista, pasamos junto a un arbolito al que le habían arrancado todas las ramas. Le colgaban tantos cables de comunicación que parecía una gran fregona del revés. El rebote de una bala pasó silbando entre el hombre que iba por delante de mí y yo. Levantó una pequeña nube de polvo al estrellarse contra una pila de maleza seca que había al borde de la pista. «De nuevo en la picadora de carne», pensé, mientras ascendíamos hacia los encarnizados disparos.

Me pareció que Yuza-Dake tenía un aspecto espantoso. Se asemejaba a uno de los infernales cerros coralinos de Peleliu. Podíamos ver el cerro Kunishi a nuestra derecha y la elevación de Yaeju-Dake a la izquierda. Los carros de combate del ejército atacaban esta última con ametralladoras y cañones de 75 mm.

Por primera vez en combate, oí el gemido de unas sirenas. Nos dijeron que el ejército había colocado sirenas en sus carros de combate por el efecto psicológico que podrían tener en los japoneses. Para mí, las sirenas simplemente hacían que toda la sangrienta lucha resultara más extraña y me pusiera más nervioso. Los japoneses rara vez se rendían al verse ante lanzallamas, artillería, bombas ni otra cosa; así que no comprendí cómo iban a molestarles unas inofensivas sirenas. Nos hartamos de oírlas gemir contra el repiqueteo constante de las armas ligeras y el estrépito del fuego de artillería.

Mientras nos encontrábamos en Yuza-Dake sufriendo los disparos esporádicos del enemigo, el 2/5 se unió al 7.° de marines en el duro combate para tomar el resto del cerro Kunishi. Los emplazamientos y cuevas de los japoneses recibieron un aterrador bombardeo por medio de morteros, artillería, cañoneo naval pesado y ataques aéreos compuestos de veinticinco o treinta aviones. Cada vez me recordaba más al cerro Bloody Nose de Peleliu.

El 2.° Batallón del 5.° de marines ganó algo de terreno en Kunishi pero precisó ayuda. La Compañía K se unió al 2/5 y llegó justo a tiempo para ayudar a

ese batallón a rechazar un contraataque nocturno del tamaño de una compañía el 17 de junio. Algo más tarde aquella noche oímos que nuestra compañía atacaría a la mañana siguiente para hacerse con el resto del cerro Kunishi en la zona de acción del 5.° de marines. Libraríamos un combate cuerpo a cuerpo una vez más.

Nos enteramos de que partiríamos bastante antes del amanecer y que nos desplegaríamos para el ataque, pues teníamos que atravesar una amplia zona abierta para llegar al cerro. Un oficial llegó ofreciéndonos lo que parecía un discurso para animarnos sobre que el 5.° de marines podría concluir el trabajo en el cerro Kunishi. (Todos sabíamos que al 1.° y 7.° de marines ya los habían ametrallado terriblemente al tomar la mayor parte del cerro.)

Desplazarse en la oscuridad era algo que a los veteranos de Gloucester y Peleliu no nos gustaba en absoluto. Estábamos convencidos de que nadie, salvo los japoneses, o los imbéciles, andaban por ahí de noche. Los nuevos reemplazos que habían llegado a la compañía un par de días antes parecían confundidos de un modo tan lastimoso que no veían la diferencia. Sin embargo, avanzar al amparo de la oscuridad era el único modo sensato de aproximarse al cerro Kunishi. El 1.° y el 7.° de marines ya habían tenido que desplazarse de ese modo para cruzar el terreno abierto sin que los masacrasen.

Avanzamos despacio y con cautela por los arrozales y campos de caña de azúcar. Más adelante vimos que los proyectiles estallaban encima y alrededor del cerro mientras nuestra artillería silbaba en lo alto. Oímos el conocido estallido de los fusiles, el golpeteo de las ametralladoras y las explosiones de las granadas. Los proyectiles enemigos también hacían explosión en el cerro. Todos sabíamos que era probable que ésta fuera la última batalla importante antes de que los japoneses fueran aniquilados y la campaña finalizase. A medida que atravesaba pesadamente la oscuridad, el corazón me palpitaba con fuerza, tenía la garganta seca y casi demasiado cerrada para tragar, una sensación que bordeaba el pánico. Tras haber llegado tan lejos en la guerra, sabía que se me acabaría la suerte. Comencé a sudar y a rezar para que cuando me alcanzaran no me mataran ni me dejaran lisiado. Quería darme la vuelta y salir corriendo.

Nos acercamos al cerro, que se recortaba contra el horizonte. La cima se parecía tanto a Bloody Nose que por poco se me doblan las rodillas. Me sentí como si estuviera en Peleliu y tuviera que volver a pasar por todo aquello.

Los fusileros subieron por el cerro. A los servidores de morteros nos apostaron para vigilar por si los japoneses intentaban infiltrarse desde la zona izquierda de la retaguardia. No montamos nuestras armas. Como el enemigo se encontraba en la ladera opuesta y en el cerro, el enfrentamiento sería tan de cerca que no podíamos lanzar explosivos de gran potencia.

Nuestra artillería de 105 mm disparaba contra el cerro Kunishi mientras nosotros nos situamos en posición en medio de la oscuridad. Para nuestra consternación, un obús se quedó corto y estalló en la línea de nuestra compañía. El puesto de mando de la compañía alertó a los observadores de artillería de que habíamos recibido disparos cortos. Otro 105 hizo explosión con un espantoso fogonazo y un estallido.

—¡Sanitario! —gritó alguien.

—¡Maldita sea, estamos sufriendo bajas por disparos cortos! —exclamó un oficial en su *walkie-talkie*.

—¿Qué dicen de esos disparos cortos?—preguntó el segundo oficial de la compañía.

—Que lo comprobarán.

Nuestra artillería estaba disparando por encima del cerro, hacia el pueblo de Kunishi, para impedir que el enemigo trasladara más tropas hacia la loma. Sin embargo, cada vez que abrían fuego, daba la impresión de que un cañón lanzaba sus proyectiles siguiendo un patrón de cruce que bordeaba el cerro hacia las líneas de la Compañía K. Aquello bastaba para llevar a cualquiera a la desesperación.

Los japoneses arrojaban granadas por todo el frente y se producian algunos disparos de fusil y ametralladora. Por la derecha comenzamos a oír cómo estallaban granadas estadounidenses dentro de nuestras líneas.

—Eh, chicos, los japos deben haber conseguido una caja de nuestras granadas. ¿Escucháis eso?

—Sí, esos cabrones usarán todo a lo que puedan echarle mano.

Durante la siguiente ráfaga de granadas, no oímos explotar más modelos americanos dentro de nuestra área. Luego se transmitió la orden de que nos asegurásemos de que todos los nuevos reemplazos sabían usar debidamente las granadas. Se habían dado cuenta de que uno de los nuevos sacaba cada bote de granada de una caja de granadas, arrancaba el precinto del bote y luego lanzaba el bote sin abrir al enemigo. Los japoneses abrían cada bote, sacaban la granada, tiraban de la anilla y nos devolvían la mortífera «pina». Los veteranos que me rodeaban se quedaron atónitos al oír lo que había ocurrido. El incidente, sin embargo, fue sólo uno de muchos ejemplos de la pésima preparación para el combate de los últimos reemplazos.

Con la llegada del amanecer pude ver bien los alrededores. Sólo entonces pude comprender la batalla tan desesperada y enconada que había sido —y continuaba siendo— el combate por el cerro Kunishi. La loma estaba compuesta de

roca coralina y se parecía tristemente a los cerros de Peleliu. No obstante, Kunishi no era tan alto ni las formaciones de coral tan recortadas como las de Peleliu. Los habituales desechos de la batalla estaban desparramados por nuestras inmediaciones, lo que incluía a unos treinta marines muertos en camillas cubiertos con capotes.

Algunos de nuestros fusileros se desplazaron hacia el este, mientras otros ascendieron por las laderas. Seguimos sin montar los morteros: era un combate de fusileros exclusivamente. Los servidores de mortero nos mantuvimos alerta para servir de camilleros o fusileros.

Había francotiradores por todo el cerro y resultaba casi imposible localizarlos. Uno tras otro, los nuestros comenzaron a recibir disparos, y los equipos de camilleros no paraban. Bajábamos a los heridos hasta el pie del cerro, hasta un punto en el que los carros de combate podían acercarse marcha atrás sin que los vieran los francotiradores apostados en la cima del cerro. Atábamos a los heridos a las camillas y luego amarrábamos las camillas sobre la parte posterior de los vehículos. Los heridos que podían caminar iban dentro. A continuación, los blindados se alejaban en medio de una nube de polvo por una pista de coral hacia el puesto de socorro. El mayor número posible de hombres disparaba contra el cerro para inmovilizar a los francotiradores, de forma que no pudieran atacar a los heridos que viajaban sobre los carros de combate.

Poco antes de que la compañía llegara al extremo este del cerro, vimos que un equipo de camilleros se abría paso ladera arriba para bajar a un herido. De pronto, cuatro o cinco proyectiles de mortero estallaron en rápida sucesión cerca de ellos, hiriendo levemente a tres de los cuatro camilleros. Se ayudaron unos a otros a volver a descender por el cerro y otro equipo de camilleros, del que yo formaba parte, emprendió el ascenso para recoger al herido. Subimos por una ruta un poco diferente para esquivar al observador del mortero enemigo. Llegamos a lo alto del cerro y localizamos a la víctima, tendida sobre un escarpado saliente de coral, a un metro y medio de altura aproximadamente. El marine, Leonard E. Vargo, nos dijo que no podía moverse mucho porque le habían disparado en ambos pies. Por lo tanto, no podía bajarse del saliente.

—Tened cuidado, chicos. El japo que me disparó dos veces sigue escondido ahí mismo en esas rocas.

Hizo un gesto hacia un amasijo de rocas a no más de veinte metros de distancia.

Razonamos que, si el francotirador había podido alcanzar a Vargo en ambos pies, inmovilizándolo, probablemente estuviera esperando para dispararle a

cualquiera que acudieran al rescate. Eso significaba que quienquiera que escalara para ayudar a Vargo recibiría un tiro de inmediato. Nos apoyamos contra la roca de coral con las cabezas al mismo nivel que la de Vargo, pero fuera de la línea de fuego del francotirador, y nos miramos unos a otros. El silencio me resultó violento. Vargo yacía pacientemente, confiando en que lo ayudaríamos.

—Alguien tiene que subir ahí y bajarlo —apunté.

Mis tres compañeros asintieron con la cabeza con aire de gravedad e hicieron comentarios en voz baja, coincidiendo. Me dije a mí mismo que si seguíamos haciendo el tonto mucho más, el francotirador podría matar al indefenso marine, que ya sufría una herida dolorosa. Entonces oímos el estruendo de otro disparo corto de 105 mm algo más allá... y luego otro. Un lúgubre fatalismo se adueñó de mí: era que nos disparase un francotirador o que nuestra propia artillería nos hiciera pedazos. Avergonzándome de vacilar tanto tiempo, trepé como pude junto a Vargo. —Cuidado con ese japo —repitió.

Mientras le colocaba las manos en los flancos, eché una mirada y descubrí la entrada a la pequeña cueva del francotirador. Se trataba de un espacio negro de cerca de un metro de diámetro. Esperaba ver cómo la boca del arma escupía un fogonazo en cualquier momento. Por extraño que parezca, me sentí en paz conmigo mismo; curiosamente, no tenía demasiado miedo. Sin embargo, no vi ni oí al francotirador.

Mis compañeros ya tenían a Vargo bien agarrado para entonces, así que me puse en pie un breve instante y miré hacia el sur. Experimenté una sensación de desbordante júbilo. Más allá del humo de nuestra artillería, al sur, se encontraban el extremo de la isla y el fin de la agonía.

—Vamos, Mazo. ¡Salgamos de aquí!

Con otro rápido vistazo a la entrada de la pequeña cueva —desconcertado por saber dónde estaba el francotirador y por qué no me había disparado—, volví a descender por la roca hasta el equipo de camilleros. Logramos bajar a Vargo del cerro Kunishi sin más contratiempos.

Tras bajar a otro herido, pasé por delante del puesto de mando de nuestra compañía, que estaba situado entre unas rocas, al pie del cerro, y oí a uno de nuestros oficiales conversando de manera confidencial con Hank Boyes. El oficial dijo que tenía los nervios casi destrozados debido a la constante tensión y que no creía que pudiera seguir adelante mucho más. El veterano Boyes le habló con voz suave, intentando calmarlo. El oficial estaba sentado sobre el casco y se pasaba las manos por el pelo de forma frenética. Prácticamente estaba sollozando.

Sentí compasión por el oficial. Yo me había visto en la misma tesitura más

de una vez, cuando los horrores se apilaban unos sobre otros y parecían demasiados para poder soportarlos. Además, el oficial cargaba con una pesada responsabilidad, que yo no tenía.

Mientras pasaba de largo, el oficial soltó con desesperación:

—¿Qué les pasa a esos tipos del cerro? ¿Por qué diablos no avanzan más rápido y acaban con esto de una vez?

Aparte de que podía sentir compasión, mi propio estado emocional y físico no era bueno ni mucho menos para ese entonces. Olvidando por completo mi humilde rango, entré directamente en el puesto de mando y le contesté al oficial:

—Yo le diré lo que les pasa a esos tipos del cerro. ¡Que les están disparando a derecha e izquierda y no pueden ir más rápido!

El oficial levantó la mirada con una expresión aturdida. Boyes se giró, probablemente esperando ver al jefe del batallón o del regimiento. Pareció sorprenderse cuando se encontró conmigo. Luego me fulminó con la mirada, igual que lo había hecho aquella vez en la que le había dicho demasiado a Sombra en Half Moon. Entré en razón rápidamente y recordé que el hecho de que un soldado raso les diera consejos a tenientes y sargentos de artillería no se consideraba un procedimiento habitual en el cuerpo de marines; entonces retrocedí discretamente y salí de allí.

Hacia la tarde varios de nosotros estábamos descansando entre unas rocas cerca de la cima del cerro. Les habíamos estado pasando munición y agua a unos hombres que se encontraban justo debajo de la cima. Una ametralladora japonesa seguía cubriendo la cima y nadie se atrevía a levantar la cabeza. Las balas restallaban por encima de la loma y rebotaban en el aire silbando tras chocar contra las rocas. El hombre que se encontraba a mi lado era un fusilero y un magnífico veterano de Peleliu al que conocía bien. Se había vuelto taciturno durante la última hora, lo cual era insólito en él, pero supuse que simplemente estaba tan cansado y tan harto del miedo y la fatiga como yo. De pronto comenzó a farfullar de manera incoherente, aferró su fusil y chilló:

—Esos cabrones amarillos de ojos rasgados ya han matado a suficientes amigos míos. Voy a ir a por ellos.

Se puso en pie de un salto y emprendió el camino hacia la cima del cerro.

—¡Para! —exclamé y traté de agarrarlo por la pernera del pantalón. Se soltó.

Un sargento que se encontraba a su lado gritó:

—¡Pare, idiota!

El sargento también quiso coger las piernas del frenético fusilero, pero se le resbalaron las manos. Sin embargo, logró agarrar la puntera de una bota y le dio un tirón. Eso hizo que el hombre perdiera el equilibrio y quedara despatarrado, de espaldas, sollozando con un bebé. Tenía la parte delantera de los pantalones oscurecidos. Se había orinado al perder el dominio de sí mismo. El sargento y yo intentamos calmarlo pero también nos aseguramos de que no pudiera volver a ponerse en pie.

—Cálmese, amigo. Vamos a sacarlo de aquí —le aseguró el suboficial.

Llamamos a un sanitario que se llevó al tembloroso y sollozante hombre de la picadora de carne a un puesto de socorro.

—Es un marine estupendo, Mazo. Me las veré con cualquiera que diga lo contrario. Pero ya no puede soportarlo más. Eso es todo. Ya no puede soportarlo más.

La voz del sargento se fue apagando con tristeza. Acabábamos de presenciar cómo un hombre valiente sucumbía por completo a la presión y perdía todo el control de sí mismo, incluso hasta renunciar al deseo de vivir.

—Si no le hubiera agarrado el pie y lo hubiera hecho caer antes de que llegara a la cima, no hay duda de que ahora estaría muerto —comenté.

—Sí, esa maldita ametralladora le habría dado, eso no tiene vuelta de hoja —asintió el sargento.

Antes de que terminara el día, la Compañía K llegó al extremo oriental del cerro Kunishi y se puso en contracto con las unidades del ejército que se habían hecho con el terreno elevado en Yuza-Dake y Yaeju-Dake. Nos llegó el correo junto con raciones, agua y munición. Entre mis cartas había una de un conocido de Mobile de hacía muchos años. Se había alistado en el cuerpo de marines y formaba parte de una unidad de retaguardia de tropas de servicio que estaba emplazada al norte de Okinawa. Insistía en que le escribiera de inmediato contándole dónde estaba situada mi unidad. Decía que cuando averiguara dónde estaba, vendría a visitarme enseguida. Leí sus palabras a unos amigos y éstos se partieron de risa.

—¿Ese tipo no sabe que hay una guerra en marcha? ¿Pero qué rayos se cree que está haciendo la 1.a División de marines aquí abajo?

Otro sugirió que no sólo le insistiera en que viniera a verme inmediatamente, sino que se quedara y me reemplazara si quería ser un auténtico amigo. Nunca contesté a la carta.

Una pequeña patrulla del 7.° de marines vino y hablamos con un viejo amigo. Nos contó que su regimiento se había visto envuelto en atroces

enfrentamientos todos los días que había permanecido en el cerro Kunishi. Luego nos quedamos sentados en silencio, observando compungidos cómo la artillería japonesa de gran calibre bombardeaba a un grupo de marines a la derecha. Se corrió la noticia por la línea de la muerte del jefe del 10.° Ejército estadounidense, el general Buckner.[61]

Poco después de que nos relevaran en el cerro Kunishi (la tarde del 18 de junio), le pregunté al sargento de artillería Hank Boyes cuántos hombres habíamos perdido combatiendo en Yuza-Dake y Kunishi. Me contestó que la Compañía K había perdido cuarenta y nueve soldados rasos y un oficial, la mitad de los que éramos el día anterior. Casi todos los reemplazos recién llegados se contaban entre las bajas. Ahora la compañía constaba de un mero remanente, el veintiuno por ciento de sus efectivos normales, doscientos treinta y cinco hombres. Habíamos permanecido unidos al 2/5 sólo veintidós horas y habíamos estado en el cerro Kunishi menos tiempo aún.

CAPÍTULO QUINCE

El fin de la agonía

Del 11 al 18 de junio la feroz batalla por Kunishi-Yuza-Dake le costó a la 1.a División de marines 1.150 bajas. Estos enfrentamientos marcaron el final de la resistencia organizada nipona en Okinawa.

La batalla por Kunishi fue inolvidable. A muchos nos recordó los cerros de Peleliu y nos sorprendió el hecho de que los ataques nocturnos que habían efectuado los marines desempeñaran un papel significativo en la captura de tan difícil objetivo. Entre mis amigos de la tropa, la mayor sorpresa fue el mal estado de preparación y entrenamiento de nuestros nuevos reemplazos, comparados con los reemplazos que habían llegado a la compañía en anteriores momentos de la campaña (habían recibido cierto adiestramiento de combate en las zonas de retaguardia antes de unirse a nosotros). Pero la mayoría de los nuevos que se sumaron a nuestras filas justo antes del cerro Kunishi habían llegado directamente de Estados Unidos. Algunos nos contaron que sólo habían tenido unas pocas semanas de adiestramiento o menos después del campamento de instrucción.

No era de extrañar que estuvieran tan confundidos y fueran tan ineficientes la primera vez que se veían expuestos a los intensos disparos enemigos. Cuando teníamos que evacuar a alguna baja mientras nos disparaban, algunos de los nuevos se mostraban reacios a correr los riesgos que eran necesarios para salvar a un marine herido. Esta reticencia enfurecía a los veteranos, que los amenazaban de tal modo que los nuevos al final hacían su parte. Los motivaba un miedo mayor a los marines veteranos que a los japoneses. Esto no tiene relación alguna con su valor; sencillamente no los habían adiestrado ni preparado para hacer frente a la conmoción, la violencia y las infernales condiciones en las que los arrojaron. La tropa, que normalmente se mostraba comprensiva con los nuevos reemplazos, decían de ellos que estaban «más perdidos que un pulpo en un garaje» o alguna otra descripción más profunda aunque irreverente.

Bajamos del cerro Kunishi a última hora del día del 18 de junio con una sensación de intenso alivio. Tras reincorporarnos a las otras compañías del 3/5, formamos una columna en una pista que atravesaba el cerro. Mientras nos

dirigíamos al sur, hablamos con hombres del 8.° de marines que avanzaban con nosotros. Nos alegramos de ver llegar a un regimiento de marines veteranos para encabezar la ofensiva final hacia el sur. Estábamos agotados.

Los veteranos de nuestra tropa inspeccionamos a los hombres del 8.° de marines con la dura mirada profesional de unos viejos lobos de mar evaluando a otra unidad. Todo lo que vimos suscitó comentarios de aprobación: tenían un aspecto cuidado y muchos de ellos eran veteranos de combate.[62]

Estuve hablando con un servidor de morteros de 60 mm que llevaba casi un portamorteros completo de proyectiles de gran potencia en una mochila. Cuando le pregunté por qué iba tan cargado, me respondió que el jefe de su batallón quería que los servidores de mortero probaran el sistema porque podían transportar más munición que en una bolsa de munición normal. Deseé fervientemente que ninguno de nuestros oficiales viera esa mochila.

También vi un pelotón de ametralladora con las palabras «La Venganza de los Japos» cuidadosamente escritas en la cámara de agua de su ametralladora pesada del calibre 30. Formaban una dotación de aspecto duro.

Pasamos por una gran zona cubierta de barro. Allí yacía el cuerpo de un soldado japonés muerto con uniforme y equipo completo. Suponía un espectáculo dantesco. Las orugas de los carros de combate lo habían machacado en el barro y parecía un enorme insecto aplastado.

Nuestra columna descendió a un valle manteniendo un intervalo de cinco pasos, una fila a cada lado de la pista. Un carro anfibio se acercó traqueteando despacio. Se dirigía hacia el frente, más al sur. Pasó a mi lado mientras yo fantaseaba con la maravillosa posibilidad de que tal vez no nos bombardeasen ni nos disparasen más. Sin embargo, mi ensueño se vio interrumpido grosera y bruscamente por un sonido. «¡Zum... bum!» «¡Zum... bum!»

—¡Dispérsense!

Nos desperdigamos como una nidada de codornices. Unos diez de nosotros saltamos dentro de una zanja. El primer proyectil antitanque enemigo había pasado por encima del carro anfibio y había estallado en un campo más allá. Pero el segundo había logrado un impacto directo en el lado izquierdo del vehículo. La máquina se detuvo con una sacudida y empezó a echar humo. Nos asomamos fuera de la zanja mientras el conductor intentaba poner en marcha el motor. El otro miembro de la dotación echó un vistazo en el compartimento de carga para evaluar los daños. Otros dos proyectiles se incrustaron en el lateral del carro. Los dos marines se tiraron de la cabina, vinieron corriendo y se dejaron caer en la zanja junto a nosotros, jadeando.

—¿Qué clase de cargamento hay ahí dentro? —inquirí.

—Tenemos una carga de tiro completa para una compañía de fusiles: «treinta balas», granadas, munición de mortero... toda esa historia. Va a estallar de lo lindo cuando el fuego llegue a esa munición. Los depósitos de gasolina están tan destrozados que no hay forma de apagarlo.

El conductor se arrastró por la zanja para encontrar a un radiotelegrafista e informar de que su cargamento no podía llegar al frente.

Justo entonces un hombre se acercó a rastras a mi lado y se puso en pie. Levanté la mirada hacia él, sorprendido. Todos los marines de la zona estaban pegados al suelo, esperando la inevitable explosión del carro anfibio. El hombre llevaba pantalones limpios, aún con el brillo nuevo en la tela y hacía gala de la apariencia relajada de una persona que se podía lavar y beber café caliente en un puesto de mando cada vez que le apeteciera. Tenía en la mano un tomavistas portátil con el que empezó a filmar con avidez la nube de denso humo negro que brotaba del carro anfibio. Los cartuchos de fusil comenzaron a estallar en el carro a medida que el calor los alcanzaba.

—Eh, amigo—le dije—. ¡Será mejor que te agaches! Esa cosa va saltar por los aires en cualquier momento. ¡Está cargada de munición!

El hombre mantuvo la cámara en alto, pero dejó de filmar. Se giró y me dirigió una despectiva mirada de absoluto desdén e indignación. No se rebajó a hablarme mientras yo me encogía en la zanja, sino que se volvió hacia el ocular de su cámara y siguió filmando.

En ese preciso momento se produjo un fogonazo acompañado de una fuerte explosión y una espantosa sacudida mientras el carro anfibio hacía explosión. La onda expansiva derribó al cámara. Estaba ileso, pero muy sorprendido y terriblemente asustado. Atisbo con cuidado y con los ojos como platos por encima del talud de la zanja, hacia el carro retorcido que ardía en la carretera.

Me incliné hacia él y le comenté en tono agradable:

—Te lo dije.

El hombre me miró, ya sin arrogancia en el rostro. Le dediqué la sonrisa más amplia que pude lograr; «como un tonto con un lápiz», como diría mi abuela. Estupefacto, el cámara se giró rápidamente y se alejó a rastras por la zanja, hacia la retaguardia.

Había cuatro o cinco carros de combate de los marines estacionados en el valle, a unos cien metros. Las partes delanteras fuertemente blindadas estaban orientadas valle arriba. El primer disparo enemigo contra el carro anfibio había

puesto en guardia a las dotaciones; los vimos girar sus 75 hacia nuestra izquierda y cerrar las escotillas de las torres. Justo a tiempo. Toda la batería de cañones japoneses de 47 mm abrió fuego graneado contra los carros de combate. Qué lástima que el cámara hubiera sentido que la llamada del deber lo reclamaba en la retaguardia después de la explosión del carro, porque se perdió una escena espectacular. Los cañones enemigos dispararon con admirable precisión. Varios de sus proyectiles perforantes parecidos a trazadoras golpearon las torres de los blindados y rebotaron en el aire. Los vehículos devolvieron los disparos. En cuestión de minutos, los cañones japoneses fueron destruidos o interrumpieron los disparos, y todo quedó en clama. Los carros de combate sólo sufrieron daños leves. Regresamos a la pista y nos dirigimos al sur sin más incidentes.

Hasta que la isla se aseguró el 21 de junio, llevamos a cabo una serie de rápidos desplazamientos hacia el sur, deteniéndonos únicamente para combatir contra grupos aislados de japoneses que residían en cuevas, fortines y aldeas en ruinas. El descansado 8.° de marines presionó hacia el sur con rapidez.

—El 8.° de marines va como alma que lleva el diablo —comentó uno.

Tuvimos suerte de no sufrir muchas bajas en la compañía. Los japoneses estaban derrotados y la esperanza que todos los agotados veteranos tenían por encima de todo era que su suerte aguantara un poco más, hasta el final de la batalla.

Utilizamos altavoces, soldados japoneses capturados y civiles de Okinawa para convencer a los enemigos restantes de que se rindieran. Un sargento y un teniente japonés que se había licenciado en una universidad norteamericana de prestigio y hablaba inglés a la perfección se entregaron en una pista. Justo después de que salieran y se rindieran, un francotirador abrió fuego sobre nosotros. Ocho o diez marines nos refugiamos junto al terraplén, pero el oficial y el suboficial japoneses se quedaron en medio de la carretera mientras las balas levantaban polvo a su alrededor. Era evidente que el francotirador estaba intentando matarlos por haberse entregado.

Nos quedamos mirando a los dos japoneses, que permanecían en pie, con calma, y uno de nuestros suboficiales exclamó:

—Poneos aquí a cubierto, imbéciles.

El oficial enemigo sonrió afablemente e intercambió unas palabras con su suboficial. Se acercaron con tranquilidad y se agacharon como les habían ordenado.

Algunos hombres de la Compañía K dispararon a la dotación de un obús de 150 mm emplazado en la entrada de una cueva bien camuflada. Los japoneses

defendieron la enorme pieza de artillería con sus fusiles y murieron hasta el último hombre. Más adelante, intentamos conseguir que un grupo de enemigos que se encontraba en una cripta funeraria se rindieran, pero se negaron. Nuestro teniente, Mac, saltó delante de la puerta y gritó en japonés:

—No tengáis miedo. Salid. No os haré daño.

A continuación, disparó un cargador completo de veinte balas en la puerta con su metralleta. Todos negamos con la cabeza y seguimos adelante. Aproximadamente media hora después, cinco o seis japoneses salieron rápidamente, peleando. Algunos de nuestros marines que iban por detrás de nosotros los mataron.

Nuestro batallón fue una de las primeras unidades estadounidenses en llegar al final de la isla. Había una vista preciosa, aunque aún quedaran francotiradores por la zona. Nos detuvimos en una alta colina que daba al mar. Debajo, a nuestra izquierda, vimos a la infantería del ejército avanzando hacia nosotros, haciendo salir y abatiendo a los soldados enemigos uno por uno y en pequeños grupos. Los morteros de 81 mm del ejército disparaban por delante de las tropas y algunas de nuestras armas se les unieron. Nos pusimos un tanto tensos cuando el fuego de mortero del ejército continuó acercándose cada vez más a nuestras posiciones incluso después de que se hubiera puesto a la unidad al tanto de nuestra situación. Uno de los oficiales de nuestro batallón se enfureció cuando los grandes proyectiles llegaron peligrosamente cerca. Ordenó a radiotelegrafista que le dijera al oficial del ejército al mando que si no interrumpían los disparos de inmediato, nuestros 81 abrirían fuego contra sus tropas. Los morteros del ejército dejaron de disparar.

La noche del 20 de junio montamos una línea defensiva en el terreno elevado que daba al mar. Mi mortero estaba atrincherado cerca de una pista de polvo de coral y debía iluminar o disparar proyectiles de gran potencia en la zona. Otras armas de la sección cubrían el sector de la compañía que daba al mar.

Antes habíamos visto y oído una especie de cohete de aspecto extraño que los japoneses lanzaron desde enfrente de nuestro sector. Los proyectiles se pudieron ver con claridad mientras ascendían con un sobrecogedor chillido. La mayoría hicieron explosión en el área del 8.° de marines. Aquellas cosas sonaban como enormes bombas. Se pidió que todo sanitario disponible ayudara con las bajas que habían ocasionado esas explosiones.

Los japoneses que se encontraban en Okinawa disponían de una unidad de mortero Spigot de 320 mm preparada para disparar un proyectil de 675 libras. Los estadounidenses se encontraron por primera vez con esta imponente arma en Iwo

Jima. No sé si lo que vimos abrir fuego varias veces durante el último día o dos en Okinawa era un mortero Spigot, pero fuera lo que fuera se trataba de una arma de sonido aterrador que causaba grandes daños.

La noche se convirtió en una larga serie de tiroteos con los japoneses, que merodeaban por todas partes. Oímos que alguien se acercaba por la carretera, el coral crujía bajo sus pies. En aquella noche oscura como boca de lobo, un nuevo reemplazo disparó su carabina dos veces y pidió la contraseña a gritos. Alguien se rió y varios enemigos comenzaron a disparar hacia nosotros mientras pasaban corriendo por la carretera. Una bala pasó silbando a mi lado y golpeó el cilindro de hidrógeno de un lanzallamas que estaba situado a un lado de la trinchera adyacente. El cilindro agujerado emitió un agudo sonido sibilante.

—¿Esa cosa va a estallar? —pregunté con inquietud.

—No, sólo le han dado al tanque de hidrógeno. No se inflamará —me aseguró el servidor del lanzallamas.

Podíamos oír cómo los zapatos con tachuelas de los soldados enemigos golpeaban la carretera hasta que una mortal ráfaga de disparos de otros marines de la Compañía K acabó con ellos. Mientras los registrábamos a la mañana siguiente, me fijé en que todos llevaban arroz cocido en su fiambrera de campaña (todas acribilladas).

Otros japoneses nadaban por el mar, a poca distancia de la costa. Los divisamos a la luz de las bengalas. Una línea de marines que se encontraba detrás de un muro de piedra en la playa disparó contra ellos. Uno de nuestros hombres subió corriendo desde el muro para buscar más munición de carabina.

—Vamos, Mazo. Es como en Lexington y Concord.

—No, gracias. Estoy muy cómodo en mi agujero.

Volvió a bajar al muro y continuaron disparando toda la noche.

Justo antes del amanecer, oímos explotar un par de granadas enemigas. Unos japoneses chillaron y gritaron como locos en el lugar donde uno de nuestros cañones de 37 mm se había atrincherado, al otro lado de la carretera, para cubrir el valle por el frente. Resonaron unos disparos y después llegaron gritos desesperados y maldiciones.

—¡Sanitario!

Luego silencio. Un nuevo sanitario que se había unido a nosotros hacía poco empezó a dirigirse hacia la llamada de socorro, pero le dije:

—Espera, Doc. Iré contigo.

No estaba siendo heroico. Estaba bastante asustado. Pero conociendo la propensión del enemigo a la perfidia, pensé que alguien debería acompañarlo.

—Espere, Mazo. Podrían necesitarlo en el mortero. Vaya, Doc, y tenga cuidado —dijo un suboficial. Unos minutos después, añadió—: Muy bien, Mazo, vaya si quiere.

Cogí mi Tommy y seguí al sanitario. Estaba acabando de vendar a uno de los marines heridos de la dotación del cañón de 37 mm cuando yo llegué. Otros marines se estaban acercando para ver si podían ayudar. Varios hombres habían resultado heridos cuando dos oficiales enemigos subieron sigilosamente por la ladera empinada, lanzaron granadas en el emplazamiento del cañón y saltaron blandiendo los sables samurais. Un marine había parado un sablazo con la carabina. Entonces su compañero le había disparado al oficial nipón, que cayó de espaldas ladera abajo. El golpe de sable le había amputado un dedo y se había hundido en el guardamanos de caoba de la carabina.

El segundo oficial japonés yacía muerto de espaldas, junto a la rueda del cañón de 37 mm. Llevaba uniforme de gala con guantes blancos, lustrosas polainas de cuero, cinturón Sam Browne e insignias de campaña en el pecho. No quedaba nada de su cabeza de nariz para arriba: sólo una masa de cráneo machacado, sesos y pulpa ensangrentada. Un mugriento marine con una expresión aturdida se alzaba sobre el japonés. El marine tenía un pie plantado con firmeza en el suelo, a cada lado del cuerpo del oficial enemigo, sostenía su fusil por el guardamano y lenta y mecánicamente lo subía y lo bajaba, como si fuera un desatascados Yo me estremecía cada vez que bajaba produciendo un nauseabundo sonido. Había sesos y sangre por todo el fusil, las botas y las polainas de lona del marine, además de en la rueda del cañón de 37 mm.

Era evidente que el marine estaba en un completo estado de choque. Lo cogimos por los brazos con cuidado. Uno de sus compañeros ilesos apartó el fusil manchado de sangre.

—Vamos a sacarte de aquí, amigo.

El pobre tipo respondió como un sonámbulo mientras se lo llevaban con los heridos, que para entonces estaban en camillas. El hombre que había perdido el dedo aferraba el sable japonés con la otra mano.

—Me voy a quedar con este cabrón de souvenir.

Llevamos a rastras al maltrecho oficial enemigo hasta el borde del emplazamiento del cañón y lo hicimos rodar colina abajo. Repleto de violencia, estupor, sangre, carnicería y sufrimiento, ésta era la clase de incidente que debería presenciar todo aquel que se haga alguna falsa ilusión sobre la gloria de la guerra.

Fue tan salvaje y brutal como si el enemigo y nosotros fuéramos bárbaros primitivos más que hombres civilizados.

Más tarde, aquel mismo día, 21 de junio de 1945, nos enteramos de que el alto mando había declarado la isla asegurada. Cada uno recibimos dos naranjas frescas con los saludos del almirante Nimitz. Así que me comí las mías, me fumé una pipa y contemplé el precioso mar azul. El sol danzaba sobre el agua. Tras ochenta y dos días con sus noches, no podía creer que Okinawa por fin hubiera terminado. Estuve tentado de relajarme y pensar que subiríamos a un barco de inmediato para reposar y recuperarnos en Hawaii.

—Eso es lo que se rumorea, chicos. La pura verdad. Nos vamos a Waikiki —dijo un compañero sonriendo.

Sin embargo, la larga serie de dificultades que componían nuestro pan de cada día en una compañía de fusiles me hizo tener dudas. Mi intuición se confirmó poco después.

—Pónganse el equipo, comprueben las armas. Volvemos al norte. Limpiarán la zona de cualquier japo que siga oponiendo resistencia. Enterrarán a todos los enemigos muertos. Recuperarán equipo estadounidense y enemigo. Todos los casquillos de más de un calibre 50 se recogerán y se colocarán en montones ordenados. Preparados para partir.

Una última tarea

Si ésta fuera una novela sobre la guerra, o si yo fuera un narrador de ficción, encontraría un modo romántico de terminar este relato mientras contemplaba esa magnífica puesta de sol desde los acantilados del extremo sur de Okinawa. Pero ésa no fue la realidad a la que tuvimos que hacer frente. A la Compañía K aún le quedaba un trabajo desagradable más que desempeñar.

Para las tropas cansadas de combatir, agotadas tras una campaña de ochenta y dos días, encargarse de aquella limpieza supuso una noticia deprimente. Lo menos que se podría decir es que el asunto nos alteró los nervios. Los enemigos con los que nos encontramos eran los resistentes más duros y vendían sus vidas lo más caras posibles. Fugitivos de la ley de los promedios, estábamos nerviosos e inquietos. Un hombre podía sobrevivir a Gloucester, Peleliu y Okinawa sólo para que le disparase un japonés fanático y rezagado escondido en una cueva. Nos resultó difícil aceptar esa orden. Pero lo hicimos... con desaliento. Sin embargo, enterrar a los enemigos muertos y recuperar casquillos y equipo en el campo de

batalla fue el colmo para nuestra decaída moral.

—Por el amor de Dios, ¿por qué rayos tenemos que enterrar a estos apestosos cabrones después de haberlos matado? Dejemos que la maldita gente de retaguardia los huela. No tuvieron que luchar contra ellos.

—Caray, recoger casquillos. Es la orden más estúpida y absurda que he oído nunca.

Nuestro deber era combatir, pero a nuestro entender enterrar enemigos muertos y limpiar el campo de batalla no era una labor para las tropas de infantería. Nos quejamos y refunfuñamos con amargura. Suponía la máxima humillación para hombres que habían luchado tan duro y tanto tiempo, y que habían ganado. Estábamos furiosos y frustrados. Por primera vez, vi a varios de mis compañeros veteranos negarse rotundamente a obedecer una orden. Si algunos de nosotros no los hubiéramos convencido para que dejaran de discutir acaloradamente con un suboficial, los habrían sancionado con severidad por insubordinación.

Nunca olvidaré que tuve que engatusar, reñir y rogar a dos amigos veteranos para que se callaran y cumplieran las órdenes mientras soltaba mi pala de la mochila. Agotados, nos encontrábamos en un campo de caña de azúcar pisoteado junto al cadáver hinchado de un japo. Mis dos amigos eran hombres con tres campañas a sus espaldas y que habían desempeñado una labor extraordinaria en combate, pero ya no podían aguantar más. No tenían la más mínima intención de enterrar a ningún japonés apestoso, no señor. Sin embargo, al final me impuse justo cuando Hank Boyes se acercó con rostro adusto y gritándoles que se pusieran manos a la obra.

Así que nos arrastramos de regreso al norte. Maldijimos a cada enemigo muerto que tuvimos que enterrar. (Simplemente les echábamos tierra encima con las palas para hacer trincheras.) Maldijimos cada casquillo «de más de un calibre 50» que recogimos para colocarlos «en montones ordenados». Nunca antes nos alegramos más de contar con el apoyo de nuestros carros de combate. Los tanques lanzallamas, en particular, resultaron muy eficaces para obligar a salir de sus cuevas a japoneses problemáticos.[63] Por suerte, sufrimos pocas bajas.

Pocos días después nos reunimos en un campo abierto y rompimos filas para esperar más órdenes. Hacía calor, así que todos nos quitamos las mochilas, nos sentamos en los cascos, bebimos un poco de agua y nos fumamos un cigarrillo. Un suboficial nos indicó que íbamos a estar allí varias horas, así recibimos la orden de ponernos a comer.

Al final de la batalla, tres agotados servidores de mortero de la Compañía K: (de izqda. a dcha.) John Redifer, Vincent Santos y Gene Farrar.

Un amigo y yo nos dirigimos a una pequeña zona boscosa que había cerca del campo para comer nuestras raciones K a la sombra. Entramos en un lugar totalmente intacto que se asemejaba a un parque natural: pinos bajos y gráciles proyectaban densas sombras y en las rocas y riberas crecían helechos y musgo. Hacía una temperatura agradable y el olor a pino fresco impregnaba el aire. Milagrosamente, no presentaba ni un solo indicio de guerra.

—Vaya, este sitio es precioso, ¿verdad, Mazo?

—Parece irreal —apunté mientras me quitaba la mochila y me sentaba en el blando musgo verde junto a grupo de elegantes helechos.

Cada uno comenzó a calentar una taza de agua para hacer café instantáneo. Saqué mi preciada lata de jamón curado que había conseguido mediante un intercambio con un hombre del puesto de mando. (Él se la había robado a un oficial.) Nos recostamos en medio del fresco silencio. La guerra, la disciplina militar y otras realidades desagradables parecían encontrarse a un millón de millas. Por vez primera en meses, comenzamos a relajarnos.

—Muy bien, muchachos. Salgan. ¡Vamos! ¡Vamos! Vengan aquí —ordenó un suboficial, la autoridad resonaba en cada una de sus palabras.

—¿La compañía se va ya? —preguntó mi amigo sorprendido.

—No, pero ustedes sí.

—¿Por qué?

—Porque esto es zona prohibida para los soldados rasos —respondió el suboficial mientras se giraba y señalaba un grupo de oficiales que masticaban sus raciones a la vez que entraban tranquilamente en nuestro recién encontrado santuario.

—Pero no les estorbamos —protesté.

—Salgan y cumpla las órdenes.

Dicho sea en su honor, el suboficial parecía solidarizarse con nosotros y daba la impresión de que sentía el peso de esa desagradable tarea. Recogimos con resentimiento nuestras raciones a medio comer y nuestro equipo, regresamos al sol y nos dejamos caer en el campo polvoriento.

—Una estupidez, ¿no?

—Sí —contesté—, ni siquiera debemos estar cerca de esos oficiales. Los enfrentamientos en esta maldita isla ya han terminado. Los oficiales han empezado a acobardarse otra vez y a decir gilipolleces. Ayer, mientras el tiroteo todavía estaba en marcha, estaban a partir un piñón con los soldados rasos.

Nuestras quejas se vieron interrumpidas por el sonido de un disparo de fusil. Un marine al que conocía muy bien retrocedió tambaleándose y cayó al suelo. Su compañero soltó su fusil y corrió hacia él, seguido de muchos más. El chico estaba muerto, su amigo le había disparado en la cabeza. El otro hombre había pensado que el fusil estaba descargado cuando su joven amigo se había puesto frente él y había colocado jugando el pulgar sobre la boca del arma.

—Aprieta el gatillo. Apuesto a que no está cargado.

Apretó el gatillo. El fusil cargado disparó y lanzó una bala que atravesó la cabeza de su mejor amigo. Ambos habían violado la regla fundamental: «No apuntes un arma a nada a lo que no pienses dispararle».

El rostro del hombre reflejó conmoción y consternación desde ese momento hasta que dejó la compañía un par de semanas después. Oímos que tenía que hacer frente a un consejo de guerra general y una probable pena de prisión. Pero su peor castigo era vivir con el horror de haber matado a su mejor amigo jugando con un arma cargada.

Mientras la compañía seguía sentada en el campo, a cinco o seis hombres y a mí nos dijeron que cogiéramos nuestro equipo y siguiéramos a un suboficial hasta

unos camiones. Debíamos ir al norte, a un emplazamiento en el que nuestra división montaría un campamento de tiendas de campaña después de completar la limpieza en el sur. Nuestra labor consistía en descargar y vigilar el equipo de la compañía.

Nos inquietaba separarnos de la compañía, pero fue una buena misión. Durante el largo y polvoriento viaje en camión hacia la península de Motobu, pasamos por algunas áreas en las que habíamos luchado. Casi no pudimos reconocerlas: las habían transformado con pistas, campamentos de tiendas de campaña y depósitos de suministros. El número de tropas de servicio y la cantidad de equipamiento nos resultaban increíbles. Caminos embarrados o senderos cubiertos de coral ahora eran limpias pistas con vehículos circulando de un lado a otro y policías militares en cuidados caquis dirigiendo el tráfico. A lo largo de nuestra ruta se extendían campamentos de tiendas de campañas, cobertizos prefabricados y enormes parques de vehículos.

Habíamos regresado a la civilización. Habíamos salido del abismo una vez más. Resultaba excitante. Cantamos y silbamos como niños hasta que nos dolieron los costados. A medida que nos dirigíamos al norte, la campiña se volvió hermosa. La mayor parte parecía no haber sido tocada por la guerra. Por fin, nuestro camión se metió en un patatal a poca distancia de unos altos acantilados que daban al mar y a una pequeña isla que nuestro conductor nos dijo que se llamaba le Shima.

El terreno que rodeaba nuestro futuro campamento estaba intacto. Descargamos el equipo de la compañía del camión. El conductor nos había conseguido latas de agua de cinco galones. Nos habían suministrado muchas raciones K. Levantamos un campamento. El cabo Vincent estaba al mando, y nos alegrábamos. Era un tipo sensacional y un veterano de la Compañía K.

Pasamos varios días tranquilos y libres de preocupaciones disfrutando del sol durante el día y montando guardias de un centinela por la noche. Éramos como niños de acampada. El miedo y el terror habían quedado atrás.

Nuestro batallón vino unos días después. Todo el mundo se puso a trabajar en serio para completar el campamento. Se montaron tiendas en forma de pirámide, se cavaron zanjas de desagüe, nos trajeron catres plegables y sacos de dormir, y se levantó un comedor de lona. Todos los días regresaban viejos amigos de los hospitales; algunos estaban fuertes como robles pero otros mostraban los efectos de sólo una recuperación parcial de sus graves heridas. Para nuestra indignación, los rumores de que íbamos a Hawaii se desvanecieron. Sin embargo, el alivio que sentíamos porque el largo suplicio de Okinawa por fin había terminado era indescriptible.

Había muy pocas caras conocidas. Sólo quedaban veintiséis veteranos de Peleliu de los que habían desembarcado con la compañía el 1 de abril. Y dudo que hubiera diez veteranos siquiera que se hubieran librado de resultar heridos en un momento u otro en Peleliu u Okinawa. Las bajas estadounidenses totales fueron de 7.613 muertos y desaparecidos y 31.807 heridos en acción. Las bajas neuropsiquiátricas, «no producidas en combate», ascendieron a 26.221 (probablemente más que en ninguna otra batalla previa del teatro del Pacífico). Ésta segunda cifra tan alta se atribuye a dos causas: las concentraciones de fuego de artillería y mortero que los japoneses lanzaron sobre las tropas estadounidenses, y que fueron las más intensas que se sufrieron en el Pacífico, y los enfrentamientos prolongados y de cerca contra un enemigo fanático.

Los marines y el personal médico de la armada sufrieron unas bajas totales de 20.020 muertos, heridos y desaparecidos.

Los datos de bajas japonesas son confusos. No obstante, en Okinawa se contaron 107.539 enemigos muertos. Aproximadamente 10.000 tropas enemigas se rindieron y unas 20.000 fueron selladas en cuevas o enterradas por los propios japoneses. Incluso careciendo de cálculos exactos, en última instancia la guarnición enemiga, salvo raras excepciones, fue aniquilada. Por desgracia, aproximadamente 42.000 civiles de Okinawa se vieron atrapados entre los dos ejércitos enemigos y perecieron debido al fuego de artillería y a los bombardeos.

La 1.a División de marines sufrió cuantiosas bajas en Okinawa. Oficialmente, perdió 7.665 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos. También se produjo un número indeterminado de bajas entre los reemplazos cuyos nombres nunca llegaron a figurar en la lista de una unidad. Teniendo en cuenta que la mayoría de las bajas se produjeron en los tres regimientos de infantería de la división (unos 3.000 efectivos en cada uno), es evidente que las compañías de fusiles soportaron la mayor parte del embate, como había sucedido en Peleliu. Las pérdidas de la división de 6.526 hombres en Peleliu y 7.665 en Okinawa suman un total de 14.191. Estadísticamente, las unidades de infantería habían sufrido más de un 150 por ciento de bajas a lo largo de las dos campañas. Los pocos hombres que, como yo, nunca resultaron heridos pueden afirmar con justificación que sobrevivieron al abismo de la guerra como fugitivos de la ley de los promedios.[64]

Se había terminado

A medida que acabábamos de levantar nuestro campamento, comenzamos a

intentar relajarnos tras la extenuante campaña. Algunos de los veteranos de Gloucester volvieron a casa casi de inmediato y llegaron reemplazos. Circuló el alarmante rumor de que a continuación atacaríamos Japón, con una cifra esperada de bajas de un millón de estadounidenses. Nadie quería hablar de ello.

El 8 de agosto oímos que se había lanzado la primera bomba atómica sobre Japón. Durante una semana abundaron los comentarios sobre una posible rendición. Entonces, el 15 de agosto de 1945, la guerra terminó.

Recibimos la noticia con incredulidad contenida, unida a una inefable sensación de alivio. Pensábamos que los japoneses no se rendirían nunca. Muchos se negaron a creerlo. Sentados en silencio, anonadados, recordamos a nuestros muertos. Tantos muertos. Tantos lisiados. Tantos futuros brillantes relegados a las cenizas del pasado. Tantos sueños perdidos en la locura que nos había envuelto. Salvo por unos cuantos gritos de júbilo muy aislados, los supervivientes del abismo nos quedamos sentados en silencio y con los ojos hundidos, tratando de imaginar un mundo sin guerra.

La 1.a División de marines se trasladó al norte de China en septiembre como fuerza de ocupación; el 5.° de marines fue a la fascinante y antigua ciudad de Pekín. Tras unos cuatro meses y medio allí, volví a Estados Unidos.

Mi felicidad no tuvo límite cuando me enteré de que estaba previsto que me embarcara rumbo a casa. Había llegado el momento de despedirme de los viejos amigos del K/3/5. Cortar los lazos formados en dos campañas resultó doloroso. Una de las mejores y más famosas divisiones ofensivas de élite de Estados Unidos había sido mi hogar durante un período de extrema adversidad. En el frente, sin nada entre nosotros y el enemigo salvo espacio (y bien poco por cierto), habíamos forjado un vínculo que el tiempo no lograría borrar. Éramos hermanos. Partí con una sensación de pérdida y tristeza, pero el K/3/5 siempre formará parte de mí.

Resulta irónico que la trayectoria de nuestra compañía sea tan extraordinaria pero que tan pocos individuos recibieran condecoraciones al valor. Se daban pruebas de bravura poco frecuente tan a menudo que en gran parte pasaba desapercibida. Era de esperar. Sin embargo, a casi todos los hombres de la compañía se les concedió el Corazón Púrpura. El hecho que tuviera la fortuna de ser una de las pocas excepciones sigue asombrándome.

La guerra es brutal, ignominiosa y una terrible destructora. El combate deja una marca indeleble en aquellos que se ven obligados a soportarlo. Los únicos factores positivos fueron el increíble coraje de mis compañeros y su dedicación mutua. El entrenamiento del cuerpo de marines nos enseñó a matar de manera eficiente y a intentar sobrevivir. Pero también nos enseñó lealtad mutua... y afecto.

Ese espíritu de equipo nos mantuvo en pie.

Hasta que llegue el milenio y los países dejen de intentar esclavizar a los demás, será necesario que aceptemos nuestras responsabilidades y estemos dispuestos a hacer sacrificios por nuestro país: como lo hicieron mis compañeros. Como solían decir las tropas: «Si el país es lo bastante bueno para vivir en él, es lo bastante bueno para luchar por él». El privilegio conlleva responsabilidad.

— oOo —

APÉNDICE

Lista de honor

Veteranos de Peleliu con el K/3/5 al final de Okinawa

1. James Alien
2. Charles Anderson
3. James C. F. Anderson
4. Franklin Batchelor
5. Henry (Hank) Boyes [H/NE]
6. R. V. Burgin [H/R]
7. J. T. Burke
8. Guy E. Farrar
9. Peter Fouts
10. G. C. Gear
11. Antón Haas
12. Julius (Frenchy) Labeeuw
13. Les Land
14. Thorkil (Toby) Paulsen
15. Les Porter
16. Bobby Ragan
17. JohnRedifer
18. D. B. A. Salsby [H/R]
19. Vincent Santos
20. George Sarrett
21. Henry K. Schaeffer
22. Merriel (Snafu) Shelton [E/R]

23. E. B. Sledge

24. MyronTesreau

25. Orly C. Uhls

26. W. F. Vincent

Nota: [H/R] herido, regresó al servicio; [H/NE] herido no evacuado; [E/R] enfermo, regresó al servicio.

De los aproximadamente 65 veteranos de Peleliu que desembarcaron con la compañía en Okinawa, sólo los anteriormente nombrados sobrevivieron a la muerte, las heridas o la enfermedad, y estuvieron presentes al final de la batalla. Muchos de ellos habían resultado heridos en Cabo Gloucester o Peleliu.

BIBLIOGRAFÍA

Los libros y documentos que se incluyen a continuación no son los únicos relatos y ensayos que hablan de las batallas de Peleliu y Okinawa ni el lector debería interpretarlos como sugerencias para futuras lecturas. Mi historia es personal. Relata lo que vi y conocí. He utilizado los siguientes libros para verificar la información histórica que he incluido para familiarizar al lector con la encarnizada guerra a mayor escala que se libraba a mi alrededor y para asegurarme de haber utilizado correctamente los nombres y lugares.

Appleman, Roy E., et al., *Okinawa: The Last Battle,* Washington: Historical División, Department of the Army, 1948.

Davis, Burke, *Marine! The Life of Lieutenant General Lewis B. (Chesty) Puller,* Boston: Little, Brown and Company, 1962.

Davis, russell, *Marine At War,* Scholastic Book Services, Nueva York, 1961.

Falk, Stanley, *Bloodiest Victory: Palaus,* New York: Ballantine Books, 1974.

Frank, Benis M., *Okinawa: Touchstone to Victory,* Nueva York: Ballantine Books, 1974.

Frank, Benis M. y Henry I. Saw, Jr., *Victory and Occupation: History of Marine Corps Operations in World War II, Vol. V,* Washington: Historical Branch, G-3 División, Headquarters, U.S. Marine Corps (en lo sucesivo HQMC), 1968.

Garand, George W. y Truman R. Strobridge, *Western Pacific Operations: History of U.S. Marine Corps Operations in World War II, Vol. IV,* Washington: Historical División, HQMC, 1971.

Heinl, Robert D., Jr., *Soldiers of the Sea: The United States Marine Corps, 1775-1962,* Annapolis: United Stated Naval Institute, 1962.

hough, Maj, Frank O., *The Assault on Peleliu,* Washington:

Historical División, HQMC, 1950. HUNT, GEORGE P., *Coral Comes High,* Nueva York: Harper and

Brothers, 1946.

Isley, Jeter A. y Philip Crowl, *The U.S. Marines and Amphibious War,* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1951.

James, D. Clayton, *The Years of MacArthur, Vol. II,* 1941-45, Boston: Houghton

Mifflin, 1975.

leckie, Robert, *Strong Men Armed: The United States Marines Against Japan,* Nueva York: Random House, 1962.

Mayer, S. L., ed., *The Japanese War Machine,* Secaucus, NJ: Chartwell Books, 1976.

McMlLLAN, George, *The Old Breed: A History of the First Marine División in World War II,* Washington: Infantry Journal Press, 1949.

Moran, John A., *Creating a Legend,* Chicago: Publishing División, Moran / Andrews, Inc., 1973.

Morison, Samuel Eliot, *The Two-Ocean War,* Boston: Little, Brown and Company, 1963.

Moskin, J. Robert, *The U.S. Marine Corps Story,* Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 1977.

Muster Roll of Officers and Enlisted Men of the U.S. Marine Corps: Third Battalion, Fifth Marines, First Marine División, Fleet Marine Forcé. From 1 September to 30 September, 1944, inclusive; from 1 October to 31 October, 1944, inclusive; from 1 April to 30 April, 1945, inclusive; from 1 May to 31 May, 1945, inclusive; from 1 June to 30 June, 1945, inclusive. Washington: History and Museums División, HQMC.

Nichols, Charles S., Jr., y Henry I. Shaw, Jr., *Okinawa: Victory in the Pacific,* Rutland, Veumont: Charles E. Tuttle Company, 1966. Publicado originalmente por Historical Branch, G-3 División, HQMC.

Paige, MlTCHELL, *A Marine Named Mitch,* Nueva York: Vantage Press, 1975.

Shaw, Henry I, Jr., Bernard C. Nalty y Edwin T. Turn-bladh, *Central Pacific Drive: History of U.S. Marine Corps Operations in World War II, Vol. III,* Washington: Historical Branch, G-3 División, HQMC, 1966.

Smith, S. E., ed. and comp., *The United Stated Marine Corps in World War II,* Nueva York: Random House, 1969.

Steinberg, Rafael, *Island Fighting,* Morristown, Nueva Jersey: Time-Life Books, 1978.

stockman, James R., *The First Marine División on Okinawa: 1 April-30 June 1945,* Washington: Historical División, HQMC, 1946.

Time, revista, 9 octubre de 1944, p. 29 y 16 de octubre de 1944, p.38.

Toland, John, *The Rising Sun,* New York: Random House, 1970.

United States 1" Marine División. Operation Plan 1-44. Annex A, B Serial 0003 over 1990-5-80 over 458/332, dated 15 Aug 1944.

—Palau Operation, Special Action Report, Serial 0775 over 1990-5-80 over 458/390, dated 13 Sept 1944.

—Field Order N.° 1-44 through 9-44. Serial 1990-5-80 over 458/332, dated 20 Sept, 21 Sept, 22 Sept, 25 Sept, 2 Oct, 5 Oct, 8 Oct, 10 Oct and 13 Oct 1944.

Notas

[1] USMC, United Status Marine Corps, Cuerpo de Marines de Estados Unidos. *(N. del e.)*

[2] La 81.a División de infantería del ejército de EE.UU. compuso, junto con la 1.a División de marines, el III Cuerpo anfibio a las órdenes del general de división Roy S. Geiger, USMC. Para la operación de las Palaos, la 1.a División de marines atacó Peleliu el 15 de septiembre de 1944 mientras que la 81.a División tomó la isla de Angaur y proporcionó un regimiento como reserva del cuerpo. La 81.a División relevó a la 1.a División de marines en Peleliu el 20 de octubre y aseguró la isla el 27 de noviembre.

[3] Los «blancos» eran dianas montadas sobre un sistema de rieles verticales que unos soldados accionaban. Las dianas de los que se encontraban en la línea de tiro iban siendo centradas por estos mismos soldados.

[4] Camp Elliott era una pequeña instalación militar situada en la parte norte de las afueras de San Diego. Se ha usado pocas veces desde la segunda guerra mundial. El campamento Joseph H. Pendleton se encuentra a treinta y cinco millas al norte de San Diego. Sede hoy en día de la 1.a División de marines, se trata de la mayor base anfibia del cuerpo de marines en la Costa Oeste.

[5] El cuerpo de marines de Estados Unidos todavía usa el excelente cuchillo de combate Ka-Bar. El nombre del fabricante se ha convertido para los marines en un sustantivo *(kabar)* para designar su cuchillo de combate.

[6] La historia del 5.° de marines continuó después de la segunda guerra mundial. El regimiento luchó en la guerra de Corea y de nuevo en Vietnam.

En la primera guerra mundial no participó ninguna división de marines. [Los regimientos 5.° y 6.° de marines lucharon en Francia como parte de la 2.a División (regular) del cuerpo expedicionario estadounidense, una unidad mixta de brigadas de la infantería de marina y del ejército.] Sin embargo, la 1.a División de marines fue la única división de marines que peleó en Corea. También combatió en

Vietnam, junto con la 3.a División de marines. Se trata, por lo tanto, de la única división de marines que ha combatido en todos nuestros principales conflictos durante los últimos sesenta años.

Hoy, el 5.° de marines sigue formando parte de la 1.a División de marines. La división está estacionada en la Costa Oeste y puede desplegar unidades para actuar en el Pacífico Occidental.

[7] Después de Guadalcanal, la 1.a División de marines fue a Melbourne, Australia, para descansar y reequiparse para la nueva campaña en Nueva Bretaña. Cuando la del Cabo Gloucester finalizó, los hombres dieron por sentado que regresaban a Australia. En cambio, los dejaron en una isla desierta, en el archipiélago de las Islas Russell, a sesenta millas de Guadalcanal.

[8] USO, United Services Organizations. Era una organización privada sin ánimo de lucro que organizaba actividades de ocio y recreativas para el ejército norteamericano. *(N. del e.)*

[9] Durante la primera semana de la campaña de Guadalcanal, los marines capturaron a un soldado japonés que aseguraba que algunos de sus hambrientos compañeros al oeste del río Matanikau se rendirían si los marines los «liberaban». Con veinticinco hombres escogidos (exploradores, especialistas en inteligencia, un cirujano y un lingüista) del cuartel general de la división y del 5.° de marines, el coronel Frank Goettge —el oficial de inteligencia de la división— partió en una misión de carácter más humanitario que militar. Los japoneses tendieron una emboscada a la patrulla mientras bajaba de la nave de desembarco en medio de la oscuridad. Sólo se salvaron tres marines.

[10] Volví a encontrarme con Bob Hope la pasada primavera, cuando participó en un torneo de golf benéfico en Birmingham, Alabama. Antes le había enviado ejemplares de la *Marine Corps Gazette* (noviembre y diciembre de 1979 y enero de 1980), donde se relataban partes de este libro. Le había entusiasmado la narración y recordaba bien a los jóvenes marines de la 1.a División de marines de Pavuvu. A pesar de los gritos del público en un ajetreado día en Birmingham, este hombre tan amable se tomó el tiempo de rememorar conmigo «la vieja guardia».

[11] El sargento de artillería Elmo M. Haney sirvió con la Compañía K del

3.er Batallón del 5.° de marines en Francia durante la primera guerra mundial. En el período entre las dos guerras mundiales, dio clases en un colegio de Arkansas durante unos cuatro años y luego se reincorporó al cuerpo de marines, donde lo asignaron a su antigua unidad. Luchó en Guadalcanal y en Cabo Gloucester con la Compañía K. En el segundo combate ganó una Estrella de Plata al heroísmo cuando «se ocupó de unos japos él sólo con un par de granadas de mano», como describió la escena un marine.

Haney tenía más de cincuenta años cuando la 1 .a División de marines atacó Peleliu. Aunque por rango era sargento de artillería, no ocupaba un puesto oficial en la cadena de mando de la Compañía K. En el campo de batalla parecía estar en todas partes a la vez, corrigiendo errores y echando una mano. Se retiró de las primeras líneas durante el segundo día de Peleliu, admitiendo con tristeza que ya no podía aguantar más el calor ni el combate.

[12] El capitán Andrew Allison Haldane, USMC de la reserva, nació el 22 de agosto de 1917 en Lawrence, Massachusetts. Se graduó en el Bowdoin College de Brunswick, Maine, en 1941.

El capitán Haldane sirvió con la 1.a División de marines en Guadalcanal y fue el oficial al mando de la Compañía K en Cape Gloucester, donde ganó la Estrella de Plata. Durante una batalla de cinco días, él y sus marines rechazaron cinco cargas de bayoneta japonesas en menos de una hora en medio de la oscuridad previa al amanecer. Comandó a la Compañía K durante la mayor parte del combate por Peleliu. El 12 de octubre de 1944, tres días antes de que los marines se retiraran del frente, murió en combate. Fue la mayor pérdida que los marines de la Compañía K., y del resto de la división que lo conocían, lamentaron la pérdida durante toda la guerra.

El Bowdoin College honra anualmente la memoria del capitán Haldane entregándole la Copa Haldane al graduado que ha mostrado cualidades excepcionales de liderazgo y carácter. La copa fue un obsequio de parte de los oficiales que habían servido con el capitán Haldane en el Pacífico. Entre ellos se encontraba el difunto senador por Illinois, Paul Douglas, que también formó parte del 5.° de marines en Peleliu y Okinawa.

[13] En los años de posguerra, el cuerpo de marines fue objeto de muchas críticas inmerecidas, en mi opinión, por parte de personas bienintencionadas que no comprendían la magnitud de la tensión y el horror que puede suponer el combate. El cañón estriado, la ametralladora y los proyectiles de gran potencia han

convertido la guerra en una masacre prolongada e infrahumana. Se debe adiestrar a los hombres de manera realista si han de sobrevivir a ella sin quebrantarse mental y físicamente.

[14] Las LST eran unas lanchas de calado plano creadas justo antes de la segunda guerra mundial. Una LST podía llevar su parte delantera justo hasta una playa y luego dejar su cargamento de vehículos a través de las grandes puertas de concha que formaban la proa de la embarcación. O, como en el caso de Peleliu, las LST podían desembarcar en el mar vehículos (carros) anfibios de asalto para el transporte de tropas. Hoy hay modelos avanzados de LST al servicio de la armada estadounidense.

[15] Durante la segunda guerra mundial, los planificadores consideraban que la proporción más segura entre atacantes y defensores en un asalto anfibio era de tres a uno. En opinión de los mandos en Peleliu, la fuerza total de marines de 30.000 hombres proporcionaba un margen fiable sobre los japoneses. Aunque al menos un jefe de regimiento —el temible coronel Lewis B. «Pechugón» Puller— señaló la desigualdad de fuerzas de combate reales, el jefe de la división, el general de división Wílliam H. Rupertus, y su estado mayor pensaban que sus temores eran infundados.

[16] En una carta sellada que los periodistas asignados para cubrir la batalla abrieron el día D menos 1, el general de división William H. Rupertus pronosticaba que Peleliu caería en cuatro días tras un combate breve y difícil. Su previsión influyó en el pensamiento táctico en tierra durante gran parte del siguiente mes. Debido a su optimismo, muchos de los treinta y seis corresponsales asesinados nunca desembarcaron; de aquellos que lo hicieron, sólo seis se quedaron durante las críticas primeras etapas de la batalla. Por lo tanto, los medios no conocieron mucho de lo que sucedió en realidad.

[17] El cabo Merriell A. «Snafu» Shelton era de Luisiana.

[18] A menudo, las descripciones históricas de las batallas dejan al lector con la impresión de que los participantes individuales contaban con una visión panorámica de los acontecimientos. Sin embargo, no es así. Ni siquiera los historiadores han logrado reconstruir totalmente lo que le ocurrió al 3/5 el día D en

Peleliu.

[19] Shofner había asumido el mando del 3/5 antes de la campaña de Peleliu. No sólo era muy respetado, sino que sus hombres lo consideraban alguien especial. Como capitán, había sobrevivido a los enfrentamientos en Corregidor, había sido capturado por los japoneses, escapado y regresado al combate. Volvió a la división más tarde y comandó al 1.er Batallón del 1.° de marines en Okinawa. Se retiró del cuerpo siendo general de brigada.

[20] Walt era el segundo comandante del 5.° de marines cuando comenzó la batalla de Peleliu. Permaneció con el 3/5 unos cuantos días como su oficial al mando hasta que se nombró un sustituto. Walt, que era un marine de combate en el sentido estricto de la expresión, había servido con la 1.a División de marines en Guadalcanal y en Cabo Gloucester. Había ganado la Cruz Naval al heroísmo. Llegó a servir en la guerra de Corea y más tarde en Vietnam, donde, como teniente general, estuvo al mando del III Cuerpo anfibio de la infantería de marina durante casi dos años. Se retiró siendo general tras servir como subcomandante del cuerpo de marines.

[21] Las cifras de bajas de la 1.a División de marines durante el día D reflejaron la intensidad de los enfrentamientos y la ferocidad de la defensa japonesa. El estado mayor de la división había previsto unas pérdidas el día D de 500 bajas, pero la cifra total fue 1.111 muertos y heridos, sin incluir los casos de postración por calor.

[22] El batallón del destacamento de la orilla estaba compuesto de marines a los que se les había asignado la misión de descargar y ocuparse de los suministros y de dirigir el tráfico logístico en la playa.

[23] Una carga de tiro era la cantidad de munición que, según la experiencia, duraría de media para un día de enfrentamientos intensos. Una unidad de tiro para el fusil MI era 100 balas; para la carabina, 45 balas; para el revólver del calibre 45, 14 balas; para la ametralladora ligera, 1.500 balas y para el mortero de 60 mm, 100 proyectiles.

[24] Paul Douglas se convirtió en una leyenda en la 1a División de marines. Este hombre extraordinario tenía cincuenta y tres años, había sido profesor de Economía en la Universidad de Chicago y se había alistado en el cuerpo de marines como soldado raso. Recibió una herida leve en la batalla de Peleliu mientras llevaba munición de lanzallamas al frente. En Okinawa una bala lo hirió de gravedad en el brazo mientras transportaba heridos del 3/5. No recuperó completamente el uso del miembro ni siquiera después de meses de terapia.

Años después de la guerra, tuve el gran placer de encontrarme y charlar con el senador Paul Douglas. Le hablé del comentario refiriéndose a él como el «viejo loco y canoso». Se rió con ganas y expresó el gran orgullo que sentía por haber servido con la 1a División de marines.

[25] Tanto Rústico como Teskevich murieron más tarde.

[26] Durante casi una semana de duro combate, el general de división William H. Rupertus insistió en que la 1.a División de marines podía arreglárselas sola en Peleliu. Únicamente después de que el 1er Regimiento de marines quedara reducido a su mínima expresión —tras sufrir un 56 por ciento de bajas—, el general de división Roy Geiger, jefe del III Cuerpo anfibio de marines, anuló la decisión de Rupertus y le ordenó al 321.° Regimiento de infantería del ejército de Estados Unidos que viniera a ayudar a los marines.

[27] Cumplí aquella promesa en julio de 1945 después de que terminara la batalla por Okinawa.

[28] Durante y después de la guerra, los hombres del ejército me contaron que si un soldado resultaba herido y más tarde regresaba al servicio de infantería, había pocas posibilidades de que fuera a su antigua compañía. Todos coincidían en que era lamentable. No les gustaba ese método porque un veterano restablecido se convertía en un reemplazo como otro cualquiera en una unidad desconocida.

[29] Durante la noche del 22 al 23 de septiembre, aproximadamente seiscientos japoneses del 2.° Batallón del 15.° Regimiento llegaron desde Babelthuap y desembarcaron en Peleliu como refuerzos.

[30] Había que tomar Ngesebus para silenciar el fuego enemigo que caía en el flanco del 5.° de marines y para evitar que se usara como zona de desembarco para los refuerzos japoneses procedentes del norte. También había un aeródromo en Ngesebus —una pista de aterrizaje para cazas— que se suponía que les resultaría útil a los aviones estadounidenses.

[31] Ngesebus fue uno de los primeros asaltos anfibios estadounidenses donde el apoyo aéreo a la fuerza de desembarco provino únicamente de aviones de la infantería de marina. En los desembarcos anteriores, el apoyo aéreo llegó de parte de aviones de la armada y a veces del ejército.

[32] Los informes oficiales varían en cuanto a las cifras de bajas en Ngesebus. No obstante, los marines registraron unos 15 muertos y 33 heridos, mientras que los japoneses perdieron 470 hombres entre muertos y capturados. La Compañía K sufrió la mayor parte de las bajas al perder 8 muertos y 24 heridos. Indudablemente, esto se debió a la presencia de un cerro y cuevas en nuestro sector de Ngesebus.

[33] Mis recuerdos de los acontecimientos de horror, muerte y violencia en medio de los cerros de Peleliu son tan claros y definidos como una larga pesadilla en la que algunos hechos específicos se recuerdan vividamente al día siguiente. Recuerdo con claridad los detalles de ciertos episodios que sucedieron antes o después de otros y puedo verificar éstos con mis notas y las referencias históricas. No obstante, el tiempo y la duración no significan absolutamente nada, no tengo conciencia de la secuencia temporal de los hechos. Sólo recuerdo lo que sentí entonces.

[34] El K/3/5 sufrió ocho muertos y veintidós heridos en Five Sisters.

[35] El 15 de octubre, los marines ya habían reducido la zona de combate de los Umurbrogol hasta formar un área de unos 400 a 500 metros. No obstante, los soldados de la 81.a División de infantería tuvieron seis semanas más de enfrentamientos antes de que el proceso de presión y desgaste acabara con los últimos vestigios de oposición nipona.

[36] La mochila de combate que llevaban los marines en la segunda guerra mundial estaba compuesta de dos partes. La mitad superior era la parte que un marine llevaba normalmente con él al combate.

[37] Más tarde llevé esta misma chaqueta de la suerte durante la larga y embarrada campaña de Okinawa. Ahora está desteñida y cuelga plácidamente en mi armario. Es una de mis posesiones más preciadas. Supervivientes del K/3/5 antes subir a bordo del buque rumbo a Pavuvu.

[38] Graves, Robert, Introducción de *Old soldiers never die* de Frank Richards, Berkley Publishing Corp., N.Y., 1966.

[39] Ésta es una palabra del argot naval que se aplica tanto a los refrigeradores de agua de a bordo como a los rumores. Tal vez el doble sentido derivase de una costumbre de los marineros y los marines de intercambiar rumores cuando se reunían en torno al refrigerador de agua.

[40] Un analgésico multiuso sin receta que contenía ácido acetilsalicílico y cafeína, entre otros ingredientes.

[41] Embarcación de desembarco de infantería; una especie de LST en miniatura que transportaba aproximadamente una compañía de infantería más unos cuantos vehículos.

[42] El atolón de Ulithi se encuentra a unas 260 millas al noreste de Peleliu, en el borde occidental de las Islas Carolinas. Fue tomado por una unidad de la 81.a División de infantería como parte de la operación de las Islas Palaos. Ulithi consta de aproximadamente treinta islotes que rodean una enorme laguna de treinta kilómetros de largo y entre ocho y dieciséis kilómetros de ancho. Se convirtió en el principal fondeadero de la flota de Estados Unidos en el Pacífico Central.

[43] Durante los asaltos con portaviones contra Japón (del 18 al 21 de marzo), varios aviones suicida nipones se habían estrellado contra los portaviones estadounidenses *Wasp, Yorktown* y *Franklin*. El *Franklin* fue el que recibió daños

más graves de los tres; sus pérdidas fueron de 724 muertos y 265 heridos. El que se hubiera llegado a salvar el buque y después se remolcara unas 12.000 millas hasta Nueva York para repararlo fue un homenaje a la valentía y la destreza de su tripulación.

[44] Nuestros planificadores aún no habían comprendido que esta táctica de carga suicida, muy costosa, se había abandonado definitivamente. Los japoneses habían pasado a la táctica de defensa en profundidad como el mejor medio de derrotarnos. Este cambio táctico había prolongado la batalla de Peleliu y se había repetido con los mismos mortíferos resultados contra los marines en Iwo Jima.

[45] A estas alturas de la guerra del Pacífico, las denominaciones oficiales de las unidades dependían de las tareas asignadas en combate. Tales unidades se convirtieron en equipos de combate del regimiento (RCT) y equipos de desembarco del batallón (BIT); por lo tanto, las denominaciones oficiales eran 5.° RCT y 3.er BLT. No obstante, el marine común y corriente nunca olvidaba quién era. A lo largo de toda la guerra nunca oí a un soldado de infantería de marines referirse a su unidad que no fuera el previamente establecido. Nosotros siempre fuimos «el K/3/5», « el 3.er Batallón del 5.°» o «el 5.° de marines».

[46] Estaba previsto que el 3/5 desembarcara después del 1.° y 2..° batallones del 5.° de marines en la zona situada más a la derecha de la playa del regimiento. Constituiría el flanco derecho del III Cuerpo anfibio de marines y se uniría al XXIV Cuerpo del ejército de Estados Unidos que desembarcaría al sur.

[47] Esta fecha se celebra el 1 de abril en Estados Unidos. *(N. de la t.)*

[48] Aviones suicidas tripulados que se lanzaban contra las naves estadounidenses. La fe en la capacidad de los *kamikazes* («viento divino») para combatir a la flota americana de la fuerza de desembarco suponía un elemento importante del esquema defensivo nipón.

[49] La 27.a División de infantería había permanecido en combate desde el 15 de abril. Había sufrido mucho en los ataques del 19 de abril al tomar el cerro de Kakazu, el aeródromo de Machinato y el área de alrededor. Después de que la 1.a

División de marines la relevara, la 27.a División de infantería se trasladó al norte para llevar a cabo funciones de patrulla y vigilancia.

[50] Antes de la guerra, el sargento de artillería Henry A. Boyes tenía una granja de vacas lecheras en Trinidad, California. Combatió con el K/3/5 en Cabo Gloucester y desembarcó en Peleliu como jefe de pelotón. Ganó una Estrella de Plata allí y se convirtió en sargento de sección tras el asalto contra Ngesebus. Fue evacuado tras resultar herido durante los enfrentamientos alrededor de Five Sisters, aunque regresó a tiempo para el desembarco en Okinawa. Lo hirieron a principios de mayo pero se negó a que lo evacuaran y se convirtió en sargento primero de la Compañía K. Después de que el jefe de la compañía, el teniente «Retaco» Stanley, fuera evacuado a finales de mayo con malaria, Boyes compartió el mando con el teniente George Loveday. Hank Boyes, un hombre de complexión fuerte, era severo aunque compasivo. Por muy bajos que estuviéramos de moral, él siempre estaba allí estimulándonos como una inagotable dinamo. Hoy en día, él y su familia llevan un próspero negocio maderero y ganadero en Australia.

[51] En algún momento durante el ataque, Burgin salió corriendo y se expuso a los intensos disparos de una ametralladora que nadie podía localizar. Volvió a dar la ubicación a los morteros después de localizar la ametralladora. Nuestro fuego de mortero dio en el blanco y destruyó el arma. Burgin granó una Estrella de Bronce por sus actos.

[52] Tiempo después nos enteramos de que Doc había sobrevivido hasta el puesto de socorro con el equipo de camilleros y que viviría. Regresó a su Tejas natal, donde sigue siendo uno de mis amigos más leales de nuestros días en el K/3/5.

[53] Después de que finalizara la campaña en Okinawa, un sanitario del batallón me explicó que las llagas que tenía en las manos probablemente se debieran a la desnutrición, la mugre en la que vivíamos o ambas cosas. Las llagas purulentas que me surgieron en las manos a finales de mayo no sanaron hasta casi cinco meses después de que saliéramos del combate.

[54] Sassoon, Siegfried, «Suicide in Trenches» en *Collected Poems*, Viking Press, Nueva York, 1949.

[55] El K/3/5 desembarcó con todos sus efectivos de 235 oficiales y soldados el 1 de abril de 1945. A la compañía se sumaron 250 reemplazos durante la campaña para alcanzar un total de 485. De los cincuenta hombres que quedaron al final de la campaña, sólo veintiséis habían efectuado el desembarco.

[56] El paisaje llano, embarrado y lleno de cráteres al oeste de la colina Half Moon era tierra de nadie hasta la vía férrea y más allá, hasta Horseshoe y la colina Sugar Loaf, donde estaba situado el flanco izquierdo de la 6.a División de marines. En ningún momento vi a ningún estadounidense en aquel terreno bajo y anegado que se extendía a ambos lados del ferrocarril. Por lo tanto, existía una brecha de considerables dimensiones entre las 1.a y 6.a divisiones.

Un oficial me contó que había ametralladoras y puntos fuertes por detrás, a la derecha, cubriendo la zona. Me explicó que el terreno bajo y llano era tan vulnerable a los disparos japoneses desde las cumbres de Shuri que prolongar las líneas para que se encontraran en aquella área inundada habría sentenciado a los hombres allí destacados a una muerte segura. Por las noches, los cohetes luminosos iluminaban la zona para que el enemigo no pudiera infiltrarse por ella.

[57] En cada bote de munición de mortero de 60 mm venía una tarjeta de alcance de doce centímetros por dieciocho. Contenía columnas de números impresos indicando el alcance, la posición de la mira y el número de incrementos de pólvora que se debían añadir a cada proyectil de mortero para un alcance dado. Por lo tanto, las tarjetas eran tan comunes como los botes de munición.

[58] He leído descripciones de «morteros al rojo vivo» al disparar rápidamente durante largos períodos. Suenan dramáticas e impresionantes. Sin embargo, basándome en mi experiencia, tengo mis dudas acerca de que un mortero se pueda disparar sin peligro y con precisión cuando el tubo está al rojo. Según mi experiencia, si un tubo se calentaba mucho a causa del fuego graneado —tanto que el aire de alrededor no aportaba suficiente refrigeración—, resultaba peligroso dejar caer un proyectil por el cañón. La única vez que lo hice, el calor le prendió fuego a los incrementos de pólvora y el cartucho de propulsión se inflamó antes de que el proyectil llegara al fondo del tubo. Por consiguiente, el proyectil salió tambaleándose del tubo y se quedó corto, cubriendo tan sólo la mitad de su alcance.

Por lo tanto, para evitar los disparos cortos, teníamos que esperar a que el aire enfriara el tubo, disparar a menor velocidad o, como en esta misión, que era una emergencia, refrigerar el tubo con agua.

[59] Para el asalto contra la fortaleza de Shuri, el 1/5 y el 3/5 atacaron en dirección este, girando aproximadamente noventa grados hacia la izquierda del frente, que estaba orientado hacia el sur. De este modo, el 5.° de marines cruzó por la zona de la 77.a División de infantería. La 77.a División de infantería estaba situada al norte de Shuri y un gran números de japoneses seguían atrincherados entre la división del ejército y el 5.° de marines mientras éste se desplazaba en dirección este por detrás de los japoneses que bloqueaban el avance de la 77.a División.

[60] *Dake* significa «montaña» en japonés.

[61] El general Simón Bolivar Buckner, USA, había subido a las primeras líneas a observar al 8.° Regimiento de marines de la 2.a División de marines durante su primera acción de combate en Okinawa. Estaba observando situado entre dos rocas de coral cuando seis disparos de artillería japonesa de 47 mm golpearon la base de las roncas. Tras recibir un impacto en el pecho, murió poco después. El teniente general Roy S. Geiger, USMC, jefe del III Cuerpo anfibio, se puso al frente del 10.° Ejército y siguió adelante hasta el final de los enfrentamientos unos días después. Hasta esta fecha, 1981, Geiger sigue siendo el único oficial de marines que ha estado al mando de una fuerza del tamaño de un ejército.

[62] El 8.° de marines llegó desde Saipán para reforzar a la 1.a División de marines en el avance final en Okinawa. Entre los numerosos banderines que ondeaban en el estandarte de batalla del regimiento, uno era por Tarawa.

[63] El número total de japoneses a los que dieron muerte las cinco divisiones estadounidenses durante la limpieza fue de 8.975, una cifra de enemigos lo bastante grande para haber librado una intensa guerra de guerrillas si no se los hubiera aniquilado.

[64] La 1.a División de marines recibió la Citación Presidencial a una Unidad por su papel en la campaña de Okinawa.

Table of Contents

PRÓLOGO

PREFACIO

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE Peleliu: una batalla olvidada

PRÓLOGO A LA PRIMERA PARTECAPÍTULO UNO La forja de un marineCAPÍTULO DOS Preparándonos para el combateCAPÍTULO TRES Hacia PeleliuCAPÍTULO CUATRO Asalto al infiernoCAPÍTULO CINCO Otro asalto anfibioCAPÍTULO SEIS La pérdida de muchos valientesSEGUNDA PARTE Okinawa: el triunfo final

PRÓLOGO A LA SEGUNDA PARTECAPÍTULO SIETE Reposo y recuperaciónCAPÍTULO OCHO El preludio de la invasiónCAPÍTULO NUEVE Suspensión de condenaCAPÍTULO DIEZ En el abismoCAPÍTULO ONCE Impactos y proyectilesCAPÍTULO DOCE Barro y gusanosCAPÍTULO TRECE El asaltoCAPÍTULO CATORCE Más allá de ShuriCAPÍTULO QUINCE El fin de la agoníaAPÉNDICE Lista de honor

BIBLIOGRAFÍA